

DAVID ALEGRE

LA BATALLA DE TERUEL

Guerra total en España



David Alegre Lorenz

LA BATALLA DE TERUEL

Guerra total en España

la esfera  de los libros

*A mis padres, Antonio y Mari Carmen,
por todo y, sobre todo,
por haberme traído a Teruel.*

*A ti, Natalia,
para que seas eterna
en las calles de Teruel.*

Vínculos y agradecimientos

Cuando existe un fuerte vínculo emocional entre el escenario donde se desarrolla el caso de investigación y el autor la nómina de agradecimientos se torna inagotable, por eso me gustaría pedir disculpas de antemano a todos y todas aquellas que, aun contando con mi agradecimiento y mi estima, no aparecen en estas líneas. Mi nacimiento, mi infancia y mi primera juventud transcurrieron dentro de las coordenadas de la provincia de Teruel, a vueltas entre la capital y el Bajo Aragón. En este sentido, los alemanes tienen un concepto para designar al lugar donde uno nace, crece, aprende su lengua, tiene a su familia, establece sus primeros vínculos emocionales y lleva a cabo su transición a la vida adulta: la *Heimat*, una palabra cuya raíz es *Heim*, que podemos traducir como hogar. Se trata de un concepto que no existe dentro de la lengua castellana, no al menos con ese potencial trascendente y espiritual que tiene en la cultura alemana. Para mí eso es y será siempre Teruel, mi tierra, un lugar que siempre tengo presente en cada paso de mi vida, por muy lejos que haya estado de él, hasta el punto que cada regreso produce dentro de mí una sensación de confort y un pequeño vuelco en el corazón. No por nada, el proceso que ha llevado a la culminación de esta obra, doloroso por muchos motivos pero estimulante al mismo tiempo, ha hecho que ya no contemple del mismo modo el territorio que tantas veces he recorrido a pie o en coche. Más bien al contrario, comprender una parte tan significativa de los sustratos de experiencias humanas que atesora en su seno, introducirme en la historia de la que es escenario, ver el sufrimiento que lo ha moldeado me hacen recorrer sus caminos y contemplar sus paisajes con una emoción renovada y nunca antes sentida.

Mis primeras palabras van para gente del Mas de las Matas, pueblo donde pasé los primeros cinco años de mi vida. Quiero agradecer a los hermanos Lucas, Ignacio y Nicolás Pina Cortés, así como a sus padres, Milagros Cortés y Mariano Pina. El simple hecho de haberos conocido y haber podido compartir con vosotros tantos momentos es un privilegio que llevo en el

corazón como un tesoro. A pesar de todo lo ocurrido quiero dar las gracias a mi familia materna de Calanda, mis primos Guillermo y José Carlos Leal Lorenz, que fue como un hermano mayor para mí, y mis tíos Guillermo Leal y María Pilar Lorenz Gazulla, a la que siempre he sentido como una segunda madre. Su casa fue un refugio para mi familia durante muchos años, y me quedo con todo lo bueno de aquellos días. Tampoco puedo dejar de mencionar a algunos de mis amigos del barrio de San León en Teruel, los cuales me marcaron de uno u otro modo durante los años de la infancia y la adolescencia. Julio y Pepe Cuenca, Daniel Platero, Luis Adalid, Francisco Arauz, Javier Edo o David Contamina son algunos de ellos. Por supuesto, también quiero tener un recuerdo especial con mis compañeros y compañeras de curso durante los años de educación primaria y secundaria en Las Atarazanas y el Segundo de Chomón, con algunos y algunas de las cuales aún mantengo el contacto. Sin embargo, quiero destacar aquí por diversas razones a Clara Aguilar Pérez, a Alba Hernández Lahuerta, a María Soler Muñoz, a Enrique Corella Escriche. Ya en los años de bachillerato mi agradecimiento a Juan Gimeno y a Juan José Conejero Royuela, por su amistad, recientemente renovada.

Los seis años que pasé en el IES Segundo de Chomón fueron un momento crucial de mi vida, a buen seguro por coincidir con una adolescencia tortuosa y con momentos difíciles para mi familia. Sin lugar a dudas, estoy en deuda con todo el profesorado que además de impartirme sus conocimientos me ayudó en aquel tránsito a la edad adulta donde se entremezclan los recuerdos más amargos y más alegres. No puedo dejar de destacar a Juan Pedro Vivancos, que siempre se batía el cobre por sus alumnos y alumnas más allá del ámbito de las Ciencias Naturales; a Aurora Hernández, que me ayudó a mantener viva mi pasión por la literatura, algo que me ha sido tan útil durante años; a Rafael Esteban, que además de un maestro fue y sigue siendo un amigo por el que conservo un vivo aprecio; por supuesto mi agradecimiento especial para Milagros Montaner, sin duda mi primera maestra y la persona que acabó de forjar mi entusiasmo por el oficio que hoy tengo el honor de compartir con ella.

No solo fueron aquellos profesores quienes me enseñaron a ser persona,

sino también los amigos de mi cuadrilla, que son la familia que me escogió y a la que escogí hace ya más de una década. Nuestras puntuales diferencias constituyen una nimiedad al lado del patrimonio de experiencias que he tenido el placer de compartir con ellos a lo largo de estos años de juventud, donde siempre he podido contar con ellos en los momentos difíciles. El simple hecho de citar sus nombres no hace justicia al amor incondicional que siento por sus personas y a todo lo que he recibido de ellos: Jorge Valero, Luis Torrijo, Paco Escusa, Rodrigo Fabre, Pablo Domingo, Pablo Latorre, Rafael Valero, Guillermo Izquierdo, Alejandro Lou, Julio Domingo, Guillermo Chapa, Daniel Ariño, Pablo Pe, Christian Jesús Hernández, Pablo Pérez, Luis Gimeno y Juan López. A pesar de todas las pruebas que cada uno hemos superado, nos hemos mantenido unidos durante todos estos años. Por eso, pasado el tiempo, cuando miremos atrás veremos que una de las mejores cosas que nos ha pasado en la vida ha sido conocernos. No me olvido de la gente de NAS, que también forman parte ya de mi vida y amistades: David Esteban, Fernando Murciano, Guadalupe Caulín, Javier Tena, David Navarro y Francisco Andreu.

También he dejado muchos amigos y amigas en Cataluña durante los seis años en que he vivido allí. Con todos ellos he compartido grandes momentos, *cures* y delirios varios que siempre tendré en el recuerdo, sobre todo por lo mucho que descubrí sobre mí mismo tras su irrupción en mi vida. Así pues, mi agradecimiento y admiración a Joel Sans, María Ferrerons, Marta Raventós, Marta Jové, Carles Mendicuti, Laura Venegas, Jaume Ramón, Jordi Pujol (el bueno, el de verdad), Marcel Martínez, Dídac Gallego, Carlis, Roger Espluga, Marc González, Ferran Elizalde y Txus López, con el cual me unieron para siempre los momentos inolvidables que vivimos este último verano en el Puerto de Sagunto y en los Jardins de Vivers de Valencia. A mi paso por Cataluña también me encontré casi por sorpresa con una segunda familia, que siempre ha cuidado de mí y me ha dado todo lo que tenía. Vayan por delante pues mi cariño y mi respeto por Josefa Orús, Araceli Cañiz, Agustí Castillo *pare* y Agustí Castillo *fill*, con los cuales he compartido las mesas de domingo durante años y, de vez en cuando, el mejor resort de vacaciones en el que he estado nunca: su casa de Fraga, en esa porosa

frontera que une y separa las dos tierras que llevo en el corazón.

En el ámbito laboral, donde también hay cabida para las amistades, hay muchas personas que de una u otra forma me han hecho llegar su calor y su cariño a lo largo de unos meses que han sido difíciles, desde la defensa de mi tesis doctoral en junio de 2017 hasta la conclusión de este libro. Aquí va mi recuerdo y agradecimiento para María Gajate, Daniel Aquillué, Cristian Ferrer, Nacho Tébar, Adriana Cases, Pili Mera, Ángel Alcalde, Laura González, César Rina, Alberto Cañas, Claudio Hernández, Alfonso Iglesias, Mercedes Peñalba, Alfonso Bermúdez, Matteo Tomasoni, Lovro Kralj, Antonio César Moreno, Stephanie Wright, Bárbara Caletti y Samuel Fury Daly. Desde aquí hago fuerza por todos y todas ellas para que salgamos airoso de estos años difíciles para nuestro oficio, para que podamos seguir dedicándonos a nuestra pasión devolviéndole a la sociedad parte de la inversión que ha realizado en nosotros. Mi recuerdo también para mis amigos Daniel Canales, José Manuel Lafoz y Alex de Valles Cardero. También, maestros y amigos, tengo que agradecer las palabras, los consejos y el apoyo de Xosé Manoel Núñez Seixas, Miguel Ángel Ruiz Carnicer, Jeff Rutherford, Maxi Fuentes, Luca Baldissara, John Horne, Alan Kramer, Manuel Chust, Carlos Navajas, Miguel Ángel del Arco, Francisco Cobo, Jesús Gascón, Fernando Molina, Óscar Jané, Pedro Rújula, José Luis Ledesma, Antonio José Rodríguez, Mario Lafuente y Zira Box. Un recuerdo especial y toda mi gratitud a José Luis Martín Ramos, a Ferran Gallego y a Paco Morente, que me han acompañado y dado su confianza en estos últimos años de crecimiento intelectual. Su labor en el proyecto de investigación *Culturas políticas, movilización y violencia en España. 1930-1950* (HAR2014-53498-P) del MINECO ha sido fundamental para realización de esta obra

Por supuesto tienen un lugar especial en estos agradecimientos mis maestros, compañeros y amigos del GCF, Javier Rodrigo y Miguel Alonso, cuya amistad ha sido un sostén emocional cotidiano y fundamental en los últimos meses. Las risas que compartimos en nuestras diatribas son siempre impagables, y nuestros escasos pero intensos encuentros siempre son un soplo de aire fresco. A Miguel tengo que agradecerle por encima de todo su lealtad incondicional, su apoyo constante en los momentos más difíciles y el

mucho trabajo que me correspondía y con el que ha tenido que cargar injustamente en los diferentes proyectos que hemos compartido y que compartimos. A pesar de tener que sacar adelante su propia investigación, siempre ha estado ahí para recibir algunas llamadas angustiadas nacidas de la soledad que me ha impuesto la vida en estos últimos tiempos, y siempre ha sabido devolverme el ánimo y la pasión por el oficio. Por si fuera poco aún ha tenido tiempo para leer algunos fragmentos de este libro, que se ha beneficiado de sus consejos. Una de las iniciativas que compartimos es la *Revista Universitaria de Historia Militar*, donde trabajamos codo con codo con otro buen amigo, maestro y compañero como es Fran Leira Castiñeira, cuya investigación fue en su día una suerte de faro que me indicó el camino a seguir. Este trabajo está en deuda con su luz y con la inspiración que despertó en mí su valioso trabajo sobre el ejército sublevado y sus combatientes. Espero de todo corazón que sigamos juntos muchos años.

En lo que se refiere al proceso que ha acompañado a la preparación del libro han sido varias las personas que me han ayudado aportándome indicaciones puntuales, ya fuera contactando directamente con ellas o por mediación de mi padre. Quiero destacar a Eloy Cutanda y a José Luis Castán, este último secretario del CECAL, así como también a los amigos de la Asociación Pozos de Caudé, Paco Sánchez y Miguel Ángel Soriano, entre muchos otros que tanto han hecho por sacar a la luz el pasado oculto de nuestra tierra. También a los archiveros y archiveras del Centro Documental de la Memoria Histórica, por su ejemplar quehacer a pesar de las múltiples dificultades que cada día imponen los recortes económicos sobre su silenciosa labor. Por último, aunque no menos importante, quiero agradecer la ayuda desinteresada de Ricardo Hernández e Isabel Urueña que pusieron a mi disposición documentación pública e inédita de valor.

Estoy en deuda con Klaus Schmider, por su apoyo en estos meses difíciles. Desde la defensa de mi tesis doctoral, en cuyo tribunal participé poniendo a mi disposición sus conocimientos sobre la Segunda Guerra Mundial, la relación profesional y la amistad que hemos forjado ha sido importante para mí. La lectura que hizo de este manuscrito me ha aportado valiosos consejos y anotaciones que han contribuido a su mejora y que serán

muy importantes de cara a mis futuros proyectos centrados en los estudios de la guerra. Por supuesto, la responsabilidad por los errores y desatinos que puedan contener estas páginas me competen a mí en exclusiva.

A Assumpta Castillo, mi compañera, con quien comparto el más hermoso de los proyectos que he emprendido en lo que llevo de vida, uno de comprensión, amor y convivencia. Mi mayor alegría en todos estos meses ha sido saber que el destino le ha devuelto parte de lo que le debía en forma de oportunidad para demostrar su enorme valía y potencial. Si no le dedico este libro en su primera página es porque creo que vendrán más, y porque en justicia tendría que hacerlo cada vez que escribiera algo. Ella ha leído todo el borrador de esta obra, me ha aportado sus consejos y me ha ayudado con su corrección, además de haberse dedicado plenamente a mí en la última semana de redacción, si bien soy el único responsable de cualquier error que pueda contener. Junto a ella tengo que referirme a mi familia de sangre, mi hermano Alejandro y mis padres, Mari Carmen y Antonio. A estos no solo les debo el haberme apoyado en todo desde mi más tierna infancia, sino también el haber estado en guardia ante las dificultades que han envuelto la gestación de esta obra. De hecho, a mi padre le debo el haber sido entusiasta puente sobre el territorio, brindándome su ayuda para contactar con algunos de los testimonios de época que tienen cabida en esta página y reuniendo algunas de las informaciones que aparecen en el libro. También Baldufa y Bullanga, que me han acompañado cada día y en casi cada paso durante los últimos años, y que han aliviado cada momento de soledad y angustia en los meses de redacción de esta obra con sus juegos, sus peleas y sus mimos.

Por supuesto, mi más sincero agradecimiento va dirigido a mi amigo y editor, Félix Gil, por su comprensión, su confianza y su apoyo en todo momento. Sin su entusiasmo y determinación no habrían sido posibles ni las páginas de este libro ni muchas otras que ya constituyen aportaciones netas en los debates y el florecimiento de los estudios de la guerra en el mundo hispanohablante. Personas como él al frente de iniciativas y cargos de responsabilidad en la producción y difusión del conocimiento y la cultura siempre serán garantía de éxito.

Quiero dedicar unas últimas palabras de homenaje a nuestros pueblos y a

su milenaria civilización rural, que aún hoy y desde hace casi doscientos años siguen resistiendo a duras penas los embates de la modernidad. Las comarcas turolenses congregan centenares de ejemplos. En su radical modernidad, fueron la guerra civil del 36-39 primero y el franquismo después los que comportaron el principio del fin para no pocos de ellos, después de haber desgarrado su tejido social y económico de forma irreparable y de haber empujado a sus gentes a la miseria material y espiritual, al ostracismo en sus propios pueblos y al exilio en el mundo urbano. Sin embargo, el proceso venía de lejos, con sus hitos en las guerras carlistas y las desamortizaciones, especialmente la de Madoz. A lo largo de estas páginas aparecen las voces de algunos y algunas de los últimos y más egregios representantes de ese mundo que hoy parece condenado a la extinción, a los cuales quiero añadir la del historiador turolense Pompeyo García Sánchez, por su apasionada investigación y su ejemplar curiosidad, que me ha servido como estímulo y fuente para este libro. Mi más sincero agradecimiento a todos y todas ellas. Este libro es, sobre todo y ante todo, un reconocimiento a su lucha silenciosa. Así pues, como decían unos ilustres paisanos: «Que muera la muerte y que viva Teruel».

Introducción. LA BATALLA DE TERUEL, DE LO LOCAL A LO UNIVERSAL

«¡Las historias de la guerra suenan tan distintas según quién las cuenta! Los libros hablan siempre de batallas, de fuerzas, de armas, de ayuda internacional, de frentes y de todas esas cosas. Están escritos por los que dirigieron la guerra o por otros que toman como fuentes los papeles de los que dirigieron la guerra.

Pero luego hablas con los que la vivieron como soldados o con los que la sufrieron sin combatir y te cuentan cosas que parecen tratar de otro tema: es como si la guerra que cuentan unos y la que cuentan otros fueran guerras distintas».

SEVERINO PALLARUELO, *Papeles de la guerra*[\[1\]](#)

Revisitar un episodio como la batalla de Teruel es algo que se justifica por sí solo, dado su papel clave en el devenir de la guerra civil y la complejidad de todo cuanto allí aconteció. Lo que en un principio había sido proyectado por parte del mando republicano como una operación preventiva de distracción en un espacio muy localizado del vasto frente peninsular, irrelevante desde el punto de vista estratégico, acabó convirtiéndose en una larga batalla de desgaste. A lo largo de las diez semanas comprendidas entre el 15 de diciembre de 1937 y el 22 de febrero de 1938 ambos contendientes se desangrarían entre sí, todo ello agravado por los rigores del clima, la intrincada orografía del territorio en que tuvo lugar, la gran cantidad de efectivos implicados y la ingente ayuda material extranjera. Fue en aquellas semanas cuando el cruento conflicto social, político, económico y cultural que había estallado en toda España durante el verano de 1936 se acabó decantando a favor del bando sublevado. El golpe cívico-militar del 18 de julio y las respuestas que surgieron frente a este, donde las violencias intracomunitarias en las incipientes retaguardias y la guerra de columnas fueron los elementos más característicos durante aquel estío y otoño del 36, devinieron una guerra total desde finales de ese mismo año. Así pues, por mucho que concluida la batalla de Teruel aún quedarían por delante catorce largos meses de conflicto,

con infinidad de penurias en los frentes de guerra y domésticos, el mando republicano nunca más volvió a tener la iniciativa militar de su parte, más allá del canto de cisne de la batalla del Ebro (25 de julio-16 de noviembre de 1938). Desde luego, existieron similitudes entre ambas batallas, sobre todo en lo referido a las motivaciones que impulsaron el inicio de las operaciones. En los dos casos se pretendía ganar tiempo frente a los proyectos ofensivos del bando sublevado sobre objetivos sensibles, pero también en previsión de una posible guerra europea. A todo ello se unía la necesidad de ganar credibilidad a ojos de los estados democráticos y de presentar al estado republicano como un interlocutor creíble en la arena política internacional. Sin embargo, lo mejor y más granado del Ejército Popular (EP) se perdió en Teruel de forma irreversible, todo ello después de haber sido movilizado, encuadrado y adiestrado a lo largo del año 1937 con un alto coste humano y material y en medio de graves conflictos políticos internos en el seno de la coalición republicana.

Los números de bajas suelen ser elocuentes en este sentido, aunque siempre son difíciles de cuantificar. Por mucho que el ejército sublevado también sufrió los terribles rigores de aquel invierno turolense y de la metralla enemiga, sus pérdidas oscilaron entre los 40 y los 50.000 hombres entre muertos, heridos, enfermos y prisioneros. Las certezas por lo que respecta a las bajas del EP suelen ser menores, aunque el hecho de que se encontrara a la defensiva o en retirada durante pasajes importantes de la batalla permite pensar que debieron de ser sensiblemente superiores, fluctuando de los 55 a los 60.000 hombres.^[2] No obstante, las cifras en las guerras de masas siempre suelen ser engañosas, sobre todo porque presentadas en bruto solo reflejan grosso modo el impacto real de las bajas sufridas por los ejércitos en liza. A pesar de que en ambos casos afectaron a alrededor del 50 por ciento de los efectivos desplegados en el frente por ambos contendientes, unos 100.000 en los dos casos, los efectos durables de las pérdidas no fueron los mismos si tenemos en cuenta algo tan simple como que el ejército sublevado era un tercio mayor que el EP, además de que disponía de un número bastante mayor de militares profesionales. Pero no solo eso. Consideradas así las cifras nos impiden ver —aunque nos permiten

suponer— el impacto real de las pérdidas sobre los grupos primarios de combatientes, garantes de la cohesión de los ejércitos de masas; sobre las diferentes unidades implicadas, desiguales en dotación armamentística y capacidad de combate; en el ámbito del personal militar especializado, desde ingenieros a artilleros pasando por zapadores; y, por supuesto, en lo que se refiere a la irremplazable pérdida de mandos intermedios, encargados de las pequeñas unidades sobre el terreno y muy unidos a sus hombres por lazos de afinidad. Por lo tanto, desde un punto de vista militar la batalla de Teruel representa para el caso de la guerra civil española lo que pudo suponer la batalla de Stalingrado en el Frente Oriental durante la Segunda Guerra Mundial. En ambos casos fue un punto de inflexión definitivo, no tanto por los números humanos o el armamento implicados, equiparables en cuanto a las posibilidades de los contendientes en cada uno de los conflictos, como por las consecuencias militares y la trascendencia político-mediática, convertidas ambas ciudades en el símbolo de la determinación de ambos contendientes por vencer a cualquier precio. A partir de ahí nada sería igual.

En este sentido, la batalla de Teruel no solo es un tema que sigue teniendo un interés público innegable, sino que además nunca ha sido abordado como un episodio con interés por sí mismo, es decir, de manera exhaustiva, compleja y en su conjunto. Esa es una de las pretensiones fundamentales de esta obra. Por eso mismo, lo que propongo aquí es adentrarnos en la realidad de los combatientes durante aquellos dos meses y medio. Para ello doy entrada a múltiples dimensiones de la experiencia de guerra, muchas de ellas apenas atendidas por la historiografía, desde sus condiciones de vida hasta sus sensaciones o su modo de proceder en combate, pasando por sus relaciones con la población civil o con sus familias en la retaguardia. Sin embargo, la batalla de Teruel no solo fue importante por el hecho de ser el lance militar más decisivo del conflicto, sino también porque hizo de la ciudad y de su entorno próximo uno de los centros del mundo durante varias semanas. El hecho de que fuera la primera gran batalla de la guerra, tanto en su duración como en el número de medios y efectivos desplegados, atrajo la atención de ciudadanos, periodistas, militantes políticos, teóricos militares y altos cargos de todo el orbe. En unos casos lo ocurrido en Teruel fue visto

como una nueva atalaya desde la cual contemplar los efectos y las posibilidades del armamento moderno y la guerra total, tal y como explicaré, y en otros casos se observó como un episodio decisivo de la larga pugna entre la revolución y la contrarrevolución. Por eso mismo, comprender la magnitud nacional e internacional de todo cuanto aconteció en el curso de la batalla y en torno a ella se revela esencial para contextualizarla y dar cuenta de su trascendencia mediática.

En cualquier caso, no encontrará aquí el público lector otro relato más sobre los conflictos internos y las reacciones internacionales suscitadas por la propia batalla, ni mucho menos un simple compendio de las operaciones táctico-estratégicas del conjunto de unidades implicadas. Más bien al contrario, lo que pretendo es un acercamiento al horror de la guerra y a la manera en que seres humanos de diferentes orígenes, civiles o militares, confluyeron en ella, respondieron a situaciones extremas, se adaptaron, lucharon por sobrevivir, se solidarizaron entre sí, pero también cómo mataron y murieron. Por tanto, este es un relato que ofrece una historia social de la batalla de Teruel y que trata de analizar los hechos al pie del terreno partiendo de un análisis profundo de fuentes de archivo, memorísticas y testimonios orales, que se entrecruzan unos con otros de forma constante a lo largo del relato. Mi voluntad es entender y explicar las estructuras, los procesos y las dinámicas que operan en la guerra, aquellas que la hacen posible y que hacen que cobre vida propia a ras de suelo, al margen de cualquier plan preconcebido. Lo que quiero decir con esto es que lejos de ver a los combatientes y a los civiles únicamente como víctimas estáticas de maquinarias bélicas omnipotentes, los muestro como sujetos activos y hasta cierto punto autónomos, sometidos a condicionantes, sin duda, pero también capaces de tomar decisiones y evolucionar a lo largo de un episodio intenso, traumático y prolongado como fue la batalla de Teruel. Así pues, lo que quiero es desentrañar parte de la complejidad y la intensidad de lo ocurrido en el curso de una guerra total como la que se dirimió en los frentes turolenses entre diciembre de 1937 y febrero de 1938, donde la necesidad militar, la movilización de todos los recursos, la potencia de fuego y la desaparición de las distinciones entre civiles y combatientes caracterizaron el

curso de la batalla de principio a fin.

Desde luego, no hay en este libro rastro alguno de un relato laudatorio o mito-poético de la guerra, como ha sido y suele ser habitual en buena parte de las visiones ofrecidas por las narrativas clásicas y la cultura de masas. Tales visiones no se corresponden con la realidad de los hechos que tuvieron lugar a ras de suelo en el curso de la vida de la retaguardia, en los pueblos ocupados, en la primera línea o en el curso de los combates. Frente a estas narrativas anticuadas e interesadas de los conflictos armados, que tienden a presentarnos los ejércitos de masas como ingenios asépticos y perfectamente engrasados que funcionan en base a principios mecánicos y reglas exactas, lo que planteo aquí es un relato de carne y hueso basado en la experiencia individual y colectiva de quienes tomaron parte en la batalla. En este sentido, me nutro de las propuestas y los debates más avanzados de la historiografía en el ámbito internacional, sobre todo en lo que se refiere al campo de los *estudios de la guerra*, a veces también llamados *nueva historia militar*. Estos dan cabida a un sinfín de temas ignorados por las visiones más tradicionales, como son los estudios de la vida cotidiana, la dimensión de género y el rol de la mujer en la guerra, las relaciones entre civiles y militares, el papel de la cultura y la ideología, la historia transnacional y comparada, la importancia de los estudios locales como espacio donde conectar con cuestiones y problemáticas universales o la posguerra como momento de ruptura y continuidad. Y eso es precisamente lo que he querido poner a disposición de los lectores y las lectoras: el conocimiento de la batalla de Teruel bajo esos nuevos prismas y preocupaciones, necesarios para conseguir una comprensión más compleja y ajustada a la realidad de lo que supuso y fue dicho acontecimiento.

No deja de ser paradójico que los aspectos militares de la guerra civil, es decir, todo aquello relacionado con el frente, haya quedado fuera de los intereses mayoritarios de la historiografía.^[3] Y lo es tanto más si tenemos en cuenta la naturaleza convencional que acabó adoptando el conflicto, con dos ejércitos de masas y dos retaguardias organizadas y movilizadas tras unas líneas del frente bien definidas, cosa poco común en los enfrentamientos fratricidas del siglo xx.^[4] Por lo que respecta a la época es cierto que hemos

avanzado en el conocimiento de los métodos y los agentes por medio de los cuales se ejerció la violencia y la represión a uno y otro lado del frente, así como también en la posguerra, pero no menos en la comprensión del proceso de conformación de los apoyos sociales en ambas retaguardias. También se ha debatido largo y tendido sobre la naturaleza del nuevo Estado surgido de la guerra, tanto en sus fundamentos ideológicos como en sus prácticas políticas.^[5] Sin embargo, se ha desatendido casi por completo el papel decisivo que jugó la conscripción y el encuadramiento masivo de toda una generación de españoles en sendos ejércitos de masas, principal instrumento de control social y político en ambos bandos.^[6] Esa política, que en un caso tenía por fin la resistencia frente al golpe —en el lado republicano también la eliminación o contención de las alternativas revolucionarias— y en el otro la consecución de la victoria total frente al enemigo, no fue quizás la forma de violencia más espectacular y vistosa ejercida contra los españoles de la época, pero sin duda sí que fue la más sistemática y efectiva. Centenares de miles de jóvenes, muchos de los cuales no habían conocido nada más allá de su ámbito comarcal, fueron arrancados de sus lugares de origen para marchar a una guerra radicalmente moderna, a menudo sin contar con los medios ni los conocimientos necesarios para garantizarse la supervivencia. Miles de ellos vieron sus vidas truncadas para siempre, ya fuera por la pérdida de seres queridos, el aprendizaje de la violencia, las mutilaciones, los desórdenes mentales o el alcoholismo, entre muchos otros problemas, porque la guerra supone por encima de cualquier otra cosa la sumisión y destrucción del ser humano.

En este sentido, he optado por una exposición cronológica de los hechos organizada en doce capítulos que van desde el estallido del golpe de Estado en julio del 36 hasta la posguerra, a finales de los años cuarenta. El libro está dividido en tres partes: dos capítulos dedicados al primer año y medio de guerra en la capital y su entorno, dentro de un radio de unos 50 kilómetros; nueve capítulos que abordan la batalla de Teruel propiamente dicha; y, finalmente, un último capítulo que se adentra en las consecuencias de la guerra en toda el área abarcada por los combates, ya durante los años posteriores al conflicto. Así pues, el capítulo de apertura nos sirve para

recrear el clima político-social de la zona occidental y meridional de la provincia de Teruel, conectando dicho caso con lo que ocurría en el resto de la península en lo que se refiere a la violencia política y a la consolidación de ambas retaguardias, siempre en paralelo a la estabilización del frente. De este modo, además, podremos aproximarnos a la intensa vida de una ciudad de provincias situada en el centro de la guerra, por mucho que se tratara de un frente secundario hasta diciembre de 1937. Por su lado, el segundo capítulo nos permite entender y contextualizar lo ocurrido durante la propia batalla basándonos en la evolución de la guerra a lo largo de su primer año y medio, lo cual conecto con las vicisitudes que rodearon a los preparativos de la ofensiva republicana sobre la capital del sur de Aragón. A partir de ahí se abordan toda una serie de cuestiones, desde la importancia del quintacolumnismo y la movilidad entre líneas en toda la provincia hasta los conflictos y prioridades dentro del bando rebelde, pasando por los retos logísticos inherentes a la preparación de una gran operación militar y los propios límites operativos del EP.

El bloque de nueve capítulos dedicado a la batalla propiamente dicha se divide a su vez en tres partes más o menos diferenciadas, que responden de algún modo a las distintas fases de la lucha por Teruel. Los tres primeros analizan sucesivamente la ofensiva republicana a partir del 15 de diciembre, la contraofensiva sublevada desde el 29 de ese mismo mes y el estancamiento del frente a causa del temporal de finales de año, que siguió a la toma de los dos últimos reductos de la capital los días 7 y 8 de enero. Por su parte, los tres capítulos centrales abordan la conversión de la lucha en una cruenta batalla de desgaste, que de hecho ya se había manifestado como tal en La Muela a primeros de año. En este caso analizo también el supuesto estancamiento de los combates a mediados del mes de enero, la reactivación de las operaciones rebeldes a partir del 17 de enero al noreste de Teruel, así como los contraataques republicanos para tratar de mantener el pulso. En último término, los capítulos 9, 10 y 11 abordan la fase final de la batalla de Teruel, con el EP agotado y sin capacidad de respuesta frente a las acometidas de las fuerzas rebeldes. De forma sucesiva analizo la ofensiva del Alfambra entre los días 5 y 7 de febrero, el parón de las operaciones impuesto por el mal

tiempo a mediados de febrero y la reconquista de la capital entre los días 17 y 22 de ese mismo mes.

Por último, la obra concluye con un capítulo centrado en la posguerra que recorre buena parte de los antiguos escenarios de la batalla de Teruel, sobre todo a partir de testimonios orales, aunque también en menor medida fundamentado en documentación de archivo o memorias. Todo esto nos permite indagar en las dificultades que experimentaron los habitantes de los pueblos y la capital para salir adelante tras el expolio sufrido a manos de las tropas de ocupación, la falta de medios para reactivar la economía y la gran cantidad de chatarra de guerra esparcida por todo el territorio, que representó en todo momento un grave problema de seguridad, pero también una fuente de ingresos para muchos vecinos. Por eso mismo, las últimas páginas se dedicarán a indagar en sus estrategias de supervivencia y en su cotidianeidad, analizando las relaciones intracomunitarias y la cesura irreparable que supuso la guerra en la vida de las comunidades locales. En este sentido, el capítulo buscar arrojar algo de luz sobre la alargada sombra de la guerra en la provincia de Teruel, así como los nuevos equilibrios de poder, las jerarquías o las relaciones sociales impuestas por el régimen durante los años posteriores al conflicto.

En definitiva, la obra está muy pensada para todos aquellos lectores y lectoras inquietos, con la esperanza de que pueda incitarles a realizar nuevas lecturas y les suscite nuevas preguntas, a la par que proporcione algunas herramientas útiles para aproximarse a un tema siempre de rabiosa actualidad como es el de la guerra y la violencia que la acompaña. Pero no solo eso, también espero que al leer este libro muchos y muchas sientan el estímulo de acercarse a las tierras del sur de Aragón para conocer de primera mano los parajes y los pueblos donde tuvieron lugar los dramáticos acontecimientos de los que da cuenta este trabajo, y que incluso puedan servirse de este como compañero de viaje en su descubrimiento del territorio. Por mi parte, cabe señalar que una investigación se ve constantemente superada o ampliada por la aparición de nuevos hallazgos, pero también por compañeros o compañeras que se lanzan al estudio de los muchos temas que quedan abiertos en un libro. Siendo mi deseo seguir explorando los múltiples aspectos relacionados con la

batalla de Teruel, me pongo a disposición de los lectores y las lectoras (david.alegre.lorenz@gmail.com) para cualquier cosa que estimen oportuno e, incluso, para que pongan en mi conocimiento la existencia de cualquier documentación de interés para proseguir con el estudio de la guerra y la posguerra turolenses.

Teruel, 21 de diciembre de 2017

[1] Severino Pallaruelo, «Papeles de la guerra», en *Pirineos, tristes montes*, Zaragoza, Xordica, 1990 [2015], p. 129.

[2] Se siguen las cifras aportadas por Hugh Thomas, *La guerra civil española*, Ruedo Ibérico, París, 1976 [1962] y José Manuel Martínez Bande, *La batalla de Teruel*, Editorial San Martín, Madrid, 1990.

[3] Algo que fue subrayado de forma muy conveniente por Fernando Puell de la Villa, «Nuevos enfoques y aportaciones al estudio militar de la Guerra Civil», *Studia historica. Historia contemporánea*, 32 (2014), pp. 95-110.

[4] Una cuestión en la que hizo hincapié en su día de forma muy acertada Javier Rodrigo, «Presentación. Retaguardia: un espacio de transformación», *Ayer*, 76 (2009), pp. 13-36, donde plantea una propuesta interpretativa de la guerra que sigue siendo plenamente válida como punto de partida.

[5] Las dos principales referencias en los debates de los últimos años son Ismael Saz, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Marcial Pons, Madrid, 2003 y la más reciente de Ferran Gallego, *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*, Crítica, Barcelona, 2014.

[6] Son cuestiones que actualmente ya han recibido la atención de diversas investigaciones desde diferentes ópticas. Véase James Matthews, *Soldados a la fuerza. Reclutamiento obligatorio durante la guerra civil, 1936-1939*, Alianza, Madrid, 2012 y Francisco J. Leira Castiñeira, *La consolidación social del franquismo. La influencia de la guerra en los «soldados de Franco»*, Universidade de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, 2013. Para el encuadramiento de los excombatientes en la posguerra y la socialización de los valores asociados al régimen franquista véase Ángel Alcalde, *Los excombatientes franquistas. La cultura de guerra del fascismo español y la Delegación Nacional de Excombatientes (1936-1965)*, PUZ, Zaragoza, 2014.

1. UNA CIUDAD SITIADA Y UNA PROVINCIA DESGARRADA. DEL 18 DE JULIO DEL 36 A DICIEMBRE DEL 37

Hubo dos sucesos que marcaron el inicio del conflicto en la capital turolense. Por un lado, resultó decisiva la declaración del estado de guerra que ya el día 19 de julio dio a conocer en las calles de Teruel la adhesión de la guarnición a la sublevación y que tuvo consecuencias inmediatas en el conjunto de la provincia. En un primer momento, dada la falta de efectivos militares, hubo de ser el propio comandante africanista Virgilio Aguado (1900-1936) quien acompañado por los ocho soldados presentes en la capital, la Guardia Civil y voluntarios civiles colgara en las calles de la ciudad el bando de guerra que anunciaba la nueva situación.^[1] A pesar de la importancia de todo lo acontecido a partir de este momento en los pueblos y en la capital, que abrió la puerta al despliegue de la violencia organizada y ejecutada por elementos civiles y militares bajo múltiples formas, solo me referiré a dicha violencia puntualmente. Y lo haré sobre todo por cuanto conecta lo que estaba ocurriendo en Teruel con la realidad general en el resto de España y, sobre todo, porque dicha violencia político-social estuvo muy condicionada por la propia evolución de la guerra en el frente turolense y sus principales acontecimientos.

Por otro lado, el segundo acontecimiento clave fue la irrupción del primer avión republicano en el cielo de la ciudad, que «empezó a tirar bombas por las afueras» en algún momento de los diez últimos días de julio. Según Jaurés Sánchez (1928) fue en ese momento cuando se empezó a hablar de guerra en las calles y cuando se vio que algo grave estaba pasando.^[2] Otros como Silvano Soriano (1926), que por entonces vivía en Celadas, recuerda un hecho que combina bien con los dos anteriores y que fue todo un acontecimiento entre los zagales del pueblo. Debió de ocurrir el mismo 19 de julio, cuando los sublevados trataban de consolidar su dominio sobre la capital y su entorno próximo. Uno de los días de la segunda quincena de

julio, cuando todavía no existían frentes y no acababa de estar clara la situación de muchos pueblos, llegó un coche al pueblo con cuatro o cinco hombres, «falangistas, con el yugo y las flechas, *arremangaos* y una pistola. Los muchachos no habíamos visto un coche nunca, íbamos allí con el coche todos los chiquillos, allá, mirando. “¿*Ande* está Fulano y tal?”», preguntaban los recién llegados, se ve que eran los que estaban en las listas de comunistas». [3] Para los celadinos, este fue el suceso que marcaría el punto de inflexión, como en tantos otros pueblos de la provincia de uno y otro lado.

La definición de un frente claro tardaría varias semanas en consolidarse. Sin embargo, una vez tuvo lugar, dada la particular situación en que se encontraba la ciudad y su entorno próximo, convertidos en un expuesto saliente que se adentraba en zona republicana, la comandancia militar de la plaza decidió tomar una serie de medidas para hacer efectivo su poder sobre la población que habitaba en la zona. Así fue como se constituyó Acción Ciudadana, definida como «una organización patriótica cuyos fines principales son atender a la conservación del orden público, protección de las personas y de la propiedad, vigilancia de la ciudad y sus vías de comunicación y auxilio a las autoridades civiles y militares». En definitiva, se trataba de una milicia ciudadana al estilo de muchas otras que habían surgido en los días posteriores al golpe fruto de la presentación de voluntarios deseosos de colaborar con las autoridades militares, acudiendo para ello a los cuarteles, a las sedes de las principales organizaciones políticas y ante las autoridades civiles. En parte, el objetivo de esta organización era liberar a las tropas regulares del cumplimiento de las misiones mencionadas para poder disponer de ellas en el frente, dada la escasez de hombres imperante. Pero al mismo tiempo, tenían la misión simbólica y social de conformar un núcleo duro de ciudadanos afectos a las nuevas autoridades dentro de cada comunidad local. Por eso mismo, bajo este paraguas debía organizarse la movilización parcial o total de las mujeres de cada sector cubierto por Acción Ciudadana para que contribuyeran al esfuerzo de guerra: «Confeccionar prendas con destino a las fuerzas combatientes, prestar los servicios que reclamen las autoridades en parques, hospitales, teléfonos, limpieza de locales, etc.».

Dentro del proceso de síntesis de proyectos e ideas políticas estimulado por los acontecimientos del verano del 36 en el seno de la contrarrevolución, la idea de organizaciones como estas era agrupar y encuadrar sensibilidades políticas de naturaleza diversa que no se identificaran con las fuerzas más representativas del momento. Por eso, las normas sobre las que se fundó Acción Ciudadana especificaban de forma muy clara que «serán admitidos [...] cuantos caballeros españoles sientan con exaltación el amor patrio, prescindiendo de toda idea política». En sí mismo, el ultranacionalismo ya constituye una idea política, pero este tipo de ficciones o eufemismos favorecen la suma de apoyos sociales. Su naturaleza de fuerza auxiliar dedicada a tareas con un grado de exposición menor queda bien probada en su encuadramiento con oficiales y mandos intermedios retirados, allá donde los hubiere, o autoridades locales, en caso de que no hubiera cuartel de la Guardia Civil.^[4] Sin ir más lejos, el jefe de Teruel era Lupercio Villuendas Rodrigo, un antiguo capitán de infantería que a finales de 1936 contaba cincuenta y dos años.^[5] Ese mismo verano había actuado como juez instructor en el juicio sumarísimo contra Hilario Fernández Bujanda (1880-1936) y Francisco Casas Sala (1896-1936), decretando para ambos la pena de muerte.

El primero de ellos, coronel al mando de los Carabineros de Valencia, se mantuvo fiel a la República durante el golpe y organizó una columna compuesta por unos 600 hombres, entre milicianos y guardias civiles, marchando en dirección noroeste para tratar de tomar Teruel. A su paso por Sagunto se le sumaría junto a otras fuerzas el propio Casas, un diputado de Izquierda Republicana elegido por Castellón en las anteriores elecciones de febrero. Tras su llegada a La Puebla de Valverde el día 29 de julio a primera hora de la mañana, se sucedieron las escenas habituales que seguían a la ocupación de una población por parte de los milicianos. De inmediato se dirigieron hacia la iglesia del pueblo, mientras arengaban a la población a su paso por las calles, y poco después el edificio estaba en llamas. Sin embargo, parece que hacia media mañana estalló un conflicto entre la Guardia Civil y los milicianos que se había incubado durante días, fruto de la desconfianza mutua y los fines muy diversos que perseguía cada uno de los grupos. Así

pues, tuvo lugar un violento intercambio de disparos entre unos y otros durante veinte minutos, que se decantó a favor de los guardias civiles por su mayor pericia en el manejo de armas, lo cual puso a los milicianos en fuga hacia Mora de Rubielos. En el curso del tiroteo murieron milicianos y, al menos, un par de vecinos, uno de ellos conocido como *El Burín*, en este caso ejecutado por cooperar con los ocupantes en la identificación de las casas de gente de orden. En ese momento, los casi 300 guardias civiles que componían la columna aprovecharon la ocasión para pasarse al bando sublevado. Uno de los vecinos, León Fuertes, que entonces era un muchacho de doce años, recordaba cómo en su casa recogieron «a cuatro o cinco heridos; a uno de ellos, menos grave, se le facilitó la huida en dirección a Mora».[6]

Sin embargo, la cosa no quedó aquí. Casas y Luis Sirera, delegado político de la columna, no habían asistido a los sucesos de aquella tarde por encontrarse en Mora de Rubielos, a donde se habían desviado para asegurarse de la lealtad del pueblo a la República. A pesar de las advertencias de los milicianos que huían despavoridos parece que hicieron caso omiso y se dirigieron hacia La Puebla de Valverde para cerciorarse de lo ocurrido. Así fue como cayeron en manos de los guardias civiles, que los entregaron a las autoridades de la capital junto a Fernández Bujanda y otros 47 milicianos que se habían refugiado en las casas. Ya a primera hora del día 30 una nueva columna llegó a la desdichada localidad, esta vez compuesta por falangistas procedentes de Teruel que traían consigo a 22 de los prisioneros tomados tras el tiroteo del día anterior. Parece que solo las quejas de algunas mujeres, que se negaban a que el centro del pueblo quedara marcado como el escenario de la matanza, hicieron posible que los fusilamientos no se llevaran a cabo en la propia plaza. Finalmente, los 22 hombres fueron asesinados en la puerta del cementerio, tras lo cual los ejecutores marcharon a almorzar, dejando los cadáveres en el mismo sitio donde habían caído. Después de culminar el festejo de la *faena* volvieron al lugar del crimen y descubrieron que faltaba un cadáver, y de inmediato salieron tras las huellas de sangre que había dejado el malherido en su huida. Lo encontraron cerca del corral de los Majuelos, a unos dos kilómetros al sureste de allí, y se lo llevaron con ellos de vuelta a Teruel, donde fue curado para después volver a fusilarlo.[7]

En cuanto a Casas, Sirera y Fernández fueron acusados de estar al mando militar y político de un contingente que había cometido todo tipo de tropelías a su paso por las poblaciones de la carretera que llevaba de Sagunto a Teruel. Ambos reconocieron la comisión de desmanes por parte de «algunos elementos de las milicias», y Fernández incluso afirmó que había solicitado su relevo del mando al no tener poder sobre los hombres, pero también para evitar cualquier corresponsabilidad con los hechos. Sin embargo su petición no fue atendida. Desde luego, el repentino giro en los acontecimientos es cuanto menos sorprendente, pero tiene una explicación muy sencilla: los guardias civiles aceptaron unirse a la columna para tener un pretexto para acercarse a la zona golpista y pasarse con más facilidad, al tiempo que entregaron a los detenidos como prueba de su compromiso, adhesión y lealtad ante las autoridades sublevadas. Algo así no sería nada extraño en el contexto de unos días como aquellos, de tanta confusión e incertidumbre. De hecho, según contaba el propio Pompeyo García el hombre al mando de la columna de guardia civiles, comandante Francisco Ríos Romera, debió de verse desbordado por los acontecimientos tras dejar a su familia en Castellón. Quizás, temiendo las represalias contra los suyos y dada la magnitud de los hechos acontecidos en La Puebla de Valverde, se suicidó en un aula de la Escuela Normal, actual Colegio Ensanche y por entonces cuartel de las milicias de Falange.^[8] Por su parte, muchos de los milicianos que sobrevivieron al enfrentamiento con los guardias volverían menos de un mes después integrados en la Columna de Hierro.

Fruto de los acontecimientos y escaramuzas de aquellas primeras semanas de la llamada guerra de columnas, poco a poco iban quedando definidos unos frentes más o menos fijos, lo cual permitió poner en marcha medidas para movilizar y encuadrar a la población civil con el fin de sumar su apoyo al esfuerzo de guerra. Ello pasaba por organizar la defensa pasiva de los núcleos habitados bajo control rebelde ante los ataques de la aviación republicana. En previsión de una guerra que podía alargarse, las nuevas autoridades entendían que tenían una responsabilidad para con la población: «No se puede ser neutral ante las crueldades de que serían objeto en el caso de no defenderse», por eso desde las más altas instancias se recomendaba adoptar medidas para

promover la fortificación de los pueblos.[\[9\]](#) La 5.^a División Orgánica, al mando del general Miguel Cabanellas (1872-1938), agrupó el conjunto de las fuerzas insurgentes del frente de Aragón hasta los primeros meses de 1937. Fue entonces cuando culminó la reestructuración interna de las fuerzas rebeldes para convertirse en un ejército de masas y afrontar las exigencias propias de una guerra moderna y de larga duración ante un enemigo que estaba haciendo lo propio. El punto de inflexión había sido el fracaso de un modo de operar basado en la columna como forma de encuadrar la tropa y en el choque frontal como modo de operar. Este modelo, desarrollado desde mediados del XIX en casi todas las guerras coloniales europeas e interiorizado por los africanistas que comandaban las fuerzas sublevadas, se probó ineficaz a la hora de dar una pronta resolución al conflicto, especialmente al topar con el obstáculo de una gran ciudad como Madrid, con las ventajas que siempre ofrece el combate urbano a los defensores.[\[10\]](#)

Las autoridades que se pusieron al mando en Teruel tras la muerte del comandante Aguado, de la cual hablaré más abajo, eran muy conscientes de la situación de exposición en que se encontraba la plaza. La llegada de la Columna de Hierro procedente de Valencia y compuesta por unos 3.000 milicianos planteaba un problema importante para la defensa de la ciudad; de ahí los telegramas dirigidos desde Teruel y la 5.^a División Orgánica a la Junta de Defensa Nacional, órgano de gobierno provisional de los golpistas. Sin embargo, desde Burgos se consideraba que estos eran «alarmantes» y «totalmente injustificados».[\[11\]](#) Aquí se ponen de manifiesto varias cosas: la gran cantidad de problemas con que habían de lidiar las autoridades rebeldes radicadas en Burgos, desbordadas por la multitud de focos bélicos que surgieron en toda la península; la existencia de prioridades muy claras a la hora de distribuir los recursos materiales y humanos; y, por último, la gran capacidad de improvisación a la que se vieron obligados los mandos y dirigentes locales en frentes de interés secundario como el de Teruel. Sin embargo, esto motivaba las quejas de estos últimos, que habían de lidiar con los rumores y con la preocupación y ansiedad de los sectores sociales afectos al régimen. Estos, fruto de las informaciones que se oían de lo que ocurría en la zona gubernamental —y conscientes de lo que estaba ocurriendo en la suya

propia—, contemplaban aterrorizados la posibilidad de una entrada de los milicianos en la plaza, así como sus posibles consecuencias.

Poco más de diez días antes había tenido lugar la irrupción de la Columna de Hierro en la provincia de Teruel. Consciente de lo que se venía encima, el comandante Virgilio Aguado trató de anticiparse al ataque de los milicianos organizando una emboscada a la altura de Sarrión, 45 kilómetros al sureste de la capital, y así acabar con la amenaza. Entre los 300-400 hombres encabezados por el propio Aguado se encontraban algunos de los guardias civiles que habían protagonizado los episodios de finales de julio en La Puebla de Valverde, muy cerca de allí. Sin embargo, los milicianos estaban en las inmediaciones de Sarrión desde el día 9 o incluso antes, y cuando los sublevados llegaron al lugar previsto a las 8 de la mañana del día 13 parece ser que ya les estaban esperando bien parapetados. De hecho, habían sido avisados por la aviación republicana, con lo cual los atacantes quedaban en una situación muy complicada, dada su clara inferioridad numérica. No hay duda de que esto último fue clave a la hora de provocar la desbandada general de muchos de los combatientes de la columna procedente de Teruel, que «se dejaron matar paralizados por el pánico», se refugiaron «en unos hoyos excavados a la orilla de la carretera» o que «simplemente» huían «abandonando al jefe a su suerte».[12] También ayudó la intervención de cazas y tres bombarderos republicanos, algo que suele provocar pavor entre la infantería cuando no cuenta con cobertura aérea propia ni defensa, y mucho más aún si se trata de tropas sin experiencia, como era el caso. En aquella ocasión fueron los sublevados los que escaparon en dirección a Mora de Rubielos, punto de confluencia trágico en aquel conflicto que apenas comenzaba. Creyendo que habían sido vecinos del pueblo los que alertaron a los milicianos de la llegada de la columna procedente de Teruel, ejecutaron a dos personas, una de ellas el telegrafista, conocido como don Teódulo.[13]

Con las fuerzas sublevadas huyendo despavoridas en todas las direcciones y la ciudad casi desguarnecida era un momento propicio para avanzar sobre Teruel. Sin embargo, parece que el avance se demoró hasta ocho días por órdenes recibidas desde Valencia, que pedían esperar la llegada de transportes, armamento pesado y nuevos efectivos, una cautela que se reveló

fatal.[\[14\]](#) No parece lógico pensar, tal y como planteaba Pompeyo García, que la no conquista de Teruel por la Columna de Hierro se debiera a la dejadez e irresponsabilidad de los milicianos, entregados a los excesos, los saqueos y los festines en La Puebla de Valverde. Este relato parece responder más al arquetipo del miliciano, bien extendido y reforzado por la España franquista durante décadas y muy asentado entre los marcos de referencia de la sociedad de la época, hasta el punto de que dicha visión ha persistido e, incluso, ha sido transmitida de generación en generación con gran éxito. Que en su mayoría no tuvieran formación y experiencia militar no significa que carecieran de toda visión estratégica y fueran incapaces de ver que la marcha sobre la ciudad era una absoluta prioridad. De hecho, parece que la dilación en los preparativos no estuvo exenta de ciertas tensiones, sobre todo por las ganas que tenían muchos de los milicianos de marchar sobre la capital. Marc Torres, por entonces militante de las juventudes libertarias de la FAI que se había sumado a una de las muchas columnas que partieron para Teruel, recuerda que en los primeros momentos había solo un fusil para cada dos hombres, algo que cambió con la llegada de los camiones cargados de municiones y armamento individual.[\[15\]](#)

En cualquier caso, la llegada de la columna a La Puebla de Valverde no se produjo hasta el día 22 de agosto, cuando arribaron procedentes de Valencia y Sagunto los camiones y autobuses que se habían podido reunir, cuyo reducido número obligó a realizar varios viajes.[\[16\]](#) Por eso mismo las autoridades de Teruel se mostraban tan afligidas y alarmadas en sus telegramas a la Junta de Defensa Nacional, la cual solicitaba información sobre los efectivos enemigos y los hombres disponibles para la defensa de la ciudad. Es más, desde la capital se había solicitado el apoyo de la aviación, que habría hecho de la columna un blanco fácil, como ya había ocurrido un mes antes durante el avance de la Columna Durruti sobre Zaragoza, poco antes de llegar a Bujaraloz. No obstante, las autoridades militares desde Burgos reconocían que no podían poner a disposición de los defensores de Teruel ningún caza, pero sí «cinco aparatos [...] si lo estima preciso», que debían de ser bombarderos o alguna antigualla. También se afirmaba, en referencia a los hechos del día 13 y sucesivos, que «el número de bajas [...]

no muestra situación angustiosa que manifiesta telegrama y otro recibido de autoridades civiles».[17]

Mientras la Columna de Hierro se concentraba en La Puebla de Valverde algunos milicianos descubrieron un secadero cuyos jamones fueron incautados y, al parecer, en buena medida desperdiciados. Así pues, el asalto definitivo sobre Teruel, que se encontraba apenas a 25 kilómetros en dirección noroeste, tuvo lugar al día siguiente, justo después del festín improvisado que se organizó en torno a los jamones. Desde luego, los saqueos y las borracheras son algo común a toda guerra, siendo concebidos y consentidos por los mandos en no pocas ocasiones como una válvula de escape para liberar la tensión acumulada durante largos periodos de acción o previa y posterior a la entrada en combate. Como ya había ocurrido con otras columnas organizadas en Cataluña, la de Hierro, compuesta en buena medida por anarcosindicalistas valencianos, se vio perjudicada por la inclusión de efectivos con motivaciones y procedencias diversas, desde gente de las clases populares hasta presos comunes, pasando por aventureros y buscavidas. Un vecino de La Aldehuela, Miguel Pellicer, lo explicaba en una entrevista con Pompeyo García: «A pesar de la fama que traían, había excelentes personas» entre los milicianos, aunque se lamentó al reconocer «entre ellos a uno de la provincia que estaba en San Miguel de los Reyes cumpliendo condena por asesinato».[18] Tampoco esto era extraño a otras experiencias de voluntariado de guerra, por supuesto, pero en este caso la autocontención, el sentido de la responsabilidad y la disciplina de buena parte de los militantes políticos podía resultar insuficiente ante la presencia de estos elementos y ante la inexistencia de una estructura militarizada basada en la obediencia a una cadena de mando clara. Dentro de cada centuria había individuos que cumplían la función de encuadrar y dirigir a la tropa, un papel que se fundamentaba en el carisma personal de ciertas figuras y en el respeto de los milicianos hacia ellas, donde contaban los años y el valor de la militancia de cada uno. Consciente de las limitaciones, la Junta Militar de Defensa trataba de infundir valor a los defensores insistiendo en su imagen distorsionada y deshumanizada del enemigo, al que calificaba de «hordas salvajes sin cohesión, disciplina ni valor militar» y subrayando que su «único móvil es el

saqueo y el crimen».[19]

Sea como fuere, la realidad de los voluntarios que se sumaron a las columnas de revolucionarios era mucho más compleja que la que transmitía la propaganda, tal y como ocurría también en el lado contrarrevolucionario. [20] En muchos casos, más que los ideales (o desde luego la supuesta sed de sangre que se atribuían unos a otros) jugó un papel clave la presión social dentro de las comunidades militantes, las familias y los grupos de amigos, sobre todo dada la juventud de muchos de los que se alistaron. Marc Torres recuerda que durante aquellas semanas del verano del 36 la CNT y la UGT reclutaban en Valencia «voluntarios para el frente, la mayoría gente joven dispuesta a cualquier sacrificio por un mañana mejor». En su caso la decisión de tomar parte en la lucha la tomó en conjunto con su cuadrilla de amigos, si bien reconoce que cuando «la mitad quiso volverse atrás porque sus padres los convencieron» hubo uno que «les desafió, diciéndoles que eran unos cobardes si no venían al frente con nosotros». Tal fue la discusión que acabaron enfrentándose entre sí a puñetazos, aunque más tarde consiguieron resolver sus diferencias y acabaron firmando su compromiso como voluntarios para marchar al frente. Así pues, en muchos casos la testosterona y la competencia *inter pares* jugó un papel tanto o más importante que los ideales políticos, dimensiones ambas que no eran ni mucho menos excluyentes, sino más bien todo lo contrario, sobre todo en el caso de los más jóvenes.[21]

Pues bien, esta vez eran los golpistas quienes esperaban a los milicianos en una línea defensiva situada sobre el Puerto Escandón (1.222 m), que partía en dos vertientes la carretera Teruel-Sagunto, y las alturas adyacentes, conectando con El Castellar, al este de Castralvo (1.044 m). Esta posición, que acabaría conociéndose como «Pancho Villa» o el «Parapeto de la Muerte» y que se conservaría hasta los primeros días de la batalla de Teruel, se hizo famosa por su papel en las escaramuzas acontecidas durante el verano de 1936. En estas primeras semanas, muchas veces es difícil separar el mito de la realidad debido a la falta de documentación la documentación militar, los vacíos y la tendencia de los testimonios y la cultura popular a magnificar o distorsionar ciertos hechos. Uno de los integrantes de la columna, Elías

Manzanera, recordaba que al llegar a Puerto Escandón «allí fue Troya [...], las balas llovían por todas partes» y fue «aterrador».[22] Existen algunos testimonios sobre los combates que se sucedieron a partir del día 23 de agosto hasta finales de mes, con la posición cambiando de manos hasta en dos ocasiones, varias decenas de muertos y una tierra de nadie de apenas 150 metros, algo que también señalaron otros veteranos que pasaron por allí en meses sucesivos.[23]

Pompeyo García nos dio las claves para entender la particular toponimia bélica de este emplazamiento. Respecto al origen de la segunda denominación no hay duda, pero detrás de la primera hay toda una intrahistoria que debió de ocurrir el día 28 de agosto y que tiene que ver con Rafael Martí (1907-1936), conocido como «Pancho Villa» y uno de los líderes de la Columna de Hierro.[24] De hecho, se cuentan dos historias y cada una de dos formas distintas. En la primera, están por un lado los que dicen que Martí se puso a la cabeza de un asalto contra las posiciones enemigas en el curso del cual, y dada la sorpresa total causada por este, los defensores simulaban izar bandera blanca. En esta circunstancia los asaltantes bajaron la guardia, algo que fue aprovechado para hacer fuego cerrado sobre ellos y acabar con sus vidas. Por otro lado, los veteranos del bando sublevado afirmaban que Martí y los suyos consiguieron acercarse a sus posiciones fingiendo su rendición con un trapo blanco, circunstancia que aprovecharon para tirar a quemarropa sobre los defensores, matando a catorce de ellos. La segunda historia cuenta que se produjo un encuentro en tierra de nadie entre Carlos Vélez, comandante de las tropas golpistas, y el mencionado Rafael Martí, en representación de la Columna de Hierro. Nada sabemos de los posibles motivos de su entrevista, pero al parecer uno de los dos —Vélez o Martí dependiendo del narrador— abrió fuego a traición sobre el otro, dejándolo sin vida y provocando un intenso fuego de fusilería que acabó con la vida del otro.[25]

Por carecer de lógica la última, ya que ninguno de los dos hombres se habría expuesto a una muerte segura matando al otro, doy por buena la primera historia, siendo probablemente la versión buena la que acusaba a Martí y a los suyos de simular su rendición para poder acercarse lo máximo

posible a la posición. De hecho, un falangista entrevistado por el propio Pompeyo García atribuía los fusilamientos de la Plaza del Torico, de los cuales hablaré, al arrebató de ira que suscitó en la ciudad esta versión de los hechos, dada a conocer inmediatamente después de ocurrir. Así pues, parece lo más probable, y así lo corrobora una orden citada por Pompeyo García, que Carlos Vélez muriera en realidad durante el contraataque inmediatamente posterior a la toma parcial de la posición por Martí y los suyos, en el curso del cual perdió la vida también el líder miliciano. Así se explican también las historias que hablan de que el cadáver de Martí, «Pancho Villa», fue exhibido al día siguiente por las calles de Teruel, como una prueba más de que la traición a España tenía un precio, pero sobre todo de que la deslealtad y los métodos trapaceros en combate no quedarían impunes.[\[26\]](#) En muchas ocasiones, este tipo de historias ayudaban a reforzar la voluntad de resistencia de los combatientes de uno y otro bando, por el miedo a ser cogidos prisioneros y sufrir torturas, a pesar de que en ningún momento cesaron las deserciones, al tiempo que avivaba en ellos el ardor combativo. Lo ocurrido en el puerto Escandón durante aquellos días es la mejor prueba de ello. Así lo pone de manifiesto el hecho de que Pere Calders (1912-1994), uno de los más afamados literatos en lengua catalana, refiriera en sus memorias de guerra una noticia que había llegado hasta Castellón, donde estaba en proceso de formación su unidad:

Explican cosas terribles; en «Pancho Villa», una de nuestras posiciones de avanzada, tomada momentáneamente por los fascistas en un embate de la lucha, los nuestros se han encontrado al reconquistarla los cadáveres mutilados de los carabineros que la defendían: los ojos pinchados, las uñas arrancadas, los vientres abiertos. ¿Es posible que tengamos frente a nosotros una gente tan vil?[\[27\]](#)

En cualquier caso, a partir de agosto de 1936 esa zona del frente quedó estabilizada, conservando los sublevados aquella posición en lo alto del puerto Escandón desde donde se dominaba toda la carretera y la vía férrea Teruel-Sagunto. Eso había hecho que durante los combates de la última semana de agosto y primeros de septiembre la artillería hubiera podido tirar a placer sobre los blindados, que resultaban completamente inútiles en aquel

escenario. Así pues, a punto de llegar a mediados de septiembre solo se registraban «cañoneos intermitentes y diversos ataques en los flancos, todos contenidos». De hecho, el armamento del que disponían los milicianos era de cierta importancia, con una batería de 75 mm y «dos o tres morteros». En este caso, tras la muerte de Rafael Martí el hombre al mando era un militar de carrera, el teniente coronel Manuel Pérez Salas, que mantuvo su lealtad a la República y colaboró en la primera represión ejecutada contra los rebeldes en Valencia. Desde su llegada allí, el centro logístico de operaciones de la Columna de Hierro pasó a ser La Puebla de Valverde, también para lo que se refiere a la ejecución de la violencia revolucionaria en los pueblos de la comarca.[\[28\]](#)

Como en tantos otros sitios, el sistema funcionaba a través de una unidad especial denominada Guardia Móvil, formada por unos veinte hombres que eran requeridos por los distintos comités locales de los alrededores. Estos últimos eran una pieza clave del engranaje, compuestos por autóctonos y, por tanto, buenos conocedores del terreno. Por eso parte de sus labores de aquellos primeros días en el establecimiento del orden revolucionario pasaron por señalar a las víctimas debido a su condición social, su historial político-laboral, su militancia contrarrevolucionaria o su supuesto apoyo al golpe. En el consejo de guerra contra la miliciana María Pérez Lacruz (1917-1942), conocida como «la Jabalina» por ser su familia de Jabaloyas y acusada de pertenecer a la mencionada Guardia Móvil de la Columna de Hierro, se atribuían a dicha unidad multitud de crímenes cometidos en Sarrión, cuando seguramente ni se había constituido como tal. Entre ellos destacaba el asesinato del alcalde, Rafael López, ejecutado en la puerta de su casa delante de su mujer y sus dos hijos pequeños, un curandero, tres curas, un militante de derechas y un diputado.[\[29\]](#)

Sin embargo, había otras fuerzas que envolvían la plaza por el norte y el sur. Tal era el caso del sector Villed-Villastar, en el valle del Turia, por donde los milicianos empujaron con fuerza durante las primeras semanas del conflicto creyendo que encontrarían poca resistencia. Todos sus ataques resultaron improductivos. Sin embargo, la guerra de columnas que se estaba llevando a cabo, con unos frentes todavía poco claros y fuerzas relativamente

escasas en los focos de combate secundarios, dejaba cierto margen de maniobra a los contendientes para buscar posiciones más favorables y vías alternativas, más aún en una orografía tan intrincada como la turolense. Esto fue lo que permitió que los refuerzos llegados desde Valencia vía Utiel consiguieran infiltrarse desde Salvacañete, en la Serranía de Cuenca, hasta Bezas, en las estribaciones orientales de la Sierra de Albarracín, recorriendo para ello 42 kilómetros e intentando flanquear las defensas meridionales de Teruel. Desde sus nuevas posiciones en dicha población pudieron atacar el frente sublevado en El Campillo, 15 kilómetros al oeste de la capital. Contaban para ello con un variopinto contingente de 1.500-2.000 hombres, entre milicianos —comunistas en su mayoría—, guardias civiles, una sección de zapadores, dos compañías de infantería y una de intendencia, apoyados a su vez por una batería de 75 mm y ocho ametralladoras. Desde luego, no eran medios escasos para lo que solía haber en los escenarios secundarios del incipiente conflicto. Sin embargo quedaron frenados allí el día 5 de septiembre, sufriendo gran número de bajas y desertiones provocadas por el miedo de algunos elementos ante la contundente defensa de los sublevados.

La documentación de los insurgentes, bien informados por los desertores de la mencionada columna, conocida como Uixea-Urbe, en referencia a sus líderes militar y político, daba cuenta del importante peso numérico que tenían los presos comunes liberados de las prisiones de la zona de Levante. Evidentemente, esto hacía las mieles de unas autoridades golpistas que creían ver confirmado en ello su arquetipo del miliciano izquierdista como criminal patológico. De hecho, el informe del frente de Teruel del día 10 de septiembre hacía hincapié en que los mandos de la columna en cuestión cambiaban de forma habitual por la recurrencia de las reyertas y los asesinatos entre ellos, una generalización tan burda que parece responder más a los tópicos que a la realidad. No obstante, siguen siendo necesarios estudios solventes que analicen a fondo la retaguardia revolucionaria en el Teruel del año 36 y la realidad interna de las columnas de milicianos, algo dificultado por la falta de documentación. En cualquier caso, a las trifulcas por cuestiones políticas entre militantes de diferentes siglas parece ser que se añadía otro problema bien constatado, como eran los frecuentes

enfrentamientos entre militares profesionales y los milicianos, dada la desconfianza de estos últimos hacia los primeros. Desde luego, sucesos como los acontecidos en La Puebla de Valverde a finales de julio no ayudaban a mejorar la situación, sobre todo una vez llegaban a conocimiento público. La posición de los milicianos y sus posibilidades de prosperar en aquel sector se vieron dificultadas por la deserción del capitán de artillería Ramón Viñals, quien dio a conocer a la Comandancia Militar de Teruel la situación de la columna con todo lujo de detalles. De este modo quedó definida la línea del frente desde entonces, conectando a pie las posiciones ante El Campillo y las de Vilel a través de Rubiales, donde había permanecido la otra mitad de la llamada columna Eixea-Uribe, con en torno a un millar de hombres.

La tercera columna desplegada frente a Teruel, conocida como Torres-Benedito, se encontraba en el llamado frente de Corbalán, entre dicha población y el curso bajo del río Alfambra, con su centro logístico situado entre Cedrillas y Monteagudo.[\[30\]](#) Desde allí habían intentado penetrar en Teruel por el norte, pero como en tantas otras ocasiones la falta de formación, experiencia y encuadramiento militar penalizó sobremanera a las fuerzas milicianas, que a pesar de contar con 2.000 hombres, una batería, morteros y ametralladoras se vieron obligadas a atrincherarse a la espera de acontecimientos. De vez en cuando llevaban a cabo alguna operación localizada, para intentar tomar prisioneros y sonsacarles información relevante sobre la defensa de la plaza, pero parece ser que las piezas de artillería de 105 mm con que contaban los sublevados para la defensa del sector dificultaban bastante sus movimientos.

La columna se encontraba bajo el mando militar del capitán de artillería Atilano Sierra, que se convertiría en una de esas figuras de leyenda de los primeros compases del conflicto, en este caso tanto fuera como dentro de la ciudad sitiada. Al parecer, este artillero tenía un insuperable dominio técnico de su oficio, hasta el punto que cualquier blanco sorprendente de la artillería republicana en sus ataques sobre Teruel era atribuido a su extraordinaria destreza. La fama que alcanzó en la monótona vida de la plaza llegó a ser tal que incluso se le dedicó una copla que pasó a formar parte de la cultura popular, la cual decía que «En el cielo manda Dios/en la tierra los cristianos/y

en el frente de Corbalán/ los cojones de Atilano». Incluso las grandes piezas de artillería emplazadas sobre vías férreas pasaron a conocerse como Atilanos, una prueba del impacto que tuvo en el imaginario colectivo la mortífera efectividad de la artillería republicana en el frente de Teruel durante los primeros meses de la guerra. El excombatiente cacereño Carrasco Canales daba buena cuenta en sus memorias de la fama de este artillero, aunque sus palabras también invitan a pensar en la dimensión mítica de la figura:

Creo que algo habría de cierto en la fama adquirida por el capitán Atilano [...].

Todo el que haya estado en Teruel por estas fechas habrá podido ver que dicha estatua estaba protegida por varios maderos que le servían de sostén para que no se viniese a tierra. Y la comprobación de aquellos dos impactos lanzados por el capitán Atilano no los hubiésemos creído de no haberlos comprobado sobre el pedestal del Torico.

Más adelante, durante un periodo de convalecencia en el hospital de campaña improvisado en el Casino turolense aún subrayaba más su sorpresa:

[...] costaba de creer que aquellos dos cañonazos que tenía la dicha estatua hubiesen sido producidos por una batería que estaría a unos diez o doce kilómetros de distancia y que, además, tenían que haber pasado por encima de los edificios de cuatro o cinco pisos que había en dicha plaza.

Esto se comentaba por todo Teruel y así lo contaban los mismos vecinos. Yo, como no lo vi, solo transcribo sus manifestaciones.[\[31\]](#)

Pompeyo García se inclinaba por pensar que Atilano incluso pudiera ser uno de los mitos de aquellos primeros meses de incertidumbre, guerra y aislamiento en la ciudad de Teruel, ya que a pesar de haber conducido una investigación exhaustiva en busca del rastro dejado por su figura no había hallado nada. Más allá del caso de la columna del Torico, parece que su fama vino dada por su acierto a la hora de bombardear un tren procedente del norte a la altura de Caudé.[\[32\]](#) Parte de lo que he podido averiguar procede de Internet, cuya fiabilidad siempre es dudosa cuando no hay fuentes de por medio, aunque sí que aparecen menciones concretas en la documentación rebelde. De hecho, sabemos que era un oficial de artillería en la guarnición de Valencia, y también que tuvo un papel decisivo a la hora de frenar el golpe en dicha ciudad, junto al ya mencionado Manuel Pérez Salas.[\[33\]](#) El

resentimiento quizás ayude a explicar que la Causa General lo responsabilizara de haber dirigido personalmente la checa del carrer de Sorni número 7 de Valencia, instituida por el propio Servicio de Información Militar republicano en los primeros días posteriores al golpe a la par que muchas otras. A eso se refiere el informe de los rebeldes sobre el frente de Teruel fechado el 10 de septiembre de 1936 cuando afirma que «Atilano Sierra quien, con Pérez Salas y el capitán Ulibarri de la Guardia Civil, son los principales autores de lo ocurrido en Valencia».[34]

Primitiva Gorbe Herrero (1918), que por entonces vivía en Villalba Baja, recuerda que vivió con terror la entrada de los primeros milicianos en el pueblo, una sensación natural teniendo en cuenta aquellos rumores que corrían por todos lados y la poca confianza que ya de por sí puede inspirar la llegada de forasteros armados. Como ocurría en toda la geografía peninsular, Gorbe se encontraba trillando en los campos en torno al pueblo cuando vio llegar un autobús y un coche llenos de gente: «Me entró un pánico que *pa* qué. Solté las caballerías allí que estábamos en la era y me fui a mi tío Ramón: “Ay, ay, tío Ramón, ay que me se llevarán”». Al parecer, se contaba que en Cuevas Labradas, pueblo vecino situado tres kilómetros al noreste, los milicianos se habían llevado a dos muchachas a Corbalán, algo que generó miedo en toda la contornada. Sin embargo, este primer convoy debió de pasar de largo en dirección a Teruel, donde poco a poco iba fraguando el frente.

Pocos días después, estando Gorbe con su madre y otros vecinos en la carretera que atraviesa el pueblo, llegaron nuevos contingentes que solicitaron trapos rojos y negros para hacer una bandera anarquista: «Pues claro, como el temor era tanto, pues mi madre enseguida dijo: “Ay, pues yo tengo uno colgado alrededor de la chimenea y os lo bajo”». Parece ser que a partir de ahí siguieron el *modus operandi* habitual en la ocupación de los pueblos: fueron a la iglesia local, «tiraron todos los santos, los quemaron», y al parecer también quisieron tirar abajo las campanas, algo de lo que desistieron ante los ruegos de un vecino cuya casa estaba adosada a la torre, en vista del riesgo que comportaba la operación. Avanzada la guerra se demostró el acierto de conservarlas en su sitio, ya que fueron cruciales para anunciar los ataques aéreos y dar tiempo suficiente a la población para

ponerse a resguardo, como ocurrió en tantos otros pueblos de la inmediata retaguardia.[35] Es muy probable que Marc Torres, por entonces ya parte de la columna Torres-Benedito, fuera uno de los que llegaron en aquel nuevo contingente y se instalaron en el pueblo, aunque no mencionara nada sobre la quema de la iglesia. Sí que recordaba que se instalaron en las parideras de las afueras del pueblo, tras limpiarlas y desinfectarlas convenientemente, mientras se dedicaban a realizar ejercicios de tiro y a cavar trincheras en el frente al norte de la ciudad.[36]

Respecto a Cuevas Labradas, tres kilómetros al noreste de Villalba Baja, Gregorio Ibáñez Argente (1931) recuerda una escena muy similar con los milicianos sacando todos los santos y los retablos con los que hicieron una gigantesca hoguera en la calle de la Iglesia, un acontecimiento que los muchachos y algunos paisanos del pueblo vivieron casi como algo festivo. De hecho, recuerda una anécdota curiosa de aquel episodio protagonizada por uno de los hijos del sacristán del cura del pueblo, que se lio a patadas con los santos mientras decía: «¡Caaaabrón!, ¡has sido la perdición de mi casa!». Al parecer, la reacción del susodicho se explica porque su padre, dadas sus responsabilidades con el párroco, solía faltar en las faenas del campo cuando más trabajo había, lo cual hacía que él hubiera de redoblar sus esfuerzos.[37]

En cualquier caso, las conclusiones de los rebeldes a primeros de septiembre de 1936 apuntaban a que los milicianos estaban desmoralizados tras los primeros fracasos de las columnas a las puertas de Teruel, y que tenían la esperanza de recibir refuerzos que les permitieran intentar una nueva acometida sobre la ciudad. El por entonces miembro del batallón sanitario de la Torres-Benedito, Enrique Genovés, recordaba que ya durante la marcha hacia Teruel en agosto de 1936 tuvo la sensación de que la guerra «no iba a ser una cosa de dos días».[38] El informe del entonces comandante de la plaza, el teniente coronel Mariano García Brisolará, era terminante al respecto: «Las cuatro columnas enemigas muestran ya mucha menos acometividad que al principio y si no reciben refuerzos pueden ser batidas con relativa facilidad en cuanto se disponga de una masa nuestra de maniobra, pues la fuerza de Teruel la tengo inmovilizada en los frentes». Tal era la visión que se tenía de los milicianos, que no era infundada dados los

problemas ya mencionados de encuadramiento y la carencia de experiencia militar, entre otras cosas. Sin embargo, estos primeros días de combates acabarían por consolidar una concepción del enemigo entre muchos mandos que seguramente fue decisiva para entender lo ocurrido en los primeros quince días de diciembre de 1937, tal y como explicaré. En aquel entonces, García Brisolara estaba convencido de que la supuesta debilidad de los milicianos podría ser explotada con el lanzamiento desde el aire de propaganda y periódicos. Sin embargo, todavía no se habían destinado aviones al frente de Teruel, pero tal era la confianza que se tenía en el poder del arma aérea que casi podría decirse que se esperaba todo de ella.[39]

Como veremos a lo largo de estas páginas, la guerra no frenó ni la movilidad por el territorio peninsular ni entre las propias líneas del frente. Por ejemplo, las primeras semanas de incertidumbre se convirtieron en un marco propicio para que grupos de individuos más o menos organizados intentaran aprovecharse de las circunstancias para prosperar por medios ilícitos. Tal era el caso de un nutrido grupo de 250-300 hombres que, según los informes, pululaba por la parte centro-sur de la Sierra de Albarracín, entre los pueblos de Calomarde, Royuela, Terriente y Toril. No está muy claro si actuaban bajo el amparo de las autoridades radicadas en Valencia, lo que sí parece estar fuera de toda duda es que robaban el ganado de la zona y lo dirigían a Levante a través de la Serranía de Cuenca, quizás para lucrarse ellos mismos con el pretexto de sostener el esfuerzo de guerra. Nada de esto sería extraño a una situación de conflicto y a un estado de excepción como el que se vivía en aquellas semanas, como queda probado en multitud de guerras donde muchos aprovechan para prosperar y construir sus propios feudos. A la larga, esto último fue más difícil en la guerra civil por el dominio que ambos bandos trataron de ejercer, y hasta cierto punto lo consiguieron, sobre sus retaguardias. De hecho, como veremos, la Sierra de Albarracín fue un constante ir y venir de espías y desertores a lo largo de todo el conflicto.[40] Incluso en el caso de Teruel no era extraño que algunos milicianos de las columnas se colaran entre las líneas rebeldes, muy dispersas como las suyas, para acercarse allí por motivos de lo más diverso. Tal era el caso de un sargento que tenía a su novia en la capital, que fue acompañado por otros

cuatro, aburridos por la falta de emoción de la vida en las trincheras, a los que dejó en un bar de confianza, no sin antes dejarles muy claro que debían tener «cautela en sus actos y conversaciones. Nada de política, puesto que un descuido podía resultar fatal». El caso es que dicho sargento acudió a Teruel de forma regular durante meses, aprovechando sus escapadas románticas para recoger toda la información que podía sobre las defensas de la ciudad. De hecho, en previsión de que pudieran cogerlo prisionero y temeroso de cuál pudiera ser su destino: «Llevaba una especie de coraza o peto de lona, en la cual llevaba puestos cartuchos de dinamita, como se ponen las balas en una bandolera, para que, en caso de peligro, estallasen en compañía de mis enemigos, y conmigo, por supuesto; estos se activaban con un ligero dispositivo, sensible ante cualquier ligero roce en un punto determinado de mi pecho, donde el contacto de mi mano produjese la explosión a voluntad mía».[41]

Lo que está claro es que, como muchas otras poblaciones de la España sublevada, Teruel vivía sumida en un clima de movilización permanente. Sin embargo, el día a día estuvo agudizado por una particularidad que diferenció sobremanera la capital del Aragón meridional respecto a otras ciudades de provincias, al amparo del frente doméstico: Teruel fue una ciudad sitiada desde el verano de 1936, y las escaramuzas y enfrentamientos armados, con mayor o menor intensidad, se sucedieron casi sin interrupción desde entonces hasta el inicio de la batalla. Esto resulta determinante para entender muchas de las cosas ocurridas en la plaza, entre ellas las altas tasas de violencia y represión, pero también el particular sadismo con que se manifestó dicha violencia en ciertos episodios. Los rumores y las informaciones que llegaban desde los alrededores de la capital por medio de agentes, pasados y desertores, muchas veces ciertos y a menudo también deformados a conciencia por la propaganda y los prejuicios, ayudaron sin duda alguna a crear un clima de paranoia y radicalización en el interior de la ciudad. En muchos casos, los propios desertores falseaban o engrandecían a conciencia el alcance de los hechos con el único propósito de congraciarse con sus captores y mostrar su adhesión al bando sublevado. El caso es que el pavor de muchos turolenses ante un posible avance de los milicianos sobre la ciudad o

la identificación de sectores de la ciudadanía con los golpistas, sin olvidar su colaboración activa con las nuevas autoridades, ayudaron a tejer complicidades y a propiciar cierres de filas dentro de la nueva comunidad surgida al calor del golpe y la guerra. Todo ello, unido al habitual miedo al quintacolumnismo y a la existencia de un escenario ideal para resolver por medio de la violencia conflictos intercomunitarios de toda naturaleza, a menudo de largo alcance, explicaría el apoyo de no pocos turolenses a la violencia y la represión practicada contra aquellos considerados como *enemigos de España*.

Sin duda, el más sonado de todos estos episodios fue el ocurrido a finales de agosto de 1936, en una fecha que ningún historiador parece haber sabido determinar con exactitud.^[42] El episodio es narrado por diversos testimonios y fuentes, siendo el más destacado seguramente el del historiador local Pompeyo García. Sin embargo, también se refiere a ellos el escritor Ildefonso Manuel Gil, funcionario originario de Daroca y destinado a Teruel pocos meses antes de la guerra. Este había sido detenido y encarcelado en el sótano del Seminario a finales de julio, convertido en cárcel improvisada con la connivencia de las autoridades eclesiásticas ante el hacinamiento de la prisión, que se encontraba más o menos en el emplazamiento de la actual biblioteca. A pesar de que no fue testigo de los hechos, Serafín Aldecoa ha defendido que la novela de Gil, *Concierto al atardecer*, puede considerarse como una aproximación a lo ocurrido no ya solo en la plaza del Torico a finales de agosto, sino también a buena parte de los sucesos del verano del 36 en la capital. Al fin y al cabo, este escritor darocense compartió presidio con muchos de los que fueron sacados del Seminario para ser fusilados y debió de compartir experiencias tras la guerra con otros represaliados o habitantes de Teruel que le transmitieron la escena. En apoyo a lo que apunta Aldecoa bien podría decirse que a pesar de que siempre debe existir la tentación de adornar o dramatizar los hechos cuando se escribe literatura basada en hechos reales, no es menos cierto que en una guerra civil la realidad a menudo supera a la ficción, y que el propio testimonio de Pompeyo García coincide bastante bien con lo apuntado por Gil.

Parece ser que esa tarde de finales de agosto la banda de música de Teruel

fue sacada en procesión por el centro como reclamo para atraer a los que paseaban a aquellas horas por las calles. En medio de un clima de celebración colectiva presidido por las marchas militares que interpretaban los músicos, fue reuniéndose en la plaza del Torico una nutrida concurrencia de turolenses, donde también acudieron otros curiosos atraídos por los rumores de que se iban a llevar a cabo unas ejecuciones públicas. García, que por aquel entonces contaba diez años, recuerda que «allí nos encaminamos los chiquillos, Tozal abajo», entre los cuales también debía de encontrarse Tomás Gracia Doñate (1929), de siete años.[\[43\]](#) Cenarro apuntaba que los civiles fueron llevados en su mayor parte a la fuerza a la plaza y retenidos allí por los militantes de Falange, que bloqueaban las calles de entrada y salida. No era de la misma opinión García, que recordaba que: «Tanto la calle como la propia plaza estaban a rebosar de soldados, falangistas, requetés, guardias civiles y curiosos. También alguna mujer, pero pocas. Unos balcones se hallaban repletos, y otros completamente vacíos. Los altavoces entonaban marchas militares. No dejaban entrar a los chavales, pero lo conseguimos dando un rodeo por las bocacalles».[\[44\]](#)

Desde luego, parece que había expectación ante lo que estaba ocurriendo. De hecho, no es extraño que en la fase en que los regímenes fascistas están construyendo sus apoyos sociales, como era el caso de la España sublevada del 36, no solo se utilizara la violencia pública como una forma de amedrentar a los opositores reales y potenciales, sino también de tantear y medir el grado de apoyo público a sus políticas y, al mismo tiempo, de cerrar filas generando complicidad y participación. Así pues, cuando se consideró que el número de asistentes era suficiente, 11 detenidos (13 según Cenarro) fueron bajados maniatados por parejas de diferentes camiones llegados a la calle Amantes y conducidos hasta el inicio de la cuesta de San Pedro (hoy calle Hartzembusch), justo al otro lado de la plaza del Torico. Por su parte, Gracia Doñate dice que las ejecuciones tuvieron lugar en el porche del edificio del reloj, a la izquierda del de Casa Ferrán.[\[45\]](#) Allí había un piquete de falangistas y guardias civiles que en el momento convenido les descerrajaron un tiro en la cabeza. Parece ser que no faltaron los aplausos y los vítores entusiastas de algunos de los concurrentes, todo ello animado por

el *Cara al sol*, como si la muerte de aquellos once infortunados por sí sola pudiera propiciar el renacer de España anunciado por el himno de Falange. El propio ambiente festivo era una manera atroz de invitar a los asistentes a pensar que no se podía hacer otra cosa salvo celebrar que al fin hubiera llegado el día en que se hacía auténtica justicia, eliminando a aquellos que se habían empeñado en destruir España y venderla a potencias e ideologías extranjeras. Al mismo tiempo, también era un modo de incitar a los asistentes a sentirse dichosos de no estar en el pellejo de las víctimas, entre las cuales se encontraban José Soler, director de la Escuela Normal; Pedro Lafuente, interventor de Correos; y el alcalde de Mora de Rubielos. El propio Pompeyo García, que no pudo ver todo con sus propios ojos tras ser echado de la plaza junto al resto de niños, recuerda que:

Al poco [de marchar], oímos desde el Mercado disparos y más disparos. Sin esperar mucho, vimos cómo la gente desalojaba la plaza, Tozal arriba. Entonces nosotros volvimos al Torico todavía a tiempo de ver el río de sangre que bajaba hacia la calle Nueva, como si hubiera habido una tormenta. Tanta sangre que rebasó la primera alcantarilla y alcanzó la segunda. Incluso echaron arena para que no corriese más abajo. A pesar de mis pocos años aquello lo recuerdo bien, desgraciadamente. Mientras seguían sonando los altavoces vi con mis propios ojos cómo a aquellos desafortunados, ya muertos, los iban arrojando al camión que hacía minutos los había conducido con vida.[46]

Si bien nada de ello quedó reflejado en las memorias de García, Cénarro apunta, basándose en fuentes periodísticas muy posteriores, que acabado el principal reclamo del espectáculo, el acto sacrificial y expiatorio de aquellos considerados como *enemigos de la patria*, y tras la retirada de sus cadáveres se celebró un baile en la plaza.[47] Aunque esto último parece que debería atribuirse a la propaganda del bando revolucionario, se trata de un tipo de escenas bastante recurrentes en la España sublevada, sobre todo en las primeras semanas posteriores al golpe, pero también en plena posguerra.[48] Las condiciones particulares de Teruel hacían que el miedo y la paranoia se vieran más intensificados. La supuesta amenaza del quintacolumnismo, que existió, contribuye a explicar las causas de ciertos asesinatos, pero también a entender que este fue muchas veces un mero pretexto para castigar por otros medios a muchos dirigentes y señalados izquierdistas que consiguieron

escapar en un primer momento de la violencia golpista. En esta casuística se enmarcaron las ejecuciones de María Pérez Maícas y Pilar Sánchez Pérez, esposa e hija de Ángel Sánchez Batea (1895-1943), quien a la postre había sido presidente de la Casa del Pueblo turolense y concejal socialista en la ciudad de Teruel.

Labrador de profesión y militante izquierdista, consiguió escapar de la ola de violencia y detenciones que tuvo lugar tras el triunfo del golpe gracias a que se encontraba en la siega a las afueras de la ciudad, algo que aprovechó para huir a La Puebla de Valverde junto a otros compañeros de militancia. Antes habían intentado hacerse con armas para parar el golpe, tal y como habían hecho las fuerzas de izquierda en otros lugares de España, pero al fracasar y temiendo por sus vidas decidieron emprender la huida. Cuando fueron a buscarlo al número 3 de la plaza de la Merced, entre el barrio del Carrel y el Arrabal, tan solo encontraron allí a sus dos hijos pequeños, Jaurés y Volney, a su hija de apenas diecisiete años y a su esposa. En ausencia del líder socialista y sindical optaron por llevarse a las dos últimas. María Pérez fue ejecutada el 7 de agosto, y su hija el 8 de septiembre. Aún hoy, Jaurés recuerda el momento en que se llevaron a su hermana y su madre, siguiendo el modus operandi habitual en la mayor parte de los casos durante los días posteriores al golpe: llamaban a la puerta y decían «no, si no es más que para hacerle unas preguntas. Y ya no volvían».[49] Precisamente, la muchacha, militante de las Juventudes Socialistas Unificadas, era acusada de contactar por radio con su padre, que por entonces se encontraba en la incipiente retaguardia republicana de la provincia turolense, donde se estaba dedicando a reconstruir las estructuras centrales del PSOE y la UGT.[50] De hecho, Jaurés recordaba que unos falangistas vinieron a registrar su casa, supuestamente en busca de armas. Desde mi punto de vista, ambos asesinatos se explican como contrapartida por la huida del propio Ángel Sánchez, que de esta forma era castigado por partida doble al perder a dos de sus seres queridos y al quedar estigmatizado a ojos de sus conciudadanos por dejar a sus otros dos retoños desamparados.[51] Vale decir, y esto seguramente no es casual, que estas ejecuciones extrajudiciales también se llevaron a cabo en medio del clima de miedo y confusión que rodeó a los primeros

enfrentamientos en el Puerto Escandón.

No obstante, a los Pozos de Caudé fueron llevados centenares de personas. El número de víctimas que contienen no está muy claro, ya que podría ser mucho mayor, pero sabemos con toda seguridad que albergan los cuerpos de hasta 1.005 personas ejecutadas en el marco de la violencia golpista y la represión franquista de agosto de 1936 a diciembre de 1937. Muchas de las víctimas eran del barrio del Arrabal, como recuerdan algunos de los testimonios consultados, por ejemplo los dos «Bonachos», «simplemente porque no iban a misa, que decían que eran rojos, pero que eran unas buenas personas». El hecho de que exista constancia de los asesinatos entre los niños de la guerra, cuando algunos no llegaban a contar diez años en el año 1936, es buena muestra de que lejos de imponerse el silencio más absoluto en el seno de las familias y en círculos de confianza se conservó y cultivó una memoria de lo ocurrido que fue transmitida de forma directa o indirecta. En este caso la clave nos la aporta el testimonio de Joaquina Atienza, quien señala que de la violencia, la guerra y las muertes «se hablaba mucho»:

Yo me acuerdo que había veces que hacía mi madre así con los ojos [señalando de reojo], porque como estábamos nosotros [los hermanos] por allí pues había cosas muy duras y muchas cosas mi madre hacía así para que no hablaran o para que no nos enteráramos. Yo tengo la imagen grabada de ese gesto. Y luego se lo decíamos: «Madre, pues si nos damos cuenta que hace así...». A lo mejor nos decía: «*Subiros* allá arriba a comer nueces», y yo le decía a mi hermana Nieves: «Nos manda *pa* que no nos enteremos de lo que hablan». Y nos subíamos arriba pues a hacer con unos trapos, nos hacíamos unas muñequicas y a comer nueces mientras ellos estaban allí abajo en el fuego hablando, pero de mucha amargura, eh, de alegría nada.^[52]

Esta fue la experiencia de muchos pequeños de aquella generación criados en la guerra y la posguerra, aislados del núcleo familiar por el deseo de darles protección. La guerra haría que nada volviera a ser igual en una cultura donde el conocimiento del territorio, la memoria familiar y la vida en comunidad todavía se transmitían de forma oral en torno al fuego del hogar y las veladas nocturnas de verano en la calle. Los supervivientes recuerdan la importancia de las envidias y las denuncias, comunes en toda la península durante aquel verano: «Te señalaba uno que decía “ese es rojo” y llegaban los otros y te

fusilaban, sin juicio ni hostias».[\[53\]](#)

Como prueban las fechas, los Pozos de Caudé fueron utilizados de forma intensiva hasta que se hizo imposible por el comienzo de la batalla de Teruel, cuando la zona de ejecuciones se convirtió en uno de los escenarios de los combates. Se trata de dos fosas y un pozo artesiano de casi cien metros de profundidad separados entre sí por unos mil metros, un espacio que a día de hoy ha sido adecentado y monumentalizado como lugar de recuerdo de las víctimas y de repulsa frente a la dictadura franquista y la violencia sobre la que se construyó. Por aquel entonces se encontraban situados entre una venta que hacía las veces de posada y una masía, al pie de la carretera que conectaba Teruel con Zaragoza, y hoy en día han sido absorbidos e integrados dentro de la ampliación del polígono industrial, en la plataforma logística llamada Platea. De hecho, existen descripciones sobre el procedimiento que se seguía allí, donde solía transportarse a los presos sacados de las cárceles de la capital y a muchos paisanos de los pueblos circundantes, tras haber sido señalados por sus conciudadanos o por ser considerados elementos peligrosos por las nuevas autoridades:

Clareaban las primeras horas del día cuando comenzaban a alinearse los falangistas y los presos. El cura seguía aferrado a su idea susurrando a los oídos de aquellos hombres promesas quiméricas [...]. Los falangistas [...] escogían cinco y retiraban a los demás. Los cinco primeros los colocaban al pie del brocal del pozo. Los señoritos de Teruel —casi siempre el mismo grupo—, si no iban los guardias civiles se formaban. Cuando caían acribillados a balazos los falangistas los agarraban por cualquier parte del cuerpo y los tiraban al pozo. Entonces echaban paladas de cal viva.[\[54\]](#)

Quizás, una de las cuestiones más relevantes que se ponen de manifiesto en el estudio de la violencia en Teruel es la participación activa y protagonista en los abusos, vejaciones y ejecuciones por parte de elementos ciudadanos formados en milicias falangistas. Esta dimensión participativa ha sido cada vez más recogida por la historiografía en múltiples estudios de caso, algo que se suma a la importancia de la colaboración ciudadana en las denuncias y delaciones.[\[55\]](#) Pompeyo García contaba que un vecino del barrio del Arrabal se ocultó durante semanas en el tejado de su casa cuando

fueron a buscarlo, y que fue detenido tras ser denunciado por otro convecino. De hecho, merece la pena señalar que su cadáver estuvo expuesto junto al de otro asesinado en la base del muro del Óvalo con un cartel que rezaba «Por traidores».[56] A menudo es poco lo que sabemos de los perpetradores, de manera que la centralidad de la víctima en los discursos históricos ha acabado en muchas ocasiones en su victimización por partida doble, así como en su reificación. La ausencia de respuestas o análisis sobre qué es lo que lleva a individuos y grupos humanos a convertirse en inspiradores y ejecutores de diversas formas de violencia sobre sus convecinos, ya sea a nivel individual o colectivo, nos priva de entender un problema esencial como es el de las causas y manifestaciones de los conflictos sociales y comunitarios en sus formas más extremas. La propia Ángela Cenarro llamaba la atención sobre la importancia que pudieron tener en la implementación de la violencia y la represión aquellos que se sumaron a las filas de Falange durante la primavera y, sobre todo, el verano de 1936. Para muchos de ellos demostrar fervor participando en las matanzas parecía ser un buen modo de dar muestras de su utilidad y fiabilidad, de hacer méritos ante las autoridades y, por supuesto, de buscar réditos políticos.[57]

Ello no fue óbice para que en cierto momento, cumplida la misión de paralizar al enemigo por medio de un clima de terror indiscriminado y asegurados los resortes del poder en la retaguardia, se intentara dar a la violencia una pátina de legitimidad y legalidad. Dicho proceso, que estuvo caracterizado por las discontinuidades y las recurrencias, dio paso a la creación de un inmenso aparato represivo a través de una maquinaria jurídico-legal basada en la denuncia y la delación, en el código de justicia militar y en los tribunales de guerra. Los bandos militares de la ciudad de Teruel eran muy claros al respecto. A través de estos se informaba a la población de forma activa sobre los procesos proseguidos contra convecinos de la capital y de las comarcas limítrofes. Buen ejemplo de ello es el que afectó el 18 de septiembre de 1937 a Elisa Argente Jiménez y Francisco Muñoz Martínez, de Torres de Albarracín, acusados de auxilio a la rebelión; o el incoado por las mismas razones contra el turolense Blas Marco Soriano el 28 de octubre, poco más de un mes después.[58] Incluso antes de que

empezara la aplicación de la represión por medio de los consejos de guerra ya se intentó regular la violencia del verano del 36, según Cenarro para evitar que se dieran actos de tal saña que se acabara perdiendo el apoyo de algunos sectores de la población. A partir de agosto parece que las sacas desde las cárceles del entorno del Seminario se llevaron a cabo una vez a la semana, como una forma de recordar a los turolenses que la «justicia» de las nuevas autoridades no cesaba y que, por tanto, convenía no buscarse problemas. De hecho, un artículo del diario madrileño *El Sol* publicado el 7 de enero de 1938, justo el día anterior a la rendición de los últimos reductos rebeldes en la capital, señalaba:

En Teruel los verdugos, como en todas partes, usaban los procedimientos de escándalo que a los hombres sesudos [...] del gobierno rebelde no satisface por completo. Satisface, entiéndase bien, pero en la forma. Hay una carta entre los documentos cogidos en Teruel donde se califica, casi cariñosamente, de «maneras atolondradas» el modo de asesinar de lo más selecto de falange. Se quiso dar la sensación de que una Comandancia Militar entendería judicialmente en los procesos y ejecuciones.^[59]

Sin lugar a dudas, aquel parecía un buen momento para destapar las miserias y conflictos internos dentro del bando sublevado, algunos de los cuales se habían conocido tras capturar documentación confidencial entre las ruinas de la capital devastada. Sin embargo, no toda la violencia de primera hora se concentró en Teruel y sus inmediaciones. En muchos lugares de la Sierra de Albarracín o el valle del Jiloca, aquellos señalados y prendidos por los golpistas y sus partidarios eran ejecutados en las inmediaciones de sus pueblos. Así ocurrió en Gea de Albarracín, donde Joaquina Atienza perdió a su abuelo, de sesenta y dos años, Emilio Atienza Alamán, que según cuenta fue ejecutado junto a otros 14 o 15 hombres en la antigua Venta del Ratón, una paridera que por muy poco queda dentro del término municipal de Cella, a tres kilómetros y medio de dicho pueblo. Su nieta aún recuerda que «a mi padre se le ponía la carne de gallina, pobre hombre». Al recordar el momento en que se llevaron al abuelo decía: «Han venido esos y se lo han llevado *atao* con unas cuerdas. ¿Por qué? Porque aquel fulano o aquel mengano no lo quería». Según se comentaba en la familia Atienza Molinos durante la

posguerra, ya antes del golpe había conflictos de toda índole, y en este caso pudo resultar decisiva la denuncia de un convecino del pueblo que pudo sentirse agraviado por la víctima, tal y como recuerda la propia Joaquina: «Yo me acuerdo que una vez mi padre decía eso, “mira, el abuelo como era así de esa manera, una vez pasó uno, que decían que tenía que ver con eso [la denuncia y asesinato], [al] que le había escupido”». [60]

En otros casos como el de Calamocha buena parte de los 33 vecinos que cayeron víctimas de la violencia y la represión fueron ejecutados en el término municipal de Singra, 33 kilómetros al sur, mientras que los de Caminreal eran llevados a Fuentes Claras, cuyos términos lindaban entre sí. También se conoce el caso de tres monrealenses —el exalcalde republicano Victoriano Górriz Bau, su hermano Benjamín y el chófer Abundio Moreno —, que fueron ejecutados en las tapias del cementerio de Villafranca del Campo, situado once kilómetros más al sur. [61] Este particular modus operandi seguido en las ejecuciones, muy habitual en toda la geografía española y en ambas retaguardias, no solo se explica por el deseo de evitar el impacto visual de los fusilamientos, sobre todo en comunidades locales con relaciones sociales muy estrechas, sino que al mismo tiempo constituía un intento de encubrir los crímenes. Se trata de una lógica que también se encuentra vigente en la limpieza política puesta en marcha por las dictaduras del Cono Sur en Latinoamérica durante los años setenta, de manera que si los más cercanos a los asesinados y los propios miembros de la comunidad no lo ven es como si no hubiera ocurrido nunca.

Ese fue el procedimiento que se siguió en los asesinatos del 14 de septiembre de 1936, cuando 29 calamochinos, entre ellos varios concejales izquierdistas de la corporación municipal, fueron llevados hasta Singra, donde fueron liquidados junto a una paridera. Estamos hablando de una cifra que refleja que un 1,6 por ciento de los vecinos del pueblo, que entonces contaba 2.000 habitantes, fue ejecutado a manos de los golpistas. Solo dos días antes, habían sido asesinados en el cementerio de Monreal del Campo 12 vecinos, 24 kilómetros al sur de Calamocha y 60 kilómetros al norte de la capital provincial. Tal fue la conmoción causada por el suceso en el pueblo que el propio alcalde, Miguel Lucas Tortajada, quien ya había sido puesto al

cargo de la gestora municipal durante la represión gubernamental de 1934 tras la frustrada revolución de Asturias, presentó su renuncia. Aunque Lucas A. Yuste responsabilizaba a «los de la calavera y dos guardia civiles» de los asesinatos, está claro que tuvo que haber complicidad de elementos locales, siquiera para señalar a los que debían ser liquidados, aunque bien pudieron ejercer ese papel los propios guardias, si es que llevaban tiempo destinados allí y conocían los conflictos del pueblo.^[62] Sea como fuere, no es para nada casual que los episodios masivos de violencia se concentraran a mediados de septiembre de 1936 en puntos distantes de la retaguardia sublevada de Teruel. Como suele ocurrir en cualquier guerra civil, el signo de las armas y el desarrollo de las operaciones suele ser determinante para explicar las lógicas del terror y la represión. En este caso, el pico de las eliminaciones coincide con el fracaso de los primeros intentos de las milicias por tomar la capital y, por tanto, con la consolidación casi definitiva del que sería con pocos cambios el frente de Teruel hasta diciembre del 37, al menos en su parte oriental. Así pues, sin descartar posibles agravantes como la ira provocada por los combates de Puerto Escandón, el objetivo manifiesto de la violencia golpista era reforzar el control sobre su retaguardia en el Aragón meridional para evitar cualquier imprevisto y proteger los flancos del avance sobre Madrid.

La virulencia que cobró la violencia en toda esta región al noroeste de la provincia de Teruel se explica sobre todo por la fuerza que tenía allí el movimiento obrero. No olvidemos que se trataba de un área más vinculada a la industria por el cultivo de la remolacha azucarera, con fábrica incluida en Santa Eulalia desde 1912, y con la cuenca minera de Ojos Negros, en explotación desde 1904.^[63] De hecho, la huelga general declarada por los obreros sindicados en los primeros momentos del golpe pudo haber decantado la balanza a favor de la República de no ser por la rápida respuesta de los golpistas. Es importante destacar que la idea de la supuesta pasividad de las clases populares en los lugares donde triunfó el golpe ha sido contestada hace muchos años por la historiografía, tal y como ejemplifican los casos de Utrillas o Libros, donde sendas ofensivas organizadas por el comandante Aguado en los primeros y caóticos días de la sublevación

fracasaron ante grupos de mineros organizados. Solo la llegada de las milicias procedentes de Cataluña y de Levante permitió consolidar estos éxitos conseguidos por los esfuerzos de la población local.[64] No obstante, ya el día 22 en pueblos como Monreal del Campo se ordenó a los vecinos mediante pregón que hicieran entrega de sus armas de fuego, y tres días después fueron militarizados los servicios ferroviarios.[65] De este modo, los primeros días de impasse e indefinición, con grupos de guardias civiles y ciudadanos armados declarando el estado de guerra y tratando de poner bajo su control los puntos estratégicos y las poblaciones circundantes, fueron superados mediante el envío de refuerzos procedentes de Zaragoza.[66]

Por lo que respecta al bando sublevado ya hace tiempo que se ha demostrado que no tiene fundamento la idea de que Franco alargara la guerra de forma deliberada para propiciar una limpieza político-social sistemática del territorio peninsular. Una mayor duración del conflicto podía reportar al nuevo régimen más desventajas que ventajas, sobre todo en previsión de que estallara una guerra europea donde las potencias democráticas se alinearan claramente del lado republicano o de cara a heredar un país que estuviera lo menos devastado posible. De hecho, hoy en día existen sobradas evidencias de que fue la incompetencia militar del propio Franco y de algunos de sus principales mandos la que impidió que la lucha concluyera con anterioridad.[67] También ayudó la pericia cada vez mayor del propio EP y los esfuerzos, en este caso sí, de una parte de gobierno legítimo por alargar la contienda en busca de un escenario internacional más favorable a sus intereses. Así pues, en un país pobre como España, la incapacidad y los límites existentes para responder a los retos de una guerra total habrían de costar graves sufrimientos a la población, con cicatrices en todos los ámbitos de la vida humana que persistirían durante muchos años. Buena muestra de ello es lo que ocurrió con el pueblo de Celadas, que quedó devastado hasta los cimientos tras la ofensiva y conquista republicana de la segunda mitad de abril de 1937 en su intento por apoyar la defensa de Bilbao en el norte, al tiempo que se estrechaba el cerco sobre Teruel. Silvano Soriano, que entonces contaba once años, aún recuerda que los días previos tuvieron que sacarlo en un par de ocasiones de entre los escombros, después de los bombardeos de la artillería

y la aviación republicanas, imagen que ha vuelto a evocar cada vez que ha visto por televisión nuevas zonas en conflicto. De hecho, una de las veces se salvó porque, falto de tiempo para encontrar un refugio mejor, se tiró debajo de un carro que quedó cubierto por las ruinas de un edificio desplomado. Celadas, situado quince kilómetros al noroeste de la capital, rondaba los mil habitantes antes de convertirse en primera línea de combate durante un año y medio de guerra, y nunca más se recuperaría tras el desastre.

Silvano Soriano fue uno de los muchos vecinos que huyeron del pueblo durante aquellos días. La casa donde vivía su familia estaba en las afueras, frente a las líneas republicanas, de manera que había sido batida de forma constante por la artillería hasta el punto de que quedó completamente derruida. Por eso mismo, y viendo que las cosas se estaban poniendo cada vez más difíciles, el padre decidió que debían salir de allí. El problema era que debía conseguir llevarse consigo las ovejas, porque de lo contrario las perdería, a pesar de que no eran suyas en propiedad. Estas se encontraban estabuladas muy cerca del pueblo, así que para poder pasar desapercibido ante el avance de la infantería republicana, que ya comenzaba a cercar el núcleo urbano, tuvo que quitarles el cercado a todas. De este modo consiguió salir por la Rambla de la Cueva, encontrándose por el camino con su familia, que ya lo esperaba en el corral homónimo protegido bajo una roca, dos kilómetros y medio al noroeste de Celadas y junto a la carretera que conducía a Cella. En cualquier caso, más allá de las ovejas, en aquella madrugada lo perdieron todo, y aunque tenían la intención de volver Silvano se reía con amargura al recordarlo: «¿Volver?... la espalda». «Sin nada de comer», haciendo un rodeo y con la burra que tenían llegaron a Villarquemado, once kilómetros al noroeste, donde fueron acogidos por tropas de la Legión, que les repartieron un café que según él «sabía a matarratas». A partir de ahí fueron repartidos por las autoridades entre los pueblos de la vega del Jiloca. En su caso acabaron en Alba, donde compartieron una cochera junto a otras tres familias, y aquellos fueron los únicos meses en los que recuerda haber pasado «mucho hambre».[68]

Respecto al deseo de terminar la guerra la documentación del Cuartel General del Generalísimo (CGG) era muy clara cuando ponía en circulación

sus directivas preliminares para las futuras operaciones en el frente de Aragón: conseguir «con las mayores garantías de éxito objetivos decisivos que nos aseguren una *rápida terminación de la campaña*». El documento estaba fechado el 15 de septiembre de 1937, cuando apenas se llevaba un año de guerra y quedaba por delante lo peor de esta, al menos en lo que respecta al ámbito puramente militar. De hecho, en aquellos planes preliminares no se contemplaba la posibilidad de realizar operaciones en la provincia de Teruel. El punto más meridional de las operaciones que se proyectaban para un futuro próximo venía marcado por el Ebro. Sin lugar a dudas, las dificultades de la orografía del territorio turolense y las tierras situadas al este, con las estribaciones del Sistema Ibérico asomando a Levante, hacían poco aconsejable poner en marcha allí cualquier tipo de operativo militar. Ironías del destino, sería en torno a la ciudad de Teruel donde habría de tener lugar la siguiente escena de la guerra, quizás porque era uno de los lugares donde menos cabía esperar que tal cosa ocurriera, dadas las dificultades logísticas y la nula relevancia estratégica de la plaza.^[69] De hecho, en la capital hacía mucho tiempo que lo único que rompía la calma eran los bombardeos de la aviación y la artillería republicana, concentrados sobre todo en la zona de la estación de ferrocarril y los puntos por donde transcurrían las vías hasta el convento de Los Capuchinos, Concud y Caudé. El objetivo, casi rutinario, era dificultar el abastecimiento de la ciudad.^[70]

Sin embargo, durante aquellos meses previos a la ofensiva republicana, Teruel no solo era una ciudad sitiada yalzada en armas, sino también un punto de encuentro estratégico en toda la zona sublevada al sur del frente de Aragón. Así pues, los grupos de soldados y paisanos uniformados formaban parte del paisaje urbano y su presencia se dejaba notar de forma muy clara. Por supuesto, esta afluencia constante no siempre era fácil de gestionar para el mando. Y es que, jugarse la vida en el frente o portar uniforme en una sociedad militarizada como la de la España sublevada hacía que muchos hombres se consideraran poseedores de unos derechos y privilegios que podían hacer valer en múltiples aspectos de la vida, visión que suele formar parte del ethos del combatiente en casi cualquier guerra. A ello también habría que sumar la edad de los soldados, cuya inquietud juvenil debía

expresarse por las calles de la capital en forma de correrías, juergas y riñas, ello a pesar de la disciplina militar que se intentaría imponer sobre ellos. Buena prueba de lo que digo es la orden emitida por el Gobierno Militar de la plaza el 16 de septiembre de 1937, cuando Muñoz Castellanos ordenaba a los mandos que impusieran orden entre sus subordinados, informándoles «acerca de la actitud correcta que deben observar los individuos de tropa durante las horas de paseo y especialmente en los establecimientos públicos y lugares de recreo». Uno de los comportamientos que se intentaba reprimir era en realidad bastante inocente. Al parecer, durante las corridas de toros debía de ser bastante habitual que los soldados presentes entre el público lanzaran sus almohadillas o saltaran al ruedo animados por el calor y el vino, lo cual ponía trabas al correcto desarrollo de los festejos taurinos, para disgusto del respetable. Tan exagerado y generalizado debía de ser el problema que fue merecedor de ocupar un lugar en una orden del Gobierno Militar, amenazando con castigar duramente a «quienes, no obstante lo prevenido, hagan caso omiso de lo dispuesto».^[71]

Así pues, la capital turolense era un punto de encuentro y ocio donde confluían soldados de toda la línea del frente meridional de Aragón, que venían o marchaban de permiso, o autoridades de la retaguardia, que acudían en el cumplimiento de misiones diversas o que simplemente aprovechaban cualquier pretexto para romper con la monotonía. Tal fue el caso del sargento de carros Antonio Blasco, desplegado a primeros de diciembre de 1937 en Bezas junto a tropas de reemplazo recién llegadas de Galicia. Su misión, como la de otros veteranos apartados de sus unidades, era contribuir al encuadramiento y vigilancia de los nuevos reemplazos, procedimiento habitual en el proceso formativo y la adaptación al frente de las tropas sin experiencia. En este caso, el papel que debían cumplir Blasco y el resto de suboficiales destinados en Bezas era tanto más importante teniendo en cuenta que el mando les había informado de que aquellos recién llegados no eran elementos de confianza. Por eso mismo, y quizás hastiado por la convivencia con hombres que no pertenecían a su grupo primario de confianza, Blasco decidió buscar una excusa para ir a Teruel, que se encuentra 18 kilómetros al este:

El día 15 era el día señalado para ir a suministrar a Teruel. Aunque yo no tenía obligación ni necesidad de participar en aquella misión, pedí con alguna excusa permiso a mi teniente para bajar en el camión a la capital. De buena mañana nos subimos al vehículo tres o cuatro soldados —estos en la caja—, el chófer, una señora —la maestra de Saldón— y yo. Era un viaje rutinario, sin ningún peligro aparente, realizado con el ánimo de pasar unas horas charlando y tomando unos vinos con otros conocidos que forzosamente habíamos de encontrar.^[72]

Daba la casualidad de que Blasco había decidido acercarse a la capital el día que los republicanos lanzaron su ofensiva, de manera que su estupor y el de sus compañeros de viaje fue mayúsculo cuando el camión en el que viajaban fue atacado. Los agresores eran las tropas de Enrique Lister (1907-1994), que habían ocupado el pueblo por sorpresa a primeras horas de la mañana, tras atravesar de forma inadvertida las líneas enemigas durante la madrugada. Sin embargo, lo que me interesa destacar aquí es que dicha estampa de soldados y paisanos acudiendo a la capital por diversas razones había sido habitual durante el año y medio de guerra transcurrido hasta la batalla de Teruel. Y el caso es que la disciplina reinante entre la tropa que afluía en la ciudad no debía de ser la mejor, seguramente por el mismo ánimo festivo con que acudían allí. No deja de ser significativo que Pompeyo García señalara en sus memorias que la noche del 21 al 22 de diciembre de 1937 fue cuando descubrió que la guerra no era «como una juerga continua donde todo eran cánticos, borracheras, desfiles, uniformes», que es lo que sus ojos de niño debieron captar con más intensidad durante los meses previos a la batalla.^[73] Esto se pone de manifiesto en dos problemas denunciados por Muñoz Castellanos en la mencionada orden del 16 de septiembre, que debían de ser bastante habituales y que tenían que ver con la actitud de los propios combatientes. En primer lugar, el mando señalaba que las tropas campaban a sus anchas por las calles de la capital. Esto representaba un problema de seguridad importante, dado el elevado número de soldados que se concentraban allí y la cantidad de vehículos que circulaban por Teruel en aquellos días, por su condición de centro logístico-militar. En este sentido, se pedía encarecidamente que se ordenara a la tropa que «las reglas de circulación para peatones dictadas por la Autoridad competente, exigen que aquella se haga por las aceras y pasos señalados, dejando las calzadas para

los vehículos, en evitación de posibles atropellos».[74] El propio Pompeyo García recordaba en sus memorias de la guerra la oferta de ocio en la ciudad sitiada y el trasiego constante de soldados:

Nos acostumbramos a ver moros. Nos parecían mejores personas que los legionarios; al menos aquí, fuera del frente, se portaban bien. Nada más subir la estación nos preguntaban: «¿Dónde haber casa de *mujeras*?». Los acompañábamos, contentos de intercambiar alguna palabra con ellos. Todos se dirigían —o los dirigíamos— a casa la Vicenta o a casa la Matilde. Si alguna vez los llevábamos al Tropezón, abrían la puerta y rápidamente se daban media vuelta: estaba lleno de oficiales. La misma ruta la hacían toda clase de soldados que iban llegando, falangistas o requetés. También hacían escala en el bar Maravillas o en casa la tía Jacoba, donde engullían tinto mezclado con alguna mosca, pues precisamente no era la limpieza lo que sobresalía en dicha tasca. Nos llamaban la atención «los de la calavera», unos guardias con ese distintivo dibujado en el gorro de campaña. También, por instinto, nos causaban temor otros que no eran guardias, pero que también llevaban la calavera por insignia: eran los «fusileros»; los conocíamos a todos: *El Catalán, El Calamochino, El Cigarrero...*[75]

Casa la Vicenta y casa la Matilde eran burdeles, la primera estaba situada justo antes de embocar la cuesta de la Jardinera a la izquierda, en la ronda Dámaso Torán, y la segunda justo al pasar el Arco de la Traición a la izquierda, pegada a las murallas. En cuanto al bar Maravillas, estaba situado en el Tozal, donde actualmente se encuentra la tasca de una famosa franquicia local relacionada con los productos porcinos. Un poco más arriba estaba casa la tía Jacoba, al comienzo de la plaza Domingo Gascón, en el emplazamiento del antiguo Cantarero, donde se servían comidas. Así pues, como vemos, la oferta de ocio de la ciudad en tiempos de guerra era relativamente amplia y variada, lo cual explica el peregrinaje constante de los soldados de todo el sector. Es significativa la escena del Tropezón, un local de baile situado en la calle San Esteban y la calle de la Parra, vías donde se han concentrado locales de ocio nocturno desde hace décadas.[76] Y es significativo porque la tropa rehuía a los oficiales, una buena muestra de que los combatientes acudían a Teruel para romper con su monótona y gris rutina del frente y para escapar de la disciplina castrense impuesta por sus superiores. Para muchos puede que la capital fuera lo más parecido a un mundo al margen de la guerra, por eso el tercer artículo de la mencionada

Orden de la Plaza del día 16 de septiembre pedía a todos los mandos que inculcaran entre sus hombres el hábito del saludo a los oficiales, «exponente que acredita la buena instrucción del soldado y su mayor grado de disciplina».[77]

Sin embargo, merece la pena detenernos en el recuerdo de Pompeyo García, que es tanto más valioso si tenemos en cuenta la forma fiel a la par que compleja en que está reconstruido. Su memoria refleja las visiones inocentes e intuitivas de un niño y sus amigos, que como corresponde a muchachos de diez u once años estaban marcados por las habladurías de la calle, por lo que escuchaban en casa y por las informaciones que intercambiaban entre sí en medio de una situación excepcional y hasta cierto punto fascinante para ellos, como sería una guerra. El conocimiento de la realidad que tenían los chiquillos, permeados por la atmósfera que les rodeaba y abiertos a ella, era puesto a prueba de forma constante a través de su propia experiencia, entrando en contacto con aquellos soldados que subían por la Escalinata hasta el Óvalo procedentes de la estación de tren. Por supuesto, lo que supo a posteriori fruto de su estudio y análisis de la realidad, pero también de los relatos que le fueron inculcados, marcó la memoria de Pompeyo García, como le ocurre a cualquier individuo que evoca un pasado vivido. No obstante, su recuerdo nos deja bastantes detalles interesantes sobre los distintos perfiles de los hombres armados que pululaban por el frente de Teruel y sobre el papel que cumplían en aquella guerra.

Antes que nada, por ser los primeros de los que habla, sorprende su visión de los llamados «moros», las tropas coloniales reclutadas en el Protectorado español en Marruecos. Si bien volveré sobre esta cuestión más adelante, vale la pena decir que la visión de Pompeyo García contrasta con el recuerdo hegemónico que pasó a formar parte del imaginario colectivo español, el cual caracterizaba a los norafricanos como salvajes violadores sedientos de sangre. Más allá de lo que pueda haber de realidad, de lugar común, de racismo y de autocomplacencia en esta visión de la realidad, parece evidente que podemos estar ante un relato exculpatorio cuyos orígenes sociales, políticos y culturales merecería la pena explorar. Y es que la insistencia constante en el supuesto proceder brutal de las tropas coloniales bien pudo ser utilizada para

ocultar las vergüenzas y crímenes de los propios autóctonos, algo habitual en cualquier guerra civil o conflicto intestino donde se da la participación de elementos foráneos.

Por el contrario, llama la atención el temor y la fijación del niño por «los de la calavera», que aparecen nombrados como tal en multitud de relatos y testimonios. Estos eran los miembros de la Compañía Expedicionaria de la Comandancia de Zaragoza, una unidad de guardias civiles jóvenes y solteros compuesta por casi dos centenares de hombres, creada en septiembre de 1936 y enviada al frente de Teruel a finales de ese mismo mes como fuerza de choque. Al mando se encontraba el entonces capitán Roger Oliete Navarro (1902-1977), un veterano oficial turolense de las campañas del norte de Marruecos, como Virgilio Aguado y tantos otros. Este contaba como subalternos con los tenientes Fernando Ortiz Larrosa y Juan Bautista Marí Clerigués, que era uno de los guardias civiles que se pasaron en La Puebla de Valverde a finales de julio del 36.[\[78\]](#) Aunque dicha unidad combatió y se distinguió en múltiples escaramuzas y puntos calientes del frente desde su llegada al sur de Aragón hasta la batalla de Teruel, también fue protagonista de algunos de los episodios de limpieza política en la retaguardia, como prueba el testimonio de Lucas A. Yuste sobre la matanza de Monreal del Campo del 12 de septiembre. Parece que tampoco fue extraño su concurso en los interrogatorios conducidos contra los detenidos que iban siendo hacinados en los diferentes espacios habilitados como prisión dentro de la capital, tal y como le ocurrió a Ildefonso Manuel Gil.[\[79\]](#) Este proceder en la retaguardia coincide bien con el tipo de guerra que según Lorenzo Silva desempeñó dicha unidad la mayor parte del tiempo: «Temerarias operaciones de guerrilla en la sierra de Albarracín» y el Campo de Visiedo, cruzando de forma constante las líneas de un frente aún poco definido.[\[80\]](#) Como bien sabemos, la guerra antipartisana es una de las expresiones paradigmáticas de la guerra total, donde el enemigo se considera omnipresente y donde resulta difícil delimitar el espacio de operaciones. Se trata de un tipo de conflicto donde la violencia sin concesiones es vista por muchos de sus promotores como sinónimo de fuerza y prestigio, y por lo tanto garantía de éxito y eficacia. Todo esto, entre otros muchos factores, ayudaría a explicar la participación de «los de la

calavera» en la violencia de la retaguardia, y al mismo tiempo justificaría el temor de Pompeyo García y sus amigos, un recelo estimulado por la propia actitud de estos guardias civiles y por el propio Oliete, que haría de él un elemento identitario y cohesionador de su tropa.[\[81\]](#)

Respecto a los llamados «fusileros», su propio nombre los delata como portadores de armas, nada extraño en un contexto de guerra, aunque más significativo si nos referimos a sujetos cuyo principal ámbito de acción era la retaguardia. Tal era el caso de tres individuos que ya han sido mencionados: *El Catalán*; *El Calamochino*, a veces conocido como *Calamocha* y considerado como el peor de todos, y *El Cigarrero*, también conocido como *El Estanquero*, porque su padre regentaba el estanco de la esquina de la calle Nueva con la calle Laureado García Esteban. A ellos había que añadir a otro individuo conocido como *El Herrero*, que antes de la guerra trabajaba en la casa de máquinas de coser Singer y que vivía al lado de la Iglesia de San Martín, junto al Seminario. Sus mote son familiares para cualquiera que viviera en el Teruel del primer año y medio de la guerra. Tal y como ocurría en buena parte de la España sublevada estos individuos solían pasearse armados con camisa azul y correa por las calles de la ciudad. Parece ser que los cuatro fueron los elementos civiles más activos y visibles en el señalamiento de aquellos y aquellas que habían de ser eliminados o llevados a prisión. De hecho, durante los primeros meses posteriores al golpe se encargaron de efectuar las detenciones, dado que eran buenos conocedores del terreno, y fueron voluntarios en los piquetes de fusilamiento. Por ejemplo, no parece casual que entre los fusilados en los Pozos de Caudé se encontrara Tomás *El Peras*, trabajador de la casa Singer, como *El Herrero*, lo cual muestra la dimensión íntima de buena parte de la violencia de la época. De hecho, tal debió de ser el celo con que se entregaban a su *misión purificadora* que en la ciudad se decía que el padre de *El Estanquero* murió a causa del fuerte quebranto emocional que le causaron los crímenes y el modo de proceder de su hijo.

Sea como fuere, en muchas ocasiones las víctimas de la violencia tienden a exculpar al conjunto de la comunidad concentrando la responsabilidad de lo ocurrido en un grupo muy reducido de perpetradores. Sin embargo, es difícil

pensar que una selección de víctimas y ejecuciones como las que tuvieron lugar en Teruel durante los meses del verano se sostuvieran simplemente sobre el terror y la parálisis que provocarían la acción y los caprichos de «cuatro revoltosos» o «cuatro jóvenes falangistas» que «liaron la situación». Además, tal y como señalan los testimonios, no actuaban solos, «había más».

[82] Eso no quiere decir que a mucha gente de orden no le repugnaran los métodos e incluso los individuos a cargo de la *limpieza*. Sin embargo, por paradójico que pueda resultar, los reparos no tienen por qué estar reñidos con el sentido y la utilidad que pudieran dar a esa violencia. De hecho, resulta significativo el caso de Gea de Albarracín, donde el más destacado de los perpetradores, un joven de entre veinticuatro y veintiséis años llamado Alejandro, fue en cierto modo repudiado o marginado por la comunidad pasada la guerra: «Después se llevó mucha mala fama, después no lo quisieron»; y a buen seguro debe de haber muchos más ejemplos en toda la geografía peninsular. Según nos cuenta Joaquina Atienza este sujeto, agricultor de profesión, era el encargado de dar el tiro de gracia a los ejecutados en la Venta del Ratón, entre ellos a su propio abuelo, y desde entonces «no fue ya muy bien *mirau*».

[83] Por lo general, estos individuos solían ser parte de las clases medias-bajas, tal y como podemos intuir viendo el perfil de algunos de los ejecutores turolenses, y una vez cumplida su misión no solo dejaban de ser útiles, sino que aparecían marcados por el estigma del sadismo y la violencia. Al no formar parte de las llamadas casas buenas y las familias dirigentes, muy poderosas en comunidades rurales pequeñas como las de la provincia de Teruel, era más fácil «apartarlos».

En un ambiente tan masculinizado como el de la guerra, donde la competencia viril era constante, tampoco eran extraordinarias las grescas entre compañeros de bando. La más sonada de cuantas debieron de tener lugar en la capital del Aragón meridional ocurrió el día de la Inmaculada Concepción, patrona de la infantería. Aunque sus protagonistas no lo supieran faltaban siete días para que diera inicio la ofensiva republicana sobre Teruel. Así pues, tras los actos matinales de rigor, con misas de campaña y comidas de confraternización incluidas, bien surtidas de viandas y bebidas, la ciudad se convirtió en un hervidero de combatientes, sobre todo llegada la

tarde. Tal y como recoge Pompeyo García a través del testimonio del requeté Hernández Dobón, original de Villalba Baja, la festividad se convirtió en una excusa perfecta para el jolgorio y el bullicio, de tal manera que los bares de la calle Amantes, la plaza del Torico, el Tozal y la calle Nueva estaban a reventar. Por supuesto, entre la multitud destacaban las camisas azules de los falangistas y las boinas rojas de los veteranos carlistas del Tercio de Santiago. Según el relato de Hernández Dobón, se habían colgado de los cuernos del Torico un gorro de las banderas de Falange y una boina del Requeté. El caso es que a las cinco de la tarde, en medio de toda la algarabía, alguien trepó por la columna y retiró uno de los atuendos, seguramente con ánimo de provocar. Tal debió de ser la trifulca que se montó entre los presentes que «los jefes militares se vieron obligados a intervenir con energía, fusta en mano, ordenando a cada cual que se retirase a su cuartel»: los falangistas a la Escuela Normal y los carlistas al Seminario. Sin embargo, el testimonio del artillero Carrasco Canales, que también se encontraba allí, aporta una versión ligeramente distinta y algo más de luz sobre lo ocurrido. Al parecer, había sido un cabo de requetés el primero en subir y colocar sobre la cornamenta del Torico su boina roja. Poco después, fue un falangista el que se aupó columna arriba para sustituir el distintivo carlista por una gorra azul al tiempo que colocaba el primero en el culo de la estatua:

Creo que no había terminado de bajar de la estatua y sin saber de dónde salió, le vimos recibir una pedrada en la espalda que casi lo hizo tambalearse, pero al instante la plaza quedó convertida en un campo de batalla sin llegar a comprender cómo en tan poco rato se pudo formar aquel zafarrancho.

Llovían piedras de todos lados, las sillas y los veladores que algunos bares o cafés tenían debajo de los soportales, volaban en plan agresivo y gracias a Dios que a nadie se le ocurrió soltar un tiro, porque entonces sí que hubiese resultado trágica aquella vanidosa competencia.

[84]

Está clara la reprobación de Carrasco por el comportamiento de sus compañeros de armas, y se pone de manifiesto en la distancia que adopta respecto a los hechos o el modo en que se refiere a ellos como *vanidosa competencia*. De hecho, era bastante común que los soldados de recluta despreciaran a los falangistas y carlistas, considerándolos vulgares pistoleros,

por episodios de este tipo, por su propia actitud chulesca y por la competencia natural entre los distintos cuerpos dentro del ejército sublevado. Para muchos soldados de recluta este rechazo contra los voluntarios fascistas era un modo de distanciarse de sus excesos y de la mala fama que habían cosechado, al tiempo que apelaba a una identidad propia basada en la responsabilidad y la disciplina del ciudadano llamado a cumplir con su servicio militar. Carrasco y muchos otros que no tenían nada que ver con «aquel guirigay» huyeron de allí a toda prisa. De hecho, tal y como señala Pompeyo García, a los pocos días los requetés del Tercio de Santiago fueron trasladados al frente de Guadalajara, con la idea de que participaran en la proyectada ofensiva rebelde sobre Madrid. Sin embargo, habrían de ser los falangistas que permanecieron en Teruel quienes se encontraron de bruces con la realidad de la guerra total en toda su crudeza.^[85]

[1] Segundo al mando en la plaza, Virgilio Aguado se hizo con el control ante la indecisión de su superior, Mariano García Brisolará, que delegó en su persona el cargo de comandante y la decisión de unirse al golpe. Como muchos de sus compañeros insurgentes, Aguado había forjado su ethos militar y su concepción de la guerra en la conquista y ocupación colonial del Protectorado del norte de Marruecos a finales de los años veinte. Desde el año 1931 se encontraba en Teruel, donde tuvo roces con las fuerzas políticas de la izquierda local por sus convicciones contrarrevolucionarias. Para una semblanza más completa de la figura véase Serafín Aldecoa, «Virgilio Aguado, el comandante golpista», *Diario de Teruel*, 15 de junio de 2014, pp. 4-5.

[2] Entrevista con Jaurés Sánchez Pérez (1928), realizada por el autor el 9 de noviembre de 2017. En los testimonios he decidido conservar la variedad dialectal aragonesa del castellano hablada por los y las entrevistadas. Ésta conserva gran cantidad de vocablos y construcciones del aragonés que han perdurado durante siglos en el habla de las clases populares turolenses.

[3] Entrevista con Silvano Soriano Larrea (1926), realizada por el autor el 2 de noviembre de 2017.

[4] Para los dos párrafos anteriores sigo «Normas Generales que habrán de tener en cuenta las organizaciones de Acción Ciudadana», AGMAv., 3939, 7.

[5] Villuendas había sido jubilado de forma anticipada por Azaña el 9 de junio de 1931 de acuerdo con sus planes para la reforma del ejército, lo cual podría explicar buena parte de la historia posterior.

[6] Pompeyo García Sánchez, *Crónica humana de la batalla de Teruel. Hechos y testimonios de 71 días de la Guerra Civil*, Perruca, Teruel, 2001 [1997], pp. 19-20. Uno de los guardias civiles implicados, el entonces teniente Marí Clerigués —a quien volveremos a ver en estas páginas—, dio su particular visión de los hechos en dos trabajos. Véase Juan Bautista Marí Clerigués, «La Guardia Civil en el Alzamiento Nacional: la Columna de Puebla de Valverde», *Revista de Estudios Históricos de la Guardia Civil*, 2 (1968), pp. 107-126, que continúa con el mismo título en el número 3 (1969), pp. 99-118.

[7] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, pp. 19-20.

[8] Coincide en esta hipótesis Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, p. 22.

[9] «Ejército del Norte. Operaciones: Ataques sobre Teruel: Órdenes», AGMAv., 1226, 14, p. 1.

[10] Estas cuestiones están siendo abordadas in extenso por Miguel Alonso Ibarra en su tesis doctoral, un anticipo de la cual lo encontramos en Miguel Alonso Ibarra, «Combatir, ocupar, fusilar. La evolución de la violencia bélica de los sublevados en la Guerra Civil Española (1936-1939)», en Javier Rodrigo, Miguel Alonso Ibarra y David Alegre Lorenz (eds.), *Europa desgarrada. Guerra, ocupación y violencia (1914-1950)*, PUZ, Zaragoza, 2018.

[11] «Ejército del Norte. Operaciones: Ataques sobre Teruel: Órdenes», AGMAv., 1226, 14, p. 2.

[12] Testimonio de Marcial, El Corsetero, que marchaba con la columna de Aguado. Cit. en Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, p. 27.

[13] *Ibid*, p. 27.

[14] En la narración de los hechos sigo a Manuel Girona Rubio, *Una miliciiana en la Columna de Hierro. María «la Jabalina»*, PUV, Valencia, 2007, p. 47.

[15] Marc Torres, *Mis tres años de prisionero. Hechos y anécdotas del frente de Teruel, 1936-39*, J. Mari Montañana, Valencia, 1982, p. 20.

[16] *Ibid.*, p. 48.

[17] «Ejército del Norte. Operaciones: Ataques sobre Teruel: Órdenes», AGMAv., 1226, 14, p. 2.

[18] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, p. 26.

[19] «Ejército del Norte. Operaciones: Ataques sobre Teruel: Órdenes», AGMAv., 1226, 14, p. 3.

[20] Se entiende por revolución y contrarrevolución dos realidades políticas surgidas al calor de la Revolución francesa a finales del siglo XVIII. Ambas evolucionaron notablemente a lo largo de los siglos XIX y XX, perdiendo y sumando actores sociales diversos y creando un conjunto de culturas y prácticas políticas que han resultado determinantes en la conformación de la realidad tal y como la conocemos hoy. Respecto a la revolución podríamos definirla como el intento de diversas clases sociales por acceder a su emancipación mediante el control de los resortes del poder. En el siglo XX, el actor revolucionario por excelencia fueron las clases populares y trabajadoras organizadas, que a lo largo de buena parte del siglo XIX habían estado acompañadas por las clases medias en sus reivindicaciones y luchas. En este sentido, la contrarrevolución es la amalgama de fuerzas políticas y sociales bajo las que se agrupan las clases dominantes en su intento por conservar su hegemonía, a menudo a cualquier precio, y vetar el acceso al poder de las clases oprimidas y/o desfavorecidas por el sistema político imperante. En el periodo que nos ocupa, la fuerza contrarrevolucionaria más representativa fue el fascismo.

[21] Marc Torres, *op. cit.*, pp. 18-19. Avelino Codes, veterano de la 84.^a Brigada Mixta (BM) también le confesó a su entrevistador: «Me fui a la guerra porque quería ir con los amigos». Pedro Corral, *Si me quieres escribir. Gloria y castigo de la 84.^a Brigada Mixta del Ejército Popular*, Debate, Barcelona, 2004, p. 27.

[22] Manuel Girona Rubio, *op. cit.*, p. 48

[23] José Carrasco Canales, *Memorias de un artillero*, G. del Toro, Madrid, 1973 [en teoría escritas en 1941], pp. 36-37 (fue su primer destino en primera línea en julio de 1937) y Pere Calders, *Unitats de xoc*, La Magrana, Barcelona, 2010 [1938], pp. 100-113.

[24] Martí era un militante de la CNT natural de Alcoi y nacido en 1907. Manuel Girona Rubio, *op. cit.*, p. 46. En dicha población industrial se distinguió por su militancia durante los años de la República. De hecho, su participación en los hechos revolucionarios de los años 31, 33 y 34 hizo que marchara al exilio en Francia y Orán, hasta las elecciones de febrero del 36, cuando reaparece en escena. Durante el golpe de Estado participó de forma activa en los asaltos a los cuarteles militares de Valencia y Alcoi, tras lo cual se convertiría en uno de los principales impulsores de la Columna de Hierro. Parece que su sobrenombre tenía que ver con el hecho de que vestía un ancho sombrero

mexicano y cinturones de balas cruzados en el pecho, una puesta en escena con la que pretendía emular al mítico líder revolucionario Pancho Villa. El diario madrileño *El Liberal* decía lo siguiente: «Su popularidad era extraordinaria, y el afecto que le profesaban sus milicianos, muy grande. Tocado con un enorme sombrero campero, al estilo de los charros mejicanos, había constituido un pequeño y pintoresco estado mayor, que obedecía ciegamente sus órdenes, subordinadas en todo momento a las de los mandos leales, que en muchas oportunidades le encomendaron misiones delicadas». «Ha muerto el bravo “Pancho Villa”, terror de los facciosos», *El Liberal*, 2 de septiembre de 1936.

[25] Manuel Girona Rubio, *op. cit.*, p. 48 y Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, pp. 65-68.

[26] *Ibid.*, pp. 67-68. Pompeyo García consideraba difícil que el cadáver de Martí fuera llevado a Teruel, ya que los habitantes de La Puebla de Valverde afirmaban que donde se había expuesto era en su pueblo. Sin embargo, este último extremo carece de sentido si pensamos que dicha localidad quedó en manos republicanas y fue desde el día 22 de agosto hasta el final de sus días el centro logístico y de mando de la Columna de Hierro.

[27] Pere Calders, *op. cit.*, p. 91.

[28] Las lógicas de la violencia revolucionaria han sido bien abordadas por Assumpta Castillo Cañiz, «El forastero en la guerra civil española. Las dinámicas intra y extracomunitarias de la violencia en la retaguardia republicana», *Revista Universitaria de Historia Militar*, 3:6 (2015), pp. 12-27 y José Luis Ledesma, *Los días de llamas de la revolución: violencia y política en la retaguardia republicana de Zaragoza durante la guerra civil*, IFC, Zaragoza, 2003.

[29] Manuel Girona Rubio, *op. cit.*, p. 116 y 168-169.

[30] La columna estaba mandada por Domingo Torres Maeso en calidad de líder político. Este militante de la CNT nacido entre 1895 y 1896 (no está claro), estaría implicado en las luchas sindicales del puerto de Valencia desde 1913. Ya durante la guerra no solo se convirtió en delegado político de la mencionada columna, sino que fue alcalde de Valencia hasta el final y firme partidario de la implicación de la CNT en el gobierno de la República, tesis en las que se mantendría durante su exilio de treinta años. Véase Miguel Íñiguez, *Esbozo de una enciclopedia histórica del anarquismo español*, Fundación Anselmo Lorenzo, Madrid, 2001, p. 598.

[31] José Carrasco Canales, *op. cit.*, pp. 48-49 y 69.

[32] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, pp. 253-254.

[33] Al parecer, Sierra y Pérez Salas, conocedores de las intenciones de los partidarios de la insurrección, realizaron toda una serie de maniobras para ganarse la confianza de la tropa y los mandos intermedios durante las semanas previas para disuadirlos de sumarse a la sublevación. Pedro María Egea Bruno, «Joaquín Pérez Salas: entre la defensa del orden republicano y la contrarrevolución (1936-1939)», *Espacio, tiempo y forma. Serie V Historia Contemporánea*, 27 (2015), p. 253.

[34] «Ejército del Norte. Información del enemigo.- (Teruel)», AGMAv., 1633, 29, p. 2.

[35] Entrevista con Primitiva Gorbe Herrero (1918), realizada por el autor el 9 de noviembre de 2017.

[36] Marc Torres, *op. cit.*, p. 21.

[37] Entrevista con Gregorio Ibáñez Argente (1931), realizada por el autor el 9 de noviembre de 2017. Al parecer, dicho episodio sacrofóbico no fue denunciado ni tuvo consecuencias para el susodicho.

[38] «Enrique Genovés. Valencia, 1916», en Sofía Moro, *Ellos y nosotros*, Blume, Barcelona, 2006, p. 169.

[39] En parte eran esperanzas ilusorias que abundaban entre los teóricos militares de la época, ya que la aviación no tenía la capacidad y los recursos técnicos para ganar la guerra por sí sola, aunque sí

para decantar la balanza de uno u otro lado en el apoyo a la infantería. A este respecto recomiendo Paul Fussell, *Tiempo de guerra. Conciencia y engaño en la Segunda Guerra Mundial*, Turner, Madrid, 2003 [1989], pp. 25-30.

[40] En el repaso de la situación de las columnas a lo largo de los últimos párrafos sigo «Ejército del Norte. Información del enemigo.- (Teruel)», AGMAv., 1633, 29, pp. 1-2.

[41] Marc Torres, *op. cit.*, pp. 22-25.

[42] Serafín Aldecoa habla del 28 de agosto, mientras que Ángel Cenarro habla del 26 o 27 de agosto. Véase Serafín Aldecoa Calvo, «Los sacados del Seminario de Teruel a través del testimonio de Ildefonso Manuel Gil», *I Congreso de Víctimas del Franquismo*, 2012 [consultado online], p. 3 y Ángela Cenarro Lagunas, *El fin de la esperanza: Fascismo y guerra civil en la provincia de Teruel (1936-1939)*, IET, Teruel, 1996.

[43] Entrevista con Tomás Gracia Doñate (1929), realizada por el autor el 2 de noviembre de 2017.

[44] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, p. 41.

[45] Entrevista con Tomás Gracia Doñate, *cit.*

[46] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, p. 41. Por su parte, Gracia Doñate dice que dispersaron la sangre con mangueras. Entrevista con Tomás Gracia Doñate, *cit.*

[47] Para el relato de los hechos hasta aquí sigo a Serafín Aldecoa Calvo, «Los sacados del Seminario de Teruel...», *op. cit.*, p. 3 y Ángela Cenarro Lagunas, *El fin de la esperanza...*, *op. cit.*, p. 75.

[48] Un caso escalofriante ocurrido en Calera y Chozas (Toledo) guarda ciertos paralelismos con este de Teruel, aunque en el caso del municipio toledano el ambiente festivo y de participación popular aparece revestido por ese halo de milenarismo católico que caracterizó al régimen fascista surgido de la guerra. Ese día se conmemoraba el tercer aniversario de la ocupación de Calera y Chozas por las tropas golpistas, dando apertura a los fastos con un acto litúrgico en la parroquia que congregó a la población local. Acabada la misa comenzó un particular paseo en dirección al cementerio, cuyo protagonista central era el antiguo alcalde socialista de Calera y Chozas, Felipe Fernández Varela, escoltado por fuerzas militares y con un nutrido cortejo de conciudadanos que lo sometieron a todo tipo de vejaciones, golpes y agresiones con objetos punzantes, una de las cuales le causó la pérdida de un ojo. Muchos de los perpetradores eran caleranos descontentos con la gestión de Fernández durante el periodo republicano y las primeras semanas del golpe, pero seguramente también otros paisanos deseosos de hacer méritos para eliminar cualquier atisbo de duda sobre su lealtad al nuevo régimen. En este caso, el exalcalde no pudo ni llegar a la tapia donde debía ser fusilado, al morir tras un fuerte golpe que le fue propinado en el cráneo con algún objeto contundente. El caso ha sido estudiado por Adrián Sánchez Castillo.

[49] Entrevista con Jaurés Sánchez Pérez, *cit.*

[50] En la descripción de algunos de los hechos sigo a Serafín Aldecoa Calvo, «Los sacados del Seminario de Teruel...», *op. cit.*, pp. 4-5.

[51] Entrevista con Jaurés Sánchez Pérez, *cit.* Sin embargo, Jaurés y su hermano fueron recogidos por unos tíos que cuidaron de ellos hasta su evacuación desde Teruel a Segorbe.

[52] Esto es algo que nos confirma la entrevista con Joaquina Atienza Molinos (1932), realizada por el autor el 16 de octubre de 2017. Esta me dijo literalmente que «sabía todo esto por lo que yo he podido después oír a mis tías, a mi padre, a mis tíos, eran cuatro hermanos, y se reunían mucho en las casas y a lo mejor pues hablaban, y eso, y hablaban pues de su padre, [Emilio Atienza Alamán], un hombre de sesenta y dos años que no había hecho mal a nadie» y fue asesinado en las primeras semanas de la guerra.

[53] Entrevista con Tomás Gracia Doñate, *cit.*

[54] Cit. en Ángela Cenarro Lagunas, *op. cit.*, p. 82. Sin embargo, tal y como conjeturaré más adelante, la referencia a los ejecutores como *señoritos* respondía más a un arquetipo interesado de la propaganda revolucionaria que corría por la retaguardia republicana que a la realidad.

[55] Creo que sigue siendo de obligada consulta la obra de Carlos Gil Andrés, *Lejos del frente. La guerra civil en La Rioja*, Crítica, Barcelona, 2006.

[56] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, p. 42.

[57] Ángela Cenarro Lagunas, *El fin de la esperanza...*, *op. cit.*, pp. 75-77. Aldecoa señala para el caso de Monreal del Campo, población situada sesenta kilómetros al norte de Teruel y en zona sublevada desde el inicio del golpe, que también muchos antiguos militantes de izquierdas acabaron en las filas de Falange en busca de protección y de limpiar su pasado político. Serafín Aldecoa Calvo, «La Segunda República y la Guerra Civil (1931-1939)», en Emilio Benedicto Gimeno (coord.), *Historia de Monreal del Campo*, Centro de Estudios del Jiloca, Calamocha, 2006, p. 248, aunque muchas veces se les seguía haciendo la vida imposible.

[58] «Cuerpo de Ejército de Aragón. Organización. Órdenes Generales: Órdenes de Plaza del Gobierno Militar de Teruel (Agosto a Noviembre, incompletos)», AGMAv., 1237, pp. 15 y 37.

[59] Cit. en Ángela Cenarro Lagunas, *El fin de la esperanza...*, *op. cit.*, pp. 77-78.

[60] Entrevista con Joaquina Atienza Molinos, *cit.* Maniatado, así encontraría el cadáver una de las nietas veinte años después, venida expresamente de Bélgica para asistir al reconocimiento. Lo sorprendente del caso es que se permitió desenterrar y reconocer los cadáveres de dicha fosa en el año 1958, lo cual no es casual, pues coincide con el año en que Franco dio la orden para el traslado de los muertos al Valle de los Caídos sin distinción del bando en que combatieran. De hecho, el gran mausoleo se inauguraría al año siguiente. La cuestión es que en el caso de las fosas comunes la exhumación y traslado se hizo sin avisar previamente o solicitar la autorización de los familiares. Claro que cada pueblo es un mundo, hasta bajo el franquismo, y la ejecución de la orden debió de variar según los equilibrios locales, de ahí que Emilio Atienza pudiera recibir sepultura en el cementerio del pueblo y evitara el traslado a Cuelgamuros.

[61] Este último caso en Serafín Aldecoa, «La Segunda República y la Guerra Civil...», *op. cit.*, p. 248. Véase también Ángela Cenarro Lagunas, *El fin de la esperanza...*, *op. cit.*, p. 82.

[62] Al parecer, tres de las víctimas, los hermanos Domingo, Joaquín y Vicente y conocidos como «los Pecosos», habían mantenido una agria disputa verbal con el cura de la parroquia en el marco de las elecciones de noviembre de 1933. Serafín Aldecoa, «La Segunda República y la Guerra Civil...», *op. cit.*, p. 248. De «los de la calavera» hablo un poco más adelante en este mismo capítulo.

[63] A este respecto véase el estudio de Serafín Aldecoa Calvo, *La Segunda República en tierras del Jiloca (1931-1936)*, Centro de Estudios del Jiloca, Calamocha, 2010.

[64] Ángela Cenarro Lagunas, *Cruzados y camisas azules. Los orígenes del franquismo en Aragón, 1936-1945*, PUZ, Zaragoza, 1997, p. 40.

[65] Serafín Aldecoa, «La Segunda República y la Guerra Civil...», *op. cit.*, p. 247.

[66] La situación de estos primeros días posteriores al golpe, definida por pequeñas escaramuzas localizadas y el envío de columnas a los pueblos circundantes a los centros bajo control sublevado ha sido bien plasmada por Ángel Alcalde, *Los excombatientes franquistas...*, *op. cit.*, pp. 35-46. Una buena fuente primaria para conocer de primera mano este *modus operandi* de Falange en la comarca del valle del Jiloca y la zona oriental de Calamocha es José Antonio Martínez Barrado, *Cómo se creó una bandera de Falange*, Tip. La Académica, Zaragoza, 1939.

[67] Carlos Blanco Escolá, *La incompetencia militar de Franco*, Madrid, Alianza, 2000.

[68] Para los dos últimos párrafos sigo la entrevista con Silvano Soriano Larrea, *cit.* Para la generación de los que durante la guerra eran niños, nada de lo que suele verse sobre enfrentamientos armados en informativos, periódicos o documentales les resulta ajeno, hasta el punto que suelen identificarse con las víctimas y sus sufrimientos.

[69] «Directivas preliminares para futuras operaciones en el frente de Aragón. 15-IX-37», AGMAv., 2567, 4.

[70] Entrevista con Jaurés Sánchez Pérez, *cit.*

[71] «Cuerpo de Ejército de Aragón. Organización. Órdenes generales: Órdenes de Plaza del Gobierno Militar de Teruel (Agosto a Noviembre, incompletos)», AGMAv., 1237, p. 15.

[72] *Cit.* en Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, p. 47.

[73] *Ibid.*, p. 87. Esa noche fue cuando tuvo contacto directo con los primeros combates y pudo ver la llegada de las tropas republicanas a través del barrio del Arrabal. Fue entonces cuando, matiza, entendió que «la guerra era ante todo sangre, frío, hambre y lágrimas», algo que para muchos turolenses ya era el pan de cada día desde julio de 1936.

[74] «Cuerpo de Ejército de Aragón. Organización. Órdenes generales: Órdenes de Plaza del Gobierno Militar de Teruel (Agosto a Noviembre, incompletos)», AGMAv., 1237, p. 15.

[75] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, p. 40.

[76] La información sobre estos locales se la debo a Jaurés Sánchez Pérez, con quien estoy en deuda.

[77] «Cuerpo de Ejército de Aragón. Organización. Órdenes generales: Órdenes de Plaza del Gobierno Militar de Teruel (Agosto a Noviembre, incompletos)», AGMAv., 1237, p. 15.

[78] Ya como comandante de la Guardia Civil, en la posguerra se dedicó entre otras cosas a la sistematización y síntesis del aparato jurídico-legal del régimen franquista en un manual para su aplicación en la identificación y punición de delitos. Véase Juan Bautista Marí Clerigués, *Manual de delitos y faltas. Extracto de las disposiciones legales vigentes*, Madrid, 1954. Sobre la importancia decisiva de la Guardia Civil en el triunfo parcial del golpe en la provincia de Teruel, prácticamente desguarnecida de tropas, nos habla Ángela Cenarro Lagunas, *El fin de la esperanza...*, *op. cit.*, p. 55. La misma autora confirma esta idea años después para el conjunto de Teruel y Huesca en *Cruzados y camisas azules...*, *op. cit.*, pp. 38-39.

[79] En testimonio a Ángela Cenarro, *El fin de la esperanza...*, *op. cit.*, p. 78.

[80] Lorenzo Silva Amador, *Sereno en el peligro. La aventura histórica de la Guardia Civil*, Edaf, Madrid, 2011 [libro electrónico].

[81] Oliete tuvo su bautismo de fuego en el desembarco de Alhucemas, en 1925, y había forjado su particular concepción de la guerra en las luchas coloniales por el control del Protectorado, donde la fuerza bruta —como en cualquier conflicto colonial— era entendida como un instrumento para imponer el prestigio y respeto de la metrópoli sobre la población autóctona. La página no oficial de la Guardia Civil, *Benemérita al día*, que cuenta con una sección de historia del cuerpo, señala de forma significativa que Oliete «conocía sobradamente los efectos psicológicos de los distintivos y de los sobrenombres, por ello no dudó en adoptar para sus guardias civiles un singular emblema, que si bien había sido usado por unidades del Ejército, nunca lo había sido por la Guardia Civil». Sin duda constituye una figura de gran interés cuya vida puede seguirse a través de Jesús Núñez, «Centenario del General Oliete (1902-2002)», *Guardia Civil*, abril 2002, pp. 80-84.

[82] Para los dos últimos párrafos sigo en parte el testimonio de Jaurés Sánchez Pérez, *cit.* Ángel Cenarro sí cree que la violencia de los grupos de civiles armados asociados al fascismo se benefició en un primer momento de la escasa fuerza del elemento militar en ciudades como Huesca y Teruel, algo

que en cualquier caso considero bastante discutible teniendo en cuenta que a medio plazo no habría sido difícil controlar a estos supuestos elementos incontrolados. Véase Ángela Cenarro Lagunas, *Cruzados y camisas azules...*, *op. cit.*, p. 42.

[83] Entrevista con Joaquina Atienza Molinos (1932), *op cit.* En su testimonio dejaba entrever que dicho sujeto aparecía de vez en cuando en las conversaciones familiares de sus tías y tíos e identificado como causante de las desgracia de la familia.

[84] José Carrasco Canales, *op. cit.*, p. 73.

[85] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, pp. 33-34.

2. ENTRE LA DESPREOCUPACIÓN Y LA TENSA ESPERA. LOS PREPARATIVOS DE LA BATALLA EN LA PRIMERA MITAD DE DICIEMBRE DE 1937

A la altura de mediados de diciembre, poco antes de que se produjera la ofensiva republicana que acabaría con la toma de Teruel, ya se tenía plena conciencia en el CGG de la existencia de importantes concentraciones de tropas del Ejército Popular. Así quedó patente en un mapa del día 14 de diciembre de 1937.^[1] Enmascarar los preparativos de operaciones militares de gran envergadura siempre ha sido una tarea extremadamente difícil, ya sea debido al trabajo de los espías, al problema de seguridad planteado por los desertores o a las simples observaciones aéreas. Sin embargo, la necesidad y el ingenio siempre suelen encontrar el modo de ocultar parte de los planes, lanzar señales contradictorias y señuelos capaces de confundir al enemigo. Precisamente, un informe del servicio de inteligencia del Ejército del Norte (EdN), gran unidad del ejército sublevado a cargo del frente de Teruel entre muchos otros, se refería a un «tráfico de camiones extraordinario» durante la noche del día 12 de diciembre en la zona de Vivel del Río Martín, en la retaguardia republicana. Sin embargo, dejaba muy claro que a la hora de valorar el volumen real del tráfico rodado había tener en cuenta que era práctica común que durante los convoyes nocturnos no todos los camiones rodaran con las luces encendidas, sobre todo cuando había buenas condiciones de visibilidad gracias a la luna.^[2] De todas formas, el trasiego de vehículos en la zona republicana era un tema de conversación habitual entre los combatientes, tal y como recuerda el cacereño José Carrasco, que recogía las sensaciones de los compañeros heridos que iban llegando al hospital del Casino en los primeros días de diciembre:

A casi todos nos traía sorprendidos el movimiento de fuerzas que se venía efectuando en el frente rojo, pues había noches de contar, por los faros encendidos, hasta cuarenta o cincuenta

vehículos. Pero la impresión dominante era que simplemente se trataba de relevos de fuerzas en el referido frente.

Nuestra imaginación no alcanzaba a comprender el que, en vez de relevos, también podían ser refuerzos, ya que la mayor parte de los frentes de aquella zona estaban estabilizados [...].[\[3\]](#)

Lo cierto es que a la altura del 5 de diciembre se calculaba la existencia de hasta 29.000 hombres del EP en toda el área de operaciones y retaguardia comprendida en el triángulo Mora de Rubielos-Teruel-Aliaga, aunque el agente a cargo de la información destacaba la supuesta falta de medios que sufrían. Sin lugar a dudas, aquella percepción tenía mucho que ver con las medidas de enmascaramiento previstas por el mando republicano. De cara a generar esta idea equívoca los preparativos finales se dilataron lo máximo posible y se intentó concentrar el armamento y la munición en depósitos fuera del alcance de miradas indiscretas hasta el inicio de las operaciones. De hecho, el agente no dudaba en afirmar que la moral era baja entre las fuerzas republicanas concentradas en la serranía, ya fuera en Javalambre, Gúdar, el Maestrazgo o las Cuencas Mineras, porque «está aquello abandonado», debido a los rigores del clima y «al mal trato que se les da». Tanto era así que «si no tomaban los “fascistas” estos contornos era porque no sabían la situación en que se encuentran», así que según el informe esperaban que antes o después les hicieran llegar una orden de evacuación.[\[4\]](#)

Una semana después un nuevo informe de inteligencia del EdN se hacía eco de concentraciones enemigas tanto en Huesca como en Teruel, en este último caso a lo largo de toda la línea de 80 kilómetros comprendida entre Vivel del Río y Con cud, una población a apenas siete kilómetros al noroeste del centro de la capital. De hecho, aquel era el primer rumor sobre la posible presencia de Brigadas Internacionales (BBII), en este caso la 11.^a y la 15.^a, junto con 40 tanques y las brigadas mixtas (BBMM) 49.^a y 60.^a, una concentración de reservas y material acantonada en Perales del Alfambra y Alfambra, a unos 20 kilómetros al este del frente del Jiloca y 27 kilómetros al norte del propio Teruel. Sin embargo, muchas informaciones eran meras habladurías propias del clima de guerra, ya que por aquellos días la 15.^a BI, sin ir más lejos, se encontraba acantonada en Alcorisa, 113 kilómetros al noreste de la capital provincial. No obstante, sí que era cierto que la 11.^a y la

14.^a BBII, compuestas respectivamente por alemanes y franceses en su mayoría, sí que se encontraban en las inmediaciones del frente desde los primeros días de la batalla como parte de la 35.^a División del EP.^[5] Sin embargo, en aquella ocasión el gobierno republicano quería que la ofensiva sobre Teruel tan solo se ejecutara con tropas de origen español, para probar ante el mundo la independencia de la República y su capacidad para organizar un moderno y disciplinado ejército de masas. El caso es que ya el día 13, desde las posiciones de la 52.^a División sublevada, a cargo de la defensa de Teruel, resultaba más que evidente que se estaban produciendo importantes movimientos de fuerzas en el flanco oriental del estrecho cuello de botella que unía Teruel al resto de la zona rebelde por Los Llanos de Caudé.^[6] Así pues, los servicios de inteligencia divisionarios hicieron saber que a lo largo de 20 kilómetros, entre sus posiciones de Villarquemado y Cerro Gordo, pasando por la ermita de Santa Bárbara de Celadas, se estaba emplazando «material pesado probablemente baterías de largo alcance».^[7] Ya al día siguiente se precisaba de forma más concreta que se creía que eran 102 las piezas de artillería enemigas emplazadas entre Sierra Palomera y Teruel, cubriendo una línea de unos 45 kilómetros de extensión de norte a sureste.^[8]

De hecho, se sabía que el frente republicano en la línea de Fuentes de Ebro-Belchite había sido desguarnecido en buena parte para poder enviar tropas al sur de Aragón, algo que según las informaciones de desertores pasados al ejército sublevado hacía temer las consecuencias de un ataque en la zona. En cualquier caso, lo cierto es que los rebeldes, de acuerdo con la documentación, no esperaban un ataque inmediato por parte del EP, al menos mientras no se produjera la proyectada ofensiva en el frente de Guadalajara de cara a la definitiva toma de Madrid. Aunque había indicios para pensar lo contrario, aquí queda bien probado un cierto exceso de confianza por parte de los golpistas, tanto respecto a sus propias capacidades como a la falta de pericia de su enemigo. Esto queda bien probado en el testimonio de Néstor Esparrells, chófer del comandante Pedro Barcina del Moral, quien a su vez estaba al mando de las tropas de la Guardia Civil en el frente de Teruel y respondía directamente ante el general Muñoz Castellanos. Esto hizo que se

convirtiera en testigo de excepción de los momentos de tensión previos a la batalla, cuando era evidente «por los continuos “pasados” y por el movimiento que se veía en el enemigo a lo largo de todo el frente» que «algo gordo se avecinaba». Muñoz Castellanos era consciente del desastre que estaba en ciernes, y por eso pidió de forma constante refuerzos a Zaragoza desde el día 10 u 11 de diciembre, sobre todo para cubrir la línea entre Caudé y Concud, por donde se infiltrarían por sorpresa las tropas de Líster la madrugada del 15 en dirección a San Blas, cortando las comunicaciones de la capital con el resto de la zona rebelde. Sin embargo, la respuesta que recibieron tanto él como sus subalternos incidía con sorna en la supuesta falta de valor de Muñoz Castellanos y los hombres a su cargo, diciendo que «vosotros lo que tenéis es mucho miedo. ¡Os vamos a enviar culeros!». Así pues, al no recibir los medios que solicitaba, tres batallones de infantería y algo de artillería, el general de la 52.^a División decidió establecerse en Santa Eulalia para evitar caer atrapado en la previsible pinza de la ofensiva republicana.[9]

A pesar de todo, lo que está claro es que el mando republicano había tenido cierto éxito a la hora de ocultar sus intenciones y la importancia real de las concentraciones de tropas y material.[10] El mejor ejemplo son los informes de inteligencia italianos de primeros de diciembre, compartidos con el CGG, donde se erraba por completo al señalar que «en toda Cataluña y Aragón no hay nada nuevo que merezca ser reseñado sobre la situación militar». No obstante, habían acertado al hacer hipótesis sobre cómo habría de ser una eventual ofensiva republicana, señalando que su «único propósito» sería «tomar alguna región que aunque sea de poca importancia», «pueda servir (como la toma de Belchite) para llenar los oídos varias semanas».[11]

Esto último quedaba patente en un informe de la 52.^a División, firmado tres días antes del inicio de la ofensiva republicana. En este se apuntaba que los movimientos enemigos que habían tenido lugar en el Altiplano y Alfambra tenían que ver con relevos de tropas y con la evacuación de la población civil de Camarena de la Sierra y las poblaciones colindantes, al sur de la capital, ante el temor de un posible ataque de los rebeldes en dirección sur por la carretera de Valencia.[12] La misma explicación aportaba un

informe de inteligencia del 5.º Cuerpo de Ejército (5CE) sublevado, a cargo de la seguridad y el orden público en la retaguardia aragonesa del bando rebelde, según el cual se había dado parte desde Rubielos de Mora de que el día 12 habían pasado por allí hasta «160 camiones en dirección Alfambra-Argente». Sin embargo, había cosas que empezaban a resultar preocupantes, como por ejemplo el avistamiento de las divisiones 11.^a y 25.^a del EP, la primera a la altura de Mezquita de Jarque, en dirección sur, camino de Cedrillas, y la otra hacia Perales del Alfambra. A ello se sumaba la concentración de hasta 22 piezas de artillería en Camañas, 15 kilómetros al noroeste de Alfambra y muy cerca ya del frente del Jiloca, siete de las cuales eran de 75 mm. Algo serio estaba en marcha y todos los indicios parecían apuntar en este sentido, sobre todo cuando un desertor de la 96.^a Brigada Mixta (BM) informó claramente a los servicios de inteligencia de la 52.^a División del ejército sublevado que «el propósito de estas fuerzas es atacar Teruel y sus comunicaciones».[13] Otra cosa es que los mandos sublevados no quisieran dar crédito a estas informaciones, ante la sospecha de que pudieran ser un mero ardid para distraer su atención de los preparativos para la operación final sobre Madrid, aunque en este caso venían confirmadas también por un confidente.[14] Sea como fuere, a pesar de que las fuerzas sublevadas continuaron sumidas en la rutina de los trabajos de fortificación, los indicios fueron suficientes como para poner a todo el sector en estado de alerta.[15]

Desde luego, era extremadamente difícil realizar una valoración precisa sobre la situación de las unidades situadas al otro lado de la línea, especialmente sobre «su estado en cuanto a composición, armamento, mandos», estado de ánimo, alimentación, etc. Muchas veces, como ocurría en el conjunto del frente de Aragón a la altura de finales de 1937, se trataba de fuerzas que habían intercalado largos periodos de desgaste en primera línea con otros de reposo y reorganización. En este sentido, el constante movimiento y cambio de sectores al que estaban sometidas por las propias exigencias de la guerra hacía difícil realizar valoraciones exhaustivas, y así lo reconocía un documento del EdN del 12 de diciembre. Sin embargo, la información era de vital importancia, más aún teniendo en cuenta las

constantes adaptaciones y cambios en el modus operandi y organización de ambos contendientes según avanzaba y evolucionaba el propio conflicto. Sin ir más lejos, el fracaso de las operaciones del EP en su intento por tomar Zaragoza a finales del verano del 37 habría dado lugar a una reestructuración de sus mandos. En cualquier caso, se desconocía el verdadero alcance de las reformas y medidas adoptadas; tampoco se tenía muy claro cuáles eran los cuerpos de ejército integrados en el llamado Ejército del Levante (EdL), a cargo de la gran «V» que dibujaba el frente desde Pancrudo hasta Alcolea del Pinar, en Guadalajara, en cuyo vértice se encontraba la ciudad de Teruel. Por aquel entonces, a falta de tres días para el comienzo de la ofensiva republicana, se hablaba del XIII, el XIX y el XXI, aunque la presencia de este último y su composición no se tenía nada clara, reuniendo en total unos 20.000 hombres, sin contar las fuerzas a cargo del orden público en la retaguardia. No obstante, sí se tenía conciencia de que las últimas tropas de reemplazo no se caracterizaban por su valor combativo, dada la falta de instrucción, armamento y equipo, «hasta el extremo de que hay individuos que llegan al frente sin haber disparado un fusil y con la indumentaria de paisano», con el perjuicio que ello comportaba para la marcialidad y la disciplina del EP.[\[16\]](#)

Precisamente, un informe fechado el día anterior daba cuenta de supuestos problemas de insubordinación dentro del EP. Este se basaba en la información recogida seis días antes por la red de inteligencia del ejército sublevado en la retaguardia republicana del sector septentrional del frente de Teruel, donde operaban diferentes agentes de enlace. Entre ellos se encontraban Luis Marzo Lahoz e Ismael Miedes Garzón, un falangista de la comandancia de Teruel, que habrían cruzado las líneas enemigas a la altura de Portalrubio para adentrarse catorce kilómetros en territorio enemigo, encontrándose con Juan Pablo Latorre en las corralizas de Rillo, apenas un kilómetro al sur de dicho pueblo.[\[17\]](#) Concretamente, los agentes informaban de que los 300 milicianos que cubrían el sector de unos ocho kilómetros entre Corbatón y las Lomas de Pancrudo habrían decidido por iniciativa propia replegarse seis kilómetros al sur, hacia Rillo, instalándose en la paridera conocida como el Cerro de la Torre y dejando completamente desguarnecidas

las posiciones más avanzadas.[\[18\]](#) Sin embargo, más allá de los problemas de los mandos republicanos para imponer orden y disciplina entre sus hombres, hechos como estos deben hacernos pensar en las difíciles condiciones de vida de la primera línea del frente, donde podía llegar a carecerse de todo refugio en situaciones climáticas extremas, como lo fueron las del invierno del 37-38. [\[19\]](#) Además, no hay que olvidar que las directivas internas de ambos ejércitos desaconsejaban y prohibían instalarse en las poblaciones que se encontraran en esa primera línea, dado que constituían objetivos preferentes y relativamente sencillos de batir para la artillería y la aviación enemigas.

La mayor parte de las experiencias y enseñanzas de las operaciones ofensivas emprendidas por el EP en el verano del 37 quedaron consignadas en un documento firmado por Vicente Rojo (1894-1966). Se trata de un extenso escrito fechado el día 21 de septiembre de ese mismo año, que cayó en manos de los rebeldes el 26 de enero de 1938 durante la batalla de Teruel. Aquí se pone de manifiesto algo que señalaba más arriba: la necesidad del gobierno y el mando republicano de crear y encuadrar un ejército de masas lo más eficiente y profesional posible. Ambos bandos actuaban bajo el supuesto de que mejorar su organización y pulir su modo de hacer la guerra era una tarea que no podía ser pospuesta, más aún dado el coste de vidas humanas que ya había comportado el conflicto hasta entonces. De hecho, no es casual que fuera Vicente Rojo el principal responsable de crear, organizar, dotar y poner en marcha el EP. Ya desde principios de los años veinte, este militar valenciano había mostrado su vocación por la formación y su interés por asimilar los avances y transformaciones táctico-estratégicas derivados de la Gran Guerra. No en vano, durante su experiencia como docente en la Academia de Infantería de Toledo entraría en contacto con las principales publicaciones y tratados militares de la época, fruto de lo cual nacería la llamada Colección Bibliográfica Militar, que él mismo impulsó y dirigió de forma autogestionada junto a su colega Emilio Alamán Ortega (1896-1989). Así fue como, mediante traducciones o aportaciones debidas a autores españoles, Rojo y Alamán pusieron al alcance de sus colegas todo un repertorio de conocimientos nuevos o poco extendidos que contribuían a modernizar el modo de entender la guerra en España, algo que ocurrió de

forma mensual desde 1928 hasta el inicio de la guerra civil ocho años después.[\[20\]](#)

Dicho esto, no sorprende que dos de los factores a los que más importancia otorgaba el memorial de Rojo de cara al éxito de cualquier operación ofensiva fueran el efecto sorpresa y el secreto. En realidad se trataba de una constante en la historia de la guerra, y la batalla de Teruel no iba a ser distinta en este sentido. Sin embargo, esto cobraba tanta o mayor importancia en los conflictos modernos, por el despliegue de medios sin precedentes que comportaban y la consiguiente dificultad para ocultarlos, pero también por el poder devastador del armamento moderno, tanto en el ataque, donde lo interesante era intensificar sus efectos, como en la defensa, cuando lo necesario era neutralizarlos. Por eso Rojo entendía que uno de los principios básicos de la guerra moderna debía pasar por romper la línea enemiga con concentraciones de fuerza en sus puntos más débiles, avanzando y profundizando en la brecha sin detenerse a reducir los focos de resistencia, de manera que estos quedaran envueltos, aumentara el caos en la retaguardia y quedara imposibilitada toda capacidad de respuesta efectiva. Esto sería puesto en práctica por la Wehrmacht de forma paradigmática desde 1939.[\[21\]](#) De este modo, Rojo atribuía a la caballería un papel importante aunque auxiliar, no como había ocurrido hasta entonces. Esta debía cumplir funciones de enlace y abastecimiento, de mantenimiento y consolidación de los territorios penetrados por las vanguardias y, finalmente, contribuir a sembrar el caos en la retaguardia enemiga. Un paradigma militar tan exigente requería de unos mandos profesionales, capaces de transmitir a sus hombres entusiasmo, pero también de encuadrar un ejército de masas operativo.

Por eso mismo, no es extraño que Rojo insistiera una y otra vez en dos cuestiones: la necesidad de creer en la victoria y reforzar la moral, muestra del estado precario en que se encontraba esta última a causa de la duración y evolución de la guerra; y, por otro lado, conceder a las unidades en reserva una importancia táctico-estratégica central, dada su capacidad para decantar la balanza en momentos decisivos. El valenciano era muy claro al respecto, de ahí que valga la pena reproducir sus palabras: «La capacidad ofensiva se agota en cuanto nos quedamos sin reservas. A veces donde bastaría emplear

una compañía se envía un batallón. Hoy que se tienen muchas armas automáticas hay que disminuir los efectivos que se destinan a cada misión». Ambos bandos insistían una y otra vez en este último supuesto en sus directivas, con mayor o menor éxito dependiendo de los oficiales al mando de cada sector del frente. En este sentido, otro punto importante de la reorganización y reenfoque de los métodos del EP pasaba por ocupar el frente de forma estratégica, es decir, de acuerdo con un uso eficiente del terreno y del alcance y capacidad del armamento automático.

La racionalización del modo de hacer la guerra que proponía Rojo requería de hombres al mando capaces de actuar y pensar de forma moderna, con un sentido de la oportunidad que viera en la movilidad y la flexibilidad un valor por encima de la rigidez. Es decir, el jefe del Estado Mayor del EP valoraba por encima de todo la capacidad de respuesta, el ingenio en el uso de los recursos y la improvisación sobre el terreno. Este modo de pensar y actuar caracterizaba el ethos que se había tratado de imponer en el ejército prusiano desde mediados del siglo XIX, un modelo de éxito que se había intentado imitar en buena parte de Europa desde la guerra franco-prusiana (1870-1871).^[22] Así pues, lo que se esperaba de los oficiales era un mando directo y cercano, compartiendo en lo posible y de acuerdo con su grado de responsabilidad el destino y la visión personal de la tropa. Y ese fue precisamente uno de los principales problemas del EP desde su misma creación: la falta alarmante de mandos intermedios capaces de encuadrar y comandar a la tropa en combate, algo que Rojo sabía muy bien. El informe de los servicios de inteligencia del cuerpo militar expedicionario italiano (CTV) sobre la situación militar del bando republicano también se hacía eco de este problema en diciembre de 1937: las escuelas de suboficiales organizadas por el EP no eran capaces de formar nuevos oficiales intermedios al ritmo requerido.^[23] Aunque el ejército sublevado sufría limitaciones muy similares, es verdad que de partida contaba con mucho más personal profesional y experimentado, al margen de la calidad de su formación y conocimientos militares. De hecho, las escuelas de instrucción de ambos bandos tenían rendimientos muy distintos a la hora de instruir nuevos oficiales que conformaran la columna vertebral de sus ejércitos. Buena

prueba de ello es el hecho de que a la altura de septiembre de 1938 el EP solo disponía de 6.444 oficiales provisionales adiestrados, mientras que el ejército sublevado había instruido a 22.936 alféreces provisionales al final de la contienda, ello a pesar de que este último era un tercio más grande que el primero.[24] Es importante destacar esta disparidad porque nos ayudará a entender el propio desarrollo de la batalla de Teruel y las dificultades del EP para explotar sus propios éxitos.

Al mismo tiempo, se exigía rotar las fuerzas implicadas en las operaciones de manera que se evitara un desgaste excesivo debido a las bajas y al estrés, de manera que quedara garantizada la eficiencia combativa durante periodos relativamente largos si fuera necesario. Esto tampoco iba a ser posible a lo largo de la batalla de Teruel, dadas las exigencias constantes impuestas por el ritmo de los combates, siendo el caso paradigmático de esta realidad el desgraciado destino de la 84.^a BM del EP, como reflejó Pedro Corral en su estudio.[25] De hecho, el mismo informe de la inteligencia italiana en España se preguntaba poco antes de la batalla de Teruel cómo era posible que las tropas republicanas siguieran aguantando sin rebelarse, «después de las bajas sufridas, siempre en el frente, sin permisos, con poca paga».[26] Por eso, poner en práctica los principios expuestos por Rojo no solo pasaba por disponer de buenos mandos, sino también por contar con tropas que disfrutaran de condiciones de vida dignas y que estuvieran adiestradas para poder ejecutar aquello que se concebía sobre el papel.[27] En este sentido, el mantenimiento de una comunicación fluida y continuada ocupaba un lugar central en la guerra moderna, tal y como la entendía Rojo, pues era esta la que garantizaba la coordinación y el funcionamiento de las diferentes armas, como si de un reloj se tratara, y, por tanto, el mantenimiento del efecto sorpresa. Al fin y al cabo, eran comunes los problemas para conjugar las acciones de la aviación o la artillería con la infantería, muchas veces por lagunas formativas y falta de conocimientos de los mandos, a lo cual había que añadir los habituales accidentes de fuego amigo sobre tropas propias en ambos bandos.

Por lo que respectaba a la infantería, Rojo insistía en la importancia de mantener el ritmo del avance en operaciones ofensivas siempre que no se

presentara resistencia enemiga, todo ello con la vista puesta en explotar los éxitos del primer momento. Igualmente, defendía una serie de supuestos lógicos, como mantener una correcta coordinación de esfuerzos en el avance («mientras unos avanzan otros tiran») y hacer un uso inteligente de la orografía en las detenciones y la defensa frente a contraataques. Sin embargo, por encima de todo Rojo señalaba la importancia de que todas las armas conjugaran sus esfuerzos, de manera que por ejemplo la infantería pudiera servirse en su avance de cortinas de fuego provistas por la artillería. Al mismo tiempo, y dentro del papel central de la comunicación en la guerra moderna, conminaba a los mandos a mantener un flujo de información constante sobre la situación de las tropas en primera línea, unos partes que debían permitir analizar el escenario y decidir los siguientes pasos a dar. Rojo tenía muy claro que la infantería era el arma clave sobre la cual seguía descansando cualquier conflicto moderno, algo que ponía de manifiesto cuando hacía referencia al modo de hacer la guerra de los sublevados. Estos buscarían siempre ablandar la resistencia enemiga y ahorrar vidas propias gracias a su superioridad material, por eso entendía que «cada bombardeo de aviación y artillería que se aguante en su puesto, es un ataque rechazado». Por el contrario, los medios con que contaba el EP eran mucho más escasos en todos los sentidos, tal y como queda patente en el memorándum, de ahí también que Rojo subrayara la importancia de resistir, pero también de administrar correctamente los recursos y demandar el concurso de otras armas solo en casos de necesidad real. Incluso las retiradas eran concebidas como momentos propicios para infligir el mayor daño posible al enemigo, realizando movimientos tácticos y escalonados que permitieran vender caro cada centímetro de terreno.

En lo que respecta al arma de artillería, se esperaba de esta un papel activo en el estudio del terreno, sobre todo con el fin de prever las mejores posiciones en caso de avances o retiradas. La idea era dar con las soluciones más adecuadas para apoyar a la infantería. Más complejo era el problema planteado por la aviación, que según Rojo «actua [sic] en general con demasiada independencia», con lo cual la principal prioridad sería adaptarla a las necesidades operacionales del conjunto del EP y, por tanto, introducirla en

sus dinámicas. Al mismo tiempo, lo cual no deja de ser revelador respecto a la experiencia de guerra de los combatientes republicanos, se reivindicaba una mayor presencia de los aviones en apoyo de la infantería, sobre todo con el objetivo de reforzar su moral, ya que esta a menudo se sentía desamparada por la superioridad aérea del enemigo. Entre las armas más avanzadas de la guerra moderna abordadas por el memorándum de Rojo también se encontraban los tanques y vehículos blindados, que debían actuar en la vanguardia y ser utilizados según los principios generales antedichos: profundizar en las brechas del operativo enemigo y no parar ante signos de resistencia, evitando el ataque frontal, favoreciendo el envolvimiento de las fuerzas enfrentadas y actuando en grupo. Sin embargo, esto no fue muy común en la guerra civil española, ni tampoco en la batalla de Teruel, donde servían como acompañamiento de la infantería. Sea como fuere, esta forma rápida y dinámica de operar requería del concurso constante de los ingenieros, que debían estar en constante comunicación con los mandos de vanguardia para responder a las necesidades y favorecer el desarrollo de las operaciones. Rojo exigía que se asegurara el mantenimiento del orden de las tropas conforme progresaba el avance, para poder contestar a cualquier eventualidad. Al fin y al cabo, no dejaba de ser un militar profesional imbuido por los valores castrenses que permeaban al conjunto del ejército español previo a la guerra, por eso consideraba que nada podía lograrse sin garantizar la disciplina y reforzar los códigos y modelos de masculinidad que regían la vida militar.[\[28\]](#)

De vuelta al frente, el día 14 ya se reconocía la concentración de hasta 8.000 hombres al sur de Teruel, en pueblos como Torrebaja, Libros, Tramacastiel, Mas de la Cabrera o Villel. No obstante, muchas de estas informaciones se consideraban precarias y sin confirmar. De hecho, los confidentes de la 52.^a División afirmaron haber avistado la poco creíble cifra de 1.000 camiones concentrados en las eras de Villel, una cifra que hay que entender más bien como un comodín, reflejo de la impresión que habría causado en ellos las fabulosas concentraciones de fuerzas republicanas. Lo mismo ocurría con la supuesta presencia de una unidad de asturianos que habrían conseguido escapar por barco a la derrota total en el frente norte y

reintegrarse a la lucha a través de la frontera franco-catalana.[29] Bien sabemos que en tiempos de guerra los rumores están a la orden del día, que las luces y las sombras se entremezclan confundiendo a menudo a los propios contemporáneos. No obstante, el día 14 de diciembre se denunciaba desde la 52.^a División un constante trasiego de camiones noche y día entre la carretera de Teruel-Sagunto y toda la zona al suroeste de la capital, desde Villastar y Villeda hasta Rubiales, así como también al noreste de la ciudad, entre Valdecebro, Villalba Baja, Alfambra y Corbalán.[30] Por lo que respecta al sector sur, se tenía constancia de que las concentraciones se estaban produciendo en la Loma Gorda, al este de Valacloche y Cascante del Río, y en el pueblo de Rubiales, donde también se había registrado la presencia de blindados a última hora. Mientras tanto, en la zona norte no se sabía con precisión cuáles eran los puntos de reunión de las tropas republicanas.[31]

De este modo, los servicios de inteligencia del ejército sublevado informaban de la presencia de hasta veinticinco BBMM gubernamentales y otras fuerzas de diversa importancia, ya fuera en el mismo frente de Teruel o en sus inmediaciones, todo ello a lo largo de un extenso arco de poco más de 100 kilómetros que unía Pancrudo y Rubiales.[32] Así pues, el asalto republicano no cogió por sorpresa a los rebeldes, no al menos a los que estaban a cargo de la defensa de Teruel, que el día 13 de diciembre informaban de que todo «parece indicar el propósito del enemigo de atacar en breve plazo». De hecho, ante la eventualidad de un más que probable golpe republicano acompañado por blindados sobre las zonas llanas que se abren entre Celadas y Villarquemado, el mando de la 52.^a División solicitaba armamento para poder enfrentar esa posible amenaza, especialmente porque le habían sido retiradas dos baterías de 65 mm, seguramente destinadas a la ofensiva sobre Madrid.[33] Al fin y al cabo hay que tener en cuenta que con muy escasos efectivos, 7 u 8.000 hombres, dicha unidad había de defender un frente que iba desde Portalrubio, en el centro de la provincia, hasta Orihuela-Griegos, en el confín más occidental de la Sierra de Albarracín. No era extraño que desde el Estado Mayor de dicha unidad se quejaran de sus tremendas dificultades para guarnecer con garantías una línea de unos 180 kilómetros, sobre todo por lo que respecta a su flanco derecho, situado en este

último sector del oeste de la provincia turolense. Tanto era así que se trataba de un territorio propicio para las deserciones de un bando al otro, además de que a menudo favorecía las infiltraciones de saboteadores que conocían bien el terreno y contaban con el apoyo de los vecinos, pudiendo burlar las patrullas de vigilancia y rastreo.[34]

Eso fue lo que ocurrió en la madrugada del 13 al 14, cuando una partida de ocho hombres hizo estallar cinco bombas en la carretera que une Orea y Checa, justo al otro lado del límite provincial entre Teruel y Guadalajara. Al ser interceptados por una patrulla cerca de Bronchales, consiguieron escapar tras entablar un tiroteo, abandonando tras ellos una mula y materiales para la fabricación de explosivos. Dentro de la gran movilidad y las convulsiones provocadas por la guerra, el jefe del Estado Mayor de la 52.^a División rebelde creía que podía tratarse de vecinos de dichas poblaciones, buenos conocedores de la sierra, que habrían huido de sus pueblos al ser tomados por los sublevados durante el verano anterior.[35] Como vemos, en muchos casos el deseo de independencia, el miedo o los principios políticos podían llegar a empujar a muchos hombres a adentrarse en la montaña por su cuenta mucho antes de que acabara la guerra. Pero lo cierto es que algo más al noreste de la provincia, en la retaguardia republicana, estaban ocurriendo cosas muy similares, como refleja el diario del conductor estadounidense de ambulancias de la 15.^a BI, James Neugass (1905-1945). Reflexionando sobre la realidad político-social de la España de finales de los treinta, Neugass señalaba con gran acierto que la clave de estos fenómenos de quintacolumnismo y la complejidad de los sucesos acontecidos en la guerra civil estaba en el hecho de que

[...] las elecciones de 1936 fueron muy reñidas. Nosotros mismos tenemos unas pocas quintas columnas al otro lado de las trincheras. Es una guerra extraña. Sé que la guerra es la guerra y el infierno el infierno, lo sé bien, pero cuando hay hombres apostados en lo alto de los montes y tiran rocas a las ambulancias, empiezo a entender lo que quiso decir Goebbels cuando afirmó que la diplomacia internacional se hace con la espada y solo con la espada. Es lo que Mussolini quiere decir exactamente cuando habla de «guerra totalitaria». A fin de cuentas, parece que las ambulancias no tienen nada de sagrado. De manera instintiva, durante toda mi vida he sido un pacifista y he odiado banderas y uniformes y, sobre todo, la música militar; pero me da la sensación de que si pillara al que tira rocas en el camino de Mas de las Matas [a Alcorisa], le

rajaría lentamente con mi navaja hasta comprobar si puedo distinguir un corazón fascista de uno demócrata. No matas a las personas, matas sus hechos.[36]

Así pues, no solo eran los sublevados los únicos que contaban con un buen servicio de información en los alrededores de Teruel y dentro de la retaguardia republicana. También el EP tenía su propia red dentro de la ciudad, encabezada por el abogado asesor de la Diputación de Teruel, Luis Feced, que tenía a su cargo diversos agentes, entre los cuales se encontraban una maestra nacional, Tomasa Esteban Armengod, y un asalariado de la carnicería de Raúl Lario, ambos residentes en la capital. Acabada la batalla, ambos fueron trasladados a Hinojosa de Jarque, 60 kilómetros al noreste. Fue allí donde se tuvo conocimiento de la existencia de la red, casi un mes después de iniciada la batalla de Teruel, gracias a un confidente del bando sublevado que escuchó a ambos «jactarse en público» de las labores que habían llevado a cabo en Teruel, una buena muestra de hasta qué punto convenía ser prudente en aquellos días y cuán difícil era saber con quién se hablaba.[37] Al parecer, el propio Feced les hizo saber el día 10 de diciembre que se avecinaba el ataque, aconsejándoles lo siguiente: «Cómprense unos jamones y unas lastas de conserva y méntanse en una buena cueva hasta que lleguen los nuestros y entonces den enseguida mi nombre». De hecho, los padres de Feced habían quedado en zona sublevada, concretamente en Calatayud, algo que este les hizo saber durante un encuentro en Mora de Rubielos. Así pues, el descuido y la ligereza a la hora de hablar de sus cometidos no solo comprometía su integridad en la eventualidad de una victoria rebelde, sino que además ponía en grave peligro a terceros. De hecho, el documento contenía una nota adjunta donde se apuntaban algunas orientaciones para dar con los padres del susodicho, seguramente con el fin de interrogarlos o de ejercer presiones sobre su hijo.[38]

Más allá de los cambios y rupturas provocados por la guerra, fueron muchos los vínculos y relaciones entre las diferentes tierras peninsulares, teniendo un lugar central en ello la cuestión de los refugiados y la migración interna, una realidad que se intensificaría de forma dramática con la batalla de Teruel.[39] Sin embargo, se trata de algo que ya el día 5 de diciembre era

destacado por agentes e informadores del bando sublevado. Estos señalaban que muchos habitantes de las principales zonas industriales y las ciudades costeras bajo control gubernamental, como Barcelona, Valencia y Castellón, marchaban a los pueblos de las comarcas turolenses del Maestrazgo, Gúdar-Javalambre, el Bajo Aragón, la Sierra de Arcos o el Matarraña. No hay duda de que algunos de ellos debían contarse entre los primeros emigrantes que muy lentamente habían empezado a salir de los pueblos de la provincia desde los años diez, huyendo de la dureza de la vida en el campo.^[40] En cualquier caso, la mayor parte debían de huir de los terribles bombardeos aéreos de la aviación rebelde y las restricciones alimentarias impuestas por el racionamiento y la falta de acceso a fuentes alternativas de sustento, algo que nos habla perfectamente de las calamidades generadas por el conflicto.^[41]

[1] AGMAv., 2519, 1, 2.

[2] AGMAv., 1221, 12, p. 2.

[3] José Carrasco Canales, *op. cit.*, p. 71.

[4] «Información sobre frente enemigo Teruel, 5 de diciembre», AGMAv., 1221, 12, p. 1.

[5] James Neugass, *La guerra es bella. Diario de un brigadista americano en la guerra civil española*, Papel de liar, Barcelona, 2010 [2008], p. 126.

[6] Esta unidad tenía que cubrir toda la línea del frente que discurría desde el sur de la provincia de Zaragoza hasta el sector de Molina de Aragón, pasando por Teruel, con lo cual podemos hacernos una idea de lo inabarcable de las posiciones a su cargo.

[7] «Ejército del Norte. E. M., 2.^a Sección – Información, Zaragoza 13 de diciembre de 1937», AGMAv., 1221, 12, p. 2 y «División N.º 52. Novedades desde las 19 horas del día 12 a las 19 horas del día 13», AGMAv. 1221, 25, p. 7.

[8] «Parte diario de información del día 14 de diciembre de 1937», AGMAv., 1221, 25, p. 11.

[9] *Cit.* en Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, pp. 35-36. Parece ser que en un intento desesperado por convencer a sus superiores de la inminencia del peligro, días antes del ataque Muñoz Castellanos ordenó a Néstor Esparrells que trasladara a un oficial del EP que acababa de desertar a presencia del general José Moscardó, por entonces comandante del Cuerpo de Ejército de Aragón y responsable de toda la línea sublevada en dicha región. El objetivo era que dicho mando republicano, que conocía a la perfección todo el plan de operaciones enemigo, expusiera la situación ante Moscardó. Sin embargo el resultado fue el mismo (p. 36).

[10] «Ejército del Norte. E. M., 2.^a...», AGMAv., 1221, 12, p. 2.

[11] «Cuartel General del Generalísimo. Información General. Información. Fuerzas Legionarias Italianas: Información facilitada por el Servicio de estas fuerzas», AGMAv., 2445, 5, pp. 8 y 6.

[12] «Resumen de información. Ejército del Norte. Zaragoza, 14 de diciembre de 1937», AGMAv., 1221, 12, p. 3.

[13] «Parte diario de información del día 12 de diciembre de 1937, División 52», AGMAv., 1221, 25, p. 5.

[14] «Parte diario de información del día 13 de diciembre de 1937, 5º Cuerpo de Ejército. División 52», AGMAv., 1221, 25, p. 8.

[15] «Novedades desde las 19 horas del día 12 a las 19 horas del día 13», AGMAv., 1221, 25, p. 7.

[16] «Estudio esquemático sobre las divisiones rojas que actúan en el frente de Aragón, 12 de diciembre de 1937», AGMAv., 1221, 19, pp. 2-3.

[17] El mismo informe habla de otro enlace natural de Jarque de la Val, Tomás Sorribas Aguilar, que proporcionaría informaciones sobre la situación en el Levante y Cataluña, así como también de las tropas del EP entre Montalbán y Alcañiz, el Matarraña y las catalanas Terres de l'Ebre. Esto nos da una idea del alcance y capilaridad de los sistemas de información puestos en marcha por los contendientes durante la guerra.

[18] AGMAv., 1221, 22, p. 2.

[19] La incidencia y la importancia del clima en la batalla de Teruel ha sido abordada de forma exhaustiva en el fantástico estudio de Vicente Aupí, *El General Invierno y la batalla de Teruel. El impacto de los crudos temporales de frío y nieve de 1937-38 en el episodio central de la Guerra Civil Española*, Perruca, Teruel, 2015.

[20] Sobre la Colección Bibliográfica Militar, lo que supuso en el ejército español de la época y las resistencias frente a lo que predicaba, véase el artículo de Alberto Guerrero Martín, «La Colección Bibliográfica Militar y el debate sobre la mecanización y la motorización (1928-1936)», *Revista Universitaria de Historia Militar*, 3:6 (2014), pp. 174-188.

[21] Los primeros teóricos que abogaron por la guerra motorizada y acorazada como clave del éxito militar en los conflictos modernos fueron británicos como John Frederick Charles Fuller (1878-1966) y el mayor Hans von Seeckt (1866-1936). También Heinz Guderian (1888-1954) desarrolló y profundizó en sus teorías, haciendo hincapié en la importancia de los blindados y, sobre todo, de unas buenas comunicaciones. Por el lado soviético destaca la figura de Mijaíl Nikoláyevich Tujachevski (1893-1937), que defendió lo que se ha conocido como operaciones en profundidad, un enfoque que promovía el uso combinado de armas para favorecer la penetración en la retaguardia enemiga sembrando el caos y dislocando sus comunicaciones. En líneas generales todos compartían una misma filosofía en lo referido al modo de hacer y entender la guerra, y Vicente Rojo bebía de muchos de ellos.

[22] MacGregor Knox, «The Prussian idea of freedom and the “career open to talent”: Battlefield initiative and social ascent from Prussian reform to Nazi revolution, 1807-1944», en *Common Destiny: Dictatorship, Foreign Policy, and War in Fascist Italy and Nazi Germany*, CUP, Nueva York, 2009 [2000], pp. 186-226.

[23] «Cuartel General del Generalísimo. Información General. Información. Fuerzas Legionarias Italianas: Información facilitada por el Servicio de estas fuerzas», AGMAv., 2445, 5, p. 4.

[24] Michael Alpert, *The Republican Army in the Spanish Civil War, 1936-1939*, Cambridge University Press, Cambridge, 2013 [2007], p. 150.

[25] Pedro Corral, *op. cit.*

[26] «Cuartel General del Generalísimo. Información General. Información. Fuerzas Legionarias Italianas: Información facilitada por el Servicio de estas fuerzas», AGMAv., 2445, 5, p. 5.

[27] Sobre el adiestramiento véanse por ejemplo las experiencias del veterano de la 81.ª BM del EP Marc Torres, *op. cit.*, pp. 32-33, quien recuerda que durante aquellos meses de adiestramiento con armamento pesado comprendieron que «la cosa no sería como antes».

[28] Para los seis últimos párrafos sigo «Instrucciones generales para el desarrollo de la maniobra ofensiva de conjunto», AGMAv., 1221, 37, pp. 12-19.

[29] «Resumen de información...», AGMAv., 1221, 12, p. 3 y «Estudio esquemático sobre las divisiones rojas...», AGMAv., 1221, 19, p. 3.

[30] «División N.º 52. Novedades desde las 19 horas del día 13 a las 19 horas del día 14»,

AGMAv., 1221, 25, p. 10.

[31] «Parte diario de información del día 14...», AGMAv., 1221, 25, p. 11.

[32] AGMAv., 2519, 1, 2.

[33] «Parte diario de información del día 13...», AGMAv., 1221, 25, p. 8.

[34] Véase por ejemplo «División N.º 52. Novedades desde las 19 horas...», AGMAv., 1221, 25, p. 10.

[35] «Parte diario de información del día 14...», AGMAv., 1221, 25, p. 11.

[36] James Neugass, *op. cit.*, p. 100.

[37] Muchos milicianos, luego combatientes del EP, eran muy precavidos al respecto, como revela el testimonio de un sargento a Marc Torres, a quien le dijo que «entre nosotros teníamos algunos de orejas largas y bien abiertas para captar cualquier secreto para transmitirlo al enemigo», lo cual también es ilustrativo del clima de paranoia creado por la guerra. Marc Torres, *op. cit.*, p. 24.

[38] «Cuerpo de Ejército de Castilla. Información del enemigo. Organización del espionaje enemigo en Teruel durante nuestra dominación», AGMAv., 1326, 31, p. 7.

[39] Se trata de una cuestión abordada in extenso por Antonio Peiró Arroyo, *¡Evacuad Teruel! La odisea de 12.000 turolenses durante la Guerra Civil*, Comuniter, Zaragoza, 2014.

[40] La población de la provincia de Teruel se habría sostenido desde 1910, cuando alcanzó su tope demográfico con 266.000 habitantes, hasta la guerra civil y la posguerra, que dieron lugar a una sangría poblacional acelerada con 243.000 habitantes de derecho en 1950. Entre 1910 y 1930 habría perdido población de hecho a razón de un 1 por ciento anual y de derecho a un 0'8 por ciento. Véase Pascual Rubio Terrado: «Evolución de la estructura demográfica de la provincia de Teruel durante el siglo xx», *Geographicalia*, 26 (1989), pp. 247-256.

[41] AGMAv., 1221, 22, p. 4.

3. LA OFENSIVA REPUBLICANA: EFECTO SORPRESA, COMBATE URBANO Y GUERRA AL CIVIL. DEL 15 AL 28 DE DICIEMBRE DE 1937

El mismo 15 de diciembre, pocas horas antes de que el EP iniciara su ataque para sitiar y tomar la ciudad de Teruel, los mandos republicanos recibieron órdenes escritas para pasar a la acción «a la hora fijada, cualesquiera que sean las circunstancias atmosféricas, estado de los caminos y medios que se encuentren en las bases de partida». Además de formar parte del deseado efecto sorpresa, enviar a los hombres a combatir en aquellas condiciones climáticas revelaba la naturaleza total de la guerra en curso, caracterizada por el empleo de todos los medios disponibles para la consecución de la victoria. La consigna era atacar con decisión, y el lenguaje empleado delataba tanto el alcance de la apuesta realizada por el Estado Mayor de Vicente Rojo como la grave situación en que se encontraban el gobierno y la causa republicanas por aquel entonces, aislados a nivel internacional y bajo la amenaza de un ataque sobre Madrid. Los oficiales tenían la obligación de concienciar a sus hombres al respecto: «Todos los combatientes deberán tener presente que los momentos son trascendentales, que necesitamos una victoria resonante a toda costa», una necesidad que venía acentuada por la baja moral de la retaguardia y el peso cada vez mayor de aquellos que eran partidarios de una salida pactada al conflicto. En este sentido, el éxito tenía que ser total y fulminante. [1] Tres días después de iniciarse el ataque, el agregado militar británico en Barcelona demostraba ser un hombre bien informado sobre la realidad del EP y la batalla que acababa de comenzar: «No les faltan reservas para llevar este ataque a buen éxito, caso de que ellos consiguieran vencer las dificultades topográficas y las del tiempo».[2]

Cuando apenas comenzaba a disiparse el estupor generado por el inicio repentino de las operaciones en el frente de Teruel, los servicios de información y mandos del ejército sublevado vieron la magnitud de las fuerzas puestas en liza por el EP. A últimas horas del 15 ya se hablaba de

grandes concentraciones, que entre las unidades desplegadas y las que se encontraban en la retaguardia podían alcanzar los 50.000 hombres, si bien no tardarían en ver que eran bastantes más. Y desde luego, lo que estaba claro a sus ojos era que el objetivo del enemigo era «aislar Teruel».[3] Con todo, los servicios de inteligencia asociados al CTV aún decían haber descifrado un radio republicano donde se afirmaba que el de Teruel solo era un ataque de distracción para enmascarar uno mucho más potente y decisivo cuyo emplazamiento no se podía precisar con claridad. Aunque se sospechaba de Madrid, y en un primer momento es cierto que Rojo había proyectado la ofensiva sobre la capital del Aragón meridional como un complemento para partir en dos la zona rebelde en Extremadura, este tipo de informaciones cruzadas y rumores formaban parte de las guerras entre los servicios de inteligencia, cuyo fin era causar caos y pánico en el enemigo.[4] A pesar de todo, el mando de la 52.^a División aún esperaba poder restablecer la situación el día 16, acabando con las vanguardias de Líster frente a Cerro Gordo y Caudé para después avanzar por la carretera nacional y contactar con las fuerzas en la plaza. La ambición del comandante de la división, Muñoz Castellanos, aún daba para imaginar acciones conjuntas entre las fuerzas que se encontraban en Teruel y las del llano de Caudé, para la toma de San Blas y la liberación de El Campillo, que aún resistía.[5] Sin embargo, nada de esto sería posible.

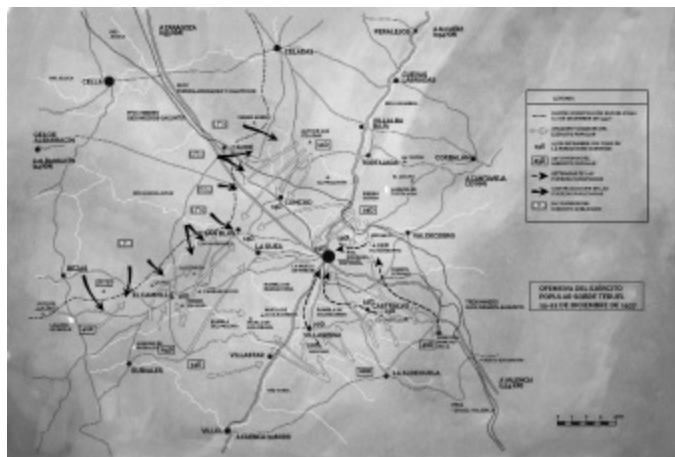
Al final de ese mismo día ya se informaba desde el interior de la plaza que los ataques se producían «por todos los frentes» y que las reservas estaban «agotadas» hasta el punto de no disponer de una fuerza de maniobra para enviar a las zonas más comprometidas. Por eso se solicitaba una intervención urgente desde el exterior, prometida por Muñoz Castellanos desde Santa Eulalia al día siguiente. Tal era la situación que durante la tarde del 15 de diciembre un capitán se presentó en el hospital del Casino convocando a todos los heridos y convalecientes que pudieran empuñar armas para que se presentaran en el Seminario: «Allí fuimos los diez o doce soldados que esperábamos ya el alta y permiso. Nuestra llegada fue saludada con la entrega de un pico y una pala. ¡A fortificar el Seminario!».[6] Pocas horas antes había quedado claro que la sorpresa ante la magnitud del ataque

había sido completa, con un 50 por ciento de pérdidas en el sector de El Campillo y con el camino hacia Albarracín expedito, caso de que el EP hubiera querido desviar tropas hacia ese el objetivo. Pero lo que más sorpresa y miedo había causado a los combatientes rebeldes había sido la intensa actividad de la aviación republicana en unas condiciones atmosféricas terribles, con hasta 40 aparatos participando en operaciones contra las posiciones de la infantería. Durante aquella jornada Concud ya era un campo de batalla fuertemente batido por la artillería, 30 tanques e infantería; al fondo, una oscura nube de humo y polvo se alzaba sobre Teruel fruto de los bombardeos aéreos y artilleros. Los pocos refuerzos disponibles habían sido enviados para tratar de contener las pinzas del ataque republicano que avanzaban desde el norte y el sur.^[7] De hecho, el testimonio del cabo soriano José García, implicado en la defensa de El Campillo, no solo revela la importancia de contar con buenos mandos intermedios, sino también el terror y la parálisis que se apodera de los combatientes en situaciones de cerco, inferioridad numérica y sometidos a fuertes concentraciones de fuego. En momentos así el miedo se contagia de unos a otros y genera lagunas en la percepción del espacio-tiempo, haciendo los contornos de la realidad vagos y borrosos:

La noticia de que la víspera [15 de diciembre] los rojos habían tomado San Blas había helado nuestro ardor guerrero [...]. No hablábamos demasiado, pero en todos los rostros se notaba el miedo, lo mismo en los novatos que en los veteranos como yo, que nos habíamos batido el cobre en muchos combates [...]. Volví a dirigirme al teniente. «La caballería enemiga nos está copando. ¿Qué hacemos?». «¡Resistir!, ¡resistir!», siguió contestando. Entre tanto llegó la aviación y empezó a lanzarnos bombas. No sé cómo fue, pero me vi metido en refugio con otros soldados. El teniente había desaparecido. Nadie se atrevió a salir hasta que alguien desde fuera lo ordenó: «Salgan todos con los brazos en alto».^[8]

De hecho, ya el 16 se aumentaba la estimación del número de efectivos enfrentados por el ejército sublevado a 70.000 hombres desplegados desde el Campo de Visiedo hasta la zona suroccidental de la capital del Aragón meridional. Justo en ese mismo informe del 5CE, a las unidades cuya presencia ya era conocida se añadían la 11.^a División, comandada por Enrique Líster y considerada por los rebeldes como una de las mejores del EP

junto a las BBII; y la 25.^a División, encabezada por el afamado militante cenetista Miguel García Vivancos (1895-1972) y compuesta en su mayoría por militantes de dichas siglas. Esta última unidad también era merecedora de cierto respeto por parte de los mandos rebeldes, dado su ardor combativo y revolucionario, conservado a pesar de las dificultades y la marginación de que era objeto por parte del gobierno republicano debido a su ideología libertaria. En último término, se reportaba la presencia de la 46.^a División, de Valentín González *El Campesino* (1904-1983), que sin embargo no sería desplegada en Teruel hasta mediados de enero de 1938.[\[9\]](#) Otro de los informes del día 16 confirmaba que las estimaciones sobre el número de efectivos republicanos implicados en el ataque habían sido erradas en más de dos decenas de miles, a lo cual había que sumar la participación de 100 piezas de artillería, 100 blindados y el hostigamiento constante de una aviación que sembraba el terror en la retaguardia. Aun con todo no se tenía muy claro contra qué unidades en concreto se combatía, siendo muchas las informaciones contradictorias. Ante tal situación, una de las principales preocupaciones de los defensores era saber si podrían contar con la cobertura de sus propios aviones, que durante aquellos primeros días apenas pudieron despegar debido a las condiciones climáticas imperantes sobre los aeródromos del noroeste de la provincia.[\[10\]](#) De hecho, algunos aviadores republicanos pagaron un alto precio por combatir a tan bajas temperaturas, sufriendo graves congelaciones e, incluso, habiendo de ser auxiliados para bajar de sus aviones una vez aterrizaban en los aeródromos de Levante y el Bajo Aragón.[\[11\]](#)



Mapa 1. Ofensiva republicana sobre Teruel.

Entre otras cosas, la documentación interna del ejército rebelde resulta tan interesante porque prueba hasta qué punto manejaban buena información sobre la realidad político-militar y humana del enemigo, más allá de las burdas e interesadas simplificaciones de la propaganda fascista, que identificaba a todos bajo el epíteto *rojos*. Sin ir más lejos, un informe de inteligencia elaborado en el cuartel general del EdN a finales de enero de 1938 señalaba que la 25.^a División, por aquel entonces de reposo en Benicàssim, al norte de Castellón, estaba compuesta en exclusiva por autóctonos del Bajo Aragón Histórico, que por tanto comprendía a los naturales de lo que conocemos hoy como la Comarca del Bajo Aragón, Castellote y los pueblos de la contornada como Mas de las Matas o Aguaviva, y también del Matarraña. Esta documentación es doblemente interesante porque de paso nos permite arrumbar muchos de los mitos sobre la guerra civil, a menudo contruidos a posteriori a diversos niveles (local, regional y estatal) y con variados intereses políticos. Uno de ellos ha servido durante décadas para explicar las causas de la revolución social del verano del 36 y las diversas formas de violencia que acompañaron a esta en el Aragón oriental, donde se constituyeron las colectividades agrarias, que hicieron de esta tierra uno de sus escenarios más señeros. Dicho mito es el de la llamada *invasión de las columnas*, según el cual los militantes armados de los sindicatos y fuerzas políticas del Principado habrían impuesto por la

fuerza el orden y la ley revolucionarios en todo el Aragón oriental en su camino hacia las capitales provinciales.[12] Al mismo tiempo, estos elementos *incontrolados* habrían alterado la paz de unos pueblos que antes de la guerra habrían constituido una suerte de Arcadia feliz sin conflicto social ni conocimiento de la política. Aquellos habrían pasado por las armas a la gente de bien, incendiado el patrimonio eclesiástico y los registros y saqueado alimentos y todo tipo de bienes hasta dejar a los autóctonos exangües.

Hoy en día la historiografía ha demostrado hasta qué punto es falso este constructo que exime a los aragoneses de entonces de toda responsabilidad y participación destacada en la violencia revolucionaria y en el proyecto colectivista, un experimento sin precedentes por su alcance y magnitud.[13] De hecho, la documentación rebelde es muy clara al respecto cuando señala que «la 25 División, completa, está compuesta en su mayor parte por anarquistas e izquierdistas, distinguiéndose enormemente en asesinatos cometidos por los pueblos del Bajo Aragón», es decir, contra sus propios vecinos. Evidentemente, los servicios de inteligencia rebeldes no llegaban tan lejos como para dar una explicación política y compleja de esa violencia intracomunitaria, limitándose a criminalizar a sus ejecutores, pero resulta cuanto menos interesante constatar que muchos aragoneses no precisaron del concurso de agentes externos o invasores para impartir lo que entendían como justicia revolucionaria.[14] Así pues, el de la invasión de las columnas fue (y es) un relato que tuvo como fin restañar las divisiones internas dentro de poblaciones ya de por sí muy polarizadas y a menudo muy implicadas en las colectivizaciones, a la par que limpiaba el nombre de dichos pueblos y sus gentes ante el nuevo régimen surgido de la guerra. Su amplio arraigo y hegemonía entre los supervivientes se explican por su utilidad durante la posguerra, al proporcionar a los individuos y los vecindarios la posibilidad de sumarse en bloque a este, borrando así un pasado poco edificante dentro de los nuevos valores dominantes e integrándolos en la renacida comunidad nacional. Que el régimen franquista lo aceptara e incluso lo promoviera encuentra sentido en la posibilidad de aislar a Cataluña y enfrentarla con sus vecinos, en tanto que territorio considerado hostil y como forma de castigo,

acentuando las diferencias interterritoriales y avivando un conflicto catalano-aragonés latente desde la crisis finisecular. Por tanto, no cabe duda que un relato como este sirvió como vehículo y promotor de la construcción y consolidación de la identidad nacional española en unas comarcas como las del Aragón oriental, muy vinculadas en todos los sentidos a Cataluña y al Levante.[\[15\]](#)

Ya el día 16 de diciembre se confirmaba la infiltración de las fuerzas de Líster entre Caudé y Conclud apoyadas por 40 blindados, cortando de forma definitiva la carretera que unía la capital turolense con el resto de la zona republicana y avanzando en dirección a San Blas. También en la zona de combate al suroeste de Teruel se había derrumbado la resistencia y la 64.^a División del EP al mando de Pedro Martínez Cartón (1905-1977) había tomado El Campillo, avanzando hacia San Blas para conectar con sus compañeros de la 11.^a División.[\[16\]](#) Precisamente, la clave del éxito de toda la operación había estado en la infiltración de las tropas de Líster a través de las dispersas líneas rebeldes entre Caudé y Conclud durante la madrugada del día 15, hasta el punto que a las 9 de la mañana ya habían salvado los ocho kilómetros que separaban San Blas de sus puntos de partida. Ya he hecho referencia a algunas de las vicisitudes que rodearon a dicho episodio, no obstante, no fue menor la sorpresa que causó en el pueblo la llegada de las tropas republicanas. Según recoge Pompeyo García, hubo un vecino que a pesar de todo abrió fuego contra los asaltantes, acabando con dos de ellos y dándose a la fuga sin que pudiera ser atrapado. La frustración que causaron esas bajas inesperadas debió de exacerbar los ánimos entre las tropas, que probablemente no esperaban encontrar ninguna resistencia en el pueblo, lo cual pudo ser la causa de la detención y fusilamiento del maestro del pueblo, el señor Aparicio. El caso es que aquellos inesperados disparos alertaron a otros habitantes de San Blas, permitiéndoles huir antes de que se consumara la ocupación.[\[17\]](#)

El agregado militar británico en Barcelona había dado en el clavo al afirmar que lo que había marcado la diferencia del ataque republicano sobre Teruel respecto a otras operaciones anteriores de la guerra había sido el enfoque adoptado. Casi podría decirse que por primera vez se había decidido

concentrar la máxima potencia de fuego contra las posiciones más vulnerables del enemigo, abrir brecha, penetrar en profundidad y cerrar una pinza en torno a él, en este caso al noroeste de la ciudad. Hasta entonces el planteamiento adoptado por las dos fuerzas en liza se había basado en el ataque frontal, en el caso republicano por no contar con unidades bien encuadradas y preparadas para ejecutar otro tipo de maniobra con garantías de éxito, y en de los sublevados porque esa praxis se fundaba en la cultura militar que permeaba a la mayor parte de sus oficiales, formados en las campañas coloniales en el norte de Marruecos. He aquí una prueba de la pericia estratégica de Vicente Rojo, autor intelectual de una operación que, tal y como decía el agregado militar británico, «ha permitido reducir las propias pérdidas a un mínimo», al menos en lo referido a la ejecución de la maniobra. Otra cosa sería la batalla de desgaste y posiciones que estaba por venir, donde las carencias materiales y la falta de mandos intermedios del EP se revelarían en todo su dramatismo. Sin embargo, en aquel día 18 de diciembre el mencionado oficial británico hacía referencia al «indescribible entusiasmo en Barcelona», cuyas calles «están llenas de una multitud emocionadísima y alegre» que casi por primera vez desde el fracaso del golpe en la ciudad recibía noticias positivas.[\[18\]](#)

Una de las unidades rebeldes que más sufrió los primeros embates de la batalla de Teruel fue la 8.^a Bandera de Falange, formada con voluntarios falangistas de la capital, sus inmediaciones, la Sierra de Albarracín y el valle del Jiloca. En el momento del ataque republicano se encontraba acantonada en Santa Eulalia, donde se estaba procediendo a encuadrar y organizar la unidad. Sin embargo, ya ese mismo día 15 las necesidades determinaron al general Muñoz Castellanos a enviarla sin ninguna posibilidad de éxito a Los Llanos de Caudé junto a la 12.^a Bandera y otras fuerzas, donde chocaron con el anillo que las tropas republicanas habían establecido ya en torno a Teruel. Segundo Mesado, combatiente de la 13.^a Bandera de Falange, recuerda que estaban comiendo en su cuartel en Cella cuando fueron llamados a formar:

Rápidamente, armados, nos subieron en camiones y partimos [...], nadie podía imaginar lo que nos esperaba [...]. Aún no habíamos desmontado de los camiones cuando unas nutridas ráfagas

de ametralladora nos indicaron que habíamos llegado a nuestro destino. No fue muy largo el viaje. Nos desplegamos como mejor pudimos y nos pegamos al terreno. Nuestra función ya había comenzado: allí donde caímos, allí se formó una nueva línea del frente.[\[19\]](#)

El testimonio de Mesado nos da una idea de la precariedad de medios y la capacidad de improvisación de la que tuvieron que hacer alarde los mandos y los combatientes en medio de aquella situación de emergencia, que habría podido ser mucho más grave de haber sabido las tropas republicanas explotar sus éxitos iniciales. Un total de 820 hombres fueron enviados a una misión inútil en absoluta inferioridad numérica y de medios, además de carentes de formación suficiente, sufriendo la friolera de 275 bajas. Más allá de la falta de efectivos que acusaba en aquel momento, este episodio es una buena muestra de la irresponsabilidad del comandante de la 52.^a División, el mencionado Muñoz Castellanos.[\[20\]](#) De hecho, uno de los episodios más curiosos de la jornada tuvo lugar muy cerca de allí, al sur del viejo campo de aviación, hoy aeropuerto industrial de Teruel, en el Barranco Hondo.

Allí, de buena mañana, fue interceptada una centuria de Falange que había salido de El Campillo ese mismo día, en total unos 130 o 140 soldados, la mayor parte de ellos originarios de los pueblos de la Sierra de Cucalón, al noreste de Calamocha. El propio Pompeyo García dio cuenta del suceso en su crónica de la batalla de Teruel a través del testimonio de dos de los supervivientes, Julián Boria y Ramón Giral, quien señala que algunos de los voluntarios como él, trabajadores del campo en su mayoría, se sumaron a la unidad «por salvar su propia vida o la de algún familiar», como ocurrió en tantos lugares en el verano del 36. Boria recordaba que aún iba adormecido cuando se despertó de un frenazo y vio que estaban «rodeados y encañonados por el enemigo», tropas de la 11.^a División. Sin embargo, los milicianos falangistas fueron tomados prisioneros y llevados hasta el puesto de mando de Líster. El propio Boria tenía muy claro que se temía «lo peor»: «Todo por llevar un capote que me había regalado un sargento con las cinco flechas bordadas en grande. [...]. Fueron la causa de que uno de los guardianes la tomara conmigo y hasta me diera algún culatazo, amenazándome constantemente». De hecho, reconoce que con el fin de salvar la vida:

[...] por el camino fuimos poco a poco desprendiéndonos de insignias y documentos [...]. La peor suerte la tuvo un compañero de Montalbán, Millán, quien fue visto al arrojar el carnet. El guardián se percató, lo recogió y no dijo nada, pero al llegar al puesto de mando debió de dar parte, pues lo sacaron [...] de la fila, lo separaron y ya no lo vimos más.[21]

Resulta que además de los voluntarios falangistas había algunos civiles, que era común que aprovecharan los transportes de tropas para moverse por el territorio. Entre ellos destacaba el que más tarde sería suegro de Silvano Soriano, que entonces era alcalde de Frías de Albarracín, en la zona sublevada, y que al parecer bajaba a la capital con el secretario del ayuntamiento para realizar unas gestiones. Estos llevaban consigo documentación referente a asuntos del pueblo, quién sabe de qué índole, y temiendo que pudiera resultar comprometedora aprovecharon la confusión, se metieron en un corral «y se comieron los papeles, porque si me pillan me matan», solía decir.[22] Al fin llegaron al puesto de mando de Líster, que se encontraba en los Altos de Celadas. Y lo más interesante, por ser una de las anécdotas enigmáticas de la batalla de Teruel, es que el testimonio de lo que ocurrió entonces coincide tanto en el caso de Silvano Soriano, que me transmitió el relato de su suegro, como en el de Ramón Giral, recogido por Pompeyo García. Me contaba el primero que junto a una mujer cubierta con un capote estaba Líster, quien preguntó: « ¿Estos qué hacemos?, ¿los matamos?» Y dice ella: “Pero no ves los pobrecicos: mira qué manos llevan de callos de trabajar”, mira mi suegro que estaba harto de trabajar noche y día». Exactamente lo mismo le contó Ramón Giral a Pompeyo García, identificando a dicha mujer con Dolores Ibarruri, *La Pasionaria* (1895-1989), al igual que el suegro de Silvano Soriano, aunque otras fuentes han apuntado que en realidad se trataba de la esposa del propio Líster, Carmen López Serrano. Sea como fuere, la mayor parte del grupo salvó la vida y fue enviado a la cárcel de San Miguel de los Reyes, donde a pesar de las penurias y el hambre sobrevivieron en una alta proporción, todo lo contrario que sus compañeros de armas en aquellos primeros días de embates en Los Llanos de Caudé.[23]

Tras el ataque republicano contra el cuello de botella que mantenía Teruel unida al resto de la zona sublevada, el principal temor de los mandos rebeldes

era que se desencadenara un asalto simultáneo contra sus posiciones entre Buena y Celadas, algo que habría comprometido la defensa de todo el frente de Teruel en su sector meridional. Mientras tanto, se había puesto de manifiesto la gran cantidad de medios desplegados por el gobierno en su intento por tomar la capital meridional de Aragón. Un día después de iniciado el ataque ya se hablaba de hasta cien tanques implicados y 3.500 jinetes procedentes de un regimiento de caballería del EP que se sabía hasta entonces acantonado en Manzanera, unos 50 kilómetros al sureste del frente de Teruel. El empleo de la aviación no fue tan intenso en aquellos primeros días debido a los condicionantes climáticos. Sin embargo, esta fue empleada de forma intensa siempre que fue posible, contando los servicios de información del 5CE entre 25 y 40 aparatos en total. Así pues, tuvieron lugar bombardeos tácticos contra efectivos y posiciones rebeldes en puntos sensibles del frente, como San Blas y Concul, pero también se ejecutaron bombardeos estratégicos contra líneas de comunicación e infraestructuras clave, destacando los dos ataques del día 16 de diciembre contra los trenes estacionados en Cella. A ello se sumaba la actividad de la artillería de gran calibre, que incluía un importante número de cañones de hasta 105 y 155 milímetros. Aun con todo, dos días después de iniciada la ofensiva republicana se tenía la impresión de que los ataques aún experimentarían una intensificación.[\[24\]](#)

Efectivamente, durante aquellos días el EP puso toda la carne en el asador con el único fin de conseguir un éxito militar contundente y atraer la atención de Franco y la cúpula militar del ejército sublevado hacia el nuevo escenario de operaciones. Esto es hoy en día bien sabido por la historiografía, y podemos corroborarlo a través de los informes que los servicios de seguridad alemanes remitían a las autoridades en Burgos. En ellos señalaban que eran bien conocidos en el bando republicano los enfrentamientos entre Franco y el Estado Mayor del cuerpo expedicionario italiano enviado por Mussolini, el CTV, que cuestionaba «la capacidad de movilidad y resolución del general» español. De algún modo, la operación sobre Teruel buscaba también una reacción impulsiva por parte del CGG que contribuyera a agudizar esas tensiones en el seno de la alianza hispano-italiana.[\[25\]](#) La mejor prueba de

que el gobierno republicano había decidido jugarse todo a la carta de Teruel se pone de manifiesto en el reparto de efectivos y recursos, que había dejado casi desguarnecidos los frentes meridionales de Andalucía y La Mancha. De hecho, hasta tres cuartas partes de la artillería se encontraban desplegadas entre los frentes de Madrid y Aragón.[\[26\]](#) Luis de Armiñán Odriozola, corresponsal de guerra que gozaba del favor de los mandos rebeldes y que renegó del republicanismo tras haber militado en el Partido Radical, recuerda el recibimiento que le fue brindado al llegar a la zona de combate entre Caudé y Concud: «Nos tiraban desde todos los sitios posibles. Un ejército rabioso, envalentonado, nos recibía con todos los honores». Antes de eso había tenido que superar el escollo de la carretera Zaragoza-Teruel en su tramo entre Singra y Santa Eulalia, unos diez kilómetros que solo podían recorrerse con garantías en coche o en ferrocarril durante la noche y sin luces, ya que estaban batidos por la artillería republicana desplegada en Sierra Palomera.[\[27\]](#)

En medio del caos y la sorpresa iniciales entre las filas rebeldes, las fuerzas republicanas actuaron con osadía y decisión, propiciando combates desesperados y poniendo de manifiesto la destreza adquirida por los combatientes de ambos bandos desde el inicio de la guerra. Buena prueba de todo ello fue el ataque del día 20 de diciembre por parte de una escuadrilla de cazas y bombarderos republicanos contra el puesto de mando del Cuerpo de Ejército de Galicia (CEG) y la 52.^a División, situado en las Ventas de Caudé, al oeste de dicho pueblo y sobre la carretera Zaragoza-Teruel. Dos capitanes de sendas baterías antiaéreas, Rafael de Antonio y José García González, esperaron lo suficiente para no revelar su posición hasta que no se pusieran bajo su alcance los aviones enemigos, que debían volar bastante bajo, exponiendo así su propia integridad y la de sus dotaciones a las ametralladoras de los cazas. De este modo consiguieron derribar en un momento ocho aparatos, tres de los cuales fueron certificados al caer en la retaguardia rebelde. La orden del CEG dictaba que los hechos fueran dados a conocer entre la tropa para «que su acción sea conocida e imitada por todos», un procedimiento usual para infundir ánimos, más aún en una situación desesperada como la que enfrentaban las tropas rebeldes en aquellos primeros

compases de la batalla de Teruel.[\[28\]](#)

De hecho, ese mismo día ya entró en línea frente a Caudé parte de la 81.^a División, tal y como recogía Félix Ureña (1909-2014) en su diario, la cual tuvo que defenderse de los embates de la 11.^a División de Líster. De hecho, la información que dejó recogida en la entrada de aquella jornada es una buena prueba de hasta qué punto las tropas del ejército sublevado estaban sugestionadas por los arquetipos y discursos dominantes en la retaguardia insurgente. Tal fue su sorpresa ante la virulencia de los ataques y las cualidades de las tropas republicanas, que atribuyó este a «las mejores brigadas internacionales», cuando lo cierto es que estas se encontraban en la reserva y aún tardarían nueve días en entrar en acción. Sin duda era lo que se debía rumorear por el frente. Así pues, su afirmación no solo es un reflejo de ello, sino que subrayaba la participación extranjera como elemento decisivo en la combatividad del EP y veía incapaz de tal eficiencia y potencia bélica a una unidad compuesta por antiguos milicianos. En cualquier caso, las notas de ese día dejan claro el sobrecogimiento de Ureña cuando su compañía se vio obligada a desplegarse «bajo una verdadera lluvia de balas y obuses y avanzó haciendo retroceder al enemigo».[\[29\]](#)

El propio agregado militar estadounidense en Barcelona se hacía eco el 22 de diciembre del apoyo crucial que había prestado la aviación republicana a la infantería del EP, que en un primer momento contaba con notable superioridad numérica, como queda probado en varios episodios que ya he apuntado. Durante aquellas primeras jornadas los pilotos republicanos operaron de forma incansable en condiciones climáticas extremas y, por tanto, muy difíciles para el vuelo. Así pues, realizaron «reconocimientos, bombardeos y ataques contra aviones enemigos, como al atacar tropas, almacenes y especialmente contingentes militares que se dirigían al frente para reforzar el número de combatientes». El embajador francés en Barcelona, Erik Labonne, atribuía la efectividad y combatividad de la aviación republicana a la reciente llegada de pilotos procedentes de la Unión Soviética.[\[30\]](#) Tal era la situación creada por su intensa participación en los combates que Alfredo Kindelán (1879-1962), comandante de la aviación sublevada, tuvo que ordenar de urgencia el día 17 de diciembre el envío de

diversos grupos de baterías antiaéreas para apoyar a las tropas rebeldes en Teruel.[31] Sin embargo, también la infantería republicana podía llegar a verse perjudicada por la actividad de sus pilotos desde el aire. De hecho, dado que las intensas nevadas de los días previos al ataque y las jornadas posteriores a este habían cubierto los alrededores de Teruel con un inmenso manto blanco, no hubo más remedio que cambiar las señales visuales con las que la tropa informaba a los aviadores de su progresión sobre el terreno, que en un principio eran pañuelos de color blanco.[32] En aquellas condiciones de visibilidad, con todo el terreno cubierto por un grueso manto de nieve, era más importante si cabe poder comunicarse de forma eficaz con la aviación, para evitar el fuego amigo y favorecer un apoyo eficaz desde el aire.

Cinco días antes, el 17 de diciembre, se había sellado el cerco republicano sobre la ciudad. Desde el punto de vista militar, lo más sensato parecía presentar una primera resistencia en las posiciones más favorables situadas fuera de la capital para después retirarse hacia el interior de la capital y concentrar los esfuerzos defensivos allí. Así lo hizo el comandante García Belenguer, quien se replegó con sus hombres desde el extremo sur del frente de Teruel, en Villastar, tras resistir durante más de dos días las acometidas del EP. De hecho, tras ponerse a cargo de la defensa de las alturas al este de la capital acabaría al mando de la defensa del reducto de la Comandancia, durante los últimos días de diciembre, muriendo en el curso de una descubierta por las calles de la ciudad.[33] Mientras tanto, desde el exterior se defendía el discurso de «ni un paso atrás», ya que se consideraba que cualquier «repliegue [de la] línea [es] perjudicial [para la] moral y más rápido logro llegar de tropas [de refuerzo]», una orden que fue reforzada con mucha insistencia en días sucesivos. De hecho, las señales de alarma enviadas por la guarnición en Teruel, dado lo desesperado de la situación, fueron recibidas con frialdad e incomprensión, acusando a sus mandos de no tener el «espíritu [que] requiere sagrada misión le ha sido confiada». No por nada, el coronel Domingo Rey d'Harcourt (1885-1939) no tardó en solicitar autorización definitiva para replegarse en el interior de la ciudad, dado lo insostenible de las posiciones exteriores y consciente de la absoluta incapacidad para romper el cerco desde dentro con las fuerzas disponibles. Antes de ello, el día 18 se

había intentado abrir un pasillo desde el exterior para conectar con las escasas tropas disponibles, incluido el envío de la controvertida 15.^a Bandera de la Legión, de la cual volveré a hablar. No obstante, los problemas de comunicación con las tropas que operaban sobre el terreno y la falta de visibilidad propiciaron episodios de fuego amigo de la aviación rebelde sobre sus compañeros de armas, un problema más común en la guerra de lo que suele creerse. Además, parece que la artillería antiaérea republicana se mostró bastante eficaz durante aquellos días, algo que se unía a la situación desastrosa en que llegaban algunos refuerzos materiales de los rebeldes, como las seis baterías de artillería enviadas al frente, cinco de las cuales estaban inservibles.[34]

Las llamadas de socorro lanzadas desde el interior de la plaza sitiada eran siempre desesperadas, y solían venir seguidas por respuestas que anunciaban la llegada inminente de tropas de socorro procedentes del exterior. Así pasaron los días en el interior de la plaza. Y el caso es que con los medios disponibles al otro lado se llevaron a cabo otras intentonas, como la que partió de Caudé el día 18, donde participaron la 2.^a Bandera de Falange de León, el 1.er Batallón de Carros y la Compañía de la Calavera.[35] Sin embargo, eran fuerzas muy escasas como para plantear un reto muy serio a las unidades a cargo del anillo defensivo exterior del cerco, aunque parece que ese mismo día se había sumado ya la 84.^a División y pronto estaría disponible la 81.^a[36] Esta última había llegado de urgencia desde Alagón a Santa Eulalia el día 16 para cubrir una segunda línea defensiva entre Cella y Gea de Albarracín en caso de que se derrumbara el frente entre Caudé y Bezas. Ante la evidencia de que las fuerzas republicanas no tenían intención ni posibilidad de avanzar más hacia el noroeste fue enviada tres días después frente al sector de El Campillo, La Pedriza y Los Morrones.[37] El caos dentro de la ciudad era total, tal y como recuerda José Carrasco, que realizó una última misión de enlace entre el Seminario y la Comandancia en la que recuerda que no sufrieron ningún percance: «Solo nos encontramos a varios soldados que, desperdigados, no sabían a dónde dirigirse, además de muchas personas civiles que, atemorizadas, buscaban también dónde poder refugiarse. Todos nos acompañaron [de vuelta] al Seminario. Salimos tres y

regresamos veinte».[38] Así comenzaba a gestarse uno de los mayores dramas de la batalla de Teruel: el sufrimiento de la población civil refugiada en los reductos.

Precisamente, para dificultar el despliegue de los refuerzos sublevados en el exterior del cerco la aviación republicana atacaba con regularidad sus poblaciones de la retaguardia, como Gea de Albarracín, que además era un nudo logístico de comunicaciones en toda la zona de combate al oeste de la capital. Joaquina Atienza, por aquel entonces una niña de apenas cinco años, recuerda «una sensación de pánico», sobre todo por ver a sus padres y a los adultos en general perder la calma. Además los avisos antiaéreos se daban cuando los aviones ya estaban prácticamente encima del pueblo, con lo cual apenas tenían tiempo para llegar a los refugios. Atienza recuerda que estos volaban muy bajo, tanto que a veces podían distinguir a los pilotos en sus cabinas: «Ay, teníamos un pánico, semejante *ruidera*, que los veíamos tan cerca y parecía que se caían».[39] Este vuelo rasante era muy propio de los Polikarpov I-16, conocidos como Ratas en la zona sublevada, y no solo tenía por fin aumentar la efectividad de sus acciones, por la proximidad al objetivo, sino también pasar desapercibidos y aumentar el terror entre civiles y combatientes.[40] Así pues, cuando se producían los ataques aéreos la población era enviada por los soldados al túnel del antiguo acueducto romano de Albarracín-Cella, que estaba un kilómetro al norte del pueblo: «Allí nos tenía mi madre *tapadicas* con una manta negra». También recuerda que al salir de los refugios de vuelta a casa se encontraban con los cadáveres de aquellos que no se habían podido poner a resguardo, algo que a ella siendo una niña de apenas cinco años le causaba «pánico», «eso era terror» al verlos allí «tripa arriba».[41] De hecho, en su crónica mito-poética y propagandística de la campaña del CEG, Luis de Armiñán denunciaba los habituales ataques sobre Cella y Santa Eulalia como prueba de la cobardía y el carácter criminal del modo de hacer la guerra del bando republicano, como si tal método no fuera común entre los sublevados. Dentro del relato que se impuso en la retaguardia sublevada y en la posguerra afirmaba que «temen la pelea y no quieren ponerse al alcance de los antiaéreos», cuando lo cierto es que Cella mismamente estaba protegida por sendos cañones de 88 mm y por

las baterías establecidas en el campo de aviación de Caudé.[42]

El caso es que de forma errada, el mando de la 52.^a División concluía que «no cree que sigan llegando más refuerzos al enemigo».[43] Quizás, por eso mismo, Muñoz Castellanos acabó por reconocer el día 22 de diciembre de 1937 en comunicación directa a Franco y Dávila que «Situación general fuerzas enemigas y propias *hace inútil e incluso peligroso ataque no se haga con medios suficientes especialmente artillería, puesto que no parece posible esperar nada decisivo dela [sic] aviación*». Esta última no había podido intervenir con mucha asiduidad en los primeros días de la ofensiva dadas las dificultades meteorológicas que encontraban los aviadores para despegar en sus aeródromos. Al mismo tiempo, parece que el jefe de la 52.^a División recibía órdenes contradictorias de Dávila y Franco, con lo cual quedaba a la espera de una unificación respecto a los criterios a seguir. Así pues, ya plenamente consciente de la seriedad de la ofensiva del EP, y deseoso de no provocar un desastre mayor, concluía que «todos compartimos ansiedad socorrer compañeros Teruel pero una precipitación inconsciente solo aumentaría complicaciones actuación por desgate prematuro elementos han de resolverla».[44]

Dada la situación, si se decidía socorrer a los sitiados la respuesta solo podía ser contundente y bien organizada. Por eso, cinco días después de iniciarse la ofensiva republicana Franco ordenó la creación de un cuerpo de ejército al mando de Varela que incluiría a las divisiones 61.^a y 54.^a, amén de otras tropas que especificaría en los días siguientes; Santa Eulalia, Cella y Monreal del Campo serían sus puntos de desembarco.[45] Ya en días anteriores se había ordenado el desplazamiento de baterías de artillería y de la Agrupación de Carros de Combate del Cuerpo de Ejército de Marruecos (CEM), refuerzos cuyo destino final era Cella.[46] Poco después, el 24 de diciembre se anunciaba la movilización y envío de la 1.^a División Navarra al frente, a la cual seguiría la 150.^a, que habría de ser descargada en Santa Eulalia. En esa misma jornada también se había puesto en situación de alerta a la 13.^a, que sería trasladada a Teruel en los días siguientes. Un día antes las tropas de caballería al mando del general Monasterio partieron de Molina de Aragón a Monreal del Campo.[47] La maquinaria del ejército rebelde se

había puesto en marcha para dar respuesta a la ofensiva republicana al sur de Aragón y tratar de auxiliar a los sitiados en el interior de la plaza, siendo buena prueba de ello la movilización de sus mejores unidades de choque. Así pues, las duras condiciones climáticas y el potencial de fuego concentrado por ambos contendientes garantizaban que la batalla tendría lugar en condiciones atroces e inhumanas.

Por lo demás, las posibilidades de resistir en la plaza por mucho tiempo eran bastante reducidas, dada la falta de efectivos y armamento con los que cubrir los principales puntos estratégicos del perímetro defensivo exterior de la capital. Incluso el día 20 se le impuso a la guarnición la prohibición *terminante* de salir de la plaza, algo que se veía favorecido por la autorización del enemigo para evacuar «mujeres y niños», una medida que pretendía minimizar el daño contra los civiles y no manchar a ojos del mundo un eventual éxito militar en Teruel con víctimas inocentes. También quedaba prohibido todo trato con las fuerzas republicanas, ordenando «fusilar a todo el que hable de rendición» para evitar cualquier fisura en el ya de por sí precario dispositivo defensivo de las fuerzas sitiadas. En días de caos como aquellos donde los conflictos y problemas internos se resolverían por los más diversos cauces, desde la empatía y la contemporalización a la vía rápida de la violencia, es imposible saber cuántos pudieron caer bajo semejantes medidas draconianas. La consigna era «defender [la] plaza a toda costa» con el fin de renovar una vez más toda la épica inherente al relato autolegitimador de la llamada *Cruzada de Liberación o Alzamiento Nacional*, así como el mito de la España y el Caudillo invictos en la *lucha contra el comunismo*. En la mente de todos, especialmente del propio Franco, estaban los hitos de la defensa de Oviedo o de Villareal de Álava, ocurridos en los meses anteriores, y no se escatimarían medios para seguir construyendo con letras de oro el relato fundacional del régimen del 18 de Julio. Los defensores de la plaza parecían pensar más en reeditar la defensa del Alcázar o el Santuario de Santa María de la Cabeza. Sea como fuere, Teruel debía ser el siguiente y enésimo capítulo de la Cruzada, sin embargo los hechos transcurrieron de forma muy distinta con unas fuerzas republicanas mucho mejor equipadas, organizadas y comandadas.[\[48\]](#)

Desde luego, los métodos o praxis de los beligerantes nos revelan la naturaleza de la guerra y la batalla en curso. Como apuntaba arriba, la noche del 18 al 19 de diciembre las fuerzas republicanas ofrecieron la oportunidad de que la población civil abandonara la ciudad con todas las garantías y con respeto de sus vidas y libertad, oferta que ampliaba a todos los combatientes que depusieran las armas en ese lapso de tiempo. No obstante, a partir de las 9 de la mañana del día 19 todos los que permanecieran dentro de la ciudad cercada serían considerados combatientes y, por tanto, tratados en consecuencia en el curso de las operaciones militares en el entorno urbano, que se preveían difíciles.[49] Así quedaba evidenciado uno de los rasgos definitorios de la guerra civil y la guerra total: la conversión del civil en objetivo central de las operaciones militares. Esto podía venir dado por su identificación con la causa enemiga, por su contribución decisiva al esfuerzo de guerra del contrario o, como ocurre en este caso, por los efectos colaterales derivados del despliegue masivo de los medios y la potencia de fuego necesarios para forzar el aplastamiento y/o rendición del adversario[50]. La respuesta del mando rebelde a la oferta republicana fue tan contundente que contribuyó a convertir en objetivos a los civiles que no habían podido o querido escapar:

Mando tropa y pueblo Teruel no debe hacer caso mensaje que dice radio roja ha enviado esa plaza y que es nuevo engaño del enemigo. V. S. no consentirá que persona alguna se haga eco del mismo imponiendo pena capital a quien lo pretenda y posiciones que se rindan. Tanto estas como población se defenderán a toda costa y acudo con fuerza superior a cincuenta mil hombres que no solo liberará zona si no [sic]que impondrá duro castigo al enemigo.[51]

La ciudad de Teruel había quedado bajo un estado de excepción permanente que tenía muchas reminiscencias con lo ocurrido en otras celebres ciudades sitiadas y como pasaría pocos años después en el Stalingrado de finales de 1942 o en el Berlín de abril de 1945. En muchos casos, aunque no siempre, los civiles que permanecieron en el interior de la capital eran familiares de los propios oficiales y combatientes a cargo de la defensa. Sin duda, esto contribuyó a que fuera rechazada la oferta de evacuación, aun a sabiendas de que podían darse momentos muy crudos; en

otros casos, el destino de algunos habitantes de la ciudad había quedado vinculado por sus crímenes al del bando rebelde; pero tampoco fue menos importante el terror inducido en muchos habitantes de Teruel por los meses de noticias, rumores y propaganda sobre la brutalidad de las *hordas rojas*, algo en lo que ahondaba el telegrama citado más arriba. El propio José Carrasco, resistente en el reducto del Seminario, reconocía que «la obediencia ciega de los soldados y la fe que da el saber que la lucha era a vida o muerte iba compensando, en parte, la gran desproporción existente», de forma que, como vemos, no esperaban ninguna compasión del enemigo en caso de entregarse.^[52] Por tanto, hecha la advertencia, los mandos del EP no dudaron en emplear todos los medios a su alcance para rendir la plaza: desde el empleo de artillería pesada dentro del núcleo urbano, a la detonación de minas bajo los edificios ocupados por los defensores, pasando por incendios provocados. Sea como fuere, la ciudad ya estaba sometida a un constante bombardeo de la artillería y la aviación desde el día 16, algo que obligaba a los civiles a permanecer en subterráneos y refugios casi de forma permanente.

^[53]

Gracias a la documentación del 5CE durante la ocupación republicana podemos conocer el origen, emplazamiento y características de bastantes de estas protecciones subterráneas. Unos cuantos se concentraban en el barrio del Ensanche, que en aquel entonces apenas se extendería un poco más allá de la Plaza de Toros, por la actual avenida de Sagunto y hasta la actual Iglesia de los Paúles, por el oeste, justo donde comienza hoy la avenida Ruiz Jarabo. Por mucho que esta parte de la ciudad cayera ya el día 19 en manos enemigas merece la pena destacar que el entonces llamado Instituto de Higiene de Teruel albergaba un refugio importante. Otros dos refugios estaban situados en la vivienda-chalet de dos particulares, la de Vicente Serrano, situada al final de la calle de Fernando Hué, y la de Gómez-Cordobés, también conocida como la Casa Barco, al final de la calle de San Fernando. El primero de ellos fue construido al inicio de la guerra por iniciativa del propietario del inmueble, con el fin de proteger a la familia de los bombardeos republicanos, bastante habituales dado lo expuesto de la plaza. Estaba dotado de una salida en el barranco o terraplén que desciende hasta el

barrio de La Florida, y en ella había emplazado un puesto de ametralladoras que dominaba todo el espacio comprendido entre el Molino, sobre el camino de Villaspesa, y la Escalinata, pudiendo batir así la parte oriental de La Muela, la explanada de la estación de ferrocarril y la vega del Turia.^[54] Evidentemente, hay que pensar que todo el entorno de la parte baja no se encontraba ni de lejos tan densamente edificado como hoy, sino que correspondía a huertas, a casas de campo o a instalaciones ferroviarias. El segundo refugio no era subterráneo, sino que era el chalet propiamente dicho, que «posee una obra de fábrica excelente. [...]. Por su construcción, por su situación topográfica, resulta una verdadera fortaleza».^[55] Según el ingeniero encargado del informe, demoler el edificio haría necesario el uso de bombas de 500 kilos, nada más y nada menos, de manera que la artillería de campaña más pesada empleada por los ejércitos enfrentados apenas podría causarle desperfectos superficiales. La seguridad que ofrecía hizo que se emplazaran en torno a él tres cañones antiaéreos que disponían de una visibilidad inmejorable, dominando todo el espacio aéreo comprendido entre Villastar al sur y Caudé al norte, así como La Muela al oeste y el Cementerio y El Muletón al noreste.

Otra construcción interesante era la que acogía por entonces la Escuela Normal, el actual colegio Ensanche, que aún no había sido inaugurada y que hasta no hace muchas décadas se encargaba de la formación de los maestros de escuela. También a lo largo de las laderas del cerro sobre el que se sitúa la Plaza de Toros, que entonces no estaban pobladas por pinares ni eran en su forma tal y como las conocemos hoy, había repartidos tres refugios distintos, donde se podían cobijar un total de 200 personas.^[56] Para su construcción se habían servido de las múltiples cuevas existentes, que en muchos casos habían sido habilitadas con bastantes comodidades: «En algunas se han hecho verdaderas habitaciones con cocina, etc.». Desde ellas se podían batir los barrios de San Julián y el Arrabal con ametralladoras, dado que en muchos casos se trataba de casas bajas y dispersas. Las propias laderas que hay bajo el actual colegio e iglesia de los Paúles albergaban tres refugios, a los cuales había que sumar otros dos situados en la ladera de enfrente, con buena capacidad y condiciones de habitabilidad. Tampoco cabe olvidar los

múltiples refugios y cuevas situadas en todas las laderas comprendidas entre Santa Bárbara y El Mansueto.

Por supuesto, el centro contaba con sus propias instalaciones, una de las cuales se situaba bajo el actual Colegio de la Purísima, que entonces formaba parte de las dependencias de la Diputación Provincial y se extendía hasta la esquina que se asoma a la Glorieta y la entrada del Viaducto Viejo. Todo el refugio pasaba por debajo de la Ronda de Ambeles y daba a parar a las laderas del barrio de San Julián, más o menos a la altura de las actuales escaleras que bajan hasta allí, conectando con el refugio de la propia Diputación, construido al inicio del conflicto. Al parecer tenía una gran capacidad, lo cual hacía posible albergar en él depósitos de munición, y sus bocas en la ladera fueron utilizadas como emplazamiento para ametralladoras que controlaban cualquier movimiento en San Julián, las laderas occidentales de El Mansueto, Santa Bárbara y el Arrabal. Esto puso en graves dificultades tanto las evacuaciones de población, conducidas por San Julián hasta la cuesta del Carrajete, como la penetración de las tropas republicanas que llegaron a la parte baja de la ciudad por allí. En cualquier caso, otros dos refugios considerados «invulnerables» por el ingeniero, dado que contaban con siete metros de grosor sobre ellos, estaban situados en la parte alta de la actual cuesta de la Jardinera, justo por debajo de la Ronda Dámaso Torán. Por lo demás, uno de los más importantes en capacidad estaba emplazado bajo la Plaza del Torico, entre la fuente y Casa Ferrán, pues podía albergar hasta 400 personas aprovechando un antiguo aljibe. Sin embargo, el ingeniero lo consideraba poco seguro por el tipo de cubierta, de tal manera que un impacto directo amenazaría con perforar el firme de la propia plaza.

Al otro lado del centro, en la ladera occidental había emplazada otra cadena de diferentes refugios, una vez más aprovechando los desniveles naturales del terreno. En primer lugar podemos citar el que fue construido por la Comandancia al inicio de la guerra, que tenía su acceso en la parte alta de la calle San Francisco, justo en el muro de la izquierda antes de desembocar en el Óvalo. Allí, bajo el actual Hotel Reina Cristina, entonces llamado Turia, situó el mando su central de teléfonos. Quizás a sabiendas de ello, o bien por casualidad, los republicanos consiguieron lanzar una bomba justo en la boca,

provocando gran número de víctimas. De gran capacidad, se destacaba el refugio excavado en el muro del cerro sobre el que se elevaba el convento de Santa Teresa, que conectaba directamente con este y al cual se accedía a través de un almacén de la calle San Francisco. Finalmente, bajo la Glorieta, en la carretera que sube hasta el Viaducto Viejo, también existía otro subterráneo extremadamente seguro por su profundidad. En cualquier caso, el ingeniero a cargo del informe reconocía que «en general todas las casas de la población están protegidas y se pueden recorrer grandes distancias sin salir a flor de tierra», una circunstancia que seguramente podría haber sido más aprovechada en la defensa de la ciudad durante el asedio, de haberse optado por resistir en el conjunto del casco histórico.[\[57\]](#) Jaurés Sánchez confirma a través de su experiencia que muchos particulares con casas buenas se servían de sus propias bodegas para ponerse a resguardo de los bombardeos de la aviación. En su caso, los tíos que los acogieron tras el asesinato de su madre y de su hermana vivían en el barrio de La Florida, que era una de las zonas más vulnerables por su proximidad a la estación de ferrocarril y sus instalaciones. Por aquel entonces, allí se encontraba el Palacio de los Condes de La Florida, que ocupaba toda la actual urbanización de chalets adosados de la carretera de Villaspesa, en un complejo que incluía edificaciones en la parte alta y huertos en la parte baja. En este caso, cuando se producía un bombardeo aéreo todos los vecinos de la zona, unas seis familias, acudían a la bodega del palacio a refugiarse.[\[58\]](#)

Por supuesto, uno de los problemas con los que hubieron de lidiar los sitiados fue el tratamiento de los cadáveres, una constante en las batallas de cerco, donde las enfermedades y las epidemias se propagan con rapidez debido a la falta de higiene, el hacinamiento y la convivencia con orines, excrementos y restos humanos en descomposición. Además, por mucho que se acabara normalizando la presencia de la muerte, tener a la vista los cuerpos dejaba la moral de civiles y combatientes por los suelos, como si aquellos fueran el prelude de lo que les esperaba. Así pues, parece que ya en los días previos al cierre del cerrojo republicano sobre la plaza de Teruel se había amontonado un buen número de cuerpos en los depósitos del Hospital de la Asunción, siendo la duda qué hacer con ellos. Las dificultades para

acarrearlos a una zona adecuada, siempre bajo el peligro de verse expuestos al fuego enemigo, debieron de empujar a los facultativos a adoptar una solución de circunstancias, que no fue otra que enterrar los muertos en el patio del propio hospital. Peor sería en días sucesivos, cuando empeoraron las circunstancias y se acumuló el trabajo, no quedando más remedio que sepultar los cuerpos bajo las ruinas.[\[59\]](#)

Antes de quedar aislados los dos reductos hubo fuertes combates en diferentes puntos del exterior de la plaza. Las narraciones del teniente médico provisional Fernando Cámara, del cual hablaré más adelante, dejan tan claro como la propia documentación militar dónde se libraron estos primeros choques, así como también los intentos desesperados de los sitiados para frenar el avance enemigo sobre la ciudad. Dada su condición de facultativo, disponía de información privilegiada al tratar con heridos procedentes de todas las posiciones. Uno de los escenarios donde se vivieron escenas más dramáticas durante los primeros días fueron las alturas situadas al noreste de Teruel, entre El Planuzar, desde donde se domina la carretera de Corbalán, y el Cementerio, tomados por el EP en el curso del día 19. Un oficial subalterno de Líster, en testimonio recabado en Francia por el Servicio de Información y Policía Militar (SIPM), reconocía que en el curso de los ataques ejecutados por la 25.^a División del EP para conquistar aquellas posiciones la 117.^a BM perdió a casi la mitad de sus efectivos, y la 118.^a más de la mitad de sus blindados.[\[60\]](#)

Al frente de su defensa se encontraba el comandante de infantería García Belenguer, recién llegado de Villastar tras protagonizar una exitosa retirada. Y allí sería donde se distinguiría el alférez provisional Alda, que al mando de una sección de pocas decenas de hombres hubo de rechazar a punta de bayoneta los embates frontales de las fuerzas republicanas por tres veces, un desenlace habitual en aquella guerra siempre que los defensores aguantaban firmes en sus posiciones. De hecho, pocos días después moriría en el hospital del Casino, en la plaza de San Juan, tras sufrir graves heridas. En ese mismo escenario a las afueras de Teruel moriría el teniente médico provisional Marín, quien se puso al mando de una sección como oficial de infantería, dada la falta de cuadros con experiencia. Por circunstancias similares, el

alférez de intendencia Jaime Pié combatió y murió al frente de la sección que le fue asignada en dicho sector, lo cual nos da una idea de la falta de medios y el alto grado de improvisación de los defensores. También el alférez provisional Martín, miembro de la 13.^a Bandera de Falange, sería herido en aquellas posiciones tras conseguir inutilizar varios tanques enemigos junto a sus hombres.[\[61\]](#)

La propia naturaleza del teatro de operaciones, relativamente reducido y cada vez más estrechado por el avance republicano, hacía que durante los primeros días los defensores pudieran llegar a combatir en dos escenarios diferentes en un mismo día, en función de cuáles fueran los puntos más calientes del frente. Tal es el caso del capitán de infantería Agustín Cremades, que repartió sus esfuerzos entre La Muela y la zona del Cementerio varias veces en un mismo día, unas posiciones separadas entre sí por cuatro kilómetros, a pesar de la compleja orografía del terreno, que hacía engañosas las distancias y exprimía las fuerzas de los combatientes. Para hacernos una idea de la gran movilidad cabe pensar que en aquellos primeros compases de la batalla Cremades estuvo a la cabeza de un grupo de combate de 80 hombres, enviados al sur de la capital para reforzar a las unidades que resistían cercadas en Villaspesa y el Alto de Galiana (1.022 m), al sureste de dicha población. De hecho, hasta el día 20 no se produciría la caída de ambos reductos, tras el repliegue de sus defensores hacia Teruel a través de las líneas enemigas, una maniobra que se saldaría con gran número de bajas.[\[62\]](#)

No fue muy distinta la experiencia de Félix Lagueruela, salvo por el rango. En los primeros compases de la batalla de Teruel, este soldado integrado en el Regimiento de Gerona se encontraba destinado junto a su unidad en el camino que unía Castralvo y la Aldehuela, entre la ermita de Santa Ana y El Castellar. Expuestos a constantes bombardeos de la artillería y la aviación republicanas y sometidos al ataque de blindados, no tardaron en verse desbordados y copados por el avance de las unidades del EP sobre Teruel. Tal era su situación que entre el día 18 y 19 recibieron la orden de repliegue, que habrían de ejecutar atravesando territorio controlado por el enemigo. Así pues, buscando el amparo de la rambla de Valdelobos, que unía Castralvo al norte con el cauce del Turia, situado cuatro kilómetros al oeste,

trataron de conectar con los últimos defensores de Villaspesa. No obstante, antes de llegar allí fueron interceptados por el enemigo, lo cual les obligó a buscar el camino hacia Teruel a través de las huertas regadas por el río. Al final de la tarde, él y un puñado de combatientes consiguieron alcanzar la capital por La Escalinata, siendo detenidos y formados en el Óvalo sin apenas tiempo para descansar o comer algo. Allí fueron agrupados junto a otros efectivos, reuniendo hasta 100 hombres que fueron equipados con granadas de mano y municiones y enviados hacia la carretera de Alcañiz, rodeando la ciudad por la Ronda, ya que el casco era impracticable a causa de los derrumbes. Llama la atención que antes de entrar en acción los miembros de este grupo de combate improvisado fueron desprovistos de sus mantas, un mal augurio y una muestra de pragmatismo y realismo militar. Al fin y al cabo, se trataba de un bien siempre escaso e imprescindible para los sitiados, y desde luego no estaba claro que Lagueruela y sus compañeros de infortunio fueran a necesitarlas a partir de aquella tarde:

Nuestro objetivo era nada menos que tomar al enemigo la posición del cementerio viejo que nos habían arrebatado aquella tarde.^[63] Entre las filas se oyó algún lamento, pero la comitiva se puso en marcha. ¡Era la guerra! A los pocos minutos entrábamos a bombazo limpio en la posición asignada. Cogimos al enemigo cansado —como nosotros— y adormecido. Cuando quisieron reaccionar ya nos tenían encima.

Efectivamente, lo único que podía variar la tónica habitual en el modo de hacer la guerra era el efecto sorpresa, pero tanto en uno como en otro bando la manera básica de ejecutar los ataques consistía en cargas frontales contra las posiciones enemigas, que caso de que el adversario ya estuviera prevenido venían acompañados por la preceptiva preparación artillera. En esta ocasión la sorpresa se consiguió golpeando en las primeras horas de la noche, tras un intenso día de operaciones y cuando era difícil esperar cualquier operación de los cercados. En aquellas condiciones de extremo agotamiento los hombres combatían empujados en parte por la resignación, para acabar y poder descansar cuanto antes, y en parte por la coerción, la inercia y la fatalidad. Esto explica las quejas surgidas de entre la tropa, pero también la respuesta estoica de Lagueruela y muchos otros. De hecho, una vez se esfumaba el

efecto sorpresa los combates entraban en un nuevo escenario, sobre todo dada la disparidad de fuerzas:

[...] a los defensores de otra posición próxima ya no pudimos sorprenderlos. Aquí fue peor. Yo solo recuerdo que cuando ya casi había puesto el pie en la trinchera enemiga un fogonazo me dejó sin vista y sin conocimiento. Cuando me desperté estaba en el hospital, no sé qué día ni a qué hora, pues ya durante un tiempo todo iba a ser noche. El bombazo, aparte de otras heridas, me había afectado a los ojos. Pero dentro de la desgracia aún tuve suerte: [...], pude recuperar la visión de uno de los ojos; el otro me lo vaciaron.

La convivencia cotidiana con el infortunio de otros acaba haciendo que las propias desgracias sean relativizadas, tal y como debió hacer Lagueruela a lo largo de toda una vida marcada para siempre por la guerra. Quizás aquí residió el tremendo poder performativo y adoctrinador del conflicto y el relato de la *Cruzada*: mirara donde uno mirara siempre encontraba a alguien que estaba peor o igual que él —no digamos ya si la diferencia estaba entre ser vencedor o vencido—, una fuente de alivio y a la vez un reflejo de hasta dónde podían llegar las cosas sin la contención y mesura individuales y colectivas. Cada asesinado, muerto, mutilado de guerra, marginado social, huérfano o viuda, cada suicidio, ruina familiar o exilio eran una prueba física y palpable de los pecados de los hombres y la ordalía de Dios. Para evitar que aquello volviera a pasar era necesario aceptar las cosas tal y como habían venido dadas y dedicarse cada uno a lo suyo. Al menos Lagueruela pudo contar en la posguerra con un trabajo para comer siempre que Regiones Devastadas iniciaba alguna nueva obra en el marco de la reconstrucción de Teruel, y la suerte que tuvo es que esta se alargó durante toda la década de los cuarenta.^[64] Así se fraguaba un sentido de la jerarquía, de la obediencia y de la sumisión. Por tanto, he aquí las bases del poder omnímodo del nuevo Estado al que a pesar de todo había que dar las gracias, por mucho que la situación de este mutilado fuera el fiel reflejo de una miseria causada por la propia guerra, así como también de las políticas de caridad, dependencia jerárquica y poder promovidas de forma activa por el régimen. En última instancia, la experiencia de Lagueruela fue como la de muchos otros, tanto por lo que respecta a su vivencia de la guerra como a la codificación que a

posteriori hizo de esta. Al filo del colapso físico y psíquico durante los extenuantes días de combates llegaba la orden de ataque: destellos, sudor, mal cuerpo, hedor a podredumbre, quemazón en los ojos, pesadez y rampas en las piernas. De pronto un estallido, un fogonazo y todo se volvía negro. Unas veces se despertaba, otras veces se entraba en letargo y en ocasiones todo había acabado para siempre.

Aún habría que esperar hasta el día 22 para que se produjera la irrupción de las tropas republicanas en las calles de la parte alta de la capital y el Arrabal, aunque ya lo habían hecho en el Ensanche o San Julián. En los días anteriores, con un frente tan amplio y con un número de defensores tan claramente insuficiente, habían sido comunes las infiltraciones nocturnas de vanguardias republicanas para tantear la situación y valorar qué grado de resistencia podían encontrar en su avance. Es posible que fuera el 19 o 20 de diciembre cuando una de estas patrullas llegó hasta el barrio de La Florida, porque dice Jaurés Sánchez que las tropas del EP aún «tardaron dos días en entrar a Teruel». Por eso mismo, aquellos combatientes procedentes de la Aldehuela debieron penetrar por la rambla de Valdelobos y la vega del Turia, ya junto al camino de Villaspesa, yendo a parar a las casas de la huerta, entre las cuales estaba la de los tíos del propio Jaurés Sánchez. Lo primero que hicieron fue indagar entre los vecinos sobre el número de defensores, posiciones o armamento, algo normal en una acción de avanzadilla. Cumplida su misión ofrecieron a los civiles la posibilidad de unirse a ellos en su regreso a las posiciones republicanas, para evitarse así las penurias de lo que estaba por venir. Así fue como al amparo de la noche, Jaurés Sánchez, su hermano y sus tíos recorrieron el camino inverso hacia la seguridad de la retaguardia junto a otros vecinos. Para ello hubieron de cruzar las líneas exteriores del enemigo, que aún se defendía cuatro o cinco kilómetros más al sur, en torno a Villaspesa, y puede que también al sureste, en Castralvo. No obstante, acompañados por los soldados recorrieron sin sobresaltos los 9 o 10 kilómetros que los separaban de la Aldehuela sin sobresaltos. Allí se encontraba radicada una batería de tres piezas que machacaba con insistencia las posiciones rebeldes, así como uno de los principales puestos de mando y observatorios del EP durante la batalla. De hecho, Jaurés Sánchez recuerda

que aquella fue su última imagen de la capital antes de su regreso durante la posguerra: «Entre la aviación y las bombas, pues se veía Teruel como una humareda, era polvo, todo polvo».[65]

Por supuesto, otro de los escenarios donde hubo combates enconados a lo largo de toda la batalla —incluidos sus primeros días— fue La Muela, un imponente y escarpado cerro que en algunos puntos superaba los mil metros y que se asomaba a la capital por el oeste, al otro lado de la vega del Turia. El capitán de artillería Roda salió para allá al inicio del asedio, a pesar de encontrarse convaleciente en el hospital, a donde volvería con una fractura de fémur provocada por una bala en el curso de los combates. Allí combatieron y fueron heridos muchos de los hombres que más tarde se distinguirían por su participación en la defensa de los últimos reductos de la plaza. Algunos como Agustín Cremades y Ricardo Lacalle eran recordados por Fernando Cámara, médico en el hospital de la Asunción, como dos individuos cuyo optimismo fue clave a la hora de mantener alta la moral de los heridos en situaciones tétricas y desesperadas. Dar ejemplo, lo cual pasaba por aguantar y no exteriorizar el propio sufrimiento, formaba parte de los códigos de masculinidad hegemónicos imperantes en el mundo castrense. Finalmente, también se registraron fuertes enfrentamientos en el llamado Puente del Cubo, que daba y da paso a la carretera de Zaragoza sobre el río Alfambra, justo al pasar el camino —hoy asfaltado— que se dirige al Convento de los Capuchinos. Hacia allí se dirigió el primer día de la batalla el teniente de la 1.^a Bandera de la Legión Enrique Albalade, moviéndose activamente entre esta posición y el viejo cementerio, aunque estaban separadas entre sí por dos kilómetros. Ambas caerían en manos enemigas el día 19. «Estuvo en todas partes distinguiéndose por su arrojo», los testimonios señalaban que se había comportado «como una fiera», tal era el estado de psicosis y la alteración de la personalidad que generaban los combates en muchos soldados.[66]

La madrugada del día 19 también se ordenó el repliegue de los defensores de la llamada posición *Pancho Villa* o *Parapeto de la muerte*, que era la que bloqueaba el acceso de las fuerzas republicanas hacia Teruel en el puerto Escandón y conectaba con las posiciones del Castellar, al este de Castralvo. Dada la naturaleza envolvente de la maniobra republicana, concentrada en el

cuello de botella y no basada en un choque frontal contra las posiciones golpistas, existía el peligro inminente de que las tropas allí desplegadas fueran desbordadas sin llegar a entrar en acción. De hecho, uno de los evadidos del Seminario, el capitán de artillería Raimundo González Bans, que había formado parte de la defensa de la posición golpista en el mencionado puerto durante los primeros días de la batalla, no ponía en cuestión el sentido militar de esta orden, al contrario de lo que harían otros como el teniente médico Cámara, que carecía de formación castrense para valorar la disposición. De hecho, González y las dotaciones de las piezas aún pudieron trasladar toda la batería de 105 mm y sus municiones, llegando a Teruel aún de noche, donde su unidad recibiría orden de desplegarse en el Mansueto. Tal había sido el trajín de aquellos días que en la mayoría de combatientes se producía una distorsión de la percepción del tiempo y el espacio a la hora de intentar recordar los hechos, algo que además daba lugar a un solapamiento de las vivencias intensificado por su carácter traumático y violento. Esto es lo que le ocurrió a González al prestar declaración y no recordar con exactitud el día en que se había ordenado el repliegue de la posición de Puerto Escandón.[\[67\]](#)

Desde el interior de la capital los hombres a cargo de la defensa eran muy claros, señalando por telegrama el mismo día 20 que la «situación [es] muy apurada. Urgente entren en contacto cuanto antes». Las fuerzas del EP trataban de internarse a través de los difíciles accesos de la ciudad utilizando potentes ataques de artillería y la cobertura de blindados, un error común de los militares de la época al verse en la obligación de responder a los diferentes retos planteados por la guerra urbana. Así pues, un escenario intrincado como este se convertía en una trampa mortal para los tanques, que eran pasto de pequeñas unidades dotadas con cañones, minas magnéticas, cócteles de gasolina y otras soluciones ingeniosas. Al mismo tiempo, la utilización de la artillería pesada en los combates urbanos contribuía a crear parapetos producidos por el desplome de las fachadas y la dispersión de los escombros, con pocos efectos sobre los defensores, salvo el terror y el impacto causado por las deflagraciones y los derrumbes. No obstante, esta circunstancia hacía más fácil la resistencia y la comunicación dentro de la

ciudad, convirtiéndola en una auténtica ratonera en la que abundaban las trampas, las emboscadas y donde había que combatir por cada centímetro de terreno. Así hubiera ocurrido en este caso si se hubiera optado por una defensa del perímetro del casco histórico, en lugar de ceñirse a la defensa de dos reductos aislados entre sí. Además, el terreno daba una gran ventaja a los defensores, favorecidos por la compleja orografía que rodeaba la plaza, la cual se situaba a su vez sobre una gran colina con pendientes muy prolongadas que era difícil salvar sin grandes bajas. Todo esto aún se ponía de manifiesto en el telegrama enviado por el coronel Rey d'Harcourt, comandante de la plaza, el día 20 al mediodía: todos los asaltos eran rechazados, y ese mismo día se habían inutilizado dos tanques, que se sumaban a otros nueve desde el inicio de las operaciones contra la ciudad. De hecho, ese día el ataque republicano había disminuido en su intensidad, seguramente desconcertados sus mandos y tropas por el grado de resistencia enemigo y las altas bajas sufridas.[68]

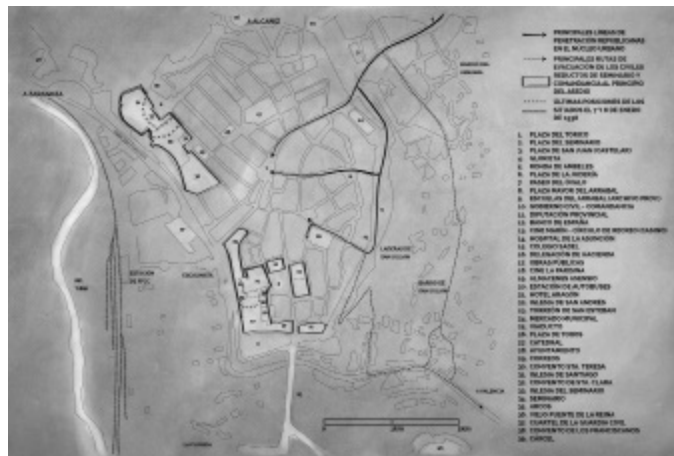
Sin embargo, solo seis días después de iniciarse el ataque republicano, el perímetro defensivo de la guarnición sitiada se había reducido de forma dramática. Únicamente quedaban diversos focos de resistencia aislados y repartidos por los alrededores de la ciudad sin formar ningún tipo de *continuum* entre sí. En poder de los rebeldes permanecía El Mansueto por el este, las primeras estribaciones montañosas frente a Los Baños por el norte y la confluencia del Guadalaviar con el Alfambra por el oeste. Desde Teruel se insistía ese mismo día 21 en la necesidad de ejecutar ataques aéreos para dificultar el despliegue y las operaciones de las tropas republicanas sobre la plaza.[69] Desde el exterior se seguía prometiendo auxilio inmediato y se animaba a proseguir con «vuestra hermosa resistencia para gloria de España y ejemplo de los rojos incapaces de estos heroísmos [*sic*]», un lenguaje que no solo pretendía infundir ánimos a los apurados defensores, sino contribuir de forma activa y constante a construir el que había de ser el nuevo mito movilizador de la *Cruzada*: la defensa de Teruel.[70] Sin embargo, los telegramas del día 22 revelaban que la primera línea de combate por el oeste y el sur ya era la fachada urbana que iba del Seminario al edificio de la Comandancia Militar, en el extremo noroeste y sur del casco urbano

respectivamente. De hecho, ya se luchaba de forma constante en la boca de la calle San Francisco y en el cuartel de la Guardia Civil (actual edificio de la DGA), que daba acceso a la ciudad enfilándose hacia el Óvalo desde los pies de la ladera que dominaba el mismo Seminario. Justo allí, en la iglesia y el convento de los Franciscanos, combatía una avanzadilla que fue desalojada al día siguiente por las tropas del EP prendiendo fuego a las posiciones rebeldes, cuyos defensores se vieron obligados a huir para refugiarse en el interior de la ciudad.^[71] También se combatía en pequeños focos en el Ensanche, desde donde dos piezas de artillería, tanques y ametralladoras republicanas barrían toda la fachada sur de la ciudad.

Desde el exterior se empleaba un lenguaje jocoso y de camaradería que, claramente, trataba de restar dramatismo al momento, al tiempo que invitaba a los defensores a pensar que el auxilio estaba en camino: «Sois unos tíos grandes. Vamos por vosotros a toda costa. Resistir [*sic*] un poco más que la paliza será tremenda».^[72] Pero los acontecimientos se sucedían con rapidez vertiginosa, y el día 23 se hundió lo que quedaba del arco defensivo que protegía la ciudad por el norte y el este: la resistencia en El Mansueto, el cerro de Santa Bárbara y el Cementerio había llegado a su fin. En el primero de los casos el capitán Raimundo González recordaba que el día 21 o 22 había tenido lugar un «asalto fuerte que se rechazó», en el cual además habían estado presentes Ernst Hemingway, Robert Capa y Herbert Matthews.^[73] Sin embargo, afirmaba no entender muy bien por qué razón se ordenó en aquella ocasión el repliegue y abandono de esta estratégica posición situada al este de la capital, ya que según él podría haber continuado resistiendo a pesar de ser sometida a cerco. Así pues, tras perder sus piezas y municiones durante la retirada, el oficial de artillería y los hombres a su mando fueron destinados al reducto del Seminario.^[74] Tal era la situación que el general Muñoz Castellanos se vio obligado a reaccionar ante sus superiores, dadas las noticias que corrían por los medios de comunicación de la zona republicana, desmintiendo el día 23 todos los rumores de una posible rendición.^[75]

Ya el día antes unidades enemigas se habían infiltrado en el centro de la ciudad a través del Arrabal y la plaza del mercado, llegando hasta la misma plaza del Torico, lo cual había motivado las primeras noticias triunfalistas en

la prensa republicana. Mientras tanto, los recuerdos de Pompeyo García, que estaba oculto con su familia en una bodega de una vivienda de la parte alta de la calle Mayor del Arrabal, nos ponen de relieve la deformación de la realidad y la paranoia alimentada por la propaganda y los adultos en la ciudad sitiada, en este caso a través de los ojos de un niño: «Terminé aquella noche [del 21 al 22] obsesionado con ver a un “rojo”. No es que yo creyese aquellas fantasías que contaban a los niños sobre el rabo, los cuernos y otras zarandajas de los rojos, no; pero, influido por la propaganda de este bando, sí me los imaginaba distintos, más diablos».[76] Y seguramente estos pensamientos también fueran atribuibles a muchos adultos, tal y como mostraré en testimonios posteriores.



Mapa 2. Trazado urbano de la plaza de Teruel y los reductos defendidos por los sitiados.

Existe un buen relato de los duros combates urbanos que se desarrollaron en varios puntos de la capital, por ejemplo en la calle Amantes, último obstáculo antes del reducto del Seminario.[77] Desde luego, la situación de los civiles no era mejor casi en ningún aspecto que la de los hombres en armas, sobre todo después del estado de excepción que les había sido impuesto por los sublevados y la guerra sin cuartel que pronto comenzaron las fuerzas republicanas. Tomás Gracia Doñate (1929) recuerda que otras tres familias de la calle Mayor del Arrabal, entre ellas la suya, se refugiaron en el Torreón de San Esteban, a mitad de la actual Ronda de Ambeles (durante el

franquismo 18 de Julio), un edificio que tenía un aspecto muy diferente por entonces y que estaba habilitado como vivienda. El caso es que en los bajos de este emblemático monumento había una cueva o subterráneo donde aún pasaron algunos días a resguardo de los obuses y las bombas. Como un niño de apenas ocho años, recuerda que su sensación era de «miedo», al ver a «las madres llorar y no había comida, no había bebida y no había de nada, pues los muchachos allí *amagadicos*». Con todo, y ya en el fragor de los combates, los muchachos de las tres familias aún salían a jugar a las canicas en la explanada que había frente al Torreón:

Había un carro con dos machos y un cura paseando *palli*, fíjate si me acuerdo hace ya ochenta años eh. Venía una pava de la parte de Caparrates [desde el sureste], con los colores nacionales. Venía baja. Fíjate si eran traidores: la estrategia de la guerra, claro. Y salió mi padre y dice: «¡Muchachos!», a mi hermano y a mí, «*venir* aquí que viene un avión». Y mi hermano o yo: «No si son de los nuestros, si lleva la bandera», «Ya os he dicho que vengáis aquí». Si no nos mata. Me cago en la hostia, *metenos* al castillo, soltó un pepino el hijo puta, cayó allá *ande* estaban los machos y el carro, mató al cura, mató a los dos machos y deshizo todo el copón *sagrau*. Fíjate si me acuerdo. El cura, el hombre, pues llevaba algunas monedas: de cinco céntimos, de diez céntimos, de *rial*... lo que entonces circulaba. Y mi hermano y yo entre las losas aún cogimos alguna moneda de lo que se le fue al cura.

Todo Teruel era un inmenso escenario de guerra donde no cabían distinciones entre civiles y militares: la ciudad y todos los que habitaban en ella no eran más que un punto en el mapa del Estado Mayor del EP donde debía concentrarse toda la potencia de fuego para barrer, destruir y rendir a la guarnición resistente. Al mismo tiempo, los saqueos se sucedían por toda la ciudad. De hecho, el día 25 es recordado por Pompeyo García en sus memorias como si hubiera sido «un día de feria», «por su tráfico y animación». «En las calles Fuentebuena, Mayor del Arrabal, Santo Cristo, Nevera, plaza del Mercado y el Tozal, hasta en la misma plaza del Torico, se acumulaba un abigarrado gentío de soldados y milicianos [...], mezclados con mujeres y chiquillos». García, por entonces un muchacho de apenas once años, se dejó llevar por el ambiente y se adentró en uno de los comercios que aún no habían sido desvalijados, a ver si encontraba algo de su gusto. Desde luego, de los estancos de la ciudad o la pastelería Muñoz no quedó ni rastro,

aunque tampoco de los comercios de ropa, tal era la necesidad que los nuevos ocupantes tenían de todo cuanto contenían después de haber combatido en los helados alrededores de la ciudad.[78]

Finalmente, las tropas republicanas debieron llegar al Torreón de San Esteban por la parte baja de la Ronda de Ambeles, superando el fuego que les hacían desde el edificio de la Diputación la mañana del día 22. Así lo recordaba el sargento de Lleida Justo Poyuelo, que formaba parte de la 220.^a BM de la 68.^a División y que llegó hasta la iglesia de San Andrés en la plaza Tomás Bretón bajando por la calle Abadía. Allí recuerda que aprovecharon para beberse el vino de oficiar que guardaban en la iglesia. El caso es que en su entrada a Teruel habían superado uno de los peores escollos que enfrentaron las unidades del EP que penetraron por San Julián: el edificio de la Diputación. Desde allí los sublevados habían tenido a tiro dicho barrio y parte del Arrabal, dificultando las evacuaciones de civiles y las comunicaciones militares al este de la ciudad, hasta que el día 25 fue tomado. [79] La experiencia de Gracia Doñate y su familia es un reflejo del modus operandi habitual de los combatientes en medio de la tensión del combate y la entrada en un terreno urbano donde la amenaza podía surgir por cualquier lado, pero también de la propia indefensión de la población civil, a menudo cogida entre dos fuegos. En este caso tocaron a la puerta, abrieron y gritaron: «“O salgan o tiramos una bomba de mano”. Claro, la abuela y todos allí llorando, las tres familias que había con los muchachos, el uno tenía tres hijos, el otro cuatro... Salimos con lo puesto. Ojo, eh, que entonces igual hacía 18° bajo cero».

Para muchos turolenses como Gracia Doñate y su familia ahí comenzó otro calvario: la evacuación, que separó a muchas familias y que les obligó a dejar todo atrás a merced de los saqueos. En su caso se puede deducir que fueron obligados a marchar el día 25 o 26, porque de otro modo no habrían podido ser llevados Ronda abajo, tal y como cuenta, ya que esa zona había estado controlada por los sublevados hasta entonces. Desde allí, en medio de un frío helador fueron trasladados a pie hasta Caparrates, en la salida de la ciudad hacia Valencia, justo al norte de Castralvo, unos dos kilómetros a las afueras de la ciudad, donde fueron montados en camiones y llevados hasta La

Puebla de Valverde.^[80] Por poco no debió de coincidir con Pompeyo García y su hermana, evacuados el día 25 por deseo expreso de su madre, quien los dejó al cuidado de una evacuada de su confianza, pensando quizás que aquel era el mejor modo de ahorrarles nuevas penurias a sus pequeños. En su caso, García bajó por la cuesta de la Jardinera hasta la rambla de San Julián, donde iban afluyendo más civiles y combatientes. Y ya por aquel entonces se le quedó grabada la imagen de algunas casas de cuyas puertas colgaban letreros donde se podía leer «camaradas, respetad esta casa, es de un obrero» o «compañeros, aquí vive un antifascista», sin duda con la esperanza de evitar el expolio sistemático al que estaba siendo sometida la ciudad por los ocupantes. Cuando enfilaron la cuesta del Carrajete para subir a la carretera de Valencia aún pudo ver cómo salía «humo y polvo» del edificio de la Diputación, que debía de haber sido tomado ese mismo mediodía o al principio de la tarde. En su caso, los camiones que los llevaron hasta La Puebla de Valverde, punto neurálgico de la retaguardia republicana, les estaban esperando en el punto donde la mencionada cuesta se encuentra con la antigua carretera nacional.

En aquella primera escala hacia la zona gubernamental las autoridades republicanas habían establecido el punto para la identificación y clasificación de los evacuados, sobre todo con el objetivo de detectar a los partidarios del Movimiento. Al ser niños, los hermanos Gracia Doñate no debieron pasar por allí, pero Tomás sí recuerda ver cómo dos milicianos ejecutaron a un civil con una carabina en una era de los alrededores de La Puebla de Valverde. Pompeyo García sí que recuerda entrar en una oficina donde había «milicianos y paisanos» que obligaban a los refugiados a entregar toda la moneda de la zona sublevada que llevaran consigo. Casualidades de la vida, García y su hermana habían compartido el viaje hasta La Puebla de Valverde con el cura de Cedrillas, mosén León, y su casera, al cual conocía bien por haber sido su monaguillo durante tres años hasta que su familia huyó del pueblo en agosto de 1936 ante el avance de los milicianos. Según recuerda, era «un anciano pobremente vestido. Aparentaba más vejez de la que tenía», sin duda para intentar pasar desapercibido y desaparecer en la retaguardia republicana. Tal fue la alegría que el muchacho sintió al encontrarse con el

sacerdote en el camión —él esperaba regresar de vuelta a su pueblo— que este, amedrentado, se llevó el dedo a la boca para que evitara cualquier saludo o diálogo que pudiera delatarlo. En cualquier caso, no estuvieron allí por mucho tiempo, porque Tomás Gracia y su familia fueron evacuados directamente en camión a Segorbe, al igual que Pompeyo García y su hermana, que lo harían en tren y previa escala en Mora de Rubielos. Este último no volvió a ver a mosén León, aunque supo que había muerto durante la evacuación como muchos otros ancianos, lejos de sus casas.[81]

Segorbe era la capital de las comarcas churras, una región donde la línea fronteriza con los territorios turolenses colindantes era apenas anecdótica por pertenecer ambos casi a un mismo espacio económico, social y cultural desde hacía muchos siglos. Durante la guerra civil, dicha ciudad se convirtió en el principal punto de reunión de los refugiados turolenses procedentes de la capital. De hecho, nada más llegar los hermanos Gracia Doñate vivieron un episodio que es sintomático de los rumores que circulaban por ambas retaguardias y el terrible miedo que inspiraban en la población civil. Al parecer, estando ya en Segorbe volvieron a montar a los niños y niñas más jóvenes en camiones, quizás con la idea de enviarlos a alguna de las 2.000 colonias escolares creadas por la República durante la guerra, donde fueron enviados hasta 50.000 niños.[82] Sin embargo, unos armeros del EP que había por allí alertaron a la madre de Tomás Gracia, que lloraba desconsolada: «¿Pero qué hace aquí señora?, ¿no ve que se los están llevando a Rusia? Suba y bájelos del camión». Aún hoy en día, Gracia sigue pensando que de no haber sido por la actuación providencial de aquellos combatientes habría acabado en Rusia o quién sabe dónde, a pesar de que casi todas las evacuaciones de niños con destino a la Unión Soviética se habían llevado a cabo de marzo a septiembre de 1937, siendo sobre todo vascos, cántabros y asturianos. Al parecer, las salidas desde Valencia y Barcelona solo habían afectado a hijos de cargos políticos y militares.[83] De hecho, Jaurés Sánchez y su hermano Volney fueron destinados a una de aquellas colonias escolares, donde coincidieron con muchos otros niños, sobre todo de Madrid, pero también de Jaén y Teruel. Antes, como tantos otros, también pasaron por Segorbe, donde estuvieron unos días hasta que su padre y unos primos, que

habían recibido aviso en Valencia de que iban a llegar evacuados de Teruel a la capital del Alto Palancia, subieron allí y dieron con ellos. Atareado por sus responsabilidades políticas, realizó los trámites necesarios para que sus hijos fueran acogidos en una colonia radicada en Jaén. De hecho, Jaurés Sánchez recordaba la vida en la colonia «estupenda, era un colegio interno digamos: teníamos escuela y comíamos; para cómo estaba entonces aquella situación, bien».[84]

Si la vida de la población autóctona era difícil de por sí, la de los refugiados era una lucha constante por la supervivencia. En el caso de los Gracia Doñate la situación se agravó por la detención del cabeza de familia, que como la mayor parte de los varones fue enviado al Monasterio de San Miguel de los Reyes, convertido desde 1936 en prisión, donde permaneció durante seis meses. Sin embargo, tuvieron la suerte de congraciarse con aquellos dos armeros que se los llevaron consigo a la vecina población de Altura, dándoles alojamiento en el piso de arriba, donde coincidieron con otras dos familias de Teruel. Muchas veces, los días transcurrían tratando de procurarse alimentos: «Cuatro patatas, cuatro judías y con aquello pasábamos, y algo que te daban cuatro vecinos que eran muy buenos». También le tocó ir con su abuela de Altura a Segorbe mendigando casa por casa: «Te daban un puñado de almendras, una patata... No tenían nada tampoco».[85] Pompeyo García también recuerda de su estancia en Segorbe que muy pronto se agenció «un saquito de pitera que todos los días llenaba de naranjas en la huerta», lo cual, unido al rancho que se dispensaba y al ingenio de cada cual, muchas veces en forma de pequeños hurtos, ayudaba a complementar la dieta de no pocos evacuados. Como les ocurriría a muchos de los refugiados en ambas zonas, García recuerda que los turolenses que vagaban por Segorbe eran vistos con hostilidad por los segorbinos, algo que es común a todos los fenómenos de refugiados en el marco de las guerras totales, y nada extraño si pensamos en las estrecheces materiales del momento.[86] La animadversión que sufrieron por parte de sus hospedadores, unida a la nostalgia por el hogar y a la pobre e insuficiente dieta empujó a muchos a la depresión y a la enfermedad, llegando en no pocos casos a la muerte, tal y como recuerda el propio Pompeyo García.[87]

De cualquier forma, el día que Tomás Gracia y su hermano fueron a buscar a su padre a la estación de ferrocarril tuvo lugar un episodio que era buena muestra de que, aunque el frente de combate se encontraba a más de cincuenta kilómetros de allí, la guerra seguía estando muy presente. En aquel momento recuerda que aparecieron dos Pavas o Heinkel 46, «y unos militares que había allí: “¡Muchachos! ¡venid aquí!”. Nos cogieron, nos metieron en una alcantarilla a los dos. Empezaron a tirar bombas, y es que buscaban un tren que había de municiones. Estuvo lo menos tres días explotando la munición». No por nada, la fecha del regreso del padre de Tomás Gracia coincide cronológicamente con los sangrientos combates por La Muela de Sarrión, que tuvieron lugar precisamente en la última semana de junio de 1938, sesenta kilómetros al noroeste de allí. Este hecho, sin duda, explicaría una mayor actividad militar en la retaguardia republicana en forma de bombardeos estratégicos por parte de la aviación sublevada, que trataría de dificultar el despliegue de refuerzos y el abastecimiento de las tropas. Así pues, tampoco es casual que a partir de entonces el padre de Tomás Gracia fuera destinado a la torre del campanario de Altura como vigía, siendo su misión tocar la campana en caso de avistar aviones para dar tiempo a la población a refugiarse. Al fin y al cabo, las operaciones militares se extenderían hasta finales de septiembre en el frente de las comarcas turolenses de Gúdar y Javalambre, lo cual hacía que ciudades como Segorbe o Altura, que albergaban instalaciones militares, polvorines e infraestructuras fueran objetivos habituales de la aviación.[\[88\]](#)

Mientras tanto, desde el centro de mando de Caudé seguían intentando mantener alta la moral de los 4.000 defensores repartidos por diferentes puntos de un Teruel reducido casi por completo a ruinas. Al mismo tiempo, desde la plaza cercada se destacaban las dificultades que tenían al disponer de tan reducido número de efectivos, poco fogueados y sin apenas mandos competentes que pudieran encuadrarlos y desplegarlos de forma efectiva, algo fundamental en combates de naturaleza tan intrincada y exigente.[\[89\]](#) La situación venía dificultada por el aislamiento casi total y repentino de los principales núcleos de resistencia dentro de la ciudad, el Seminario y los conventos de Santa Clara y Santa Teresa, al mando del coronel Francisco

Barba, y todos los bloques de edificios que se asomaban al Óvalo, a la Glorieta y a la plaza de San Juan, al mando del coronel Rey d'Harcourt. En un principio, estos apenas estaban separados por las pocas calles que subían a la plaza del Torico desde el Óvalo, pero la presencia enemiga hacía imposible el enlace entre ambos e impedía a su vez una coordinación efectiva de sus acciones y una lectura adecuada de la situación general.⁹⁰ Por su parte, al mando de los defensores del Seminario, el coronel Barba hacía alarde a cada nueva oportunidad de su firme determinación de morir en su puesto junto a los hombres a su cargo.^[90] Mientras tanto, en el exterior el número de bajas también era muy alto, con un 32 por ciento entre las filas sublevadas, a las cuales había que añadir la muerte de tres soldados fruto de un choque fortuito de dos trenes a la altura de Villafranca del Campo a causa del incremento del tráfico ferroviario y las confusiones derivadas de este.^[91]

En este sentido, por acertadas que fueran, las recomendaciones que Franco dirigió el día 23 de diciembre a los defensores de Teruel llegaron tarde. Aún con todo tampoco coincidían con la estrategia de Rey d'Harcourt. Lo que proponía el Caudillo tenía cierta lógica: defender todo el perímetro edificado de la ciudad, aprovechando a fondo las múltiples ventajas que ofrecía el combate urbano a los defensores frente a los asaltantes. Al fin y al cabo, este tenía unos 13 kilómetros de longitud. De hecho, 4 de ellos, situados en la parte noroeste de la ciudad, eran completamente inaccesibles, por lo escarpado del terreno. Franco estaba convencido de que las fuerzas sitiadas eran suficientes para ello. En total, los defensores sumaban cerca de 4.000 hombres, por mucho que no estuvieran bien encuadrados ni contaran con un adiestramiento adecuado, y menos aún para un combate de tipo urbano. Así pues, Franco entendía que la «guarnición debe defenderse en su conjunto y en cada una de sus partes a toda costa», citando como ejemplos las defensas de Villarreal de Álava, Oviedo y Belchite, pero no la del Alcázar de Toledo, que fue el modelo seguido por Rey d'Harcourt y que, desde luego, no parecía el más apropiado. El aprovechamiento del escenario permitiría economizar municiones, causando un gasto mínimo con grandes bajas para el EP, que al mismo tiempo habría de lidiar con la contraofensiva que ya se estaba preparando al noroeste y al oeste de la ciudad. Además, añadía,

«tanques enemigos [son] incapaces [de entrar] dentro población, [pues] no pueden tirar sobre plantas superiores. Se destruyen con baldes gasolina y bombas de mano».[92] En cuanto al suministro de agua, que pronto se iba a revelar como un problema clave, Franco señalaba que no solo los residuos de nieve serían útiles en ese sentido, sino que además los viejos aljibes medievales y las reservas de vino podían ser útiles.[93]

Ya el día 24 de diciembre los únicos focos de resistencia rebeldes dentro de la ciudad eran el Seminario y la Comandancia Militar, donde la situación de sus defensores era sumamente desesperada a causa de los bombardeos de la artillería, la falta de alimentos, el alto número de heridos y la imposibilidad de darles tratamientos adecuados. De hecho, los intercambios telegráficos entre el coronel Barba y el mando de la 52.^a División en Caudé trataban de restar dramatismo al escenario bromeando en torno a los problemas de los sitiados para obtener agua. Sin embargo, en el exterior también tenían sus propias preocupaciones, dadas las informaciones procedentes de los confidentes del sector occidental cubierto por la unidad, entre la Sierra de Albarracín y Molina de Aragón. En plenos preparativos de la contraofensiva para reconquistar Teruel, estos parecían indicar la posibilidad de un ataque republicano en algún punto del vasto flanco izquierdo de la división, cubierto por apenas un tercio de requetés de 500 hombres amparados en las dificultades del terreno, pero «a todas luces insuficiente para resistir una acometida a fondo del enemigo». Parece que unos 1.000 efectivos se estaban congregando en Tragacete a tal efecto, aunque se desconocía el armamento del que disponían más allá de los fusiles.[94] Así pues, siempre estaba sobre la mesa la posibilidad de que se declararan nuevos incendios en frentes de guerra tan vastos y desguarnecidos como los de la guerra civil española, sobre todo en sectores de importancia secundaria.

Sin embargo, una guerra civil no siempre se rige por las mismas lógicas que un conflicto convencional entre dos países, siendo clave en el primer caso la lucha por el prestigio, la legitimidad y, también, la imposición y mantenimiento del propio poder sobre cada kilómetro cuadrado. Peter Kemp (1913-1993), un británico que abandonó su carrera para convertirse en abogado en Inglaterra por marchar a combatir a España como voluntario de

las fuerzas sublevadas, se encontraba en Berlanga de Duero (Soria) a primeros diciembre de 1937, justo en medio de los preparativos para la ofensiva sobre Madrid. Integrado en la 14.^a Bandera de la Legión. Allí fue donde le cogió el inicio de las operaciones del EP por Teruel, y en sus memorias se mostraba convencido de que la conservación de una posición tan expuesta como esta ciudad solo podía tener explicación en una guerra civil: se trataba de una capital provincial y con un número importante de población dentro del entorno próximo.[\[95\]](#) Así pues, todo lo dicho nos ayuda a explicar en cierta medida la propia respuesta de Franco ante la ofensiva republicana sobre Teruel, donde la ausencia de réplica por su parte podía haber sido vista como un posible síntoma de la debilidad de su poder, así como también de indiferencia por el destino de una parte del territorio nacional y de aquellos que lo habitaban. Buena prueba de ello es la anotación que Joseph Goebbels (1897-1945), ministro de Propaganda del Tercer Reich, hizo en su diario el día 25 de diciembre, señalando de forma escueta pero contundente que la «lucha [es] más enconada en Teruel. Franco ha sufrido aquí una pequeña derrota».[\[96\]](#) Así pues, el Caudillo y sus mandos sintieron sin lugar a dudas que estaban en juego su reputación y la credibilidad de su régimen ante sus propios aliados, no digamos ya sus enemigos.[\[97\]](#)

Que los primeros combates destacaron por su dureza y encarnizamiento queda bien atestiguado por el número de bajas mortales y heridos registrados en el bando sublevado entre los días 18 y 24 de diciembre, que se corresponden precisamente con el cierre del cerco sobre la ciudad, ocurrido el día 17, y el inicio de las luchas casa por casa por el control de esta, superado ya el inicial efecto sorpresa del asalto republicano. Durante aquellas siete jornadas se registró el 14 por ciento de los heridos y el 15 por ciento de los muertos sobre el total que arrojan los 76 días de operaciones en torno a Teruel, entre 5.600 y 7.000 bajas, quedando registrado el pico el día 23. De hecho, tras un breve reflujo de los combates entre los días 25 y 28, el inicio de la contraofensiva rebelde el día 29 comportó un notable repunte en las cifras, siendo esta jornada la que dejó un mayor saldo de heridos para los sublevados a lo largo de toda la batalla. Desde entonces, hasta la paralización del contraataque el día 1 de enero a causa del frío extremo, se registraron

numerosos muertos y heridos en las filas rebeldes. De hecho, estas cifras llegarían incluso a aumentar en los días sucesivos, hasta la rendición del día 8 de enero de la parte de la guarnición que resistía en el reducto del Seminario. Dichas cifras tuvieron mucho que ver con las condiciones infrahumanas en que vivían y combatían los sitiados dentro de la ciudad, pero también con el frío en el exterior del cerco. Los números hablan bien claro, con entre 5.200 y 6.500 bajas, el 13 por ciento sobre el total en ambos casos.[\[98\]](#) El periodista estadounidense del *New York Times* Herbert L. Matthews explicó de forma muy plástica los efectos devastadores del clima sobre el cuerpo de los combatientes y civiles que se encontraban en la zona de operaciones:

El viento cortante resultaba especialmente duro. Nada servía de protección contra las ráfagas heladas que llegaban aullando desde el norte y que atravesaban todas las capas de ropa, por muchas que fueran. Los ojos se nos llenaban constantemente de lágrimas por lo intenso del dolor; los dedos de las manos se nos hinchaban y se nos dormían y de los pies desaparecía toda sensación que no fuera una frialdad glacial insoportable. Nos costaba respirar y no nos podíamos detener en ningún sitio para mirar por los prismáticos porque el viento nos zarandeaba. [...]. Aquel viento había estado rugiendo a más de ochenta kilómetros por hora durante los cuatro largos días de la batalla, durante dos de los cuales nevó con fuerza mientras en el suelo todo se convertía en hielo.[\[99\]](#)

De lo que Matthews hablaba era del viento de componente norte, tan familiar para los aragoneses, combinado con un temporal siberiano. Entender lo que entraña un testimonio como este pasa por hacerse cargo de lo que suponía pasar intervalos más o menos largos de tiempo a la intemperie en estas condiciones; haber de refugiarse en agujeros, trincheras, cuevas y parideras sin las más mínimas condiciones de habitabilidad y confort; y, por último, no contar con el equipamiento necesario para afrontar un frío así. El periodista del bando rebelde Luis de Armiñán recordaba: «Frío; un frío intenso, punzante; aire fino que clava los alfileres de hielo en la cara y deja los pies sin sangre. Cae la nieve intensamente». No hay poesía posible en la guerra, y menos a ras de suelo, donde el paisaje blanco se torna aterrador, bloquea los músculos, agarrota el cuerpo y deforma la percepción: «Este paisaje navideño, en la luz lechosa, es precioso para entrevisto con la imaginación como fondo de un cuento, pero aquí, “gozándole” entre el

polvillo que se levanta como si fuese humo a la luz de las linternas, su dureza entra en las carnes, petrifica los pies, agarrota las manos».[100] Merece la pena hacer una traslación desde la comodidad de nuestros sofás, desde la cotidianeidad de los vagones de metro y ferrocarril con calefacción, donde la guerra puede llegar a parecernos mucho más soportable. Una prueba muy clara de la falta de previsión y de la ausencia de medios para afrontar una guerra total, en su radical modernidad y en los niveles de exigencia sobrehumanos que impone, nos la proporciona la documentación de los servicios de información alemanes en Barcelona. Estos solían compartir sus averiguaciones con las autoridades sublevadas, por eso sabemos que el 16 de diciembre la firma checoslovaca de calzado Bata había recibido un encargo de 100.000 pares de zapatos «para entrega inmediata», ya que en su mayor parte debían destinarse a los combatientes del EP que operaban por entonces en Teruel.[101]

Y es que los efectos del frío se dejaban notar de forma muy aguda a ambos lados del frente, tal y como recogía Corral de forma acertada en su trabajo. Ninguno de los dos bandos estaba preparado para equipar con garantías una gran masa de combatientes en un teatro de operaciones bajo un invierno extremo, hasta el punto que «existen casos como en la 16.^a Brigada, en la que muchos de los soldados se tienen que cubrir los pies con trozos de manta». En la 11.^a División de Líster su comisario político afirmó con posterioridad a la batalla que se daba «la falta absoluta de equipos de invierno, pues no se había dado a la División [...] ni capotes ni mantas, habiendo más de dos mil soldados sin manta y la mayor parte de los reclutas marcharon al combate vestidos de paisano».[102] A pesar del tono laudatorio y un tanto hiperbólico de su crónica, el periodista cubano Carlos Montenegro (1900-1981) recogía parte de la escalofriante experiencia de la 11.^a División del EP en Los Llanos de Caudé frente a Concul en aquellos días finales de diciembre:

La nevada más grande que se recuerda en España lo dejó aislado y sin medios de aprovisionarse [...]. Líster, cuyos hombres se morían helados, dividió en dos las fuerzas; destinó una mitad a la continuación del ataque y la otra a construirse pistas en el hielo. Ochenta y siete hombres se le convirtieron en hielo, otros cientos más ingresaron en los hospitales, pero las órdenes del

Estado Mayor se cumplieron.[\[103\]](#)

También el comisario político de la XI Brigada Internacional, Theo Francos (1914-?), reconocía que si por algo habían sido insoportables los combates de Teruel fue sobre todo «debido a un frío siberiano intensísimo. [...]. No estábamos equipados para soportar temperaturas tan bajas». Incluso, añadía sobre las semanas previas a la caída de la plaza, «la situación no dejaba de empeorar. Estábamos bloqueados por la nieve. Numerosos camaradas tenían los miembros congelados y muchos murieron por esta causa».[\[104\]](#) Este hecho habla a las claras de la irresponsabilidad del mando al mandar a los hombres a combatir en aquellas condiciones. De hecho, en el lado republicano eran plenamente conscientes de que «en el frente de Aragón faltan a los nacionalistas ropas y víveres y que en tal estado de cosas el frío intenso dificulta grandemente el servicio en las trincheras».¹⁰⁶[\[105\]](#) En estas condiciones difícilmente nos sorprenderá que abundaran los casos de congelación. Tampoco eran infrecuentes las alucinaciones provocadas por la constante contemplación de un horizonte blanco, lo cual incidía en la propia percepción del enemigo por parte de los combatientes. Tal era la situación que aquellos al otro lado de la tierra de nadie parecían fundirse en el entorno, convirtiéndose en un algo irreconocible, lejano y frente a lo cual se siente miedo, convertidos literalmente en bestias adaptadas al terreno: «Es la ira roja una vez más, lanzándose ciega. Les vemos y sentimos cavar, cavar siempre, con ese afán de pegarse al suelo y hundirse en sus entrañas a fuerza de azadón».[\[106\]](#)

[\[1\]](#) AGMAv., 1221, 39, p. 8.

[\[2\]](#) «Cuartel General del Generalísimo. Información. Fuerzas Legionarias Alemanas: Información facilitada por el Servicio de estas fuerzas», AGMAv., 2442, 4, p. 28.

[\[3\]](#) «Boletín de información correspondiente al día 15 de diciembre de 1937», AGMAv., 1221, 15, p. 1.

[\[4\]](#) Ejército del Norte. Operaciones. Partes de operaciones. Asedio de Teruel», AGMAv., 1234, 10, p. 81.

[\[5\]](#) «Orden General de Operaciones n.º1. División 52. 15 de diciembre de 1937», AGMAv., 2588, 15, p. 3. Una esperanza en la que persistía de cara al día 17, a pesar de que la situación no hacía sino empeorar y que tan solo se habían registrado pequeños avances al sur y al este de Cerro Gordo. «Orden General de Operaciones número 2. División 52. 16 de diciembre de 1937», AGMAv., 2588, 15, p. 7.

[\[6\]](#) José Carrasco Canales, *op. cit.*, pp. 80-81.

[\[7\]](#) *Ibid.*, pp. 3, 5, 7-9.

[8] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, pp. 59-60.

[9] Véase «Parte diario de información del día 16 de diciembre de 1937», AGMAv., 1221, 25, p. 15 y «Estudio esquemático sobre las divisiones rojas que actúan en el frente de Aragón», AGMAv., 1221, 19, pp. 3-4.

[10] «Ejército del Norte. Operaciones. Partes de operaciones. Asedio de Teruel», AGMAv., 1234, 10, pp. 13 y 11.

[11] Pedro Corral, *op. cit.*, pp. 147-148.

[12] No hay que olvidar que en la reconstrucción histórica que propone este relato hablar de revolución, orden y ley constituye poco menos que un oxímoron.

[13] Véase el artículo de Assumpta Castillo Cañiz, *op. cit.*, pp. 12-27, donde la autora trabaja lo que habría detrás de un concepto muy presente en la memoria oral y los relatos sobre la guerra, *el forastero*, que habría sido el ejecutor de las violencias y el impulsor de las colectividades.

[14] Para la información sobre la 25.^a División sigo AGMAv., 1221, 38, p. 23.

[15] Esta cuestión es analizada por Francisco Javier Ramón Solans, *La Virgen del Pilar dice... Usos políticos y nacionales de un culto mariano en la España contemporánea*, PUZ, Zaragoza, 2014, donde explica que Aragón aparece como garante de las esencias patrias frente al separatismo catalán.

[16] «Ejército del Norte. Operaciones. Partes de operaciones. Asedio de Teruel», AGMAv., 1234, 10, pp. 14-16 y «Comunica al Estado Mayor del Ejército del Norte en Zaragoza, 16-Dic-37», AGMAv., 2588, 22, p. 4.

[17] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, p. 45.

[18] «Cuartel General del Generalísimo. Información. Fuerzas Legionarias Alemanas: Información facilitada por el Servicio de estas fuerzas», AGMAv., 2442, 4, p. 29.

[19] *Cit.* en Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, p. 46.

[20] Véase Rafael Casas de la Vega, *Las milicias nacionales. Volumen Segundo*, Editora Nacional, Madrid, 1977, pp. 633 y 635. En octubre de 1936 el número total de voluntarios disponibles entre las diferentes banderas creadas entre el valle del Jiloca, Teruel y la Sierra de Albarracín ascendía hasta los 2.200, una cifra nada despreciable para una zona con baja densidad demográfica. En cualquier caso, no solo incluían a falangistas, sino también a miembros de Acción Ciudadana y las llamadas Guerrillas del Comandante Aguado. Estas últimas contaban con un destacamento de 30 hombres en Albarracín, 66 radicados en Gea de Albarracín, 30 en Santa Eulalia, 21 en Cella y 18 en Villarquemado. Según informe nominal de mayo de 1937, la 8.^a Bandera contaba con 720 voluntarios, que se repartían entre sí 475 fusiles, 244 mosquetones y 414 bayonetas, así como 7 cañones antitanque. «Falange Española Tradicionalista y de las JONS. 8.^a Bandera. Teruel. Relación nominal del armamento a cargo de la misma» y «Relación de los fusiles de las Guerrillas del Comandante Aguado.-Serie y número», AGMAv., 2727, 518, 104. Es de suponer que hacia diciembre de 1937 debían de contar con más medios.

[21] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, pp. 52-54.

[22] Frías de Albarracín cayó en manos de los sublevados a primeros de agosto de 1937 en el marco de la batalla de Albarracín, acontecida entre los días 5 de julio y 11 de agosto y destinada a fijar a las fuerzas sublevadas en este frente durante la ofensiva paralela de Brunete. Pocos días después de la entrada, el 10 de agosto fueron fusilados diez vecinos del pueblo. Durante el periodo de dominación republicano ya habían sido asesinadas cinco personas, al parecer también de izquierdas y por disensiones de tipo político entre individuos de diferentes culturas políticas.

[23] Entrevista con Silvano Soriano Larrea, *cit.* y Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, pp. 55-56. Pompeyo García se inclina por pensar que la salvadora de aquellos hombres fue realmente la

Pasionaria. Sin embargo, solo se tiene noticia de su visita oficial a Teruel el día 26 de diciembre de 1937, cuando acudió a la ciudad junto a Indalecio Prieto. Véase Pedro Corral, *op. cit.*, p. 116.

[24] «Parte diario de información del día 16 de diciembre de 1937», AGMAv., 1221, 25, p. 15.

[25] Estas cuestiones han sido abordadas in extenso por Javier Rodrigo, *La guerra fascista. Italia en la Guerra Civil española, 1936-1939*, Alianza, Madrid, 2016. Véanse por ejemplo las pp. 113-147 o 249-260, donde se ahonda en los conflictos entre unos y otros y los arquetipos que operaban sobre el terreno.

[26] «Cuartel General del Generalísimo. Información. Fuerzas Legionarias Alemanas: Información facilitada por el Servicio de estas fuerzas», AGMAv., 2442, 4, p. 41.

[27] Luis de Armiñán, *Bajo el cielo de Levante. La ruta del Cuerpo de Ejército de Galicia*, Ediciones Españolas, Madrid, 1939, pp. 14-15.

[28] «Ejército de Operaciones de Teruel. Orden General del día 22 de diciembre de 1937. En Santa Eulalia del Campo», AGMAv., 1722, 24, p. 18. Cabe dejar claro que cada batería reúne diferentes piezas que actúan de forma conjunta, por lo general entre cuatro y ocho cañones, en función de las posibilidades.

[29] Félix Urueña Antón, *Diario de guerra de Félix Urueña Antón (abril de 1937 a marzo de 1939)*, documento inédito transcrito por Isabel y Lourdes Urueña Cuadrado.

[30] «Cuartel General del Generalísimo. Informaciones de los legionarios alemanes. Enero de 1938», AGMAv., Armario 4, Legajo 238, Carpeta 5, p. 49.

[31] «Telegrama Postal. El General del Aire al Generalísimo. Burgos, 17 de diciembre de 1937», AGMAv., 2588, 20, p. 9.

[32] Pedro Corral, *op. cit.*, p. 43.

[33] Como muchos otros, sus restos recibieron sepultura entre las ruinas, tras morir en una descubierta por las calles de la capital. «Cuerpo de Ejército de Castilla. Informes. Teruel. Sobre actuación de Jefes, Oficiales y personal civil, durante el asedio a dicha plaza», AGMAv., 1326, 30, p. 4.

[34] «Ejército del Norte. Operaciones. Partes de operaciones. Asedio de Teruel», AGMAv., 1234, 10, pp. 21, 24, 26-27 y 30.

[35] «Orden preparatoria para la general de operaciones n.º 3. División n.º 52, 17 de diciembre de 1937», AGMAv., 2588, 15, p. 1.

[36] «18-Dic-37», AGMAv., 2588, 22, p. 6.

[37] Carlos Engel, *Historia de las divisiones del ejército nacional, 1936-1939*, Almena, 2010, Madrid, p. 182.

[38] José Carrasco Canales, *op. cit.*, p. 83.

[39] Entrevista con Joaquina Atienza Molinos, *cit.*

[40] De ahí que recibieran dicho nombre en el bando sublevado, porque su manera de actuar se consideraba traicionera.

[41] Entrevista con Joaquina Atienza Molinos, *cit.*

[42] Luis de Armiñán, *op. cit.*, p. 23.

[43] «18-Dic-37», AGMAv., 2588, 22, p. 6.

[44] «General Jefe Ejército Operaciones Teruel al Generalísimo. 22-Dic-37», AGMAv., 2588, 22, pp. 14-15. El subrayado en el original.

[45] AGMAv., 2588, 20, pp. 16-17.

[46] *Ibid.*, pp. 13 y 15.

[47] *Ibid.*, pp. 26-27.

[48] «Ejército del Norte. Operaciones. Partes de operaciones. Asedio de Teruel», AGMAv., 1234,

10, p. 4. El lugar que había de ocupar la *gesta* de Teruel no ya en el propio relato de la Cruzada, sino en la propia historia de España, ha sido bien analizado por Xosé Manoel Núñez Seixas, *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Marcial Pons, Madrid, 2006, pp. 227 y 233. Algunos iban tan lejos como para establecer un hilo de continuidad entre los sitios de Sagunto y Numancia o la resistencia de Zaragoza en 1808 y la defensa de Teruel.

[49] *Ibid.*, p. 36.

[50] Una idea desarrollada por Javier Rodrigo, «Sobre las ruinas del mundo. Guerra civil y guerra total en Europa (1918-1949)», en Javier Rodrigo, Miguel Alonso Ibarra y David Alegre Lorenz (eds.), *op. cit.*

[51] «Ejército del Norte. Operaciones. Partes de operaciones. Asedio de Teruel», AGMAv., 1234, 10, p. 35.

[52] José Carrasco Canales, *op. cit.*, p. 84.

[53] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, pp. 57-58. Un extremo que confirmé en entrevista con Tomás Gracia Doñate, *cit.*

[54] También pude confirmarlo en entrevista con Jaurés Sánchez Pérez, *cit.*, quien vivía justo debajo de la mencionada posición.

[55] No por casualidad, el propietario y diseñador de este imponente edificio, aún hoy en día en pie y bien conservado, era ingeniero de caminos. Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, p. 118.

[56] Las explanadas sobre las que se sitúan las fincas al norte de la Plaza de Toros, así como la gasolinera y el edificio de Obras Públicas frente al actual colegio Ensanche eran laderas que tras la guerra fueron creadas con tierra y escombros procedente de la capital.

[57] Para los cuatro últimos párrafos sigo «Cuerpo de Ejército de Castilla. Información del enemigo. Estudio sobre refugios en Teruel», pp. 9-10.

[58] Entrevista con Jaurés Sánchez Pérez, *cit.*

[59] «Cuerpo de Ejército de Castilla. Informes. Teruel. Sobre actuación de Jefes, Oficiales y personal civil, durante el asedio a dicha plaza», AGMAv., 1326, 30, p. 6.

[60] «Ejército del Norte. Información del enemigo. Teruel y su frente», AGMAv., 1221, 39, p. 18.

[61] *Ibid.*, pp. 4-5.

[62] *Ibid.*, p. 4.

[63] El cementerio viejo se encontraba al final de la parte más alta de la loma de la ermita de San Cristóbal, justo después de pasar la actual señal que marca la entrada a Teruel por la carretera de Alcañiz.

[64] La historia de Félix Lagueruela y las citas textuales las he tomado de Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, pp. 62-65.

[65] Entrevista con Jaurés Sánchez Pérez, *cit.*

[66] En el momento de la rendición Albalate se encontraba convaleciente de sendas heridas en el vientre y el muslo, lo cual hizo que fuera evacuado junto al resto de hospitalizados. «Cuerpo de Ejército de Castilla. Informes. Teruel. Sobre actuación de Jefes, Oficiales y personal civil, durante el asedio a dicha plaza», AGMAv., 1326, 30, p. 5.

[67] «Evadido de Teruel (Seminario) Capitán de Artillería Don Raimundo González Bans», AGMAv., 2958, 4 y Cuerpo de Ejército de Castilla. Informes. Teruel. Sobre actuación de Jefes, Oficiales y personal civil, durante el asedio a dicha plaza», AGMAv., 1326, 30, pp. 2-3.

[68] «Cuerpo de Ejército de Castilla. Informes. Teruel. Sobre actuación de Jefes, Oficiales y personal civil, durante el asedio a dicha plaza», AGMAv., 1326, 30, p. 6.

[69] «Documentación Nacional. Cuerpo de Ejército de Galicia. Operaciones. Noticias y

comunicados, telegramas, etc. Sobre la situación de la Plaza de Teruel, durante su asedio (diciembre 1937 a enero 1938)», AGMAv. 1339, 29 BIS, Legajo 5, Armario 23, pp. 12-13.

[70] *Ibid.*, p. 17.

[71] *Ibid.*, p. 21.

[72] *Ibid.*, pp. 18-20.

[73] Véase Pedro Corral, *op. cit.*, pp. 77-81.

[74] «Evadido de Teruel (Seminario) Capitán de Artillería Don Raimundo González Bans», AGMAv., 2958, 4.

[75] «Ejército del Norte. Operaciones. Partes de operaciones. Asedio de Teruel», AGMAv., 1234, 10, p. 44.

[76] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, p. 86.

[77] *Ibid.*

[78] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, p. 106.

[79] *Ibid.*, p. 108.

[80] Entrevista con Tomás Gracia Doñate, *cit.*

[81] Para las últimas vivencias sigo a Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, pp. 108-109 y entrevista con Tomás Gracia Doñate, *cit.*

[82] Existen diversas publicaciones al respecto, aunque es un tema que convendría actualizar. Véase Juan Manuel Fernández Soria, «La asistencia a la infancia en la Guerra Civil. Las colonias escolares», *Historia de la Educación: Revista Interuniversitaria*, 6 (1987), pp. 83-128.

[83] Susana Castillo Rodríguez, *Memoria, educación e historia: el caso de los niños españoles evacuados a la Unión Soviética durante la Guerra Civil Española*, Tesis Doctoral Inédita, Universidad Complutense de Madrid, 1999.

[84] Entrevista con Jaurés Sánchez Pérez, *cit.*

[85] Entrevista con Tomás Gracia Doñate, *cit.*

[86] Para el caso de Bélgica durante la Gran Guerra contamos con el trabajo de Pierre Purseigle, «“A Wave on to Our Shores”: The Exile and Resettlement of Refugees from the Western Front, 1914-1918», *Contemporary European History*, 16:4 (2007), pp. 427-444. Para Francia durante la Segunda Guerra Mundial disponemos de la obra de Nicole Dombrowski Riser, *France Under Fire: German Invasion, Civilian Flight, and Family Survival during World War II*, CUP, Nueva York, 2012.

[87] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, p. 152.

[88] Entrevista con Tomás Gracia Doñate (1929), *op. cit.*

[89] «Documentación Nacional. Cuerpo de Ejército de Galicia. Operaciones. Noticias y comunicados, telegramas, etc. Sobre la situación de la Plaza de Teruel, durante su asedio (diciembre 1937 a enero 1938)», AGMAv. 1339, 29 BIS, Legajo 5, Armario 23, p. 21.

[90] *Ibid.*, p. 23. De hecho, uno de los pocos enlaces que tengo constancia que sobreviviera es un cabo de Falange, Manuel Aguilar Manzano, que además estuvo a cargo de la defensa de la puerta del Hospital de la Asunción durante varios días. «Cuerpo de Ejército de Castilla. Informes. Teruel. Sobre actuación de Jefes, Oficiales y personal civil, durante el asedio a dicha plaza», AGMAv., 1326, 30, p. 6. Según el testimonio de Néstor Esparrells, que convivía con el mando en Caudé, allí se sabía que la rivalidad entre Barba y Rey d’Harcourt por la jefatura de la defensa de Teruel —por los laureles que pudiera reportarles— puso en graves aprietos la coordinación de los resistentes. Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, p. 62.

[91] «Documentación Nacional. Cuerpo de Ejército de Galicia. Operaciones. Noticias y comunicados, telegramas, etc. Sobre la situación de la Plaza de Teruel, durante su asedio (diciembre

1937 a enero 1938)», AGMAv. 1339, 29 BIS, Legajo 5, Armario 23, p. 22.

[92] «Ejército del Norte. Operaciones. Partes de operaciones. Asedio de Teruel», AGMAv., 1234, 10, p. 46.

[93] El nombre con el que uno de estos métodos ha pasado al imaginario popular se dio a conocer en la guerra ruso-finesa del año 1940, como una forma irónica de rendir honores al ministro de Asuntos Exteriores soviético Viacheslav Molotov por parte de los soldados fineses. Sin embargo, los españoles fueron pioneros en el uso de los cócteles molotov para la lucha antitanque durante la guerra civil española, sobre todo por la carencia de cañones antitanque.

[94] «Generalísimo saluda a los defensores de Teruel», AGMAv., 2588, 22, p. 17.

[95] «Documentación Nacional. Cuerpo de Ejército de Galicia. Operaciones. Noticias y comunicados, telegramas, etc. Sobre la situación de la Plaza de Teruel, durante su asedio (diciembre 1937 a enero 1938)», AGMAv. 1339, 29 BIS, Legajo 5, Armario 23, pp. 24-25.

[96] Peter Kemp, *Legionario en España*, Luis de Caralt, Barcelona, 1959, p. 104.

[97] Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels. Im Auftrag des Instituts für Zeitgeschichte und mit Unterstützung des Staatlichen Archivdienstes Rußlands. Teil I: Aufzeichnungen 1923-1941. Band 5: Dezember 1937 - Juli 1938*, K. G. Saur, Múnich, 2000, pp. 70-71.

[98] Las dudas de los alemanes sobre la capacidad de Franco para ganar la guerra son mencionadas por Stefanie Schüler-Springorum, *La Legión Cóndor en la Guerra civil española, 1936-1939*, Alianza, Madrid, 2014, p. 71-72. Sobre la respuesta militar de Franco a la pérdida de Teruel como una basada en su concepción del prestigio véase Carlos Blanco Escolá, *op. cit.*, pp. 420-422.

[99] «Relación numérica de las bajas (H.E.M.) habidas en el Cuerpo de Ejército de Galicia, Castilla y Marroquí del Ejército del Norte en el periodo comprendido entre el 15 de diciembre de 1937 y el 23 de febrero de 1938», AGMAv. 1212, 2, pp. 2-4.

[100] *Cit.* en Pedro Corral, *op. cit.*, pp. 49-50.

[101] Luis de Armiñán, *op. cit.*, p. 9.

[102] «Cuartel General del Generalísimo. Información. Fuerzas Legionarias Alemanas: Información facilitada por el Servicio de estas fuerzas», AGMAv., 2442, 4, p. 21. Se esperaba recibir el calzado en un mes, cuando lo más crudo del frío ya habría pasado en las operaciones por Teruel. De la desesperación y las dificultades de las autoridades republicanas para adquirir los recursos necesarios para impulsar su esfuerzo de guerra habla a las claras que se encargara al agente de Bata «comprar azúcar, habas, chicharos y otros productos alimenticios como también colchones de caucho para soldados en cualesquiera cantidades que pueda adquirir».

[103] *Cit.* en Pedro Corral, *op. cit.*, pp. 50-51.

[104] Carlos Montenegro, *Tres meses con las fuerzas de choque [División Campesino]*, Espuela de Plata, Sevilla, 2006, p. 110.

[105] «Theo Francos. Fontihoyuelo, Valladolid, 1914», Sofía Moro, *op. cit.*, p. 132. Tras el final de la guerra fue llevado al campo de concentración de Miranda de Ebro, donde protagonizó varios intentos de evasión y donde sufrió torturas y maltratos de todo tipo. Su familia en Fontihoyuelo fue duramente represaliada en episodios de violencia inusitada. Tras ser liberado por mediación de la Cruz Roja Internacional del campo de trabajadores para la construcción del nuevo Belchite, consiguió llegar a la frontera y en Hendaya embarcarse con destino al Reino Unido, ante la inminente llegada de las tropas alemanas. A partir de ahí participó en varias operaciones en el marco de la Segunda Guerra Mundial como paracaidista, incluyendo un nuevo paso por el campo de Miranda por las vicisitudes de sus misiones de sabotaje en Francia. Después de volver a huir, fue lanzado en paracaídas sobre Arnhem como parte de la Operación Market Garden, que acabó en fracaso. Allí fue capturado y fusilado, con la

suerte de que la bala mortal fue amortiguada y desviada por la chapa de paracaidista, quedando a tres milímetros del corazón, siendo dado por muerto, lo cual, gravemente herido, le permitió sobrevivir con ayuda de los paisanos que descubrieron su cuerpo (pp. 135-136).

[106] Luis de Albiñán, *op. cit.*, p. 10.

4. CONTRAOFENSIVA REBELDE: RETOS LOGÍSTICOS Y PROBLEMAS OPERATIVOS DE UN EJÉRCITO DE MASAS. DEL 23 DE DICIEMBRE DE 1937 AL 1 DE ENERO DE 1938

Dada la situación de urgencia que se vivía en el interior de la capital, el día 23 de diciembre ya se había establecido el dispositivo militar de emergencia que habría de socorrer a las fuerzas sitiadas por la ofensiva republicana en cuanto se hubiera completado el despliegue y la situación fuera favorable. La orden era clara: «Atacar a fondo y con la máxima urgencia, en dirección a Teruel, para llegar a dicha plaza»; o, lo que es lo mismo, abrirse paso hasta la ciudad a base de ataques frontales de la infantería contra las posiciones enemigas situadas en el anillo exterior del cerco, granadas y bayonetas mediante.^[1] El propio Franco era claro y contundente al respecto, al señalar ese mismo día que «dada la urgente necesidad de auxilio a Teruel y la situación gravísima de la plaza no puede aplazarse más la entrada en acción de las tropas», estableciendo el 28 como día para el inicio de la contraofensiva.^[2] Una vez más, se trataba de una forma de operar que había caracterizado hasta el momento el modus operandi del ejército sublevado en todos los escenarios de la guerra, amparado en una potencia de fuego superior y en la disposición de unos efectivos más experimentados.

Así quedaron constituidos los dos cuerpos de ejército del Turia, el Norte (CETN), que se correspondía con el CEG, y el Sur (CETS), que más tarde recuperó la denominación de Cuerpo de Ejército de Castilla (CEC). El primero estaba al mando del general Antonio Aranda (1888-1979), con las divisiones 62.^a y 84.^a y los restos de la 52.^a, que había quedado deshecha tras los embates del EP; y el segundo comandado por el general Varela, que tenía a su disposición las divisiones 81.^a, 82.^a, 61.^a y 54.^a^[3] La elección de dichos oficiales no fue casual, tal y como señala Pedro Corral. Ambos habían sido elevados a la condición de hombres providenciales por la maquinaria

propagandística del régimen tras la defensa de Oviedo y la liberación del Alcázar, dos de los hitos fundacionales de la Cruzada y el fascismo español, y que ahora Franco esperaba repetir con una nueva gesta en Teruel.^[4] Las zonas de acción de las fuerzas de Aranda quedaron ceñidas al territorio comprendido entre las estribaciones suroccidentales del Alto de las Celadas, unas lomas cinco kilómetros y medio al norte del casco urbano de Teruel, las cuales presiden la vega del Alfambra en su descenso definitivo hacia el sur para encontrarse con el Guadalaviar a las faldas de La Muela, al oeste de la ciudad; el Cerro Gordo, loma de 1.222 metros, tres kilómetros y medio al noroeste del Alto de las Celadas y, más concretamente, cinco kilómetros al suroeste de Celadas; y, finalmente, la confluencia entre la carretera de Gea de Albarracín y la carretera de Zaragoza a Teruel, poco más de seis kilómetros al noroeste del antiguo núcleo urbano; y, más al suroeste, en un punto indeterminado, el río Turia marcaba la divisoria entre ambos cuerpos. Mientras tanto, el CETS ocuparía a partir de ahí «la zona necesaria para el despliegue de sus fuerzas», sin especificarse unos límites concretos. De hecho, el principal empuje para alcanzar la plaza correría a cargo de esta última gran unidad, que era la mejor dotada en cuanto a medios y hombres y la que podía conseguir un mayor efecto sorpresa amparada en las dificultades que ofrecía la orografía de La Muela, vasto balcón natural que se asomaba al valle del Turia, al oeste de la capital, y que debía ser tomado antes de lanzarse sobre ella. No por nada, se había dispuesto que contara con el apoyo aéreo de la Legión Cóndor (LC). Por su parte, el CETN debía envolver la ciudad por el norte, atacando en dirección Conclud-Santa Bárbara con el único fin de conseguir posiciones estratégicas ventajosas que sirvieran de apoyo para el avance principal del CETS desde el oeste; más tarde, de cara a futuras operaciones y a proteger su flanco izquierdo, debía tomar las alturas comprendidas entre el Alto de las Celadas y El Muletón, al oeste del río Alfambra a su paso por Tortajada. Finalmente, sería la Brigada Aérea Hispana (BAH) la encargada de dar cobertura aérea al CETN en el curso de las operaciones.^[5]

Un ejército de masas es una compleja maquinaria de guerra cuyo funcionamiento depende de múltiples engranajes. En ocasiones, las

operaciones proyectadas o en curso pueden llegar a sufrir graves contratiempos por imprevistos o errores en el abastecimiento de municiones, tal y como le ocurrió al EP en los días de intensos combates urbanos que siguieron al cierre del cerco sobre Teruel. Según un informe de espionaje manejado por el EdN, la ofensiva republicana habría llegado a suspenderse de forma inexplicable y por sorpresa durante seis horas, algo que habría causado estupor entre los rebeldes. Al parecer todo se debió a una equivocación de los mandos en el envío de obuses para la artillería.[6] Por eso una de las cuestiones en las que se intentaba poner mayor cuidado era la organización de la logística. Así lo demuestra otro informe del día 23 de diciembre, donde se establecía que el centro neurálgico para el abastecimiento de todo el dispositivo encargado de las operaciones para restablecer la situación en Teruel sería la estación de ferrocarril de Santa Eulalia, situada a una distancia prudencial del principal teatro de operaciones. Concretamente, se había previsto la concentración de víveres suficientes para 80.000 hombres durante el periodo de un mes en esta población del valle del Jiloca, toda una exhibición de previsión por parte del mando sublevado, aunque no contaba con que la lucha por la capital del Aragón meridional se extendería tanto en el tiempo. En este sentido, la conexión férrea con Zaragoza era el fino cordón umbilical que había de mantener en marcha la maquinaria de guerra franquista en el frente de Teruel gracias al tráfico frenético que conocería durante aquellos días.[7]

Merece la pena detenerse a analizar el inmenso reto logístico que planteaba el despliegue de una masa de hombres tal en un territorio sin apenas refugios naturales y sin poblaciones capaces de darles cobijo en pleno invierno. Solo en términos de porteadores, personal ferroviario, conductores y vehículos era necesaria una cantidad de medios ingente que no estaba disponible sobre el terreno, sobre todo si se pretendía proceder de forma rápida y eficiente. Por eso toda la infraestructura y recursos humanos necesarios para ejecutar los trabajos tuvo que ser provista por el Parque de Zaragoza, comandado en este caso por el Estado Mayor del 5CE. No solo se trataba de concentrar alimentos para la tropa en cantidad suficiente, sino también el forraje y el pienso para la caballería militar y el resto de la cabaña

ganadera empleada en el transporte, ya que el rebelde era un ejército fundamentalmente hipomóvil, al igual que el EP. En este caso, se estableció un depósito en Monreal del Campo con recursos para alimentar hasta 900 caballos, con órdenes de crear una reserva para quince días. Sin embargo, para determinadas misiones prioritarias como el desplazamiento de oficiales, el abastecimiento de municiones y obuses para la tropa o los tanques también contaba con camiones y otros vehículos a motor que requerían de grandes reservas de gasolina. La fórmula que se empleó para solventar esta problemática fue el envío de vagones cisterna radicados en las estaciones de Santa Eulalia y Cella, población más próxima al frente de operaciones que se había convertido en punto de reunión y centro logístico esencial de todo el dispositivo rebelde.[8]

Tal era la importancia que Cella tenía como centro neurálgico del dispositivo sublevado que el mismo 16 de diciembre, un día después de iniciarse la ofensiva republicana, la misión militar alemana aportó dos cañones antiaéreos de 88 mm para proteger la estación de ferrocarril de los ataques aéreos republicanos. El objetivo fundamental era garantizar unas condiciones de seguridad para el trasiego de hombres y suministros, así como su almacenamiento y distribución en el que a la postre era el principal punto de concentración y despliegue de refuerzos de cara a la preparación de la contraofensiva rebelde sobre Teruel. Dicho modelo era la pieza diseñada y producida por la Krupp desde mediados de los años treinta, que alcanzaría dimensiones legendarias entre los combatientes de la Segunda Guerra Mundial por sus cualidades como arma antitanque. De hecho, parece que ya durante la guerra civil española se reveló mucho más útil cumpliendo esta misión o la de artillería convencional que como cañón antiaéreo. En este caso, según el testimonio de Silvano Soriano, las piezas se encontraban emplazadas donde actualmente están situadas las fábricas madereras de dicha población.[9] De esta forma, una vez más se pone de manifiesto el seguimiento constante del conflicto español por parte de las autoridades militares y políticas del Tercer Reich y su apoyo activo y decisivo, en este caso a través del asesoramiento militar y el apoyo armamentístico brindado a los sublevados en muchos momentos de apuro y dudas.[10]

En lo referido a la munición de todos los calibres se ordenó la creación de un depósito centralizado en este último pueblo, que había de abastecer a todas las divisiones desplegadas en el frente de Teruel con los recursos que llegaban desde el Parque de Calatayud, bien conectado a través del ramal ferroviario que se separaba de la línea Zaragoza-Teruel hacia el noroeste en Caminreal. De hecho, para evitar cualquier tipo de bloqueo en situaciones de emergencia se preveía que los encargados del depósito en Cella pudieran saltarse la mediación del EdN para comunicarse directamente con los encargados del parque bilbilitano. Por supuesto, no era extraño que ocurrieran accidentes en el transporte de un material tan sensible, tal y como señalaba Luis de Albiñana: «Un camión se incendió sin que la mano del hombre interviniera, y el estallido de la cartuchería que portaba alarmó a las gentes paisanas».[11] También sería en esta localidad cercana a Teruel donde se enviaría y concentraría todo el material para fortificaciones que pudieran requerir los ingenieros. Mientras tanto, en Santa Eulalia se establecería el depósito de recursos sanitarios y medicamentos donde se habrían de aprovisionar todas las ambulancias y unidades médicas aisladas adscritas a las diferentes divisiones. En definitiva, se trataba de garantizar todos los medios necesarios para sostener el esfuerzo de guerra e, incluso, incrementarlo en caso de necesidad. Por tanto, podemos imaginarnos el hervidero de gente que fueron los pueblos del valle del Jiloca durante aquellas semanas de la guerra, más teniendo en cuenta que los efectivos humanos desplegados en la región podían llegar a igualar e incluso superar a la población autóctona en muchos casos.[12]

Por si esto fuera poco, desde el primer momento los varones que no estaban en edad militar fueron destinados a tareas de abastecimiento, ya que todos los medios a disposición eran pocos. Así ocurrió con el hermano mayor y el padre de Joaquina Atienza, que con dos caballerías se veían obligados a acarrear alimentos desde Gea de Albarracín hasta primera línea, posiblemente al sector frente a San Blas. Fue muy común que las tropas rebeldes vivieran sobre el terreno, es decir, a base de las requisas y saqueos a los que sometían a la población civil, y a pesar de que recibieran sus propias raciones no renunciaban a complementarlas con todo lo que se ponía a su alcance. La

propia Joaquina Atienza reconoce que los mandos militares no dejaban en el pueblo «ni lo justo para vivir». Más adelante, con la documentación militar como apoyo, veremos que esto no fue algo extraño durante la batalla de Teruel. En el caso de una familia como los Atienza Molinos la situación se veía agravada por el hecho de ser cinco hermanos muy pequeños, más otros dos que tenían más posibilidades de valerse por sí mismos. Una de sus anécdotas es ilustrativa del grado de ansiedad e impotencia que debieron de sentir decenas de miles de padres y madres ante las dificultades para garantizar el sustento de sus vástagos por las estrecheces de la guerra, pero también la incomprensión de las criaturas al ver que apenas tenían nada que llevarse a la boca. Recuerda la propia Joaquina Atienza que «una vez teníamos hambre y dice mi madre “pues *esperaros, poner* la sartén”, dice, “que voy a ver si encuentro harina *pa* hacer gachas”». Mientras esperaban a su madre los pequeños ya fantaseaban pensando en el festín que se iban a pegar, pero la pobre mujer llegó con las manos vacías. Y esta no es sino una pequeña muestra de la dramática realidad de tantos y tantos días para centenares de familias de ambas retaguardias. En este caso concreto, la alimentación de los Atienza Molinos se basaba en gachas, cuando se encontraba la harina necesaria; sopas tostadas, que eran caldo con patatas fritas, un recurso habitual al estar junto a la vega del Guadalaviar; sumado a ello la manteca animal servía como sustitutivo del aceite, y con esta se cocinaba todo.[\[13\]](#)

Tan solo un día después de presentarse los planes para la contraofensiva rebelde sobre las fuerzas republicanas en torno a Teruel quedó claro que no sería fácil. Antes que nada, el objetivo del ejército sublevado habría de ser proteger y reforzar los flancos del CETS y el CETN mientras se completaba el dispositivo. La concentración de fuerzas por parte del mando rebelde fue vista por el mando republicano como una oportunidad para aislar y aniquilar el máximo número de unidades enemigas, sobre todo antes de que reunieran todo su potencial ofensivo. Un informe del día 24 era muy claro al respecto: el EP «pretende librar una batalla decisiva». Efectivamente, no tenía más remedio que tratar de conseguir un éxito militar que le devolviera la iniciativa en el sector, sabedor de que el ejército sublevado no iba a dejar de reforzar

sus efectivos en todo el frente de Teruel a lo largo de los días siguientes. De hecho, en el curso de los primeros tanteos del día 23 pronto quedó claro que el EP, amén de las fuerzas puestas en liza para asediar Teruel, había reservado dos potentes núcleos de unidades radicadas en Rubiales y frente a Celadas, amenazando de forma muy seria los flancos de las fuerzas rebeldes implicadas en la contraofensiva. Tal y como señala ese informe del día 24 parecía que su objetivo era «tratar de cortar nuestra línea de comunicaciones por envolvimiento de nuestra zona de despliegue».

A lo largo del día 23 tuvieron lugar las primeras respuestas republicanas frente al incipiente dispositivo del ejército sublevado, centrándose en un sector muy concreto de unos tres kilómetros y medio, entre las llamadas cotas 1209, al oeste del punto más alto del Cerro Gordo, y 1136, que dominaba la carretera que bajaba de Celadas a Concud. Frente a ese punto se sucedieron durante varios días los envíos de tropas republicanas acompañados de ataques frontales contra las posiciones defensivas rebeldes, todo ello acompañado por una fuerte cobertura artillera y sin cejar en su intento hasta el 27 de diciembre. El objetivo era tomar una posición estratégica de primera importancia, romper la línea enemiga y propiciar así el desbordamiento del CETN, que amenazaba desde el noroeste a las tropas ocupadas en la conquista de Teruel. Sin embargo, parece que los embates del EP fueron infructuosos y se saldaron con gran número de bajas, pues se encontró frente a un enemigo bien parapetado y prevenido respecto a sus intenciones. En cualquier caso, la amenaza de las fuerzas republicanas en la zona del Cerro Gordo fue suficiente como para inmovilizar a las fuerzas del CETN y reducirlas a tareas meramente defensivas, lo cual contribuía a rebajar la presión en otros sectores más comprometidos. Incluso la 61.^a División, que en un principio debía encuadrarse en el CETN, se mantuvo en la reserva con la idea de poder desplegarla ante una eventual brecha en la línea defensiva del sector. Por lo demás, las previsiones del mando sublevado eran optimistas, viendo la clave en destinar un número constante y suficiente de fuerzas al flanco izquierdo del CETN como para contener al enemigo y preparar su ataque en dirección sureste sirviéndose de su superioridad en artillería, reconocida en el mismo informe.[\[14\]](#) Al fin y al cabo, durante

aquellos días no eran extrañas las infiltraciones de blindados republicanos en la zona, tal y como recuerda Luis de Albiñana en referencia a un episodio acontecido en Caudé, que además nos revela cierta indefensión e insignificancia del hombre ante los ingenios bélicos modernos:

Un carro se deslizó sobre Caudé, pueblecillo de nuestra izquierda, y lanzó algunos disparos en sus callejas. Corriose luego hacia la derecha, y después de atravesar la carretera se inmovilizó, como buen monstruo cazador que con apariencia de sueño espiera el menor movimiento de la posible presa. Al marcharse con aquel mismo silencio respiramos tranquilos [...]. Poco después, los aparatos hacían en medio kilómetro sus tres pasadas de infierno. La tierra tembló bajo nuestros pobres cuerpos, que eran una cosita entristecida dentro de la noche acre del humo.[15]

Durante aquellos años, los partidarios de continuar la guerra dentro del gobierno y el ejército republicanos habían conseguido imponer su criterio. Buena prueba de ello eran los informes de la inteligencia rebelde a finales de diciembre, donde se afirmaba, por lo dicho por un agregado militar en el EP, que la pérdida de Gijón el 21 de octubre pasado había dejado la moral por los suelos. Tanto era así que «era muy frecuente oír decir hasta en plena voz, que la guerra estaba completamente decidida». Sin embargo, tal y como reconocía esta fuente autorizada, tanto el aplazamiento del ataque sobre Madrid como el éxito momentáneo en Teruel habían conseguido «mediante una buena propaganda, levantar la moral abatida de su gente [...], y sobre todo en Cataluña donde la situación para ellos es delicadísima». Efectivamente, las operaciones proyectadas por el Estado Mayor de Vicente Rojo y puestas en marcha por el EP en el frente turolense habían conseguido que Franco y los suyos mordieran el anzuelo. La proyectada ofensiva sobre Madrid había quedado en suspenso en el mismo momento que el ejército sublevado decidió desplazar sus mejores tropas a un frente irrelevante desde el punto de vista estratégico, cuanto menos a medio plazo. Hasta el analista militar del *Frankfurter Zeitung* afirmaría a primeros de febrero, quién sabe si con cierta sorna, que «no se conocen los motivos que han impulsado a los nacionales a desarrollar una ofensiva contra este objetivo de poca importancia militar, habiendo fracasado su primer intento para liberar a la ciudad».[16]

Sin embargo, en contra de lo que se ha dicho habitualmente, no hay

motivos para pensar que la pérdida de la capital a finales de 1937 o primeros de 1938 hubiera podido suponer para los republicanos algo más que un grave varapalo simbólico. El mencionado informe del SIPM parece reforzar esta idea: «Las instrucciones del gobierno eran defenderse solamente».[17] De hecho, Madrid representaba en muchos sentidos una pesada carga, por las dificultades que comportaba abastecer al millón de personas que todavía vivían allí. Así pues, según informaban los servicios secretos alemanes las autoridades republicanas eran escépticas respecto a la posibilidad de que Franco estuviera dispuesto a asumir un problema de aquella magnitud, que «nunca» habría supuesto «un éxito decisivo para el desarrollo de la guerra civil», al menos a aquellas alturas.[18] Es más, en un informe del mes de enero señalaban que una operación combinada de la aviación y la marina rebeldes contra Cartagena era un supuesto mucho más temido por el alto mando republicano, hasta el punto que «produciría mayores perjuicios a los rojos que la conquista de Madrid».[19]

Tampoco podía afectar la toma de Teruel de ningún modo a los intereses militares, económicos y políticos del nuevo régimen, salvo en lo que se refiere a la mística del Caudillo, que siempre se había esforzado por mostrarse como un líder benévolo que nunca abandonaba a los suyos.[20] Evidentemente, la insignificancia de la plaza y el frente turolenses cambió de forma radical en el mismo momento en que los rebeldes concentraron tan gran número de hombres en el extremo del enorme saliente que formaban sus líneas en el Aragón meridional. La necesidad de proteger tamaño despliegue de fuerzas obligó a reforzar todo el valle del Jiloca de norte a sur, por donde discurría el flanco izquierdo de un dispositivo sumamente vulnerable cuya única conexión con el exterior era el ferrocarril Teruel-Zaragoza/Calatayud. De hecho, diferentes evidencias hacían pensar que el mando republicano tenía la intención de lanzar un ataque desde Alfambra y Celadas con el fin de cortar las líneas de suministro de los sublevados.[21] Esto explica también que el día 24 de diciembre ya se valorara la posibilidad de trasladar unidades a la zona de Monreal del Campo, que finalmente sería el sector asignado al Cuerpo de Ejército de Marruecos, también con la vista puesta en futuras operaciones ofensivas. Mientras tanto, se preveía que una brigada de

caballería bien dotada de armas automáticas quedara a cargo de cualquier intento de infiltración enemigo a través de la línea Santa Eulalia-Monreal. [22] Así pues, la presencia de las mejores tropas del EP parecía augurar que, a menos que uno de los dos bandos consiguiera romper el equilibrio con algún golpe maestro o gracias a un hundimiento sorpresivo de la resistencia, la batalla que había comenzado poco más de una semana antes iba a ser una de desgaste. [23]

La situación en el interior de la capital no había cambiado mucho respecto a días anteriores. Sin embargo, y como prueba de la desesperación de sus defensores, el día 25 de diciembre se advertía que de continuar de igual forma la presión republicana sería imposible resistir por más tiempo. [24] A pesar del desgaste producido por diez días de intensos y desesperados combates podía percibirse el sarcasmo y resentimiento de los defensores en un telegrama matinal dirigido al mando de la 52.^a División, que no había dejado de prodigarse en promesas de pronto auxilio. Estos echaban en cara a sus camaradas que «no os podéis quejar del tiempo que hace», en referencia al día soleado y al telegrama del día 24 enviado desde Caudé donde se comunicaba que «el tiempo no nos ayuda pero le venceremos también», seguramente también para justificar la tardanza a la hora de poner en marcha la contraofensiva. De hecho, desde Teruel se presionaba no sin cierta sorna con apelaciones directas a los salvadores que habían de venir desde el exterior del cerco: «A ver cómo os portáis hoy. Espero que por ser hoy fiesta me des alguna buena noticia». Sin embargo, las operaciones sobre la capital del sur de Aragón habrían de esperar y, una vez más, desde el puesto de mando de Caudé se amparaban en la «niebla» para justificar la inacción, aunque se afirmara que «a pesar de ella se empuja». [25] Por su parte, parece que las noticias sobre el progreso en Teruel eran motivo de celebración en la retaguardia republicana de la provincia, especialmente entre los brigadistas internacionales como James Neugass, que se encontraba con la 15.^a BI en Alcorisa durante aquellos últimos días de diciembre. Tanto es así que el día 24 de diciembre por la tarde anotó en su diario que «Teruel es suficiente regalo de Navidad». [26]

Mientras tanto, desde el Seminario habían oído el tronar de la artillería,

aunque no habían podido reconocer el origen a causa de la niebla. De lo contrario habrían podido ver o al menos detectar que el cañoneo tenía que ver con las acometidas republicanas en el sector del Cerro Gordo.[27] Sin embargo, a mediodía se había dado parte de los daños sufridos por la posición de la Comandancia, al sur de Teruel, donde se habían perdido las posiciones defensivas exteriores y los ataques de la artillería republicana habían provocado el derrumbamiento de la tercera planta, causando muchas bajas. Tal era el caos y la exposición frente a los cañones enemigos, así como el acoso de las tropas de asalto de la 87.^a BM, que no se garantizaba poder «prolongar la resistencia más de unas horas», a lo cual se sumaba la falta de personal militar profesional y mandos.[28] Como se informaba desde el reducto, se habían emplazado dos piezas en el entorno de la iglesia de San Francisco, al noroeste de la ciudad, las cuales batían con intensidad los puntos de resistencia de la zona desde el día 24. También la Comandancia, ya semiderruida, estaba bajo el fuego de ametralladoras y tanques que tiraban desde el Viaducto, amén de un incendio en el edificio del Casino, improvisado hospital de campaña, provocado por los asaltantes. De ahí que los sitiados solicitaran con insistencia el concurso de la aviación propia con el fin de acallar esos cañones que les estaban haciendo la vida imposible. Por lo demás, en el exterior el mando republicano se empeñaba en comprometer las líneas de abastecimiento de los sublevados desplegados en el anillo exterior del cerco con ataques desde Cerro Gordo hacia el oeste, de ahí que el mando siguiera insistiendo en el envío de nuevas unidades que reforzaran los flancos y permitieran preparar con éxito el proyectado contraataque.[29]

Algo muy común a lo largo del conflicto fue el constante ir y venir de quintacolumnistas, agentes dobles y confidentes que cruzaban de un lado al otro del frente o que se citaban regularmente con enlaces en ciertos puntos de encuentro. Y es que la línea era mucho más permeable de lo que a priori cabría suponer. Sin embargo, estos individuos eran de todo tipo y condición social, y en función de ello quedaban establecidas sus misiones y el grado de riesgo que asumían. El papel de estos informadores debe ser entendido en un contexto de gran necesidad como el propiciado por la guerra total, donde su trabajo para cualquiera de los dos bandos podía convertirse en una forma de

complementar su sustento, a pesar de que esto no tuviera por qué estar reñido con las convicciones políticas. Estos agentes —a veces llamados *enlaces*— proporcionaban informaciones o datos de todo tipo e importancia sobre las tropas enemigas y el estado de su retaguardia a los servicios de inteligencia de ambos bandos y el resto de su retaguardia, lo cual podía ser tremendamente útil en múltiples aspectos. De hecho, los informes que salían de sus oficinas ayudaban a valorar el éxito de las estrategias de guerra empleadas hasta el momento, pudiendo suponer un cambio o intensificación de estas, como por ejemplo en lo referente a los bombardeos aéreos; también era interesante para la elaboración de diferentes tipos de propaganda más efectivos, acordes con las circunstancias y debilidades del enemigo; igualmente podía ayudar a predecir ofensivas o a detectar los puntos flacos del dispositivo enemigo de cara a una futura operación. No obstante, los informes de inteligencia no solo se basaban en los datos e informaciones aportados por los agentes que se movían en territorio enemigo, sino también en documentos militares y personales (cartas y diarios) apresados al enemigo o en declaraciones de desertores y prisioneros.

Buen ejemplo de todo ello es un informe del 26 de diciembre de 1937, elaborado con noticias de agentes procedentes del interior del cerco de Teruel, que había sido cerrado de forma definitiva apenas nueve días antes. Aunque se preveía un nuevo encuentro con los agentes para el día 5 de enero, es probable que el cruce de las líneas fuera posible por el breve reflujó que habían experimentado hacía dos días los combates callejeros por el control de la capital. De hecho, hacía ya cuatro días que en el casco histórico de Teruel se combatía casa por casa, pero los informadores eran optimistas respecto a la capacidad de resistencia de la guarnición sitiada, confiados en que serían auxiliados y liberados desde el exterior. A ello contribuía el lento avance de las fuerzas republicanas en un escenario de combate muy intrincado y complejo, y ello a pesar de que los mandos de las fuerzas cercadas no habían sabido explotar a fondo las posibilidades del medio urbano. Sin embargo, el informe destacaba que las tropas republicanas se habían quedado estancadas por aquel entonces en las zonas más bajas de Teruel: el Arrabal y la estación, algo que como ya hemos visto no era cierto. Además, parece que según el

testimonio proporcionado por un desertor de la 22.^a BM, que se encontraba de reserva en los Altos de Celadas, la situación del EP era difícil por la resistencia que oponían los defensores.[30] Además, tal y como reconocía un informe del EdN del día 26 de diciembre, la situación de las fuerzas republicanas en torno a Teruel tampoco era todo lo mala que cabría pensar, por mucho que la toma definitiva de la ciudad se estuviera demorando. Según se indicaba, de cara a la contraofensiva rebelde el EP «está en condiciones de poder reforzar rápidamente los refuerzos que en la actualidad mantiene frente a nuestras líneas», gracias a un despliegue y a un estrechamiento progresivo del cerco que le permitía concentrar efectivos en cualquier punto del frente casi de inmediato.[31] Dicho todo esto, no es casual que el día 26 abundaran las desesperadas llamadas de socorro de los cercados, del escueto «resistimos espero ayuda» de Rey d'Harcourt a las invocaciones del coronel Barba en favor del sacrificio y la muerte heroica: «Insisto en que moriremos todos antes que rendirnos».[32]

Ese día habían caído las posiciones exteriores que protegían el Seminario por el este, con la toma de la cárcel, que ocupaba más o menos una parte del emplazamiento de la actual biblioteca, algo que exponía la posición por completo al fuego de ametralladora republicano. Ya el 23 los atacantes del EP se habían abierto paso casa por casa por la calle Amantes en dirección a la Torre de San Martín, atravesando para ello tabiques y empleando las bayonetas y bombas de mano. Y el día 25 tanto esta calle como Yagüe de Salas estaban controladas por dos puestos de ametralladoras que impedían cualquier descubierta procedente de las posiciones enemigas.[33] De hecho, durante la Nochebuena había tenido lugar un intento de asalto republicano contra el reducto del Seminario a través de su iglesia, situada en la parte sur del complejo. Carrasco Canales fue uno de los combatientes llamados a defender el interior del edificio. Sobre todo recuerda la tensa espera a seis u ocho metros de las puertas central y lateral antes de que penetraran a través de ellas sendos blindados, que consiguieron tirarlas abajo tras mucha insistencia, a pesar de estar atrancadas y reforzadas con sacos terreros. Allí les esperaban entre 100 y 150 defensores, que muy pronto se encontraron en una situación dramática: los tanques, que se quedaron en la entrada para tirar

a placer y evitar meterse en una ratonera, batían todo con sus ametralladoras mientras sus víctimas respondían con cócteles molotov. Muy pronto, los riesgos de exponerse al fuego enemigo, única manera de hacer fiable el lanzamiento de las botellas inflamables, hacían que los resistentes erraran en sus lanzamientos:

Esto dio lugar a que nosotros mismos provocásemos fuego en la iglesia. Las llamas, antes de prender fuego en los armatostes, lo hacían en las maderas de las puertas y los bancos, con lo que pronto se encontró ardiendo la mitad de la iglesia [...]. Para mayor desgracia, la bóveda también empezó a caerse por efectos de las explosiones y grandes trozos de materia se nos venían encima.

[...]

Hasta la respiración se nos iba poniendo difícil, ya que entre el polvo de los sacos terreros, los trozos de bóveda que al caer se deshacían y los humos de tanto fuego, convertían en irrespirable la atmósfera en aquel recinto totalmente cerrado [...].

Desgraciadamente para los defensores, sus problemas no habían terminado, ya que al ver el caos de la situación en el interior de la iglesia el tanque apostado en la puerta central de la fachada decidió penetrar en el interior sirviéndose de su ametralladora. Carrasco y sus compañeros de armas vivieron un momento de auténtico terror al oír las cadenas del blindado chirriar en su avance, tal y como confiesa, teniendo como única vía de escapatoria la pequeña puerta que conectaba el Seminario a su iglesia. Fueron «segundos de alucinación y que no dejaban levantarse del suelo y al mismo tiempo te impelían hacia arriba». Sin embargo, ante la evidencia de que iban a morir sin remedio uno de los jefes los llamó a gritos a defenderse y a resistir:

Estas y otras palabras, todas atropelladas, nos dieron un ánimo increíble; era verdad, nuestra situación era de vida o muerte [...].

Nuestros brazos se multiplicaron arrojando bombas y botellas, no poníamos cuidado, era imposible ponerlo en aquella confusión, no sabíamos si arrojábamos primero la botella o la bomba, pero sí sabíamos que si nuestra botella no se inflamaba con la bomba que tirábamos lo haría con la que lanzase otro compañero.

Aquella respuesta colectiva, que Carrasco atribuye de forma acertada a un

esporádico sentido de supervivencia y a la propia presión del entorno, les permitió sobrevivir, de tal manera que el tanque hubo de retirarse en llamas, quedando calcinado delante de la propia puerta y facilitando así la defensa de aquella brecha.[34] Mientras tanto, la ciudad ardía en diferentes focos, fruto de los combates y los intentos de los asaltantes por desalojar a los diferentes grupos de defensores.[35] El día 26 de diciembre cedieron los reductos del convento de San Francisco, en la salida de Zaragoza, y el cuartel de la Guardia Civil, en el acceso occidental al casco urbano por el Óvalo. De este modo, la posición de los defensores del reducto de la Comandancia se veía muy comprometida por el oeste, además de ser constantemente bombardeados por seis piezas que tiraban desde las inmediaciones de la mencionada Casa Barco.[36] El propio Rey d'Harcourt informaba de que el cañoneo estaba abriendo brecha, de que los sitiados se defendían «entre escombros» y, por tanto, sería difícil continuar resistiendo si la aviación no conseguía acallar a los artilleros republicanos.[37] Consciente de los apremios y de su estrategia para presentarse una vez más como providencial salvador de la España martirizada por los rojos, Franco presionó para que el contraataque no se demorara más allá del día 28. Su nerviosismo queda recogido en un telegrama que remitió a Fidel Dávila (1878-1962), jefe del EdN, conminándolo a entrar en acción «sea como sea y con los elementos que se dispongan».[38]

Por supuesto, en una situación así se disparaban los rumores y las falsas alarmas. Así ocurrió con el supuesto ataque previsto por el EP en un punto sensible como era el del sector Bueña-Villafranca del Campo, 55 kilómetros al norte de Teruel. No es de extrañar la preocupación del mando rebelde con estas informaciones: un éxito militar ahí, por donde pasaban el ferrocarril y la carretera que unían la capital del sur de Aragón con Zaragoza y Calatayud, y muy cerca del cuartel general del EdN en Ojos Negros, habría podido hacer mucho daño al operativo rebelde en todo el frente de Teruel. A tal fin se pensaba que podía responder el desplazamiento de una BI acantonada en Foz-Calanda, 130 kilómetros al noreste de la capital turolense, todo ello cuando su destino exacto todavía no estaba claro. En realidad debía de tratarse de la 15.^a, que se encontraba por entonces en aquella zona del Bajo Aragón. Sin

embargo, el propio informe era revelador al respecto: todos los esfuerzos gubernamentales se estaban concentrando en el área del frente más cercano a Teruel y en el propio sitio de la ciudad, mientras que en el Campo de Visiedo, al este del área comprendida entre Bueña y Villafranca del Campo, habían quedado contingentes muy reducidos y bajos de moral. Lo mismo ocurría en el centro y el cuarto nororiental de la provincia, donde solo quedaban pequeños contingentes y donde toda la actividad quedaba restringida al intercambio de proclamas propagandísticas y canciones a través de altavoces.

[39]

Otro informe del día 26 de diciembre, provisto por un civil que había escapado de la ciudad cruzando las líneas enemigas, insistía en un inminente ataque republicano por la zona de Portalrubio y Vivel del Río, al norte del frente de Teruel, con el fin de cortar las líneas de comunicación de los rebeldes.[40] El propio CGG manejaba informes muy similares procedentes de altas esferas diplomáticas, según los cuales había en la zona de Montalbán unos 15.000 hombres a la espera de ver cómo evolucionaban los acontecimientos en la capital turolense. Si el desarrollo de los hechos acababa siendo favorable para el EP parece que se había proyectado utilizar estos efectivos para atacar en algún punto de la línea comprendida entre Caminreal y Vivel del Río, con el fin de cortar la carretera de Zaragoza y aislar a todas las tropas rebeldes que habían sido desplazadas para la proyectada ofensiva contra la ciudad. Así pues, de ser ejecutada con éxito, una maniobra de este tipo habría puesto en un grave aprieto a las fuerzas del ejército sublevado, al menos de forma momentánea. Sin embargo, el devenir de la batalla haría imposible que se materializara dicha posibilidad, tal y como afirmaba Franco en un telegrama dirigido a Dávila el día 31 de diciembre, cuando parecía inminente la reconquista de la plaza.[41]

Este mismo informante aportaba datos relevantes sobre el emplazamiento de la artillería pesada republicana que apoyaba el ataque. Dos baterías de 105 mm tiraban desde el puente del Bao, que era el punto donde la carretera Teruel-Alcañiz salvaba el curso del Alfambra, un kilómetro y medio al norte de Los Baños. Desde allí se dedicaban a machacar el observatorio de los rebeldes en Cerro Gordo, unos ocho kilómetros al noroeste, lo cual nos

permite hacernos una idea del alcance de la artillería pesada. De hecho, muchas de las alturas de la zona eran aprovechadas para el despliegue de otras baterías, como por ejemplo en la carretera de Corbalán, donde se habían emplazado sendas piezas de 220 mm; una batería antiaérea que tiraba desde las inmediaciones de Tortajada; y, por último, más o menos un kilómetro más al sur, dos baterías de 105 mm tiraban desde la Masada de Nogués y Las Pedrizas, así como cuatro piezas de 155 y dos antiaéreas que batían el cielo desde El Muletón.[\[42\]](#) Desde estas posiciones se apoyaba a las tropas de Líster desplegadas en Los Llanos entre Concud y Caudé, encargadas de mantener el cerrojo sobre la ciudad. Sin embargo, a tales distancias la precisión del tiro no siempre estaba garantizada, de manera que no era extraño que las tropas se encontraran bajo una lluvia de proyectiles amigos, con el desconcierto y el terror que ello suponía. Así ocurrió el día 28 de diciembre en las posiciones republicanas de Los Llanos y las estribaciones del Cerro Gordo, frustrando un ataque contra las posiciones enemigas.[\[43\]](#)

El caso es que el día 27 de diciembre se había acabado de perfilar el plan para lanzar la contraofensiva rebelde sobre el Teruel sitiado, que tal y como ya he señalado consistiría en sendos ataques frontales lanzados desde el oeste y el noroeste de la ciudad por parte del CETS y el CETN. En este sentido, se preveía un concurso masivo de toda la artillería de largo alcance disponible en apoyo de las puntas de lanza, para contrarrestar los efectos del propio cañoneo republicano con fuego de contrabatería y abrir brecha allá donde fuera necesario en el curso de las operaciones. La coordinación de los esfuerzos correspondería al propio comandante general de artillería del EdN, que reforzaría los despliegues allá donde fuera necesario a cada momento. Sin embargo, el principal empuje se realizaría en el área de acción del CETS, que en lo referido a la artillería contaría con la acción combinada de aquella adscrita al cuerpo de ejército; la de las propias divisiones que permanecieran estáticas, siempre y cuando sus cañones no fueran requeridos; y, finalmente, una unidad móvil organizada para la ocasión denominada «masa legionaria». La duda estaba en si las condiciones atmosféricas invernales, tan extremas en el Teruel de aquellos días, harían posible el apoyo aéreo previsto.[\[44\]](#) De hecho, Schüler-Springorum señala que la LC no salió muy mal parada de la

batalla de Teruel, sobre todo porque en aquellos primeros compases no pudo entrar mucho en acción debido al temporal que azotaba sus bases de partida en la parte media del valle del Jiloca. La autora afirma que los pilotos «pasaban más tiempo esperando que volando», y haciendo referencia a las memorias del futuro as de la Luftwaffe Adolf Galland (1912-1996), quien dijo que «también nosotros pasamos un frío tremendo. El carbón era escaso. Pero había mucho coñac», algo que nunca faltaba en las partidas de la intendencia sublevada destinadas al frente.[\[45\]](#)

Así pues, ese mismo día quedó establecida la hora prevista para desencadenar la contraofensiva, que había de tener lugar el 28 de diciembre a las 7 de la mañana. El puesto de mando del EdN, encargado de coordinar las operaciones de ambos cuerpos, quedaba establecido en el kilómetro 11 de la carretera de Gea de Albarracín a Teruel, un punto a caballo entre las dos grandes unidades implicadas y bien conectado con Zaragoza y Burgos por el norte. No obstante, ya se preveía que la situación climatológica podía ser imprevisible y dificultar las operaciones, más aún cuando el EP estaba a la espera del ataque. Es por eso por lo que se ordenó tanto al CETTS como al CETN que pasaran un parte meteorológico cada hora a partir de las seis de la mañana, siempre y cuando no se dieran unas condiciones atmosféricas adecuadas para batir las posiciones enemigas con el fuego de la artillería. La idea era que el ataque de la infantería se retrasara lo necesario como para que tuviera todas las garantías de un apoyo artillero suficiente. Por tanto, no se contaba con el efecto sorpresa, tal y como sí había ocurrido en el caso republicano, de ahí que fuera casi total la dependencia de los mandos de infantería respecto al arma de artillería. Eso, como veremos, fue algo que más adelante criticaron los propios artilleros, dada la enorme responsabilidad que tal situación ponía sobre sus hombros a ojos de todos los combatientes, sobre todo en caso de que encontraran núcleos de resistencia enemigos durante su avance posterior a la preparación artillera y de que dicha circunstancia pudiera generar bajas entre la tropa.[\[46\]](#)

En el interior de la ciudad la situación de los defensores se tornaba desesperada por momentos. Sin ir más lejos, el día 27 de diciembre sufrieron la brutal embestida de la primera mina subterránea, uno de los medios

escogidos por el mando republicano para ablandar la resistencia de los sitiados y acelerar la toma de Teruel ante la próxima contraofensiva sublevada. El artefacto hizo saltar por los aires la iglesia de Santa Teresa, situada en el convento homónimo, todavía hoy operativo, en el extremo sur del núcleo de resistencia del Seminario. Todo ello se acompañó de incendios provocados por las fuerzas republicanas con el fin de forzar el desalojo de sus defensores, lo cual fue seguido por combates cuerpo a cuerpo. Ese mismo día se produjo la caída del convento de Santa Teresa, defendido por los hombres del coronel Barba. Por su parte, la propia estructura del Seminario y la calidad de la construcción hacían difícil concebir una defensa similar a la del Alcázar de Toledo, con sus vastos sillares de piedra, hasta el punto que los sitiados reconocían que el día 27 el edificio ya se encontraba muy deteriorado: «Ofrece pocas seguridades». A aquellas alturas, recuerda Carrasco, habían sufrido una drástica reducción de las raciones y se veían privados del acceso al agua, que hasta entonces habían recogido en el pozo del patio del Seminario, ahora bajo el fuego enemigo: «El que jamás haya padecido sed no podrá imaginarse el sufrimiento que ello representa y mucho más si el remedio se encuentra a pocos pasos de uno».[47] La respuesta a las peticiones de auxilio se mantenía constante con el transcurso de los días, llamando a los desesperados defensores a «tener fe [en la] seguridad de auxilio inmediato», que entonces ya era «cuestión de horas». Mientras tanto, en el exterior las fuerzas republicanas trataban de entorpecer los preparativos para el lanzamiento de la contraofensiva rebelde con ataques aéreos y vuelos en picado sobre el sector comprendido entre Caudé y Cerro Gordo.[48]

De hecho, la guerra siempre seguía viva de norte a sur en todo el frente de Teruel, y lo hacía por medios muy diversos. Entre otras cosas, era muy común el concurso de partidas de saboteadores y quintacolumnistas dentro de los pueblos, que colocaban de vez en cuando algún artefacto explosivo en vías de comunicación o instalaciones militares. Así ocurrió diariamente durante las dos últimas semanas de diciembre en la carretera de Caminreal a Utrillas y de Teruel a Calatayud. En este caso concreto se sospechaba de dos hermanos residentes en Bueña, conocidos como «Los Chatos», que parecía que se habían mantenido leales a la República y realizaban misiones para sus

fuerzas armadas, seguramente, aunque no se especifica, relacionadas con el sabotaje y el espionaje en la retaguardia sublevada. De hecho, sabemos que ambos hermanos se encontraban en contacto directo con el capitán Cabezas, al mando de los pueblos del Campo de Visiedo, diez kilómetros al este de Bueña y ya en la zona gubernamental.[49] Es curioso que a finales de enero aparezcan de nuevo ambos hermanos en la documentación del bando sublevado, señalados como posibles responsables de colocar y detonar las minas empleadas por el EP durante el sitio de la capital. Al parecer, se había oído decir a la esposa del mencionado Cabezas que «para lo de Teruel han trabajado muy bien los dos Chatos».[50] No es de extrañar que se recurriera al personal que se tuviera más a mano en un gremio tan especializado y arriesgado como era el de los dinamiteros, donde lo más usual era encontrarse con asturianos por la importancia y larga tradición que tenía allí la explotación minera.

El caso es que cabe imaginar el clima de sospecha y paranoia que debían de generar hechos de este tipo en pueblos como Bueña, que por entonces contaba con unos 400 habitantes. En medio de un conflicto fratricida como el del 36-39 no era extraño que muchos realizaran cálculos desde puntos de vista individuales, sobre todo tratando de averiguar qué evolución seguirían los acontecimientos y cómo responder a cada escenario teniendo en cuenta las decisiones adoptadas en el pasado. Tal era el caso de los rumores que corrían en la zona sublevada sobre el proceder del mencionado capitán Cabezas, que al ver la guerra perdida para la República había comenzado a buscar el mejor modo de salir airoso a ojos de los futuros vencedores. Al parecer, este oficial del EP trataba de convencer a sus hombres y a los habitantes del Campo de Visiedo de que él solo había cumplido órdenes y que nunca había actuado por su cuenta, tratando de ampararse en su diferencia con respecto a la figura de los llamados *exaltados*, a la par que se construía una imagen de hombre de orden.[51] En definitiva, una vez más vemos cómo el conflicto alteró para siempre todos los equilibrios sociales y políticos preexistentes, forzando a muchos a tomar decisiones, creando brechas y divisiones irreparables.

El informe también destacaba de forma irónica que el EP hubiera

decidido controlar todos los accesos y salidas de Teruel en un radio de cincuenta kilómetros a la redonda. Según los agentes, que firmaban como A y B, el objetivo de esta medida no era otro que evitar filtraciones de información sobre la situación real en el frente, sobre todo porque el gobierno, necesitado como estaba de un balón de oxígeno ante la población y las tropas, ya había anunciado la caída de la ciudad sin que esta hubiera acabado de consumarse.[\[52\]](#) En cualquier caso, más allá del peso que pudiera tener este motivo, lo cierto es que la restricción y el control de movimientos en las zonas de combate y sus retaguardias ha sido y es algo muy común en la guerra moderna, primero y ante todo por cuestiones de seguridad militar. Ya no solo se trataría de preservar la integridad física de los civiles o de mantener bajo estricta vigilancia a los combatientes, sino sobre todo de preservar el máximo secreto en lo referente al propio dispositivo militar en la zona de operaciones. De hecho, ese mismo día 26 se produjo la visita al frente de Teruel del ministro de Defensa, Indalecio Prieto (1883-1962), junto a Dolores Ibarruri, La Pasionaria, y al jefe del Estado Mayor del EP, Vicente Rojo, que tenía por fin enaltecer el ánimo de la tropa y dar trascendencia a la batalla por la ciudad, que parecía favorable a los intereses gubernamentales.[\[53\]](#)

Dos días antes, el propio Indalecio Prieto comunicó el ascenso a general del coronel Juan Hernández Saravia (1880-1962), comandante del EdL, a cargo de las operaciones en el frente de Teruel, algo que también benefició a su jefe de estado mayor, el teniente coronel Eduardo Sáenz de Aranaz (1891-1958), que alcanzó el grado de coronel. En su favor aducía los éxitos alcanzados desde el comienzo de las operaciones el día 15. Sin embargo, lo cierto es que los duros combates por la ciudad proseguían tanto en el exterior como en el interior del cerco. Así pues, tanto este como el resto de ascensos decretados ese día 25 son buena muestra de la imperiosa necesidad que tenía el gobierno republicano de proclamar éxitos militares, así como también del clima mediático que creó para ello en torno a la batalla por la capital del sur de Aragón, y ello a pesar de la contención ordenada por Indalecio Prieto. También los jefes del XVIII y el XX CE, los tenientes coroneles Enrique Fernández de Heredia y Leopoldo Menéndez López (1891-1960), así como el

jefe del Estado Mayor del Ejército de Maniobra (EdM), Federico de la Iglesia Navarro (1902-1958), fueron ascendidos al grado de coronel.^[54] Sin embargo, más allá de estos ascensos, que hasta cierto punto no hacían otra cosa que sancionar el orden liberal burgués y la estructura militar tradicional, —prueba de los cambios operados en la retaguardia republicana desde el otoño de 1936— las transformaciones sociales y políticas provocadas por la guerra alcanzarían un punto de no retorno al calor de la batalla de Teruel. Muy pronto, los combates de finales de 1937 y principios de 1938 en el sur de Aragón pusieron de manifiesto que no sería posible proseguir el esfuerzo de guerra sin romper ese orden, al menos con determinados gestos de cara a la galería. Esto pasaba por reconocer, recompensar y promover los sacrificios realizados por las clases populares en su lucha armada y compromiso con la emancipación y la libertad, al menos tal y como estas eran entendidas desde las diferentes fuerzas revolucionarias integradas en el bando gubernamental.

Así fue como el día 1 de enero se llegaría al cuestionamiento y derogación del decreto de Largo Caballero, según el cual los jefes de milicias no podían ser ascendidos a grados por encima de comandante o mayor. Esta medida adoptada en el segundo semestre de 1936 no solo buscaba garantizar la profesionalidad y competencia de los mandos del nuevo EP, sino también proteger los privilegios de las élites militares y vetar el acceso a las altas jerarquías castrenses a individuos que por razones políticas no tuvieran la confianza del gobierno, a pesar de que contaran con méritos en combate y hubieran probado su pericia. Hubo de ser el comportamiento de la 11.^a División y su jefe, Enrique Lister, clave en las operaciones para el cerco de Teruel y su posterior defensa de los contraataques rebeldes, lo que acabara con ese techo establecido por el antiguo jefe de Gobierno socialista.^[55] Sin duda alguna, Lister era uno de los personajes del momento, paradigma del nuevo hombre y los nuevos vientos propiciados por el golpe de Estado, la onda revolucionaria que siguió a este en la zona leal y la propia guerra civil. Así lo prueba la sublimación de su figura por la pluma del periodista cubano Carlos Montenegro, que lo responsabilizaba a él en exclusiva del éxito de la operación diseñada por Vicente Rojo: «Así es Lister; donde quiera que él se encuentre, con pocos o muchos hombres, los fascistas no harán paseos

militares».[56] Nacido en una familia obrera, cantero de profesión, emigrante en Cuba de los once a los dieciocho años, activo militante sindical afiliado al PCE y formado política y militarmente en la Unión Soviética a principios de los treinta, este gallego tuvo un papel muy destacado en la resistencia popular al golpe de Estado en Madrid y en la defensa de dicha ciudad al mando de distintas unidades. En cualquier caso, la realidad de la figura tenía muchas más aristas de las que le atribuían sus hagiógrafos y propagandistas, tal y como explicaré. Además, el ascenso de Líster por orden de Rojo a teniente coronel no estuvo exento de polémica entre el jefe del Estado Mayor del EP e Indalecio Prieto, que se enteró de todo por una filtración de la prensa, antes de que pudiera ratificar el nombramiento.[57]

En cualquier caso, y sin adelantarnos a los acontecimientos, un documento del EdN del 29 de diciembre de 1937 se hacía eco de muchos otros mandos felicitados directamente por Indalecio Prieto por su contribución decisiva en los combates por Teruel. Además del propio Líster, encontramos a otros como Pedro Martínez Cartón, antiguo tipógrafo original de Los Barrios (Cádiz), líder sindical procedente de la UGT y figura clave en la creación de las milicias extremeñas, que ostentaba por entonces el mando de la 64.^a División; Etelvino Vega Martínez (1906-1939), asturiano nacido en una familia obrera curtida en la lucha, chapista y militante del PCE desde su fundación, formado militarmente en la Unión Soviética y clave también en la defensa de Madrid, se encontraba al mando de la 68.^a División en la batalla de Teruel; y Miguel García Vivancos, originario de Mazarrón (Murcia), emigró a Barcelona con su familia durante su juventud, donde se integraría en la CNT y en el grupo «Los Solidarios», contribuyendo decisivamente a la formación de las primeras milicias en la ciudad condal. A finales de 1937 estaba al mando de la 25.^a División.[58] De una u otra forma, todos ellos eran hombres hechos a sí mismos a través de muchos años de militancia y compromiso político y, por tanto, la vanguardia y el paradigma de las decenas de miles de mujeres y hombres que fueron a la huelga el 19 de julio de 1936, tomaron las calles de las ciudades peninsulares para parar el golpe de Estado y marcharon al frente. Reconocer su contribución a la lucha en favor de la causa gubernamental constituía por sí mismo una muestra

simbólica de agradecimiento a todos y todas ellas, pero también la garantía de que las clases populares tendrían voces propias y firmes entre las élites dirigentes de cara a la reconstrucción político-social y cultural de posguerra.

Ese mismo día había entrado en combate la 35.^a División, al mando del polaco Karol Waclaw S´wierczewski (1897-1947), más conocido como General Walter, un hombre con un recorrido vital que es el reflejo de toda una época por su modo de hacer y de pensar.[\[59\]](#) Entre las tropas bajo su mando se encontraba la 11.^a BI, compuesta en su mayoría por austriacos y alemanes por razones de afinidad lingüística. Tal era la seriedad con que el fascismo europeo se tomaba la naturaleza transnacional y armada de la lucha antifascista impulsada por la izquierda revolucionaria, que los responsables del servicio de información del ejército rebelde no dudaron en dispensar un trato especial a los brigadistas internacionales capturados en el frente de Teruel. Así lo indicaba una disposición del 23 de enero emitida por el EdN, en la cual se ordenaba someter a los prisioneros austriacos de la 11.^a BI «a un severo y concienzudo interrogatorio», seguramente a petición de las autoridades del Tercer Reich, que por aquel entonces ya se encontraban planificando el futuro de Austria. Sin ir más lejos, el 5 de noviembre de 1937 había tenido lugar una reunión de Hitler con las altas jerarquías militares y diplomáticas del régimen nacionalsocialista en la que se habían definido los siguientes pasos de la política exterior alemana. Esto pasaba por poner en marcha una serie de maniobras diplomáticas o militares relámpago que pusieran Austria y Checoslovaquia bajo el control del Tercer Reich. El saqueo de sus recursos económicos, humanos y materiales debía contribuir a reimpulsar una economía alemana que estaba entrando en barrena, lo cual comprometía el rearme del país y el conjunto del proyecto nacionalsocialista. [\[60\]](#) No es casual que las informaciones que debían obtener los rebeldes españoles de los brigadistas austriacos fueran encaminadas a comprender las redes de solidaridad, militancia y lucha política de la izquierda europea, especialmente en Austria. Su objetivo era muy claro: desmantelarlas deteniendo a aquellos sobre los que se sustentaban y evitar cualquier posible respuesta organizada frente a una acción militar alemana que había de garantizar el control del país. El documento indicaba la necesidad de

averiguar:

[...] donde y por quienes han sido contratados en Austria y provistos de dinero y pasaporte con falsas declaraciones, para poder emigrar a través de Suiza y Francia a la España roja. Esto forzosamente había de ocurrir en Austria, y no es cierto como parecen alegar, que hallándose sin trabajo ni medios de subsistencia se fueron a pie a Suiza y Francia y desde allí los encaminaron a la España republicana.[\[61\]](#)

Así pues, lo que ocurría en la arena internacional tenía una incidencia directa sobre lo que pasaba al pie del terreno en Teruel, por aquellos días uno de los centros indiscutibles del mundo. De hecho, la huelga general que paró parcialmente el golpe cívico-militar en parte de España durante la segunda mitad de julio de 1936 había tenido mucho que ver con la lectura del conflicto acontecido en Austria en febrero de 1934. Ese mes, el gobierno de Engelbert Dörfuss impulsó una serie de operaciones destinadas a acabar con cualquier forma de oposición desde la izquierda, lo cual incluyó detenciones de personalidades y dirigentes o registros en sedes del potente Partido Socialdemócrata del país. El canciller austriaco no renunció a emplear los medios militares a su alcance para aplastar la resistencia armada de los paramilitares socialdemócratas en puntos concretos del país, aunque ello comportara poner en peligro la vida de miles de civiles que vivían en los edificios. No es de extrañar que los propios nacionalsocialistas alemanes contribuyeran al conflicto con infiltraciones y provocaciones, con la única idea de provocar el máximo desgaste posible entre el gobierno y sus partidarios y los socialdemócratas, claramente opuestos a una eventual entrada de Austria en la esfera de influencia de Tercer Reich. Eso explica la preocupación manifestada por los rebeldes españoles en el control de los brigadistas de origen austriaco durante la batalla de Teruel, ya que hasta 1.400 hombres habían llegado a España desde el inicio de la guerra para continuar con una lucha ya europea que había sido abortada de forma prematura en su propio país. Para las autoridades alemanas debía de ser un hondo motivo de preocupación constatar que a pesar del desmantelamiento de la izquierda austriaca a principios de 1934, esta todavía conservaba suficiente músculo y red como para movilizar y enviar tal número de

voluntarios a España, de ahí que todos los datos e informaciones que pudieran proveer sus aliados españoles fueran más que bienvenidos.

Este tipo de órdenes y medidas formaban parte de la lucha por la legitimidad a nivel internacional, algo que pasaba por demostrar que el enemigo estaba apoyado por potencias extranjeras a todos los niveles, ya fuera armamentístico, financiero, humano, cultural o político. Sin embargo, estas investigaciones no solo tenían por objeto revelar al mundo la injusticia de la que eran objeto las fuerzas de la *verdadera España*, casi sola contra el mundo, sino también de cara a enardecer y movilizar a las bases sociales del régimen, así como a sumar nuevos apoyos y a cerrar filas en torno a la nueva comunidad nacional. En este sentido, desde la sección de inteligencia del CEC se ordenaba que se aprovecharan los combates en Teruel para reunir todo el material y datos que pudieran probar «la intervención extranjera a favor de los rojos», todo lo cual sería utilizado por la Delegación de Prensa y Propaganda para elaborar un folleto de denuncia. Asimismo se conminaba a orientar los interrogatorios de los prisioneros hacia la averiguación de cualquier información que pudiera dar cuenta de las «ayudas de Francia a los rojos sobre todo en el orden militar».[62] Y esto es importante porque muestra que la dimensión más estrictamente militar de la conducción de las operaciones siempre estuvo atravesada y condicionada por motivaciones de tipo político. No es casual que dentro de la mentalidad de cerco que informaba la percepción de la realidad y los razonamientos del fascismo se adoptaran disposiciones encaminadas a poner de manifiesto que, efectivamente, existía una conspiración revolucionaria a nivel mundial contra las fuerzas representantes del *orden* en todos los países del orbe. Y es que, estos lugares comunes del discurso fascista, tan presentes en los programas políticos, los medios de comunicación y las tribunas políticas de todo el ámbito contrarrevolucionario europeo, no eran palabras vacías destinadas a adoctrinar y movilizar a las masas, sino que a sus ojos denunciaban problemas reales y evidentes a los que urgía dar resolución.

Volviendo al curso de los combates por la capital, el día 28 de diciembre no solo no se llevó a cabo la proyectada contraofensiva rebelde, sino que se agudizó la presión sobre el reducto del Seminario. A lo largo de la tarde se

lanzaron sendos ataques republicanos contra el convento de Santa Clara, acompañados de numerosas bajas, al tiempo que se desplomaban los restos de dicho edificio. De este modo, quedaba expuesta a nuevos ataques la ya machacada iglesia del Seminario, situada al norte de este, un flanco por el cual las fuerzas republicanas intentaron penetrar el dispositivo defensivo de los sitiados esa misma tarde. A todo ello había que sumar el intenso fuego de artillería contra el propio edificio del Seminario, así como las frustradas tentativas de ataque debido al fuego cruzado y la encarnizada defensa de los sublevados. Desde el interior se destacaba el «entusiasmo formidable en tropa que contestó agresión con fuego y cantos patrióticos», una escena habitual en las narrativas bélicas tradicionales que no deja de sorprender en circunstancias tan desesperadas, pero que responde sin duda al intento de los sitiados por infundirse ánimos y canalizar su miedo cantando. De hecho, el dispositivo defensivo del Seminario era extremadamente frágil, a la par que intrincado, lo cual daba lugar a combates y encuentros constantes que dejaban en una situación de exposición terrible a los defensores y los refugiados. José Carrasco recuerda cómo aprovecharon la brecha abierta en el convento de Santa Clara y la iglesia del Seminario:

Empezaron ellos a abrir boquetes en las paredes o en la bóveda de las primeras habitaciones que lindaban con la iglesia y arrojándonos bombas de mano nos obligarían luego a ir dejando libres primero los pisos superiores y después todos cuantos pudieron quitarnos. Así fue cómo nos quedamos reducidos a poco más de dos pisos en unos días, que eran los de abajo del todo [...].

Era terrible el estar en una habitación y sentir en una de las paredes o en la bóveda los golpes de un pico que está abriendo un agujero por donde nos podía venir una lluvia de metralla y la muerte.

[...] Era un peligro cuya presencia presentíamos, que lo percibíamos aunque no lo veíamos y que tampoco sabíamos en qué momento tendríamos que afrontarlo ni cuáles serían sus consecuencias.[\[63\]](#)

Precisamente, los defensores se quejaban de las malas artes empleadas por el enemigo, que encañonaba a quemarropa la fachada del Seminario desde posiciones a tan solo 150 metros de distancia, a la altura de los pies de la Torre de San Martín, y atacaba con la aviación el núcleo urbano, afectando muchas veces a civiles.[\[64\]](#) Tras escapar del sitio el día 9 de enero, el capitán

de artillería Raimundo González recordaba que «la infantería roja no atacaba», sino que «lo hacían con aviación, cañón de tanque, dos piezas de 15,5 y minas».[65] Esta estrategia ponía de manifiesto el deseo del mando republicano de minimizar todo lo posible las bajas en la rendición de los reductos rebeldes dentro de la capital y la necesidad de concentrar el máximo número de fuerzas en la defensa del perímetro exterior del cerco, a la espera de la contraofensiva rebelde. No es extraño que los defensores solicitaran el concurso de la aviación propia para acabar con dichas piezas, que hacían imposible cualquier defensa a corto plazo. Por lo demás, se denunciaban los bombardeos indiscriminados contra la población civil, que al fin y al cabo también se encontraba refugiada en ambos reductos, así como el ametrallamiento del personal empleado en las evacuaciones de heridos o en el desescombros de las ruinas bajo las cuales habían quedado sepultados muchos de ellos. En plena lucha por la legitimidad en la escena internacional, dimensión esencial de cualquier conflicto armado, se pedía que este «horrible crimen» fuera dado a conocer en el «mundo civilizado». Por supuesto, el enemigo quedaba excluido de tan selecto club, aunque empleara métodos de combate y formas de hacer la guerra muy similares a las de los propios rebeldes.[66]

Ese día, los sitiados enviaban vía telegrama «un saludo cariñoso» a la aviación, que había puesto a raya la amenaza de la artillería enemiga sobre el reducto del Seminario. Los defensores de la plaza estaban exultantes ante el inicio de la contraofensiva, que se había retrasado un día entero, ello a pesar de haber sufrido bajas a causa de sendas minas explotadas bajo el convento de Santa Clara y el propio Seminario. También en el Banco de España, desde donde radiaba el reducto de Gobernación, y en el Casino, convertido en improvisado hospital de campaña, habían estallado dos minas, provocando un alto número de muertos y heridos. No obstante, tal era la alegría y el optimismo que en previsión de una liberación inminente solicitaban el envío de personal y medios abundantes a la plaza para proceder a la evacuación de enfermos y heridos, dada la situación terrible en que se encontraban estos, carentes de medicinas, alimentos e hidratación suficientes. Desde el reducto de Comandancia se conjuraban afirmando que «hemos resistido, resistimos y

resistiremos hasta el último extremo».[67] Por su parte, el mando de la 52.^a División hacía llegar su aliento y reconocimiento ante el sacrificio de las fuerzas sitiadas: «Contando con vuestro heroísmo, nada es imposible. Estáis asombrando al mundo».[68] Sin embargo, la información que se enviaba a los defensores de la capital, buenos conocedores de la cartografía y la toponimia de su entorno más próximo, era pretendidamente vaga, dados los escasos avances y las abundantes bajas de la primera jornada y media de ofensiva.

En el exterior del cerco los servicios médicos y camilleros eran de los que más trabajo tenían, a menudo en condiciones de exposición equiparables a las de los combatientes de primera línea, con la ventaja de poder dormir a resguardo de forma habitual. Tal fue el caso del militante del SEU y soldado de enfermería José Manuel Cárdenas (1919-?), que recuerda la evacuación de heridos desde la zona de combate frente a Concul hasta Caudé, a menos de cinco kilómetros. Ya no solo es lo que les tocó ver, sino lo que les tocó vivir. Como todos los demás se acordaba del frío, que obligaba a los soldados a dormir bien apretados en las parideras —cuando las había— buscando darse calor los unos a los otros. Recuerda que una mañana al despertarse «el chico que estaba a mi lado estaba muerto. Se apellidaba Marañón y era de Santander. Había muerto por el frío», como tanto otros a lo largo de la batalla de Teruel y en cualquier otra guerra librada en pleno invierno, por ejemplo en el Frente Oriental durante la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, la cotidianeidad de la muerte parecía insensibilizar a los soldados hasta en casos como este, donde es evidente que Cárdenas tenía algún tipo de relación de amistad o contacto con el infortunado al recordar su nombre tantos años después. Sin embargo, la experiencia más macabra, al menos a los ojos de quienes no hemos vivido una guerra, tuvo lugar después de un día de intenso trabajo acarreando heridos del frente a Caudé. Rendido de cansancio, Cárdenas buscó un lugar donde descansar, y encontró un patio con un porche a cubierto donde había multitud de soldados tendidos en línea como si estuvieran durmiendo, así que aprovechó para hacerse sitio entre ellos: «A la mañana siguiente, me di cuenta de que eran muertos. Murió mucha gente en Teruel. Descargaban camiones llenos de muertos».[69]

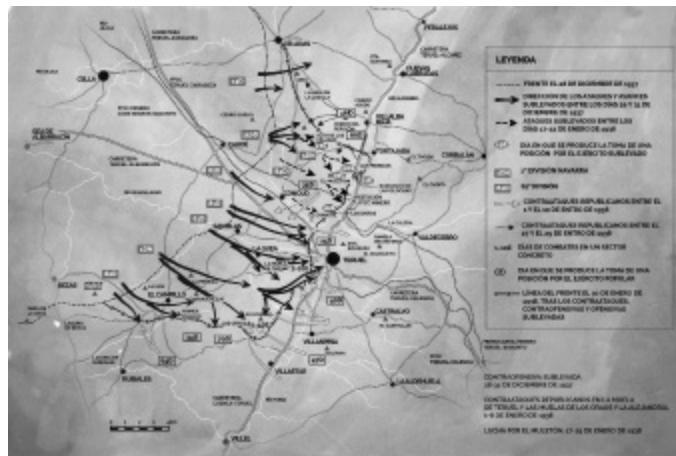
A pesar del retraso de las operaciones, las agrupaciones de baterías del CETS, desplegadas entre la región del Molinazo y los terrenos situados al noreste de Bezas, dedicaron el día 28 de diciembre a ultimar preparativos, estudiar el terreno y preparar las acciones con las que habrían de abrir la contraofensiva. Sin embargo, en un fenómeno como la guerra moderna, donde deben confluír y actuar de forma coordinada decenas de miles de hombres sobre escenarios reducidos con grandes cantidades de armamento, vehículos a motor o animales, los accidentes tienen una presencia casi cotidiana. Curiosamente, este aspecto, que por supuesto tuvo su importancia en la batalla de Teruel, suele ser ignorado por los relatos y análisis de los conflictos, pero como digo es una parte central de la experiencia de guerra. Sin ir más lejos, ese mismo día 28 un conductor de la 7.^a Batería del 14.^o Regimiento Ligero, afecto a la 82.^a División, sufrió un accidente en acto de servicio resultando herido. Como decía, se trata de un problema común que tenía mucho que ver con múltiples factores: las dificultades del terreno, habiendo de acarrear piezas y munición muy pesados por caminos a menudo sin protecciones, sin asfaltar, sin señalizar, con firme defectuoso y muchas veces de noche y sin luces, para no atraer a la aviación o la artillería enemiga; las averías técnicas, una constante en vehículos sometidos a un fuerte desgaste por su uso constante; y, no menos importante, el cansancio por las muchas horas pasadas al volante o el peligro de conducir en ocasiones bajo los efectos del alcohol, muy presente en cualquier guerra. Cualquiera de estos problemas, o varios de ellos, pudieron jugar su papel en el accidente de Emilio Mena Rodríguez, pues así se llamaba el chófer en cuestión.[\[70\]](#)

Finalmente, el día 29 dio comienzo la tan esperada contraofensiva en un frente de unos dieciséis kilómetros de longitud, entre Cerro Gordo, cinco kilómetros al norte de Concud, y el Rincón del Molinero, tres kilómetros al oeste de El Campillo. A pesar de haber amanecido claro, el cielo se había cubierto a lo largo de la mañana, tal y como indica la documentación, pero la aviación rebelde operaba con intensidad sobre las posiciones enemigas, llegando a lanzar ese día hasta 100 toneladas de explosivos. Un informe de las 17.20 horas señalaba que esta era dueña total del aire y había volado bajo, algo que sin duda debió de generar una gran sensación de exposición y un

desgaste psicológico muy fuerte en los defensores republicanos. Buena muestra de ello son las informaciones provistas por unos pasados de la 11.^a División de Líster, que informaron de que «cunde el desánimo entre sus tropas; que todos hablan de nuestra superioridad de medios, convencidos de que no tendrán más remedio que retirarse». Sin embargo, muy pronto se pudo ver que aquello no iba a ser fácil, tanto que aquel día los avances serían mínimos y las bajas muy altas. En sus ataques contra las estribaciones montañosas al norte del llano de Concud-Caudé, la 150.^a División rebelde había sufrido en un solo día de combates 350 bajas entre la tropa, además de 21 oficiales. Más al norte del Cerro Gordo, diversas infiltraciones de las fuerzas sublevadas habían provocado la retirada de las fuerzas de la 39.^a División del EP, aunque más tarde se pudo restablecer la situación con la ayuda de refuerzos. En cualquier caso, como destacaba la documentación rebelde aquel día 29, mientras no se tomara la cota 1152 (entonces 1149), en El Cedrillar, sería imposible operar con garantías sobre el llano, pues permitiría poder acosar a las fuerzas republicanas por el flanco.[\[71\]](#)

El primer día de la contraofensiva los avances de la infantería rebelde fueron muy reducidos, ello a pesar de un empleo masivo de medios artilleros con el fin de ablandar la resistencia enemiga. En una sola jornada el conjunto de las agrupaciones artilleras del CETS consumieron 4.227 proyectiles de todos los calibres, con tiros de corrección y concentraciones de fuego sobre las principales posiciones del EP, pudiendo llegar a extenderse entre treinta y sesenta minutos. Hay que tener en cuenta que, efectivamente, se trataba de un terreno muy intrincado desde el punto de vista orográfico, sin embargo la artillería contaba con la ventaja de que el defensor, en este caso las fuerzas republicanas, tenía que situarse necesariamente en posiciones elevadas desde las que poder dominar las embestidas de la infantería rebelde. Los vigías situados en los observatorios y el estudio constante del terreno hacían el resto. Sin embargo, hubo que esperar hasta el día siguiente para conseguir quebrar la resistencia enemiga frente a El Campillo y al oeste de San Blas. Una vez más, no se escatimaron medios para ello, con un consumo de 4.034 proyectiles, muy similar al del día anterior y muy concentrado en apoyo de las divisiones situadas en el centro del dispositivo rebelde orientado hacia La

Muela. De nuevo, se abrió el día con tiro de corrección de una hora entre las 7.30 y las 8.30, para seguir con preparaciones artilleras de 20 minutos sobre objetivos concretos donde se concentraban las unidades enemigas. A veces, para variar el patrón se concentraba el fuego de todas las piezas durante 15 minutos, pasando de una posición a otra según se hubiera acordado. De este modo, a lo largo del día se consiguió tomar El Campillo y otras posiciones estratégicas de sus alrededores, como las alturas de Los Morrones (1052), el Carrascalejo (1109) y el Primer Vallejo (1165). Eso ya permitió alargar el tiro al final del día y comenzar a realizar «fuerte concentración» de fuegos sobre La Muela, que era el siguiente objetivo del avance.



Mapa 3. Combates entre diciembre de 1937 y enero de 1938 en torno a la capital.

A las 10 de la mañana del día 30 se afirmaba que «parte nuestras tropas avanzan dirección Teruel causándole enorme número bajas al enemigo y ocupando importantes posiciones encaminadas consecución su finalidad». Sin ir más lejos, el frente guarnecido por las fuerzas de la 81.^a BM fue perforado por la 1.^a Agrupación de la 1.^a División Navarra, quedando las primeras aisladas e incomunicadas por el avance sublevado, aunque aún mantuvieran el contacto con la retaguardia por medio de los enlaces y unidades de abastecimiento. Aun con todo continuaron resistiendo, tal y como recuerda el valenciano Marc Torres, quien señalaba que «estábamos agotados», y los mandos, sin saber cómo motivar a sus tropas, tenían que

recurrir a promesas vagas: «Nos arengaban a luchar diciéndonos que todo estaba previsto y prometiéndonos que seríamos relevados por las Brigadas Internacionales». De hecho, rememorando los combates de aquellos días venían a su mente «las pasadas noches», cuando «parecía que estuviésemos en Fallas, con sus grandes fuego de artificio». Desconocedores de la situación real del frente, una buena prueba de la precariedad en la que muy a menudo combatía la tropa, se les había prohibido encender hogueras para no alertar al enemigo de su posición, así que la única forma de combatir el frío era el vino y el coñac, que llegaba en grandes cantidades y ayudaba a calmar la ansiedad. Mientras tanto, «la nieve hacía estragos: a muchos se les helaban los pies».

[72]

No obstante, como decía, en el sector noroeste de la contraofensiva los sublevados quedarían prácticamente encallados y sometidos a una terrible sangría en su encuentro con las tropas de Líster, frente a Concud. El día anterior, la 150.^a División de los rebeldes había protagonizado durísimos y sangrientos combates en toda la zona de Cerro Gordo y la parte norte del Alto de las Celadas, que separaba el pueblo homónimo de Concud. Intentando abrir el paso hacia dicha población y el llano que descendía hasta la vega del río Alfambra, la 150.^a se había dejado por el camino nada más y nada menos que 500 bajas, una cifra escalofriante que prueba la dureza de los combates durante aquellos días en este punto del frente. De ahí que su progresión se viera frenada en aquellas estribaciones. Por su parte, las divisiones 84.^a y 62.^a habían pagado un peaje menos duro, con 80 y 22 bajas respectivamente, y ello a pesar de que las fuerzas sublevadas habían contado con el dominio del aire durante todo el día, haciendo prácticamente imposible cualquier respuesta organizada del EP en campo abierto. Por eso mismo, a primera hora de la mañana los mandos rebeldes mostraban su confianza en que la superioridad artillera estaba provocando «un gran desgaste» en el enemigo «y que al fin tendrá que ceder terreno».[73] Sin embargo, Luis de Armiñán se empeñó con ahínco en presentar una visión deformada de la misión de las fuerzas sublevadas en aquel sector durante el día 30 al decir que aquellos primeros asaltos no habían sido sino tanteos de desgaste llevados a cabo en inferioridad numérica, para medir las fuerzas de los contendientes:

En este género de luchas el triunfo es del ejército que al final de la batalla conserva mayor moral en sus núcleos y un menor número de bajas. Las nuestras, si atendemos a la magnitud del combate, son muy pocas, y el espíritu de las fuerzas combatientes se conserva entero [...]. La diferencia entre ellos y nosotros es que si se nos producen, por ejemplo, doscientas bajas en una agrupación de trescientos hombres, los ciento que quedan en pie continúan combatiendo con mayor entusiasmo que antes. Y ellos, a la tercera parte de bajas de su totalidad, tienen que ser retirados del campo, porque ya no tienen fuerza para continuar el combate.[74]

En la visión mito-poética del ejército sublevado transmitida por Luis de Armiñán no había lugar para el miedo, y la imagen que construye del enemigo pasa sin solución de continuidad del fanatismo al derrotismo, dos dimensiones poco compatibles con el fervor revolucionario. Así pues, las fuerzas sublevadas se crecían ante las dificultades, poniendo en valor su virilidad por encima de la de sus enemigos, cuyo mando se dedicaría a malgastar vidas de forma inútil. Mientras tanto, dentro de la ciudad, Rey d'Harcourt enviaba un apurado radiotelegrama en el que confirmaba que seguían siendo atacados con toda clase de estrategias propias del combate urbano, afirmando a su vez, y pensando en una futura liberación que lo elevara a la condición de héroe, que resistían «pensando en Dios y en España, que somos españoles».[75] El propio Joseph Goebbels, bien informado, se hacía eco ese mismo día de lo que ocurría en la capital del sur de Aragón, apuntando en su diario que «Teruel se defiende de forma heroica frente a los masivos ataques rojos. Franco intenta una gran maniobra de cerco».[76]

Aquel día 30 la situación estaba cambiando rápidamente en el sector occidental, con la caída de El Campillo en manos de la 84.^a División junto a 300 prisioneros.[77] El mando se congratulaba de que «la impresión es buena; el enemigo cede». Mientras tanto, al norte había caído la cota 1152, lo cual permitió por fin asaltar el llamado *trincherón del llano* con garantías de éxito, hasta el punto que al final de la tarde había sido tomado casi en su totalidad. Por supuesto, nada de esto se hizo sin consecuencias, ya que solo el CETN había sufrido 500 bajas a lo largo de ese día 30.[78] Y a pesar de la presión exterior sobre las fuerzas republicanas en torno a la plaza, estas no cejaron en sus intentos por reducir los dos focos de resistencia que combatían a la desesperada, esperando el rescate de sus camaradas.[79] Los propios

partes de operaciones de la artillería adscrita al CETS durante los días de la contraofensiva nos permiten seguir con detalle el curso de los acontecimientos. De hecho, se trata de un ejercicio tanto más interesante teniendo en cuenta el escaso protagonismo que se concede a dicha arma en la historia militar clásica y los estudios de la guerra, donde siempre aparece como un elemento secundario y auxiliar de los relatos, casi como si se tratara de una presencia vaga. Sin embargo, poner el foco en la acción y los problemas de los artilleros nos permite ampliar nuestra perspectiva hacia horizontes más omnicomprendidos, a la par que entender por otra vía los enormes retos técnicos y logísticos planteados por la guerra moderna o el peligro constante que acecharía a los hombres. Y es que, lejos de ser maquinarias exactas que funcionarían sin interrupción por medio de automatismos, los ejércitos de masas de la contemporaneidad seguían (y siguen) siendo extremadamente dependientes del esfuerzo titánico, la inteligencia, la iniciativa y la capacidad de improvisación de hombres corrientes y de militares profesionales sobre el terreno.

Así pues, los ejércitos no funcionan según una mecánica infalible e invariable, sino que están sometidos a las eventualidades del azar y al fuerte deterioro del armamento conforme avanzan los combates. Buena prueba de esto último son los desperfectos que se registraban cada día, unos de más y otros de menos gravedad, pero que en la mayor parte de los casos podían llegar a paralizar el funcionamiento de las piezas por un buen rato. Por ejemplo, el día 30 se da cuenta de tres percutores, tres muelles y tres seguros rotos, así como también erosiones en el rayado o las estrías internas de un cañón provocadas por un proyectil defectuoso y otros problemas en los sistemas de elevación dentados de las piezas.[\[80\]](#) Esto hacía que el personal adscrito a las baterías, especialmente sus mandos, se viera obligado a desplegar todo su ingenio para dar soluciones provisionales o permanentes a los problemas que iban surgiendo, a pesar de la constante «falta de medios» reconocida en la documentación. Como cabe imaginar, la capacidad de improvisación era especialmente valorada por el mando, y así se reconocía ese día 30 en el caso del capitán Eusebio Álvarez Miranda, jefe de la 2.^a Batería del 4.º Regimiento Pesado, quien consiguió mantener sus piezas «en

constante actuación» a pesar de todo, dando muestras de iniciativa «y celo». En ocasiones, los problemas de las piezas no habían podido solucionarse por las razones que fuera, tal y como ocurría en el caso de la 12.^a Batería del 3.er Regimiento Pesado, que desde la batalla de Brunete tenía entre sus piezas dos que estaban inservibles por erosiones en el rayado. Esto hizo que el día 31 la unidad quedara fuera de combate y hubiera de retirarse a Gea de Albarracín al perder sus dos últimas piezas por desviaciones en el cañón de hasta 5 milímetros y por las rebabas producidas por el uso constante, con el peligro que ello entrañaría. De ahí que ese mismo día fueran enviadas al Parque de Burgos para ser reparadas.

El 31 de diciembre la contraofensiva sublevada alcanzó su máxima penetración en el dispositivo republicano.^[81] Una vez más, el concurso de la artillería fue decisivo, realizando tiros de corrección sobre La Muela desde primera hora de la mañana y preparaciones artilleras sobre San Blas a partir de las 8.40 durante veinte minutos, algo que hizo posible la conquista de dicha población por parte de la 81.^a División. Finalmente, el máximo esfuerzo se realizó sobre La Muela, centro del avance rebelde en dirección a Teruel, desplazando la concentración de fuego desde la parte central de dicho accidente hacia el este, siempre en función de las necesidades dictadas por el panorama que se encontraba la infantería en su avance, con la cual existía comunicación constante. De hecho, ese día ya se observa una reducción del consumo de proyectiles a la mitad, quedando en 2.248, una prueba evidente del derrumbamiento de la resistencia republicana en todo el sector cubierto por el CETS. Sin embargo, el tiro de la artillería no solo se centraba en los enclaves y posiciones defendidas por la infantería enemiga. A veces el objetivo era obstaculizar la circulación por caminos y carreteras, poniendo en apuros el abastecimiento, la llegada de refuerzos o las retiradas, un tipo de acción que queda recogida prácticamente todos los días, especialmente en la carretera de Teruel a Masegoso o en el camino de El Campillo a Rubiales. Incluso se daban casos en que la artillería de un CE podía auxiliar a la del otro, como ocurrió el día 30, cuando el CEG recibió apoyo para batir las posiciones republicanas en Los Llanos frente a Conclud ante la gran resistencia presentada por sus defensores. Cabe pensar el efecto pavoroso que

debía causar en los combatientes encontrarse con una lluvia de plomo inesperada procedente de una dirección desde la cual no cabía esperarla, porque al final la supervivencia en combate, aunque muy dependiente del azar, también se funda en la costumbre, la regularidad y el conocimiento del enemigo. De ahí que este tipo de ataques sorpresivos pudieran llegar a resultar tan efectivos.

En cualquier caso, mantener la efectividad del tiro requería una constante movilidad de las piezas y sus dotaciones, y cabe pensar en los problemas logísticos que esto comportaba en periodos de ofensiva y a través de terrenos inhóspitos donde podía llegar a resultar difícil encontrar caminos para el ancho de las piezas, los camiones y los tractores. Precisamente, el día 31 las baterías hubieron de cambiar su emplazamiento, desplazándose hacia el este para acompañar el avance de la infantería. Por eso no era menos importante el buen estudio y conocimiento del terreno, así como el constante tendido de líneas telefónicas para mantener comunicadas las baterías entre sí y a estas con los mandos de la infantería y los centros de mando, algo que exponía sobremanera a los hombres a cargo de dichas misiones. De ahí que la última jornada del año se reconocieran los méritos del sargento José Ortega, por su «valor en los momentos de peligro atendiendo a la reparación de las líneas telefónicas», auténtico sistema nervioso de cualquier ejército moderno.^[82] Los propios servicios de inteligencia italianos reconocían que la clave aquellos días había estado en la concentración de fuego propiciada por la acción de la artillería, muy superior a la que podía poner en liza el EP. También la aviación había contribuido con algunas incursiones, a pesar de lo espantoso de las condiciones climáticas, con fuertes rachas de viento, ráfagas de nieve y a diez grados bajo cero, temperatura que aún bajaba varias decenas de grados más en el aire.^[83] Así pues, en buena medida sería esa abrumadora superioridad de la potencia de fuego de los rebeldes la que acabaría por explicar la desbandada general de las fuerzas republicanas, que se saldó según los italianos con un millar de prisioneros.^[84]

No obstante, hay que añadir más causas para explicar este caso de pánico que se vivió entre las tropas del EP aquel día 31, inusitado por lo contagioso. Y es que el derrumbamiento de la resistencia no solo afectó a las tropas

apostadas en La Muela, sino también a las que defendían Los Llanos frente a Concup de las acometidas de la 62.^a División del coronel Antonio Sagardía Ramos (1880-1962), que atacaron en dirección sureste al amparo de la línea de ferrocarril, elevada un par de metros sobre el terreno.[\[85\]](#) En este sector, que hasta el día 30 estaba a cargo de la 11.^a División de Líster, el problema vino en el momento del relevo, cuando entraron en línea las unidades que habían de sustituir a sus maltrechos compañeros de armas, cuya división había quedado literalmente destrozada tras quince días de combates ininterrumpidos. Un soldado extremeño de la 228.^a BM recordaba que la operación estuvo plagada de negligencias y tuvo lugar en medio del caos más absoluto, algo muy peligroso si tenemos en cuenta lo delicado de un momento así en cualquier frente activo. Nadie se tomó la molestia de esperar e informarles de cuál era la línea que debían cubrir, cuál era la posición del enemigo o los medios con que contaba para batir el terreno en cada ángulo. Los de Líster, que habían sufrido 2.587 bajas, lo único que querían era escapar de aquel infierno cuanto antes y descansar, pero de aquel modo dejaron vendidos a los hombres de la 68.^a División. El informe del Comisariado del EdL añadía que los relevos «se encontraron con que algunas de las trincheras que se les señalaban como propias, estaban ocupadas por el enemigo, lo que produjo la consiguiente desmoralización».[\[86\]](#) Por si fuera poco, los soldados de la 11.^a División no hicieron sino inocular aún más miedo e incertidumbre en los recién llegados:

Aún nos desmoralizaban más diciendo que entonces veríamos lo que era bueno: «Los fascistas tienen más ametralladoras que pelos llevas en la cabeza». No sé el tiempo que estuvimos en esa situación, sin fusiles y sin material. Se desató una ola de pánico indescriptible. Yo me uní a otros dos paisanos —cuyos ideales no estaban con los republicanos precisamente— y corrimos, como corrían todos, hasta llegar a Teruel. Allí nos desligamos de los demás y fuimos a refugiarnos en casa de unas gentes de San Julián con las que ya habíamos entablado amistad [...]. Nosotros queríamos aguardar allí hasta la entrada del enemigo.[\[87\]](#)

Lo mismo le ocurrió a las tropas de la 67.^a División del EP, que entraron en línea a la derecha de la 68.^a avanzando desde el Alto de las Celadas. Aún iba más lejos su comisario anarquista al señalar como responsable directo al

propio Líster, que «con la mano nos señaló cuáles eran las posiciones marchándose al acto seguido, cuando llegaron dos compañías nuestras al sitio marcado por él, cayeron prisioneros, pues habían sido abandonadas por las fuerzas que manda» el susodicho. De hecho, parece que uno de estos episodios se produjo en uno de los últimos reductos que resistían más al noroeste, en el cruce de las carreteras de Zaragoza y Albarracín, donde acudió el relevo: «Los nuestros les dejaron acercarse y cuando estuvieron a tiro rompieron fuego, haciéndoles 150 prisioneros y cogiéndoles 14 ametralladoras y algunos morteros».[88] Es evidente que estas acusaciones revelan el resquemor y las tensiones internas dentro del EP, no ya solo por las diferencias políticas, sino por la percepción de que Líster, dada su fama, había sido elevado a la categoría de infalible e intocable, a pesar de que solía conducirse de forma chulesca y autoritaria. Ello no era óbice para que el comisario reconociera que el día 31 se habían producido retiradas injustificables, a pesar de que como él mismo afirmaba la situación enfrentada por los combatientes había sido infernal, ya que «el enemigo ha empleado gran alarde de fuerza [tanto] en aviación como en artillería abriendo cortinas de fuego de dos y tres kilómetros empleando hasta 300 aparatos».[89]

Así pues, se trata de la historia de terror y conscripción de miles de hombres en medio de una guerra total, experiencia que podría extrapolarse a cualquier conflicto contemporáneo. Además de por el miedo y la sensación de exposición, la reacción se explica por el absurdo de las situaciones a las que son empujados los hombres y el deseo de huir para no acabar sus días como cualquiera de los cadáveres que yacían por doquier. Tal y como recordaba Luis de Armiñán, «los cadáveres asomaban sus miembros rígidos entre el blanco immaculado».[90] A pesar de todo, las tropas de Sagardía no aprovecharon que el frente estaba completamente desguarnecido y se frenaron tras entrar en Concud, seguramente también con la juiciosa idea de garantizar un cobijo a los hombres en aquella noche de nieve y ventiscas. Existía la posibilidad de que avanzar más adelante condenara a la unidad a permanecer a la intemperie en la húmeda vaguada del río Alfambra, que corría tres kilómetros al sureste pegado a la muela sobre la que se alzaba

Teruel. Los propios partes internos del ejército rebelde reconocían que en la zona «está nevando furiosamente; no ha habido visibilidad ninguna», algo que planteaba un problema de seguridad por las posibilidades de darse casos de fuego amigo. Lo mismo ocurría más al norte, frente al Alto de las Celadas y El Muletón, donde los republicanos estaban tan bien fortificados que nada se podía hacer sin preparación de la artillería y que, evidentemente, lo tenía imposible en aquellas condiciones atmosféricas.[91]

La cuestión es que las unidades en desbandada procedentes de Los Llanos de Caudé y de La Muela, dispersas por la potencia de fuego y el empuje de la infantería rebelde, acababan arrastrando consigo a buena parte de las que se encontraban por el camino. Uno de los rumores que corría entre la tropa y hacía que se extendiera el terror era que muchos afirmaban haber visto a los *moros* llegando al Cementerio y a El Mansueto, tropas que aún entonces seguían provocando pavor.[92] Todo esto era mentira, por supuesto, pero nos da una idea del fuerte estrés y el agotamiento al que estaban sometidos los soldados tras días de duros combates en condiciones de frío insoportables, hasta el punto de difundir bulos de manera instintiva y percibir la realidad de forma casi alucinatoria. A media tarde miles de hombres empezaron a confluír en la carretera de Sagunto, hasta el punto que Andrés Nieto, al mando de las dos BBMM de la 40.^a División encargadas de sitiar y tomar los reductos rebeldes dentro de la capital, también se dejó llevar por el pánico y ordenó a sus hombres retirarse de sus posiciones. El propio Rafael García-Valiño (1898- 1972) recuerda en sus memorias de la guerra que «desde La Muela podía verse una gran masa de hombres, caballos, artillería y carros replegándose por la carretera de Sagunto. Igualmente, las guarniciones de Santa Bárbara y Mansueto eran abandonadas».[93] Sin embargo, los hombres de la 84.^a y la 87.^a BBMM no huyeron hacia Puerto Escandón junto a sus compañeros de armas, sino que se desplegaron en el perímetro exterior del casco urbano. Uno de ellos era el sargento de ametralladoras del Batallón Largo Caballero de la 84.^a BM, Domingo Cebrián Castelló, que se encontraba emplazado con sus hombres en una casa de la carretera de Zaragoza junto al Turia, justo delante de las vanguardias franquistas:

Los llegué a ver a los tíos, que bajaban de La Muela rodando cuesta abajo como moscas. Allí me venían los cañonazos y las piedras de la vía del ferrocarril volaban hasta donde estaba yo. Me pegaron un cañonazo unos metros detrás de mí, que lo sentí en las costillas. Vacíé un montón de cápsulas, y ya no podía seguir disparando porque la ametralladora estaba roja, como la fragua, de tanto tirar.[94]

Un telegrama interno de las fuerzas rebeldes confirmaba esa resistencia que estaban encontrando en la orilla izquierda del Turia, desde donde tiraban Cebrián y sus compañeros con la ametralladora. Era a la derecha del dispositivo ofensivo sublevado donde se había registrado la retirada «en completo desorden» del enemigo.[95] Así pues, en un momento de confusión y caos como aquel, donde nada parecía estar muy claro, el hecho de que las tropas rebeldes no entraran en la ciudad aquella tarde también pudo tener que ver con la propia incertidumbre respecto a la situación real y el miedo a envolver a las tropas en combates urbanos donde tenían las de perder, sobre todo cansadas como estaban después de combatir todo el día. En cualquier caso, el desastre general de las tropas republicanas se explicaría por las condiciones de inferioridad material en que combatieron, muy desgastadas por quince días de combates continuados. La situación no hizo sino agravarse al tener frente a ellos a unidades muy bregadas del ejército sublevado, que habían llegado frescas. Además, muchas de las premisas establecidas por Rojo sobre el papel para el desarrollo de la ofensiva de Teruel se habían quedado ahí, sobre el papel. Las crecientes exigencias de los combates pronto pusieron de manifiesto que sería imposible dar relevos adecuados, garantizar el cobijo o mantener un abastecimiento regular: los hombres habían sido llevados al límite de sus fuerzas, con «marchas, traslados, cambios de mando, etc.» que «han hecho más estragos que el plomo enemigo».[96] A pesar de lo difícil de la visibilidad a causa del clima, desde el reducto del Seminario se habían seguido con emoción apenas contenida los avances de las tropas rebeldes a través de La Muela, tal y como recuerda José Carrasco:

En plena mañana [del día 31] los fogonazos ya no resplandecían, pero íbamos viendo más, ¡más cerca!, unos bultos confusos, envueltos en sus capotes, que se movían de un lado para otro, que se arrastraban y que eran los soldados de las fuerzas nacionales los que venían a liberarnos. La fuerte nevada no nos permitía ver con claridad de qué fuerzas se trataba, pero sí que se veía y

cada vez más, que los rojos se iban replegando a la ciudad y que ya habían llegado a La Muela los soldados del Generalísimo Franco.

[...] ¡Cómo se les notaba en su cara a los heridos y enfermos la satisfacción que sentían cuando les dábamos ánimos y le explicábamos las posiciones que iban ocupando con bastante rapidez las fuerzas nacionales![\[97\]](#)

Efectivamente, durante la tarde las vanguardias rebeldes de la 1.^a y la 61.^a divisiones alcanzaron la margen derecha del Turia, concretamente el Tercio de Navarra y un tabor de regulares frenaron su avance en el Puente de Hierro, frente a los Franciscanos y a la vista del Seminario. De hecho, en aquel momento y dada la retirada de las desmoralizadas tropas republicanas, los sitiados podrían haber salido de la plaza y los atacantes haber entrado en ella a placer. Sin embargo, para los primeros la situación era confusa, ya que la caída de la noche y el confuso paisaje creado por la gran nevada que estaba cayendo desde primera hora del día hacía temer que las fuerzas republicanas se hubieran emboscado para cogerlos por sorpresa y acabar con su resistencia.[\[98\]](#) Nada más lejos de la verdad, ya que a excepción de la 84.^a y la 87.^a BBMM, toda la ciudad había quedado desguarnecida, algo que sabían por la información que al parecer había dado algún desertor, aunque quizás se negaran a creerlo. Si bien desconozco en qué se basaba para señalarlo, Pompeyo García afirmaba que si los sitiados no intentaron conectar con sus salvadores no fue porque no existiera tal deseo entre la tropa de los reductos. Al parecer, los coroneles al mando, Barba y Rey d'Harcourt, se negaron pistola en mano a permitir la salida de sus hombres por su deseo de emular a Moscardó en el Alcázar de Toledo e inmortalizar el momento de la liberación en las ruinas del Seminario y la Comandancia a plena luz del día. La versión que transmitió el veterano Carrasco Canales diverge, al menos en primera instancia. Este señalaba que en su reducto hubo debate entre los oficiales respecto a la conveniencia de intentar salir de allí o permanecer a la espera de los libertadores. Parece que al final pesó más la consideración por el posible destino de los 550 heridos y enfermos en caso de problemas, ya que tampoco podían portarlos consigo: «Así lo decidieron los oficiales y todos, aunque calladamente, también creíamos que era lo más acertado y así nos lo decíamos unos a otros».[\[99\]](#)

Por su parte, el mando rebelde confiaba en que podría aprovechar la mañana del 1 de enero para realizar una puesta en escena providencial de su entrada en la ciudad el mismo día de año nuevo, que habría de ser el augurio de la victoria definitiva de la Nueva España. Tanto es así que incluso se apostaron centinelas en los accesos al Puente de Hierro sobre el Turia, para que nadie intentara acceder a la plaza antes de lo convenido.[\[100\]](#) Fue entonces, avanzada la madrugada y al ver que la tan anhelada entrada de los libertadores no se producía, cuando el pesimismo volvió a apoderarse de los sitiados, tal y como señala José Carrasco. En ese momento sí que se produjeron quejas e insultos contra los oficiales al mando, al no haber dado la orden de conectar con las avanzadillas del CETS, a menos de 500 metros. El agotamiento físico y el colapso psicológico provocado por días de gran exigencia y tensión nerviosa hicieron que afloraran los conflictos y las amenazas entre los defensores:

Un grupo bastante numeroso nos dispusimos para salir y jugarnos el todo por el todo a fin de intentar escapar de aquella terrible ratonera en que el Seminario se había convertido; todos comenzábamos a ser víctimas del derrotismo, nos creíamos con autoridad para exteriorizar nuestro descontento, por lo que fue necesaria la intervención de dos comandantes de infantería para hacernos desistir de nuestros propósitos y someternos a disciplina.[\[101\]](#)

En cualquier caso, el temporal y la noche habían frenado el avance a la altura de la línea que iba desde el sur de El Cedrillar, situado un par de kilómetros al sureste del Cerro Gordo; el llamado *trincerón del llano* y Concud; San Blas; la estratégica posición de La Muela; y, por último, diversas alturas al suroeste de Teruel que componían un arco a poco más de dos kilómetros al oeste de Villaspesa y la vega del Turia. En aquel momento el mando sublevado todavía esperaba alcanzar unos objetivos extremadamente ambiciosos, sobre todo si atendemos a la relativa lentitud y el alto coste en vidas humanas de los últimos combates. La idea era alcanzar la línea imaginaria que de norte a sur dibujaba un arco que envolvía la ciudad de Teruel por el este y discurría por el Alto de las Celadas, unos dos kilómetros al este de El Cedrillar; El Muletón, dos kilómetros más al sur; el cerro de Santa Bárbara, que dominaba todo el casco urbano de Teruel desde

levante; el imponente alto del Mansueto, unos cuatro kilómetros al este de la ciudad; y, finalmente, los vértices de Castellar, al suroeste de Castralvo, y de la Galiana, dos kilómetros al sureste de Villaspesa. En muchos casos suponían avances de casi diez kilómetros, algo que aún parecía posible teniendo en cuenta el caos y el desánimo profundos que se habían contagiado entre las filas republicanas, que en aquel momento se encontraban en desbandada en casi todo el sector cubierto por el CETS. La idea era, en definitiva, echar el cerrojo sobre Teruel al controlar todos los principales puntos estratégicos de entrada y salida de la ciudad, pudiendo así encerrar y machacar a placer los restos de las fuerzas republicanas y, al mismo tiempo, liberar a las guarniciones sitiadas en el casco urbano.[\[102\]](#)

Fuera del teatro de operaciones nada se sabía. De hecho, en los cauces oficiales de la autoproclamada Nueva España ya se daba por hecha la nueva intervención milagrosa del genio militar del Caudillo y su esforzado ejército, porque así se había hecho saber. Así pues, la noche del día 1 se sucedieron los telegramas dirigidos a Dávila por autoridades militares y civiles que celebraban la reintegración de Teruel al cuerpo de la patria, preparando su entrada en la gloriosa narrativa del Alzamiento y la Cruzada. Por ejemplo, el gobernador general de Valladolid hablaba de «espíritu y heroísmo jamás igualado» y de «triunfo definitivo de nuestra santa causa de redención»; el alcalde de Tarazona, Félix Ylarri, transmitía en nombre de sus convecinos la «gratitud» por la «liberación Teruel a la vez que felicito entrada Año de la Paz»; el rector de la Universidad de Zaragoza se refería a lo ocurrido como «incomparable triunfo glorioso ejército a sus órdenes»; el comandante militar de Baleares también hacía llegar «efusiva felicitación por brillante y heroico levantamiento cerco valerosa ciudad de Teruel», todo ello en «nombre fuerzas estas islas, pueblo mallorquín y mío»; el Gobierno Militar de San Sebastián consideraba los hechos como una «brillante página [...] de la historia de nuestra patria».[\[103\]](#) Incluso Joseph Goebbels anotaba en su diario el día 1 que «Franco ha tenido éxitos en Teruel», aunque en días sucesivos demostró estar peor informado al señalar el 4 que «Franco ha liberado Teruel otra vez. Una gran victoria para él» o, al siguiente, que el Caudillo «tiene las manos libres otra vez. Teruel de nuevo asegurado».[\[104\]](#)

Así pues, lo único que se esperaba para la jornada de Año Nuevo eran tareas de «limpieza» en el casco urbano sobre enemigos rezagados, dentro de ese lenguaje eufemístico tan propio del mundo castrense.[\[105\]](#) Sin embargo, lo cierto es que la batalla de Teruel se había dado por terminada cuando apenas acababa de comenzar.

Durante la madrugada de Año Nuevo y a lo largo del día, las fuerzas republicanas retomaron posiciones tras las drásticas y fulminantes medidas disciplinarias ordenadas por el Estado Mayor del EP, con la presencia personal de Vicente Rojo, y ejecutadas por sus mandos para frenar la desbandada y restablecer la disciplina entre la tropa. La orden de Rojo informaba que habían sido ejecutados seis *agentes* y señalaba a supuestos *agitadores* como causantes del pánico. Se trata de un recurso habitual del mando en este tipo de situaciones límite, que buscaría contener el pánico y el derrotismo de los combatientes infundiéndoles el miedo a ser identificados y tratados como saboteadores. Es por eso por lo que Rojo autorizó a los mandos a actuar «de manera fulminante y pública» frente a todos aquellos que «propaguen noticias, siembren alarma o realicen actos que puedan provocar la desmoralización de la tropa».[\[106\]](#) Incluso se llegaron a apostar ametralladoras en el puerto Escandón para frenar la huida de las tropas.[\[107\]](#) Cabe imaginar el tremendo esfuerzo que hombres y bestias hubieron de hacer durante aquella terrible Nochevieja para retornar a las posiciones en medio del manto blanco que lo cubría todo. El combatiente vitoriano Tomás Fernández Montoya, de la 1.^a Agrupación de la 61.^a División comandada por Muñoz Grandes, fue uno de los que llegaron a las puertas de la ciudad la tarde del 31 de diciembre. Este vasco se pasaría la noche en vela cumpliendo una misión de enlace que en circunstancias normales le habría tomado una hora, pero que en aquel caso le llevó ocho. Tenía que contactar con el puesto de mando de la división para comunicar la posición de las avanzadillas a la orilla del Turia. Tal era el paisaje lunar dibujado por el espeso manto de nieve que resultaba imposible orientarse en la oscuridad, siendo la única referencia útil los grupos de combatientes reunidos en torno a hogueras, que no eran muchos por la falta de leña y la humedad del suelo. Tras cumplir su misión volvió con sus compañeros de agrupación por la mañana, para participar en la

toma de posesión de la plaza:

Se ordenó la tropa para entrar en Teruel en formación de desfile. ¡Cuál sería nuestra sorpresa cuando nos recibieron con descargas cerradas de fusilería y ametralladoras! Las cosas se habían complicado. No entramos en Teruel, sino que abandonamos nuestras avanzadillas y nos refugiamos en La Muela. Teruel, que la habíamos tenido tan a mano, se había convertido en un hueso duro de roer.[\[108\]](#)

Los corresponsales de guerra británicos desplazados a la capital del sur de Aragón informaban a la misión diplomática de su país en Barcelona «que el estado de cosas en la línea de fuego es imposible de describir y que las tropas han de soportar las más duras privaciones, a más del carácter sangriento de la lucha».[\[109\]](#) Tanto es así que ya en la mañana del día 1 la 47.^a División del EP, al mando de Gustavo Durán (1906-1969), consiguió retomar el control del sector oriental de La Muela en circunstancias climatológicas muy difíciles, algo favorecido por el desplazamiento de la 1.^a División de García-Valiño hacia el sur. Este último movimiento había tenido por objeto consolidar el flanco derecho del CETS, tomando La Muela de los Oraus y La Muela de la Alejandra, al tiempo que proseguir profundizando en los objetivos planteados por el Estado Mayor rebelde (véase mapa 3). Sin embargo, las tropas de García-Valiño muy pronto se vieron envueltas en durísimos combates por el control de dichas posiciones, algo que distraería su atención de La Muela de Teruel, otro escenario donde los enfrentamientos cobrarían una gran virulencia. Lo que le ocurrió a Marc Torres y a algunos de sus compañeros es buena muestra de la confusión y la incertidumbre reinantes en aquellos días 31 de diciembre y 1 de enero, cuando se vieron copadas multitud de tropas republicanas por el desplome de la resistencia de la 97.^a BM, en su flanco derecho, del cual no habían tenido noticia:

Vimos avanzar frente a nosotros y a espaldas de nuestro frente a centenares de personas que con toda tranquilidad venían a nuestro encuentro. Pensamos al principio que se trataba de las Brigadas Internacionales, a las que estábamos esperando. Pero no eran los nuestros; se trataba de tropas nacionales y, aún peor, de regulares y de la Legión. No tuvimos más remedio que entregarnos [...].

Nos mirábamos unos a otros pensando en las instrucciones que nos habían dado los comisarios políticos, que nos decían que antes de caer prisioneros era preferible morir luchando.

Nos avergonzamos de no cumplir con nuestra obligación, pero, pensándolo mejor, por ahora no nos iba tan mal, como nos decían nuestros oficiales, que tenían tanto miedo como el que más. Nada más hubo un oficial que se pegó un tiro en la sien [...].^[110]

Para estos hombres la batalla de Teruel ya había terminado. A partir de ahí, en función de sus antecedentes políticos y las recomendaciones de sus convecinos y autoridades locales les esperaban las clasificaciones políticas. Eso podía comportar en su mayor parte su *reciclaje* integrados dentro del ejército sublevado, pero también el envío a batallones de trabajadores (BBTT), pasando por la reclusión en campos de concentración o, peor aún, el sometimiento a consejos de guerra, penas económicas o de cárcel, y en algunos casos el fusilamiento.

[1] «Ejército del Norte, Sección 3.^a En Zaragoza, a 23 de diciembre de 1937», AGMAv., 1233, 51, pp. 1-4.

[2] AGMAv., 2588, 22, p. 26.

[3] Merece la pena señalar que el jefe de estado mayor que acompañaba a Varela era el entonces coronel Esteban Infantes, que años más tarde se haría más célebre por su condición de comandante de la División Azul en sustitución del carismático general Muñoz Grandes.

[4] Pedro Corral, *op. cit.*, p. 127.

[5] «Ejército del Norte, Sección 3.^a En Zaragoza, a 23 de diciembre de 1937», AGMAv., 1233, 51, pp. 1-4.

[6] AGMAv., 1221, 12, pp. 4-5.

[7] La posición estratégica de esta línea ferroviaria era muy vulnerable, si bien pronto se demostró que las fuerzas del EP, muy escasas y comprometidas a fondo en torno a Teruel, no podían plantear un problema muy grave para su seguridad. Sin embargo, vale decir que en algunos sectores del frente en el Aragón meridional dicha línea se encontraba a apenas ocho kilómetros de las posiciones republicanas, como en el de Sierra Palomera. Un corte de varios días a la altura de Singra, tal y como se intentaría, habría planteado un gravísimo problema militar a las numerosas fuerzas rebeldes concentradas en torno a Teruel, de ahí que el mando sublevado no tardara en reforzar todo el frente en el valle del Jiloca.

[8] Véase AGMAv., 1233, 58, p. 1.

[9] Entrevista con Silvano Soriano Larrea, *cit.*

[10] «Nota para la misión militar alemana. Burgos, 16 de diciembre de 1937», AGMAv., 2588, 20, p. 7. Schüler-Springorum destaca la «influencia decisiva» de la misión militar alemana sobre el CGG, sobre todo dada la dependencia que este tenía de la LC para una exitosa ejecución de sus operaciones terrestres. Esto a menudo solía derivar en duros conflictos y negociaciones sobre el mejor modo de conducir la guerra. Véase Stefanie Schüler-Springorum, *op. cit.*, p. 186.

[11] Luis de Armiñán, *op. cit.*, p. 9.

[12] Para los dos párrafos y medio anteriores sigo «Instrucciones generales sobre la ejecución de los servicios. Ejército del Norte. Sección Cuarta. En Zaragoza, a 23 de diciembre de 1937», AGMAv., 1233, 51, p. 5-5bis.

[13] Entrevista con Joaquina Atienza Molinos, *cit.*

[14] En los dos últimos párrafos sigo «Apreciación de la situación de momento, en el frente de

Teruel. Calatayud, 24 de diciembre de 1937», AGMAv., 1233, 51, pp. 6-8.

[15] Luis de Armiñán, *op. cit.*, pp. 28-29.

[16] «Movilización, Instrucción y Reclutamiento. Información. Información. Información del enemigo. Influencia de la Batalla de Teruel en la situación del Ejército Rojo», AGMAv., 1946, 3, p. 19.

[17] «Movilización, Instrucción y Reclutamiento. Información. Información del enemigo: Sobre varios asuntos del mismo», AGMAv., 1945, 20, pp. 75-76.

[18] «Cuartel General del Generalísimo. Información. Fuerzas Legionarias Alemanas: Información facilitada por el Servicio de estas fuerzas», AGMAv., 2442, 4, p. 41.

[19] «Cuartel General del Generalísimo. Informaciones de los legionarios alemanes. Enero de 1938», AGMAv., Armario 4, Legajo 238, Carpeta 5, p. 46.

[20] Sobre la imagen del Caudillo y su construcción mítica véase Antonio Cazorla, *Franco. Biografía del mito*, Alianza, Madrid, 2015.

[21] «Son constantes reconocimientos practican tanques aislados y patrullas oficial de las que hoy se capturó una», de tal manera que el propio informe recomendaba y solicitaba el despliegue de «al menos una brigada confianza que no puede sacarse primera línea y que vigilará avenidas» desde Cella. «Ejército del Norte. Telegrama Oficial. De Santa Eulalia a Zaragoza. Depositado el día 23-12-1937», AGMAv., 1233, 57, p. 1.

[22] «Ejército del Norte. Telegrama Oficial. De Santa Eulalia a Zaragoza. Depositado el día 23-12-1937», AGMAv., 1233, 57, p. 2.

[23] En los tres últimos párrafos sigo «Apreciación de la situación de momento, en el frente de Teruel. Calatayud, 24 de diciembre de 1937», AGMAv., 1233, 51, pp. 6-8. Los mandos del ejército sublevado no querían precipitarse de ningún modo y eran conscientes de que lo primero y fundamental era asegurar los flancos de su despliegue frente a Teruel, al mismo tiempo se congratulaban de que la dispersión de los esfuerzos republicanos más que dificultarles las cosas «nos facilita la posibilidad de parar en firme sus acciones» (p. 8). También «Ejército del Norte. Operaciones sobre Teruel, Ojos Negros, 26 de diciembre de 1937», AGMAv., 1233, 52, pp. 1 e «Instrucción general n.º 2. Ejército del Norte. Operaciones sobre Teruel, En Ojos Negros a 27 de diciembre de 1937», AGMAv., 1233, 52, pp. 8-13.

[24] «Ejército del Norte. Operaciones. Partes de operaciones. Asedio de Teruel», AGMAv., 1234, 10, p. 57.

[25] «Documentación Nacional. Cuerpo de Ejército de Galicia. Operaciones. Noticias y comunicados, telegramas, etc. Sobre la situación de la Plaza de Teruel, durante su asedio (diciembre 1937 a enero 1938)», AGMAv. 1339, 29 BIS, Legajo 5, Armario 23, pp. 26 y 23.

[26] James Neugass, *op. cit.*, p. 119.

[27] «Documentación Nacional. Cuerpo de Ejército de Galicia. Operaciones. Noticias y comunicados, telegramas, etc. Sobre la situación de la Plaza de Teruel, durante su asedio (diciembre 1937 a enero 1938)», AGMAv. 1339, 29 BIS, Legajo 5, Armario 23, p. 27.

[28] *Ibid.*, p. 28. Como suele ser habitual en este tipo de situaciones de urgencia, donde las bajas hacen estragos, en el interior del cerco se nombraron oficiales provisionales en función de los méritos en combate y las aptitudes de determinados individuos. Era esencial cubrir las bajas entre los cuadros militares, ya que mantener la cadena de mando y la articulación de los grupos de combate mediante la asignación y disposición de suficientes oficiales era una prioridad para mantener en pie la defensa. De hecho, el día 26 el propio Franco sancionó y autorizó estas medidas de emergencia. *Ibid.*, p. 35.

[29] «Ejército del Norte. Operaciones. Partes de operaciones. Asedio de Teruel», AGMAv., 1234, 10, pp. 47-48 y 50.

[30] En los tres últimos párrafos sigo AGMAv., 1221, 12, pp. 4-5.

[31] El informe en concreto es «Ejército del Norte. Operaciones sobre Teruel. 3.^a Sección. Ojos Negros, 26 de diciembre de 1937», AGMAv., 1233, 52, p. 1.

[32] «Documentación Nacional. Cuerpo de Ejército de Galicia. Operaciones. Noticias y comunicados, telegramas, etc. Sobre la situación de la Plaza de Teruel, durante su asedio (diciembre 1937 a enero 1938)», AGMAv. 1339, 29 BIS, Legajo 5, Armario 23, pp. 29 y 32.

[33] Para la conquista de la calle Amantes véase Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, p. 94, y la referencia a los puestos de ametralladoras en *Ibid.*, p. 106.

[34] José Carrasco Canales, *op. cit.*, pp. 87-91.

[35] «Documentación Nacional. Cuerpo de Ejército de Galicia. Operaciones. Noticias y comunicados, telegramas, etc. Sobre la situación de la Plaza de Teruel, durante su asedio (diciembre 1937 a enero 1938)», AGMAv. 1339, 29 BIS, Legajo 5, Armario 23, p. 36.

[36] «Ejército del Norte. Operaciones. Partes de operaciones. Asedio de Teruel», AGMAv., 1234, 10, p. 60.

[37] *Ibid.*, pp. 65-66.

[38] *Ibid.*, p. 64.

[39] Para los cuatro últimos párrafos sigo «Zaragoza, 26 de diciembre de 1937», AGMAv. 1221, 12, pp. 4-5. Una visión interesante sobre el papel de la propaganda en el conflicto del 36-39 en Alejandro Pizarroso Quintero, «La Guerra Civil española, un hito en la historia de la propaganda», *El Argonauta Español*, 2 (2005), disponible online en <https://argonauta.revues.org/1195> [consultado por última vez el 16 de agosto de 2017].

[40] *Ibid.*, p. 68.

[41] *Ibid.*, p. 67 y 78. Al respecto de esto último Franco afirmaba que el objetivo era utilizar el trazado de la actual N-211 para atacar desde Montalbán en dirección a Martín del Río y cortar las comunicaciones rebeldes en Calamocha, a unos 55 kilómetros de distancia en línea recta. No obstante, parece difícil pensar que el EP estuviera capacitado para realizar una operación de gran estilo como aquella dada su falta de movilidad, encuadramiento y con tantos efectivos comprometidos en el cerco de Teruel. Seguramente se basaba en las informaciones proporcionadas al SIPM por un agregado militar en el EP, contenidas en un documento del 30 de diciembre. «Movilización, Instrucción y Reclutamiento. Información. Información del enemigo: Sobre varios asuntos del mismo», AGMAv., 1945, 20, pp. 75-76.

[42] «Ejército del Norte. Operaciones. Partes de operaciones. Asedio de Teruel», AGMAv., 1234, 10, p. 59.

[43] *Ibid.*, p. 68.

[44] «Ejército del Norte. Operaciones sobre Teruel. En Ojos Negros, a 27 de diciembre de 1937», AGMAv., 1233, 52, pp. 8-13.

[45] Stefanie Schüler-Springorum, *op. cit.*, pp. 72 y 126.

[46] «Ejército del Norte. Operaciones sobre Teruel. Instrucción General n.º 3. En Ojos Negros, a 27 de diciembre de 1937», AGMAv., 1233, 53, p. 1.

[47] José Carrasco Canales, *op. cit.*, p. 96.

[48] «Documentación Nacional. Cuerpo de Ejército de Galicia. Operaciones. Noticias y comunicados, telegramas, etc. Sobre la situación de la Plaza de Teruel, durante su asedio (diciembre 1937 a enero 1938)», AGMAv. 1339, 29 BIS, Legajo 5, Armario 23, pp. 37, 40 y 38.

[49] AGMAv., 1221, 22, p. 4.

[50] «Cuerpo de Ejército de Castilla. Información del enemigo. Organización del espionaje

enemigo en Teruel durante nuestra dominación», AGMAv., 1326, 31, p. 7.

[51] AGMAv., 1221, 22, p. 4.

[52] La existencia de controles es corroborada por el periodista cubano Carlos Montenegro, *op. cit.*, p. 118.

[53] En los últimos tres párrafos sigo AGMAv., 1221, 12, pp. 4-5.

[54] «Del Diario *Verdad* publicado en Valencia el 25 de Diciembre de 1937», AGMAv., 1221, 18, p. 8. El EdM fue una formación militar impulsada por el general Vicente Rojo en la segunda mitad de 1937. Esta agrupó a algunas de las mejores divisiones del Ejército Popular (EP), siendo su misión fundamental ejecutar las operaciones ofensivas diseñadas por su Estado Mayor Central hasta su disolución un año después de su creación.

[55] Véase Santiago ÁLVAREZ: *Negrín, personalidad histórica. Biografía*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1994, p. 115.

[56] Carlos Montenegro, *op. cit.*, p. 110.

[57] Para la realidad que reside tras la decisión, que se enmarca en uno de los momentos críticos de la batalla de Teruel, véase el análisis de Pedro Corral, *op. cit.*, pp. 144-145.

[58] «Zaragoza 29 de Diciembre de 1937», AGMAv., 1221, 18, p. 9.

[59] No disponemos de una biografía solvente sobre esta figura, que podría servir como fresco de toda una época. Combatió en la guerra civil rusa y en la guerra polaco-soviética de 1919 del lado del Ejército Rojo. Gracias a ello acabó haciendo carrera militar como oficial a lo largo de los años veinte y treinta, hasta que fue enviado a España, donde estuvo al mando de la 35.^a División casi desde su creación hasta la batalla del Ebro. Durante la Segunda Guerra Mundial fue apartado a la reserva por sus problemas de alcoholismo, que habían tenido trágicas consecuencias para sus hombres. Finalmente, conseguiría convertirse en una de las principales figuras políticas y militares del gobierno polaco comunista en el exilio en Moscú, participando en la batalla de Berlín. Aún con todo su alcoholismo seguiría siendo fuente de problemas hasta su muerte en 1947, al mando de algunas de las fuerzas encargadas de aplastar la resistencia anticomunista del fascismo ucraniano tanto en la actual Polonia suroriental como en la Ucrania occidental.

[60] Un buen análisis de la situación económica del momento y las implicaciones del Memorándum Hoßbach en Adam Tooze, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Penguin, Londres, 2007 [2006], pp. 239-242.

[61] «Ejército del Norte, S.I.P.M., Zaragoza 23 de enero de 1938», AGMAv., 1221, 32, p. 3.

[62] «Cuerpo de Ejército de Castilla. Información del enemigo. Intervención francesa en favor del enemigo», AGMAv., 1326, 31, p. 2.

[63] José Carrasco Canales, *op. cit.*, pp. 95-96.

[64] Respecto a la ineffectividad de los bombardeos durante la Segunda Guerra Mundial véase Paul Fussell, *op. cit.*, pp. 26-27. En realidad, dicho problema era (y es muchas veces) la norma. Por tanto, no respondía tanto a una forma criminal —si es que hay alguna que no lo sea en definitiva— de hacer la guerra como a los límites de la propia tecnología frente a los condicionantes climatológicos.

[65] «Evadido de Teruel (Seminario) Capitán de Artillería Don Raimundo González Bans», AGMAv., 2958, 4.

[66] «Documentación Nacional. Cuerpo de Ejército de Galicia. Operaciones. Noticias y comunicados, telegramas, etc. Sobre la situación de la Plaza de Teruel, durante su asedio (diciembre 1937 a enero 1938)», AGMAv. 1339, 29 BIS, Legajo 5, Armario 23, pp. 45, 48 y 47.

[67] «Ejército del Norte. Operaciones. Partes de operaciones. Asedio de Teruel», AGMAv., 1234, 10, p. 72.

[68] «Documentación Nacional. Cuerpo de Ejército de Galicia. Operaciones. Noticias y comunicados, telegramas, etc. Sobre la situación de la Plaza de Teruel, durante su asedio (diciembre 1937 a enero 1938)», AGMAv. 1339, 29 BIS, Legajo 5, Armario 23, pp. 49 y 54.

[69] «José Manuel Cárdenas. León, 1919», en Sofía Moro, *op. cit.*, p. 252. Acabó la guerra como alférez provisional. Su conclusión muchos años después es que «hoy, cualquiera sabe analizar lo que pasó, pero entonces las cosas eran más complicadas», algo que sin duda nos puede invitar a pensar y a complejizar en nuestra comprensión del pasado. Añadía también que «los de mi generación ingresamos en el ejército con una ilusión enorme y bastante inconscientes, pero con una gran esperanza y con nuestra mejor libertad» (p. 253). Por tanto, creían defender un proyecto político-social legítimo y necesario para España.

[70] «Cuartel General del Generalísimo. Información General. Información. Fuerzas Legionarias Italianas: Información facilitada por el Servicio de estas fuerzas (Enero, Febrero y marzo 1.938)», AGMAv., 2445, 6, p. 5.

[71] AGMAv., 2588, 22, pp. 28-36.

[72] Marc Torres, *op. cit.*, p. 47.

[73] AGMAv., 2588, 22, p. 36.

[74] Luis de Armiñán, *op. cit.*, pp. 22-23.

[75] «Ejército del Norte. Operaciones. Partes de operaciones. Asedio de Teruel», AGMAv., 1234, 10, p. 73 y 75.

[76] Joseph Goebbels, *op. cit.*, pp. 74-75.

[77] «Documentación Nacional. Cuerpo de Ejército de Galicia. Operaciones. Noticias y comunicados, telegramas, etc. Sobre la situación de la Plaza de Teruel, durante su asedio (diciembre 1937 a enero 1938)», AGMAv. 1339, 29 BIS, Legajo 5, Armario 23, pp. 51 y 52 (a las 16 horas del día 30 de diciembre se preguntaba de forma retórica a los sitiados si podían ver los bombardeos aéreos y artilleros sobre las posiciones enemigas en La Muela, El Muletón y el Mansueto, y se les enviaban ánimos afirmando que «estamos cerca, os abrazaremos muy pronto»).

[78] AGMAv., 2588, 22, pp. 37-40.

[79] «Documentación Nacional. Cuerpo de Ejército de Galicia. Operaciones. Noticias y comunicados, telegramas, etc. Sobre la situación de la Plaza de Teruel, durante su asedio (diciembre 1937 a enero 1938)», AGMAv. 1339, 29 BIS, Legajo 5, Armario 23, p. 55.

[80] Los problemas técnicos y averías de toda índole surgían casi todos los días, sin embargo el número disminuía cuando las piezas eran sometidas a un menor estrés. «Cuerpo de ejército de Castilla. Partes de Operaciones. Partes de las operaciones en la región de Teruel (Dicbre, 1937 a 31 enero). (Artllª de C.E. del Sur del Turia)», AGMAv., 1329, 28, pp. 12-14.

[81] El propio Goebbels señalaba en su diario el día 31 que «Franco toma impulso en Teruel para el contraataque. Ojalá llegue a buen puerto. Esta cuestión española tiene que ser solucionada de una vez por todas». Joseph Goebbels, *op. cit.*, pp. 77-78.

[82] *Ibid.*, pp. 1-5.

[83] La aviación republicana se encontró desaparecida aquel día porque las condiciones climatológicas en sus aeródromos eran nefastas, algo que no ocurría en el caso de los del bando sublevado. Pedro Corral, *op. cit.*, p. 132.

[84] «Cuartel General del Generalísimo. Información General. Información. Fuerzas Legionarias Italianas: Información facilitada por el Servicio de estas fuerzas (Enero, Febrero y marzo 1.938)», AGMAv., 2445, 6, p. 5.

[85] AGMAv., 2588, 22, p. 43.

[86] Pedro Corral, *op. cit.*, p. 129.

[87] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, p. 117.

[88] AGMAv., 2588, 22, p. 44.

[89] «XX Cuerpo de Ejército. 67 División. Comisariado, 3 de febrero de 1938», AGMAv., p. 13.

[90] Luis de Armiñán, *op. cit.*, p. 26.

[91] AGMAv., 2588, 22, p. 47.

[92] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, p. 262.

[93] Rafael García-Valiño, *Guerra de Liberación Española (1938-1939). Campañas de Aragón y Maestrazgo. Batalla de Teruel. Batalla del Ebro*, Imp. Biosca, Madrid, 1949, p. 178.

[94] Pedro Corral, *op. cit.*, p. 136.

[95] «Telegrama. 31-XII-37», AGMAv., 2588, 13, p. 2.

[96] Informe del Comisariado del Ejército de Levante del EP cit. en *Ibíd.*, p. 129.

[97] José Carrasco Canales, *op. cit.*, pp. 105-107.

[98] Eso le habían dicho los defensores de Comandancia tras su rendición a Blas Alquezar, ametrallador de la 84.^a BM, unidad encargada de sitiar y tomar el reducto de Comandancia: «Si se llegan a enterar de que nos habíamos retirado de verdad, habrían tomado la ciudad». Pedro Corral, *op. cit.*, pp. 135-136. Por el frente y entre los mandos corría el rumor de que se había establecido contacto entre sitiados y salvadores, pero tal cosa fue desmentida de inmediato cerca de las 17.00 horas. AGMAv., 2588, 22, p. 45.

[99] José Carrasco Canales, *op. cit.*, p. 108.

[100] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, pp. 121-124.

[101] José Carrasco Canales, *op. cit.*, pp. 110-111.

[102] «Ejército del Norte. Operaciones sobre Teruel. Instrucción General n.º 6. En Ojos Negros, a 31 de diciembre de 1937», AGMAv., 1233, 56, p. 1. El propio parte de operaciones de la artillería del CETs era muy claro al respecto el 1 de enero: «La fuerte nevada habida durante la noche y que continuó por la mañana impidió todas las operaciones». A lo cual se añadía el sufrimiento de la mecánica de los vehículos a motor a causa del intenso frío y el hielo: «Buen número de tractores y camiones sufrieron averías que poco a poco en días sucesivos fueron reparadas». Toda la maquinaria de guerra había quedado paralizada, imposibilitando la ejecución de los movimientos que habían sido ordenados a los diferentes grupos de artillería el día anterior. «Cuerpo de ejército de Castilla. Partes de Operaciones. Partes de las operaciones en la región de Teruel (Dicbre, 1937 a 31 enero). (Artill^a de C.E. del Sur del Turia)», AGMAv., 1329, 28, p. 5.

[103] «Ejército del Norte. Organización. Felicitationes: Con motivo del levantamiento del cerco de Teruel», AGMAv., 1211, 81, pp. 1, 4, 6, 8, 12, 13.

[104] Joseph Goebbels, *op. cit.*, p. 78-80.

[105] AGMAv., 2588, 22, p. 48.

[106] Pedro Corral, *op. cit.*, pp. 140-141.

[107] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, p. 124.

[108] *Ibid.*, pp. 139-140.

[109] Cito la referencia antigua del AGMAv., según estaba en el llamado Archivo de la Guerra de Liberación. «Cuartel General del Generalísimo. Informaciones de los legionarios alemanes. Enero de 1938», AGMAv., Armario 4, Legajo 238, Carpeta 5, p. 2.

[110] Marc Torres, *op. cit.*, p. 48.

5. LA LUCHA POR LOS REDUCTOS DEL SEMINARIO Y COMANDANCIA. DEL 1 AL 8 DE ENERO DE 1938

La documentación del EdN nos permite hacer un poco de balance sobre el tremendo coste que tuvieron para la infantería las operaciones relacionadas con la contraofensiva para recuperar Teruel, seguramente mucho más del esperado. El punto más sensible era el que tenía que ver con la pérdida de mandos intermedios, esqueleto de cualquier ejército moderno por su función vital en el encuadramiento de las pequeñas unidades y en la dirección de las operaciones sobre el terreno. Por eso, desde el terreno, los jefes del CEC y el CEG solicitaban a Dávila que pusiera en marcha la «incorporación urgente [...] mayor número posible oficiales para repartir entre las unidades Infantería que han tenido gran cantidad de bajas esa clase». Ya el día 22 de diciembre se habían remitido desde el Ejército del Centro (EdC) seis capitanes de infantería, tres tenientes y 12 alféreces provisionales; cinco días después el EdC volvió a remitir dos capitanes, un alférez y ocho tenientes. En cualquier caso, no volvemos a disponer de cifras hasta finales de mes, con los combates por El Muletón y la ribera del Alfambra en curso. Por ejemplo, el día 20 se transfirieron siete tenientes provisionales, tres alféreces provisionales y tres sargentos también provisionales. Es decir, todos ellos habían obtenido sus ascensos por méritos de guerra y por la existencia de vacantes en sus propias unidades, pero estaban pendientes de cursar los estudios pertinentes y presentarse a examen si querían hacer valer sus galones. Esto pone de manifiesto los problemas de números existentes dentro del ejército sublevado —también en el EP— a la hora de dotar a sus unidades con un número suficiente de oficiales y cuadros intermedios capaces, tanto por la escasez existente frente a las necesidades vigentes como por la falta de formación y las bajas. Por último, el día 23 fueron destinados a unidades del frente de Teruel cuatro tenientes provisionales, un capitán habilitado, 11 alféreces provisionales y uno con rango reconocido, así como un alférez

provisional.[\[1\]](#)

Esto planteaba un nuevo problema. En conjunto se trata de números importantes que bien podían llegar a afectar seriamente la cohesión y capacidad de combate de las pequeñas unidades si los nuevos mandos no conseguían entenderse bien con sus hombres. La relación entre este tipo de oficiales intermedios y los combatientes solía fundamentarse muchas veces en lazos de afinidad forjados a lo largo del tiempo y la experiencia compartidos, de ahí que la cuestión de los relevos y la necesidad de cubrir las vacantes por convalecencia o muerte fuera tan sensible. De esta forma se explica el conflicto surgido en el seno del ejército rebelde por aquellos días de enero, donde se ponían de relieve los graves problemas derivados de la falta de cuadros y el modo en que se procedía con los pocos que había. Precisamente, a raíz de los cursos formativos celebrados en Toledo para alféreces que quisieran ascender al grado de teniente con mando sobre compañía, desde la 105.^a División, desplegada en el frente de Belchite, el día 10 de enero se elevó una protesta por los problemas derivados ante una posible marcha de muchos de sus cuadros para asistir. No es de extrañar el interés, dado que para muchos parecía una buena salida hacer carrera en el ejército, aparte de las mejoras que suponía cualquier ascenso en materia salarial. Sin embargo, los jefes de brigada de la 105.^a División solicitaban que se concedieran los ascensos necesarios sin necesidad de retirar a los oficiales intermedios de sus unidades, alegando que los candidatos habían demostrado tener las cualidades y aptitudes requeridas para el mando de las compañías y que cualquier complemento formativo que necesitaran podían recibirlo sobre el terreno. De lo contrario, se advertía de «las consecuencias funestas que necesariamente ha de acarrear el dejar poco menos que abandonada a la tropa dispersa en múltiples posiciones en el largo frente del sector». Al fin y al cabo, se señalaba, «los cuerpos están en el límite mínimo de oficialidad, con grave perjuicio de la eficiencia de las unidades y riesgos consiguientes a una falta de encuadramiento de las fuerzas, que ya exige que se le preste la debida atención». El principal temor manifestado por el mando de la 105.^a División era que el paso por los cursos derivara en la pérdida definitiva de los cuadros intermedios formados al calor de la experiencia de guerra y en contacto diario

con la tropa, sobre todo porque «la compenetración» entre unos y otros «solo puede adquirirse con el tiempo, y los cambios de destino son sumamente perjudiciales en este aspecto».[2] Así pues, como podemos ver, no solo había una feroz competencia por los recursos humanos existentes, sino que además se luchaba de forma encarnizada para conservar aquellos de los que ya se disponía.

Este problema aún era más agudo si cabe en el seno del EP, un factor más a la hora de explicar la victoria del bando sublevado, así como muchos de los problemas de las fuerzas republicanas a la hora de operar sobre el terreno, por bien concebidas que estuvieran las operaciones militares. En el caso de los golpistas, esta problemática también reflejaba un conflicto habitual entre militares profesionales, que reivindicaban sus supuestos derechos corporativos, y aquellos que habían ascendido desde los escalafones más bajos partiendo como conscriptos o voluntarios. Sin embargo, lo más interesante es constatar que la propia tropa y los mandos responsables de cada unidad parecían tener claro el criterio a seguir. A su parecer debían permanecer al mando aquellos que habían forjado su autoridad y su mando dentro de la unidad y en estrecho contacto con su realidad militar y humana. En cualquier caso, Dávila hacía valer sobre cualquier otro el criterio manifestado por Franco. El Caudillo se mantuvo fiel a los militares de carrera, mundo del que procedía y al que debía su poder omnímodo, señalando que si había un alférez profesional debía corresponder a él el mando de las compañías, y no a un teniente provisional, por muchos que fueran los méritos de este.[3]

Que el equilibrio de fuerzas había vuelto a cambiar fuera del cerco queda bien ilustrado en el descenso de la actividad artillera del CETS durante las jornadas siguientes al día de Año Nuevo de 1938. El día 2 de enero tan solo se registra el lanzamiento de 754 proyectiles, mientras que el día siguiente fueron 528, muy por debajo de los números de días anteriores. Desde luego, las piezas sufrían con el frío, pero no menos que los vehículos que las transportaban o proveían de munición. El mismo día 2 se perdieron seis camiones y dos coches, cuatro de estos últimos durante el desplazamiento del armamento a nuevos emplazamientos. Además, la relativa estabilización del

frente, que no iba en detrimento de la intensidad de los combates, sino todo lo contrario, hacía que las amenazas enfrentadas fueran en aumento, por las mismas dificultades para camuflar las piezas. Buena prueba de ello es el ataque aéreo sufrido el día 3 por la 2.^a Batería del 1.er Regimiento Pesado, que hirió a un artillero y destruyó varios equipos. En aquellos días, la actividad era constante y la muerte podía llegar de la forma más inesperada. La propia artillería rebelde ejecutaba ataques de hostigamiento desde sus nuevas posiciones al oeste de La Muela, llevando a cabo concentraciones de fuego de diez minutos repetidas a lo largo de la mañana del día 2 sobre emplazamientos estratégicos como el cementerio viejo, Santa Bárbara y la carretera de Alcañiz. No por nada, desde allí partían muchos de los refuerzos republicanos que bajaban hacia el frente, situado entre la Masía del Chantre y Concud, dos kilómetros y medio al noroeste y en poder de los rebeldes desde el día 31. Toda esta actividad se combinaba con concentraciones de fuego sobre La Muela, uno de los principales escenarios de combate durante los días siguientes.[\[4\]](#)

Con constantes ataques y contraataques a lo largo de diez días seguidos, en medio de un frío polar con nevadas constantes, La Muela pasaría al imaginario colectivo de los combatientes de ambos bandos como una de las experiencias más terribles de la guerra en curso. A primera hora del día 1 de enero, amparadas en el efecto sorpresa, las tropas de la 47.^a División del EP, recién llegada de la provincia de Cuenca como refuerzo, consiguieron restablecer el cerco sobre Teruel al ocupar la zona oriental de este accidente orográfico vital (véase mapa 3). De este modo, las tropas de rescate quedaban privadas de una vía rápida de penetración en la ciudad a través de su zona más baja a orillas del Turia, de ahí también que se retiraran las vanguardias que habían alcanzado el Puente de Hierro, al verse expuestas en su flanco derecho. Las fuerzas republicanas comandadas por Gustavo Durán se concentraron a lo largo de tres kilómetros en la carretera de Cuenca, desde la rambla de Barrachina, un kilómetro al noroeste de Villaspesa, hasta la zona al sur de la estación de ferrocarril. Cuando recibieron la orden de asalto, apoyados por un batallón de tanques soviéticos T-26, ascendieron por las laderas con una movilidad penosa a causa de la nieve, que les llegaba por las

rodillas. Así lo recuerda el veterano sargento de ingenieros de la 47.^a Isaías Lou Artigas: «Nos habían mezclado con la infantería para que abriéramos trincheras en cuanto llegáramos», pues ya se preveía que una vez que se disipara el efecto sorpresa y dadas las condiciones del terreno la reacción del enemigo daría lugar a violentos combates:

Sorprendimos al enemigo todo confiado, la mayoría en grupos junto a las hogueras o durmiendo encima de la nieve. Al percatarse de nuestra presencia y no disponer de trincheras donde guarecerse corrían a refugiarse donde podían. De momento, ayudados por la sorpresa, ocupamos las crestas que dan al lado del río, sin otras dificultades que las impuestas por el frío y el propio terreno llano. Ellos se reharían pronto y tendrían que cavarse trincheras en el centro de La Muela.[\[5\]](#)

He aquí pues una buena muestra de que la batalla de Teruel se daba prácticamente por concluida en el bando rebelde después de haber asistido a la espantada general de las fuerzas republicanas y el derrumbamiento del frente que guarnecían. El cansancio producido por las operaciones, que habían tenido lugar en condiciones terribles, y el exceso de confianza de las fuerzas sublevadas hicieron posible aquella maniobra del EP que acabaría siendo clave a la hora de hacer de la de Teruel una batalla de desgaste decisiva en el devenir de la guerra. Al tratar de realzar el valor de sus hombres, el propio García-Valiño ponía de manifiesto sin quererlo la falta de preparación, la precariedad de medios, la improvisación y las negligencias cometidas por su propio ejército, que envió a miles de hombres en pleno invierno a Teruel sin los equipos adecuados para ello. Tras su visión heroica de los combates de La Muela se escondía la cruda realidad de unos combatientes enviados a morir en condiciones terribles:

Era admirable la superación a todos los sufrimientos de aquellos soldados españoles enardecidos por las destrucciones que contemplaban en los edificios de la ciudad mártir [...]; ni sus equipos ni su calzado (la mayoría usaban capote, manta y alpargatas) eran apropiados para aquella cruel estación; sus fusiles y armas automáticas también acusaban la baja temperatura negándose a funcionar en muchas ocasiones; los heridos habían de transportarse en mantas durante kilómetros y kilómetros, pues las artolas, y mucho menos las ambulancias, [no] podían adelantarse lo debido. Y todo ello en extensiones desoladas, sin más señales de vida que algunas pequeñas construcciones para el ganado con techumbres de paja llamadas en el país

«parideras», cuyo exiguo número no bastaba ni para alojar a las Planas Mayores de Regimiento.

Las dificultades para la evacuación y los problemas para cavar refugios y trincheras adecuadas debido a la congelación del suelo no harían sino acrecentar el número de bajas. La sensación de desolación que transmitía el paisaje y la falta de accidentes naturales para protegerse de la crudeza del invierno y el fuego enemigo es algo que se repite en todos los testimonios, incluso en aquellos de tono apologético-propagandístico. Durante aquellos días de enero la situación en aquel escenario de combate quedaría en tablas, una expresión que no debe esconder el altísimo número de bajas causadas por el fuego y, sobre todo, por las congelaciones. Seguramente, el día 6 fue el más dramático para las fuerzas de la 1.^a División Navarra, a cargo de la defensa de la parte occidental de La Muela, que además combatía en paralelo unos cuatro kilómetros más al sur, en las llamadas muelas de Los Oraus (1074) y de La Alejandra (1057). Durante esa jornada las fuerzas de la 47.^a División del EP empujaron tanto a las fuerzas de García-Valiño como a las de la 61.^a División, al norte de La Muela, hasta el punto que las hicieron retroceder y aniquilaron el último núcleo de resistencia de la parte oriental, en Casa Blasco, junto a la vega del Turia. Aunque finalmente los contraataques consiguieron restablecer la situación, el recuerdo del entonces coronel era el de ver «montones de cadáveres enemigos en las alambradas».[6] Es de sobra conocida la indiferencia de este afamado oficial golpista por la vida de sus hombres, algo que corroboran diversos episodios a lo largo de la batalla de Teruel. Uno de ellos tuvo por escenario los combates por La Muela, donde una vez más demostró que la necesidad militar estaba por encima de cualquier otra consideración, algo que seguramente tuvo una parte importante en su éxito durante la guerra, si bien a costa de muchos muertos. El alférez provisional y barón de Escriche Luis Romeo Julián, perteneciente a la 2.^a Bandera de Falange de Navarra, recordaba el modo en que García-Valiño estimulaba la competencia dentro de su unidad:

Dividía sus fuerzas en tres agrupaciones: falangistas, requetés y soldados del Regimiento de América. De esta manera nos picaba para combatir con más ardor. Algo inhumano y cruel. Así pasó que la división quedó en cuadro en esos diez o doce días de combate. Cayó el cincuenta

por ciento de sus componentes, víctimas a partes iguales de la metralla enemiga y del frío.^[7]

Esta era la particular forma que García-Valiño tenía de apelar a la virilidad de sus hombres y de empujarlos a combatir por su admiración y su respeto, valores que en estructuras jerárquicas, represivas, colectivas y masculinizadas como las de un ejército pueden llegar a calar muy hondo, condicionando los actos de los hombres. Sea como fuere, los enfrentamientos por La Muela acabaron por dejar a los sitiados sin ninguna esperanza. Esto último queda bien reflejado en la ausencia de intercambios entre los últimos reductos de la capital y Caudé hasta el día 3, cuando el coronel Barba informaba de la voladura del Puente de Hierro sobre el Turia, situado bajo el Seminario, frente a la iglesia y el convento de los Franciscanos. Esa misma mañana la vulnerable posición sufrió de nuevo los ataques de piezas de artillería pesada, nada más y nada menos que de 155 mm, con un efecto devastador. Nada de esto impidió a los defensores rechazar los ataques enemigos y retomar durante esa misma jornada la iglesia de Santiago, que estaba situada en mitad de la llamada plaza de Las Monjas. De hecho, ese enclave había sido perdido en el curso de la madrugada, minado y hundido por las fuerzas republicanas, y su recuperación propiciaría la captura de armamento enemigo con el que se pudo sostener la resistencia unos días más. José Carrasco recordaba la sensación de pánico que experimentaron él y sus compañeros ante la primera explosión de una mina subterránea que vivieron de cerca, seguramente la misma que había volado la iglesia de Santiago, a menos de quinientos metros de sus posiciones:

Sentimos como una ráfaga de viento y al instante un terrible temblor de toda la parte del Seminario que ocupábamos. De momento quedamos anonadados sin acertar a explicarnos lo sucedido y tal fue la impresión recibida que muchos perdimos el habla [...]. Tras esos segundos de incertidumbre cundió el pánico entre nosotros y quedamos inmovilizados sin saber qué hacer.

[...]. Fueron unos segundos, cinco, diez, veinte, no sé, poseídos de un terror indescriptible, de una sensación hasta entonces desconocida, aumentada por la oscuridad y agravada también por el pesimismo que volvía a dominarnos.^[8]

A la sensación de trance que generaba el aislamiento, la vida entre los

escombros y los lamentos de los heridos, que yacían por todos lados se sumaría a partir de entonces el miedo a la muerte fulminante sin posibilidad de respuesta a manos de una nueva mina. Por eso, una de las primeras medidas fue incrementar las escuchas, para intentar detectar cualquier posible intento de perforación bajo el subsuelo. De hecho, como recuerda Carrasco, su paranoia y ansiedad no hizo sino incrementarse por «el silencio de las armas», o lo que él consideraba «el desprecio del enemigo», que con el cerrojo sobre Teruel más o menos seguro había desistido de cualquier intento de tomar los reductos al asalto. La 87.^a BM se limitaba a esperar la rendición, que era cuestión de tiempo, ya fuera por la inanición o por el efecto de las minas: «Fue uno de los hechos que más ayudó a resquebrajar nuestra moral».

[9] En este sentido, la situación de los sitiados no haría sino agravarse con el paso de cada hora, carentes de los medios más mínimos para atender el número creciente de heridos de bala o recuperados de entre los escombros. Por eso se solicitaba el envío vía aérea de «suero antigangrenoso y antitetánico, gasa, vendas, algodón, alcohol, esparadrapo y leche» con poder cubrir las necesidades de los heridos.[10]

Como parte de los esfuerzos para quebrar la resistencia republicana, el 2 de enero se dio orden a la 13.^a División para que se desplazara por ferrocarril desde la zona Daroca-Calamocha hacia el frente de Teruel. La unidad entró en línea en una de las áreas más comprometidas, al oeste del camino que comunicaba Concud y Celadas, donde apenas se habían registrado avances desde el inicio de la contraofensiva, una situación que se mantendría en días sucesivos en medio de durísimos combates.[11] No por nada, la 13.^a será con mucha diferencia la unidad que sufrirá mayores bajas de entre todas para las que disponemos de datos exhaustivos. También hay que tener en cuenta que recién llegada y sin haber padecido el desgaste que ya afectaba a las unidades desplegadas desde hacía días en el frente de Teruel, esta debió ser empleada como punta de lanza, aprovechando que sus hombres venían de un periodo de descanso. Ya el día de su entrada en combate, el 5 de enero, tuvo un recibimiento poco halagador, registrando la friolera de 15 muertos —un oficial entre ellos—, 142 heridos —ocho de ellos oficiales— y 21 enfermos —uno oficial—. Los frustrados intentos de las fuerzas sublevadas por

conquistar la cota 1204 —en realidad 1207 según las mediciones actuales—, que se sitúa al este del Cerro Gordo, entre el barranco de la Hoz y el camino que discurría de norte a sur entre Concud y Celadas, hicieron que el goteo de bajas fuera constante. Haciendo un seguimiento rápido por los partes de aquellos días, la 13.^a hubo de lamentar el 6 de enero la pérdida de cuatro muertos, 100 heridos —cuatro de ellos oficiales— y 105 enfermos —dos oficiales—; el día 7 fue particularmente aciago, con 22 muertos —dos de ellos oficiales—, 67 heridos —cinco oficiales— y 113 enfermos; dos días después quedan consignados siete muertos, 12 heridos y 117 enfermos —entre ellos un oficial—. A partir del día 10 se registra un notable reflujo en el número de bajas, con cuatro muertos, 15 heridos —tres de ellos oficiales— y 66 enfermos retirados del frente, tendencia que se mantiene el día 12 con dos muertos, 11 heridos —uno oficial— y 90 heridos.

Sin embargo, la propia dureza de los combates y la posición de vanguardia de la 13.^a no pueden explicar por sí solas las altísimas cifras de efectivos que causaron baja, más si tenemos en cuenta ese escalofriante número de enfermos diarios, que muchos días superaba el centenar y hasta casi mediados de mes se mantuvo siempre por encima de la cincuentena. De hecho, es la comparación con las otras cuatro divisiones del CEG, dentro del cual había sido integrada la 13.^a, la que nos da la medida de los sufrimientos padecidos por sus combatientes. Basta con señalar que el día 6 el 45 por ciento de las bajas por enfermedad dentro del CEG quedaron consignadas en la mencionada unidad, porcentaje que el día 7 aumentó hasta el 61,4 por ciento, que volvería a bajar hasta el 38,2 el día 9 y se mantendría en un 32,1 el día 10, volviendo a repuntar el día 12 hasta el 46 y el 40 por ciento el día 13.[\[12\]](#) Hay que tener en cuenta, como digo, que estos datos reflejan el porcentaje de bajas por enfermedad de una división de entre 9 y 10.000 hombres sobre un total de cinco divisiones, que sumarían en conjunto unos 45.000 efectivos.[\[13\]](#) Sin embargo, el hecho de que los hombres de la 13.^a fueran desplegados en cotas por encima de los 1.100 metros, que destacan sobre el conjunto del paisaje, no tuvo por qué ser determinante a la hora de explicar el número de bajas, ya que en zonas como el llano de Concud, en un hondo, las condiciones debían ser iguales o peores por causa de la humedad

(véase mapa 3). La diferencia quizás se encontrara en la existencia de un menor número de majadas o parideras que pudieran servirles como refugio, cosa que quizás no era tan acusada en el llano de Concud, bien surtido de este tipo de construcciones.[14] Por supuesto, el problema se agudizaba con la llegada de la noche o en las guardias, porque tal y como destacaba el excombatiente sublevado Félix Lagueruela, durante los combates o los repliegues, «a fuerza de correr y saltar ribazos incluso sudábamos».[15] Así pues, los problemas que enfrentaba la 13.^a eran muy similares a los que afectaron a la 1.^a División Navarra en La Muela, que aun con todo tuvo muchas más bajas en un periodo de tiempo similar.

Así se explica que en cuestión de apenas doce días la 13.^a División perdiera nada más y nada menos que entre el 7 y el 8 por ciento de sus efectivos totales por enfermedad, donde también se incluían los casos de congelación. Si el frío extremo fue un componente omnipresente a lo largo de toda la batalla de Teruel, no menos cierto es que el momento más crudo se produjo en la primera quincena de enero. Sin ir más lejos, entre los días 28 de diciembre y 8 de enero la temperatura media había sido de -3,6°, repuntando las máximas hasta una media de 2,2° y descendiendo las mínimas hasta -9,4°.[16] Así lo reflejan las bajas totales del ejército rebelde por enfermedad, que entre los días 1 y 16 del mes se cobraron entre 16.800 y 21.000 efectivos en el conjunto de la batalla, lo que equivaldría a un escalofriante 42 por ciento. Las peores jornadas fueron las del 4 al 7 de enero, una auténtica sangría que no solo es prueba de las terribles condiciones meteorológicas en que se vieron obligados a combatir los hombres, sino también de la escasez de equipo y medios adecuados para combatir los rigores del clima.[17] Esos días las temperaturas mínimas siempre estuvieron entre los -14 y -16°, con la excepción del día cinco, en que la mínima registró -5,8°.[18] Así pues, no es de extrañar que el recuerdo del frío sea algo que ha quedado grabado de forma muy viva en la memoria de todos los combatientes que pasaron por Teruel.[19] El veterano de la 61.^a División Tomás Fernández Montoya le confesó a Pompeyo García, señalando hacia La Muela, que «ahí enfrente he pasado los peores días de mi existencia».[20]

Llegados a este punto, conviene preguntarse cuál era el diagnóstico y el

futuro habitual de estos enfermos. Un informe escalofriante del Hospital Militar de Recuperación de Calatayud, uno de los centros donde eran enviados muchos de los evacuados desde los hospitales de campaña de Cella o Santa Eulalia para su restablecimiento, aportaba cifras muy esclarecedoras con los pronósticos para los 648 enfermos que habían ingresado entre el 10 y el 27 de enero. De entre todos ellos, solo 126 —o lo que es lo mismo, el 19,4 por ciento— eran considerados recuperables y, por tanto, retornarían al frente tras su convalecencia. Sin embargo, el 80,5 por ciento restante, en este caso 522, habían quedado incapacitados de por vida, ya fuera por el desarrollo de enfermedades respiratorias infecciosas y/o crónicas o por las amputaciones derivadas de las congelaciones y los denominados pies de trinchera.^[21] En definitiva, considerando que estos porcentajes pueden hacerse extensibles a buena parte de la batalla de Teruel con ligeros matices, cuatro de cada cinco combatientes retirados del frente por enfermedad o congelaciones en todos sus grados quedaron incapacitados de por vida y, por tanto, condenados en muchos casos a la miseria y la dependencia, al no poder valerse por sí mismos.^[22] He aquí, pues, una consecuencia bien clara y palpable de la guerra y de las condiciones en que se vieron forzados a combatir muchos de los conscriptos, algo que a falta de datos debió de ser extensible al bando republicano casi con toda seguridad. Y es que conviene no olvidar nunca que en el trágico y desolador paisaje que la guerra deja tras de sí la muerte no es lo único irreparable, aunque sí sea quizás su consecuencia más visible. Además, es necesario señalar que los propios partes de bajas de las divisiones pueden ser engañosos respecto al número real de muertos. Estos reflejaban lo ocurrido sobre el terreno en un día concreto y recogían cuál era la realidad para la estadística en el momento en que se producía la evacuación del herido o el enfermo, pero lo cierto es que en no pocas ocasiones moría de camino a los centros de evacuación o tras sufrir durante días, semanas o meses en algún hospital de la geografía ibérica.

Sin embargo, mientras unos venían otros marchaban, algo que se traducía bien en los convoyes ferroviarios de ida y vuelta que recorrían de forma incansable la mitad sur de Aragón. No es mi objetivo abrumar al lector con guarismos, pero merece la pena citar algunos datos para conseguir una

fotografía completa de la realidad humana y material de la batalla de Teruel. Solo así podemos hacernos una idea del tremendo desafío logístico que supuso la guerra civil en un ámbito decisivo para los conflictos de la contemporaneidad como es el de los ferrocarriles, pero también del drama y la realidad humana que había detrás de todo ello. Entre el 6 y el 29 de enero, solo en lo referente al número de heridos evacuados desde los hospitales de Santa Eulalia y Cella hacia centros hospitalarios permanentes, la cifra alcanza casi los 11.000 hombres.[\[23\]](#) Parece importante volver a destacarlo: quizás solo 2.000-2.200 de ellos volverían a combatir, mientras que los 8.000-8.800 restantes serían dependientes en diversos grados, con lo que ello suponía; más aún si procedían de familias pobres, tal y como era el caso de la inmensa mayoría de los conscriptos de ambos ejércitos. Sea como fuere, estos centros hospitalarios de la inmediata retaguardia tenían por misión estabilizar a los enfermos y heridos y llevar a cabo un triaje para proceder a su envío a distintos hospitales del territorio rebelde. Sin embargo, su misión era mantener disponible el máximo número de camas para la llegada de nuevos pacientes. De hecho, el de Cella, radicado en las escuelas (hoy Centro de Juventud), siempre solía tener más trabajo, por su proximidad al frente. En cualquier caso, los momentos más duros de enero se registraron con bastante diferencia en los últimos días de asedio sobre los reductos, así como en los tres días posteriores, dando un total de evacuados para las seis jornadas que van del 6 al 11 de enero de 4.636 combatientes, con la primera de ellas marcando un pico máximo de 1.271. Durante el resto del mes las cifras se mantuvieron muy lejos de estos registros, incluso durante las jornadas entre el 17 y el 29 de enero, cuando tuvieron lugar los combates por el Alto de las Celadas, El Muletón y sus inmediaciones.[\[24\]](#)

Mientras tanto, en el interior de la ciudad la voladura del Banco de España, que había quedado convertido en un amasijo de ruinas, hacía mucho más comprometida la defensa del reducto de la Comandancia (véase mapa 2). Así pues, ocurría que a menudo los soldados republicanos se infiltraban a través del esqueleto del edificio, poniendo en riesgo la seguridad de los convalecientes del Hospital de la Asunción, situado al oeste del propio Banco de España, y cogiendo a los sitiados por la retaguardia y el flanco. Tal era la

situación que a menudo la plaza de San Juan quedaba batida por el fuego enemigo, lo cual hacía casi imposible la comunicación con el vecino hospital de campaña del Casino, que estaba justo delante, a cien metros. Según cuenta Fernando Cámara, en uno de aquellos días en que nadie se atrevía a cruzar bajo la lluvia de plomo tuvo que ser una enfermera del Hospital de la Asunción, María Pilar López García, la que se ofreciera para llevar la comida a los heridos del Casino junto a otra compañera, que resultó herida. Al parecer, tanto se debía López a sus enfermos y convalecientes que nunca los abandonaba durante los bombardeos, poniendo en riesgo su integridad mientras muchos otros sanitarios corrían al refugio.[\[25\]](#) De hecho, en condiciones así no era nada extraño que el terror invadiera a hombres y mujeres, así lo reconocía Fernando Cámara al señalar que «muchas enfermeras [...] estaban en los refugios atemorizadas». Sin embargo, la disciplina militar, la presión social y el instinto de protección sobre la propia familia —no olvidemos que muchos combatientes tenían a los suyos en los mismos reductos— acababan haciendo que todos y todas se vieran impelidos u obligados a cumplir con sus funciones. También pudo ayudar la presencia de las monjas destacadas en los hospitales como enfermeras, algunas de las cuales también serían víctimas de las minas que estallaron bajo el Casino.[\[26\]](#)

De vuelta al exterior de la plaza, la aviación republicana se estaba mostrando bastante eficaz durante aquellos días en las acciones aire-tierra, tal y como prueba la pérdida —«avería», dice la documentación— de un camión y un coche de la artillería del CETS a manos de los aviones. Sin embargo, los pilotos republicanos sufrían sobremanera en los enfrentamientos directos con los cazas rebeldes, que les infligían graves pérdidas, en parte por la superioridad técnica de algunos de sus aparatos y por la habilidad de sus portadores.[\[27\]](#) Con buena posición de tiro para seguir cooperando con el vecino CEG, la artillería del CEC apoyaba de vez en cuando al primero con concentraciones de fuegos como la del día 4, intentando desbaratar un ataque republicano en el llano, al noreste de la Masía del Chantre. De hecho, ese día se registró un notable aumento de la actividad, con el consumo de 1.152 obuses. En parte se debía al intento desesperado por apoyar a las tropas de la 1.^a División de García-Valiño empeñadas en la defensa de La Muela de

Teruel y las muelas de la Alejandra y los Oraus. Para ello se llevaron a cabo concentraciones de fuego a partir del mediodía tanto en las laderas de dichas cotas, para hacer desistir al enemigo en sus ataques, como también en todo el camino hasta ahí, intentando dificultar el envío de refuerzos y abastecimiento.

Así pues, fueron machacadas la Rambla del Molino, que discurría a los pies de La Muela de los Oraus, contra la carretera de Cuenca, que discurría de norte y sur al este, por la vega del Turia, y también posiciones enemigas en La Muela de Villastar, desde donde eran apoyados los asaltantes republicanos. En cualquier caso, no es casual que la artillería se concentrara a partir del día 5 en batir el valle del Alfambra desde Los Baños, justo en la entrada del río en el llano por las Atarazanas, ya cerca de la confluencia con el Turia; las trincheras al norte de Teruel, en la actual salida de la ciudad; la propia carretera de Alcañiz; y la Masía de Santiago, frente a las Viñas de San Cristóbal. Ese mismo día el mando del EP había aprobado el despliegue de nuevas unidades en el área de operaciones de la capital del sur de Aragón y aquel era uno de los principales puntos de concentración a su llegada desde el Bajo Aragón.^[28] Uno de los encargados de tirar contra dichas posiciones era Jeremías Hernández Carchena (1911-1963), cuya batería se encontraba emplazada por entonces en el cerro de Santa Bárbara de Celadas, dos kilómetros y medio al noroeste de dicho pueblo. La tónica habitual de los artilleros, según quedó consignada en su diario, estuvo marcada por el aburrimiento, elemento central de la experiencia de guerra de la mayor parte de los combatientes, pero también por la presencia habitual del alcohol, las conversaciones con los compañeros de armas, la monotonía de la alimentación, la añoranza del hogar y los juegos de cartas para romper con la rutina.^[29] Por supuesto, la existencia de estos hombres en la inmediata retaguardia no era ni por asomo similar a la de los combatientes de primera línea, mucho más expuestos a los elementos, al desabastecimiento y al peligro de la metralla, pero sí que se parecía a la de las tropas de ocupación, las reservas o los servicios de intendencia.

De vuelta al interior de la ciudad, la situación no hacía sino empeorar por momentos, tal y como destaca el telegrama de Barba en la tarde del día 6 de enero: «Más de 700 heridos y población civil compuesta de 600 mueren de

sed e inanición desde hace tres días», a pesar de lo cual «los combatientes de Seminario y Santa Clara», entre cuyas ruinas y sótanos languidecían los sitiados, «sabremos morir honrando España».[30] José Carrasco era muy explícito al respecto de los pormenores de la defensa del reducto, señalando que «en una habitación interior sin ventilación alguna teníamos que “arreglarnos” todos, lo mismo hombres que mujeres y lo hacíamos con la mayor naturalidad del mundo, únicamente separados por un montón de piedras y escombros». De hecho, insistía en señalar que era difícil mantener alta la moral allí, tal era el escenario depresivo del día a día: «Era desalentador y doloroso no poder atender las angustias y llamadas de unos o de otros». Respecto a los cadáveres, combatientes y civiles, apuntaba que eran apilados en una habitación habilitada a tal efecto. Esto daba lugar a escenas dramáticas y dantescas en medio de la pesadilla constante que vivieron los sitiados, sometidos al shock traumático del hambre, la sed, los combates, los bombardeos de la aviación y la artillería y, por supuesto, la muerte:

[...] resultaba desgarrador el tener que quitarle o arrancarle de sus brazos a una madre enferma o herida, al hijo que tenía muerto en el regazo.

Nuestra depresión era terrible y hombres hechos y derechos que también se estaban jugando la vida, llorábamos como niños ante las súplicas y sollozos de tantas madres que preferían seguir con ellos, acariciándoles y besándoles a que los llevásemos a engrosar aquella macabra alineación de cadáveres.

Sin embargo, añadía de forma muy gráfica que «el olor que expedían los muertos era irresistible y este neutralizaba con su fuerte hedor que pudiésemos percibir el de la orina o el del excremento, que día tras día se iba acumulando».[31] En medio de aquella situación inimaginable también cumplieron su servicio como enfermeras un grupo de mujeres, entre las cuales se encontraban Soledad Royola, Pilarín Blasco Figueroa y Julia Buj Julve. Encerradas allí compartieron la miseria, el dolor y el miedo de los combatientes y los civiles, viéndose obligadas a realizar su trabajo en las peores condiciones. La propia Mercedes Milá Nolla (1895-1990), como autoridad al mando de todo el personal femenino de los hospitales del bando

sublevado, trataba de hacer llegar su aliento a sus subordinadas en Teruel dirigiéndose a ellas en los siguientes términos: «Enfermeras que tenéis el honor de asistir a esos héroes y que en vuestra sagrada misión os hacéis también dignas de ellos».[32] Su proclama ponía de manifiesto el papel destinado a la mujer en la nueva comunidad nacional, siempre subordinadas respecto al varón, en este caso el combatiente, que era el que brillaba y acaparaba todo el protagonismo de la narrativa colectiva impuesta por el régimen. Así pues, su dignidad y su coraje venían dados a través del servicio que prestaba al hombre y, por tanto, de la aceptación de su rol secundario en todas las esferas de la vida. En cualquier caso, varios meses después de acabada la guerra y tras pasar por el cautiverio Royola, Blasco y Buj fueron recomendadas por Joaquín Moneva Sánchez, teniente médico y responsable de las intervenciones quirúrgicas en el reducto del Seminario, para recibir la Cruz del Mérito Militar.[33] Otras como Leandra Giménez Gómez-Cordobés tuvieron más suerte. En su caso, a pesar de ser encarcelada en la zona republicana, fue capturada el día 23 de diciembre y se ahorró las penurias propias del asedio. Sin embargo, a punto de acabar la guerra también solicitó los beneficios derivados de sus 665 días de servicio como enfermera en la plaza.[34]

La prueba de las condiciones en que combatían muchos de los defensores la encontramos también en el reducto de la Comandancia, donde el comandante de artillería Fernando Calvo se había puesto al frente de todos los parapetos de la posición a pesar de encontrarse convaleciente por las heridas recibidas pocos días antes en La Muela.[35] De hecho, el día 6 parece haber sido el que registró los combates más duros durante aquellas jornadas fuera del cerco, con los últimos intentos sublevados por enlazar con los sitiados. Uno de ellos estuvo protagonizado por la 61.^a División, al mando de Muñoz Grandes, que no solo fracasaría en su objetivo de alcanzar Teruel por la zona del convento de los Capuchinos, sino que además recibió un fuerte ataque sobre las fuerzas que había dejado de guardia al norte de La Muela. Ese mismo día el empuje del EP había hecho retroceder a parte de la 1.^a División, como ya he señalado al principio del capítulo. Tal fue el desastre de la jornada que no solo se registraron numerosas bajas, sino también un cierto

número de deserciones. De este modo quedó descartada toda esperanza de salvación, dado el agotamiento producido por los combates constantes durante una semana en condiciones imposibles y, por tanto, el estancamiento de los avances en todos los sectores.^[36] José Carrasco reconoce que dentro del reducto del Seminario fue el día 6 el mismo en el que empezó a declinar la esperanza de los defensores en una liberación procedente del exterior, aunque siguieran haciendo cábalas al respecto, fruto de su situación desesperada y de la incertidumbre de lo que podían esperar de sus futuros captores:

El sexto sentido que yo creo que nació en nosotros aquel día seis de enero fue ese: el ver que nuestra misión había finalizado, aunque no con el resultado que hubiésemos esperado.

[...] Abrigábamos todavía la esperanza de algo que podría ocurrir que nos favoreciese, que no todo fuese negativo [...].

Dos días, decíamos nosotros, dos días que cesase de nevar, que amainase la crudeza de la baja temperatura, para que pudiese emplearse nuestra aviación y seguro que estaríamos salvados.

Sin embargo, a pesar de decir que nadie pensaba en deponer las armas, se contradecía al reconocer que en el reducto los combatientes hablaban sobre la situación:

No comprendíamos por qué algunos de los jefes [...] no se decidían a iniciar las gestiones de rendición. Pensando humanamente creíamos que era lo que procedía, ya que el pretender seguir defendiéndonos y resistiendo entre cadáveres, heridos y escombros era buscarnos una muerte segura [...].^[37]

Tampoco el apoyo de la artillería del CETS consiguió contener el avance de las fuerzas del EP, a pesar de que ese día 6 redobló sus esfuerzos lanzando hasta 2.383 proyectiles contra posiciones enemigas. De hecho, aquella fue una jornada funesta para los artilleros. Para mayor desgracia de los miembros de su dotación, una de las piezas de la 18.^a Batería del 13.er RL estalló por la explosión precoz de un proyectil en el momento de la carga. Esto no solo inutilizó la pieza afectada, sino que hirió de gravedad a dos artilleros, Casimiro Pousa Rodríguez y Domiciano Fernández Abella, y a otros dos les causó heridas leves, el teniente Juan Peña Alonso y el artillero de segunda

Eligio Díaz Ramos. Se trata de un tipo de accidentes que no eran extraños cuando se manejaban obuses y piezas recalentadas por el esfuerzo, y no era fácil saber cuándo le podía tocar a uno.[38] Pero además, aquel día los ataques aéreos republicanos también acabaron con la vida de Pedro Escuder Ríos, de la 1.^a Batería del 10.^o RL, al tiempo que hirieron a Carlos López Lucas, de la 2.^a Batería del 10.^o RL. De hecho, este último era celebrado como parte del personal distinguido porque «se negó a ser retirado de su puesto». De esta manera podemos ver cuál era la vara por la que se medía la virilidad dentro del ejército sublevado, donde la inconsciencia en ciertos casos se consideraba como la forma más alta de valor y entrega y se estimaba por encima de todo. Un caso muy similar lo encontramos el día 8 con un desenlace fatal. En esta ocasión, Agustín Estacas, un cabo de la 3.^a Batería del 4.^o RP que estaba a cargo de la central de teléfonos se negó a abandonar su puesto «para mantener comunicación con el observatorio y el Mando, a pesar del intenso cañoneo y de haber recibido indicación de sus superiores para refugiarse». Por lo tanto, contravenir las órdenes de los superiores solo estaba permitido siempre que fuera para superar los mínimos establecidos por el servicio, aunque ello pudiera comportar la pérdida de personal valioso y hasta cierto punto irremplazable. De hecho, destacar este tipo de acciones era un modo de invitar a otros a emularlo, siempre y cuando ansiaran el reconocimiento de sus compañeros de armas. Al fin y al cabo, esta inconsciencia es una forma de sumisión y renuncia tal que a ojos del mando tenía que ser bien vista a la fuerza, ya que dichos principios eran los que se esperaban de cualquier combatiente. Por eso, el de Estacas era visto como «alto ejemplo del concepto del deber», una muestra de «valor y serenidad extraordinario».[39]

Dado el panorama general, a primera hora del día 7 el comandante del EdN autorizó tanto a Barba como a Rey d'Harcourt para proceder a la evacuación de los heridos irrecuperables e incapaces de portar armas, siempre y cuando se contara con garantías y mediara la intervención de la Cruz Roja. Las órdenes ponen de manifiesto que aún se esperaba un último esfuerzo de los dos núcleos de resistencia, «en espera nuestra llegada que no ha de retrasarse pues enemigo ha sido duramente castigado y seguirá siendo batido

con toda energía». Sin embargo, como decía, la intensidad de los combates en el exterior se había reducido sobremanera. Mientras tanto, en el interior la situación se había tornado insostenible por la falta de alimentos y agua, lo cual provocaba la desmoralización de los defensores. El propio Barba, siempre entusiasta, reconocía que «se sienten conatos de malestar que castigamos con todo rigor», algo que encaja con el relato de José Carrasco. Sea como fuere, el coronel al mando sabía que el uso de la fuerza y la implementación de medidas draconianas no bastarían para mantener la disciplina, por lo que solicitaba el envío de «víveres y hielo y a ser posible refuerzos». De hecho, había comenzado un constante goteo de deserciones sobre el que cada vez se tenía menos control.[\[40\]](#) En el exterior aquel día aparecían claras evidencias de que las fuerzas rebeldes habían perdido la iniciativa, y a duras penas conseguían contener los ataques republicanos sobre La Muela. Tal era la situación que la artillería del CETS tuvo que intervenir in extremis frente a un asalto lanzado desde la carretera de Cuenca, el cual fue frenado con un poderoso fuego de barrera que se hizo durar veinte minutos.[\[41\]](#)

No sería hasta las tres de la mañana del día 8 de enero cuando los sitiados del Seminario tendrían conocimiento de la rendición pocas horas antes del reducto de la Comandancia, al mando de Rey d’Harcourt. El acta formal, que conocemos por la copia que entregó su viuda, Leocadia Alegría, al secretario encargado de instruir la Causa General en Aragón, Teodoro Aisa, nos permite adentrarnos en las causas que llevaron al coronel a tomar una decisión negociada que lo acabaría convirtiendo en el cabeza de turco del fracaso militar del ejército sublevado en aquellos primeros compases de la batalla de Teruel. Esta señalaba que «después de veinticinco días de defenderse sin recibir ayuda del exterior contra un enemigo muy superior en número y material», las únicas posiciones que quedaban en su poder eran el Hospital de la Asunción, las «ruinas del Colegio Sadel y parte del Gobierno Militar» (véase mapa 2). La situación se veía agravada por el aislamiento respecto al reducto del Seminario, pero sobre todo por carecer de agua y alimentos, escasear las municiones y armamento de todo tipo, unido al goteo incesante de deserciones. La conclusión de Rey d’Harcourt era muy clara tras reunirse

con más de una veintena de oficiales del reducto que ratificaban el acta de rendición:

[...] consideran que se han agotado todos los medios que el deber y el honor militar aconsejan en la defensa de esta plaza, cuya prolongación no podría beneficiar a la marcha general de las operaciones, no obteniendo más que el sacrificio del numeroso personal no combatiente y heridos que encerrados en el Hospital de la Asunción se verían obligados a seguir la misma suerte que la población militar, por lo cual acuerdan la rendición [...].[\[42\]](#)

Esta información, portada al reducto del Seminario por un comisario del EP, fue puesta en cuarentena, al entenderse que se trataba de un ardid para provocar la desmoralización de los defensores y forzarlos a la rendición, que era precisamente lo que solicitaba el emisario republicano. Pocos minutos después de la visita del enviado se detonó una mina bajo las ruinas de la iglesia de Santiago, que sepultó «a la casi totalidad de sus defensores» y que precedió a su toma definitiva por parte de las fuerzas republicanas. Menos de dos horas después, cerca de las cinco de la mañana obtuvieron confirmación de la rendición del reducto sur por boca de un representante del propio Rey d'Harcourt, lo cual motivó la petición de autorización por parte de Barba para evacuar a los heridos al amanecer.[\[43\]](#) Raimundo González Bans, que fue uno de los defensores del Seminario hasta su rendición, recuerda que las fuerzas republicanas consiguieron forzar esta aprovechando la confusión y el caos de la evacuación en las primeras horas de la mañana. Descansados, los milicianos se infiltraron en una posición defendida por unos hombres al límite de sus fuerzas y faltos ya de reflejos, de ahí que eximiera al coronel Barba de cualquier posible responsabilidad.[\[44\]](#) José Carrasco recordaba que la jornada del 7 y la madrugada del 8 de enero «fue un día y una noche de constante alucinación, de pasar de un pensamiento a otro, de querer y no querer actuar». Lo que más venía a su memoria son los efectos de los nervios y la tensión acumulada, las fuerzas quebrantadas por el hambre, pero también el miedo generado por la propaganda frente a lo que entonces ya era inevitable: deponer las armas. De hecho, Carrasco rememora los debates con algunos de sus compañeros de armas sobre el mejor modo de entregarse al enemigo, y dejando un fiel reflejo de aquellas horas de zozobra e

incertidumbre, pero también de esperanza y deseo de acabar con aquella tortura, se preguntaba si era posible temer una cosa y desear al mismo tiempo que se produjera:

Es difícil expresar lo que se siente en esos momentos, porque a pesar de nuestras cavilaciones, de tantas cosas como uno piensa, después, si se analizasen bien, la mayor parte son producto de una imaginación calenturienta y, por tanto, descabelladas. O sea, que honradamente no podíamos considerarnos responsables de estos pensamientos, porque eran producto de unas circunstancias tan anormales que obligaban a nuestra imaginación a trabajar a un ritmo anormal y poseídos también, para qué negarlo, de un miedo cerval.[45]

Por eso recuerda que ante tal deformación de la realidad les sorprendió sobremanera el buen trato que les dispensaron sus captores. Esto no fue óbice para que muchos de los refugiados, como las monjas del destrozado convento de Santa Clara, rompieran a llorar presas del pánico al ser tomadas prisioneras, tal y como recuerda el veterano de la 84.^a BM Blas Alquezar. No es extraña la reacción de aquellas mujeres si tenemos en cuenta dos cosas: la violencia anticlerical del verano y el otoño del 36 había alcanzado una gran virulencia en el marco de la retaguardia revolucionaria y, al mismo tiempo, había sido explotada a fondo por los golpistas para movilizar a sus propios partidarios y denunciar al enemigo a ojos de la opinión pública mundial. De ahí que los combatientes se vieran obligados a tranquilizar a las monjas: «“No lloren, que no les va a pasar nada”, les decíamos. “No, que ustedes son muy malos”, nos respondían. Y nosotros les intentábamos calmar: “Que no se preocupen, que no tenemos cuernos ni cuatro patas”».[46] Por su parte, a los sitiadores les sobrecogió el aspecto de los vencidos y los civiles que se refugiaban entre las ruinas con ellos, por su aspecto físico lamentable, que hacía que a menudo requirieran la asistencia de los soldados republicanos, y sus súplicas para que les dieran de beber. De hecho, Pere Calders se quedó consternado al entrar en contacto con los evacuados de los reductos que llegaban en camiones a la zona de Levante donde él se encontraba de maniobras con su unidad:

Son gente hundida en la miseria, enferma, que lo ha perdido todo, incluso la capacidad de llorar; no sabemos si es que realmente van vestidos con tonos oscuros o si bien la suciedad que

los recubre hace que lo parezca, pero nos da la sensación de que toda esta gente está de duelo.

Nunca habíamos visto unos hombres tan envejecidos, ni unas mujeres tan decaídas, ni unas criaturas tan delgadas.[\[47\]](#)

Durante la tarde del día 7 y la madrugada del día 8, dos centenares de sitiados que aún se valían por sí mismos consiguieron romper las líneas enemigas, con la guardia baja tras el anuncio de la rendición y con los combatientes auxiliando a la población civil, que a duras penas podía mantenerse en pie. Estos consiguieron alcanzar las propias líneas a la altura de la Guea de San Blas, situada en la vega del Guadalaviar y a más de cuatro kilómetros de la ciudad. La mayor parte de los evadidos formaron dos grupos diferentes, es probable que con la idea de pasar más desapercibidos y aumentar las posibilidades de éxito. Uno iba encabezado por el teniente Aaulfo García Mahave, jefe de la defensa de las posiciones Puertas del Hospital y Banco de España en diferentes ocasiones, y guiado por el turolense Julián Asensio, mientras que el otro iba capitaneado por el famoso padre Gil, el hasta entonces alcalde José Maicas y el concejal Alonso Bea, marchando a través de La Muela y perdiendo por el camino a unas treinta personas bajo las balas. El teniente médico provisional Fernando Cámara integraba el primero de los grupos, también marchaban con ellos la enfermera María Pilar López García y el cabo Aguilar Manzano. Además los hubo, como el alférez provisional Martín, del cual ya he hablado antes, que cayeron en manos del enemigo impedidos por las heridas, aunque quisieran evitarlo a toda costa. El periodista y propagandista del bando sublevado Federico García Sanchiz (1886-1964) recogía en una crónica de posguerra la imagen de los fugitivos cruzando las aguas heladas del río Turia a unos -13º y bajo el fuego de las ametralladoras republicanas que intentaban darles caza: «Los fugitivos, temblorosos y con los dientes rechinantes, prorrumpieron en vivas a España, echándose a llorar en brazos de los Requetés». Sobre todo recordaba el ansia de venganza —a sus ojos justicia seguramente— de algunos como el hasta entonces alcalde de la ciudad José Maicas, después de la tensión vivida y los sufrimientos que salían entonces a la luz: «Loco parecía el Alcalde Maicas, el alcaldico, menudo y leve, que hablaba de volver

vindicativamente a su sitio, desorbitados los ojos».[48]

Cabe pensar lo dramático que debió de ser el momento para muchos de los defensores, fueran sus convicciones más o menos acendradas, todos habían estado bajo los efectos de una propaganda que se demostró sumamente efectiva a la hora de dibujar determinados arquetipos aterradores del enemigo. Tal pudo ser el caso del tal Martín, herido en ambas piernas. Era un hombre hecho a sí mismo, en tanto que oficial por méritos de guerra; había obtenido la Medalla Militar en 1937 y, además, se había distinguido en los combates por Teruel. Sin embargo, el miedo inoculado por la propaganda, el deseo de seguir combatiendo o la incertidumbre frente al futuro empujó a otros como el alférez provisional Ricardo Lacalle del Río a escapar, a pesar de que se encontraba herido en una pierna y hospitalizado desde los combates en La Muela.[49] Otros como Raimundo González intentaron la huida en solitario, en parejas o grupos más reducidos, buscando pasar más inadvertidos. En su caso, perdió de vista a su compañero, un guardia civil al que daba por muerto tras haber sido herido durante la fuga.[50]

En la zona republicana la noticia de la rendición de Teruel no tardó en correr como la pólvora. No obstante, con ese pesimismo instintivo que le atribuía Tomás Mora, Indalecio Prieto salió al paso de la euforia que pareció apoderarse de algunos como Jaume Miravittles, jefe de propaganda de la Generalitat de Cataluña. Al parecer, este último había pensado poner en marcha una campaña masiva de propaganda para dar a conocer la supuesta trascendencia del triunfo militar republicano. Sin embargo, según contaba Miravittles el ministro de Defensa se negó en rotundo afirmando que se trataba de una maniobra militar dilatoria que buscaba un golpe de efecto moral y un impacto en el ámbito internacional, pero que en ningún caso sería posible mantener la ciudad por más de tres semanas. Se equivocó en su previsión: la capital estaría en manos republicanas durante las seis semanas siguientes, sin embargo Miravittles reconocía: «Entonces vi que la guerra estaba perdida. La ofensiva se había llevado a cabo para intentar llegar a un acuerdo negociado que pusiera fin al conflicto...».[51] Por aquellos días los servicios de inteligencia alemanes informaban de que tanto el lehendakari vasco, José Antonio Aguirre, como el presidente de la Generalitat, Lluís

Companys, estaban bajo estrecha vigilancia soviética porque «ambos consideran como muy urgente y necesario un acuerdo con Franco».[52] Y es que en el gobierno republicano había sectores partidarios de buscar un armisticio negociado con los sublevados para poner fin a la guerra y salvar lo que se pudiera del sistema democrático.

En el ámbito internacional también se tenía plena conciencia del sentido de la operación sobre Teruel, algo que ya reconocía el agregado militar británico en Barcelona el 18 de diciembre, cuatro días después de ponerse en marcha la ofensiva republicana, que a sus ojos «ha sido iniciada para levantar el prestigio moral, militar y político del llamado “gobierno” de los Rojos». Cuatro días después, coincidía con este su colega estadounidense al afirmar que no solo «la importancia militar [estratégica] de esta operación se puede difícilmente apreciar», sino que además «su finalidad» solo podía ser «levantar la moral». Sin embargo, al contrario de lo que había dicho el británico pocos días antes, «en Barcelona se nota poco entusiasmo sobre el éxito anunciado».[53] Efectivamente, aquel ataque había tenido entre sus objetivos convencer a las potencias democráticas de la capacidad del gobierno de la República para ejercer su poder de forma eficaz y para conformar un ejército moderno, capaz de llevar a cabo operaciones ofensivas con éxito. No por nada, el día 4 de enero el encargado de negocios de la misión diplomática estadounidense en Barcelona ya señalaba sin dudar que «la lucha por Teruel adquiere cada vez más importancia política y militar». El EP había conseguido hacerse con la iniciativa en los campos de batalla y, por tanto, imponer a los sublevados «las condiciones de lucha». Otros como el embajador británico, que trataba de escrutar en el fondo de los artículos de prensa y las informaciones que le llegaban por vías oficiales, preferían mostrarse prudentes y pensar que «el desenlace no es tan seguro como el “gobierno” quisiera hacerlo creer a la gente». Así pues, lo que ocurriera a partir de entonces en la capital del sur de Aragón sería decisivo en el devenir de la guerra, dado que ambos contendientes habían desplegado a sus mejores fuerzas.[54] Esta era una sensación que también llegaba hasta las propias tropas que permanecían a la espera de acontecimientos en frentes secundarios o en la retaguardia, como en el caso de Pere Calders, que veía claro desde

Castellón que la de Teruel había pasado a ser una batalla de desgaste:

Por la cantidad de jefes y oficiales heridos o muertos estos últimos días puede juzgarse el número de bajas que habrán sufrido los soldados. Cada día llegan nuevos contingentes de heridos y hace falta gente de reserva con el fin de rehacer las unidades. Hemos observado que nuestros jefes están preocupados, [...].

La lucha de Teruel cobra el carácter de batalla decisiva, la primera gran batalla de nuestra guerra, y son necesarios muchos hombres para sostenerla.[\[55\]](#)

Consumada la rendición de los sitiados y dada la imposibilidad de derrotar al EP y alcanzar Teruel con la estrategia y los métodos empleados hasta el momento, la batalla entraba en una nueva fase, algo que queda claro en la documentación. Ese día 8 la orden del comandante del EdN fue «establecerse sólidamente en la línea alcanzada que serviría como base de partida para futuras operaciones». No dejaba de ser una forma eufemística de reconocer el fracaso en el cumplimiento de los objetivos, algo muy típico en el lenguaje militar de cualquier ejército moderno. En realidad equivalía a decir que se abría un periodo para recomponer las fuerzas, desgastadas por el riguroso clima y más de diez días de intensos combates. Sin embargo, el final de los reductos del Seminario y la Comandancia no trajo la calma, o no al menos de forma inmediata. Todavía, durante los días 8, 9 y 10 de enero las fuerzas republicanas trataron de establecer un perímetro defensivo exterior que permitiera defender Teruel con las máximas garantías. Al fin y al cabo, estaba claro que aquel solo había sido el primer asalto de una batalla que ya se presumía larga. Así se explica que la actividad de la artillería se concentrara durante aquellas jornadas en generar barreras de contención al sureste de Conclud y, también, en las entradas de los barrancos de la Casa de Blasco, de Barrachina y del Molino. Estos últimos accidentes geográficos, situados en la margen derecha del Turia, entre Teruel y Villastar, eran las principales vías de acceso naturales para acceder a La Muela y a las muelas de los Oraus y la Alejandra, puntos todos ellos donde prosiguieron los combates con el objetivo de conseguir posiciones más favorables.

Una vez más, el estudio de la experiencia de los artilleros del CETS en el curso de esos días nos permite profundizar en las particularidades y

problemáticas de su vida cotidiana en situaciones de combate intenso.^[56] De algún modo, cuando su objetivo eran los artilleros situados al otro lado del frente, la artillería disfrutaba de ventajas muy similares a las que se encontraba frente a la infantería enemiga en operaciones ofensivas. Como no podía ser de otra forma, las piezas enemigas también se situaban en emplazamientos estratégicos, que además podían adivinarse gracias a la trayectoria de los proyectiles, una habilidad que se desarrollaba con la experiencia y, claro está, con los conocimientos de balística. Evidentemente, quienes estaban enfrente tampoco eran mancos ni tuertos, y eso muy a menudo ponía en apuros a las dotaciones de las piezas, que como ya hemos visto habían de operar a menudo bajo el fuego enemigo. Ese fuego de contrabatería, que es como se denomina al intento por neutralizar las piezas del enemigo o cuanto menos acallarlas al saberse sus dotaciones localizadas, era una de las principales amenazas a las que habían de enfrentarse los artilleros y, nuevamente, una muestra de que en la guerra moderna la muerte acecha a cada momento. Buen ejemplo de ello es lo ocurrido el día 8 de enero, cuando un impacto directo sobre la central telefónica del grupo de baterías al mando del comandante Ignacio Moyano acabó con la vida de cuatro soldados y dos heridos graves, entre los cuales se encontraba el ya mencionado Agustín Estacas. También el grupo de baterías al mando del capitán Astorga fue localizado y batido por los artilleros republicanos, dando como resultado la muerte del tirador Julio Burgos Fernández, impactado por un casco de metralla, y dos heridos.

El hecho de ser localizado y batido con acierto a la primera podía tener consecuencias dramáticas, sobre todo si los impactos conseguían acertar en los polvorines próximos a las piezas, tal y como les ocurrió el día 10 a los miembros de la 2.^a Batería del 1.er RP. De cualquier modo, la mayor parte de las veces se tomaban las precauciones necesarias para situar los almacenes de munición a una distancia prudencial. En el caso que nos ocupa se valoraba que las dotaciones hubieran continuado con sus cometidos a pesar de encontrarse el polvorín a 100 metros de donde estaban ellos. Una inconsciencia que también se valoraba en el caso del cabo Virgilio de Mingo Pérez, de la 1.^a Batería del 10.^o RL, que no solo era un entusiasta voluntario

desde el inicio del Movimiento, prueba irrefutable de lealtad a la causa que era convenientemente subrayada, sino que tras ser herido en su puesto de apuntador se negó a ser evacuado. Lo mismo que los cabos Rogelio Fortes González y Augusto Luengo Gil, de la 2.^a Batería del 4.^o RP, que a pesar de las heridas siguieron firmes en sus puestos.^[57] Sin embargo, también el miedo formaba parte de las respuestas habituales de los artilleros ante las amenazas, como ocurrió el día 18 de enero durante un bombardeo de la aviación republicana sobre las posiciones del Cerro Gordo, donde se encontraba estacionada por entonces la batería de Jeremías Hernández. Ante la virulencia y acierto del ataque se vieron obligados a tirarse cuerpo a tierra. En este caso decía de su coterráneo y uno de sus mejores camaradas, Patricio Blas Hernández (1916), que hacía poco se había incorporado a filas y que «está conmigo todo asustado, porque era la primera vez que se encontraba en esos apuros; los trozos de metralla silbaban por encima de nosotros y caían a un metro de nuestros pies». No obstante, el hecho de que no diera más importancia al suceso y pasara a hablar de lo que había cenado prueba que tenía interiorizado aquello como parte de la cotidianeidad de la guerra, a pesar de que aquella acción costó la vida de un compañero y dos más resultaron heridos.^[58]

También en el ámbito internacional el gobierno de la República estaba intentando realizar algunos movimientos para librarse de una excesiva influencia soviética. Hasta entonces esto había sido difícil, tal y como reconocía Tomás Mora al reflexionar sobre el malestar que generaba entre ciertos sectores del gobierno republicano la presencia de consejeros soviéticos. De hecho, los servicios de inteligencia italianos en España se extrañaban de que no hubiera conflictos y protestas más acaloradas en torno al papel de dichos consejeros, que según los informes de los transalpinos «hacían y deshacían a su antojo sin el control de nadie».^[59] Sin embargo, cabe poner en cuarentena las visiones desde el lado fascista, por muy certeros que intentaran ser los análisis del espionaje, ya que estos también podían estar influenciados por los prejuicios y por el deseo de agradar a los jefes con lo que esperaban oír. En cualquier caso, el propio Negrín fue muy claro al respecto en una cena con los mandos del Ejército del Este (EdE) y del EdM

poco antes de la batalla de Teruel: «La Unión Soviética es el único país que nos está mandando ayuda. El Partido Comunista es el [...] que más contribuye al esfuerzo bélico. Solo por estas razones os suplico que seáis tolerantes con los consejeros».[60] Y aunque Mora estaba convencido de que el jefe de Gobierno estaba bajo la influencia soviética, no era menos cierto que el éxito militar provisional alcanzado por el EP en la batalla de Teruel estaba dando lugar a movimientos en los equilibrios de alianzas políticas dentro de la República.

Sin ir más lejos, en enero de 1938 los servicios de información alemanes comunicaron a las autoridades golpistas que «el Gobierno rojo trata de anular al Partido Comunista en la España roja», sobre todo porque según parece «la ayuda rusa actualmente es mucho menor que la de Francia y los Estados Unidos». El propio embajador británico en Barcelona era consciente de que el PCE tenía una presencia en el gobierno que no se correspondía para nada con su peso real en la sociedad española.[61] Así pues, cumplida la necesidad de sostener a la República en los momentos de mayor apuro y aislamiento, el resto de fuerzas políticas y el propio gobierno se estaban moviendo para restablecer los equilibrios y sacar a los comunistas de ciertos puestos sensibles de responsabilidad.[62] De hecho, la inteligencia italiana parecía contar con buena información sobre la continua llegada de transportes franceses «de todas las dimensiones» por la frontera catalana. Además, su informe de primeros de diciembre de 1937 hacía hincapié en la supuesta entrada de capitales extranjeros «de todas las partes y en cantidad considerable», especialmente de Suecia y Noruega.[63] Un mes después, a mediados de enero los italianos se mostraban suspicaces con los británicos por el hecho de que parecía que había en marcha una campaña de apoyo «a favor de los rojos contra los “facciosos”». De hecho, se hacía eco de una casa cinematográfica británica que había enviado personal a Teruel para recoger material sobre el EP.[64]

Por supuesto, se esperaba que esto pudiera tener su traducción en la esfera internacional, con un apoyo mucho más abierto y decidido de las potencias democráticas. El Reino Unido seguía mostrándose escéptico hacia el gobierno republicano, como se pone de manifiesto en una entrevista

mantenida por el embajador de dicho país con el secretario general de la CNT-FAI, Mariano Rodríguez Vázquez. Los servicios secretos alemanes se hacían eco de los contenidos de la conversación, donde el primero se había mostrado partidario de una España democrática no sometida a la influencia de poderes extranjeros ni a fuerzas radicales; regida por un Estado suficientemente fuerte como para asegurar el mantenimiento del orden interno; y, por último, que no tuviera ambiciones en el extranjero ni inspiración militar. Frente a los deseos expresados por el gobierno británico a través de su representante, el régimen triunfante en la guerra tan solo iba a cumplir el segundo punto, y en buena medida amparado en el uso de la fuerza bruta. De hecho, el día 13 de enero el gobierno republicano había expresado su estupefacción ante el embajador británico. La queja tenía que ver con el trato de igualdad que se había dispensado a las autoridades golpistas desde el Reino Unido al nombrar como su representante en la zona rebelde a alguien de la categoría de Robert Hodgson (1874-1956). Frente a lo cual, el embajador se defendió señalando que su gobierno tenía el deber de «proteger sus intereses y a sus súbditos» en cualquier sitio. Sin embargo, las autoridades republicanas tenían razones para sentirse ultrajadas, ya que Hodgson, cuya esposa era una rusa blanca exiliada y una ferviente anticomunista, estaba plenamente alineado con los rebeldes en su visión de la guerra civil como un conflicto contra «hordas controladas por los comunistas, inspiradas por el Komintern y apoyadas por la escoria, en gran parte extranjera, entre la que se reclutan las fuerzas republicanas».[65] De hecho, un informe de la inteligencia alemana indicaba que ya a la altura del 24 de diciembre de 1937 el gobierno francés había manifestado que parecía «indiscutible una dictadura de un partido después de la guerra».[66]

[1] «Ejército del Norte. Organización. Destinos: De Jefes y Oficiales de Infantería», AGMAv., 1211, 72, pp. 1-6.

[2] «Ejército del Norte. Organización. Mandos: De Compañía por Oficiales Provisionales», AGMAv., 1211, 87, p. 5.

[3] *Ibid.*, p. 8.

[4] «Cuerpo de ejército de Castilla. Partes de Operaciones. Partes de las operaciones en la región de Teruel (Dicbre, 1937 a 31 enero). (Artllª de C.E. del Sur del Turia)», AGMAv., 1329, 28, pp. 5-6.

[5] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, pp. 132-134.

[6] Rafael García-Valiño, *op. cit.*, p. 181.

[7] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, p. 131. Las cifras totales de bajas de la unidad hasta el día 21 de enero quedan cifradas como sigue: 27 jefes y oficiales y 481 muertos entre las tropas; 72 y 1.588 heridos y, finalmente, 17 y 2.385 muertos por congelación. Véase Vicente Aupí, *op. cit.*, p. 135.

[8] José Carrasco Canales, *op. cit.*, pp. 114-115. Merece la pena adentrarse en la reconstrucción del asalto que llevaron a cabo el día 3 de enero las tropas de la 84.^a BM contra el edificio del Gobierno Civil, magistral en su modo de entrecruzar testimonios y fuentes en Pedro Corral, *op. cit.*, pp. 155-165.

[9] *Ibid.*, p. 116.

[10] «Documentación Nacional. Cuerpo de Ejército de Galicia. Operaciones. Noticias y comunicados, telegramas, etc. Sobre la situación de la Plaza de Teruel, durante su asedio (diciembre 1937 a enero 1938)», AGMAv. 1339, 29 BIS, Legajo 5, Armario 23, p. 59 y 57, también Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, pp. 125-126.

[11] «Ejército del Norte. Operaciones sobre Teruel. E.M. Instrucción particular n.º 3», AGMAv., 1234, 26, p. 1.

[12] Para los datos de los dos últimos párrafos sigo «Ejército del Norte. Organización. Estadística. Bajas. Nota numérica de las habidas en este ejército», AGMAv., 1211, 78, pp. 1-23.

[13] Conviene aclarar, porque quizás sea útil en lo sucesivo, que la formación más reducida del ejército español era y es la escuadra, compuesta por entre tres o cuatro hombres mandados por un cabo. Dos o más, dependiendo del momento y las necesidades, formarían un pelotón, con entre seis y doce hombres al cargo de un sargento. A su vez, dos o más pelotones compondrían una sección, pudiendo alcanzar cuatro decenas de hombres mandados ya por un oficial, en esta época por lo general un alférez o también un teniente. El siguiente nivel organizativo en importancia correspondería a las compañías, compuestas por entre tres y cinco secciones, con hasta 200 hombres al mando de un capitán. Las compañías se agruparían en batallones, que han sido por lo general la unidad más reducida con capacidad de actuación autónoma o independiente en la historia militar contemporánea. Estos últimos tendrían una media de entre 700 y 1.000 hombres, dependiendo del ejército y las circunstancias, mandados por un teniente coronel en el caso de España. El siguiente escalafón organizativo sería el regimiento o la brigada, con entre 2.500 y 4.000 hombres. La unión de tres o cuatro de estas unidades conformaría una división, ya comandada por un general y compuesta por 10.000 hombres dependiendo de las circunstancias. A partir de las divisiones se constituirían los CE, por ejemplo los de Marruecos, Galicia o Castilla, y en base a estos los ejércitos, como el EdN al mando de Dávila. Este esquema suele funcionar, aunque nunca es exacto en la realidad del día a día de la guerra.

[14] Las diferencias de temperatura entre los valles y las zonas altas son destacadas por Vicente Aupí, *op. cit.*, pp. 124-125.

[15] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, p. 64.

[16] Véase Vicente Aupí, *op. cit.*, p. 88.

[17] «Relación numérica de las bajas (H.E.M.)...», AGMAv., 1212, 2, pp. 2-4. Lo mismo ocurría en el bando republicano, tal y como recuerda el médico y cirujano de la XIV Brigada Internacional Moisés Broggi i Vallés, que destacaba los problemas de congelación en los pies de muchos soldados republicanos. «Moisés Broggi i Vallés. Barcelona, 1908», en Sofía Moro, *op. cit.*, p. 78.

[18] Véase Vicente Aupí, *op. cit.*, p. 88.

[19] Sabino Fernández, que debutó en Teruel como alférez provisional, señalaba respecto a Teruel, después de haber pasado por el sitio de Oviedo y la campaña de Asturias en el primer año de la guerra, que «fue durísimo y bajo un frío intensísimo». «Sabino Fernández Campo. Oviedo, 1918», Sofía Moro, *op. cit.*, p. 89.

[20] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, p. 138.

[21] Se trata de un concepto surgido de las trincheras Gran Guerra. Este define una afección podal causada por una exposición prolongada de los pies a condiciones de frío y humedad con poca higiene. De hecho, no precisa de temperaturas bajo cero para manifestarse, sino sobre todo de la exposición a una humedad permanente ante una escasa o deficiente protección. Tal fue el caso de la batalla de Teruel, donde muchos combatientes llegaron en alpargatas y se vieron obligados a combatir en la nieve durante días. Su única resolución por lo general solía ser la amputación. Sobre esta cuestión relativa a la batalla de Teruel y su impacto véase Vicente Aupí, *op. cit.*, pp. 145-152.

[22] Véase el documento en cuestión en «Ejército del Norte. Organización. Estadística. Bajas. Nota numérica de las habidas en este ejército», AGMAv., 1211, 78, p. 40. Y digo que los datos podrían ser extensibles al conjunto de la batalla porque antes del día 10, que abre el recuento del documento, debieron de ser aún peores. Es a partir del día 8 cuando mejoraron bastante las temperaturas, y más aún a partir del 13, con la desaparición de las heladas nocturnas.

[23] Los datos proceden del análisis de la serie documental recogida en «Ejército del Norte. Organización. Estadística. Bajas. Nota numérica de las habidas en este ejército», AGMAv., 1211, 78, pp. 9-43.

[24] *Ibid.*, pp. 9-43.

[25] Según consta en la documentación consultada, donde aparecen las enfermeras condecoradas, es posible que López fuera una monja del convento de Santa Clara, ya que la única Pilar López de la lista de 57 nombres es una que consta como tal. «Servicios Auxiliares Femeninos», AGMAv., 42069, 1, p. 10.

[26] «Cuerpo de Ejército de Castilla. Informes. Teruel. Sobre actuación de Jefes, Oficiales y personal civil, durante el asedio a dicha plaza», AGMAv., 1326, 30, pp. 6-7.

[27] Schüler-Springorum señala que parte del problema de la aviación republicana se explicaba por el hecho de que en aquel entonces estaban siendo repatriados los aviadores soviéticos, que fueron sustituidos por jóvenes españoles de clase trabajadora que habían recibido adiestramientos intensivos de seis meses en la Unión Soviética. Stefanie Schüler-Springorum, *op. cit.*, p. 72.

[28] «Cuerpo de ejército de Castilla. Partes de Operaciones. Partes de las operaciones en la región de Teruel (Dicbre, 1937 a 31 enero). (Artllª de C.E. del Sur del Turia)», AGMAv., 1329, 28, pp. 6-7.

[29] Jeremías Hernández Carchena, *¡Maldita guerra! (Diario de un soldado en el frente de Teruel, 1937-1938)* [edición de Ricardo Hernández García y José Cubero Garrote], Quinto Color, Madrid, 2015, pp. 64-72.

[30] «Documentación Nacional. Cuerpo de Ejército de Galicia. Operaciones. Noticias y comunicados, telegramas, etc. Sobre la situación de la Plaza de Teruel, durante su asedio (diciembre 1937 a enero 1938)», AGMAv. 1339, 29 BIS, Legajo 5, Armario 23, p. 61.

[31] José Carrasco Canales, *op. cit.*, pp. 101, 112 y 123.

[32] «Servicios auxiliares femeninos», AGMAv., 42069, 1, p. 117.

[33] «Servicios auxiliares femeninos», AGMAv., 46761, 2, pp. 66, 70 y 71.

[34] «Servicios auxiliares femeninos», AGMAv., 42068, 5, pp. 149-150. Giménez alegaba no poder presentar pruebas de su militancia en Falange por «haberse extraviado» su carnet «cuando la toma de Teruel». La pérdida de documentos personales de valor a causa de los incendios, las destrucciones y los saqueos debió de ser un problema muy común y no carente de consecuencias en ciertas ocasiones. En el caso de Leandra Giménez sabemos que al final le fue concedida la Medalla de Sanidad Militar.

[35] De hecho, aún sería herido en dos ocasiones más durante la coordinación de la defensa de la Comandancia, quedando en el hospital durante la rendición. «Cuerpo de Ejército de Castilla. Informes.

Teruel. Sobre actuación de Jefes, Oficiales y personal civil, durante el asedio a dicha plaza», AGMAv., 1326, 30, p. 4.

[36] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, pp. 127-128.

[37] José Carrasco Canales, *op. cit.*, pp. 128 y 119-120.

[38] En el mismo CETS se registra un caso similar el 17 de enero, con el resultado de dos piezas inutilizadas. Sin embargo, esta vez no hubo que lamentar vidas humanas. Véase «Cuerpo de Ejército de Castilla. Partes de Operaciones. Partes de las operaciones en la región de Teruel (Dicbre, 1937 a 31 enero). (Artllª de C.E. del Sur del Turia)», AGMAv., 1329, 28, p. 13.

[39] *Ibid.*, pp. 7-8.

[40] «Documentación Nacional. Cuerpo de Ejército de Galicia. Operaciones. Noticias y comunicados, telegramas, etc. Sobre la situación de la Plaza de Teruel, durante su asedio (diciembre 1937 a enero 1938)», AGMAv. 1339, 29 BIS, Legajo 5, Armario 23, p. 63. El hecho de que Barba solicite refuerzos es cuanto menos curioso dada la situación de aislamiento en que se encontraban sus fuerzas.

[41] «Cuerpo de ejército de Castilla. Partes de Operaciones. Partes de las operaciones en la región de Teruel (Dicbre, 1937 a 31 enero). (Artllª de C.E. del Sur del Turia)», AGMAv., 1329, 28, p. 7.

[42] «24. Recepción por el fiscal general del acta de rendición de Teruel el 7 enero 1938», en *Documentos Inéditos para la historia del G. Generalísimo Franco. Tomo IV*, FNFF, Madrid, 1993. Los tres mencionados edificios estaban unidos entre sí, desde el Gobierno Militar, situado en la boca de entrada a la plaza de San Juan en un inmueble de tres plantas, hasta el colegio Sadel, fundado en 1905 en la misma plaza casi a la altura de la vieja iglesia de San Juan y pegado a la antigua Delegación de Hacienda. Al norte de ambos quedaba el Hospital de la Asunción. Ninguna de las mencionadas edificaciones sobrevivió a la remodelación de la plaza de San Juan de acuerdo con el Plan Parcial de Reforma Interior de posguerra, que a partir de entonces sería plaza General Varela.

[43] «Documentación Nacional. Cuerpo de Ejército de Galicia. Operaciones. Noticias y comunicados, telegramas, etc. Sobre la situación de la Plaza de Teruel, durante su asedio (diciembre 1937 a enero 1938)», AGMAv. 1339, 29 BIS, Legajo 5, Armario 23, pp. 65-66.

[44] «Evadido de Teruel (Seminario) Capitán de Artillería Don Raimundo González Bans», AGMAv., 2958, 4.

[45] José Carrasco Canales, *op. cit.*, p. 134.

[46] Pedro Corral, *op. cit.*, pp. 175-176. Para una narración profusa y detallada de las negociaciones en torno a la rendición de los dos reductos véanse pp. 167-181.

[47] Pere Calders, *op. cit.*, pp. 85-86.

[48] Federico García Sanchiz, *Te Deum Laudamus. La batalla de Teruel. Segundo aniversario, visitando Peñíscola y Albarracín*, Editorial Española, San Sebastián, 1939, pp. 91-92. El particular relato del padre Gil se puede seguir a través de sus memorias del sitio en Carlos G. Villacampa, *Cerco de Teruel según relato del P. Gil (Franciscano)*, El Noticiero, Zaragoza, 1938, pp. 99-107. Este es uno de los múltiples testimonios que contribuyó a hacer de Rey d'Harcourt el chivo expiatorio por el fracaso de Franco y sus fuerzas ante Teruel. La temperatura en Vicente Aupí, *op. cit.*, p. 88.

[49] A finales de enero Lacalle se encontraba en el hospital de Alhama de Aragón. «Cuerpo de Ejército de Castilla. Informes. Teruel. Sobre actuación de Jefes, Oficiales y personal civil, durante el asedio a dicha plaza», AGMAv., 1326, 30, pp. 4-5.

[50] «Evadido de Teruel (Seminario) Capitán de Artillería Don Raimundo González Bans», AGMAv., 2958, 4.

[51] Ronald Fraser, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*,

Crítica, Barcelona, 2007 [1979], pp. 613-614.

[52] «Cuartel General del Generalísimo. Información. Fuerzas Legionarias Alemanas: Información facilitada por el Servicio de estas fuerzas», AGMAv., 2442, 4, p. 40. En el mismo informe se hablaba de la existencia de simpatizantes y partidarios de los sublevados dentro de las altas esferas burocráticas del régimen republicano, algo que no es de extrañar en una situación de polarización como la creada al calor del conflicto (p. 41). El supuesto deseo de Companys de buscar una solución pactada con los golpistas aparece confirmado por los informes del SIPM. «Movilización, Instrucción y Reclutamiento. Información. Información del enemigo: Sobre dotación de las Brigadas Internacionales y varios asuntos más sobre el mismo», AGMAv., 1945, 1, p. 19.

[53] «Cuartel General del Generalísimo. Información. Fuerzas Legionarias Alemanas: Información facilitada por el Servicio de estas fuerzas», AGMAv., 2442, 4, pp. 28 y 31.

[54] «Cuartel General del Generalísimo. Informaciones de los legionarios alemanes. Enero de 1938», AGMAv., Armario 4, Legajo 238, Carpeta 5, pp. 3 y 10.

[55] Pere Calders, *op. cit.*, pp. 97-98 y 102.

[56] Sobre la vida material de los soldados y la cotidianeidad en las trincheras véase James Matthews, *Soldados a la fuerza...*, *op. cit.* Dicho autor también aporta algunas claves para entender el proceso social y militar que rodeó la creación de dos ejércitos de masas durante la guerra civil.

[57] «Cuerpo de ejército de Castilla. Partes de Operaciones. Partes de las operaciones en la región de Teruel (Dicbre, 1937 a 31 enero). (Artllª de C.E. del Sur del Turia)», AGMAv., 1329, 28, pp. 9-11.

[58] Jeremías Hernández Carchena, *op. cit.*, pp. 66-67.

[59] «Cuartel General del Generalísimo. Información General. Información. Fuerzas Legionarias Italianas: Información facilitada por el Servicio de estas fuerzas», AGMAv., 2445, 5, p. 5.

[60] Ronald Fraser, *op. cit.*, p. 647.<

[61] Algo que sería habitual en los regímenes comunistas establecidos en la Europa centro-oriental durante la segunda mitad de los cuarenta, donde los partidos promovidos por la Unión Soviética siguieron una estrategia muy clara encaminada a controlar los ministerios estratégicos como Interior y Defensa. La diferencia básica con el caso español vino marcada por la presencia de una imponente fuerza de ocupación soviética fruto del desarrollo de la Segunda Guerra Mundial en el continente y el reparto de las esferas de influencia entre las diferentes potencias.

[62] «Cuartel General del Generalísimo. Informaciones de los legionarios alemanes. Enero de 1938», AGMAv., Armario 4, Legajo 238, Carpeta 5, pp. 7 y 8. Entre otras cosas se señalaba la prohibición de utilizar las emisoras de radio con fines partidistas, un recurso muy querido por los comunistas españoles. También se había apartado a militantes del PCE de puestos de importancia en la Policía Secreta.

[63] «Cuartel General del Generalísimo. Información General. Información. Fuerzas Legionarias Italianas: Información facilitada por el Servicio de estas fuerzas», AGMAv., 2445, 5, p. 10.

[64] «Cuartel General del Generalísimo. Información General. Información. Fuerzas Legionarias Italianas: Información facilitada por el Servicio de estas fuerzas (Enero, Febrero y Marzo 1.938)», AGMAv., 2445, 6, p. 16.

[65] Paul PRESTON: *La Guerra Civil Española. Reacción, revolución y venganza*, Barcelona, DeBolsillo, 2015 [1986] [edición electrónica].

[66] «Cuartel General del Generalísimo. Informaciones de los legionarios alemanes. Enero de 1938», AGMAv., Armario 4, Legajo 238, Carpeta 5, pp. 17 y 49.

6. EL APRENDIZAJE Y EJERCICIO DE LA GUERRA TOTAL: LA MISERABLE COTIDIANEIDAD DURANTE LA BATALLA A MEDIADOS DE ENERO

Apenas una semana después de haber sido derrotados los últimos reductos que resistían en el interior de Teruel, Juana Salas de Jiménez, presidenta de la Junta Suprema de la Confederación de Mujeres Católicas, mostraba su preocupación por el posible destino de las enfermeras capturadas dentro de la plaza por las fuerzas republicanas.^[1] Por ese motivo, el día 14 de enero se dirigió a Mercedes Milá con objeto de averiguar información sobre su paradero y situación y realizar gestiones a través de la Cruz Roja Internacional de cara a conseguir su liberación.^[2] Era bien conocido que el gobierno republicano había puesto todo su empeño en controlar los asesinatos extrajudiciales de cara a la opinión pública internacional, algo de lo que se hacía eco el mencionado capitán Raimundo González dos días después de haber escapado a la rendición del Seminario: «Han tenido especial cuidado [los republicanos] en evitar de momento todo fusilamiento».^[3] Por supuesto, eso no había sido óbice para que en ambos bandos se dieran casos en que pudiendo hacerlo se evitara la toma de prisioneros recurriendo a la ejecución casi fulminante de hombres desarmados e indefensos.^[4] Y es que la necesidad que las autoridades republicanas tenían de hacerse creíbles a ojos de las potencias democráticas pasaba por demostrar que algo había cambiado, que había al frente un Estado firme y decidido con una línea clara de acción. La figura que tenía que servir a tal fin era el obispo de Teruel y Albarracín, Anselmo Polanco (1881-1939), cuya captura con vida y traslado a Valencia se convirtió en una prioridad para el gobierno.

El encargado de esta delicada misión fue el comisario-inspector del EdE, Tomás Mora. Este recordó con Ronald Fraser algunos detalles del viaje junto al religioso, y tenía muy claro aún en la posguerra que salvar a Polanco y darle un trato humano valió más a ojos de la opinión pública mundial que cualquier campaña de propaganda. Al parecer, el comisario-jefe le preguntó a

su prisionero si acaso no habría merecido la pena servirse de su influencia para persuadir a los jefes de la plaza de la conveniencia de aceptar la oferta de rendición republicana, algo que habría evitado sufrimientos innecesarios a la población. Polanco le contestó a Mora que puede que tuviera razón, «pero debe tener en cuenta que nadie se resigna fácilmente a la derrota».[5] Al igual que muchos de sus colegas del alto clero, el obispo había participado en la campaña electoral de febrero del 36 desde el púlpito de la catedral. Con un tono milenarista muy del gusto de la Iglesia de la época, que acabó impregnando por completo los propios discursos de la contrarrevolución en España, llegó a afirmar que había que elegir «entre los defensores de la religión» y «los voceros de la impiedad, del marxismo y del amor libre».[6] Estos diagnósticos de crisis liminal y apocalipsis inminente no solo fueron muy comunes entonces, sino que además son una clara muestra del modo dramático en que algunos contemporáneos —no todos, ni siquiera seguramente muchos— vivieron los acontecimientos del momento. En cualquier caso, vale la pena señalar que mientras el obispo era tratado con mimo por las autoridades republicanas el resto de prisioneros eran concentrados en el viejo Mercado de la actual plaza Domingo Gascón, hasta mil hombres procedentes de los dos reductos y de los frentes. José Carrasco recuerda que tal era la situación de hambre y sed entre ellos que tuvieron lugar varias peleas a puñetazos por el reparto del agua y en la competencia por un montón de basuras, donde buscaban desesperadamente algo para comer.[7]

En lo puramente militar, el día 8 de enero forzó un reenfoque de la batalla de Teruel para las fuerzas rebeldes, en el caso del EP sería el día 10, cuando fracasaron los últimos intentos de desalojar al enemigo de La Muela. Sin embargo, teniendo en cuenta que permanecían sobre el terreno 90.000 combatientes republicanos y que los sublevados seguían desplegando nuevas tropas a lo largo de la vega del Jiloca, estaba claro que solo se trataría de una pausa momentánea. Aquellas serían jornadas de reflexión para los mandos de ambos ejércitos y días de «descanso» para los combatientes, que en muchos casos habían sido llevados hasta el límite de sus fuerzas físicas y psíquicas, como prueba el propio *impasse* en que había caído la batalla en la última

semana. Y es que resulta imposible mantener a los hombres sometidos a tales niveles de estrés y exigencia durante tantos días seguidos.[8] Sin ir más lejos, el mando rebelde daba por «materialmente deshechas las Divisiones 11 (Líster), 68, 39 y 25» a pesar de la «tan cacareada ofensiva de Teruel». Vale la pena destacar que el comandante comunista de origen gallego era el único mando de unidad que se mencionaba de forma específica, buena muestra de su elevación a la categoría de mito en la España republicana, lo cual había provocado de rebote que los rebeldes desarrollaran una gran fijación con su figura. Es evidente que el hecho de haber puesto fuera de combate a la división de Líster, aunque fuera a costa de un alto número de bajas propias, provocaba una gran satisfacción entre las autoridades de la España sublevada. [9]

Los corresponsales extranjeros demostraban estar muy al tanto de la situación real cuando afirmaban que «las operaciones en el frente de Teruel están detenidas en sus altas concepciones por los temporales de nieve y que ambos ejércitos acumulan refuerzos para evitar los movimientos envolventes con que unos y otros se amenazan». Sin embargo, parece que las cosas eran muy diferentes entre los republicanos refugiados en el País Vasco francés, quienes dejándose llevar por la euforia soñaban con que Teruel pudiera ser el anhelado punto de inflexión de la guerra a favor del bando leal. La oficina del SIPM en Burgos parecía regodearse con los informes de sus agentes, señalando «una ceguera en la confianza de estas operaciones» en torno a Teruel o que los exiliados no dejaban de hablar «de planes, que indican su extravío, hablando de que si las fuerzas rojas llegan en breve a Calatayud, la guerra entrará en una nueva fase». Sin embargo, como decía más arriba, esto prueba una vez más el éxito momentáneo de los planes de Rojo por dos veces, que había conseguido abortar la proyectada ofensiva sobre Madrid, mantener firme al EP en torno a Teruel tras la desbandada del día 31 y, finalmente, aportar un balón de oxígeno a la retaguardia republicana. Para los mandos del SIPM el cambio resultaba sorprendente, pues al caos y abatimiento de la Nochevieja «ha sucedido una reacción de confianza y de optimismo inexplicable».[10] El propio Goebbels se lamentaba de que «desgraciadamente Teruel ha vuelto a caer en manos de los rojos. ¡Es un

escándalo!», y un poco más adelante mostraba su contrariedad por el hecho de que «los españoles —refiriéndose por supuesto a los sublevados— han abandonado Teruel y con ello tienen que desistir de toda su ofensiva nacional».[11] Sin embargo, en la capital de la España rebelde existía una confianza total en que la resolución de la batalla de Teruel no solo era cuestión de tiempo, sino que además sería decisiva para el triunfo final de sus armas en la guerra.

También merece la pena detenerse en el análisis que realizaba el mando del CTV sobre las tres primeras semanas de combates, marcadas por la ofensiva republicana y la frustrada contraofensiva sublevada. El informe era claro y diáfano al señalar que las fuerzas del EP, a pesar de ser muy numerosas, fueron mantenidas «a raya durante algunas semanas, por algunos miles de hombres, que inflingieron [*sic*] a aquellas grandes pérdidas». Si bien es cierto que la defensa de los reductos se había saldado con éxito durante tres semanas, no lo es menos que cualquier tipo de guerra urbana favorece sobremanera al defensor frente al asaltante y que, además, el enfoque republicano en la reducción de estos focos de resistencia estuvo encaminado a reducir al máximo el número de bajas propias. El uso de las minas subterráneas respondió a la pura necesidad militar, que además se enmarca en las propias lógicas de la guerra total, el desprecio por la vida del enemigo y la deshumanización del conflicto, carente de normas y regulaciones, una coletilla que en cualquier caso resulta extraña de por sí al hablar de un enfrentamiento armado. Por lo que respecta a las fuerzas desplegadas en el perímetro exterior del cerco, encargadas de contener cualquier intentona de salvación, su objetivo era precisamente ese: cerrar la pinza en torno a Teruel y establecer una línea defensiva impenetrable. Además, los refuerzos del ejército sublevado no tardaron demasiado en llegar, empezando a hacer acto de presencia de forma progresiva a lo largo de los diez días siguientes. Sin embargo, con un enfoque un tanto sesgado, el informe del CTV defendía que la resistencia en la zona de Los Llanos de Caudé «fue reforzada y dotada de un elevado número de armas automáticas que entraron muy bien en juego en este terreno llano y abierto, viéndose además esta defensa muy facilitada por la falta de artillería y aviación por parte de los nacionales, y de las

condiciones atmosféricas contrarias a estos». Sin embargo, fueron esas mismas condiciones del terreno las que facilitaron el machaqueo de las tropas republicanas desplegadas en el llano a manos de la artillería, y también de la aviación cuando esta pudo entrar en acción.

Tratando de indagar en la capacidad combativa y valorar hasta qué punto habían llegado los esfuerzos de la República en la creación de un ejército moderno, el informe del CTV señalaba que durante su contraofensiva el ejército rebelde asestó un golpe durísimo al enemigo, a pesar de encontrarse «en condiciones de fuerza muy similares». Sin embargo, como ya he señalado, ciertas circunstancias coadyuvaban al desastre republicano del 31 de diciembre, todo ello sin olvidar la potencia de fuego mucho mayor de los golpistas. Con todo, los italianos no dudaban en mostrar su asombro al constatar que las labores para la creación del EP habían «dado resultados verdaderamente eficaces». En cualquier caso, comparaban las operaciones republicanas en torno a Teruel con las ejecutadas durante el verano en Brunete y Belchite, también operaciones ofensivas muy localizadas y de distracción, en ambos casos para aflojar o paralizar el empuje de la ofensiva sublevada en la zona norte de la península. A ojos del Estado Mayor del CTV, las circunstancias y el *modus operandi* eran muy similares en los tres casos: un primer éxito republicano favorecido por el efecto sorpresa y la debilidad de las fuerzas defensoras; una resistencia enconada por parte del EP ante la respuesta sublevada, con gran número de bajas en ambos casos; y, finalmente, una vuelta a la situación original tras un duro desgaste, tal y como ya podía verse a finales de febrero, fecha en que se firma el informe. No obstante, los italianos eran capaces de reconocer que la apuesta republicana en torno a Teruel, así como su capacidad de respuesta, habían ido mucho más lejos que en Brunete y Belchite, sobre todo por la afluencia constante de refuerzos procedentes de todos los sectores, tanto por un lado como por el otro. A sus ojos, la batalla por la capital del sur de Aragón ponía de manifiesto la «capacidad ofensiva bastante modesta» del EP y «una capacidad defensiva —con relación a las posibilidades de ataque por parte de los nacionales— que pudiéramos llamar normal», un análisis inteligente y acertado.[\[12\]](#)

Los infructuosos ataques frontales de los sublevados contra las defensas de Teruel habían dejado diversas enseñanzas, las cuales a su vez ponían de manifiesto los enormes retos planteados por el armamento moderno, especialmente en lo que se refiere a las cuestiones tácticas. Algunos de estos problemas ya habían surgido durante la Gran Guerra, una experiencia radicalmente nueva que había puesto en cuestión buena parte de los dogmas y preceptos de los militares profesionales y del universo castrense europeos. Por supuesto, los oficiales españoles que combatían en la guerra civil española habían conocido un tipo de conflicto netamente diferente en las estribaciones montañosas del norte de Marruecos, tanto por la naturaleza del enemigo y la calidad del armamento como por el modo de combatir. Podría decirse que hasta cierto punto habían permanecido ajenos a las profundas transformaciones táctico-estratégicas propiciadas por el conflicto del 14-18, a pesar de ciertas iniciativas como la *Colección Bibliográfica Militar*. Así pues, al igual que les había ocurrido a sus colegas europeos apenas veinte años antes, gran parte de los militares españoles de ambos bandos se vieron obligados a aprender lo que era una guerra moderna, a lidiar con sus dificultades y a sobreponerse a ellas sobre la marcha, con todo lo que ello implicaría de exposición para las tropas que combatían sobre el terreno. De hecho, conforme el conflicto avanzó y devino total también se acrecentaron los retos y los problemas a los que dar respuesta, de manera que este siempre exigió un tremendo esfuerzo de adaptación, tanto por parte de los mandos como de los hombres encargados de ejecutar sus órdenes.[\[13\]](#)

Precisamente, uno de los principales desafíos que había marcado el devenir de la Gran Guerra fue la irrupción de las armas automáticas y de cañones de artillería en una cantidad y con una cadencia de fuego y unos calibres de un potencial destructivo sin parangón. Coordinar de forma eficaz el empleo de la artillería y la infantería mientras esta última avanzaba, todo ello a la par que se neutralizaban los esfuerzos del enemigo por defenderse, se convirtió muy pronto en un problema central en el nuevo modo de hacer la guerra, hasta el punto de provocar disputas y malos entendidos entre los responsables de cada arma. Pronto se demostró que a pesar del positivismo y el auge del método científico, dominantes también en las academias militares

durante el cambio de siglo y las primeras décadas del novecientos, la guerra no podía reducirse a la categoría de una ciencia exacta o al funcionamiento de una máquina que se rigiera por una serie de reglas predecibles. Sin duda eran muchos otros los factores que entraban en juego, entre ellos la existencia de un enemigo que se defendía con todos los medios a su alcance, pero no menos el clima, la orografía, el tipo de suelo, la vegetación, el tipo de armamento, el grado de conocimiento de los mandos superiores e intermedios o de los servidores de cada arma, etc. No obstante, ante todo y por encima de cualquier otra dimensión estaba el hecho de que el peso último de la guerra descansaba en su mayor parte sobre la infantería, compuesta por seres humanos cuya misión era ejecutar sobre el terreno lo que no dejaban de ser planes preconcebidos. Así pudieron comprobarlo de forma paradigmática los británicos en El Somme en julio de 1916, cuando la infantería se encontró con que la brutal preparación artillera de una semana no había acallado la resistencia alemana. Pero además, por muy diversas razones los hombres se vieron incapaces de seguir las cortinas de fuego de sus propios cañones, tal y como se había previsto, quedando en muchos casos expuestos frente al enemigo en tierra de nadie o en un complejo entramado de fortificaciones y trincheras que ahogó su ataque frontal.[\[14\]](#) Por aquel entonces, apenas comenzaba a descubrirse el tremendo poder destructivo de la artillería más moderna, si bien en la guerra civil estadounidense de mediados del XIX y en otros conflictos europeos se había podido presentir.

Cosas parecidas ocurrieron también en Teruel desde el 23 de diciembre de 1936 hasta la caída del Seminario el día 8 de enero, tal y como se lo hacía saber ese último día Carlos Martínez de Campos (1887-1975), comandante general de artillería en el EdN, a su superior, Joaquín García Pallasar (1877-1960), comandante general de artillería del ejército sublevado. El autor del informe señalaba que se habían seguido al pie de la letra las órdenes, efectuando una preparación artillera basada en la concentración de fuego de todas las piezas divisionarias y de los cuerpos de ejército de Castilla y Galicia sobre los diferentes objetivos asignados, un método que se conoce actualmente como bombardeo en alfombra. Él mismo reconocía que este enfoque iba en detrimento de la precisión, y que lo que buscaba en realidad

era hacer mella en la moral del enemigo, más que centrarse en un tiro ajustado con efectos materiales concretos. En este sentido, el coronel se lamentaba del tremendo derroche de munición y del desgaste sufrido por las piezas a causa de un método que creía ineficaz, sobre todo porque muy a menudo se ordenaba repetir las preparaciones artilleras al persistir la resistencia enemiga. Además, la situación se veía agravada por las constantes peticiones de los mandos de las diferentes divisiones, que no siempre podían ser cubiertas con los medios existentes. Así se explica otra de las quejas del coronel de artillería, que acusaba a la infantería de desperdiciar una y otra vez preparaciones que desde su punto de vista habían tenido «suficiente precisión». Sin embargo, la reticencia de los mandos a atacar podría ser muestra de que no se habían alcanzado los objetivos y no se podía avanzar sobre las posiciones enemigas con unas mínimas garantías.

En cualquier caso, el coronel tenía muy clara su visión de las cosas: la responsabilidad por el mal empleo de la artillería recaía sobre los comandantes al mando de los cuerpos de ejército y las divisiones, siempre y cuando no se debiera a la propia incapacidad de los servidores de la batería o a un mal empleo de los recursos por su parte, algo que sería perceptible a simple vista. De ahí que apuntara a la incompetencia y al supuesto conservadurismo de los oficiales al frente de las grandes unidades: o bien no sabían leer la situación de forma adecuada, hasta el punto de dar lugar a errores constantes en el tiro cuando indicaban los objetivos, o bien no estarían dispuestos a asumir el riesgo de un alto número de bajas que implicara jugarse su prestigio o su cargo ante sus hombres, sus colegas y el propio Franco. De hecho, el autor creía que a menudo los mandos concedían «excesiva importancia [...] a los obstáculos que observa[n] desde su propio puesto de mando». Esto no le impedía reconocer la «falta de iniciativa o método en algunos mandos artilleros divisionarios», que no contaban con la formación y experiencia necesarias, pero también apuntaba al «desconocimiento de las limitaciones y posibilidades del fuego artillero» por parte de muchos de aquellos oficiales de infantería. Desde el punto de vista del autor del informe, estos últimos parecían esperar poco menos que milagros de la intervención de la artillería: «Tampoco es juicioso pretender

que antes del asalto haya desaparecido todo vestigio del enemigo. Hay que marchar, en ocasiones, bajo el fuego, y hay una última fase [...] en la que se lucha cuerpo a cuerpo y en la que se prodigan las granadas de mano».

Por lo demás, se quejaba del uso inadecuado (o inexistente) de las banderas y paneles por parte de la infantería, lo cual hacía más difícil una coordinación eficiente y segura del avance de esta con la acción de la artillería, perdiendo su cortina protectora y dejando a los fusileros a merced del fuego enemigo. Así pues, parece que los problemas de comunicación e interpretación debían de ser bastante recurrentes. Sobre todo, parte del análisis apuntaba a las dificultades de muchos mandos para interpretar el mejor modo de salvar una determinada dificultad al pie del terreno, hasta el punto de que su falta de iniciativa les llevaba a recurrir de forma constante a la artillería divisionaria o de cuerpo para ablandar la resistencia. A ojos del coronel de artillería esto daba lugar a retrasos decisivos en el avance eficaz de las operaciones. Al final, se acababa acusando a los artilleros de tener un papel irrelevante en el curso de los combates, lo cual le parecía injusto, tal y como se demostraría en la segunda mitad de la batalla. De hecho, eran bien conocidas las dificultades que se habían tenido que salvar por disponer de «una organización rudimentaria», por la falta de personal y formación adecuados, dadas las exigencias crecientes de la guerra y la masividad del ejército nacido al calor de esta.^[15] Para hacerse una idea del esfuerzo realizado por el ejército sublevado en su intento por reconquistar Teruel entre finales de diciembre y primeros de enero basta con ver las cifras de municiones entregadas y consumidas: cuatro millones y medio de cartuchos, 73.000 granadas de mano y 27.500 granadas de mortero de 45, 50 y 81 mm consumidas por la infantería, así como más de 150.000 obuses de artillería de diferentes calibres, incluyendo más de 10.000 de 155 mm.^[16]

En este sentido apuntaba otro informe de la misma Comandancia General de Artillería, remitido el 11 de enero, donde se insistía en que el empleo más eficiente de la artillería de cara al éxito de las operaciones combinadas con la infantería pasaba por una concentración de fuego de gran intensidad en intervalos cortos de tiempo. Sin embargo, insistía en las dificultades que planteaba la gran extensión de los frentes para un ejército de masas precario

en extremo, carente de personal y material suficiente para poder hacer la guerra con garantías y cubrir las necesidades derivadas de esta. Sobre todo se quejaba de las dificultades para rastrear el frente enemigo y para reunir información de valor sobre sus posiciones, todo ello unido a un conocimiento a menudo deficiente del escenario en que se combatía. Para salvar la situación, el comandante de la artillería sublevada en Teruel proponía asegurar un flujo de informaciones y datos entre unidades desplegadas en sectores contiguos, en este caso para asegurar un conocimiento del terreno en áreas amplias y para poder coordinar ataques masivos con el mayor número de piezas a mano.[\[17\]](#)

Por suerte para ellos, el bando republicano no estaba ni mucho menos en una situación más favorable. Hay que tener en cuenta algo que ya he señalado en otras ocasiones, que, si bien es propio de cualquier guerra, fue algo muy característico de la española, dado el punto del que partían los ejércitos en pugna en cuanto a su personal profesional y sus doctrinas. A ello hay que sumar la naturaleza de un conflicto cambiante que, además, devino día tras día más exigente en términos humanos y materiales. De este modo, la guerra planteó un reto logístico y organizativo ingente, forzando hasta el límite las costuras de ambos ejércitos y sociedades en su esfuerzo por adaptarse a nuevos contextos y expandir su capacidad de movilización y encuadramiento. Así lo prueba, por ejemplo, la creación de la Comandancia de Ingenieros del EdN el 12 de enero, muy pocos días después de la rendición de los defensores del Seminario. Tal y como reza el documento donde se aprueba dicha medida, las fortificaciones se habían convertido en un elemento clave en la guerra moderna. Esto era así tanto en el ahorro de fuerzas, pues en caso de estar bien concebidas y construidas permitían cubrir una mayor extensión del frente, como a la hora de coordinar esfuerzos defensivos y evitar una exposición excesiva de la tropa. Aunque a estas alturas pueda parecernos una perogrullada, solo al calor de las necesidades marcadas por el propio desarrollo y magnitud de la batalla de Teruel se tomó conciencia de la necesidad de contar con un mando especializado en estas cuestiones dentro del EdN. Al fin y al cabo la potencia de fuego de los contendientes y la pericia del propio enemigo, mucho más experimentado y mejor comandado

que en la fase de la guerra de columnas, no había dejado de ir en aumento, al tiempo que se había pasado de una guerra de movimientos a otra de naturaleza mucho más estática.

El personal adscrito a la unidad de ingenieros debía ser capaz de prever respuestas ante cualquier posible contingencia, disponer el material para ello en lugares estratégicos y dar con soluciones transitorias de garantías y a gran escala, tal y como requería el momento. Tal era la importancia conferida a la misión que el coronel Joaquín de la Llave, hombre designado para el cargo, podía disponer de los batallones de trabajadores (BBTT) de prisioneros de guerra y de los zapadores según su criterio, así como también requerir la mano de obra de soldados de infantería siempre y cuando no fuera en detrimento de las misiones encomendadas a sus respectivas unidades. De hecho, durante aquellos días no solo se aprobó la creación de la comandancia en cuestión, sino que además, y bastante relacionado con ello, quedó establecido un único criterio para el tratamiento de los prisioneros de guerra y desertores de todo el frente de Teruel, como casi siempre a espaldas de la Inspección de Campos de Concentración de Prisioneros. El 16 de enero de 1938 se estableció que estos habrían de ser enviados al campo de tránsito de Monreal del Campo. Allí serían interrogados y clasificados, seguramente con el objetivo de tener autonomía a la hora de determinar lo más rápido posible cuáles podían permanecer en el frente y la retaguardia integrados en BBTT y cuáles debían ser enviados a campos de concentración, tal era la necesidad de mano de obra de un ejército cada vez más grande.[\[18\]](#) No obstante, todas las peticiones y decisiones debían ser puestas en conocimiento del comandante del EdN, Fidel Dávila, especialmente porque los materiales empleados en las fortificaciones eran escasos y se trataba de un aspecto sensible de la guerra. La idea no era otra que diseñar entramados defensivos dispuestos en profundidad, tal y como se denominaba desde la Gran Guerra a las diferentes líneas de trincheras conectadas entre sí, de manera que se pusiera al enemigo en serias dificultades en caso de ataque. Inmediatamente, este caería en una maraña de fortificaciones que, además, contarían con el apoyo de una segunda línea dispuesta para cualquier eventualidad.

Mención aparte merece la cuestión de los BBTT, una institución que

formaba parte del vasto universo concentracionario improvisado por el nuevo régimen a lo largo de la guerra civil. Estos eran integrados por prisioneros de guerra republicanos que ni podían ser considerados afectos al llamado *Alzamiento Nacional* ni tampoco inmediatamente «reciclables», pero cuyos antecedentes militares o políticos eran insuficientes como para enviarlos ante un tribunal militar. Sin embargo, al no contar con informes favorables de las autoridades competentes el nuevo Estado se sentía legitimado para disponer de ellos como mano de obra forzosa empleada en los más diversos quehaceres. Al mismo tiempo, esto servía a dichas autoridades para delegar en manos de sus mandos militares un problema de primer orden, como era el de lidiar con la inmensa masa de prisioneros, que no dejó de aumentar paralelamente al crecimiento de ambos ejércitos y al progresivo retroceso y derrota de las fuerzas republicanas. Y digo problema porque no solo ponía bajo el control de las autoridades a unos individuos que solo por haber integrado el EP eran considerados como sospechosos y potencialmente hostiles al Alzamiento, sino también porque malvivían hacinados en condiciones inhumanas en los campos de concentración que el régimen fue creando desde la estabilización de los frentes.

En muchas ocasiones, asociados a los propios ejércitos y cuerpos de ejército rebeldes y, por tanto, a disposición de sus mandos, realizaban tareas auxiliares de primera importancia para el mantenimiento de la maquinaria de guerra franquista. Siempre desde la óptica del nuevo régimen, la idea era garantizar una eficaz reeducación y reintegración de estos individuos a la comunidad nacional a través de su contribución al esfuerzo bélico de la *verdadera España*. Sin embargo, no dejaba de ser un pretexto para disponer de mano de obra forzosa mientras las autoridades dirimían su situación legal y política. Por supuesto, también se dio el empleo de los prisioneros del ejército rebelde en la zona republicana con distintos cometidos, como la reconstrucción y construcción de infraestructuras o los trabajos agrícolas. A la altura de enero de 1938 los servicios de inteligencia alemanes que operaban en la península calculaban que debían de ser unos 50.000 en total, aunque cabría analizar más a fondo la documentación republicana para precisar cuántos de ellos estaban integrados en la economía de guerra.[\[19\]](#)

La gran importancia que tenían para los militares golpistas los BBTT queda clara en un intercambio de telegramas entre los comandantes del 5CE y el EdN a finales de diciembre, con la contraofensiva rebelde por Teruel en pleno apogeo. Concretamente, el primero reclamaba que le fueran restituidos al coronel jefe del Servicio Militar de Ferrocarriles los batallones 65, parte del cual se encontraba por entonces en Santa Eulalia; 66; 67, que estaba entre Cella y Monreal; y 68, que mantenía parte de sus efectivos en la estación de Caminreal. Parece ser que se contaba con esta mano de obra para construir la doble vía entre Castejón y Zuera. De ahí que resulte un tanto cómico el tono irónico del telegrama, donde se señalaba que «por diferentes órdenes, ninguna emanada de mi autoridad», las referidas fuerzas se encontraban dispersas en el frente de Teruel y otros puntos de Aragón. Queda claro que los trabajadores forzosos resultaban cruciales para todas las agencias y autoridades en el cumplimiento de las tareas y misiones asignadas por la más alta autoridad, en este caso el CGG; por eso no es extraño que fuera un motivo habitual de fricciones, tal y como ocurriría una y otra vez durante la Segunda Guerra Mundial dentro de las policracias cívico-militares repartidas por toda la Europa fascista. De hecho, la respuesta de Dávila, responsable del conflicto, era concluyente sin ambages: «Me interesa se encuentren en los lugares señalados los Batallones de Trabajadores afectos al Servicio Militar de Ferrocarriles, le manifiesto que mientras duren las actuales circunstancias no es posible prescindir» de «los servicios encomendados a estas unidades».

[20]

Es difícil saber cuántos de ellos tomaron parte activa en la batalla de Teruel cavando trincheras y realizando trabajos de fortificación; reparando puentes; desescombrando y desactivando artefactos explosivos; arreglando caminos; transportando heridos; cavando fosas comunes para los cadáveres; cortando leña; acarreando todo tipo de bultos, mercancías y armamento en las estaciones y entre los centros logísticos y el frente; remendando y lavando uniformes; trabajando en las cocinas; etc. Las cifras y las unidades variaron a lo largo de los más de dos meses y medio que duraron los combates en la zona. Lo que sí sabemos es que a principios de enero de 1938 el EdN tenía bajo su mando un total de diez BBTT, pero por supuesto no todos estaban

desplegados en el área de operaciones de Teruel, sino que se encontraban repartidos de norte a sur por toda la línea del frente y la retaguardia insurgente en Aragón. Sin embargo, aunque lejos de la zona más caliente, su contribución podía ser vital y directa en el esfuerzo de guerra rebelde en torno a la capital turolense. Por ejemplo, el 11.º y el 12.º se encontraban desplegados en Villareal de Huerva y Paniza, y tenían como misión limpiar de nieve el puerto de montaña homónimo, por donde discurría la vital conexión por carretera y ferrocarril entre Zaragoza y Teruel. Otros como el 19.º y el 20.º sí se encontraban desplegados en Monreal y Santa Eulalia, adscritos a la 84.ª División para ser más exactos y «dedicados a trabajar en caminos y trabajos de descarga». Por su parte, el 65.º, 67.º y 68.º estaban dedicados a labores de carga y descarga en las estaciones de ferrocarril de Santa Eulalia, Cella, Monreal del Campo y Caminreal, donde las exigencias diarias eran abrumadoras, por tratarse de centros logísticos de la retaguardia sublevada durante la batalla de Teruel.[\[21\]](#)

Casi un mes después, en un documento del 24 de enero se especificaban con más claridad los cometidos de los diversos BBTT y sus compañías en el frente de Teruel. Por ejemplo, el 19.º BT tenía desplegados un cuarto de sus efectivos entre Caudé y Concud, donde desempeñaban trabajos de fortificación junto al 20.º BT; otro cuarto del 19.º BT estaba repartido entre Cella y Santa Eulalia, pueblo donde se encargaban de cremar el ganado muerto, de construir nuevos hornos de panificación, de acarrear municiones y de tareas de carga y descarga en la estación de ferrocarril. La otra mitad del batallón, organizada en la Agrupación B, trabajaba en la fortificación de la línea del CEM entre Monreal y Calamocha. Además, por aquel entonces parece que también operaba sobre el terreno el 26.º BT, encargado de mejorar las fortificaciones del CETS. Por su parte, el 65.º BT, que mantenía una compañía en Almudévar, tenía a casi todos sus efectivos dedicados a trabajos de carga y descarga en Cella y Santa Eulalia, donde trabajaban junto al 67.º BT y parte del 68.º, que también estaba desplegado en Caminreal y Gallur. El mando reconocía que estos tres últimos habían sido destinados a los trabajos para la mejora de las infraestructuras ferroviarias entre el valle del Ebro y el Alto Aragón, excusándose porque «la necesidad ha obligado a utilizarlos en

la forma expuesta».[22]

De hecho, eran habituales las quejas del comandante general de Ingenieros del EdN, porque según este «es constante el que los Batallones de Trabajadores sean desplazados de un lugar a otro, que reciban órdenes de cambiar de cometido y que aparezcan o desaparezcan Batallones, sin que esta Comandancia General tenga conocimiento de ello». Por eso mismo, el jefe de dicho cuerpo se planteaba realizar algunas propuestas en días próximos con el fin de conseguir regular el uso y situación de los BBTT, «con la única preocupación de mejorar el rendimiento de esos importantísimos elementos de trabajo, de los que no se ha obtenido todavía en esta zona todo el provecho que puede derivarse de una acertada distribución de fuerzas y organización de trabajos». Se trata de unas discusiones sobre maximización de los esfuerzos y racionalidad económica en la explotación de la mano de obra forzosa que, desde luego, no son extrañas para ningún lector que esté un poco familiarizado con las dinámicas que muy pronto estarían vigentes en toda la Europa fascista. La frialdad administrativa en el tratamiento de las vidas humanas implicadas y la lógica productiva imperante en la utilización de los *elementos indeseables* aporta algo de luz sobre la naturaleza del régimen del 18 de Julio.[23] Ya a mediados de enero de 1938, el mencionado comandante presentó su propuesta de organización y sus objetivos, que pasaban por la creación de un batallón de trabajadores por división, dados los numerosos y penosos trabajos que estas habían de atender, y la necesidad de liberar el máximo número de fuerzas en disposición de combatir. En último término, disponer de 600 trabajadores forzosos por división, compuesta cada una por unos 10.000 hombres, no dejaba de ser una forma de maximizar la capacidad combativa de las propias unidades. Además, para acabar de cuadrar la propuesta y poner la guinda planteaba que las misiones de escolta encargadas de vigilar a las compañías de trabajadores fueran asignadas a los combatientes «de toda confianza y excelente conducta ya que por ser este servicio generalmente menos penoso y de menor peligro podía constituir una postura de descanso».[24] Así pues, la supervisión y custodia de estos infortunados era presentada como una posible forma de premiar a los que se distinguieran por su hoja de servicios, una suerte de tregua en medio de la

batalla, al tiempo que se promovía un aprovechamiento constante de los recursos disponibles.

Sea como fuere, existe un documento muy interesante donde se detalla de forma muy clara la organización interna del 19.º BT, quizás por medio de este podamos establecer una hipótesis respecto al número total de trabajadores forzosos radicados en la retaguardia del frente de Teruel. El 27 de enero dicha unidad contaba con un total de 1.442 trabajadores repartidos en ocho compañías de entre 140 y 150 hombres, así como un destacamento de 245 hombres destinados a los talleres de Monreal. Cada una de estas compañías solía estar vigilada en todo momento por una escolta de entre 10 y 12 hombres de diverso rango y solía estar emplazada en diferentes destinos, dependiendo de las necesidades cambiantes del EdN, del CE o de la división a la que estuviera adscrito el BT en cuestión. Por ejemplo, había dos que estaban radicadas en Cerro Gordo, tres en Monreal, dos en Calamocha, otra estaba entre Caudé y Concud y otra en Santa Eulalia. Suponiendo una organización y dotación similar para el conjunto de los BBTT, podríamos establecer el número de trabajadores forzosos desplegados en el frente de Teruel hasta en 7.000 hombres.[\[25\]](#) De hecho, la gran cantidad de efectivos implicados, su nivel de exposición y la dureza de los trabajos a los que estaban sometidos hacía que fueran víctimas de accidentes de forma habitual, tal y como señala un documento del 13 de febrero de 1938. Ese día, hacia las dos de la tarde se hundió el techo de una de las naves que albergaban las municiones del CETS, sepultando bajo las ruinas a cuatro trabajadores forzosos del 15.º BT: Luis Torrado Noceda y Vicente Aurelio Álvarez fallecerían, mientras que los otros dos, José Toroel González y Primitivo Lojo Serna, resultaron heridos.[\[26\]](#)

A la altura de marzo de 1938, pocas semanas después de la batalla de Teruel, el EdN había clasificado a más de 140.000 prisioneros de guerra, con lo cual cabe pensar que varios miles de ellos tuvieron algún protagonismo en tareas auxiliares dentro del CETS, del CETN y del propio EdN, así como también de la propia Comandancia General de Ingenieros. De hecho, en medio de la improvisación reinante y la falta de medios, quedaba en manos de los mandos a cuyas unidades se adscribían los BBTT «perfeccionar su

organización, atendiendo a los cuadros, bajas, vestuario, escoltas y cuanto contribuya a mejorar estas fuerzas, reclamando todo lo preciso de mi estado mayor». En este sentido, como decía, primaba la racionalidad económica y la necesidad militar, conscientes de que la mejora en las condiciones de vida de los trabajadores forzosos contribuiría a extraerles el máximo rendimiento y favorecería el propio esfuerzo de guerra.^[27] Finalmente, y creo que merece la pena señalarlo siquiera como hipótesis, la presencia de los trabajadores forzosos en el frente y sus aledaños era una manera muy clara de hacer visible el nuevo orden y las jerarquías instauradas en el curso de la guerra por el propio régimen fascista. Se trataba de un modo de hacer cómplice a toda una maquinaria de guerra y su estructura de mandos, de socializar los valores de la nueva España entre sus combatientes, invitándolos incluso a ejercer sobre los prisioneros el poder que les correspondía como parte de la comunidad nacional regenerada y robustecida. También, en términos más prosaicos, era todo un aviso para que todos aquellos que dentro de las filas rebeldes pensaban en desertar, seguían indecisos o eran refractarios frente al régimen se sintieran afortunados de no compartir destino con aquellos trabajadores y se reconciliaran con su pertenencia al llamado *ejército nacional*.

En algunos casos, los BBTT también sirvieron como destinos correccionales para combatientes indisciplinados del ejército sublevado, a veces incluso para unidades enteras. Tal fue el caso de la 15.^a Bandera de la Legión, que el 20 de diciembre, justo cinco días después del inicio de la ofensiva republicana sobre Teruel, se ordenó que fuera retirada al completo y enviada a Daroca para ser dedicada a trabajos forzosos por su «comportamiento deficiente»; una vez allí se decidiría cuáles de entre todos sus oficiales podían ser considerados reciclables. En cualquier caso, no he podido averiguar los motivos concretos por los cuales se apartó del servicio a la mencionada unidad.^[28] Sí que es interesante constatar que los comandantes de las divisiones y cuerpos de ejército elevaban constantemente solicitudes para transferir a determinados combatientes a los BBTT cuando eran considerados «elemento[s] peligroso[s]» debido a «sus antecedentes políticos y observaciones recogidas sobre su ideología y comportamiento».

No obstante, las órdenes emanadas del propio Franco el 25 de enero de 1938 revelan otra de las dimensiones de los BBTT. Existía tanta satisfacción con su conducta y desempeño que en muchas ocasiones sus integrantes, cuando quedaba probada su fiabilidad política, eran «reciclados» y enviados a sus cajas de recluta para incorporarse a las unidades del ejército, un proceso *reeducativo* a ojos del nuevo régimen. Es por eso por lo que Franco consideraba poco adecuado que se incorporara a los BBTT a individuos considerados problemáticos, por las complicaciones que ello podía comportar a nivel disciplinario y de rendimiento laboral, de manera que lo que se proponía era crear un batallón de trabajadores especial donde lidiar con dicho colectivo como convenía.[29] Así pues, aquí quedan patentes, siquiera de forma parcial, algunas de las líneas maestras del sistema disciplinario imperante en el seno del ejército sublevado mediada la guerra civil. Al mismo tiempo, el documento nos permite adentrarnos en los entresijos del proceso de clasificación, aislamiento, depuración y reeducación al que eran sometidos aquellos elementos considerados dudosos en un primer momento. Se trataba de una compleja maquinaria biopolítica al servicio de la creación de la nueva comunidad nacional, donde había un pequeño resquicio abierto a la *redención* aceptando el statu quo y la explotación impuesta por las nuevas autoridades.

Mientras tanto, los combates en torno a la capital del sur de Aragón despertaban curiosidad e interés en todo el mundo, todo ello favorecido por la cobertura mediática de que gozaba la guerra civil y la abundancia de extranjeros que se habían desplazado a territorio peninsular por diferentes razones. Por deformación profesional, los militares profesionales eran un colectivo particularmente sensible a cualquier enfrentamiento bélico abierto, que siempre constituía una oportunidad inmejorable para conocer de primera mano la aplicación práctica de los nuevos ingenios técnicos y de lo que se aprendía y enseñaba en manuales y academias. Por supuesto, la batalla de Teruel no pasó desapercibida para los cuerpos de oficiales de los países latinoamericanos, algo que vino favorecido por el discurso político-cultural del fascismo español en torno a la idea de la Hispanidad y la solidaridad entre sus pueblos.[30] Así lo ponía de manifiesto el deseo del coronel Esteban Crespi, agregado militar del ejército uruguayo en París y Berlín, de visitar el

frente de Teruel junto con un colega capitán siempre que el desarrollo de las operaciones lo permitiera. Desde luego, el momento no era el más propicio: un día antes se había paralizado de forma definitiva la improvisada contraofensiva rebelde para retomar la plaza, y ese mismo 3 de enero había cedido la resistencia en el Gobierno Civil. Sin embargo, todo permite pensar que su petición debió de ser atendida, ya que este tipo de encuentros eran muy comunes y solían servir para forjar relaciones interesantes en el curso de una guerra y de cara a la paz, aportando apoyos políticos, económicos y sociales, impulsando grupos de presión en el extranjero o constituyendo redes para el intercambio de informaciones, experiencias, conocimientos, prácticas, etc. Sin duda alguna, este turismo institucional de guerra trabajaba en paralelo a los esfuerzos propagandísticos, y bien podía servir para convencer a reticentes o indecisos de las virtudes de la nueva España.[\[31\]](#)

La guerra continuaba, y aunque fuera a un ritmo mucho más pausado y marcado por la inercia, seguía conservando para el soldado de a pie todo el dramatismo de la muerte inesperada y la miseria cotidiana. El quehacer de la artillería vuelve a ser buena prueba de la propia naturaleza de la guerra y sus dinámicas, llevando a cabo acciones rutinarias como el hostigamiento del enemigo empeñado en tareas de fortificación, los ataques contra el tráfico y las infraestructuras, el bombardeo de posiciones de primera línea y el fuego de contrabatería. Así discurrieron las cosas hasta el día 16, y aun con todo el número de municiones consumido no era insignificante: 491 obuses el día 11, 331 de ellos de los más pesados (155 mm); 192 el día 12; 543 el día 14; o 1.180 el día 16, siendo 816 de 155 mm. Así pues, la ciudad, su entorno y los hombres que malvivían en ella seguían recibiendo la carga diaria de muerte y destrucción de la artillería.[\[32\]](#) Pere Calders recuerda su entrada en la ciudad por aquellos días, donde los únicos habitantes eran soldados y «unas cuantas criaturas, delgadas, miserables, que parecen un espectro de la infancia», y que eran objeto de todo tipo de contemplaciones por parte de los combatientes, que debían pensar en aquellos seres queridos a los que habían dejado atrás. Sin embargo, lo que más le abrumaba era la sensación de silencio y de vida interrumpida:

La mayoría de las casas tienen las puertas abiertas; la vida que encerraban fue rota tan de pronto que al entrar nos encontramos comedores con la mesa puesta, con restos de comida y vino, y vinajeras con aceite y vinagre. Nos encontramos camas que todavía conservan la marca del cuerpo que las ocupaba, armarios llenos de ropa, cunas paradas, cocinas con ollas en los fogones que contienen una comida que nunca se acabará de cocer. Colgada en la parte de afuera de una ventana medio deshecha hemos encontrado una jaula con dos pájaros muertos dentro.

Y este silencio, ¡este silencio terrible que nos llena de miedo y nos hace temer por nosotros y por nuestros hogares! Solo se siente a intervalos el lamento de un gato que, aprisionado por las ruinas, se debe morir de hambre en algún sitio. Las bestias no han escapado a la destrucción. [...]. No nos atrevemos a respirar para que la muerte no nos dilate los pulmones y nos haga imposible la vida.[\[33\]](#)

Por aquellos días, la rutina era muy similar en el ámbito de la guerra aérea, con reconocimientos cotidianos, ataques y enfrentamientos entre cazas. Por su parte, la aviación rebelde se dedicó a bombardear pueblos del entorno de Teruel, como La Puebla de Valverde, Vilel, Argente, Tortajada, Perales del Alfambra, Rillo o Camañas, seguramente con el pretexto de ser puntos de concentración de tropas, nudos de comunicaciones y centros logísticos con polvorines y almacenes de intendencia. Neugass se hacía eco de ello el día 3 de enero a su paso por Perales del Alfambra, señalando que «el pueblo se ha quedado sin techos y los caminos están llenos de boquetes». De hecho, los bombardeos continuaban incluso en plena noche, provocando el día anterior la explosión de dos camiones «que resaltaban en medio de la carretera blanca. Uno de ellos estaba cargado de munición. Explotó». Así pues, como vemos, a pesar de que la posibilidad de ejecutar grandes operaciones de infantería se había visto dificultada por la nieve, la guerra continuaba con intensidad en el aire.[\[34\]](#) Uno de los pilotos que dirigieron los bombarderos del bando sublevado encargados de estas misiones en Teruel fue José Ramón Calparsoro (1908-?), quien estaba a los mandos de un Heinkel 46. Este joven de clase media-alta, que antes de la guerra era gerente de una fábrica de papel en Tolosa (Gipuzkoa), apenas tenía la experiencia de un breve curso de aviación civil que había realizado un par de meses antes de la guerra. Así pues, para poder acceder al arma aérea mintió sobre el número de horas de vuelo que llevaba a sus espaldas, una buena prueba del tremendo grado de improvisación y el caos que imperaba en todos los ámbitos del ejército

sublevado durante los meses posteriores al golpe. De hecho, cuando hacía sus primeras clases con un bombardero ligero Breguet 19 recordaba que:

El día que me soltaron [...], me entró pánico. Me temblaba todo, pero, al fin, conseguí tomar tierra. Como habíamos mentido sobre nuestras horas de vuelo, nos trataban como expertos. [... En] mi primer servicio [...] ¡Hasta tuve que preguntar dónde tenía que pulsar para disparar la ametralladora!

La ansiedad, el miedo y el terror fueron divisas constantes en la experiencia de muchos de aquellos jóvenes que se enfrentaban por primera vez a la guerra y que se veían obligados a aprender sus rudimentos sobre la marcha. Sin embargo, lejos de amedrentarse, Calparsoro, que era ingeniero de profesión, no tardó en aprender a improvisar y a ofrecer sus propias ideas para mejorar el rendimiento bélico de su Heinkel 46, lo cual equivale a potenciar su poder destructivo. Con ciertas modificaciones consiguió cargar dichos aparatos con dos bombas de 50 kilos, en lugar de la decena de 10 kilos que era norma. Es habitual que, en contacto con el armamento, los combatientes promuevan desde abajo evoluciones en el modo de hacer la guerra y acaben superando las regulaciones establecidas por los manuales. Se trata de una constante en la guerra moderna, fruto del propio deseo de muchos soldados por ir más lejos en el desempeño de sus funciones y aumentar la eficacia de su propia actividad, ya sea por sus propias convicciones, por su sentido de la responsabilidad o por el deseo de conseguir el reconocimiento de compañeros y superiores. En este caso concreto, la mejora fue sufrida por la población civil de los pueblos de la retaguardia republicana en el frente de Teruel. En cualquier caso, Calparsoro recordaba de los días de Teruel el frío terrible sobre la ciudad, a donde llegaban volando desde Zaragoza. Allí era habitual su trato con Joaquín García-Morato (1904-1939), el as de la aviación sublevada y piloto de la BAH, que solía pedirle su automóvil para irse de picos pardos. También tenía contacto constante con los alemanes de la LC, dado su uso habitual como intérprete por su experiencia laboral en Alemania durante sus años jóvenes: «Yo les decía: “vosotros venís aquí a aprender, porque si quisierais terminar la guerra, acababais con todo esto en dos días, pero no os conviene”. Era verdad».[35]

La aviación republicana hacía lo propio en el valle del Jiloca, con sendos ataques el día 12 de enero contra objetivos en Santa Eulalia y Monreal del Campo, los cuales parece que se saldaron con el derribo de cuatro bombarderos ligeros Tupolev-SB, dos por combates aéreos y dos por el tiro de las piezas antiaéreas.^[36] Este aparato de diseño y producción soviética, uno de los más avanzados de su estilo en la guerra civil, tenía un problema que lo hacía extremadamente vulnerable: no disponía de depósitos autosellantes, de manera que un impacto directo en la zona que albergaba el combustible era siempre fatal.^[37] La experiencia de guerra de las tripulaciones de los bombarderos, aparatos que por su diseño y su tamaño estaban de por sí muy expuestos, es una de las más ignoradas por los estudios de la guerra. En el caso de los Tupolev-SB —conocidos como Martin Bomber por los rebeldes y Katiuska por los republicanos— eran tres los componentes de las dotaciones que servían dentro de cada uno de ellos, el piloto, el ametrallador de cola y el artillero, y por supuesto conocían las limitaciones de sus aparatos y el alto índice de mortalidad de las tripulaciones de bombarderos. Antes de entrar en acción la ansiedad y las supersticiones estaban a la orden del día entre los aviadores, y en el curso de las misiones, cuando aparecía un enjambre de cazas enemigo o empezaban a tirar las baterías antiaéreas, podían llegar a darse auténticos episodios de pánico a bordo de los aparatos.^[38]

En tierra la norma eran los intercambios de tiroteos, localizados en el espacio y cortos en el tiempo, pero poco más. Todo esto daba lugar a algo tan consustancial a los conflictos armados como es la normalización de la muerte, que curiosamente los propios lectores y autores tendemos a hacer nuestra, obviando inconscientemente lo que entrañan en última instancia los acontecimientos bélicos sobre lo que leemos y escribimos: miseria, sufrimiento y muerte. Por eso es importante entender el engaño y la trampa que hay tras ideas como «calma en las trincheras», «día tranquilo», «actividad escasa en el frente», y la insensibilidad que entraña en lo que se refiere a la comprensión de la experiencia bélica. Curiosamente, la literatura sobre la guerra está llena de este tipo de expresiones, por mucho que tenga sentido en el intento de explicar y destacar la intensidad variable de los

combates en el marco de una batalla. La no realización de operaciones de gran alcance no entraña ni mucho menos la ausencia de conflicto, por mucho que abra este a nuevas dimensiones propias de la vida en el frente, como por ejemplo el hastío. Lo cierto es que cada día la guerra cobraba su peaje. Sin ir más lejos, jornadas de esas que suelen considerarse tranquilas en la guerra, como supuestamente lo fueron los días del 11 al 15 de enero en la batalla de Teruel, estuvieron marcadas por la evacuación de 2.014 heridos y enfermos desde los hospitales de Cella y Santa Eulalia, una cifra que desde luego no es insignificante.[39]

En cierto modo no deja de resultar comprensible que los combatientes acaben desarrollando una cierta aversión contra la retaguardia, un sentimiento común a casi todas las guerras totales. Parte de ese resentimiento tiene mucho que ver con la creencia de que los que permanecen en sus hogares son incapaces de entender los sufrimientos, las privaciones y la tensión nerviosa padecidos en la vida de primera línea o durante los combates. Por ejemplo, Jeremías Hernández se quejaba el 7 de enero en su diario de que «todos reciben paquete [del correo militar] menos yo», algo que para la moral de un combatiente solía ser devastador, y eso es lo que explica que esa fuera la única referencia que dejara consignada aquel día.[40] De forma más desarrollada, Pere Calders denunciaba que la retaguardia no se hacía a la idea de «sus temores, sus privaciones, su sometimiento a todas las incomodidades», en referencia a la vida de los soldados, tanto era así que «hay veces que nos sentimos abandonados, que nos parece que no hay nadie que comparta nuestras inquietudes y que nadie se acuerde de nosotros».[41] Puede que tal distanciamiento sea cierto, y sin duda sería algo natural, sobre todo porque una parte sustancial de los civiles en la retaguardia bastante suelen tener con enfrentar sus propios problemas y miserias cotidianas. No obstante, buena culpa de la percepción negativa de los combatientes hacia la retaguardia suele residir en la visión edulcorada de la guerra transmitida en la sociedad a través de los medios de comunicación y la cultura de masas. Resulta interesante al respecto el testimonio del mutilado de guerra vasco José Ferrero Delgado (1914-?), que perdió una pierna por una ráfaga de ametralladora en la defensa del Alto del León, en la sierra de Guadarrama, el

26 de julio de 1936. Tras pasar un penoso periodo de convalecencia donde salvó la vida por muy poco, marchó a Fuentencalada (Zamora), donde estaban su madre y hermanos:

Allí pasé el resto de la guerra. Fue la peor época de mi vida. Solo les faltó echarme. El gobierno nacional me pasaba una peseta diaria. Era poco, pero debió de dar lugar a envidias. Unos falangistas comenzaron a hacerme la vida imposible. [...]. Me di cuenta de que en una guerra existen por lo menos dos mundos en cada bando. Los que luchan en el frente y los que mandan en la retaguardia. La guerra en las trincheras es a veces mejor que entre los vecinos del pueblo. Hay más compañerismo y más lealtad en el frente.[\[42\]](#)

Así pues, la guerra civil española no fue una excepción en lo que se refiere a los conflictos frente-retaguardia y a la difusión de imágenes edulcoradas y heroicas de la guerra entre la población civil. La prueba es un artículo del diario *Treball* del día 7 de enero, donde la dirección se vanagloriaba de haber logrado la superioridad sobre el enemigo en lo que se refiere a la motorización de las fuerzas del EP. De hecho, «el innegable éxito de Teruel», tal y como se calificaba la ofensiva sobre la capital, era atribuido al «aprovechamiento de dos elementos fundamentales: «El movimiento y la sorpresa»», dos palabras que llenaban la boca de buena parte de los militares de la época.[\[43\]](#) Sin embargo, discursos como este eran ejercicios de autocomplacencia de cara a la galería frente a la miserable realidad cotidiana de quienes combatían sobre el terreno. Si algo había probado la batalla de Teruel, una vez más, es que la infantería seguía soportando todo el peso de la guerra y dependía en exclusiva de sus piernas y de su ingenio para sobreponerse a las numerosas dificultades que iban saliendo a su paso durante las operaciones. Pere Calders lo dejaba muy claro al señalar que los combatientes «no comen nada más que pan y carne en conserva. Nada más que eso», todos los días lo mismo una y otra vez, y añadía:

Por las barrancadas de Villastar, en lo alto de La Muela de Villastar y en la falda de Sierra Palomera, hemos visto batallones que tenían que ir a buscar el agua a doce kilómetros de distancia del lugar donde se encontraban; y en esta tierra, a pesar del frío a menudo se tiene una sed que deja la boca seca y endurecida, como si fuera una sed tropical.[\[44\]](#)

De hecho, las condiciones climatológicas en que se combatía estaban revelando los límites de la motorización en toda su crudeza. Ninguna imagen podía ser más elocuente que los centenares de transportes atrapados por la nieve en las cunetas de la carretera de Valencia la tarde-noche del 31 de diciembre al 1 de enero, durante la desbandada republicana. Esto marcó la tónica constante en los combates por Teruel, donde el gran número de efectivos desplegados, las dificultades del terreno, los impedimentos causados por el clima y la calidad de las carreteras dislocaron los servicios de intendencia, hasta el punto que los hombres podían pasar uno o dos días enteros sin nada que llevarse a la boca.[\[45\]](#) Así se constató cuando la 15.^a BI fue llamada al frente, como bien reseñaba James Neugass en su diario el día 1 de enero: salvar los ciento diez kilómetros entre Alcorisa y Camarillas les había costado quince horas. Tal era la situación que él era el único miembro del cuerpo médico de la 35.^a División que había llegado a su destino, ya que el resto de «los treinta vehículos del convoy se han ido averiando o atascando por toda la sierra de Gúdar. Dios sabe dónde estará el personal. Creo que soy el que ha llegado más lejos gracias a que mi coche iba poco cargado y se ha portado bien».[\[46\]](#) Por supuesto, se acabó demostrando que el único medio fiable y eficiente para el suministro de las tropas eran los burros y las mulas, como la que portaba Pascual Lorenz Aguilar, abuelo del autor. Este, que abastecía a las tropas republicanas en La Muela, se vio sorprendido por la aviación enemiga durante un servicio. Ante el terror de ser ametrallado lo único que pasó por su cabeza fue «enrunarse» en la nieve para evitar ser avistado, lo cual le costó una neumonía que estuvo a punto de acabar con su vida.

Desde luego la situación tampoco era mejor para los civiles, aunque Primitiva Gorbe recuerda que en Villalba Baja no pasaron hambre. Al fin y al cabo, al declararse el golpe y estallar la guerra se habían matado los cerdos, y justo entonces se estaba trillando la cosecha del año, que todo el mundo recuerda como extraordinaria. Además, parece que la vida económica del pueblo siguió con bastante normalidad, incluso con la cooperación de los militares alojados en el pueblo, muchos de los cuales, como corresponde a la España de la época, habían sido trabajadores del campo en sus propios

lugares de origen. En cualquier caso, reconoce que las mujeres cuyos maridos eran movilizados sí que lo pasaron peor, al fin y al cabo eran uno de los dos pilares básicos en cualquier familia. De hecho, los combatientes se alojaban en las casas de los paisanos, hasta el punto de que en el caso de la familia de Gorbe solo tenían una habitación para su uso personal, ya que el resto de la vivienda era para dar cobijo a los militares. De hecho, para poner las provisiones a salvo de posibles saqueos mantenían la comida en la falsa, que hacía las veces de granero y almacén.

Las dificultades no hicieron sino incrementarse incluso en lo que se refiere a la vida social, ya que por motivos de seguridad se impuso un estado de excepción que entre otras cosas prohibía que se reunieran más de tres personas en la calle, algo habitual en casi cualquier zona de guerra. Tampoco estaba permitido tener las luces encendidas durante la noche, para evitar atraer la atención de la aviación en los ataques nocturnos. Así pues, muchas de las labores que se hacían en las horas de oscuridad del final de la tarde, como masar para la elaboración del pan, tenían que hacerse en la penumbra. A ello se unía el problema de tener que compartir el horno comunal con los militares, que lo habían intervenido y se encargaban de su regulación por la simple razón de que la elaboración de productos para el frente tenía absoluta prioridad. En definitiva, Gorbe concluye que «así íbamos pasando la vida, pero mal, porque la una vez cañonazos, la otra vez la aviación, siempre tenías que estar al quite».

Aunque recuerda que las tropas del EP «se portaron muy bien», e incluso hace referencia a la presencia de extranjeros y personal soviético en el pueblo, que en el último caso parece que tenían la extraña costumbre de dormir bajo el puente. Por su parte, no tiene constancia de que se produjeran malentendidos o conflictos en ningún momento. Sin embargo, Primitiva Gorbe tampoco tenía una opinión general positiva de las políticas de ocupación de los milicianos, sobre todo por lo que a la gestión de recursos se refiere. A pesar de lo fructífero que había sido el año 1936, que hacía que hubiera de todo, no dudaba en señalar que los primeros convoyes de milicianos que pasaron por allí «en cuatro días abandonaron todo y se llevaron todo». Quizás, este modo de actuar no solo revelaba una clara

desempatía hacia las poblaciones afectadas y la existencia de un marco propiciatorio para que muchos camparan a sus anchas, sino la creencia que no pocos tenían en las semanas del verano de que la guerra duraría poco y luego todo volvería a la normalidad. Tanto es así que Gorbe llega a afirmar que «si los rojos hubieran sabido guardar pues habrían tenido mucho». Meses después, nada más comenzar la ofensiva del EP sobre Teruel su padre recibió orden de matar a casi todos los corderos, se supone que para abastecer a las tropas de primera línea, aunque muchos los frieron y se los comieron delante de la propia familia. Sin embargo, ya en el curso de los combates por la ciudad reconoce que los combatientes se conformaban con sus raciones, sin necesidad de complementarlas con exacciones forzosas. Aun con todo, los civiles solían verse obligados a colaborar en el esfuerzo de guerra transportando el abastecimiento para las tropas de primera línea con sus caballerías.[\[47\]](#) En su caso, Gregorio Ibáñez sí que recuerda que en Cuevas Labradas los soldados «se llevaban lo que querían, y aunque te quejaras lo mismo te daba». El modus operandi solía implicar a dos o más combatientes: «Uno en la puerta con el mosquetón así [en pose de alerta] y el otro agarraba, subía y si había cuatro longanizas se las llevaba, o una, o un jamón y aquí se ha terminado todo». De hecho, un día acudieron unos soldados a casa de su abuela cuando su padre se encontraba ausente, aprovechando para llevarse una cerda, una burra y un macho hacia la comandancia, donde también estaban las cocinas. Así que cuando volvió a casa, el cabeza de familia marchó raudo para allá a pedir explicaciones y regresó con los animales sanos y salvos.[\[48\]](#)

Lo cierto es que las tres primeras semanas de combates en torno a la capital turolense habían revelado algunos de los problemas y limitaciones que sufrían las fuerzas del EP, entre ellas la cuestión de las municiones. El hecho de que los orígenes del armamento adquirido por la República fueran múltiples y, por tanto, mucho más heterogéneo que el proporcionado por alemanes e italianos a sus aliados en España provocó numerosos contratiempos. Por ejemplo, era difícil distribuir de forma eficiente entre las unidades la munición de diferentes calibres requerida por los diversos modelos de fusil, cañón y ametralladora que se empleaban dentro de cada una

de ellas. Los servicios de inteligencia alemanes estaban al corriente de estas dificultades de los republicanos, a las cuales había que añadir la escasez de las propias reservas de municiones, un problema que al parecer no se había podido resolver por completo con la fabricación de proyectiles y obuses en territorio peninsular. Si una guerra total tensa las costuras de los países más desarrollados, no digamos ya las de un país pobre e incapaz de autoabastecerse como la España de finales de los años treinta. Y es que el de la munición no era sino uno más entre los múltiples problemas que afectaron durante la guerra a la República, que también había de enfrentarse a la falta del personal técnico especializado capaz de reparar el armamento dañado.[\[49\]](#)

Sin embargo, las fuerzas sublevadas enfrentaban algunos problemas similares que también ponen de manifiesto las condiciones de penuria y escasez en que se estaba llevando a cabo la guerra. Sin ir más lejos, durante los días de relativa calma posteriores a la rendición de los dos reductos de Teruel la Comandancia General de Artillería del EdN aprovechó para ordenar a las unidades que organizaran la recuperación de todos los cargadores vacíos de fusil ametrallador de 65 mm. Se trata de sutilezas y cuestiones que suelen ser poco atendidas por la historiografía de la guerra, pero que merecen ser tenidas en cuenta para comprender la compleja gestión y reciclaje de los recursos, necesarios para hacer viable el esfuerzo bélico. En este caso se trataba sin duda de los cargadores de las Fiat-Rivelli 1914, un modelo italiano de la Gran Guerra enviado por la Italia fascista a sus aliados españoles. Esta arma realizaba entre 400 y 500 disparos por minuto, lo cual nos da una idea de su capacidad para barrer el terreno. De hecho, su munición era más fácil de gestionar a nivel logístico, pues se servía de cargadores extraíbles de cincuenta balas, aunque su escasa capacidad la hacía incómoda en los momentos más apurados, dado lo que costaba recargarla y la facilidad con que se encasquillaba. En cualquier caso, el objetivo del EdN era conseguir mayor autonomía en la producción y distribución de munición, remitiendo dichos cargadores a las armerías de Burgos y Zaragoza para que fueran recargados y reenviados a las unidades, por eso todo lo que se pudiera recuperar en el campo de batalla era más que bienvenido. De hecho, parece ser que los jefes de CE y división ponían dificultades a la hora de ceder a sus

hombres para dichas misiones, seguramente por el riesgo que entrañaban al verse expuestos al fuego enemigo en campo abierto o dada la falta de entusiasmo de los combatientes. Tal llegó a ser la situación que el propio Franco hubo de intervenir amenazando con aplicar medidas drásticas contra aquellos mandos que entorpecieran la misión de los llamados oficiales de recuperación, a cargo de la organización de dichas tareas.[\[50\]](#)

Los retos y la dimensión de lo que estaba ocurriendo en España quedaron muy bien consignados en un artículo escrito por el general de las fuerzas aéreas francesas Paul-François-Maurice Armengaud (1879-1970) el día 14 de enero en *La Depeche*. Al fin y al cabo, en la guerra civil no solo se dirimía un nuevo episodio de la lucha entre las fuerzas de la revolución y la contrarrevolución, el más sangriento y prolongado desde la Revolución y las guerras civiles rusas, sino también los futuros enfoques militares de los ejércitos europeos. Por eso, muchos hombres como este antiguo comandante de las fuerzas aéreas francesas en Marruecos analizaban con lupa el teatro bélico español y hablaban de «batalla apasionante y sugestiva aun para aquellos que la han seguido lejos», cuyo eco «continúa resonando en el mundo entero». No dejaba de tratarse de un oficial de la época, que contemplaba el desarrollo de los acontecimientos en términos táctico-estratégicos, geopolíticos y de eficiencia militar en el empleo de hombres y armamento, despojando a la guerra de toda su dramática dimensión humana. A sus ojos:

España posee dos ejércitos como jamás los había tenido; sostiene un millón y medio de hombres bajo las banderas, entrenados, equipados para la guerra con todas las armas, y que el día en que hayan puesto fin a sus polémicas constituirán un instrumento con el que habrá que contar al hacer el balance de los ejércitos europeos.

Efectivamente, la guerra civil española había evolucionado hacia una guerra total con dos ejércitos de masas. Sin embargo, para Armengaud lo más característico del conflicto no era que el peso del esfuerzo bélico recayera sobre la infantería, sino más bien que esta estuviera apoyada por un armamento poco abundante, con escasos medios artilleros, blindados y aéreos. Para muestra, un botón: el número de piezas de artillería disponibles

en relación con los hombres desplegados era tres o cuatro veces menor en España de lo que lo había sido en el ejército francés durante la Gran Guerra, algo que también nos permite hacernos una idea de la brutalidad y el carácter desproporcionado del conflicto del 14-18. Así pues, se trataba de una guerra total en un país pobre. Por eso mismo, su extremada duración solo podía atribuirse a las ayudas procedentes del extranjero, pero también al celo de los contendientes por dotarse de los medios necesarios con el único objetivo de derrotar a su oponente. Esto había llevado a desarrollar o reciclar industrias autóctonas capaces de reponer repuestos para la reparación del armamento, e incluso de producir su propio material de guerra. Es Por eso que el artículo de Armengaud, con la batalla de Teruel en su ecuador y a la vista de los hechos, trataba de arrojar luz sobre cuál podría ser el futuro desarrollo del conflicto. Para ello confrontaba la realidad de las fuerzas en pugna, señalando la superioridad de medios materiales que tenían los rebeldes, al tiempo que contaban con la mayor parte de los generales o, también, con el hecho de que tres cuartas partes de sus oficiales intermedios eran profesionales. Por el contrario, el EP contaba con unos «cuadros formados muy rápidamente», con lo cual «carecen naturalmente de una gran cultura militar [...], pero son gentes de buena voluntad y de elevada moral».

En otro orden de cosas, Armengaud incidía en el carácter cerril de Franco y sus subordinados, que a pesar de tener a su lado técnicos y especialistas de origen alemán e italiano muy capacitados «no son muchas veces atendidos», con claro prejuicio para sus intereses. Además, precisaba que a pesar de contar con el apoyo decisivo de la LC y la Aviazione Legionaria italiana (AL) el ejército sublevado tenía «una débil capacidad ofensiva», como había quedado probado por el lento desarrollo de las operaciones a partir del otoño de 1936. Algo parecido ocurría con el EP, cuyos mandos y organización interna carecían de las nociones tácticas necesarias «para cumplir servicios y obtener éxitos con la mayor economía de fuerzas y limitación de pérdidas». La conclusión, por tanto, era muy clara: la guerra civil española volvía a ser un caso paradigmático de guerra de posiciones o trincheras forzada por la escasa preparación de los oficiales para un conflicto de aquellas características, por la falta de potencia de fuego y por el equilibrio de fuerzas

existente. Para Armengaud bastaba con analizar los esfuerzos de ambos contendientes en el ámbito de las obras y la fortificación, creando frentes con varias líneas defensivas en profundidad, al estilo de las de la Gran Guerra. Por tanto, la situación de empate solo se rompía puntualmente con operaciones muy localizadas, como las del llamado frente norte, el Jarama, Brunete, Guadalajara, Belchite o las actuales en torno a Teruel, que al igual que ocurría en el conflicto del 14-18 se saldaban con bajas muy desproporcionadas para la longitud del frente de operaciones.

El artículo de Armengaud, impecable en su análisis estrictamente militar, concluía con algunas hipótesis de futuro que en apenas dos meses se iban a demostrar parcialmente erróneas. El general francés veía poco probable que el ejército franquista fuera capaz de dar un golpe decisivo a la guerra con una «ofensiva de masas, ancha y profunda, barriendo las posiciones del frente, desembocando en terreno libre, prosiguiendo irremisiblemente su avance y rompiendo el equilibrio». Eso iba a ser exactamente la llamada Ofensiva de Aragón, que entre el 7 de marzo y el 19 de abril llegaría desde el centro de Aragón hasta la orilla del Segre y el mar Mediterráneo a la altura de Vinaròs, recorriendo 150 kilómetros en poco más de un mes y partiendo en dos la zona republicana. Armengaud creía que las tropas rebeldes no habrían soportado un avance como este por la falta de pericia de sus mandos en este tipo de movimientos, por la dilatación de sus líneas de abastecimiento y por el debilitamiento de sus flancos, pudiendo acabar en desastre. Nada de esto ocurrió, y ello sería incomprensible sin el desgaste, el derrumbe y el desplazamiento que supuso para el EP la batalla librada en torno a Teruel, sobre todo por sus mayores dificultades para reponer sus pérdidas humanas y materiales. Así pues, la lucha por una plaza y un territorio sin valor estratégico acabó siendo la más decisiva en el devenir de la guerra, tanto o más que la defensa de Madrid y desde luego más que la batalla del Ebro.^[51] Entre los propios combatientes y civiles de los alrededores de Teruel existía esa misma sensación, tal y como recuerda Primitiva Gorbe: «Siempre decían [los militares]: quien gane Teruel ganará la guerra».^[52]

De hecho, los rebeldes ya estaban preparando su nueva acometida para intentar avanzar en la toma de la capital del sur de Aragón, siendo los

objetivos la conquista de El Muletón y la margen izquierda del Alfambra por parte de las fuerzas del CEG y el control de la margen derecha del Turia por parte del CEC. Lo único que había cambiado aquellos días era el tiempo, con ese sol de invierno tan propio de Teruel que derretía la nieve y el hielo acumulados durante los primeros días de enero, y con la desaparición de las heladas, que ayudaba a hacer la vida un poco más plácida para los combatientes. Y es que las metas planteadas por el mando rebelde para su nueva ofensiva incidían en los mismos errores de la fallida contraofensiva, prácticamente también en los mismos escenarios y con el mismo método, aunque esta vez sumando nuevas unidades al esfuerzo. Puede que hasta 500 piezas de artillería, número fabuloso para la potencia militar del país y para lo visto hasta entonces en el conflicto, apuntaran sus cañones hacia el Alto de Celadas el día 16 de enero, y unos doscientos aviones estaban preparados para entrar en acción.[\[53\]](#) Así pues, todo permitía pensar que los siguientes combates alargarían la agonía de los combatientes e incidirían en el tipo de batalla de desgaste que ya había tenido lugar desde finales de diciembre.

A los múltiples peligros y dificultades que habían de afrontar los combatientes había que añadir la miseria cada vez mayor de la dieta, a pesar de que los que se encontraban en el frente tenían prioridad sobre los civiles en el abastecimiento. Los problemas eran particularmente agudos en el lado republicano, tal y como se pone de manifiesto en los informes de los servicios de inteligencia alemanes, que señalaban que la escasez de víveres había obligado a reducir la ración de pan de 400 a 300 gramos (de 200 a 100 en el caso de la población civil). Por no hablar de la ración de carne, que era reducida en extremo e inexistente en la retaguardia para el común de los mortales. Al parecer, los labradores se mostraban cada vez más reticentes a vender y poner sus productos en el mercado si no era a cambio de bienes de consumo básicos como ropa de invierno o calzado, una prueba de la escasez reinante en la retaguardia y del propio colapso de la economía fruto de la guerra. Parece que directamente habían dejado de aceptarse las pesetas de la zona republicana, que habían perdido todo su valor. Además, en el mismo informe se explicaba que entre los sectores de la población que cultivaban su propia tierra tenía buen impacto la propaganda sublevada gracias a los

prisioneros del ejército rebelde empleados en las labores agrícolas, sin duda un sujeto de importancia en la retaguardia republicana. Como no podía ser de otro modo, la situación alimentaria y los gravísimos déficits nutricionales que comportaba para la población redundaban en una «cada vez mayor cantidad de enfermedades» como la disentería o el tifus, este último transmitido sobre todo a través de los piojos y las pulgas.

Por supuesto, los combatientes también eran muy propensos a contraer este tipo de afecciones, que podían llegar a derivar en graves problemas de salud si no eran convenientemente tratados. Al fin y al cabo, la propia dejadez que imponía en los hombres la vida miserable de los parapetos y las trincheras hacía que la suciedad se acumulara con rapidez. Al no existir medios para promover una higiene continuada —muchas veces resultaba difícil hasta lavar la ropa— y no organizarse un sistema de recogida de basuras o deyección el olor podía llegar a ser insoportable. Por tanto, era común encontrarse latas de conservas, todo tipo de desperdicios y excrementos humanos o de animales. No es de extrañar que los frentes de combate fueran focos habituales de infecciones. Pero la suciedad y la podredumbre también formaban parte de la vida cotidiana en la retaguardia, algo que contribuía a acentuar la sensación de opresión y cansancio que causaba la guerra. Desde luego, y a pesar de los graves castigos que ello podía comportar, parece que se daban con cierta recurrencia los robos y saqueos de tiendas y puntos de abastecimiento. Así pues, con el objetivo de agravar la situación de crisis humanitaria en la zona republicana, los servicios de inteligencia alemanes recomendaban bombardear el centro logístico de Puigcerdà, donde se concentraban grandes depósitos y almacenes de víveres y municiones que llegaban a través de la frontera francesa.^[54]

[1] Se trata de una organización creada en 1934 mediante la fusión de otras preexistentes, como Acción Católica de Mujeres, cuyo fin era organizar la movilización y dar forma a iniciativas impulsadas por mujeres en el ámbito de la caridad, más que en el de la militancia política *stricto sensu*, por mucho que la propia beneficencia tuviera en este caso una clara dimensión política. Véase Brian D. Bunk, *Ghosts of Passion: Martyrdom, Gender, and the Origins of the Spanish Civil War*, Duke University Press, Durham y Londres, 2007, p. 211. Una interesante visión de estas organizaciones en Elena Masarah Revuelta, «Las otras mujeres de la contrarrevolución. La militancia católica femenina en Aragón durante la posguerra», en Alejandro Ibarra Aguirregabiria, *No es país para jóvenes*, Instituto Valentín Foronda, Vitoria, 2012.

[2] «Servicios auxiliares femeninos», AGMAv., 42069, 1, pp. 199-199v.

[3] «Evadido de Teruel (Seminario) Capitán de Artillería Don Raimundo González Bans», AGMAv., 2958, 4

[4] Aparecen un par de casos recogidos por Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, pp. 69-70 y 100, aunque seguramente son muchos más.

[5] Véase todo el episodio en Ronald Fraser, *op. cit.*, pp. 649-650.

[6] Paul Preston, *El Holocausto español. Odio y exterminio en la Guerra Civil y después*, DeBolsillo, Barcelona, 2013 [2011], pp. 592-593.

[7] José Carrasco Canales, *op. cit.*, pp. 145-146.

[8] Paul Fussell, veterano estadounidense de la Segunda Guerra Mundial, señalaba de forma muy gráfica que «en la guerra, no son solo los soldados débiles, o los sensibles, o los muy imaginativos o los cobardes los que se quiebran si permanecen en combate bastante tiempo. [...] Como explicaron algunos observadores médicos: “No existe eso de *acostumbrarse al combate*” [...] Cada momento de combate impone una tensión tan grande que los hombres se quebrarán en proporción directa a la intensidad y a duración de su experiencia». Paul Fussell, *op. cit.*, p. 348.

[9] «Movilización, Instrucción y Reclutamiento. Información. Información del enemigo: Sobre dotación de las Brigadas Internacionales y varios asuntos más sobre el mismo», AGMAv., 1945, 1, p. 2.

[10] *Ibid.*, p. 31.

[11] Joseph Goebbels, *op. cit.*, pp. 90-92.

[12] «Movilización, Instrucción y Reclutamiento. Información. Información. Información del enemigo. Influencia de la Batalla de Teruel en la situación del Ejército Rojo», AGMAv., 1946, 3, pp. 6-7.

[13] La tesis de Miguel Alonso Ibarra, que se defenderá en el segundo semestre de 2018, ahonda mucho más en todas estas cuestiones.

[14] Sobre los problemas para acompañar el avance de la infantería y la artillería, con servidores poco experimentados en las piezas e infantes sin apenas formación militar, véase John Keegan, *El rostro de la batalla*, Turner, Madrid, 2013 [1976], pp. 247-277.

[15] En los tres últimos párrafos sigo «Ejército del Norte. Comandancia General de Artillería, Ojos Negros, 8 de Enero de 1938/II», AGMAv., 1234, 32, pp. 8-10.

[16] «Anexo III. Municiones entregadas por el Ej. (Depósito de Santa Eulalia) a los depósitos de C.E. (Cella y Gea de Albarracín) desde el día 27 de diciembre hasta el 6 de enero (ambos inclusive)», AGMAv., 1234, 32, p. 14.

[17] «Normas para la organización y funcionamiento de la artillería, Comandancia General de Artillería del Ejército de Operaciones en Teruel, 11 de enero de 1938», AGMAv., 1221, 41. Las informaciones que interesaban iban desde las actividades enemigas a la localización de baterías, pasando por los movimientos en retaguardia y la actividad diaria de la aviación y la artillería a ambos lados.

[18] «Cuerpo de Ejército de Castilla. Información del enemigo.», AGMAv., 1326, 31, p. 6. No obstante, Rodrigo señala que la mayor parte de estos prisioneros solían ser enviados a Miranda de Ebro. Javier Rodrigo, *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista, 1936-1947*, Crítica, Barcelona, 2005, p. 90.

[19] «Cuartel General del Generalísimo. Informaciones de los legionarios alemanes. Enero de 1938», AGMAv., Armario 4, Legajo 238, Carpeta 5, pp. 44-45.

[20] «Ejército del Norte. Organización. De Batallones de Trabajadores durante el presente año

1937», AGMAv., 1211, 64, pp. 22-23.

[21] *Ibid.*, pp. 1-2.

[22] «Ejército del Norte. Organización: De Batallones de Trabajadores», AGMAv., 1211, 93, p. 7.

[23] «Ejército del Norte. Organización. De Batallones de Trabajadores durante el presente año 1937», AGMAv., 1211, 64, pp. 1-2.

[24] *Ibid.*, pp. 4-6. En julio de 1937 los objetivos eran mucho menos ambiciosos, pero tampoco la guerra había llegado a cotas de exigencia como las de principios de 1938. En aquel momento Franco planteaba como meta la creación de tres batallones de trabajadores por cada cuerpo de ejército, recurriendo para ello a prisioneros y evadidos y priorizando a los que hubieran servido en ingenieros (p. 7).

[25] «Ejército del Norte. Organización. Estados de personal, armamento, material, etc. Del Bon. Trabajadores de León núm. 19», AGMAv., 1211, 79, p. 1.

[26] «Santa Eulalia del Campo, 13 de febrero de 1938», AGMAv., 1212, 3, p. 1.

[27] La investigación más exhaustiva y sugerente en la cuestión de los prisioneros de guerra, batallones de trabajadores y campos de concentración franquistas es Javier Rodrigo, *Cautivos...*, *op. cit.* Para las cuestiones tratadas en los últimos cuatro párrafos sigo «Asunto: Organización defensiva del frente. Instrucción general número 10. Ejército del Norte. En Ojos Negros, a 12 de enero de 1938», AGMAv., 1234, 17, pp. 1-3.

[28] «Cuerpo de Ejército de Operaciones de Teruel. Telegrama Postal. Santa Eulalia, 20 de diciembre de 1937», AGMAv., 1722, 22, p. 1. No he conseguido averiguar lo que motivó una decisión tan drástica, más teniendo en cuenta la participación aparentemente efectiva de la 15.^a Bandera en los combates del 17 y el 18 de diciembre por el paso del Molinazo, actualmente anegado por el embalse del Arquillo al suroeste de San Blas, y más tarde, el día 19, una intervención efectiva en Los Llanos de Caudé y las estribaciones del Cerro Gordo. Véase Antonio Martínez de la Casa (coord.), *La Legión Española (50 años de historia). Desde 1936 hasta nuestros días*, Madrid, 1973, pp. 186-187. Parece que la Bandera estaba formada con numerosos navarros de convicciones izquierdistas que se habían unido a la Legión en el verano del 36 con la promesa de redimir sus errores por las armas.

[29] «Ejército del Norte. Organización: De Batallones de Trabajadores», AGMAv., 1211, 93, p. 12.

[30] Sobre la importancia de dicha idea en la España fascista véase Rosa María Pardo Sanz, «Hispanoamérica en la política nacionalista, 1936-1939», *Espacio, tiempo, forma. Serie V, Historia Contemporánea*, 5 (1992), pp. 211-238.

[31] AGMAv., 1221, 40, p. 12.

[32] «Cuerpo de ejército de Castilla. Partes de Operaciones. Partes de las operaciones en la región de Teruel (Dicbre, 1937 a 31 enero). (Artl^a de C.E. del Sur del Turia)», AGMAv., 1329, 28, pp. 11-13.

[33] Pere Calders, *op. cit.*, p. 121.

[34] James Neugass, *op. cit.*, pp. 148 y 150.

[35] Para el testimonio sigo «José Ramón Calparsoro. Tolosa, Guipúzcoa, 1908», en Sofía Moro, *op. cit.*, pp. 16-23. Sobre sus motivaciones para alistarse en el bando sublevado alegaba las amenazas de muerte recibidas por sus propios obreros en la fábrica de papel de Tolosa y la desprotección que sintió ante la indiferencia de las autoridades. Lo que acabó de determinarlo fue su encuentro de vuelta a Euskadi, tras regresar de su exilio temporal en Biarritz, con una compañía de milicianos carlistas en marcha hacia el frente «¡con una fe y una devoción! que me llegaron mucho». Como muchos otros, en aquellas primeras semanas de la guerra (hablamos de mediados de agosto del 36), Calparsoro vivía los acontecimientos como la posibilidad de construir un nuevo orden acorde con su modo de entender la realidad, lo cual explica su entusiasmo y el de los carlistas.

[36] «Movilización, Instrucción y Reclutamiento. Información. Información del enemigo: Sobre varios asuntos del mismo», AGMAv., 1945, 20, p. 2.

[37] La tecnología autosellante consistía en envolver el depósito con una goma gruesa capaz de reaccionar al impacto de un proyectil fundiéndose para cubrir el agujero creado por este. Dicha tecnología evolucionó notablemente con los años, pero tenía el problema de reducir la capacidad de carga de los depósitos.

[38] Sobre el alto índice de bajas y la importancia de las supersticiones en la unidad de bombarderos de la RAF durante la Segunda Guerra Mundial véase Paul Fussell, *op. cit.*, p. 69.

[39] «Ejército del Norte. Estadística. Bajas. Nota numérica de las habidas en este Ejército», AGMAv., 1211, 78, pp. 20-28.

[40] Jeremías Hernández Carchena, *op. cit.*, p. 63.

[41] Pere Calders, *op. cit.*, pp. 140-141.

[42] «José Ferrero Delgado. Anteiglesia de Berriatua, Vizcaya, 1914», Sofía Moro, *op. cit.*, pp. 32-37. En el caso de Ferrero, quien desarrolló con los años un profundo discurso antibelicista y antimilitarista, su relación con el mundo militar vino forzada por la miseria y dificultades que enfrentaba su familia de cinco hermanos tras la temprana muerte de su padre. Esto le llevó a presentarse como voluntario al servicio militar y a acabar en la Academia de Valladolid, donde le cogió la guerra.

[43] «Movilización, Instrucción y Reclutamiento. Información. Información del enemigo: Sobre dotación de las Brigadas Internacionales y varios asuntos más sobre el mismo», AGMAv., 1945, 1, p. 39.

[44] Pere Calders, *op. cit.*, p. 146.

[45] Por fortuna para los sufridos combatientes republicanos parece que los periódicos no solían llegar a sus líneas, al menos así lo recordaba Avelino Codes. Véase Pedro Corral, *op. cit.*, p. 186.

[46] James Neugass, *op. cit.*, p. 136.

[47] Entrevista con Primitiva Gorbe Herrero, *cit.*

[48] Entrevista con Gregorio Ibáñez Argente, *cit.*

[49] «Cuartel General del Generalísimo. Informaciones de los legionarios alemanes. Enero de 1938», AGMAv., Armario 4, Legajo 238, Carpeta 5, p. 45.

[50] «Ejército del Norte. Servicios. Recuperación: Recogida de efectos y municiones en el frente de Teruel», AGMAv., 1247, 16, pp. 1 y 6.

[51] Para los cuatro últimos párrafos sigo «Movilización, instrucción y reclutamiento. Información. Prensa Extranjera», AGMAv., 1946, 2, pp. 17-19.

[52] Entrevista con Primitiva Gorbe Herrera, *cit.*

[53] Para las cifras sigo a Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, p. 156.

[54] Para los dos últimos párrafos sigo «Cuartel General del Generalísimo. Informaciones de los legionarios alemanes. Enero de 1938», AGMAv., Armario 4, Legajo 238, Carpeta 5, pp. 43-44 y 46.

7. EL MIEDO DEL COMBATIENTE Y EL PODER DEL ARMAMENTO MODERNO: LA OFENSIVA REBELDE SOBRE EL ALTO DE LAS CELADAS Y EL MULETÓN. DEL 17 AL 22 DE ENERO DE 1938

El día 17 de enero se reanudaron los combates de gran intensidad, con las luchas por El Muletón y la ribera del Alfambra, objetivo alcanzado por los rebeldes seis días después. Los números son muy claros respecto a la crudeza de los embates que tuvieron lugar en los altos del oeste de la ciudad, arrojando cifras de entre 4.000 y 4.400 bajas, el 10 y el 11 por ciento de los heridos y muertos sobre el total de los que sufrió el ejército sublevado en el curso del conjunto de las operaciones por Teruel. De hecho, el día 20 estuvo entre los más duros y sangrientos de la batalla.^[1] Incluso los relevos de unidades se habían convertido en una operación en la que había que extremar las preocupaciones, dada la gran exposición que ofrecían los pasos naturales hacia la retaguardia desde la zona de operación rebelde frente a Teruel, a través de Los Llanos de Caudé y el valle del Jiloca. En este caso se refería a las evacuaciones y relevos desde el sector al oeste de la capital, cubierto por el CEC, hasta Torremocha, unos 36 kilómetros al norte. Según las instrucciones del EdN el trayecto debía cubrirse de noche, «tanto en uno como en otro sentido», para evitar sorpresas de la aviación republicana.^[2]

El papel de la artillería fue clave para la consecución de los objetivos militares, tal y como suele ser común en la guerra moderna, de ahí que Carlos Martínez de Campos, comandante general de artillería del EdN, ensalzara el compromiso de sus hombres por su «labor asidua, oscura e inacabable». En este sentido, parece que la lluvia de plomo generada por los bombardeos aéreos rebeldes, donde tomaron parte la LC, la BAH y la AL, en combinación con los cañones pesados, habría provocado la desbandada de muchas fuerzas republicanas sin apenas combatir. El coronel suizo Lederrey, reflexionando sobre las enseñanzas que podían extraerse de la batalla de Teruel, señalaba de

forma muy pertinente algo que pocos oficiales solían reconocer de forma abierta en la época: «Al hombre que no le molestan ni las balas, ni los obuses, ni los gases [en el adiestramiento], no es parecido en nada al que más tarde se encontrará en el campo de batalla paralizado por las emociones del mismo». [3] Por eso resulta tan interesante la visión de Martínez de Campos sobre la conquista del Alto de las Celadas a lo largo del día 17, que atribuye a la acción de los artilleros. A sus ojos eran ellos los que «han originado la evacuación del frente que se trataba de conquistar y han proporcionado a España un pedazo más de tierra, que valía, sobre todo, por lo que representaba para la defensa de la zona en que luchamos». Sin duda se trataba de una clara referencia al cruce de acusaciones que habían mantenido los mandos de la artillería y los de la infantería por el fracaso de la contraofensiva franquista de finales de diciembre y primeros de enero, así como también una pulla velada donde reivindicaba el papel de los suyos.[4]

Lo ocurrido el día 17 es una buena prueba de que la guerra moderna, aunque a una escala cualitativa y cuantitativa mucho mayor, seguía rigiéndose por los mismos principios desde la Antigüedad, revelando la importancia de mantener a toda costa la línea y los enlaces entre las diferentes unidades comprometidas en cualquier dispositivo defensivo. El no cumplimiento de ese axioma básico, fácil de plasmar sobre el papel e infinitamente más complejo sobre el terreno, contribuye a explicar parte del desastre de ese día 17, tal y como revela el informe del comisario de la 67.^a División. La lluvia de plomo constante que recibieron por parte de la artillería rebelde desde las ocho de la mañana, además de las pasadas de la aviación, incluidos los temidos y efectivos bombarderos en picado Junkers Ju-87 o Stuka, que ametrallaba a la infantería en oleadas sucesivas, provocó la retirada desordenada y sin previo aviso de la 22.^a BM. Así fue como el Batallón 864 de la 216.^a BM se vio expuesto por el flanco y la espalda al fuego de la infantería rebelde infiltrada por la brecha que había dejado la 22.^a BM en el Alto de las Celadas (cota 1179), generando un efecto dominó que a duras penas pudo ser frenado por la intervención de refuerzos procedentes de la inmediata retaguardia por el noreste (véase mapa 3). De hecho, parte del problema de aquel día pudo estar en la disposición de las trincheras, tal y

como denunciaba el brigadista estadounidense James Neugass, que el día 16 de enero ya había percibido que «la han cavado muy profunda pero recta», al menos la de enlace o conexión con las posiciones de primera línea. Y es que seguían cometándose los mismos errores una y otra vez, ello a pesar de que las directivas emitidas por los estados mayores de ambos mandos insistían desde hacía más de un año en la necesidad de construir las líneas de atrincheramientos en zigzag, siempre con el fin de proteger a la infantería de los impactos directos de la artillería o de las pasadas de la aviación. El propio Neugass señalaba de forma muy gráfica en su diario los terribles efectos de la aviación, y no hay que olvidar que su visión es la de la inmediata retaguardia, con lo cual cabe imaginar el infierno en que debían estar sumidos los hombres de primera línea:

Cinco hombres están recostados en una zanja escuchando cómo un avión tras otro desciende en picado. Las ametralladoras disparan mil balas explosivas por minuto desde treinta metros de altura contra la carretera [de Alcañiz], el coche aparcado al lado y los cinco hombres de la zanja. Un soldado tiembla pero no se mueve. El segundo ensucia los pantalones. Otros dos yacen tan flácidos como recién muertos. El quinto sale corriendo a campo abierto. ¿Qué es el miedo y qué el coraje?

Uno de aquellos hombres era Neugass, que se había quedado en posición fetal con las manos en la nuca haciéndose mil preguntas y esperando a que pasara todo en una sucesión de varios minutos que se hicieron eternos. He aquí la viva imagen del terror y la impotencia provocados por la guerra total, que no solo afectó a los hombres encargados de contener a la infantería rebelde, sino a todo el sistema nervioso de ambulancias y abastecimiento del EP a lo largo del valle del Alfambra. Sin embargo, afirmaba que no era capaz de decir si había tenido miedo, de hecho señalaba que «El soldado que ha ensuciado los pantalones no tenía miedo. El ruido de los aviones provoca que algunos soldados vacíen los intestinos. Tampoco tenía miedo el que temblaba».[5] A sus ojos eran reacciones psicósomáticas e incontrolables provocadas por la ansiedad del momento, ya que para él «el miedo es correr y dejarte llevar por el pánico. Si puedes quedarte quieto o continuar conduciendo o seguir disparando es que no tienes miedo». Neugass, que

conducía una ambulancia entre el frente y el hospital quirúrgico de Cuevas Labradas, confesaba en su diario que era imposible transportar a los heridos a más de doce kilómetros por hora. Esto ponía en riesgo sus vidas hasta el punto de que los viajes podían resultar inútiles, llegando muchos de ellos muertos. Ello sin olvidar las pasadas constantes de la aviación, que aquellos días fue extremadamente activa y mortífera.^[6] A pesar de la creación de una nueva línea defensiva en el Barranco de las Pedrizas, las fuerzas rebeldes ya habían conseguido posiciones ventajosas de cara a culminar sus operaciones en días sucesivos. Dadas las circunstancias, aquel día fue decisivo el derribo de un avión rebelde con fuego de ametralladora, algo que contribuyó a levantar el ánimo de la infantería, tan vulnerable y expuesta frente a los ataques desde el aire.

Al día siguiente, tras conseguir recomponer sus fuerzas la 35.^a División ordenó a la 87.^a Brigada de Carabineros, la misma que había conseguido tomar el reducto del Seminario diez días antes, contraatacar para tomar el Puntal de las Gilochas, antiguo punto de observación divisionario. A pesar de su fracaso se había conseguido contener de manera momentánea el avance de las tropas rebeldes en el sector. Sin embargo, tal y como reconoce el informe del comisario Ignacio Luque Esteban, del 864 Batallón de la 216.^a BM, hubo momentos de desmoralización que a duras penas fueron atajados. Tan difícil era la situación y la parálisis impuesta por la aviación que los refuerzos habían de desplazarse hasta el frente a pie cubriendo distancias largas y marchando de forma dispersa, para evitar ser un objetivo fácil de batir.^[7] También los hombres del bando rebelde sufrían horriblemente para intentar desalojar al enemigo de sus posiciones, en parte favorecidas por las grandes irregularidades del terreno. En los asaltos constantes de aquellos días la vida era arrancada de cuajo, a menudo de forma atroz, reflejando a ras de suelo la realidad de aquella batalla de desgaste donde los hombres eran embrutezidos por la exigencia constante y por la estructura represiva a la que se encontraban sometidos. Incluso Luis de Armiñán, cantor de las gestas de la *Cruzada*, se veía traicionado por los propios sentimientos que afloraban en su contacto con la tragedia cotidiana de la guerra y el aspecto miserable de heridos y muertos:

Era un capitán, un capitán viejo. La barba, sin afeitar, blanqueaba, dura y sucia. Sus miembros, en talla y carne, llevaban por el mundo medio siglo. La metralla le había herido en el cráneo. Sobre el tabardo viejo y lleno de lodo parecían palpitar partículas vitales adheridas al hombro. Vino el cura, que es otro soldado, otro héroe, uno más de la Cruzada. Con la pausa precisa, con esa calma de quien perdona en nombre de Dios y absuelve a un alma que fue fuerte y ya quiere volar, cumple la misión sagrada.[8]

Sin embargo, lo ocurrido el día 19 no tardó en convertirse en un correlato del día 17, con intensos ataques de la artillería y los vuelos en picado de la aviación rebelde sobre las posiciones republicanas a partir de las 10.30. Tras dos conatos de retirada abortados por la intervención de los comisarios, que además de dialogar con la tropa se vieron obligados a abrir fuego para contener el pánico, consiguieron que volvieran a las posiciones abandonadas. No obstante, a las 17.00 horas comenzaron las primeras retiradas, que escalonadamente fueron propiciando las del resto de unidades que, hostigadas por los flancos y contagiadas por el pánico, se replegaron de forma desordenada. Esto no fue óbice para que, tal y como suele ser habitual en este tipo de episodios, existieran núcleos de resistencia que fueron totalmente copados y aguantaron hasta que los tomaron prisioneros, como en el caso de un grupo comandado por el jefe del 864 Batallón, el mayor Las Heras.[9] Sin embargo, nada impidió que aquel día la 5.ª División de Navarra y el 5.º Tabor de Regulares de Alhucemas acabaran haciéndose con el control de El Muletón. Quizás, la mejor prueba de lo dramático de aquellos días es que James Neugass no registró nuevas entradas en su diario el 20 y 21 de enero, que fueron de frenética actividad para todo el EP en el sector, tanto para los combatientes como para el personal de servicios. De hecho, el día 22 o 23 de enero —ni él mismo lo sabía con certidumbre— reconocía que apenas había podido dormir, y que en aquellos últimos días había sido «casi menos difícil permanecer con vida que hacer mi trabajo», aunque se mostraba satisfecho porque a pesar de todo «las líneas aún resisten». Sin embargo, la forma en que se deformó su percepción de la realidad fruto del agotamiento y el estado de alerta constante es ilustrativa y nos sirve para acercarnos un poco más a la situación de los que combatían en primera línea:

Mientras me sentía como si hubiera estado borracho cuatro días con sus noches, me llamaron para que volviera al coche. Después de tanto conducir falto de sueño por el frente, comer se vuelve imposible. Tu garganta seca solo está sedienta de tabaco [...] todas las visiones y los sonidos se vuelven aislados y sin relación los unos con otros. La gente te habla y tú escuchas su voz como si viniera de lejos. Todo es horrible y gracioso a un tiempo. Las magulladuras y rasguños no duelen.

Tan quebrada estaba su moral y tan profundo era el grado de extenuación que hacia el final de aquellos días terribles de ofensiva Neugass llegó a plantearse desertar metiéndose en una ambulancia entre los heridos destinados a ser evacuados a Valencia, donde solicitaría al cónsul estadounidense su repatriación.[\[10\]](#) De hecho, un carabinero que había desertado a la zona rebelde tras tomar parte en la batalla de Teruel transportando municiones desde Cataluña afirmaba que la superioridad de medios de la artillería rebelde ya en aquellos días era tanta que había provocado gran mortandad entre las filas del EP. La imposibilidad de lidiar con tan alto número de cadáveres había obligado a trasladarlos en camionetas hasta un barranco, donde se abocaban los cuerpos que a continuación eran rociados con gasolina e incinerados.[\[11\]](#) La imagen resulta tan tétrica y el poder de la artillería queda tan magnificado que uno tiene la tentación de pensar que los agentes de SIPM escribían sus informes influenciados por los prejuicios sobre la supuesta impiedad y falta de valores reinante en el bando republicano, o bien que el informante estaba exagerando. Sin embargo, bien puede ser cierto, ya que la situación reinante no dejaba muchas opciones. Los combates entre el 17 y el 23 de enero habían dejado fuera de combate a las 39.^a y 67.^a divisiones del EP, con unas pérdidas del 50 por ciento para los efectivos desplegados en primera línea, siendo también muy negativo el balance de bajas de la 35.^a División. De hecho, las unidades que más sufrieron fueron la 12.^a y la 216.^a BBMM, adscritas cada a una a las dos primeras divisiones mencionadas, que fueron las que recibieron en primera instancia el grueso de la acometida rebelde.[\[12\]](#) En el último caso las bajas entre muertos, heridos y desaparecidos se cifraban en 960 hombres.[\[13\]](#)

El empuje del CEG no solo estuvo dirigido hacia el Alto de las Celadas y El Muletón, sino que también vino acompañado de avances en la zona del

llano de Conclud, culminando con la toma de la Masía del Chantre el día 19, a solo un kilómetro de la vega del Alfambra y tres kilómetros al suroeste de El Muletón. Allí acudió Luis de Armiñán, dejando buena cuenta de la dramática transformación del espacio a manos de la guerra moderna, que él en cambio atribuía a la propia naturaleza salvaje y despiadada del enemigo. Al fin y al cabo, sus crónicas trataban de transmitir al lector la justicia de aquella lucha en la que estaban empeñadas las fuerzas rebeldes, al tiempo que le infundía un miedo insuperable frente a la amenaza revolucionaria que acechaba a toda España mientras resistiera el EP. Sin embargo, en su esfuerzo por hacer sentir al público la seguridad del hogar y el agradecimiento por los desvelos de Franco y sus hombres, lo que conseguía era reflejar los efectos de los combates de varios días, que habían llevado a la ruina a buena parte del territorio en torno a Teruel:

Es triste esta impresión de casa abandonada y rota. Así como la quietud campesina otorga al ánimo un descanso y los ojos miran suavemente al horizonte sin siluetas, hasta juntarse con el cielo, ver el que fue hogar mordido por el hierro, agrietadas sus paredes y sucio todo por el paso sin orden de la horda nos desasosiega y deja un gusto amargo que permanece. Pudre el Chantre, sin duda, hace mucho, y todo lo que floreció [...] está tronchado por el vendaval que arrasa las tierras de España.[\[14\]](#)

Consciente del peligro que entrañaba la pérdida de aquella posición, el mando republicano había enviado días antes a la compañía de ingenieros zapadores del XX CE a cavar trincheras en la zona, tal y como recordaba José Lacunza (1916-?), antiguo maestro de la aldea pirenaica de Sin. Durante aquel mes de enero se encontraban alojados en el convento de Los Capuchinos, a unos dos kilómetros y medio del frente que tenían orden de fortificar, muy cerca ya de la Masía del Chantre, y recuerda que el acoso de la aviación rebelde era habitual hasta el punto de hacerles la vida imposible.[\[15\]](#) Mientras tanto, Luis de Armiñán reconocía el lento y penoso avance de la infantería, que se abría paso gracias a la artillería y la aviación y al asalto cuerpo a cuerpo con gran número de bajas, y que además había de acabar con los focos de resistencia dispersos en los pocos kilómetros cuadrados tomados durante aquellos días: «El barrido de lo ganado en las últimas horas se ha

efectuado, dando con ello tiempo a que todo los servicios funcionen y a que los chicos se repongan del cansancio del triunfo». Así pues, también en el bando sublevado las tropas eran puestas al límite, amén de las dificultades para abastecer a los que se encontraban en vanguardia, como se reconocía en este último testimonio.[\[16\]](#)

El desencadenamiento y desarrollo del masivo ataque del CEG contra el Alto de las Celadas, previo paso para la ansiada toma de El Muletón, contó con la cooperación activa de la artillería del CEC, que durante los días de la ofensiva desplegó toda su potencia de fuego sobre las posiciones republicanas, aunque sin abandonar funciones propias de su área. Así sería hasta el día 23, siguiendo el curso de las operaciones conforme las fuerzas del EP eran empujadas a la margen izquierda del Alfambra.[\[17\]](#) Ambos ejércitos habían sufrido un desgaste muy fuerte en el curso del primer mes de combates por la capital, pero este había sido mucho mayor del que se podían permitir los republicanos si querían seguir siendo una fuerza operativa capaz de responder al mayor empuje y despliegue de medios del enemigo. Por ejemplo, frente a los 500 cañones puestos en liza por los rebeldes las fuerzas republicanas podían oponer unos 300, siendo muy escasa la artillería pesada. Por lo que respecta a la aviación, la inteligencia alemana calculaba que el EP contaba con entre 225 y 250 aparatos para cubrir el teatro de operaciones, de los cuales unos 125 eran de caza, 30 eran bombarderos ligeros y 50 de gran capacidad, sin olvidar los que cumplían misiones de reconocimiento y adiestramiento.[\[18\]](#) De hecho, por aquellos días los combates aéreos fueron constantes e intensos, con fuertes bajas para los republicanos, que solo el día 17 perdieron un mínimo de 10 aparatos. A ello había que sumar las bajas sufridas entre los días 18 y 24, que sumaban al menos 20 aviones, de entre ellos tres valiosos Polikarpov I-16, los llamados Moscas o Ratas, y seis Polikarpov I-15, Chatos para los republicanos y Curtis para los rebeldes.[\[19\]](#) Ambos cazas soviéticos se desempeñaron con gran eficacia hasta la batalla del Ebro, a pesar de la superioridad técnica de los Messerschmitt Bf 109 pilotados por la LC desde abril de 1937.

Desde luego, la batalla de Teruel seguía congregando el interés de todos los militares europeos y propició intensos debates entre ellos. Buen ejemplo

fue el artículo publicado el 28 de enero por el teniente coronel C. Raquette en las páginas del centenario y distinguido diario liberal *L'Indépendance Belge*, donde ponía en valor el papel del armamento moderno. Lo hacía frente a otros analistas militares que se mostraban desalentados y desengañados ante la aparente incapacidad de los aviones y los blindados para dar una rápida conclusión a los conflictos gracias a la mayor maniobrabilidad y capacidad de movimiento que ofrecerían estos. Y es que los especialistas coincidían en señalar que la española era una guerra de posiciones más, tan solo rota por operaciones ofensivas localizadas y lentos avances frontales, algo perfectamente ejemplificado en el caso de Teruel. Esta realidad se reconocía en el mismo CGG, donde se dejaba muy claro que la enorme extensión de los frentes —2.150 kilómetros a la altura de octubre de 1937, por los 700 que había tenido el Frente Occidental en la Gran Guerra— «obliga a mantenerse en la mayoría de los sectores a la defensiva, mientras se concentran medios y elementos para operar en otros». Así pues, quedaba claro que «en los grandes espacios secundarios que queden, solamente es necesario vigilar y estorbar».

[20] En este sentido, la guerra civil española era lo que cabía esperar de un conflicto convencional, por eso todos los colegas europeos y americanos de Raquette, muchos de ellos futuros enemigos, intentaban extraer las enseñanzas táctico-estratégicas del conflicto. Por ejemplo, este criticaba con dureza a los teóricos militares que creían en el potencial de dichas armas para decantar por sí solas la balanza de uno u otro lado dentro de una guerra de movimientos rápida y decisiva, a sus ojos «una esperanza desmedida» o «concepciones temerarias» fruto de «la imaginación».

[21] En apenas dos años y medio, Raquette y sus partidarios, pero sobre todo las tropas de los ejércitos aliados, iban a experimentar en sus propias carnes hasta qué punto estaban errados en sus previsiones. Y ello a pesar de que la Segunda Guerra Mundial también acabaría convirtiéndose cada vez más —especialmente a partir del invierno de 1941-1942— en una guerra de posiciones, rota al final por la superioridad material y numérica de los Aliados y la Unión Soviética.

[22]

En el caso concreto de la batalla de Teruel, este oficial belga veía el papel creciente de la aviación en la guerra moderna y la confirmación de su

utilidad, quedando a cargo de las preparaciones artilleras cuando las baterías no eran suficientes por sí solas. A sus ojos, la marcha de los acontecimientos era la confirmación de la necesidad de seguir desarrollando el arma aérea, por su efecto aterrador sobre la infantería en los ataques aire-tierra. Los combates en el Alto de las Celadas y El Muletón constituían para Raquette una prueba palmaria de esto último, así como también de la importancia de concentrar «los esfuerzos y la colaboración de todos para el bien común», evitando la dispersión. Por eso también creía que después de las desbandadas protagonizadas por los soldados republicanos en Teruel, sobre todo debidas a la concentración de fuego de la artillería y la aviación sin medios suficientes para responder a esta, era de vital importancia dotar a las tropas de armas efectivas y en cantidad suficiente para combatir la amenaza venida desde el aire. Y es que la batalla de Teruel había puesto de manifiesto que «no hay nada tan deprimente para la infantería como el servicio de blanco a unos ataques aéreos llevados a cabo sin oposición».[23] Sin embargo, un informe de la LC sobre la batalla de Teruel no dudaba en mostrar su admiración por las tropas del EP, al tiempo que concluía que «la actitud del enemigo [...] fue excelente en todas las fases de la batalla. Su elevado número de bajas», casi siempre un indicador del valor en el mundo castrense, por mucho que fuera engañoso, «puede explicarse por la extrema tenacidad con la que se defendió».[24] Llegados a este punto resulta significativo el testimonio de un combatiente republicano de la 39.ª División, Flores Cosa, que se encontraba concentrado en Alfambra con su unidad a la espera de acontecimientos. Este recordaba la impresión que le causó el despliegue de aviones rebeldes el día 17 de enero, durante el ataque sobre el Alto de las Celadas y El Muletón, a pesar de que se encontraba a 20 kilómetros del frente:

Nadie pudo moverse en todo el día. No paraban de pasar aviones que disparaban a todo lo que se movía. Desde primera hora de la mañana no dejaron de caer las bombas. Desde mi observatorio podía apreciarse solo en parte, pero era evidente que después de unos días de calma los del otro bando habían empezado una ofensiva sin cuartel. No me hubiera gustado estar en la piel de mis compañeros apostados un poco más al sur, que aquello fue una carnicería.

Para hacernos una idea del terror que debieron experimentar los

combatientes de primera línea ante el despliegue de medios del bando sublevado, basta con remitirnos a otro testimonio de un soldado republicano cercano a los hechos, Salvador Ferry. Por diversas circunstancias, el día 18 se encontraba en la zona del llamado Puente del Minero, paralelo a la carretera de Corbalán y unos cuatro kilómetros al sureste de El Muletón. Durante esa jornada, desde un observatorio en lo alto de las lomas de Sierra Gorda, situada al sureste del teatro de operaciones, había sido el único testigo del desesperado intento de huida de tres soldados republicanos que bajaban por las laderas de El Muletón simulando que portaban a un herido, alternándose en dicho papel cada vez que los portadores se desequilibraban a causa del descenso precipitado y las explosiones. La virulencia con que la artillería y la aviación rebelde machacaron su objetivo y toda el área circundante obligó a Ferry y a otros dos compañeros de infortunio a profundizar una especie de protección natural para situarse al amparo de las bombas, ya que tratar de salir a campo abierto parecía garantizar la muerte. Tras cavar hasta ensangrentarse las manos durante toda la noche del 18 al 19, se ocultaron en aquel improvisado refugio a la espera de acontecimientos:

Al día siguiente, en cuanto amaneció, empezaron el cañoneo y los vuelos de la aviación, y no cesaron hasta la noche. No nos movimos de nuestro escondite en todo el día, ni siquiera para desenrunar la tierra que nos cubría cada vez que explotaba una bomba a nuestro alrededor.[\[25\]](#)

El médico y cirujano de la 14.^a BI, Moisés Broggi i Vallés, que participó en todos los embates de la guerra desde la batalla del Jarama de febrero de 1937, recuerda perfectamente el cambio cualitativo que supuso la batalla de Teruel por el hecho de que fue entonces cuando más se empezó a notar el desequilibrio que comportaba la intervención de la aviación en los combates terrestres. El dominio aplastante de los aviones del bando rebelde, gracias al concurso de la LC, la BAH y la AL, no solo hacía imposible que la infantería pudiera operar sobre el terreno o plantear una resistencia sensata, sino que comprometía toda la logística del EP. Como hemos visto, esto dificultó sobremanera la propia evacuación de los heridos durante los combates de la segunda quincena de enero, que en muchos casos quedaban desamparados y a su suerte en medio de un frío atroz o eran atendidos en condiciones precarias

sobre el terreno, acarreado un mayor número de muertes en caso de heridas graves. Este tipo de desplazamientos solo podían llevarse a cabo al amparo de la noche, con lo que ello suponía para los heridos, que llegaban en condiciones deplorables al hospital quirúrgico de Cuevas Labradas, que es donde operaba Broggi. Gregorio Ibáñez recuerda perfectamente que el hospital de campaña se encontraba en la Casa del Cura, el actual número diez de la calle Mayor, en las llamadas Cuatro Esquinas. Durante la segunda mitad de enero y los primeros días de febrero los heridos no paraban de llegar ante los ojos de muchos vecinos, como el propio Gregorio y su hermano Severino, pero también era constante la salida de los cadáveres que se llevaban hacia alguna fosa en la montaña.[26] Desde luego, tal resignificación del espacio, con la expropiación de una propiedad eclesiástica para servir a *la lucha del pueblo por la libertad*, no era casual dentro de la dimensión revolucionaria y emancipadora que muchos combatientes republicanos otorgaban a la propia guerra. Sin embargo, dicho hospital estaba siete kilómetros al noroeste del teatro de operaciones, a medio camino entre Teruel y Alfambra, lo cual planteaba un grave problema:

[...] el hospital estaba demasiado cerca del frente, y, por lo tanto, también nos atacaban. La aviación empezó a actuar cada vez de manera más intensa, de modo que la comunicación entre la línea de fuego y la retaguardia se hizo muy difícil. Las ambulancias que tenían que transportar los heridos hasta el hospital no podían circular de día porque las rutas y los caminos estaban dominados por la aviación, los camiones de suministro, de armamento y de intendencia. Por lo tanto, los soldados que estaban en primera línea quedaban aislados durante muchas horas, sin posibilidad de asistencia de ningún tipo.

Nosotros pasábamos el día sin operar y sin poder actuar, esperando que cayera la noche. Entonces llegaban, pero llegaban deshechos, casi congelados, desangrados y en muy mal estado.[27]

Durante aquellos días volvería a tener un papel destacado la 150.^a División rebelde, que fue la que más sufrió los rigores y las miserias de la batalla de Teruel en el conjunto del mes de enero, más aún incluso que la 13.^a, atendiendo a las cifras y al hecho de que no había sido relevada desde finales de diciembre. No por casualidad, la primera era conocida como la división marroquí, dado que encuadraba en su seno un porcentaje muy alto de

tropas de dicho origen, así como otras unidades constituidas en la colonia española del Norte de África.[\[28\]](#) Eso explica en parte el uso más prolongado y abusivo de la 150 por parte del mando, al fin y al cabo los ejércitos tienden a reflejar los sistemas de dominación social y política a lo largo de la historia. En el caso que nos ocupa, el modo de proceder de las autoridades militares rebeldes no solo pone de manifiesto el clasismo frente a los miembros de las capas bajas de la población española, la mayoría de los conscriptos enviados a primera línea, sino también el sometimiento y la explotación conscientes al que fueron sometidas las comunidades humanas del Protectorado español en Marruecos. Desde la perspectiva de los militares africanistas, marcada por prejuicios raciales y culturales, las llamadas tropas *indígenas* o *regulares* pertenecían a una sociedad que se encontraba en un estadio civilizatorio inferior. Frente a esta idea, el consuelo que les quedaba a los combatientes de origen marroquí era su fama de indomables y resueltos. Sin embargo, nadie mejor que ellos mismos para contestar el mito de los *moros*, que es el nombre colectivo con el que han pasado a la historia y a la cultura popular españolas. Por ejemplo, El Aiche Ben Jomse Bouchibi, originario de Xauen, se alistó con solo dieciséis años en Tetuán huyendo de la pobreza y el hambre, como la mayoría de sus paisanos según él: «Mis padres entendieron que me alistara en el ejército español. No se opusieron, porque se ganaba bien y, además, así ellos tendrían que alimentar a una persona menos». Su recuerdo de la experiencia de guerra es claro y meridiano, bastante revelador al respecto de lo que venía diciendo más arriba:

Lo peor fue el frío del invierno en las trincheras y el miedo que pasamos. Teníamos buenas armas y munición abundante, pero a los regulares nos hacían avanzar los primeros, sin protección, y murieron muchísimos compañeros. Los españoles decían que éramos muy fieros y que asustábamos al enemigo, pero *la verdad es que los que estábamos asustados éramos nosotros. Llegué a pasar terror. Vi morir a mucha gente, pero no podía ser cobarde, porque había visto cómo fusilaban a los que retrocedían.* Luego, por las tardes, cuando nos retirábamos, hacíamos una fosa común y enterrábamos todos los cuerpos juntos, moros y cristianos. Así decían.[\[29\]](#)

Así pues, como vemos, los métodos coercitivos empleados en ambos bandos para garantizar la disciplina de las tropas, sometidas a fuertes niveles

de estrés, no diferían lo más mínimo, de hecho eran una constante en la guerra desde la Antigüedad. En el caso del EP el caso paradigmático fue el de la 84.^a BM, cuando el día 20 de enero fueron ejecutados 46 de sus hombres tras la insubordinación de la tropa, que se había negado a ser enviada de nuevo al frente cuatro días después de su retirada y tras un mes de combates ininterrumpidos. De hecho, su destino era el sector de operaciones de El Muletón.[\[30\]](#) En cualquier caso, y volviendo a la 150.^a División rebelde, las cifras de los días de enero aportan luz por sí solas, arrojando un balance total de 184 muertos, 638 heridos y 661 enfermos a lo largo de los 24 días para los que tenemos registros entre el 31 de diciembre y el 29 de enero. Tras las fuertes bajas y el tremendo desgaste que había sufrido entre las cotas que dominaban la carretera de Celadas a Concud en las jornadas finales de diciembre y los primeros días de enero, sin conseguir por lo demás avances significativos, el goteo de bajas descendería a partir del día 4 de enero. No obstante, el notable repunte que experimentó el número de muertos y heridos entre los días 17 y 20 de enero deja clara su implicación en los combates por El Muletón, con un balance terrorífico de hasta 65 muertos y 292 heridos la última de dichas jornadas. Lo que parece indudable es que el arquetipo del combatiente marroquí impasible y feroz constituía en cierto modo un pírrico mecanismo de compensación por los sufrimientos y la explotación constante a manos del mando rebelde. De forma consciente e inconsciente, el reconocimiento de su virilidad era una forma de ocultar su posición completamente subalterna dentro del ejército sublevado. La dimensión compensatoria del discurso queda bien reflejada por otro veterano marroquí, Ben Abseian Laarbi Messari, en este caso originario del Marruecos francés pero pasado al Protectorado español para alistarse y escapar de la miseria familiar:

Había algunos cobardes, no solo marroquíes, sino también españoles e italianos, que llegaban a herirse a sí mismos. Se disparaban en el pie para no luchar. También en los dos bandos había diablos, gente muy dura de matar, pero *los moros, en general, éramos los más bravos*. Los rojos nos gritaban: «¡Eh, Hamidos!, ¿qué hacéis con Franquito? Venid con nosotros». Pero nos tenían miedo.[\[31\]](#)

El testimonio subraya por sí mismo el modelo de masculinidad dominante dentro de cualquier institución castrense, a menudo en línea con los postulados vigentes en las sociedades de la que se nutre y promovido de forma activa en contextos bélicos. Sin embargo, lo más interesante es ver hasta qué punto los combatientes pueden llegar a hacerlo suyo y a convertirlo en un motivo de orgullo, aunque en muchos casos sea a posteriori y como forma de resignificar una experiencia traumática. Sorprende tanto más cuando vemos que esa masculinidad normativa es uno de los ejes axiales en torno a los cuales se construyen los ejércitos y sobre los cuales se fundamenta la explotación de los propios combatientes, que muy a menudo están separados de sus mandos en cuanto a experiencias y expectativas vitales, identidad de clase o, incluso, raza y religión, como ocurre en el caso de las tropas marroquíes. El propio Ben Abseian Laarbi Messari reconocía que «éramos [los marroquíes] los que salíamos en descubierta, jugándonos la vida, por eso *pasábamos tanto miedo* y por eso hubo también muchos heridos. Siempre *sientes miedo cuando oyes una bala que pasa a tu lado o un disparo de cañón*, pero te vas acostumbrando y cada vez te asustas menos». [32] Por eso creo importante destacar la existencia de este mecanismo de compensación en el reconocimiento de la virilidad de las llamadas tropas de choque, que se lanzaban al ataque a pecho descubierto o aguantaban todo tipo de penalidades y miserias en primera línea.

Por otro lado, la imagen de los *moros* como seres crueles e inhumanos fue muy cultivada como parte de un discurso propagandístico destinado a infundir terror en la retaguardia republicana y entre las filas del EP, por mucho que siempre haya cierta verdad detrás del mito. Por ejemplo, Primitiva Gorbe nos cuenta que durante un bombardeo de la aviación republicana sobre Villalba Baja, que debió tener lugar entre los días 7 y 14 de febrero, ella y su familia se refugiaron en la bodega de su casa, junto con tres o cuatro soldados rebeldes de origen peninsular y uno o dos marroquíes. Sorprendida por el hedor insoportable que despedía uno de ellos acabó descubriendo el motivo: «¿Y qué llevaba? Una cabeza de una persona porque llevaba los dientes de oro». [33] El propio Pompeyo García se inclinaba a pensar que hubo mucho de leyenda, aunque también algo de realidad, en la imagen que se nos ha

transmitido de las tropas de origen marroquí. No obstante, cita un caso ocurrido en Con cud, seguramente a finales de enero, cuando muchos de los habitantes del pueblo decidieron regresar a lo que quedaba de él, devastado tras semanas de combates. En su camino de vuelta hicieron una última escala en Caudé, cinco kilómetros al noroeste de su destino final. Parece que llegados allí se registró un conflicto con un grupo de regulares que acosaron a las mujeres del grupo de refugiados, especialmente a las más jóvenes, hasta el punto de que hubieron de intervenir combatientes peninsulares en defensa de las civiles amenazadas.[34]

Desde luego, allá por donde pasaban sorprendían, sobre todo a los más pequeños, dado su aspecto exótico y el tono de su piel, un choque cultural que, sin duda, contribuyó a crear el mito de los *moros*, que ha persistido hasta nuestros días. Lo que está claro es que en muchos casos también debieron de ser víctimas de su incapacidad para comunicarse con fluidez, pero también de ese halo de leyenda que los envolvía, al menos en lo que se refiere a las relaciones con la población civil. Joaquina Atienza recuerda que dos de ellos se alojaron en casa de su abuela, que vivía con dos hijas solteras tras el asesinato del marido, el mencionado Emilio Atienza Alamán. En este caso, como en tantos pueblos de la retaguardia del frente de Teruel, las autoridades obligaban a los civiles a dar cobijo a los soldados, incluidos los regulares. La experiencia de Joaquina Atienza, siendo una niña de poco más de cinco años, es la muestra de que a menudo el miedo y las barreras podían ser más grandes que los deseos de confraternización que pudieran albergar muchos de estos combatientes: «Yo les tenía un pánico *que pa qué*. Me cogían y me decían: “Si me das un beso te doy un azucarillo”. Ah, no, yo le decía que no, que no quería azucarillo. Y luego me dieron uno envuelto así con un papel, como un caramelo». Como suele ocurrir en las guerras, lejos de sus casas, siendo ellos mismos a su vez padres y hermanos, era normal y común que la presencia de los niños conmoviera a los soldados e hiciera que trataran de congraciarse con ellos, tal y como reflejan muchos testimonios de la guerra civil, y, por supuesto, a pesar de su fama las tropas marroquíes no debieron ser tan diferentes en este sentido.[35]

Sin embargo, las tropas de origen colonial tampoco se condujeron de un

modo muy diferente a muchos otros contingentes militares a lo largo de la historia. No hay que olvidar nunca la sensación de legitimidad e impunidad que infunde en el hombre el sentir que está jugándose la vida en la guerra, algo que en este caso se veía intensificado por un nivel de exigencia mayor y una tensión psicológica cotidianas, así como por la vivencia de un entorno cultural desconocido. De hecho, tal y como había ocurrido en la campaña del sur durante la primera mitad de 1936, ciertos comportamientos orientados al saqueo y las violaciones fueron alentados desde las más altas instancias, como prueban las alocuciones radiofónicas del general Queipo de Llano.^[36] No obstante, Pompeyo García planteaba una idea interesante al señalar que el miedo a los *moros* también fue explotado hábilmente por los propios mandos republicanos, sobre todo con el fin de enardecer a sus propios hombres y avivar su espíritu combativo contra un enemigo al que se presentaba como salvaje y despiadado por naturaleza. Eso, cuanto menos, debía servir para que resistieran con más ahínco por el simple miedo a ser torturados o ejecutados de inmediato al caer en manos de las fuerzas coloniales. En este sentido, García hacía referencia a la arenga que El Campesino dirigió a sus hombres desde la fuente de El Torico la noche del 21 de febrero, cuando la 46.^a División ya había quedado completamente sitiada dentro de la plaza. Básicamente, y según recuerda Ramón del Peral Tejero, uno de los enlaces del comandante comunista, lo que les dijo para intentar arrastrarlos consigo en su intento por romper el cerco y alcanzar las líneas republicanas fue que «quien venga conmigo a Valencia se encontrará allí la retaguardia, la vida, las mujeres, los ascensos... El que se quede será corrido, estoqueado y picado por los moros en la plaza de toros. Para romper el cerco tendremos que abrirnos paso a bombazo limpio. Cargos de bombas de mano y... ¡suerte!». ^[37] Tal debió de ser el temor inspirado por las palabras de El Campesino que la mayor parte de sus hombres le seguirían aquella noche. Sin embargo, lo más significativo aquí es esa referencia explícita a la saña con que se empleaban las tropas coloniales, que había alcanzado proporciones legendarias y podía llegar a condicionar el comportamiento de los hombres sobre el campo de batalla.

No deja de sorprender el escaso interés que ha manifestado la

historiografía española durante décadas, no ya solo hacia los estudios de la guerra, sino hacia la realidad y la experiencia de las tropas de origen marroquí en el ejército español.[\[38\]](#) Y sorprende tanto más cuando uno constata que fueron casi con toda seguridad el contingente colonial de una potencia europea que tuvo una mayor influencia sobre la metrópoli fruto de su intensa relación con esta durante muchos años. Esta ya hundía sus raíces en el año 1934, con el sofocamiento de la revolución de Asturias, y se extendió hasta bien entrados los años cuarenta, en el marco de la guerra antipartisana contra el maquis, todo ello con la guerra civil de por medio. Más allá de los consabidos mitos sabemos poco sobre su papel real en el conflicto, su visión de este, cómo afectó a sus familias en Marruecos, sus motivaciones, sus relaciones con los combatientes de origen peninsular, con los mandos o con la población civil de los territorios ocupados.[\[39\]](#) Han hecho el resto la irremediable pérdida de fuentes orales que ha comportado el paso del tiempo sin que se entrevistara de forma sistemática a los veteranos originarios del Magreb, ya fuera por el propio desfase de la historiografía española durante décadas respecto a las corrientes dominantes en Europa o por haber centrado esta su interés en otras cuestiones. Y lo cierto es que se trata de un vacío historiográfico que sorprende, más teniendo en cuenta que el número total de combatientes procedentes de las colonias norafricanas españolas fue superior a los 62.000 hombres, pudiendo llegar a alcanzar los 87.000, con todo lo que ello supone en términos de impacto militar, social y cultural.[\[40\]](#) De hecho, sabedoras de la importancia estratégica que tenía el Protectorado para el esfuerzo de guerra de los sublevados, las autoridades republicanas impulsaron campañas propagandísticas y exploraron posibles vías para promover rebeliones frente al dominio colonial de dicho territorio, aprovechando para ello la divisoria con el Marruecos francés.[\[41\]](#)

Sin embargo, lo cierto es que las relaciones con las fuerzas coloniales nunca fueron fáciles, incluso dentro del propio ejército sublevado, muchas veces debido a los propios prejuicios de los mandos africanistas, que solían asociar a los combatientes marroquíes y saharianos con la delincuencia y los excesos de todo tipo. No ayudaba en este sentido el hecho de que las unidades de regulares en que se integraban estos se rigieran por códigos y

regímenes disciplinarios propios, mucho más laxos, sobre todo por el valor que se otorgaba a sus métodos expeditivos, en ocasiones brutales, que se veían justificados por su empleo constante como fuerzas de choque. En este sentido, no es casual que el 9 de febrero de 1938 Franco enviara una disposición a Fidel Dávila, comandante del EdN, según la cual establecía la organización de los permisos de las tropas coloniales «para marchar a África a resolver asuntos o ver a sus familiares». Además de coordinar el tránsito de combatientes entre el frente y la retaguardia para evitar en la medida de lo posible perjudicar a las unidades, otro objetivo era impedir las deserciones que a menudo se daban dentro de este colectivo. De hecho, tal y como ha destacado Gustau Nerín, las defecciones no solían tener por objetivo pasarse al enemigo, sino más bien disfrutar en la retaguardia de una vida que en sus lugares de origen les era desconocida, dedicarse al comercio, montar sus propios negocios o entregarse en algunos casos al pillaje.^[42] Por eso mismo, para dar luz verde a los permisos se exigía como condición *sine qua non* que un sargento o suboficial acompañaran a cada grupo de permisionarios, siempre compuesto por un cabo y ocho soldados, uno por vez dentro de cada compañía, y que así fuera tanto en la ida hacia África como de vuelta a la Península Ibérica. La puesta en vigor de estos permisos rotatorios dejaba a cada tabor falto de 40 hombres de forma permanente, compuestos como estaban por cuatro compañías. En este sentido, se ordenaba que su ausencia fuera cubierta por 50 combatientes de origen peninsular, una muestra muy clara de la convivencia e intercambio constante entre combatientes de ambos orígenes, pero también de la mayor confianza de Franco y los africanistas en las cualidades y ardor combativos de los voluntarios reclutados en las colonias.^[43]

Los combates del sector de El Muletón y el Alto de las Celadas también fueron nefastos para la 5.^a División de Navarra. Sin ir más lejos, el día 20 de enero tuvo hasta 227 bajas, hasta el punto de que el caos de los combates ocurridos a lo largo de todo el día había hecho imposible separar el número de muertos y heridos. Algo similar había ocurrido ya el día 19, durante la conquista de El Muletón y los intentos republicanos de tomar el control de Las Pedrizas, una serie de lomas con alturas de 1.066 metros que dan

continuidad a la zona sur del Alto de las Celadas por el sureste, hasta asomarse al valle del Alfambra. El parte de bajas recogía un total de 104, pero una vez más sin diferenciar. Por ejemplo, para el día 20 hay que tener en cuenta que solo la 1.^a Bandera de Falange de Palencia, perteneciente a la mencionada 5.^a División, había empleado toda la jornada en varios intentos frustrados dirigidos a recuperar los altos de Las Pedrizas y el Barranco de las Gilochas, que separaría dicha posición de El Muletón y desembocaría en el Alfambra a la altura del Puente del Bao. Hasta el final de la tarde no culminaría con éxito sus tentativas, dejando sobre aquellas tierras yermas hasta 50 bajas. Precisamente, una anotación hecha a mano en la cara trasera del parte de bajas de ese día 20 ponía de manifiesto un dato relevante para entender cuáles eran las principales amenazas que enfrentaban los combatientes en el curso de aquellos combates: «65 por ciento de heridos corresponden a herida por metralla».[44] Así pues, podemos hacernos una idea de los efectos devastadores de la artillería y los morteros durante los asaltos, mucho más mortíferos que el fuego de fusilería de los propios combatientes, tendencia que se repitió e incluso se intensificó en días sucesivos. No es casual que esta última arma, artillería ligera servida por unidades de infantería, causara pavor al soldado de a pie, dada la imposibilidad de detectar a tiempo las salvas y, por tanto, lo imprevisible de su trayectoria.

Vale decir que al final de los combates por El Muletón, los intentos de provocar un desmoronamiento del frente republicano frente a la ribera del Alfambra se tradujeron en un avance de apenas cinco kilómetros en los puntos más extremos, si bien la importancia estratégica de las posiciones conquistadas era mucha. El propio García-Valiño señalaba tras la guerra las dificultades para encontrar un punto por donde hacer mella en el entramado defensivo del EP en torno a Teruel, siendo buena prueba de ello los combates de La Muela. Así pues, señalaba que la toma de aquellas posiciones había sido vital «si se quería continuar sobre Teruel con probabilidades de éxito».[45] La carretera de Teruel a Alcañiz había quedado cerrada y el pueblo de Tortajada había tenido que ser evacuado tras quedar bajo el alcance directo de la artillería y las ametralladoras rebeldes emplazadas en Las Pedrizas.[46] De

hecho, James Neugass dedicó un amplio pasaje de su diario a la destrucción de Tortajada a modo de homenaje para con sus habitantes, tal y como dejó consignado el día 19 de enero. Las casas hundidas, la barbería y la tienda de alimentación vacíos, la calle mayor atravesada por una gigantesca trinchera en zigzag, la tala y quema de los chopos de la vega, la destrucción del alcantarillado, la ausencia de cualquier animal de tiro y la fuente o el abrevadero por donde ya no corría el agua. A pesar de todo, algunos no se resignaban a marchar:

Aunque ahora el final está cerca, la gente aún se queda en el pueblo porque no saben a qué otro sitio ir, porque piensan que ya han castigado tanto a su pueblo natal que se ha vuelto inmune y porque todas las familias piensan que, pase lo que pase, su casa no la van a tocar [...].

La aldea ahora se muere, como si la fuente de la plaza del pueblo fuera su corazón. Se van grandes carromatos de dos ruedas cargados con cacerolas, colchones, camiones de hojalata, el canario o la perdiz de la familia, arrastrados por el caballo de arar que les queda y con los perros bajo las ruedas. El abuelo, que se ha hecho cargo de la familia del hijo mayor, lleva las bridas mientras las mujeres y las hijas envueltas en chales negros siguen al cortejo fúnebre.[\[47\]](#)

No obstante, también salta a la vista el alto coste en esfuerzos, sufrimientos y vidas humanas sobre el que se iba construyendo el lento avance de la maquinaria de guerra rebelde y la consecución de la victoria por parte de esta, a falta de la capacidad para plantear soluciones militares menos onerosas. Las impresiones que apuntaba Goebbels en su diario el día 19 iban en este sentido: «Franco lucha en Teruel. Allí se desangra. Y su largamente preparada ofensiva [¿sobre Madrid?] ha expirado».[\[48\]](#) Por su parte, el informe del Estado Mayor del CTV hacía su propio balance sobre el valor de estas operaciones. En este caso celebraba que la ofensiva rebelde en el Alto de las Celadas y El Muletón había posibilitado que las reservas del EP, dos CE del EdM, tropas del frente central y del norte de Aragón, fueran fijadas en aquel sector. De este modo, no podían ser utilizadas en otras operaciones ofensivas en el frente de Teruel, lo cual hubiera podido poner en apuros al ejército sublevado. De hecho, la documentación capturada parecía probar la existencia de planes a tal efecto, algo que habría mantenido la iniciativa en manos republicanas. Por lo tanto, a ojos de los italianos la importancia de los combates por El Muletón tuvo que ver con su capacidad para disipar en las

filas republicanas todo atisbo de esperanza tras su éxito parcial frente a la contraofensiva rebelde de finales de 1937.[\[49\]](#)

[1] «Relación numérica de las bajas (H.E.M.)...», AGMAv., 1212, 2, pp. 2-4.

[2] «Instrucción General n.º 13. Ejército del Norte. Operaciones sobre Teruel. En Caminreal, a 21 de enero de 1938», AGMAv., 1234, 20, p. 1.

[3] Para los cuatro últimos párrafos sigo «Movilización, instrucción y reclutamiento. Información. Prensa Extranjera», AGMAv., 1946, 2, p. 22.

[4] «Ejército del Norte. Organización. Felicitaciones: Por las operaciones de Teruel (Orden del día 18 de la Comdª Gral de Artllª)», AGMAv., 1211, 80, p. 1. Respecto al cruce de acusaciones véase el capítulo anterior.

[5] Fussell recoge toda una serie de testimonios de veteranos de la Segunda Guerra Mundial donde demuestra hasta qué punto era común la pérdida de control de los esfínteres ante un bombardeo de la aviación o la artillería. Véase Paul Fussell, *op. cit.*, pp. 344-345.

[6] John Neugass, *op. cit.*, pp. 211-216.

[7] *Ibid.*, p. 218.

[8] Luis de Armiñán, *op. cit.*, p. 76.

[9] «XX Cuerpo de Ejército. 67 División. Comisariado, 2 de febrero de 1938», AGMAv., 2588, 8, pp. 15-16.

[10] James Neugass, *op. cit.*, pp. 222, 226 y 236.

[11] «Ejército del Norte. Información del enemigo. Teruel y su frente», AGMAv., 1221, 39, p. 19.

[12] Según datos contenidos en «Movilización, Instrucción y Reclutamiento. Información. Información. Información del enemigo. Influencia de la Batalla de Teruel en la situación del Ejército Rojo», AGMAv., 1946, 3, p. 8.

[13] «XX Cuerpo de Ejército. 67 División. Comisariado, 3 de febrero de 1938», AGMAv., p. 14.

[14] Luis de Armiñán, *op. cit.*, p. 71.

[15] «José Lacunza Benito. Peñalba, Huesca, 1916», Sofía Moro, *op. cit.*, p. 294.

[16] Luis de Armiñán, *op. cit.*, p. 72.

[17] «Cuerpo de ejército de Castilla. Partes de Operaciones. Partes de las operaciones en la región de Teruel (Dicbre, 1937 a 31 enero). (Artllª de C.E. del Sur del Turia)», AGMAv., 1329, 28, pp. 13-14.

[18] «Cuartel General del Generalísimo. Informaciones de los legionarios alemanes. Enero de 1938», AGMAv., Armario 4, Legajo 238, Carpeta 5, p. 45.

[19] «Movilización, Instrucción y Reclutamiento. Información. Información del enemigo: Sobre varios asuntos del mismo», AGMAv., 1945, 20, p. 11. Por el interés interpretativo que tiene merece la pena señalar los diferentes orígenes etimológicos del mote de los Polikarpov I-16. En el caso republicano tiene que ver con las cajas en que vinieron desmontados los primeros aparatos al puerto de Cartagena en 1936, donde ponía en cirílico el lugar de fabricación y embalaje, Mockba (Moscú), que fue leído o interpretado fonéticamente como *mosca*.

[20] «Movilización, Instrucción y Reclutamiento. Operaciones: Instrucciones: Para la organización defensiva del terreno (Octubre)», AGMAv., 1946, 16, pp. 7-8.

[21] Estas cuestiones han sido tratadas en el capítulo 2.

[22] Esto es señalado para el conjunto de la Segunda Guerra Mundial por John Ellis, *The Sharp End: The Fighting Man in World War II*, Scribner, Nueva York, 1980, quien se refiere a esta como «sangriento y pesado combate en el que la movilidad tuvo relevancia concreta solo alguna que otra vez» (p. 74). Esto se pone de manifiesto de forma muy clara en estudios más modernos y completos

sobre el Frente Oriental como el de Jeff Rutherford, *La guerra de la infantería alemana, 1941-1944. Combate y genocidio en el Frente del Este*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2017.

[23] Para los dos últimos párrafos véase «Movilización, Instrucción y Reclutamiento. Información. Información del enemigo. Influencia de la Batalla de Teruel en la situación del Ejército Rojo», AGMAv., 1946, 3, pp. 44-46.

[24] Cit. en Stefanie Schüler-Springorum, *op. cit.*, p. 194.

[25] Para los testimonios citados sigo a Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, p. 172.

[26] Entrevista con Gregorio Ibáñez Argente, *cit.* Al parecer, la mejor casa del pueblo, al final de la calle Eras Altas, antes de salir al Barranco de Corbalán, fue habilitada como residencia para los mandos político-militares, enfermeros y facultativos.

[27] «Moisés Broggi i Vallés. Barcelona, 1908», en Sofía Moro, *op. cit.*, pp. 72-79. Coincide en su percepción de la batalla con el comisario de la 11.^a Brigada Internacional, Theo Francos, quien señalaba que «nos acosaban los aviones Messersmith [sic] alemanes, frente a los cuales nuestros Chatos no podían defenderse». «Theo Francos. Fontihoyuelo, Valladolid, 1914», en *Ibid.*, p. 132.

[28] Agrupaba en su seno la 13.^a y 15.^a banderas de la Legión; los tabores de regulares 9.^o de Tetuán, 9.^o de Melilla, 9.^o de Larache y 10.^o de Alhucemas; los batallones 251 y 252 de Cazadores de Melilla, el 257 de Cazadores de Ceriñola y el 253 de Cazadores de Ceuta; y, por último, la 6.^a Bandera de Falange de Castilla. Véase Rafael Casas de la Vega, *Las milicias nacionales. Volumen Primero*, Editora Nacional, Madrid, 1977, pp. 455-456.

[29] «El Aiche Ben Jomse Bouchibi. La Kabila, Marruecos, 1920», en Sofía Moro, *op. cit.*, pp. 218-220. La cursiva es mía.

[30] Este suceso fue revelado con todo lujo de detalles por Pedro Corral, *op. cit.*, pp. 211-234.

[31] «Ben Abseian Laarbi Messari. Tetuán, Marruecos, 1920», en Sofía Moro, *op. cit.*, pp. 162-164.

[32] *Ibid.*, p. 164. La cursiva es mía.

[33] Entrevista con Primitiva Gorbe Herrero, *cit.*

[34] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, pp. 222 (el caso de Concud) y 262-263 (sobre el mito y su importancia en la guerra). El hecho de que no tengamos más casos de violación documentados durante la guerra, a pesar de que evidentemente se dieron, tiene que ver con la reticencia de las víctimas a explicar algo que para ellas es motivo de vergüenza y, sobre todo, con el hecho de que no dejaron registros documentales, seguramente porque el mando consideraba que algo así era parte inevitable de la guerra. De hecho, la existencia de este tipo de prácticas puede leerse de forma indirecta a través de la evolución de las directivas de ocupación, tal y como ha demostrado Miguel Alonso Ibarra, *op. cit.*

[35] Entrevista con Joaquina Atienza Molinos (1932), *op. cit.*

[36] Véase David Alegre Lorenz, «The New Fascist Man in 1930s Spain», en Matthew Feldman, Jorge Dagnino, y Paul Stocker (eds.): *The «New Man» in Radical Right Ideology and Practice, 1919-45*, Bloomsbury, Londres, 2018, pp. 220-223.

[37] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, pp. 256 y 262.

[38] De lo poco que se ha publicado incluye los trabajos de María Rosa de Madariaga, José Fernando García Cruz y Maud Joly. Un trabajo muy reciente que ahonda en la percepción de las tropas coloniales por parte de los europeos y las bases sobre las que se han construido los mitos sobre su participación en la guerra en Elisabeth Bolorinos Allard, «The Crescent and the Dagger: Representations of the Moorish Other during the Spanish Civil War», *Bulletin of Spanish Studies*, 93:6 (2016), pp. 965-988.

[39] En 2018 aparecerá un estudio de Ali Al Tuma, *Guns, Culture and Moors: Moroccan Troops in*

the Spanish Civil War (1936-1939), Routledge, Londres, que promete ser muy interesante y que espero que aborde algunas de estas cuestiones.

[40] Para las cifras y el debate en torno a estas véase Gustau Nerín, *La guerra que vino de África*, Crítica, Barcelona, 2005, pp. 171-172.

[41] «Cuartel General del Generalísimo. Informaciones de los legionarios alemanes. Enero de 1938», AGMAv., Armario 4, Legajo 238, Carpeta 5, pp. 46-47.

[42] Gustau Nerín, *op. cit.*, p. 189.

[43] «Cuartel General del Generalísimo. Estado Mayor. Telegrama Postal. Burgos, 9 de febrero de 1938», AGMAv., 1212, 21, p. 2.

[44] La cita concreta en «Ejército del Norte. Estadística. Bajas. Nota numérica de las habidas en este Ejército», AGMAv., 1211, 78, p. 34. Para el resto de los dos últimos párrafos sigo el conjunto de la serie (pp. 1-43).

[45] Rafael García-Valiño, *op. cit.*, pp. 184-185.

[46] «Movilización, Instrucción y Reclutamiento. Información. Información del enemigo: Sobre varios asuntos del mismo», AGMAv., 1945, 20, p. 10.

[47] James Neugass, *op. cit.*, pp. 220-221.

[48] Joseph Goebbels, *op. cit.*, pp. 104-106.

[49] «Movilización, Instrucción y Reclutamiento. Información. Información. Información del enemigo. Influencia de la Batalla de Teruel en la situación del Ejército Rojo», AGMAv., 1946, 3, pp. 7-8.

8. LA DEPURACIÓN DE RESPONSABILIDADES DENTRO DEL BANDO SUBLEVADO Y LOS CONTRATAQUES DEL EJÉRCITO POPULAR. DEL 23 DE ENERO AL 4 DE FEBRERO DE 1938

Todavía con la batalla por Teruel en pleno auge, el 24 de enero el general Varela levantaba su dedo acusador contra algunos de los mandos rebeldes a cargo de la defensa de la capital, responsabilizándolos por la pérdida de la plaza. Todo aquello formaba parte de una campaña de difamación orquestada por el propio régimen desde sus medios de comunicación, que justo en aquel momento comenzaba a cobrar forma en el seno del ejército rebelde. Uno de los principales objetivos era preservar el mito de la imbatibilidad de sus fuerzas militares y su Caudillo, construido sobre una sucesión de hechos de armas reproducidos y sublimados por los más diversos medios hasta la saciedad. Teruel no tendría cabida en la epopeya militar del fascismo español en armas y, por tanto, no pasaría a engrosar esa cadena de poderosos eslabones que constituían el relato de la Cruzada, desde el Alcázar de Toledo hasta Belchite, pasando por el Santuario de la Virgen de la Cabeza, Oviedo o Brunete; al menos no hasta que se produjera su reconquista. En aquel momento constituía más bien una mancha en la narrativa heroica sobre la que el nuevo régimen trataba de articular su identidad y su naturaleza. Por eso no es de extrañar que el primer interesado en desviar la atención y canalizar las responsabilidades fuera el propio Varela, en tanto que comandante del CEC. Al fin y al cabo, podía llegar a ser visto como uno de los máximos responsables de los fracasados intentos por socorrer a la guarnición desde el exterior y, por tanto, trataba de ocultar su propia incapacidad para conservar Teruel y salvar a los sitiados entre los últimos días de diciembre y los primeros de enero. Eso explica que ese día 24, dirigiéndose a su superior, señalara la necesidad de iniciar un proceso judicial «para aclarar conducta y exigir responsabilidades» mediante la recogida de testimonios de evadidos y

supervivientes. A su parecer había indicios: «un conjunto de imprevisiones y tolerancias [...] que por su importancia muy bien pudieran ser considerados como la primera y principal causa del delito cometido [...] de cobardía y traición».[1]

Para dar apoyo a sus acusaciones o sospechas Varela incluía una copia del informe elaborado por uno de los evadidos del sitio de Teruel al producirse la rendición del reducto de la Comandancia el día 7 de enero. Se trataba del médico Fernando Cámara Nieto, purgado en los primeros días del golpe de Estado por sus simpatías hacia los sublevados y huido a zona rebelde desde Cuenca a finales de septiembre de 1936. Tras ponerse al servicio de las nuevas autoridades turolenses fue convertido en teniente médico y destinado al sector Puerto Escandón-Castralvo, además de servir en el hospital militar de la plaza durante los días del asedio. Una de las cosas que denunciaba el facultativo era la situación de abandono en que se encontraban las posiciones defendidas por las fuerzas rebeldes, sin olvidar el desinterés por la dimensión política movilizadora inherente al Alzamiento. Según él, esto se ponía de manifiesto en la dejadez con que se trataban asuntos como la propaganda e instituciones como los sindicatos. Al parecer, de nada habían servido sus denuncias y quejas. Sin embargo, conviene recordar que Teruel era un frente secundario como muchos otros de la península, querido así por ambos bandos hasta diciembre de 1937, con lo cual ni los medios humanos o financieros eran los mismos que en otros escenarios de primera importancia. En este caso, una sola división debía guarecer con unos pocos miles de hombres un enorme arco que iba de Molina de Aragón hasta el centro-norte de la provincia de Teruel, pasando por la Sierra de Albarracín y la capital. Sea como fuere, a ojos de Cámara la ciudad había sido una especie de Gomorra donde se habían congregado todos los *vicios* y *epidemias* que a su juicio habían hecho inevitable el golpe de Estado: si Mariano Muñoz Castellanos, jefe de la 52.^a División, era acusado de «masón y amigo de Azaña», rumor al parecer muy persistente entre la población, el jefe local de Falange, Juan Navarro, había sido supuestamente militante de la CNT «y hacía alarde de irreligiosidad».

La teoría de la conspiración cobraba fuerza amparada en supuestas

órdenes orales que no solo habían prohibido construir fortificaciones, sino que además habían motivado el desmantelamiento de las existentes pocos días antes del ataque, en teoría porque atraían la atención de la aviación enemiga. Vuelto de un periodo de convalecencia por heridas sufridas en servicio, fue destinado a Albarracín, donde pudo conocer de primera mano los problemas de la plaza y de su sección del frente. Entre otras cosas denunciaba los intentos frustrados de Alberto Guinea, comandante militar, por conseguir más medios con los que defender el sector que tenía asignado, mejorar la protección de la carretera que comunicaba con Teruel a través de Gea de Albarracín y llamar la atención de la Comandancia Militar de Teruel, al mando ya de Rey d'Harcourt, sobre las concentraciones de tropas enemigas frente a la capital de la sierra. Así pues, cuando el EP se lanzó sobre Albarracín en julio de 1937 poniendo contra las cuerdas a sus defensores, no solo no se había puesto solución a los múltiples problemas, sino que el propio Alberto Guinea, buen conocedor del terreno, había sido transferido a un nuevo destino en Castralvo.

Según Cámara, a todo ello había que sumar la supuesta inutilidad y cobardía de los hombres al cargo de la Comandancia de Teruel, tanta que roza lo cómico y lo inverosímil hasta poner en seria duda el testimonio. Sin ir más lejos, durante el ataque sufrido por la capital a finales de 1936 acusaba al jefe provincial de Falange, Manuel Pamplona, y al jefe de Sanidad, Francisco Pontes, de haber huido a Zaragoza. Algo similar apuntaba respecto al comportamiento de Muñoz Castellanos, comandante militar de la plaza, quien según «la voz popular» habría acabado huyendo «en su coche, en pijama, hasta Bronchales», 55 kilómetros al oeste de la capital, durante el intento de infiltración republicano a través de las líneas rebeldes frente a Santa Eulalia en el verano de 1937. Además, acusaba a los mandos de la plaza de cooptación en la designación de cargos, toda una sorpresa dentro de las prácticas políticas habituales del nuevo régimen, así como también de obstaculizar el esfuerzo de guerra en ámbitos como el contraespionaje, saboteando o poniendo trabas a interrogatorios concretos mediante la eliminación de testigos.

En el ámbito más concreto de la batalla de Teruel propiamente dicha,

Cámara acusaba al mando de haber mantenido desguarnecidos los sectores de Concud y San Blas, justamente aquellos por donde se introdujeron las fuerzas republicanas, a pesar de que se sabía que eran los más expuestos y carentes de medios. Aunque ya hemos visto la respuesta de las autoridades del 5CE ante las peticiones insistentes de refuerzos por parte de Muñoz Castellanos. Según Cámara, incluso se habrían retirado piezas de artillería y efectivos en el sector de Villastar dos días antes del ataque, aunque se tenía conocimiento del próximo ataque. Ya con la ofensiva en curso, acusaba a los mandos de haber abandonado las posiciones de Puerto Escandón-Castralvo, al este y sureste de la ciudad, sin aparente justificación. No obstante, como ya he señalado, esta decisión tomada el día 18 y ejecutada la madrugada del 19 tuvo que ver con un intento de acortar el frente, concentrar efectivos en la defensa y evitar que dichas tropas fueran cercadas, utilizando para ello posiciones más cercanas a la capital como El Mansueto. Entre las irregularidades apuntadas por el testimonio de Cámara está la de no haber contado con los militantes de segunda línea de Falange, que tuvieron que presentarse por iniciativa propia tras haber sido enviados de vuelta a sus casas el día 18 de diciembre.

Pero sobre todo, lo que más sorprendía a Cámara era que no se hubiera fortificado el casco urbano, hasta el punto de que el día 21, cuando los sitiados aún conservaban posiciones en el Cerro de Santa Bárbara y El Mansueto, las vanguardias del EP ya empezaban a infiltrarse por las partes bajas de la capital. Y si bien es cierto que todo apunta a que se cometieron algunos errores graves a la hora de plantear la defensa de la capital, no lo es menos que las fuerzas republicanas rebasaban con mucho las de los defensores; con una proporción de un soldado rebelde por cada siete asaltantes, los primeros no tardaron en verse completamente desbordados por el aluvión que se les vino encima. Además, parece que un desertor del ejército sublevado, chófer y por tanto buen conocedor del escenario, por el que se movía con asiduidad, había desvelado el emplazamiento de todas las fortificaciones y baterías, así como el número de fuerzas radicadas en el sector de Teruel, con lo cual los asaltantes conocían los puntos flacos del dispositivo defensivo.[\[2\]](#) Así pues, se decidió fortificar tan solo el Seminario

y la Comandancia, donde se centraría la defensa a la espera de un pronto auxilio desde el exterior. Esto dejó indefenso buena parte del perímetro urbano del centro, donde la lucha se dirimió con relativa rapidez, a pesar de que seguramente habría ofrecido más opciones y garantías defensivas a los sitiados en un cerco prolongado como el que tuvo lugar. De hecho, Cámara denunciaba a los mandos de haberse recluido en esos dos reductos principales, abandonando el resto de la plaza en manos del enemigo y sin intentar el día 22 enlazar entre sí. Sin duda, el rápido control del entramado urbano turolense por parte de las fuerzas republicanas hizo esto último muy difícil, así lo prueba la muerte del capitán Félix Mínguez en el curso de una descubierta por las calles con 16 hombres a su cargo, o también las graves heridas sufridas por otros enlaces el día 23.

Precisamente, Cámara decía ser conocedor de los intentos de los defensores del cuartel de la Guardia Civil por comunicarse con el reducto de la Comandancia. Al fin y al cabo, estos se encontraban separados por el Paseo del Óvalo, por mucho que la exposición fuera total y la visibilidad de los tiradores inmejorable. Esto explica que el enlace enviado desde allí el día 23, alcanzó el Hospital de la Asunción con graves heridas, no tuviera éxito a la hora de solicitar refuerzos y agua para sus compañeros porque se consideraba, con buen criterio seguramente, que cualquier intento de conexión fracasaría. En cualquier caso, lo ocurrido el día 31 de diciembre de 1937 prueba que la estrategia por la que optó Rey d'Harcourt, en espera de un auxilio rápido desde el exterior, quizás no era tan errada. Lo que está claro es que no dejaba lugar para los contratiempos inesperados, como los que tuvieron lugar a partir del día 1 de enero, con el fracaso de la contraofensiva sublevada. En este sentido, la falta de previsión y alternativas a las que quedaron sometidos los defensores a corto plazo sí que pondría una parte de la responsabilidad sobre el mando a cargo de la defensa de la ciudad, si bien la principal causa de la derrota sublevada en Teruel tuvo que ver con el fracaso del auxilio desde el exterior.

De hecho, acusaba al mando de la plaza, con Rey d'Harcourt y sus tres tenientes coroneles a la cabeza, de haber tirado por tierra la moral de la tropa por la pasividad constante de la que hicieron muestra, sin presentarse nunca

en primera línea y sin dar respuesta a problemas tan acuciantes como la falta de agua. Tal era el caos reinante, siempre según testimonio de Cámara, que no se organizaba un triaje y tratamiento adecuado de aquellos heridos leves que solo precisaban de una intervención superficial para volver a ser enviados a las posiciones defensivas. Supuestamente, el propio facultativo hubo de ponerse manos a la obra con hasta 200 de estos hombres, a los cuales asistió y repartió en diferentes posiciones, contribuyendo además a su correcta fortificación. Desde luego, en un contexto como aquel es lógico y posible que la improvisación jugara un papel importante, tal y como ocurre en cualquier combate urbano, y más aún dada la ausencia de mandos experimentados en número suficiente. No obstante, para Cámara el momento más flagrante llegó con la rendición del reducto de la Comandancia. Según él, esta no solo se llevó a cabo a espaldas de casi todos los jefes y oficiales —algo que desmiente el acta de rendición conocida en la posguerra—, y de los médicos, sino que además se hizo a puerta cerrada y en complicidad con los emisarios del EP. Para darle a la escena un componente de morbo e inmoralidad, Cámara acusaba a Rey d’Harcourt, al capitán José González Vidaurreta y al teniente Bernal de beberse «una botella de coñac» en compañía de los oficiales republicanos en el cuarto de guardia del Hospital de la Asunción, todo ello en medio del sufrimiento de decenas de heridos. Al parecer, cuando Rey anunció la decisión de rendir el reducto argumentando que «el Ejército de Franco había fracasado en su intento de llegar a Teruel», un militante de Falange llamado Juan Antonio Aznar gritó que «Falange no se rinde. Falange muere» y solicitó a los presentes que se unieran a él para proseguir con la defensa.

Como vemos, en el testimonio de Cámara estaban presentes todas las cualidades que a ojos del fascismo definían a los enemigos del nuevo régimen: la pasividad, la perversión, el afeminamiento y la traición. Antes que nada, el suyo era un relato moralizante destinado a cerrar filas, y el propio Rey d’Harcourt era el cabeza de turco. Por supuesto, en aquella nueva España no se podía cometer mayor pecado y provocación que poner en duda públicamente las cualidades de las fuerzas militares del nuevo régimen, tal y como había hecho el coronel. Todo esto explica que los hechos en torno al

sitio de la plaza fueran sometidos a un proceso judicial ampliamente publicitado por los medios de comunicación del Movimiento, ya que su objetivo no era otro que limpiar el nombre del ejército, de las autoridades y del propio fascismo español, al tiempo que garantizar su infalibilidad. Es más, en un intento de salvar el honor de muchos de los defensores, Cámara se atrevía a señalar que el hecho de que muchos mandos aceptaran la rendición tuvo que ver con que «sus espíritus debilitados por el asedio se dejaron vencer a última hora por el sofisma de salvar vidas». Por supuesto, obviaba que toda resistencia era inútil militarmente hablando, sobre todo dado el impasse en que se habían sumido los combates fuera de la plaza, pero no menos por las condiciones en que resistían los defensores, rodeados de civiles, heridos la mayor parte de ellos, y sin apenas munición, alimento o agua. Sin embargo, en última instancia Cámara trataba de mostrar que la norma entre los mandos y la tropa del *ejército nacional* era la pureza de espíritu y la entrega desinteresada.^[3]

Todo esto ocurría en plena batalla por El Muletón y tras la llegada de las fuerzas rebeldes al curso bajo del Alfambra, días de poco trabajo para Varela dada la relativa calma de su sector, lo cual explicaría que se dedicara por entonces a proteger su buen nombre. Sin embargo, el éxito militar del CEG no supuso un cese de las actividades militares en la zona, especialmente en la retaguardia, donde se mantenía una actividad febril destinada a hacer posibles los próximos ataques. Los logros y ganancias territoriales del bando sublevado durante los últimos días no habían llevado a la ruptura del frente republicano y al derrumbamiento de su resistencia, tal y como se había esperado, sin embargo la toma de aquellos estratégicos emplazamientos había supuesto un duro revés estratégico para el EP y su posición en Teruel. En este sentido, si el mando republicano quería poner en aprietos a su enemigo y no dar por perdida la batalla por la capital estaba obligado a mover ficha. Además, había que ganar tiempo en previsión de nuevos ataques por parte del ejército rebelde. A tal efecto, se ordenó el envío de tres nuevas divisiones al área de operaciones turolense: la 27.^a, al mando de José del Barrio (1907-1989); la 46.^a, comandada por El Campesino; y, por último, la 66.^a BM, encabezada por Francisco Bravo Quesada. De hecho, los planes republicanos

no solo pasaban por reconquistar las posiciones perdidas al norte y noroeste de Teruel, sino que por fin el alto mando se decidió a efectuar un ataque en el valle del Jiloca para cortar las comunicaciones del CEC y el CEG por carretera y ferrocarril. Este último se llevaría a cabo a la altura de Singra, partiendo desde Sierra Palomera y su éxito debía servir de apoyo a la operación para recuperar El Muletón y el Alto de las Celadas, además de que pondría en grave peligro todo el dispositivo sublevado en la zona. Precisamente, se esperaba que las urgencias planteadas por la contraofensiva obligarían al mando rebelde a desistir de lanzar nuevas operaciones para la conquista de Teruel, aunque fuera momentáneamente.

De hecho, los informes de inteligencia seguían llegando con regularidad y eran causa de preocupación entre los mandos rebeldes que dirigían los combates en el frente de Teruel. Uno de ellos se basaba en informaciones del 25 de enero, justo el día en que se desencadenó el proyectado ataque sobre Singra tras retrasarlo durante dos días seguidos. Dicho informe destacaba el desplazamiento de nuevos contingentes del EP al área de operaciones. Una de ellas era la mencionada la 27.^a División, que era considerada como fuerza de choque de élite y que contaba con un armamento excelente. Compuesta por miembros del PSUC, estaba al mando del también militante de dicho partido, líder sindical de la UGT en Cataluña y antiguo metalúrgico José del Barrio. En un principio, los informes de inteligencia del EdN prueban que los sublevados no creían que dicha unidad pudiera desplegar un alto potencial combativo, dada su baja moral, valoración que no obstante probaría ser equívoca desde su misma entrada en combate en el frente turolense.^[4] De hecho, una vez más volvía a activarse la siempre temida amenaza de un ataque republicano en el sector de Bueña, aunque se sospechaba de las tropas de Líster, que tras pasar un breve periodo de descanso después de los combates del mes de diciembre habían reunido hasta 8.000 milicianos. No es de extrañar que en previsión de estas maniobras la aviación rebelde mantuviera su presencia intimidatoria sobre las líneas de comunicación del EP en todo el valle del Alfambra, tal y como recordaba Carlos Montenegro, de vuelta al frente por entonces:

Se puede decir sin exageración que toda nuestra línea, que corre de Alfambra a Teruel, está batida; por ello se ve que el enemigo cuenta con un enorme material. Constantemente pueden contarse en el aire cien o más aviones. Son los dueños absolutos del aire. Así han reconquistado posición tras posición, las que perdieron en Teruel [...]. Es tanta la aviación fascista que ya nadie le hace caso, limitándose solamente a mantenerla lejos con los antiaéreos. Ellos no bombardean; se mantienen haciendo observaciones con el fin de evitar el movimiento de las tropas o para influir psicológicamente sobre ellas.[5]

Sin embargo, en algunas ocasiones se daban errores de la artillería antiaérea sublevada, que ante el miedo y la duda podía llegar a tirar contra sus propios aparatos llegando a derribarlos, tal y como recogió el día 24 en su diario Jeremías Hernández.[6] En cualquier caso, frente a aquellos vuelos de prestigio que eran una exhibición de poder por parte de los rebeldes, proseguían los preparativos del EP. Finalmente, el mencionado golpe de distracción tendría lugar algo menos de diez kilómetros al suroeste de Bueña, contra la población de Singra, y sería protagonizado por la recién llegada 27.^a División, posibilidad también contemplada por los agentes rebeldes en sus informes (véase mapa 4). De hecho, las tropas estacionadas en la zona tuvieron conocimiento de lo que se preparaba gracias a la desertión de un oficial de sanidad republicano la noche previa al ataque. Esto permitió desplegar refuerzos procedentes de la mermada 1.^a División de Navarra, que desde el pasado 21 de enero estaba siendo relevada del sector sur de La Muela de Teruel, algo que sin duda debió de caer como un jarro de agua fría entre sus hombres, muy desgastados por los combates de primeros de enero en las muelas de Los Oraus y La Alejandra. Sin embargo, la anulación de permisos siempre ha sido una realidad de la guerra moderna en situaciones de emergencia. Al margen de los detalles, que explicaré más adelante, lo que estaba claro es que el movimiento de hasta «400 mulos cargados» en el Altiplano y el Campo de Visiedo evidenciaba que esta vez sí se estaba preparando frente al valle del Jiloca controlado por los rebeldes. Mientras tanto, los servicios médicos de ambos bandos habían de lidiar con los combatientes que habían llegado a sus manos, muchos completamente destrozados por escalofriantes heridas de todo tipo, que eran la prueba más palpable de la evolución cuantitativa y cualitativa del poder destructivo del

armamento bélico. James Neugass describía la situación reinante en el improvisado hospital de Valdecebro el día 24 de enero:

Durante toda la tarde no han parado de llegar al puesto carabineros hechos picadillo. Hemos debido de atender cien casos y casi ninguno estaba herido en un solo lugar. Una herida limpia que entra por un sitio y sale por otro es un lujo que solo era normal en la tranquilidad de la guerra mundial. Las balas dum-dum solían entrar limpias, pero salían a pedazos. Las modernas balas explosivas no salen, explotan en tu interior. Los heridos del racional siglo xx salen de las trincheras con el aspecto de haber pasado por una máquina de hacer hamburguesas.[7]

Por aquel entonces los oficiales del EP eran plenamente conscientes de que la de Teruel había pasado a ser una batalla de desgaste cuyas consecuencias serían decisivas. El informe lo dejaba muy claro: «En ningún pueblo de la retaguardia han quedado fuerzas de ninguna clase», por eso el principal temor de los mandos republicanos era que los sublevados emprendieran una ofensiva general en toda la línea, tal y como de hecho ocurrió tras la caída definitiva de Teruel en manos rebeldes el 22 de febrero. Dos semanas después los sublevados se pondrían en marcha. A mediados de abril todo el frente de Aragón se derrumbaría por completo, excepto al noreste de Sobrarbe, donde resistió durante unos meses la llamada bolsa de Bielsa, y al sur de la provincia de Teruel, donde la progresión quedó frenada hasta el verano a la altura de Sarrión y Mora de Rubielos.[8] También en el bando rebelde quedaba clara la importancia decisiva de los combates por Teruel y su naturaleza de batalla de desgaste, lo cual quedaba corroborado por un documento redactado el 25 de enero de 1938 en el Estado Mayor del CGG. En él se concluía que, fruto de las exigencias de mantener el pulso impuesto por los sublevados, el enemigo había tenido que destinar al frente turolense a buena parte de sus reservas de los frentes del norte y el sur del Ebro y del centro de la península, además de la reserva general. Tal era la situación que el EP «no está en condiciones de llevar a cabo por el momento en ningún frente una acción a fondo a consecuencia del desgaste sufrido en la batalla de Teruel», y ello a pesar de que seguía conservando pequeñas reservas en todos los sectores que no obstante no podían ser desplegadas si no se querían correr graves riesgos. Por si fuera poco, el valor combativo y la

moral de las unidades que seguían en primera línea había disminuido; pero no solo eso:

Se han producido muchos pánicos en muchas unidades [republicanas] del frente de Teruel viéndose los rojos obligados a fusilar individuos de tropa, a amenazar a los mandos y a dar órdenes severísimas para que las unidades de primera línea que retrocedieran fueran ametralladas por las situadas en segunda línea.[\[9\]](#)

Lo cierto es que las previsiones de los golpistas fueron acertadas, tal y como prueban los partes de operaciones de la artillería del CEC. El mismo día del ataque contra Singra se ordenó el desplazamiento de las tres baterías al mando de Emilio Hernández Blanco, todas ellas equipadas con cañones de 155 mm, a la nueva área de operaciones. Además, el resto de la 1.^a Agrupación fue transferida al CEM, en previsión de la proyectada ofensiva en dirección a la línea del valle del Alfambra. Si esto es buena muestra de que el sector cubierto por el CEC estaba muy tranquilo desde hacía días, no lo es menos de que el ejército rebelde había desplegado la mayor parte de la artillería disponible en el frente de Teruel, que forzosamente había de ser repartida para atender con la efectividad requerida las necesidades de una línea tan extensa. Conscientes de esta dispersión de medios, algo que afectaba al EP bastante más que al sublevado, los días 28, 29 y 30 de enero las fuerzas republicanas aún realizarían nuevas intentonas contra las posiciones enemigas en las muelas de La Alejandra y Los Oraus, al oeste de Villaspesa, con ataques que incluyeron el uso de carros blindados en un terreno poco adecuado para su despliegue y aprovechamiento. Sin embargo, fracasarían en todos sus intentos de envolvimiento a través de la Rambla del Molino, que bordeaba las posiciones por el sur, algo a lo que contribuyó el fuego de contención realizado por los cañones de 105 mm del CEC. Así pues, como vemos, toda la línea del frente se mantenía más o menos activa, lo cual nos da una buena idea del tremendo grado de desgaste que comportó la batalla de Teruel para ambos ejércitos.[\[10\]](#)

De hecho, a partir del 25 de enero los partes de bajas del EdN reflejan la actividad en el hospital de Monreal del Campo, algo que no es casual si pensamos en su cercanía con el nuevo teatro de operaciones abierto ese

mismo día en Singra por el EP, unos catorce kilómetros al sur. Las fuerzas de la 27.^a División atacaron en mitad de la madrugada, aprovechando la niebla. La infantería asaltó el pueblo y sus inmediaciones apoyada por blindados, sin el efecto sorpresa deseado a causa de la desertión de un oficial sanitario durante la noche anterior que había puesto al corriente del próximo ataque a los rebeldes. No obstante, la resolución con la que atacaron las fuerzas republicanas puso en fuga a los defensores y dejó en manos de los asaltantes buena parte del pueblo y las principales alturas en torno a este. De hecho, esta circunstancia hizo que se designara a Emilio Esteban-Infantes, por entonces coronel de estado mayor, para llevar a cabo una investigación «sobre el comportamiento de la guarnición», cuando los combates por Singra todavía estaban en curso.^[11] A pesar de encontrarse por entonces desplegado en el Cerro de Santa Bárbara de Celadas, unos 30 kilómetros al sur del nuevo teatro de operaciones, las impresiones que Jeremías Hernández dejó plasmadas en su diario son buena muestra de la incertidumbre que generó el ataque republicano entre muchos combatientes del bando rebelde. De hecho, según Hernández eran 60.000 hombres los implicados en la ofensiva, una sobreestimación tal que pone de manifiesto la rapidez con la que se extienden los rumores en la guerra y, también, la desinformación del soldado de a pie. En realidad, los asaltantes debían de sumar unos 8.000 hombres. Aun así, en este caso los artilleros de Santa Bárbara disponían de cierta evidencia gracias a la buena visibilidad de la que gozaban desde su observatorio, que les permitía observar las pasadas de la aviación, además de sentir los temblores de la tierra y los estallidos de la artillería. Con todo, el miedo de Hernández y sus compañeros de armas tenía que ver con el hecho de que paralelamente a las operaciones de Singra estaban teniendo lugar los contraataques republicanos en El Muletón y Las Pedrizas, unos diez kilómetros al sureste, de ahí que dijera que «nos encontramos entre dos fuegos».^[12]

Al fin y al cabo, en Singra la línea rebelde había resistido porque se había enviado un refuerzo de urgencia desde Villafranca del Campo que incluía un batallón de infantería y una sección de 35 regulares a caballo. El abrumador dominio aéreo de los sublevados hizo el resto, obligando a los atacantes a replegarse de sus expuestas posiciones en el pueblo y los cabezos en torno a

este. En cualquier caso, el de Singra era un escenario muy localizado en cuanto a los medios puestos en liza, al menos si lo comparamos con otros combates acontecidos más al sur días antes. Basta con ver que a lo largo de aquella jornada el número de ingresados en Monreal fue de 61, de los cuales 27 pertenecían a la mencionada sección de combatientes marroquíes, una prueba más del tipo de misiones encomendadas a dicho colectivo. De nuevo, las heridas causadas por la metralla habían sido la principal causa de las bajas, sumando 38 frente a los 21 combatientes heridos por fuego de fusilería. La medida de lo que estaba teniendo lugar en Singra, a pesar de la gran importancia que a nivel estratégico podía haber tenido un éxito republicano —siquiera puntualmente—, queda clara por el dato de ingresados registrado ese mismo día en Cella: 223 hombres, todos ellos procedentes del área de combate al noreste de la capital. Aquel día también quedó registrado el número de prisioneros —14 heridos y un muerto— que entraron en el hospital de Monreal, algo poco común en la documentación militar.[\[13\]](#)

Silvano Soriano fue mudo testigo de todo ese trasiego de heridos, tropas y camiones, ya que tras seis meses en Alba su familia se había trasladado a Cella, 25 kilómetros más al sur. Así pues, el inicio de la batalla de Teruel los cogió ya instalados en Las Granjas, conocidas por los del entorno como Las Masadas, a medio camino entre Santa Eulalia y Cella. Como siempre, los lazos familiares y de amistad intracomarcales fueron fundamentales para dar acomodo y cierta estabilidad a los refugiados, en este caso un amigo de su padre fue quien les proporcionó «un poco de cobijo, una manta, una cama, en fin...». Tanto él como su padre y su hermano se dedicaron a pastorear ovejas allí, que era el oficio del cabeza de familia, y entre los tres apenas sacaban seis pesetas, lo justo para sobrevivir, todo ello en medio de unas condiciones de frío, miseria y bajo el peligro constante de la aviación enemiga. De hecho, tras el éxito de la ofensiva de El Muletón y con Celadas ya en la retaguardia sublevada, el cabeza de familia regresó al pueblo para escarbar en los escombros de su antigua casa y ver qué podía recuperar, y aún pudo recuperar «un jamón y una saca de harina de cien kilos», todo un tesoro en aquella época. Mayúscula fue la sorpresa que se llevó al acercarse a la corte donde tenían sus dos cerdos, que aún estaban vivos. Resulta que una pareja

de ancianos se había negado a marchar del pueblo, a pesar de los bombardeos y el peligro, y durante la ausencia de los vecinos se habían dedicado a echar trigo a los animales, que gracias a ellos sobrevivieron. Así pues, como muestra de agradecimiento les regaló uno de los gorrinos.[14]

Aún durante la guerra bajarían a vivir al mismo pueblo de Cella, frente a Los Herreros, donde está hoy el restaurante Miedes, que entonces era una zona donde había pocas viviendas y muchos pajares, con lo cual solía congregarse a bastantes soldados en busca de refugio. En este caso se les asignó la casa de una familia que había marchado a la zona republicana en los primeros días del golpe.[15] Precisamente, Silvano recuerda que una mañana se levantaron y estaba todo el corral lleno de combatientes ateridos que decían venir de El Muletón, donde estaban teniendo lugar los durísimos combates de la segunda quincena de enero. De entre todos los que había, se quedaron sorprendidos al ver a tres de ellos junto a la puerta de su casa, que estaban tendidos en el suelo y no podían hablar, así que el padre de Silvano llamó a algunos de los que estaban por allí y les dijo: «“Ahí hay unos que estarán *helaus*. *S’han helau*”. Y ya les encendieron allí una lumbre y los calentaron». Cuando volvieron un poco en sí les preguntaron que por qué se habían echado al raso, a lo que contestaron que los pajares estaban llenos de gente, así que, agotados por la marcha de regreso a la retaguardia, se echaron juntos con una manta. Tal era la dejadez y la lasitud de los soldados, extenuados por los esfuerzos y la tensión psicológica a la que habían estado sometidos bajo la artillería y en los combates cuerpo a cuerpo, que muchas veces sencillamente se abandonaban en cualquier rincón y morían a causa de las temperaturas polares de aquel invierno. Además, el hecho de que en muchas ocasiones no encontraran refugio es buena muestra de hasta qué punto los pueblos y el territorio colindante se vieron desbordados e incapacitados para absorber el volumen de combatientes, personal, material y vehículos rodados que movía aquella guerra total. Así pues, no es casual que los tiempos de guerra fueran propicios para las epidemias y la mortandad, no ya solo por efecto de las balas, sino también porque soldados y civiles se veían forzados a vivir en la más absoluta miseria, precariedad y hacinamiento.

De hecho, al recordar a los soldados Silvano Soriano se apiada de ellos y se conmueve señalando que en muchos casos no entendían ni por qué estaban allí: «Los pobres, ni ideas tenían, si venían del frente llenos de piojos...». Una de las imágenes que le causaba más impresión era la entrada de los heridos en el hospital, que fue establecido en el edificio de las antiguas escuelas: «Venían muchos con las tripas afuera». Para lidiar con los altos niveles de mortalidad y los cadáveres se requerían los servicios de los paisanos, que durante el día se dedicaban a cavar zanjas en el cementerio y durante la noche cargaban a los muertos y los enterraban en las fosas. De hecho, algunos pastores que colaboraban en las tareas le contaban a Silvano Soriano que había combatientes que intentaban desertar haciéndose pasar por heridos o muertos, hasta el punto de que algunos solo reaccionaban al llegar al pie de las fosas. Desde luego aquella era una labor muy ingrata. En una época en que la cultura popular estaba mucho más dominada por las leyendas y las supersticiones, había veces que en plena noche los improvisados enterradores llegaban a pasar verdadero miedo al cargar con los cadáveres sobre el hombro. A veces el simple golpeo de las extremidades suspendidas en el aire contra sus espaldas les generaba tal respeto que llegaban a pensar que aún estaban vivos.[\[16\]](#)

El hecho de que el ejército rebelde superara en medios al EP no significaba que tuviera cubiertas todas sus necesidades en materia armamentística, lo cual una vez más es prueba de las condiciones precarias en que luchaban los combatientes de ambos bandos. Así se pone de manifiesto en la petición realizada por el EdN el día 22 de enero, donde se solicitaba el envío de 140 mosquetones, arma más corta y manejable que el típico fusil de infantería; 25 pistolas; y ocho ametralladoras provistas de dispositivo antiaéreo destinadas a las baterías del 17.º Grupo de Artillería Antiaérea del CETN. No hay que olvidar que los artilleros también estaban sometidos al peligro de las infiltraciones enemigas al operar en la inmediata retaguardia, a veces cerca de la primera línea, de manera que sus dotaciones debían contar con armamento individual para repeler cualquier posible ataque. Sin embargo, en este caso solo se concedió el envío de 25 pistolas, que no obstante también estaban sometidas a estricto control, pues permanecían

fuera del alcance de la tropa y debían ser adquiridas a título nominal por los oficiales que desearan hacerse con una de ellas. Respecto a las ametralladoras no las había disponibles, a pesar de ser un arma fundamental que no solo permitía realizar fuego en ráfaga más fácil de seguir y, por tanto, más efectivo a la hora de acertar a los objetivos aéreos, sino que además permitía proteger a las baterías contra los ataques de aviación a baja altura. Tampoco se sirvieron los mosquetones solicitados, que debían ser destinados de forma prioritaria a las nuevas unidades de infantería que se estaban formando por entonces y que según el documento no estaban armadas al completo.^[17] Así pues, ya vemos que los medios de combate estaban tan solicitados como controlados en su distribución.

De vuelta a Singra, ya el día 26 las tropas de la 27.^a División llevaron a cabo hasta tres tentativas en su intento por tomar el pueblo y romper las líneas rebeldes, acompañadas en todo momento por blindados. Aunque no disponemos de datos de bajas para el bando rebelde, es de suponer que no fueron muy altas, porque siempre suele resultar más sencillo en la guerra defender que atacar, sobre todo cuando se está bien pertrechado y prevenido. El caso es que todas las tentativas republicanas fueron rechazadas por los defensores, reforzados ya con nuevas tropas. Jeremías Hernández se hacía eco de la dureza de los combates desde su posición al noroeste de Celadas, donde los enfrentamientos se extendieron desde las seis de la madrugada hasta las tres de la tarde, siendo una vez más decisiva la intervención de la aviación. Sin embargo, aquel día, y en medio de la confusión de los embates entre ambas fuerzas, algunos aparatos bombardearon por error las posiciones de la infantería sublevada, «haciendo bastantes muertos». De hecho, el curso de los acontecimientos no había propiciado que disminuyera el temor de los artilleros apostados allí, que temían una ruptura del frente que les obligara a iniciar una retirada precipitada.^[18] En cualquier caso, el 27 de enero nos puede servir de referencia respecto a la virulencia de los combates, ya que a pesar de que prosiguieron las luchas por Singra y Torrelacárcel, cuatro kilómetros y medio más al sureste, ingresaron 24 heridos en Monreal, un tercio de los habidos dos días antes.^[19] Finalmente, ese día fracasó el último intento republicano por tomar los Cabezos del Espino, un promontorio de

unos 1.069 metros que domina el estratégico puerto de Singra, por donde discurre la carretera Zaragoza-Teruel, y que marca el término municipal un kilómetro y medio al sur.

Mientras tanto, ese mismo 27 de enero volvieron a cobrar nueva intensidad los combates en la zona del Alto de las Celadas, entre las cotas 1179 y 1067, fruto de la contraofensiva lanzada por las divisiones 46.^a y 66.^a del EP, cuyo objetivo era recuperar la iniciativa y las posiciones estratégicas perdidas entre los días 17 y 22 de enero (véase mapa 3). Esa primera jornada de la contraofensiva republicana fue la 13.^a División sublevada la encargada de frenar en seco las acometidas de las fuerzas republicanas, especialmente las llevadas a cabo por brigadas de la 46.^a División en las primeras horas de la tarde. El parte de bajas es elocuente por lo que respecta a los esfuerzos de la primera, pero pone de manifiesto que los días anteriores se había pasado a desempeñar tareas defensivas, menos costosas si son ejecutadas de manera inteligente y con los medios adecuados. Así pues, a los 12 muertos y 57 heridos del día 27 seguirían los cinco muertos y 52 heridos del día siguiente y los nueve muertos y 60 heridos del 29.^[20] El problema del primer asalto, que paso previo al asalto del Alto de las Celadas debía tomar la cota 1204, a cuatro kilómetros al noroeste de Villalba Baja y cuatro kilómetros al sureste de Celadas, es que tal y como recuerda José Español, veterano de la 46.^a División, la artillería no había conseguido mellar las defensas enemigas. Su conclusión era pura y simple, y en su opinión respondía al proceder habitual de El Campesino, que creía que bastaba con el valor que infundía el espíritu revolucionario: «No se había estudiado bien la localización de las defensas nacionales», lo cual era una condena al desastre. De hecho, Español recordaba que «a media tarde empecé a ver desde mi retrasado puesto de municionamiento filas interminables de camillas con heridos», víctimas de un ataque sin planificación previa.^[21]

El 28 habían fracasado los desesperados intentos de la 46.^a División de El Campesino por tomar la cota 1204, tres kilómetros al norte del extremo septentrional del Alto de las Celadas. Esta posición podía resultar de suma importancia porque desde lo alto se dominaba todo el llano de Celadas, cuatro kilómetros más al noroeste, y sus límites meridionales, marcados por

el Cerro Gordo. Sin embargo, a pesar de los asaltos al amparo de esa noche del 28, que tuvieron continuidad de forma incansable a lo largo de la mañana y la tarde del mismo día, tan solo se consiguió desbordar la primera línea del tupido entramado defensivo de la 13.^a División rebelde. El efectivo sistema de trincheras había sido planificado por el comandante de la división, Fernando Barrón (1892-1953), y construido por sus combatientes durante los ratos de relativa calma en el frente, otra prueba de que en medio de una batalla existen pocos momentos para el descanso. De hecho, allí se ahogaría de forma desastrosa el último intento de la 46.^a División republicana por penetrar el dispositivo defensivo de las fuerzas golpistas, donde se dejaría por el camino de vuelta varios centenares de bajas. Estas, como ya apuntaba más arriba, contrastan con las pérdidas de una 13.^a División que supo rentabilizar al máximo sus esfuerzos. El periodista cubano Carlos Montenegro, amigo íntimo de Policarpo Candón (1905-1938), comandante de la 10.^a BM de la 46.^a División y caído en combate el día 27, había sido invitado por el gaditano a presenciar los combates por Teruel. Por eso mismo, fue testigo de las deliberaciones previas al ataque, que parecía contar con toda la información necesaria, a pesar de que se reconocía la posible insuficiencia de los efectivos que lo habían de llevar a cabo. Sin embargo, se trata de un relato laudatorio escrito a posteriori que apuntaba a varios problemas determinantes en el curso de los combates, entre ellos la supuesta falta de cohesión de la tropa por el reciente reemplazo de los comisarios, que ahora carecían de experiencia de combate. En cualquier caso, el fracaso se había consumado, a pesar de que la aviación rebelde no había podido intervenir debido al riesgo de fuego amigo por la cercanía entre asaltantes y defensores, ni tampoco a veces la artillería, a causa de la intensa niebla.[\[22\]](#)

Un balance del CTV sobre las operaciones republicanas en Singra y sus contraataques en la zona de El Muletón y Las Pedrizas concluía que dichos combates, en continuidad con los de los días 17 al 23 de enero, habían comportado una reducción muy notable de la capacidad combativa del EP, dejándolo muy maltrecho en términos materiales y carente de reservas frescas e instruidas. En parte, el mando italiano atribuía el fracaso republicano a la falta de coordinación entre sus ataques, organizados de forma apresurada y

sin la conveniente planificación. Esto comportó que acabaran «en una carnicería» para las unidades implicadas, las divisiones 27.^a y 46.^a y la 66.^a BM, sobre todo en el caso de la primera, que sufrió ante Singra un 50 por ciento de bajas.[23] A pesar del desastre, el 6 de febrero y con la fulminante ofensiva del Alfambra en curso, apareció en el *Frankfurter Zeitung* un artículo bastante bien informado que hacía balance de lo que iba de batalla en Teruel.[24] A pesar de que reconocía que persistía en el seno del EP «la lucha partidista», que la alimentación era de muy escasa calidad y que había una total escasez de medios, también señalaba que el fracaso de Franco a la hora de «llegar a una acción decisiva» «con un ejército bien disciplinado y abundante material» residía en el éxito de la República a la hora de crear un ejército moderno de masas. Así pues, la virulencia de la lucha en torno a Teruel y su extrema duración no eran sino la consecuencia directa de la capacidad de resistencia y las cualidades combativas alcanzadas por las fuerzas republicanas. Y a pesar de que no dejaban de señalarse los graves problemas de encuadramiento por la falta de mandos intermedios, sí que se hacía hincapié en el hecho de que los soldados republicanos «ya no abandonan el campo a los gritos de guerra de los moros y legionarios», tal y como había ocurrido en los primeros compases del conflicto. Tanto era así que este observador alemán consideraba la de Teruel como la segunda batalla de la guerra «en toda su extensión» después de la de Brunete, «por el número de sus fuerzas y por el carácter de la misma», que implicaba mejoras de orden táctico, aumento del material y los efectivos en liza y un mayor grado de preparación de las tropas.[25]

Desde luego, los mandos políticos del EP no eran ajenos al problema que representaba la pérdida del Alto de las Celadas y El Muletón, tal y como reflejaba el comisario de la 67.^a División, Pelayo Tortajada Marín (1915-1944), en un informe del día 3 de febrero de 1938. Después del fuerte desgaste al que había estado sometida la 216.^a BM de dicha unidad, que combatía desde el día 30 de diciembre y había vivido un punto culminante en la carnicería de los días 17 y 18 de enero, no le tranquilizaba el hecho de que la situación hubiera quedado estabilizada, sobre todo tras los frustrados contraataques de la 46.^a División. Todo invitaba a pensar, según este, que el

control estratégico de las alturas al norte de la plaza y la situación de indefinición en La Muela al oeste «es un peligro constante para Teruel, estando este batido hasta con ametralladoras» desde este último punto y, por tanto, «estando a merced de cualquier sorpresa que nos quiera hacer [el enemigo]». De hecho, Tortajada no entendía que se estuvieran retirando unidades del frente, dejando sobre el terreno un número de efectivos absolutamente insuficiente para contener cualquier intento serio de conquistar Teruel por parte del ejército sublevado, tal y como se iba a poner de manifiesto en muy pocos días.^[26] La situación se veía dificultada por el extremo agotamiento y la baja moral de la tropa, algo que según confesaba el comisario también le estaba empezando a afectar a él por sus idas y venidas constantes entre las unidades tratando de levantar el ánimo de los combatientes. Por eso solicitaba el envío de hombres de confianza que pudieran colaborar en el enardecimiento de los soldados.^[27]

Que la situación en la propia capital no era ni mucho menos segura queda de manifiesto en el viaje efectuado por James Neugass a Teruel a finales de enero. En esta ocasión, con la carretera de Alcañiz completamente cortada, la única conexión con la capital era por la carretera de Sagunto. Su misión era hacer acopio de diversos medios para organizar el hospital de La Puebla de Valverde, hacia donde se encaminarían a partir de entonces las evacuaciones de heridos. Pues bien, al llegar allí no solo se encontró una ciudad en el mismo estado de abandono en que había quedado tras los combates concluidos tres semanas antes, con «los mismos caballos muertos» en el Viaducto, sino que fue recibido en dicho paso elevado por las balas trazadoras procedentes de las ametralladoras emplazadas en el norte de La Muela. Una vez en la ciudad participó del expolio de lo que aún quedaba, tanto para cumplir con su misión como para satisfacer sus propias necesidades. Sin embargo, lo que más le sorprendió fue «un alarido humano como de rabia». Sorprendido, no dudo en preguntar:

—¿Qué es eso? ¿Un herido?

—No, los heridos están demasiado enfermos para chillar. Esos son los lunáticos que están en la casa de locos. Está fuera, entre las líneas. El manicomio se quedó aislado y solo pudimos evacuar la mitad.

- ¿Cómo comen?
- Les llevamos comida por la noche. Las monjas se la cocinan.
- ¿Crees en la eutanasia?
- ¿Qué es la eutanasia?
- Déjalo.[\[28\]](#)

La disolución de la frontera entre civiles y combatientes, característica más destacable de la guerra total, se ponía de manifiesto de forma desgarradora en este episodio. Sin embargo, vale la pena destacar que por esa misma naturaleza el alcance de la batalla de Teruel desbordó con mucho el espacio geográfico comprendido al sur de la provincia, implicando un área muy amplia que participó de forma directa o indirecta en el desarrollo de los acontecimientos. No es casual que por aquellos días también hubieran sido bombardeados por los rebeldes sendos objetivos estratégicos, como eran la gasolinera y los depósitos de combustible de Valencia, una ciudad y toda su región circundante que participaban de lleno en el esfuerzo de guerra del frente turolense gracias a la carretera y el ferrocarril de Sagunto. Aquellas vías de comunicación no solo aportaban constantes refuerzos humanos, armamento y víveres vitales para las tropas que combatían al sur de Aragón, como mostraba el convoy que había llegado a Sarrión-Teruel el día 22 de enero, sino que además habían sido el eje más transitado para la evacuación de refugiados civiles. Más al norte también habían sufrido sobremanera Alfambra y Perales del Alfambra, nudos de comunicaciones y centros logísticos vitales para el abastecimiento de las tropas desplegadas al norte de Teruel. Los pajares y la parte del castillo del primer pueblo servían como polvorines para municiones y material de guerra orientados especialmente hacia el Campo de Visiedo. De ahí que otro de los ejes en torno a los cuales había pivotado el despliegue republicano durante la batalla de Teruel fuera Alcañiz, que por entonces estaba a unos 65 kilómetros en línea recta del frente de Zaragoza y a 118 de Alfambra.[\[29\]](#) Por la capital del Bajo Aragón había pasado una parte importante de los refuerzos procedentes de esta área de reposo para la tropa dentro de la retaguardia gubernamental, así como también de la propia Cataluña.

Lo que está claro es que a finales de enero los servicios de inteligencia

rebeldes estaban especialmente interesados por el número y características de los efectivos acantonados en el Campo de Visiedo y el Altiplano, que era precisamente el área escogida por el mando sublevado para dar el golpe que acabara de encauzar a su favor las operaciones en el frente de Teruel. Sin lugar a dudas, la elección de ese sector como escenario de su próxima ofensiva estaba apoyada en los informes de inteligencia, que ponían de manifiesto hasta qué punto los esfuerzos republicanos se habían concentrado más al sur. Efectivamente, esta se centraría en una franja de terreno que dibujaba una curva de unos 45 kilómetros en la zona norte del frente de Teruel, desde Portalrubio hasta Bueña, previendo una penetración que debía llegar hasta Argente y Visiedo al oeste, donde había desplegadas varias baterías antiaéreas; y Perales del Alfambra y Fuentes Calientes, más al este. En Pancrudo, primer obstáculo a batir antes de alcanzar Perales del Alfambra, había un par de batallones; un poco más al este, Cervera del Rincón con solo un batallón era el obstáculo antes de Fuentes Calientes, donde además había un polvorín importante situado en La Fuentepicada, un kilómetro y medio al este de la población; por lo demás, eran pocos los refuerzos que podían enviarse desde la vecina comarca de las Cuencas Mineras. Mientras tanto, poco más de 40 kilómetros al sur una operación simultánea debía partir del norte de Celadas para asegurarse la línea dibujada por el valle del río Alfambra, desde la población homónima hasta la confluencia de la carretera de Alcañiz-Teruel con la de Teruel-Cedrillas. De este modo se pretendía embolsar a las tropas republicanas destacadas en Sierra Palomera, que habían constituido una amenaza constante para las líneas de comunicación del ejército sublevado en torno a la capital del Aragón meridional. Sin embargo, tal era el grado de infiltración de las redes de espionaje rebeldes en el entramado militar republicano que aún se esperaba contar con informaciones más exactas sobre la situación en Teruel.[\[30\]](#)

Por su parte, otro informe de inteligencia de la 108.^a División, que iba a participar en las próximas operaciones dentro del CEM, revelaba la presencia de hasta 30.000 hombres en todo el territorio al norte de Alfambra, según informaciones procedentes del Parque de Camiones de Intendencia del vecino pueblo de Perales del Alfambra. En ese mismo informe se reconocía que no

estaba muy claro el emplazamiento exacto y la situación de la 11.^a División de Líster, muy maltrecha tras su participación en los combates ofensivos y defensivos de diciembre por la posesión de la ciudad de Teruel. En último término, el confidente concluía que había un importante despliegue militar republicano en todo el Campo de Visiedo —algo que contradecía las informaciones de otros agentes—, pero también que existía miedo y ansiedad entre los mandos por la posible inminencia de un ataque sublevado cuya dirección y objetivos se desconocían.^[31] Sin embargo, la realidad es que las tropas tenían mandos poco capacitados y estaban muy escasas de armamento adecuado para responder a cualquier acometida seria del enemigo, tal y como pronto comprobarían las tropas rebeldes.

[1] Desde un punto de vista historiográfico, los entresijos que rodearon la construcción de dicho mito fueron analizados por Eloy Fernández Clemente, *El coronel rey d'Harcourt y la rendición de Teruel. Historia y fin de una leyenda negra*, IET, Teruel, 1992. Toda la documentación reunida por Varela para incriminar al coronel al mando de la plaza de Teruel puede consultarse en Blas Vicente Marco y Carlos Mallench Sanz, *¡Liberad Teruel! Diciembre 1937-febrero 1938*. Documentos inéditos sobre la Batalla de Teruel en la Guerra Civil Española del Archivo Municipal de Cádiz (Fondo Varela), Dobleuve Comunicación, Teruel, 2016, pp. 99-149.

[2] «Ejército del Norte. Información del enemigo. Teruel y su frente», AGMAv., 1221, 39, p. 18.

[3] Para los seis últimos párrafos sigo «Cuerpo de Ejército de Castilla. Informes. Teruel. Sobre actuación de Jefes, Oficiales y personal civil, durante el asedio a dicha plaza», AGMAv., 1326, 30, pp. 1-4.

[4] «Estudio esquemático sobre las divisiones...», AGMAv., 1221, 19, p. 5.

[5] Carlos Montenegro, *op. cit.*, p. 166.

[6] Jeremías Hernández Carchena, *op. cit.*, pp. 68-69. En este caso, tal y como reflejan los editores, el piloto impactado sobrevivió saltando en paracaídas, aunque sufrió algunas heridas leves (véase n. 40).

[7] James Neugass, *op. cit.*, p. 237.

[8] Para los dos últimos párrafos véase AGMAv., 1221, 38, pp. 22-24.

[9] «Fuerzas enemigas que hasta la fecha han intervenido en las operaciones de Teruel», AGMAv., 2588, 2, pp. 10-11.

[10] «Cuerpo de ejército de Castilla. Partes de Operaciones. Partes de las operaciones en la región de Teruel (Dicbre, 1937 a 31 enero). (Artll^a de C.E. del Sur del Turia)», AGMAv., 1329, 28, pp. 14-15.

[11] «Ejército del Norte. Organización. Justicia: Información sobre comportamiento de la guarnición de Singra», AGMAv., 1211, 86, p. 1.

[12] Jeremías Hernández Carchena, *op. cit.*, pp. 69-70 y «Ejército del Norte. Estadística. Bajas. Nota numérica de las habidas en este Ejército», AGMAv., 1211, 78, p. 39.

[13] «Ejército del Norte. Estadística. Bajas. Nota numérica de las habidas en este Ejército», AGMAv., 1211, 78, p. 39.

[14] No solo eran civiles los que regresaban por Celadas a ver qué había quedado de sus pertenencias, sino también soldados como Jeremías Hernández, que el día 20 de enero bajó con un

compañero, seguramente para entretenerse y ver qué podían rascar. Al ver el paisaje transformado por meses de combates quedó sobrecogido: «El pobre pueblo está todo destrozado; el trigo y centeno, por las eras y tierras». Jeremías Hernández Carchena, *op. cit.*, p. 67.

[15] De hecho, al acabar la guerra sus propietarios regresaron, reclamaron su propiedad y el padre de Silvano Soriano se la devolvió sin ningún problema.

[16] Para los tres últimos párrafos sigo la entrevista con Silvano Soriano Larrea, *cit.*

[17] «CGG. Estado Mayor, 19 de enero de 1938» y «Telegrama Postal Cuartel General del EdN, 16 de enero de 1938», AGMAv., 2727, 517, p. 81.

[18] Jeremías Hernández Carchena, *op. cit.*, p. 70. Los editores, que han investigado a fondo las vicisitudes narradas por el autor del diario, no han encontrado referencia al episodio de fuego amigo en los partes del día.

[19] «CGG. Estado Mayor, 19 de enero de 1938» y «Telegrama Postal Cuartel General del EdN, 16 de enero de 1938», AGMAv., 2727, 517, p. 41.

[20] *Ibid.*, pp. 41-43.

[21] *Cit.* en Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, p. 186.

[22] Carlos Montenegro, *op. cit.*, pp. 178-202 y Jeremías Hernández Carchena, *op. cit.*, p. 70.

[23] «Movilización, Instrucción y Reclutamiento. Información. Información. Información del enemigo. Influencia de la Batalla de Teruel en la situación del Ejército Rojo», AGMAv., 1946, 3, p. 8.

[24] Este era uno de los pocos diarios alemanes que había conservado cierto grado de autonomía bajo el nacionalsocialismo, por razones propagandísticas de cara al exterior y por el prestigio internacional del propio tabloide, aunque sería vendido ese mismo año a uno de los grandes holdings editoriales del Tercer Reich. Esto explica su análisis de la transformación experimentada por el EP a lo largo del año 1937.

[25] «Movilización, Instrucción y Reclutamiento. Información. Información. Información del enemigo. Influencia de la Batalla de Teruel en la situación del Ejército Rojo», AGMAv., 1946, 3, pp. 19-20.

[26] Se refería al V y el XVIII CCEE.

[27] «XX Cuerpo de Ejército. 67 División. Comisariado, 3 de febrero de 1938», AGMAv., 8, 13, p. 14.

[28] James Neugass, *op. cit.* pp. 251-252. El psiquiátrico ya se encontraba por entonces en el mismo emplazamiento que hoy, junto a la carretera de Zaragoza, pasada la iglesia de Los Franciscanos. Se trata de una zona baja de la ciudad batida por las ametralladoras y la artillería rebelde.

[29] Poco después de acabar la batalla de Teruel, Alcañiz sufrió un brutal bombardeo a manos de la AL el día 3 de marzo de 1938. Véase José María Maldonado, *Alcañiz, 1938. El bombardeo olvidado*, IFC, Zaragoza, 2003.

[30] Para los dos últimos párrafos véase AGMAv., 1221, 38, pp. 22-24.

[31] «Noticias del confidente RC.», AGMAv., 1221, 38, p. 26.

9. LA OFENSIVA DEL ALFAMBRA: LA PREPARACIÓN Y LOS RETOS LOGÍSTICOS DE UNA GRAN OPERACIÓN Y SU EJECUCIÓN SOBRE EL TERRENO. DEL 5 AL 8 DE FEBRERO DE 1938

Así pues, el ejército rebelde proseguía con sus preparativos para la proyectada ofensiva sobre el sector septentrional del dispositivo del EP en el frente de Teruel, que había de iniciarse el día 3 de febrero. A tal efecto se ordenó la creación de un centro logístico de abastecimiento en Calamocha, que habría de nutrir al CEM de todo lo necesario para lanzar las operaciones que le habían sido encomendadas. proyectiles para la artillería, material de fortificación, raciones y servicios de intendencia diversos, así como combustible para vehículos motorizados: todo lo necesario sería concentrado en la capital de la comarca del Jiloca. Sin embargo, también se distribuirían y concentrarían víveres en Torre los Negros, 20 kilómetros al este de Calamocha, para cubrir las necesidades de las divisiones 1.^a, 4.^a y 82.^a; y más al sur, en Monreal del Campo y Caminreal, para abastecer a la División de Caballería del general José Monasterio (1882-1952) y la 5.^a División Navarra de Juan Bautista Sánchez González (1893-1957), que iban a tener un papel decisivo en los acontecimientos que estaban por venir. De hecho, en lo referido a un recurso tan básico como el pan, en torno al cual giraba la alimentación de combatientes y civiles, se ordenaba a las unidades del CEM que se sirvieran en la medida de lo posible de los recursos del terreno, con los problemas que comportaría para la población local. Por lo que se refiere al ganado destinado a ser sacrificado para abastecer a las tropas, este llegaba vivo, que era la mejor manera de garantizar la frescura del futuro alimento, y era concentrado en diversas instalaciones de la zona destinadas a tal efecto, en Báguena, Calamocha y Santa Eulalia. En este sentido, eran los propios servicios de carnización del CEM los encargados del sacrificio y despiece.

Una vez más, merece la pena detenerse y observar con detenimiento las

disposiciones para la preparación de la ofensiva del Alfambra, sobre todo para ver el enorme reto logístico que planteaban operaciones de este calibre y cómo se repartían los efectivos humanos implicados. En Calamocha debían concentrarse raciones suficientes para 50.000 hombres durante ocho días, cuatro normales y cuatro de emergencia, así como pienso para 4.000 animales; entre Monreal y Caminreal debían reunirse alimentos para 20.000 hombres y 4.000 caballos durante el mismo periodo de ocho días; finalmente, en Torre los Negros debía disponerse de los medios para cubrir las necesidades alimentarias de 36.000 hombres durante seis días, tres normales y tres de emergencia, así como seis días de pienso para 3.000 animales con raciones de dos kilos diarios por bestia. La redistribución de efectivos humanos y unidades para las operaciones sobre el Altiplano y la vega del Alfambra implicaban que en Cella y Santa Eulalia ya no serían necesarias las raciones de 10.000 hombres que hasta ese momento dependían de dichos centros logísticos. Por tanto, el cumplimiento de todas estas disposiciones requería el tendido de nuevas vías muertas en las estaciones, unas instalaciones adecuadas para el almacenamiento, medios de transporte para su distribución, etc. De hecho, al contrario de lo que ocurría en Caminreal, Monreal y Calamocha, al no estar conectado Torre los Negros con Zaragoza por ferrocarril, el transporte desde Calamocha sería cubierto por camiones dispuestos a tal efecto. El personal a cargo de cada una de estas misiones en los puntos previstos lo proporcionarían las propias divisiones desplegadas sobre el terreno, muchas veces procedente de los BBTT y supervisado por oficiales de grado medio. Finalmente, la distribución de agua era otro tema sensible que debía ser planificado y centralizado para garantizar su salubridad y para que llegara a la tropa con regularidad, sobre todo en un territorio relativamente escaso de recursos hídricos como era el futuro escenario de operaciones. En este sentido, se preveía emplazar en Calamocha 1.500 cubas para distribuir las entre las diferentes divisiones y dar satisfacción a sus necesidades.^[1]

Como no podía ser de otro modo, todo este trasiego ponía los pueblos literalmente «patas arriba». Aunque en este caso no se enmarcara en los preparativos para la ofensiva sobre el Alfambra, el testimonio de Joaquina

Atienza sobre la realidad de Gea de Albarracín nos viene muy bien para ilustrar lo que comportaba la presencia de los soldados en los pueblos de la inmediata retaguardia: «Había muchos militares», que sobre todo se alojaron en el Convento de los Carmelitas Descalzos, un inmenso edificio que se encontraba vacío desde la Desamortización de Mendizábal de 1836-37. Era común que los muchachos y las muchachas, curiosos, se acercaran por allí, y «nos llenaron de piojos y miseria». Luego, cuando sus hijas volvían a casa la madre de Joaquina Atienza solía emplear el método habitual: rapar el pelo y cocer la ropa. Sin embargo, muchas veces se acudía por pura necesidad. De hecho, recuerda hacer cola junto a otros paisanos para recibir el mismo rancho que se servía a los combatientes en un puchero que se llevaba de casa. No por nada, Atienza equipara su experiencia con la de otros conflictos armados que ha conocido a lo largo de los años a través de los informativos de televisión, sobre todo en lo que se refiere a la precariedad de la alimentación y el reparto de víveres. En cualquier caso, no recuerda que la presencia de los combatientes generara ningún tipo de conflicto, más bien al contrario. Como es natural entre jóvenes, su paso por el pueblo despertó el interés de las muchachas mayores, y también de los soldados hacia estas: «Salieron muchachas que salieron embarazadas y eso, pero claro, eso son cosas de jóvenes que yo no sé si serían violadas o serían maltratadas. Eso ya no lo sé. Pero que después de la guerra hubo muchos chicos sí». Desde luego, es muy difícil determinar en qué términos se dieron las relaciones entre unos y otras, aunque lo más probable es que respondieran a todas las casuísticas posibles, desde las relaciones voluntarias o consentidas hasta las violaciones.

[2]

Sin embargo, Joaquina Atienza sí que recuerda dos episodios de violencia. El primero, en el que una mujer que iba por el pueblo con su nieta fue asesinada por soldados, aunque no conoce las razones exactas del suceso. El segundo tuvo que ver con el asesinato del estanquero del pueblo, Emilio Fortea Tejero, que por motivos que no he podido esclarecer fue asesinado y su comercio saqueado, a pesar de ser parte de una de las familias pudientes y de orden del pueblo: «Todo lo que había dentro estaba tirado por la calle». Curiosamente, concluidos los hechos un soldado se acercó a casa de los

Atienza Molinos y le dijo a su madre: «“Mire, como vemos que tiene muchos críos”, dice, “le dejamos esta ropa”. Y lo dejó en la baranda de la escalera». Sin embargo, los combatientes no solo se dedicaban a ejecutar estas particulares formas de justicia social, de hecho lo más normal es que agravaran la situación ya de por sí desesperada de los civiles al acudir en cuadrillas a las casas para llevarse consigo todo lo que podían: «Ni recibo ni nada, cogían y se las llevaban: o una oveja, o una cabra, o lo que entonces había, que entonces aquí había mucha ganadería. Y el pan igual se lo llevaban». Tal era la situación que Joaquina Atienza recuerda a su padre atrancando la puerta del corral con dos largas vigas de madera para evitar que soldados o vecinos hambrientos se colaran dentro y se llevaran los animales.

[3]

Vale la pena señalar otra cuestión importante durante aquellos días, y es que para los mandos golpistas era vital el tratamiento que se daba a los aviadores enemigos caídos en territorio propio. Conscientes del número de pilotos soviéticos que combatían en el bando gubernamental, su captura y entrega a las autoridades competentes era clave en las campañas nacionales e internacionales organizadas por los rebeldes para deslegitimar a la República. Antes que nada, su objetivo era demostrar que la Unión Soviética estaba implicada a fondo en el conflicto, algo que reforzaba una visión donde la guerra era presentada como una lucha legítima de liberación, a la par que se acusaba al gobierno republicano de poner al país en manos extranjeras. Algunos como el voluntario británico Peter Kemp, que participaría en la ofensiva del Alhambra, reconocían que habían venido a España bajo la convicción de que «si los rojos triunfaban —lo cual era inconcebible—, el comunismo dominaría en España, pasando después a Francia. ¿En qué situación se encontraría Inglaterra entonces?». [4] He aquí pues una buena prueba de que las campañas de propaganda en el exterior estaban funcionando. Por eso mismo, pocos días después de retomar Teruel un telegrama del propio Franco dirigido a Dávila en tanto jefe del EdN señalaba las irregularidades habituales en el proceso de detención de los aviadores republicanos, que eran desposeídos por sus captores de todo lo que llevaban consigo, pertenencias y documentación. Evidentemente, lo que preocupaba

en el CGG no era la integridad y el bienestar de los pilotos enemigos, sino poder allanar lo más posible el camino «para la labor a desarrollar con los prisioneros aviadores y que han dado excelentes resultados para los fines de propaganda ante el extranjero y para la administración de una estricta justicia». Por eso mismo se pedía que se comunicara de inmediato el emplazamiento de los restos del impacto de los aviones caídos en la retaguardia, y también que los pilotos fueran enviados a Salamanca con toda la documentación, dinero y objetos que portaran consigo.[5]

Por lo demás, existe un documento sin fecha del ejército rebelde, si bien con toda seguridad es justo anterior a la ofensiva del Alfambra, donde se reestructura y amplía la organización de la sanidad y el sistema de evacuación en la zona norte del frente de Teruel de cara a la ejecución de su ofensiva sobre dicho río. Esto afectaba de norte a sur al frente y la retaguardia en la zona comprendida entre Monreal del Campo y Daroca, ya en Zaragoza, pasando por Caminreal, Fuentes Claras y Calamocha. Nada de esto era casual: todas estas poblaciones estaban situadas en la vega del Jiloca, con importantes hospitales de campaña y evacuación, estaban unidas por el estratégico ferrocarril que unía la capital aragonesa y Calatayud con Teruel y además eran los puntos donde se hallaba acantonado el CEM. La reestructuración también afectaba a toda la línea del frente que iba de oeste a este siguiendo lo que hoy es la N-211 y enlazando sendos puestos de socorro en Cosa y Portalrubio con Caminreal. El documento en cuestión nos permite aprehender las dificultades logísticas inherentes al diseño y preparación de una operación militar de gran calado como la que permitió al ejército sublevado tomar la margen derecha del Alfambra en apenas cuatro días. De hecho, el CEM habría de adentrarse casi veinticinco kilómetros al sur en territorio republicano para alcanzar su objetivo: Perales del Alfambra. En este sentido, quedaba establecido que fuera el jefe de sanidad de dicha formación el encargado de gestionar el traslado de los heridos entre la zona de combate y los hospitales de campaña, con la ayuda de los responsables a cargo de los puestos de socorro en Cosa y Portalrubio. Esto implicaba que los servicios de *ambulancias* hubieran de llegar a cubrir más de cincuenta kilómetros desde las vanguardias más avanzadas hasta los primeros hospitales de retaguardia,

muchas veces por terrenos abruptos, cubiertos de nieve o embarrados, en condiciones sumamente precarias y con heridos de suma gravedad.

Que se esperaba una resistencia más encarnizada y combates más difíciles de los que se registraron queda bien probado por el hecho de que se ordenara la ampliación del hospital de campaña de Daroca a 500 camas, cuando por aquel entonces contaba con solo 130. Y al hablar de una operación logística de tal magnitud en un país como España, con escasos recursos, no solo hay que pensar en las dificultades para encontrar edificios y alojamientos adecuados desde el punto de vista sanitario, sino también en los problemas para movilizar los recursos necesarios para asistir a los heridos. Aquí, como en toda guerra total, entraría mucho en juego la improvisación y tendría un papel omnipresente la precariedad. En muchas ocasiones, la primera víctima de las necesidades militares era la población civil, sometida a un expolio constante de pequeña intensidad, no ya por los hurtos que pudieran cometer los combatientes acantonados en sus localidades, sino a causa de las incautaciones y requisas. El propio documento era muy claro al respecto: las salas de evacuación y hospitales debían estar dotadas de estufas, «procurándoselas por medio de requisas», algo que dejaba en una situación muy difícil a los paisanos afectados en medio de un invierno tan extremadamente riguroso como aquel. Por supuesto, evitar un eventual colapso del sistema sanitario del EdN a causa de las exigencias de los próximos combates pasaba por que «los hospitales de campaña evacuaran diariamente a retaguardia el mayor número posible de hospitalizados para dejar libres las plazas». Y aquí cobraban una importancia clave los ferrocarriles, que circularían dos veces al día desde Zaragoza a Cella y a Monreal, respectivamente, descargando en la capital aragonesa a los heridos de la batalla que estuvieran en condiciones de viajar. Finalmente, también quedaba establecida la organización para la evacuación y enterramiento de cadáveres, de tal manera que fueran centralizados en el cementerio de Caminreal siempre que fuera posible, dotando el camposanto a tal efecto con un capellán y un *fakir*, que asistiría a los muertos de origen musulmán.^[6]

Ya el día 30 de enero había quedado definido el orden de batalla para la proyectada ofensiva. En un principio había de tener lugar el día 3 de febrero,

pero tuvo que ser pospuesta hasta en dos ocasiones debido a la espesa niebla que se hacía presente hasta bien entrado el día dificultando la visibilidad. La reordenación de fuerzas había establecido que bajo el mando del CEM quedaban las divisiones 1.^a, 4.^a, 82.^a, 105.^a y 108.^a; por su parte, el CEG mantenía a sus órdenes la 13.^a, la 84.^a y la 150.^a, al tiempo que sumaba la 83.^a; finalmente, el CEC quedaba reducido a las 61.^a y 81.^a divisiones, a las cuales había que añadir la 54.^a y elementos de la 52.^a. Mientras tanto, la 5.^a División de Navarra y la División de Caballería del general Monasterio permanecerían en la reserva. Sin embargo, las zonas de operaciones cubiertas por cada CE sufrieron cambios más notables. De este modo, el CEC pasó a cubrir toda la línea del frente comprendida entre las alturas al oeste de Villaspesa y el entorno defensivo de las alturas que rodeaban El Muletón, donde se mantendría en actitud defensiva cubriendo las operaciones que se desarrollaban más al norte. Por su lado, el CEG se haría cargo de todo el sector comprendido entre el Barranco de las Gilochas, medio kilómetro al norte de El Muletón, y «la línea imaginaria que une Singra (incluido)» y Camañas, ya dentro de la futura área de operaciones. En esta población, a 14 kilómetros del frente, se marcaría la separación del ámbito de actuación del CEM con el del CEG, dibujando el primero un extenso arco que pasaría por Rubielos de la Cérida y acabaría al este de Portalrubio. Por último, las reservas quedaban estacionadas en la zona septentrional del dispositivo, en previsión de que pudiera ser necesario apoyar al CEM en el curso de las operaciones. Concretamente, la 5.^a División de Navarra fue situada entre Monreal del Campo, Villafranca del Campo, Bueña y Rubielos de la Cérida, mientras que la División de Caballería, de la cual hablaré muy pronto, quedó desplegada en diferentes poblaciones comprendidas entre El Poyo del Cid y Caminreal.[\[7\]](#)

A lo largo de la batalla de Teruel las deserciones ocurrieron en ambas direcciones. Buena muestra de ello es que el 4 de febrero, segundo día consecutivo en que quedaba suspendido el inicio de la ofensiva del Alfambra, cinco desertores de la 16.^a Bandera de la Legión se pasaron a las líneas republicanas por la zona del frente en Rubielos de la Cérida, 14 kilómetros al sureste de la retaguardia sublevada en Caminreal. Como venía siendo

habitual en dicho cuerpo, esta unidad había sido creada, encuadrada y preparada durante el pasado mes de octubre en Talavera de la Reina; desde allí había sido enviada al frente de Teruel a mediados de enero de 1938, integrada dentro de la 5.^a División de Navarra y como parte del CEM. Por tanto, había de tomar parte clave en las operaciones de primeros de febrero para alcanzar la margen derecha del río Alfambra desde Perales hasta Teruel. [8] Uno de los que participaron en la deserción fue Eugenio Calvo (1915-?), un antiguo minero vasco de Ortuella (Bizkaia) que había combatido contra las fuerzas sublevadas en el frente norte desde el estallido del golpe en julio del 36. Merece la pena dar cabida a su experiencia porque no solo nos revela la heterogeneidad dentro de las unidades que combatieron en la guerra civil, sino también cómo podía organizarse y originarse una deserción y qué motivaciones podían existir para asumir el riesgo que implicaba algo así, entre muchas otras casuísticas posibles.

En su caso, Calvo había quedado sitiado a finales de agosto de 1937 en Santander junto a su batallón de comunistas vascos. Como muchos otros, consiguió cruzar las líneas enemigas, alcanzar Bilbao y esconderse allí, donde se le presentó el dilema: exiliarse o buscar una alternativa. Finalmente decidió alistarse en la oficina de reclutamiento de la Legión en Bilbao, para tratar de pasarse a las líneas republicanas a la menor ocasión. Ya durante el periodo de adiestramiento en Talavera de la Reina Calvo entró en contacto con los otros cuatro futuros desertores, tanteándose mutuamente hasta descubrir que eran afines en su modo de pensar. Todos ellos eran originales del norte: un comunista santanderino, un cenetista de Logroño y un maestro de escuela vasco. Por si fuera poco, y como solía ser habitual dentro de las unidades militares que utilizaban personal «reciclado» o de dudosa procedencia, la vigilancia sobre ellos y las suspicacias que despertaban habían llevado a su sargento a afirmar que en el frente «tendremos que vigilar más a esta pandilla que a los rojos». Sin embargo, eran muchos los que se habían unido voluntariamente a la Legión por el simple hecho de que la paga y el rancho eran mucho mejores que en las unidades de conscriptos. [9] De hecho, si todavía no eran suficientemente conscientes del peligro que entrañaba la decisión que habían tomado pocos días antes de pasarse a las

líneas republicanas habían sido ejecutados por ese motivo otros cinco legionarios, también originarios del norte de España. Como prueba de los métodos utilizados para cohesionar a la unidad y disuadir a los que no estuvieran comprometidos con la causa...

[...] tuvimos que desfilar junto a los cadáveres. Muchos legionarios veteranos y falangistas escupieron sobre ellos. Más tarde el maestro de escuela me reprochó que no hubiese hecho lo mismo, por no haberme comportado con más cautela. Pero no podía escupir sobre los cadáveres de hombres como yo...

Así pues, para llevar a cabo su objetivo la tarde del día 3 se acercaron a primera línea con dos botellas de anís que les sirvieron para confraternizar con un regimiento de canarios desplegado a dos kilómetros. De hecho, este trasiego e intercambio entre unidades vecinas es algo común a cualquier guerra de posiciones, con lo cual no podía despertar ninguna sospecha. Con la excusa de acudir a comprar tabaco, después de charlar un rato y compartir experiencias de guerra, por supuesto falsas en el caso de los legionarios, consiguieron ganarse la confianza de sus interlocutores. Fue Eugenio Calvo quien «preguntó al sargento dónde tenían sus posiciones “los hijos de puta”», refiriéndose a los republicanos, tras lo cual recibió prolijas explicaciones sobre las líneas enemigas. Cuando llegó la noche se despidieron e hicieron el amago de volver a su unidad, pero al quedar fuera del campo de visión de los centinelas se dirigieron hacia el punto de la línea que según sus valoraciones y las indicaciones que habían recibido parecía el más adecuado para realizar la intentona de pasarse. No obstante, al atravesar la alambrada fueron detectados y quedaron bajo el fuego de los centinelas del ejército sublevado, que alcanzaron al maestro vasco en el glúteo. Llevado a hombros por el minero asturiano, los cinco fugitivos se adentraron a tientas en la tierra de nadie, totalmente desorientados, y tras pasar «la noche al raso, perdidos y temerosos de ir a parar otra vez a las líneas nacionalistas» consiguieron alcanzar las líneas republicanas. Sin embargo, el peligro no acabó al llegar hasta ahí. En ese momento había que convencer a los centinelas del otro lado de que su deseo de pasarse era real y que su presencia allí no era una argucia para desatar un golpe de mano o un asalto cogiendo a las defensas con la

guardia baja, más en unos días en que se sabía inminente la ofensiva enemiga. Ronald Fraser daba cuenta de la tensión y la ansiedad del momento según el testimonio de Calvo:

Hacía un frío espantoso. Al amanecer, con una pequeña granada italiana en cada mano, se acercaron a unas trincheras que vieron ante sí: «¡Camaradas! ¡Viva la república!». Apareció un soldado, luego otro... Pero no contestaron al grito. Se limitaron a hacer gestos indicándonos que nos acercásemos. No sabíamos en qué bando estábamos. Con las granadas escondidas en el puño cerrado y las manos en alto, empezamos a avanzar. Los soldados se acercaron a la alambrada, con los fusiles en posición de hacer fuego. Seguían sin decir nada. Yo trataba de distinguir las insignias. A 30 metros todavía no podía verlas claramente. De repente, sin poder aguantar más, eché a correr hacia delante. Estaba dispuesto a vender cara mi vida. No quitaba la vista de las insignias. Cuando llegué casi junto a ellos vi que no nos habíamos equivocado. Eran soldados republicanos, catalanes para más señas. No sabían una palabra de castellano ni nosotros de catalán. Les entregamos las granadas y buscaron a un oficial que hablaba un poco de castellano.

Desde luego, el testimonio refleja una situación que podía haber acabado en tragedia, tanto por la reacción desesperada del propio Calvo, que podría haber sido malinterpretada, como por el choque idiomático, que revela los límites del proceso de nacionalización en España bien entrado el siglo xx. El caso es que llevados ante el mando dieron cuenta de toda la información relevante que conocían y que habían memorizado a conciencia durante aquellos meses, amén de los planes de ofensiva rebeldes para el día 5. Pues bien, no solo no se adoptaron medidas relevantes para reforzar el dispositivo defensivo republicano, en franca inferioridad frente a lo que se les venía encima, sino que además los pasados fueron trasladados a Madrid, donde se les interrogó sin concesiones. Finalmente fueron liberados, y en Barcelona se les comunicó que serían destinados a las unidades del EP desplegadas en Andalucía. Solo Calvo siguió adelante en su defensa de la República, el resto de sus compañeros, como muchos otros llamados a quintas, decidieron tomar el camino de Francia y escapar de aquella guerra que tanto sufrimiento les había costado.[\[10\]](#) De hecho, ese día también hubo otros pasados por el sector de la 1.^a División de Navarra, frente a Alpeñes, tal y como destaca un informe del comisario político de la 42.^a División del EP, Pedro López Calle

(1902-1977), elaborado el día 11 de febrero. De hecho, este señala que tanto él como otras autoridades políticas y militares acudieron de urgencia a Alfambra para dar cuenta a José Balibrea Vera (?-1970), jefe del XIII CE, a cargo de coordinar todas las unidades de Sierra Palomera y el Altiplano, para ponerlo al corriente de lo que se venía encima y esperando que se tomarían las medidas oportunas.[\[11\]](#)

La realidad del frente republicano previo a la batalla queda probada en este mismo informe, donde Pedro López Calle detalla que la 42.^a División, encargada de guarnecer buena parte del inmenso arco comprendido entre Portalrubio y Celadas, estaba por entonces «en plena reorganización» e incompleta, tanto por lo que respecta a los batallones como en lo referido a los efectivos que componían estos. Además, señalaba López, «no había alambradas»; no se había organizado una defensa en profundidad, con lo que se carecía de una segunda línea a la que poder acudir en caso de necesidad; y, por último, los puestos de vigilancia a duras penas cubrían bien todo el frente, amén de la escasa calidad de los atrincheramientos, de apenas medio metro y sin refugios frente a bombardeos. Parece que el XIII CE, encargado de coordinar a todas las unidades emplazadas frente al valle del Jiloca y en el Altiplano, conocía perfectamente la situación. También sabía de la escasa capacidad de respuesta en cuanto al armamento pesado y semipesado disponible, así como de su manifiesta falta de calidad, hasta el punto de que se había retirado el único cañón antitanque disponible y los combatientes, con sorna, decían tener cinco ametralladoras buenas, que eran las que se encasquillaban tras cinco minutos haciendo fuego. Hasta el armamento ligero estaba inútil en buena parte, con 200 fusiles inservibles en el caso del batallón 244, sin que llegaran a reemplazarse a pesar de las promesas en ese sentido, por no hablar de los problemas habituales debidos a los diferentes calibres empleados por una misma unidad. Y al parecer, todos los esfuerzos del XIII CE por ordenar mejoras en las fortificaciones con el envío de batallones de zapadores que pusieran remedio a algunas de las deficiencias fracasaron por el trabajo superficial de estos, obligados a ir de un sector a otro en una extensión de 50 kilómetros. Para más inri, cuando llegaron las ametralladoras y morteros prometidos por el mando, unas no llevaban las

cintas necesarias y los otros carecían de la munición adecuada.[\[12\]](#) Dada la vulnerabilidad general del frente no es de extrañar que este saltara por los aires al primer embate de una masa de combate como la dispuesta por los rebeldes en la ofensiva del Alfambra.

Por lo demás, las quejas que atravesaban el informe del comisario de la 42.^a División revelaban que todas estas carencias habían sido advertidas tanto por sus antecesores en el cargo como por él mismo, tras posesionarse de este el día 20 de enero. Los problemas que experimentaron para darles resolución ponen de manifiesto las estrecheces y las dificultades en que operaba el EP, además de las rigideces de cualquier organización militar. Obligados a improvisar para hacerse con la munición necesaria para los cañones de la 59.^a BM, desplegada al norte de Celadas, se saltaron los conductos oficiales, que hasta entonces habían ignorado todas sus peticiones. Sin embargo, el parque de munición de Valencia no solo se negó a suministrarlos fuera de la cadena reglamentaria, sino que la manera de actuar de los mandos les valió una amonestación oficial por intentar saltarse los trámites. Por si esto fuera poco, apenas se informó de las reservas disponibles, ni tampoco existió la coordinación necesaria entre los mandos del sector para poder solicitar su concurso o determinar con claridad quién estaría al mando de las unidades de refuerzo en caso de que hubieran de entrar en acción. Por último, los mandos de las divisiones desplegadas en primera línea no se consideraban a sí mismos capacitados para la misión que se les había encomendado, así se lo había confesado el comandante de la 42.^a División, Julio Michelena Lluch, un hombre ya entrado en años y aquejado de problemas de salud. Al menos, tenía una opinión favorable de los jefes de las BBMM y los batallones que integraban estas, por mucho que estaba claro que la cadena de mando no funcionaba y que la división carecía de hombres enérgicos al frente.[\[13\]](#)

Sin embargo, las tremendas exigencias de la batalla de Teruel no solo tensaron las costuras del EP, sino también del ejército rebelde. Buena prueba de ello la encontramos en las quejas del Cuerpo de Ejército de Navarra (CEN), encargado de cubrir un sector del frente que iba desde los Pirineos Centrales hasta la línea al sur del Ebro. Enviar un número suficiente de unidades para combatir con éxito al EP y alcanzar la reconquista de la capital

del sur de Aragón meridional había obligado a sacar refuerzos y materiales de muchos frentes, ya fuera en forma de oficiales intermedios, tropas o unidades completas. Tal era el caso del CEN, comandado por el general Solchaga. Además, su jefe de estado mayor, Luis Serrano, se quejaba de la falta de armamento para equipar de forma adecuada a las unidades y la escasa confianza que le transmitían las tropas de algunas unidades, como el 5.º Batallón de Arapiles, que contaba hasta con un 40 por ciento de efectivos procedentes de la «clasificación más que dudosa» de prisioneros de guerra enemigos.[14] Sin embargo, no todos los problemas de cohesión y disciplina tenían que ver con el *reciclaje* de veteranos republicanos. De hecho, el 14 de febrero de 1938, un poco más al norte del frente de Teruel, el SIPM había recogido rumores e informes que hacían ver el malestar de los vecinos de Cucalón, justo en el límite provincial, y Fombuena, ya en la provincia de Zaragoza, diez kilómetros más al norte. Al parecer, la población autóctona se sentía insegura ante la eventualidad de un posible ataque republicano, dado el escaso ardor combativo y la indisciplina reinante entre los batallones de la 105.ª División encargados de defender el sector en cuestión. El informe era muy contundente, afirmando que los combatientes «se encuentran poseídos del más bajo espíritu militar y patriótico, dándose casos de rebeldía manifiesta en muchos de sus componentes», todo lo cual daba lugar a un constante goteo de desertiones. Tal había llegado a ser la situación que en días precedentes se habían ejecutado castigos ejemplarizantes, aunque no se especifica cuáles, lo cual no había hecho que los soldados cejaran en su «actitud antipatriótica».[15]

Sea como fuere, tras un breve reflujó en los combates durante los últimos días de enero y los primeros de febrero, la ofensiva del Alfambra, tremendo éxito operacional del bando rebelde y debacle absoluta para el EP, se saldó con unas bajas relativamente escasas, al menos teniendo en cuenta la envergadura y ambición de las operaciones. El balance total de heridos y muertos fue equivalente en cada caso al 5 y el 9 por ciento del total de bajas sufridas durante el conjunto de la batalla de Teruel, entre 3.600 y 4.500 hombres, una prueba indudable del efecto sorpresa logrado, pero también de la efectividad alcanzada por las tropas de Franco en aquella operación.[16]

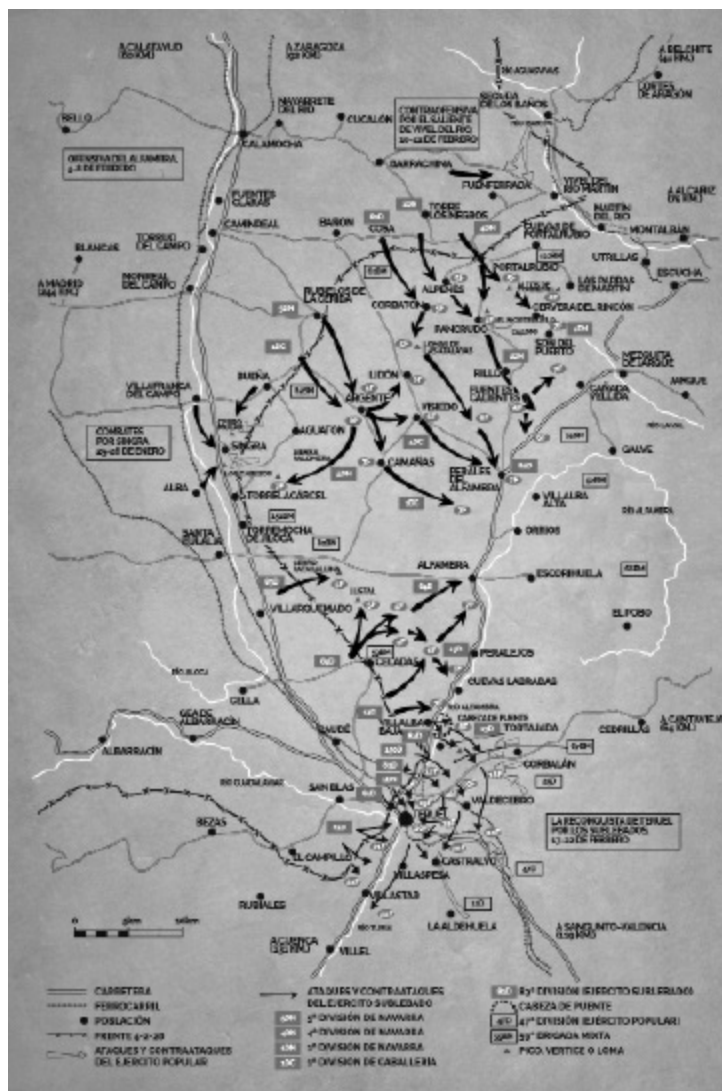
Tal y como reflejan los informes del CTV, el triunfo de las armas rebeldes se explicaba en buena medida por la notable superioridad material y en efectivos de las fuerzas atacantes, pero también por su moral más elevada, que tenía mucho que ver con la frescura de las tropas del CEM, implicado por primera vez en la batalla de Teruel. El británico Peter Kemp, legionario de la 14.^a Bandera de la Legión que actuó integrada en la 5.^a División de Navarra, recordaba que la mañana del día 5 de febrero, que amaneció con «un alegre sol, en un claro cielo azul», los hombres se mostraban contentos por pasar a la acción. A pesar del peligro que siempre entraña entrar en combate, es común esa contradicción de los combatientes, que se moverían entre el miedo y el deseo ante la lucha, sobre todo porque cada nuevo embate contribuiría a romper el tedio de la vida cotidiana en los atrincheramientos y, quizás, a ponerlos más cerca de casa. Así pues, Kemp recuerda los preparativos y la sensación de trance de los momentos previos al asalto:

Dormimos bien, a pesar del frío, levantándonos descansados y alegres en la helada amanecida. Por orden del comandante abandonamos nuestras mantas y capotes, antes de trasladarnos al punto de reunión; solo dificultarían nuestros movimientos durante la batalla, y por la noche volveríamos a recibirlos, junto con nuestras raciones [...].

Mientras permanecíamos en nuestro puesto de reunión, esperando que la artillería y la aviación empezaran el bombardeo, sentí la tensión de las tropas que me rodeaban. Se hablaba en susurros; el entrecocar de las armas sonaba irrealmente fuerte.[\[17\]](#)

Por su parte, en casi todos los casos las unidades más importantes del EP implicadas en la defensa ya habían tomado parte en fases anteriores de los combates invernales por la capital del Aragón meridional, con su consiguiente desgaste después de casi dos meses. El resto de tropas desplegadas en Sierra Palomera y al norte del Altiplano pertenecían a unidades en reconstrucción traídas de otros sectores. De hecho, una semana antes de la operación el servicio de información del CTV había subrayado la «falta de combatividad y de espíritu» de las fuerzas al otro lado de la línea. Tal había sido el caos producido por el fulgurante avance de los rebeldes que no solo se habían capturado numerosos prisioneros, armamento y víveres, sino que además se había puesto en «fuga desordenada a través del

Alfambra» a «algunas brigadas recientemente llegadas y que apenas habían entrado en fuego». Pero lo peor de todo es que todo el flanco derecho sobre el que se sustentaba la posición republicana en Teruel se había derrumbado por completo y de forma irreversible, con la pérdida de Alfambra y Perales del Alfambra. Así pues, las fuerzas rebeldes quedaban en una posición inmejorable para lanzar su último y decisivo ataque sobre Teruel ante un enemigo con la moral por los suelos, completamente dislocado y carente de reservas.[\[18\]](#) Buena muestra del ánimo reinante entre las tropas republicanas queda ejemplificado por las sensaciones que refería James Neugass en su diario durante aquellos primeros días de febrero, quien solo pensaba en los rumores que apuntaban a la próxima concesión de un permiso para los combatientes de la 35.ª División en Valencia. Así pues, en unos casos el problema era la inactividad y en otros el exceso de actividad. Al fin y al cabo, se trataba de hombres destrozados por los últimos combates y agotados hasta el extremo, tal y como consignaba el día 4: «Los soldados han salido por fin de las trincheras decorados con barbas de trinchera y piojos negros de dos centímetros de largo, sucios de grasa y tierra, desgarrados y rasguñados, parpadeando a la luz del sol al haber perdido la costumbre de verla». Así pues, cuando la noticia del relevo y permiso fue confirmada el día 7 de febrero de 1938, en mitad del descalabro del EP ante Alfambra, Neugass solo podía pensar en la posibilidad de descansar, lavarse en condiciones, ponerse ropa limpia, e «igual hago una visitilla a las putas del lugar». Sin embargo, es cierto que no tendrían noticia de lo que estaba ocurriendo en el frente hasta el día 10 de febrero, ya en Valencia, cuando fueron puestos en alerta para volver a Teruel de forma inminente.[\[19\]](#)



Mapa 4. Combates entre finales de enero y febrero de 1938.

Proyectado para el día 3, el ataque fue pospuesto hasta en dos ocasiones a causa de las espesas nieblas, que aguantaban durante toda la mañana sobre el Campo de Visiedo y el propio valle del Alfambra. De haber atacado en tales condiciones no solo habría sido imposible toda acción eficaz por parte de la aviación y la artillería, sino que además se habría puesto en grave riesgo cualquier maniobra de la infantería. Sea como fuere, ya hemos visto que de nada o poco sirvieron las informaciones de los legionarios pasados la mañana del día 4: al día siguiente, cuando se levantó la niebla hacia las 9.30 comenzó la preparación artillera con el apoyo de la aviación, dueña y señora de los

cielos, y media hora después comenzaba el avance del CEM desde sus bases de partida ante Portalrubio, en el caso de la 4.^a División Navarra; Cosa, para el caso de la 1.^a División Navarra; Bañón, para la Segunda Agrupación de la 82.^a División; y Rubielos de la Cérida, en lo que respecta a la 5.^a División Navarra. Sin embargo, de poco sirve un relato que narra simples movimientos de unidades si no conocemos las sensaciones y experiencias de los combatientes encargados de ejecutarlos. De hecho, las narrativas que obvian dicha dimensión de la guerra acaban por dar una visión no ya solo simplista, sino además falsa y deshumanizada, carente de todo valor, donde todo parece funcionar como una maquinaria que opera a la perfección y según lo previsto. La experiencia de los hombres de la 5.^a División de Navarra previa a su entrada en acción es la mejor muestra de que la guerra se caracteriza ante todo por la muerte, el miedo, la improvisación y los contratiempos que enfrentan los combatientes a cada momento. Aquella mañana, tal y como recordaba Peter Kemp en sus memorias, sufrieron un episodio de fuego amigo por parte de su propia aviación tras dos horas de preparación artillera y bombardeos aéreos contra las posiciones enemigas. Merece la pena recoger el fragmento de lo que ocurrió mientras esperaban las instrucciones sobre su misión:

Miraba cómo otra formación de nuestros bombarderos se acercaba [...]. También se reflejó [el sol] en un pequeño objeto que cayó del primer avión, seguido, un momento después, por otros de toda la formación. Solo me llevó un segundo comprender lo que sucedía [...]. Rugí a los hombres de mi sección:

—¡Cuerpo a tierra! ¡Coged los ronzales de los mulos! ¡La cara contra el suelo!

Al caer las bombas vi una llamarada amarilla; un gran surtidor de tierra saltó en la ladera, a cien yardas de nosotros. Me eché al suelo, apretando la cara contra la roca, protegiéndola con los brazos. Un segundo después la montaña parecía desgarrarse entre convulsiones de llamas. La tierra temblaba y el aire estaba lleno de metralla y piedras. Las explosiones nos martilleaban los oídos y desgarraban los uniformes.

La experiencia de guerra de los combatientes sobre el terreno es la única que nos devuelve a la realidad de los conflictos armados. Sus relatos nos muestran hasta qué punto la técnica y la ciencia aplicadas a la guerra, con la elevación del armamento moderno y su desarrollo a los altares como una

suerte de nueva deidad infalible y omnipotente, dependen para funcionar de muchos factores con los que a menudo no se cuenta. En primer lugar, hay que tener en cuenta que los ingenios, aparatos y obuses son fabricados, ensamblados, mantenidos y dirigidos por otros hombres como ellos, falibles en la ejecución de sus misiones y en la interpretación de la realidad, pero también de condiciones atmosféricas como el viento. Desde luego, el armamento de la época estaba muy lejos de contar con la efectividad del actual, que aun con todo tampoco está exento de fallos y errores, como prueba la existencia del eufemismo *efectos colaterales*. Aquel día Peter Kemp y sus compañeros de armas lo vivieron en sus propias carnes, impotentes, enfurecidos y en estado de pánico a causa de la torpeza de su propia aviación, que incluso volvió a redundar en su error:

Luego siguió un horrible silencio. Me puse en pie, ensordecido y sacudido por las explosiones, cegado por el polvo que flotaba a todo nuestro alrededor. Gradualmente cesó el zumbido de mis oídos y empecé a oír los gritos y quejidos de los heridos, y los relinchos de los animales asustados o maltrechos y también el rugido de furia e indignación de la tropa. Al aclararse la nube de polvo vi que la mayor parte de las bombas habían caído entre nosotros, toda una división reunida sin protección en aquella ladera, donde el suelo rocoso daba mayor fuerza y poder destructivo a las explosiones [...]. Empezaba a examinar los mulos cuando nuevos gritos me hicieron mirar otra vez al firmamento. Los bombarderos regresaban, en perfecta formación. «¡Dios mío!», pensé, «¡No pueden volver a hacerlo! ¡No permitas que lo hagan, Dios mío!» [...]. Algunos soldados empezaron a correr en todas las direcciones, por la ladera de la montaña, en suicida intento de escapar de aquel infierno.

—¡No os mováis! —grité a mis hombres— ¡Cuerpo a tierra y sostened los roncales de los mulos!

Aquellas bombas tardaron una eternidad en caer. Sin darme cuenta, empecé a rezar para no ser alcanzado, o, por lo menos, no quedar mutilado para siempre.

Entre los hombres que mandaba en su sección de morteros no hubo que lamentar muertos o heridos, pero sí que recuerda tantear el terreno aturdido y con las piernas temblando tras el pánico provocado por las bombas que estallaban a su alrededor. Uno de los soldados a su cargo sufrió tal grado de colapso y ansiedad que hubo de ser retirado, seguramente afectado por una neurosis. En el conjunto de la bandera el episodio se saldó con dos muertos y tres heridos, además de dos mulos muertos y alguno que otro herido, uno de

los cuales siguió sirviendo a lo largo de los dos días siguientes «sin dar señales de dolor o cansancio». Sin embargo, el balance total para el conjunto de la división era desolador, con más de 500 bajas que incluyeron 156 muertos: «La montaña parecía un matadero de pesadilla, en el que caballos destripados, tiras de carne humana y ropas, miembros amputados y equipos destrozados, aparecían por todas partes».[20] De hecho, el infierno vivido por una parte de la infantería contrasta con la tranquila cotidianeidad de los artilleros como Jeremías Hernández, que apoyaba el avance de la 5.ª División de Navarra desde el Cerro de Santa Bárbara de Celadas. Su resumen de aquel día 5, aparte de las apuestas que hacía con sus compañeros sobre el comportamiento que tendría la niebla a primeras horas de la mañana, es que «tirábamos a la caída de Sierra Palomera [...], a las dos de la tarde suben nuestros tanques y los infantes, se toman las alturas y sin novedad». Sin embargo, no tuvo noticia del desgraciado episodio sufrido por Kemp y sus compañeros, una buena muestra de hasta qué punto varía la experiencia de guerra dependiendo del punto de vista.[21]

Más al sur, el CEG se lanzó al ataque contra las posiciones republicanas al norte de Celadas, con las divisiones 83.ª y 84.ª empujando en dirección a Alfambra. Por su parte, los éxitos del CEM durante aquel día fueron tan fulminantes que la propia posición de la 151.ª BM de la 42.ª División del EP, desplegada en toda la línea frente a Singra y Santa Eulalia, se hizo desesperada, corriendo el riesgo de verse copada por no ser consciente de la gravedad de la situación al sur y al norte. Los combatientes republicanos habían visto movimiento en el aire y habían sido bombardeadas, hasta el punto de que esperaban un asalto por parte de la 85.ª División que no llegó a darse, ya que su misión era simplemente fijarla allí mientras avanzaban el resto de unidades por sus flancos. Algo parecido le ocurrió a la 82.ª BM de la 40.ª División del EP, desplegada entre Rubielos de la Cérida, Bueña y Singra. La experiencia de Joaquín Silvestre, Chimo el de La Aldehuela, recogida por Pompeyo García, da buena cuenta de lo que supuso la ofensiva rebelde para los combatientes de esta unidad. Habían participado en la toma de Teruel sin muchos sobresaltos, a pesar de estar integrados dentro de la misma división que la 87.ª y la infortunada 84.ª BBMM, pero desde entonces fueron

desplegados en la zona de Aguatón, donde sus hombres vieron pasar sin pena ni gloria el mes de enero. Sin embargo, durante los primeros días de febrero se barruntaba algo en el ambiente a la vista de los aviones de reconocimiento rebeldes que surcaban una y otra vez los cielos por encima de sus posiciones. Con todo, Pedro López Calle, comisario de la 42.^a División desplegada entre Singra y Celadas, reconocía que creían, según las informaciones, que el único sector que sería atacado era el comprendido entre Cosa y Portalrubio, cubierto por la otra BM de dicha división, la 61.^a[\[22\]](#) El día 5 de febrero, nada más levantarse la niebla durante las primeras horas de la mañana, el cielo apareció cubierto de aviones y una lluvia de plomo comenzó a machacar sus posiciones: «Nunca hasta entonces habíamos tenido tantos pajarracos sobre nuestras cabezas», decía Joaquín Silvestre, «todo el día estuvimos quietos en la trinchera esperando que nos asaltasen por alguna parte». Sin embargo, lo que estaba ocurriendo en realidad es que estaban siendo flanqueados por la derecha a manos de la 5.^a División Navarra y la División de Caballería de Monasterio. De hecho, lo que más sorprende es hasta qué punto debieron de fallar las comunicaciones aquel día como para que no se enteraran de que el frente se había roto hasta en seis puntos diferentes, tanto al norte como al sur de sus posiciones.[\[23\]](#)

Aquel día 5 la 4.^a División de Navarra alcanzó al sureste los altos de Torrecilla, a medio camino entre Portalrubio y Cervera del Rincón, separados por unos 10 kilómetros de distancia. Este avance debía cubrir el flanco de todo el dispositivo del CEM durante las operaciones, sobre todo de la 1.^a División Navarra, que alcanzó ese día los pueblos de Alpeñés y Pancrudo, este último rebasado con la ayuda de tanques tan solo dos horas después de iniciado el asalto. Allí coincidió con destacamentos de la 4.^a, que había ocupado El Morteruelo, una altura de 1.416 metros situada al noreste de este último núcleo, desde donde pueden contemplarse el Moncayo y el Pirineo aragonés en días claros. En todo ese sector fue donde se concentraron los principales esfuerzos de la aviación y la artillería, implicando hasta cien cañones que debían romper el frente y dislocar la resistencia enemiga. En el centro del dispositivo la 82.^a División avanzó durante ese día sobre Corbatón, alcanzando la loma de Las Atalayas, cuatro kilómetros al suroeste de este

último pueblo y unos tres kilómetros al noreste de Lidón. Al igual que la 1.^a División, la 82.^a había protagonizado una progresión de unos 10 kilómetros y medio, siendo ambas las más exitosas del día, muy favorecidas en su avance por un terreno mesetario con pequeñas ondulaciones. Así pues, aquel día los batallones de la 61.^a BM ya habían quedado completamente cercados, y a pesar de intentar plantear una resistencia desesperada se vieron obligados a replegarse entre cinco y 10 kilómetros más al sur, para establecer una línea defensiva entre los llanos de Lidón-Argente y el pico del Carrascal (1.401 m). Muchos núcleos de resistencia aislados simplemente fueron eliminados sin piedad o tomados prisioneros, ya que no se había tenido más noticia de ellos, como la compañía de ametralladoras del 244.^o Batallón, que tras aguantar su posición durante tres horas fue alcanzada por un obús y literalmente aplastada por los blindados. Algo parecido ocurrió con el 244.^o Batallón. Tal fue el acoso al que fueron sometidos en la huida que al final del día las bajas de la 61.^a BM se cifraban en un 50 por ciento, muchos de ellos mandos intermedios y delegados políticos.[\[24\]](#)

Más al sur, la 5.^a División Navarra y la 1.^a División de Caballería llegaron a las inmediaciones de Argente, unos siete kilómetros y medio al suroeste de donde se encontraban las vanguardias de la 82.^a División. Así pues, no solo se habían topado con los maltrechos restos de la 27.^a División del EP, destrozada tras su frustrada ofensiva en el sector de Singra una semana antes, sino que había quedado deshecha y embolsada la 61.^a BM de la 42.^a Al mismo tiempo, quedaba en grave riesgo, como ya decía, la retirada de la 151.^a BM de la 42.^a División. Kemp no deja constancia de combates o amenazas durante el avance de su división, ya que el enemigo había abandonado sus posiciones y se había replegado ante la lluvia de plomo recibida en las primeras horas de la mañana. El problema vino después, cuando se instalaron en «una desnuda cordillera nevada» al oeste de Argente, donde tuvieron que acampar ateridos por el frío y sin poder encender fuegos por el peligro de ser avistados por la artillería o la aviación enemigas, todo ello tras una jornada de marcha por la montaña. De hecho, la logística falló, algo que no era extraño, y el convoy que debía hacerles llegar su impedimenta, incluidas las mantas y los capotes, no llegaría hasta las primeras horas de la mañana, cuando ya

empezaba a clarear. Como solía ser habitual, esto tuvo consecuencias fatales, llevando a que uno de los hombres de Kemp muriera a causa del frío.^[25] Por su parte, el CEG había complementado las operaciones del CEM en la parte norte del frente de Teruel con el avance de la 83.^a División desde sus posiciones de partida frente a Villarquemado hasta el cerro Patagallina, a solo 11 kilómetros al oeste de Alfambra en línea recta. Se trataba de un avance de unos tres kilómetros, quedando a casi cinco de su objetivo principal, el Cerro de la Mina, algo más al noreste de allí, buena prueba de la mayor resistencia que encontraron las tropas sublevadas en este sector. En paralelo al avance de la 83.^a, más al sur la 84.^a División consiguió penetrar desde sus posiciones de partida al norte de Celadas hasta un arco compuesto por las posiciones del pico Lustal (1.310 m), El Rebollar y Las Majadillas, a seis kilómetros y medio del centro logístico y nudo de comunicaciones de Alfambra.

Parece que la información aportada por los pasados no señalaba la existencia de amenazas en los sectores cubiertos por la 59.^a y la 151.^a BBMM al norte de Celadas. No obstante, tal y como recuerda Pedro López Calle, se había ordenado extremar las precauciones por lo que pudiera pasar. Sin embargo, en este punto fue donde se realizaron los primeros tanteos contra las posiciones republicanas por parte de los rebeldes, que a las seis de la madrugada lanzaron un destacamento de caballería que se estrelló contra las líneas de la 59.^a y fue rechazado. Pero no habría de ser hasta las 8.30 de la mañana cuando comenzara una violenta preparación artillera que destruyó sus parapetos y uno de sus puestos de ametralladora, además de cortar las comunicaciones telefónicas. Así se explica en muy buena medida la falta de coordinación en la defensa y el caos en que tuvo lugar toda la retirada. A ello se unieron tres bombardeos tácticos de la aviación de gran intensidad que hicieron mucha mella en la moral y en la capacidad de resistencia de los defensores, que cerca del mediodía se vieron arrollados por un ataque combinado de infantería y tanques, siendo un terreno muy propicio para estos últimos. Algo más al norte, y casi en paralelo, la preparación artillera y el asalto de la 83.^a División sublevada estuvo dirigido contra el punto donde la 59.^a BM enlazaba con la 151.^a, buscando precisamente romper el frente por sus costuras, que es donde suele ser más débil. Sin embargo, la resistencia de

la posición del Cerro Montero (cotas 1191 y 1174), situada cuatro kilómetros y medio al noreste de Villarquemado, obligó al mando de la división rebelde a reenfoque su ataque hacia el flanco izquierdo de este punto fortificado, por donde consiguió romper y penetrar la línea.[26]

Un factor vital en el éxito de la ofensiva rebelde durante aquella mañana fue la absoluta superioridad aérea, que restringía por completo la movilidad de las tropas republicanas en campo abierto. En momentos críticos como los que vivió la 59.^a BM a lo largo del día 5 esto impidió el despliegue de los refuerzos necesarios para sostener el frente en sus dos flancos. De este modo, lo único que pudieron hacer los mandos fue establecer una segunda línea defensiva cinco kilómetros más al este de las posiciones originales, entre Cerro del Rodal (cota 1313) y Loma Parda (cota 1281), la cual aún resistió hasta la mañana del día 6. Pronto apareció el riesgo de envolvimiento para los combatientes desplegados en Cerro Montero, aislados por un avance de la 83.^a División rebelde apoyado por blindados que consiguió alcanzar el Cerro de Patagallina. Así pues, esa misma tarde los defensores se retiraron hacia La Palomera, de manera que las fuerzas sublevadas se encontraron con una brecha de casi cinco kilómetros entre las BBMM 151.^a y 59.^a, por donde avanzarían a placer al día siguiente hasta la Masía del Ventorrillo, dos kilómetros al sureste. En ese momento se sucederían los reproches entre las unidades republicanas, acusándose mutuamente de haber posibilitado el éxito del enemigo con su escasa resistencia. El caso es que en ese momento se acabó de consumir el envolvimiento de las fuerzas de la 151.^a BM desplegadas en Sierra Palomera.[27] Así lo consignaba Jeremías Hernández en su diario el día 6, concluyendo que aquel «fue un día victorioso para nosotros, aunque hubo mucha sangre [enemiga]; se tomaron todos los reductos de Celadas y Palomera, y el general Dávila tomó doce pueblos».[28] No deja de ser significativo el hecho de que atribuyera los éxitos militares al jefe del EdN, coordinador de los CCEE implicados en la operación, en lugar de utilizar la primera persona del plural o de referirse a la infantería como artífice de aquellos logros, una muestra de la identidad subsidiaria autoasumida por muchos combatientes.

Se estaba llevando a cabo una operación combinada de gran ambición que

cubría un amplísimo frente de unos 50 kilómetros de longitud, algo inusual en todas las ofensivas ejecutadas hasta ese momento en la guerra. De todas formas, el éxito estaba garantizado por el desequilibrio absoluto de los contendientes en cuanto a efectivos humanos y armamento, a lo cual había que sumar la frescura de la mayor parte de las tropas que componían el CEM. El día 6 de febrero sería la confirmación de todo ello, con la toma de Cervera del Rincón y los vértices de San Darve y Pedracho Norte por parte de la 4.^a División de Navarra, que completaba así sus objetivos y ponía bajo el alcance de su artillería la carretera de Teruel-Alcañiz a la altura de Mezquita de Jarque. De este modo quedaba protegido el avance de la 1.^a División Navarra, que a su derecha y en dirección sureste ocupó durante aquella jornada Rillo, Fuentes Calientes, el Pedracho Sur y cortó la mencionada carretera a la altura del El Esquinazo, al sureste de Fuentes Calientes. De hecho, según cuenta Pompeyo García una unidad republicana fue sorprendida por las tropas rebeldes allí, en un túnel de la vía de ferrocarril nonata de Teruel-Alcañiz, viéndose obligada a rendirse. Por su parte, la 82.^a progresó hasta las inmediaciones de Perales del Alfambra, llegando a Los Mases, un avance de casi diez kilómetros que situó a las vanguardias de la unidad a apenas cinco kilómetros del otro nudo logístico y de comunicaciones fundamental de la zona: Alfambra.

Sin embargo, el papel protagonista durante las operaciones de aquel día recayó sobre la 1.^a División de Caballería del general Monasterio, que aprovechó la brecha abierta por la 5.^a División de Navarra para introducirse en la retaguardia enemiga y ocupar las poblaciones de Argente, Visiedo y Lidón. Mientras tanto, la 5.^a proseguía con su avance en dirección hacia Visiedo, al tiempo que las tropas republicanas en Sierra Palomera empezaban a tomar conciencia de que este avance combinado cortaba de raíz cualquier posibilidad de llevar a cabo una retirada ordenada y sin bajas.[\[29\]](#) Peter Kemp recuerda que el día fue tranquilo: «El calor del día y el movimiento insuflaron nueva vida en nosotros; bajo el alegre sol olvidamos las penalidades de la noche anterior». Tal era la situación en todo el frente que «no vimos señal alguna del enemigo; solo el sonido de los disparos en dirección al río Alfambra», donde combatían las vanguardias del CEM y el

CEG. Al final de la jornada llegaron a Visiedo, en el centro de la antigua retaguardia del Altiplano, donde tuvieron un conflicto con una de las pocas vecinas que seguían en el pueblo. Esta anciana, a la que los legionarios le habían robado un pollo, se reía de la supuesta condición de «liberadores» de los sublevados, acusándolos de ser «peores de los rojos». Más allá de estos típicos incidentes que ponían en riesgo la supervivencia de los civiles, el día deparó alguna de esas sorpresas agradables que aparecían de vez en cuando con la ocupación de nuevos pueblos:

El pueblo parecía haber sufrido menos que Argente; unas pocas casas estaban aún en pie, y algunas de ellas se encontraban deshabitadas. Y, lo que fue mejor aún, hallamos el depósito de aprovisionamiento de una de las divisiones republicanas, en el que establecimos guardia, no sin antes haber distribuido múltiples clases de alimentos en conserva, a las diversas compañías.[\[30\]](#)

En aquella batalla, como muchas otras veces antes, la caballería fue desplegada al modo en que serían empleados los tanques un par de años después en el marco de la guerra de movimientos de la Wehrmacht: «Rodear y maniobrar la resistencia sin empeñarse en acciones de frente de gran desgaste y carentes de eficacia» y penetrar profundamente en la retaguardia enemiga sembrando el caos en sus nudos de comunicación o cortando líneas de retirada. La artillería y la infantería debían ser las encargadas de abrir brecha en la línea enemiga, una tarea para la que la caballería, como más tarde los tanques, era en extremo vulnerable. A partir de ahí estos debían explotar sus condiciones de gran movilidad y rapidez, cuyos éxitos serían ocupados y consolidados por la infantería, que avanzaría tras las vanguardias, a poder ser, y para conseguir un mayor grado de éxito, transportada por camiones, uno de los principios de la guerra motorizada.[\[31\]](#) Este último caso no se dio en la ofensiva del Alfambra por la falta de medios, aunque la operación sí que fue paradigmática en lo que se refiere al empleo de las unidades de caballería, hasta el punto que se suele decir que la de los hombres del general Monasterio fue la última carga exitosa de dicha arma en la historia de la guerra.

Por lo demás, un poco más al sur la 84.^a División dedicó el día 6 a reforzar sus flancos antes del asalto definitivo sobre Alfambra, para lo cual

tomó La Carolina (cota 1223), un kilómetro y medio al sur de las posiciones alcanzadas el día 5. A tal fin sirvieron también las operaciones realizadas por la 13.^a División, que partió desde el Alto de las Celadas en un avance de unos seis kilómetros que culminó con la toma de las Lomas de Casares, enlazando con la 84.^a. Desde allí quedaba amenazada toda la vega del Alfambra, se encontraba unos cinco kilómetros al este a la altura de Peralejos. Aquella jornada, una vez más, la superioridad aérea del bando sublevado había sido aplastante, lanzando un total de 120 toneladas de bombas, cifra sin precedentes en lo que iba de guerra. Aunque participaron bombarderos medios con mucha mayor capacidad de carga, vale la pena recordar que los Heinkel 46 de la LC, como el pilotado por José Ramón Calparsoro, podían cargar 100 kilos de bombas. De este modo podemos hacernos una idea de los numerosos aparatos implicados y la cantidad de salidas efectuadas por la aviación rebelde ese día 6 de febrero.[\[32\]](#) El tanquista republicano José Magaña Expósito (1910-2002), que llegó al frente turolense a finales de enero con su unidad de blindados recién formada en la Escuela de Archena (Murcia), recordaba que durante las semanas de febrero «circularíamos con los tanques de un sitio para otros [sic]». Sin embargo, su avance y capacidad operativa se veían dificultadas de forma constante por «la nieve, en las gruesas escarchas que cuando salía el sol se convertían en barro» y el hecho de «ser ellos superiores en aviación, lo que hacía que nos bombardearan constantemente».[\[33\]](#)

Ante tal superioridad de medios, y dado el desgaste y baja moral de la tropa republicana, cualquier tipo de resistencia había sido imposible e inútil, a pesar de ciertos conatos en puntos aislados. En el sector de la 59.^a BM, apoyada por dos batallones de refuerzo de la 74.^a BM, la línea defensiva se sostuvo hasta que las fuerzas de la 84.^a División rebelde penetraron en una brecha entre las posiciones de Loma Parda y Valdecabras-El Cerrillar, separadas entre sí por unos dos kilómetros. En aquel punto los batallones republicanos no habían conseguido enlazar entre sí por los problemas de comunicación ya mencionados, y cuando las fuerzas sublevadas comenzaron a infiltrarse cundió el pánico entre los combatientes del Batallón 233, «iniciando una desbandada que adquirió caracteres muy graves». Lejos del

alcance del puesto de mando en la Masía del Rebollar, tres kilómetros y medio al noroeste, fue imposible organizar una nueva línea. A partir de ahí se derrumbó toda posibilidad de resistencia, con breves tentativas aisladas que iban salpicando el territorio de poniente a levante hasta llegar al Barranco del Espejo con el de la Covacha, a menos de dos kilómetros y medio del río Alfambra. Por si fuera poco, los batallones 234 y 235, desplegados al principio del día más al norte, entre Loma Parda y Cerro del Rodal, tuvieron que retirarse hacia el noreste para no verse completamente rodeados. Así pues, aunque las órdenes eran muy claras en el sentido de no autorizar repliegues, estos vinieron impuestos por la propia fuerza de los hechos.[34]

Por su parte, los soldados de la 82.^a BM fueron conscientes de su desastrosa situación cuando supieron el día 6 de febrero que la caballería comandada por el general Monasterio había entrado en Argente, cortando cualquier posibilidad de retirada. En aquel momento, a pesar de que los oficiales recomendaban calma, comenzó a verse una imagen que, salvando las distancias, acabaría por ser habitual en las grandes maniobras envolventes de la Segunda Guerra Mundial: masas de soldados en retirada que abandonaban tras de sí todo lo que fuera prescindible en la huida para intentar alcanzar la seguridad de sus propias líneas. Así pues, tratando de eludir cualquier tipo de contacto con el enemigo se encaminaron desde Aguatón hacia el sureste, cruzando entre Peña Palomera y el Cerro de la Mina, descubriendo que todas las alturas estaban bajo el control del enemigo gracias a la profunda incursión de la 1.^a División de Caballería, que había barrido todo el Altiplano. Silvestre recordaba la desesperación de decenas de hombres con los que se encontraron en el camino: «No teníamos ninguna salida libre; pero había que jugarse el todo por el todo y atravesar a bombazo limpio el obstáculo que se nos pusiera por delante». Y así lo hicieron, tal y como explicó el comisario Ángel Rodríguez Sarabia, que debió compartir destino con Silvestre y muchos otros, al verse obligados a romper el cerco asaltando un parapeto enemigo, operación durante la cual consiguieron tomar un prisionero que llevaron consigo hasta las líneas republicanas.[35] Silvestre recuerda que «desde todas las colinas y por todas las vaguadas aparecían fugitivos huyendo de un enemigo que lo ocupaba todo. Ya solo podíamos

confiar en las sombras de la noche, aunque también en la oscuridad acechaba el enemigo. Y lo peor es que la caravana que formábamos la totalidad de la brigada se alargaba cada vez más».

En aquella situación era difícil pasar desapercibidos para la aviación, aunque los soldados republicanos seguían buscando la ribera del Alfambra atravesando el espacio entre Camañas y Celadas, que tampoco ofrecía excesivas ventajas a los hombres en retirada dada la relativa regularidad del terreno. Sin embargo, la desordenada retirada fue posible en muy buena medida gracias a la línea defensiva organizada por los restos de la 61.^a BM entre las alturas al oeste de Argente, dicho pueblo y Lidón. Durante el día 6 aguantaron cuanto pudieron, hasta que se vieron desbordados por el fuego de la artillería y la aviación rebeldes y el avance de los tanques y la caballería de Monasterio, que penetraron muy hondo en sus líneas. En ese momento, incapaces de mantener la resistencia, los 500 hombres que restaban se dispersaron sin ningún orden buscando el modo de alcanzar las líneas republicanas más al este, que alcanzaron destrozados la noche del día 6 en los altos que separan Orrios de Alfambra.[\[36\]](#) Mientras tanto, Silvestre y los miembros de la 82.^a BM fueron víctimas de una emboscada al pasar junto al Cerro de la Mina, trece kilómetros más al sur, a manos de la Mehal-la de Gomara, una unidad de tropas marroquíes integrada en la 83.^a División, que había tomado dicha posición aquel mismo día procedente del oeste.[\[37\]](#) «A todos los que iban en cabeza, sin echarles el alto, [los ametrallaron] a mansalva», un modus operandi muy propio de la guerra total, dictado por la deshumanización del enemigo, pero también por la necesidad militar, que parecía invitar a no cargar con los problemas logísticos y administrativos que acarrea hacer prisioneros en el curso de una ofensiva. El sinsentido de la guerra, el miedo atroz y la sensación de abandono protagonizaban cada paso de los combatientes:

Seguimos adelante sin el capitán. Nos retirábamos ya sin jefes y en desorden, mezclados con soldados de otras brigadas. Esa noche [del 6 al 7] se prometía pavorosa. Y lo fue. Ya de madrugada, en un montículo nos dieron el alto y todos nos echamos cuerpo a tierra, dispuestos a vender cara nuestra vida. «¡Somos de la 82!», gritó alguien; «nosotros también», contestaron arriba. Hubo un momento de desconcierto que nos equivocó a muchos, entre ellos a mí. Resulta

que todos éramos de la 82, pero unos de la 82 División franquista y otros de la LXXXII Brigada roja.

Allí hubo algunos que, conscientes de que iban a ser hechos prisioneros en cuanto se descubriera el engaño, atacaron a los rebeldes mientras estos pedían a los fugitivos que se acercaran para comprobar su identidad. Al estar con la guardia baja, muchos consiguieron dispersarse, entre ellos Joaquín Silvestre, que se reunió en su huida con un combatiente de Nules (Castellón) que esperaba de él que lo guiara por el simple hecho de ser aragonés, cuando tampoco tenía mucha idea de dónde se encontraban y de qué modo podían alcanzar mejor las líneas propias. Así fue como en la madrugada y la mañana del día 7, amparados por la espesa niebla que estaba protagonizando los amaneceres de aquel mes de febrero, aparecieron en las afueras de Alfambra, que bordearon al estar ya en manos rebeldes. Muchos soldados en desbandada como ellos se encontraron en la carretera que conducía a Escorihuela, donde «la aviación se cebó sobre nosotros, dejando decenas de cadáveres sobre las cunetas». Finalmente, consiguieron llegar con vida al pueblo después de haber recorrido unos 35 kilómetros a pie en veinticuatro horas, rotos por el cansancio y tras haber dejado atrás a compañeros prisioneros, muertos y heridos. Aun con todo, a punto estuvieron de enviarlos a reforzar el nuevo frente republicano frente a Alfambra, aunque les bastó con contar su odisea para ser eximidos de aquella nueva tortura y ser evacuados a Villarroya de los Pinares.[38] El propio comisario de la 42.^a División, el ya mencionado Pedro López, reconocía que estas «fuerzas cercadas en Sierra Palomera no pudieron desempeñar otra función que la de, aprovechando la noche, filtrarse hacia nuestras líneas a través de las fuerzas enemigas, teniendo para ello en varios casos que entablar combate» en condiciones desesperadas. Y lo mismo afirmaba con respecto a los restos de la 61.^a BM que alcanzaron la zona republicana.[39]

Así pues, el día 7 sirvió para recoger los frutos de un trabajo bien hecho desde el punto de vista estrictamente militar. Por un lado, la 1.^a División de Navarra reforzó su flanco ante posibles ataques procedentes de Cañada Vellida, al este, tomando posesión para ello del vértice de Cañarremondo. Por

su parte, la 82.^a División hizo su entrada en Perales del Alfambra. Mientras tanto, la 5.^a División de Navarra viró hacia el suroeste, realizando un movimiento envolvente de doce kilómetros que culminó en la imponente ermita de la Virgen del Castillo, cinco kilómetros al suroeste de Aguatón. Su objetivo era rodear a «los rotos restos de las fuerzas republicanas» que aún pululaban por la zona, «que no podían ofrecer resistencia, y solo deseaban rendirse lo antes posible».[40] Finalmente, y esto es quizás lo más importante del día, la 13.^a División puso bajo su control diversas alturas clave desde el punto de vista estratégico, pues desde ellas se dominaba todo el valle del Alfambra, desde la población homónima hasta Villalba Baja: Los Valles, dos kilómetros y medio al sur de Alfambra y cuatro al norte de Peralejos; Santa Quiteria (1.121 m.), justo al oeste de Cuevas Labradas, población situada al otro lado del río; y, por último, Cabezo Agudo (1.114 m.), a poco más de un kilómetro al norte de Villalba Baja, donde las tropas sublevadas entrarían al final de la tarde del día 7. Como aclara el comisario de la 42.^a División, ese día ni tan siquiera se planteó seriamente la posibilidad de plantar cara a un enemigo cuyo avance había sido arrollador. De hecho, muy pronto parece que se optó por buscar el amparo de la orilla izquierda del río Alfambra, a la vista de que las fuerzas insurgentes tenían potencial suficiente para empujar en dos direcciones: tanto hacia Alfambra, en dirección noroeste, como hacia Villalba Baja, en dirección sureste.[41]

La precariedad en que se movían las fuerzas contendientes hizo que uno de los abuelos del autor, Segundo Alegre Fuertes (1913-1993), protagonizara una anécdota bastante representativa de las condiciones en que hacían la guerra ambos ejércitos. El caso es que el oficial al mando de la 7.^a Batería del Grupo de Obuses 155 del CEM, Victorián Coarasa Paño (1906-?), se encontraba organizando el despliegue de los cañones en algún punto situado a orillas del Alfambra, posiblemente entre La Losilla y Cabezo Agudo, separados entre sí por unos tres kilómetros y al noroeste de Villalba Baja.[42] En ese momento mi abuelo debió advertir a su superior que la cota que había señalado sobre el terreno para una de las piezas no se correspondía con el nombre referido en las órdenes. Este se giró sorprendido y le preguntó que cómo lo sabía, a lo cual mi abuelo contestó señalando unos terrenos

contiguos, diciendo que eran de su familia y que conocía bien aquellos montes por ser natural de Villalba Baja.[43] En última instancia, este episodio aparentemente insustancial pone de manifiesto varias cosas, entre las cuales cabe destacar la precariedad en que se movían ambos ejércitos, sobre todo por la falta de cartografía adecuada. Ya hemos visto en varias ocasiones hasta qué punto las fuerzas armadas no funcionan con una mecánica precisa. Tanto es así que se basan por lo general en el principio de prueba y error, por eso el diálogo entre unidades y entre miembros de una misma agrupación resulta fundamental, de ahí la importancia del papel jugado por los autóctonos en toda guerra por su conocimiento del terreno.

Por desgracia, la historia de la relación de Segundo Alegre con su pueblo durante la guerra no acaba aquí. Durante los días 7 y 8 de febrero, con la ofensiva del Alfambra ya en sus compases finales, la misión de la 7.^a Batería a la que pertenecía el susodicho, equipada con cañones pesados de 155 mm, no era otra que apoyar a la infantería en su conquista de Villalba Baja, donde entraron al final del día 7 y donde se registraron enfrentamientos aislados durante la jornada siguiente. Primitiva Gorbe, que durante los combates había permanecido en dicho pueblo, era buena amiga de Alegre y recuerda que le contaba una anécdota sobre lo ocurrido aquellos días que relató muchas veces acabada la guerra: «Le dijeron “tira ahí”, y él se quedó así [como perplejo], y entonces el que lo mandaba a él dice: “¿Por qué te quedas así?”; dice: “Porque me manda usted tirar donde están mis padres”. Y entonces dice que le mandaron tirar a la boca del túnel» del tren nonato de la línea Teruel-Alcañiz, donde se refugiaban buena parte de los civiles. Gorbe proseguía diciendo que «claro, sus padres vivían arriba, y entonces le dijeron “tira un poco más a la izquierda” o lo que fuera, y tiró y cayó frente al túnel, y allí mató a un hombre de allí del pueblo. Domingo se llamaba, y le decían el Tío Cascarullas».[44] Como recompensa por sus servicios tras indicar el emplazamiento correcto de la batería, y suponemos que también por no haberse negado a disparar contra su propio pueblo, según contaba obtuvo un permiso de su superior para bajar a ver a los suyos en alguno de los días sucesivos, antes de que la población fuera evacuada a Alba.[45]

Parece ser que hubo episodios de tensión, violencia y saqueos cuando

tuvo lugar la toma del pueblo, que estuvo a cargo de la 13.^a División, conocida como *la de La Mano Negra* por su particular distintivo. No por nada, se trataba de una de las unidades de choque del ejército rebelde, utilizada por lo general en los escenarios y situaciones más comprometidas. Es posible que el hecho de encontrarse con una resistencia inesperada en torno a Villalba Baja, después de la tranquilidad con que habían transcurrido las operaciones por el Alfambra, pillara por sorpresa a los combatientes rebeldes, con la consiguiente rabia y frustración por las bajas. Tal y como suele ocurrir en casi cualquier conflicto, los que pagaron la tensión del combate fueron los civiles, en este caso en forma de abusos físicos y verbales o robos. También pudo tener que ver el hecho de que más de la mitad de sus efectivos fueran legionarios y tropas coloniales reclutadas en el norte de Marruecos. Al fin y al cabo, estas arrastraban un fuerte desgaste después de más de un año y medio de guerra y de las propias exigencias de la campaña de Teruel, tal y como he señalado en capítulos precedentes. De hecho, como sabemos por otros testimonios y como suele ser habitual en la guerra, el alcohol corrió a raudales entre la tropa haciendo las funciones de un ansiolítico. Así pues, en opinión de Primitiva Gorbe, «cuando entraron los nacionales aún fue peor *pa* todos» que hasta entonces, recordando su entrada en el pueblo como «una *avalanchada*», hasta el punto de que ella estuvo a punto de perder la vida:

Entraron, se llevaron de la bodega la cómoda con todas cosas, el dinero que había enterrado mi padre en la tierra [...] abrieron los cajones y todo aquello que había se lo llevaban. Y yo pues les diría alguna cosa de que se fueran de allí o lo que sea. El caso es que aún lo veo: me coge uno y me *preta* ahí contra unas puertas con el fusil apuntando: «¡Es que te mato, es que tú eres roja, es que tú eres roja, es que te mato!». Y yo le dije: «Han estado tantos meses los rojos y a mí no me han hecho nada, y sin embargo vosotros sois peores que ellos». Con que ya por fin se fueron y ya me dejaron. Se llevaban una manta muy buena que tenía mi madre y la agarra a la que se iban y dice: «¿Esa manta *pa* qué te la llevas si he de tapar a mis hijos?». Y ya te digo, con que ya se fueron.[\[46\]](#)

De hecho, muchos de ellos debieron de acusar la ansiedad que les provocó el saber que en pocas horas, cuando las operaciones ya estarían detenidas en todo el frente del Alfambra, habrían de cruzar el río para

establecer una cabeza de puente en dos cotas al este de Villalba Baja. Efectivamente, la medianoche del 7 al 8 de febrero, la 4.^a Bandera de la Legión cruzó el puente sobre el río, intacto contra pronóstico, y tomaron por sorpresa la cota 991, entre el Barranco del Salto y el Barranco de Peñalena, al este del pueblo. A continuación parte de la unidad se desplazó sigilosamente hacia la cota 1096, un kilómetro más al norte, en Los Yesares. Allí aguardaron hasta el amanecer, cuando se desató una lluvia de fuego de la artillería rebelde que forzó a los asaltantes y defensores a matarse cuerpo a cuerpo y sin piedad con la bayoneta calada en medio de escenas que debieron de ser dantescas. Así pues, una operación cuyo fin no parecía ser otro que garantizar un acantonamiento tranquilo para la tropa en Villalba Baja, acabaría siendo decisiva por el valor estratégico de las posiciones conquistadas de cara al asalto definitivo sobre Teruel.[\[47\]](#) Por eso, sabedores de que se avecinaban unos días de relativa tregua antes del último asalto, los que habían combatido por las cotas «cuando volvieron [al pueblo] después ya se apaciguaron», recuerda Primitiva Gorbe.[\[48\]](#) Sin embargo, el precio a pagar había sido altísimo, con un 35 por ciento de bajas para la 10.^a Compañía de la 4.^a Bandera, a cargo del asalto de la cota 1096, mientras que por el lado republicano debían de rondar cifras cercanas al cien por cien. Así lo recordaba el vecino de Villalba Baja que hizo de enterrador:

Se hablaba de treinta y ocho cadáveres, pero eran muchos más los soldados que se habían quedado en esos picos para siempre. No quise contarlos. A los muertos hay que darles sepultura cuanto antes, y ya llevaban los pobres varios días esperando. Tampoco sabría decir cuántos eran de un lado y cuántos del otro; la lucha había sido violenta y algunos cuerpos presentaban un estado lastimoso; incluso los uniformes parecían desteñidos por el frío [...]. La Legión entró a cuchillo, eso se notaba en las heridas y los desgarros de los cadáveres; y tal como los habíamos visto la víspera por el pueblo, subieron con bastante coñac en el cuerpo, más del imprescindible para tutearle al frío de la madrugada.[\[49\]](#)

El caso de este pueblo de la vega del río Alfambra iba a ser diferente a los de todas las poblaciones de retaguardia, por las particulares condiciones en que se produjo la evacuación de sus habitantes. Este tipo de actuaciones, muy comunes en el ámbito de la guerra total, no solo tenían por fin preservar la vida de los civiles, sino también conseguir un escenario de combate sobre el

cual poder actuar contra el enemigo sin limitación alguna en cuanto a la potencia de fuego empleada ni implicaciones humanitarias que pudieran resultar negativas desde el punto de vista propagandístico. En el caso de Villalba Baja, casi en primera línea pero protegida por la cabeza de puente de la margen oriental del río, los paisanos convivieron durante una semana con las tropas de primera línea que mencionaba más arriba, compuestas por legionarios y voluntarios marroquíes. Sin embargo, el día 14 recibieron la orden de evacuación que desperdigaría a los villalbenses durante semanas por toda la retaguardia sublevada del valle del Jiloca. Pompeyo García señalaba que una razón para ello pudo ser el deseo de mantener el mayor grado de discreción posible en torno a los preparativos del asalto definitivo contra Teruel. Sin embargo, lo que ocurriría al abandonar los civiles sus hogares, tal y como comprobarían a su vuelta, permite pensar que el objetivo también era conseguir carta blanca para ocupar el pueblo, explotar sus recursos y, en definitiva, acantonar a la tropa evitando los conflictos con la población.^[50]

En muchos casos, como el de los Gorbe Herrero, la evacuación se convirtió en un drama que separó a las familias, con la incertidumbre y la angustia que ello acarrearía en plena guerra y con todos los rumores que circulaban por los pueblos. A pesar de que el EP no pudo desplazar hacia el este a todos los habitantes de Villalba Baja, tal y como era habitual en su praxis bélica, sí que se llevó consigo a algunos paisanos, como el padre de Primitiva, que se vio obligado a acarrear consigo sus ovejas hasta Corbalán, en la retaguardia republicana, donde estas constituían un recurso estratégico para su esfuerzo de guerra. Mientras tanto, sus hijas y esposa fueron cargadas en camiones que las llevarían hasta Cella en mitad de una noche tan fría que «los ribetes de las faldas largas que llevaban las mujeres se helaban». Para llegar hasta allí pasaron por Celadas, a donde debieron arribar por el camino que sale al norte de Villalba Baja y que bordea por el sur la llamada Sierra de la Ermita de San Cristóbal. Poco después llegarían a Alba, a medio camino entre Villafranca del Campo y Santa Eulalia. No deja de ser sorprendente que el primer recuerdo de Primitiva Gorbe fuera que «aquella gente [de Alba] vivía *mucho* mal y *mucho* pobre». Este pueblo, que por entonces contaba más de 750 habitantes, había estado durante toda la primera mitad de la guerra en

la zona más expuesta del frente rebelde en el valle del Jiloca, justo al suroeste de Singra. Paradójicamente, «hacían comida para los evacuados allí en Alba, pero no íbamos porque teníamos comida: nosotros aún nos llevamos pernils y gallinas y lo que pudimos, y el resto también. Así los evacuados no íbamos, pero los del pueblo sí: iban a comer. Así que en Villalba mal, pero aquí peor».

Tal era la pobreza y la miseria de la población civil en aquellos pueblos de la retaguardia nacional. Por eso mismo no es de extrañar que las evacuaciones acabaran de poner a prueba todas las costuras de la convivencia y la solidaridad y cuestionaran día a día la existencia de esa *comunidad de destino en lo universal* predicada por los falangistas. Tal y como señala Primitiva, «la gente de Alba nos tenía envidia», algo que queda bien ilustrado por una escena tan cotidiana como aparentemente anodina que, no obstante, es bastante significativa: «Llegaba a lavar y se oía que “cuidadico, que no más se ve a las evacuadas en los lavaderos”, y las del pueblo no podían ir porque no tenían jabón. Y yo me acuerdo que me llevé un saco así [indica una cantidad con las manos] de lo que había recogido» trabajando para los soldados republicanos. Un episodio tan insignificante como este revela los estragos que hizo la guerra en la vida de centenares de miles de personas que se vieron empujadas a la pobreza y al infortunio constantes. Pero sobre todo, como decía, la presencia de los evacuados generaba suspicacias sobre todo en lo referente a la alimentación. Sea como fuere, durante las evacuaciones los lazos familiares y de amistad siempre solían ser decisivos a la hora de conseguir alojamientos y condiciones más favorables, sobre todo si se tenía a seres queridos o cercanos en los lugares a los que se destinaba a los civiles. Tal fue el caso de Primitiva, su madre y sus hermanas, que fueron a parar a la casa de un primo hermano de su padre. De hecho, una vez más, la historia de la familia es buena muestra de la gran movilidad que hubo durante toda la guerra entre las líneas de combate y dentro de ambas retaguardias, además de una prueba muy clara de la ansiedad que provocaba la incertidumbre respecto al destino de los seres queridos. Por eso, cuando no pudo más, el padre de Primitiva no dudó en abandonar sus ovejas en Corbalán, cruzar las líneas e ir en busca de los suyos.[\[51\]](#)

Como ya comentaba, las evacuaciones también tuvieron lugar en el sentido contrario. Gregorio Ibáñez recuerda que la de Cuevas Labradas se efectuó bajo el amparo de la noche, para evitar a una aviación que ya había demostrado no tener recatos a la hora de ametrallar a la población civil. Uno de los episodios más ilustrativos de este modo de hacer la guerra basado en el terror y el poder destructivo como forma de prestigio y predominio aconteció durante las evacuaciones de Teruel el día 1 de enero, cuando un aviador de la LC comenzó a ametrallar en diversas pasadas a una columna de refugiados que se encaminaba hacia el sureste en dirección a La Puebla de Valverde. Juan Nevado, combatiente andaluz de la 87.^a BM presenció el episodio, tras haber comprobado varias veces durante el día que la aviación no parecía distinguir lo más mínimo entre civiles y combatientes: «He de confesar que si alguna vez he tenido deseos de ver morir a un semejante fue en aquella ocasión. Era horroroso el destrozo que entre tantas personas indefensas hacía. Atacaba con ensañamiento». En aquella ocasión, como el caza volaba bajo, un combatiente con un fusil ametrallador consiguió aprovechar una de sus cabriolas para impactarlo y derribarlo.[\[52\]](#) Sea como fuere, en este caso el reparto de los refugiados también se hizo con arreglo a relaciones familiares o de amistad, «*pa* que nos dejaran entrar en una casa o *aguantanos* de momento hasta que aquello se arregló». A los labradinos los distribuyeron por Corbalán y toda la sierra de Gúdar: Cedrillas, Monteagudo, Alcalá de la Selva, etc. En el caso de los Ibáñez Argente, tras pasar tres días en este último pueblo, pasaron la evacuación en Cabra de Mora, en casa de unos amigos de la familia, donde estarían unos dos meses a 30 kilómetros de su hogar y sin saber qué había sido de sus propiedades y pertenencias.[\[53\]](#)

Acabada la ofensiva, entre los pocos mandos que permanecieron en sus cargos se encontraban el propio Pedro López Calle y los también comisarios de la 61.^a BM, Antonio Rodríguez Sarabia, y de la 151.^a BM, Pedro Iglesias de la Calle, mientras que el resto de los altos mandos militares y políticos fueron destituidos. Sin embargo, a lo largo del día 7 de febrero continuaron los dislates en la zona republicana al este de Alfambra. Mientras las autoridades políticas hacían denodados esfuerzos por reconstruir algo similar a un nuevo frente entre Alfambra y Orrios, recibieron orden directa de Tomás

Mora, comisario del EdL, de presentarse de inmediato en El Pobo y sin excusa posible. La idea era proceder a la depuración de responsabilidades por lo ocurrido durante la ofensiva sublevada. López Calle se quejaba por una orden que consideraba un despropósito: «El efecto sería desastroso». Según él, dado lo delicado de la situación tras la magnitud del desastre militar y la baja moral de los combatientes, estos interpretarían la marcha de sus mandos como la prueba de que se estaba preparando una nueva retirada y, por tanto, entenderían que no merecía la pena mantenerse en las nuevas posiciones indicadas. Al fin y al cabo, El Pobo se encontraba unos catorce kilómetros al sureste de Alfambra. Por si fuera poco, la mencionada destitución de los mandos de las divisiones y brigadas que habían sufrido el embate sublevado ya se había ordenado el día 6, lo cual podía haber acabado en un desastre mayor si dichos hombres hubieran abandonado sus cargos el día 7, dejando sin ningún tipo de dirección a las unidades.

Pues bien, López Calle se quejaba con amargura de las divisiones y tensiones surgidas dentro del EP a causa del desastre ocurrido entre los días 5 y 7 de febrero, donde según él muchos mandos habían tratado de tapar sus vergüenzas y responsabilidades utilizando como «cabeza de turco» a la 42.^a División. De hecho, con muy buen juicio subrayaba que su unidad estaba a cargo de un frente que habría precisado de otras tres divisiones similares para ser cubierto con suficientes garantías. Así «era de todo punto imposible contuviera al enemigo cuando a este le diera la gana atacar». Por eso mismo, el comisario de dicha unidad apuntaba con dureza la necesidad de ir bastante más lejos a la hora de repartir las culpas por lo ocurrido. No solo señalaba a los antecesores al frente de las fuerzas, sino también, y con mucha determinación, al propio EdL. En primer lugar, denunciaba que los mandos de este último no habían querido ser conscientes de lo que se avecinaba, aun cuando se había informado de los preparativos enemigos, de ahí que el día 4 por la tarde se autorizara la concesión de permisos al 2 por ciento de la tropa, contraviniendo las órdenes de las BBMM y divisiones sobre el terreno. Ya no solo es que se contara con la información de los pasados desde el campo rebelde, sino que además se habían detectado concentraciones de tropas en Cella, Santa Eulalia y Villarquemado. En este sentido, y sabedoras todas las

jerarquías de que el punto más vulnerable del frente era el que iba de Bueña a Portalrubio, por ser el punto de penetración natural al valle del Alfambra, no entendía que no se hubieran tomado las medidas necesarias «para hacer esa cordillera inexpugnable».[54] Sea como fuere, las operaciones localizadas para reducir las últimas bolsas de unidades republicanas desperdigadas por Sierra Palomera aún se prolongarían hasta el día 10, prueba del miedo de muchos combatientes a entregarse. Así queda reflejado en la entrada del día 9 de febrero del diario de Jeremías Hernández que junto a sus compañeros quiso acercarse a la zona de operaciones para romper con la monotonía y ver los efectos de su propia actuación:

Emprendemos la marcha el Barbero y yo a Sierra Palomera, donde no pudimos llegar, porque todavía estaban los rojos, que se estaban entregando porque estaban cogidos, pero en el trayecto encontramos muchos muertos: el primero, con todos los sesos fuera; y el segundo, de rodillas y tirado para atrás; daba pena el ir andando, porque todos eran destrozados por la metralla del día 5, en que actuamos.[55]

No es de extrañar que después de un éxito militar como aquel, un informe del 24 de marzo de 1938 se empeñara en destacar las posibilidades del arma de caballería, bien patentes tras el logro de los hombres de Monasterio un mes y medio antes, por mucho que obviara la debilidad del enemigo al que se habían enfrentado. En cualquier caso, me interesa sobre todo por cuanto revela los problemas derivados de un mal trato y gestión de la cabaña equina, algo muy común por la falta de formación de los soldados a cargo de los animales y la falta de personal especializado. De hecho, que se subrayara con tanta insistencia la necesidad de cuidar a los caballos para maximizar su rendimiento en combate es buena muestra de hasta qué punto debía de ser penosa su situación en muchos casos. Es sintomático que a aquellas alturas de la guerra se explicara al personal a su cargo que «la resistencia del caballo tiene un límite», tal debía ser el número de los que caían enfermos o morían literalmente reventados por los esfuerzos. El masivo sufrimiento y maltrato de los animales es una dimensión omnipresente de la guerra moderna que pocas veces tiene presencia en los relatos historiográficos, oculto por lo general bajo los propios tormentos, penurias y vejaciones a los que están

sometidos los hombres en cualquier conflicto. Sin embargo, no deja de ser sintomático que en el mismo documento se justificaran los padecimientos de los combatientes amparándose en la racionalidad del ser humano, que «puede suplir esa falta de cuidado con su espíritu y su patriotismo que le ayudarán a vencer momentos en que el Mando le pida lo que solo sobreponiéndose a la fatiga puede dar». Así pues, apelando al ámbito de las convicciones, al sentido común y al sistema de control castrense el mando justificaba la posibilidad de que el hombre sufriera un trato peor al de un animal.

Pues bien, estas instrucciones para el empleo de la caballería establecían una serie de cuidados muy claros para la cabaña equina, como ponerla a refugio frente al frío y a resguardo del sol, el viento y la lluvia. Para ello se conminaba a los hombres a cargo a que intentaran buscar buenos refugios y lugares de reposo para los animales en la retaguardia después de un día de operaciones. Economizar fuerzas era fundamental, por «la rapidez del desgaste [...] y la dificultad de su sustitución», además de la calidad media de los animales. De hecho, los caballos que se estaban empleando no habían sido preparados específicamente para su uso militar, sino que procedían de las requisas. Miles de animales de tiro, caballos, mulos y burros fueron decomisados a particulares de toda la geografía peninsular por ambos bandos, en lo que constituye una prueba más del enorme peaje que supuso la creación de dos ejércitos de masas. Estos requerían de gran número de bestias para mover su armamento e impedimenta o abastecer sus fuerzas en el frente, pero también para comer cuando no había nada más. Incluso durante la batalla de Teruel continuaron las expropiaciones de caballerías, tal y como le ocurrió a Arturo Civera Muñoz. La noche del día 21 de diciembre dos soldados del bando rebelde irrumpieron en una cueva del Arrabal donde se refugiaba multitud de vecinos, incluido el propio Civera. Necesitaban de sus servicios para que los acompañara con sus dos mulos a abastecer de víveres y municiones a los defensores que aún resistían en el Mansueto. Así pues, en medio de una total incertidumbre sobre la situación real del frente, fueron para allá tanto los soldados como el civil, forzado a cumplir con aquella desagradable misión. El caso es que a primera hora del día 22, cuando marchaban de vuelta a casa, las fuerzas republicanas ya se habían infiltrado

en toda la zona oriental de Teruel, de manera que Civera y sus compañeros de viaje se vieron copados. Tras entregarse fueron trasladados en dirección a La Puebla de Valverde, de modo que el labrador tuvo que sumar a las penurias del cautiverio la pérdida de sus mulos, que quedaron en manos de sus captores.^[56] Muchos labradores dependían para su subsistencia de este elemento auxiliar clave en el trabajo del campo, de modo que podemos hacernos una idea del desastre que supuso la guerra total para el conjunto del territorio peninsular al privar a su población de medios básicos para la economía agraria.^[57]

[1] Para los dos últimos párrafos véase «Instrucción general sobre ejecución de servicios. Ejército del Norte. En Caminreal, a 30 de enero de 1938», AGMAv., 1234, 25, pp. 11-14.

[2] La propia hermana mayor de Joaquina Atienza conoció durante la ocupación a un soldado de origen gallego con el que se casó y con el que pocos años después emigró a Uruguay.

[3] Entrevista con Joaquina Atienza Molinos, *cit.*

[4] Peter Kemp, *op. cit.*, p. 17.

[5] «Telegrama Postal. El Generalísimo al General Jefe del EdN. 26 de febrero de 1938», AGMAv., 1222, 53, p. 13.

[6] Para los dos últimos párrafos véase AGMAv., 1234, 25.

[7] «Ejército del Norte. Organización: Del Ejército de operaciones de Teruel», AGMAv., 1211, 90, pp. 1-4.

[8] Antonio Martínez de la Casa (coord.), *op. cit.*, pp. 187-188 y 214. Evidentemente, este tipo de episodios no tienen cabida en visiones meramente descriptivas y laudatorias de la guerra como las que contiene esta gigantesca obra.

[9] Esta era una de las motivaciones habituales señaladas por Peter Kemp, *op. cit.*, p. 146, a la que añadía otras como el ethos del cuerpo, «las posibilidades de aventura» y las libertades de que gozaban los legionarios durante los permisos.

[10] Para el caso de la desertión sigo Ronald Fraser, *op. cit.*, pp. 650-653. Los desertores aparecen nombrados de pasada en Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, p. 205.

[11] «Informe Pedro López Calle, Comisario de la 42 División, ante el Comisario Inspector del Ejército de Levante y con motivo de la ofensiva enemiga iniciada el día 5 de los corrientes [febrero]», AGMAv., 2588, 8, p. 1.

[12] *Ibid.*, pp. 7-8.

[13] «Informe Pedro López Calle, Comisario de la 42 División, ante el Comisario Inspector del Ejército de Levante y con motivo de la ofensiva enemiga iniciada el día 5 de los corrientes [febrero]», AGMAv., 2588, 8, p. 9.

[14] «Ejército del Norte. Operaciones. Situación de fuerzas: Informe del C.E. de Navarra respecto a deficiencias, sobre quitar fuerzas de unos C. de E. a otros», AGMAv., 1234, 62, pp. 1-3.

[15] «Ejército del Norte. Organización. Moral y disciplina. De la fuerza de la 105 Dv.», AGMAv., 1633, 21, pp. 1-1bis. El hecho de que la mayor parte de ellos fueran de origen gallego, tal y como se subraya en el informe, es buena muestra de algo que a estas alturas ya es bien sabido: ni las regiones que quedaron desde el primer momento bajo el mando golpista eran un todo monolítico que prestaba un apoyo sin reservas a la causa sublevada, ni evidentemente las filas del ejército rebelde estaban nutridas

en exclusiva por hombres adeptos a la causa y dispuestos a todo por la *nueva España*.

[16] «Relación numérica de las bajas (H.E.M.)...», AGMAv., 1212, 2, pp. 2-4.

[17] Peter Kemp, *op. cit.*, p. 114.

[18] «Movilización, Instrucción y Reclutamiento. Información. Información. Información del enemigo. Influencia de la Batalla de Teruel en la situación del Ejército Rojo», AGMAv., 1946, 3, p. 9.

[19] James Neugass, *op. cit.*, pp. 271, 278 y 285.

[20] Para las citas anteriores véase Peter Kemp, *op. cit.*, pp. 115-116.

[21] Jeremías Hernández Carchena, *op. cit.*, p. 74.

[22] «Informe Pedro López Calle, Comisario de la 42 División, ante el Comisario Inspector del Ejército de Levante y con motivo de la ofensiva enemiga iniciada el día 5 de los corrientes [febrero]», AGMAv., 2588, 8, p. 1.

[23] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, p. 209.

[24] «Informe Pedro López Calle, Comisario de la 42 División, ante el Comisario Inspector del Ejército de Levante y con motivo de la ofensiva enemiga iniciada el día 5 de los corrientes [febrero]», AGMAv., 2588, 8, p. 2.

[25] Peter Kemp, *op. cit.*, 118.

[26] «Informe Pedro López Calle, Comisario de la 42 División, ante el Comisario Inspector del Ejército de Levante y con motivo de la ofensiva enemiga iniciada el día 5 de los corrientes [febrero]», AGMAv., 2588, 8, pp. 2 y 5.

[27] *Ibid.*, pp. 2-3.

[28] Jeremías Hernández Carchena, *op. cit.*, p. 75.

[29] En la descripción de los hechos sigo a Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, pp. 205-206.

[30] Peter Kemp, *op. cit.*, p. 118. Al parecer, Alfonso de Mora Requejo, comandante de la 14.^a Bandera, indemnizó a la mujer por la pérdida del pollo y envió a los culpables a cumplir un mes en el pelotón de castigo.

[31] «Instrucciones para el empleo de la caballería», AGMAv., 1235, 13, p. 5.

[32] Por ejemplo, varias decenas de Heinkel 111 participaron en la batalla de Teruel, y podían llegar a cargar hasta 2.000 kilos de bombas. Los Dornier 17, de los cuales tomaron parte en la batalla unos pocos menos, podían cargar más de 1.000 kilos.

[33] José Magaña Expósito, *Hombres de acero (Al servicio de la libertad)*, Arráez Editores, Mojácar, 2003, p. 78.

[34] «Informe Pedro López Calle, Comisario de la 42 División, ante el Comisario Inspector del Ejército de Levante y con motivo de la ofensiva enemiga iniciada el día 5 de los corrientes [febrero]», AGMAv., 2588, 8, p. 4.

[35] *Ibid.*, p. 2.

[36] «Informe Pedro López Calle, Comisario de la 42 División, ante el Comisario Inspector del Ejército de Levante y con motivo de la ofensiva enemiga iniciada el día 5 de los corrientes [febrero]», AGMAv., 2588, 8, pp. 1-2.

[37] Dentro de los complejos equilibrios de fuerzas y las políticas de control y poder imperantes en los territorios coloniales europeos, las Mehal-las eran una fuerza militar-policia regular al servicio del Jalifa, representante del sultán de Marruecos en el Protectorado español y títere de las autoridades metropolitanas. En este sentido, no hay que confundirlas con los regulares, que sí fueron unidades oficialmente organizadas y dependientes del Estado español, aunque ambas colaboraron decisivamente en las campañas de Marruecos por su conocimiento del terreno. De hecho, las dos participaron de forma muy intensa en la guerra civil del 36-39.

[38] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, pp. 210-212.

[39] «Informe Pedro López Calle, Comisario de la 42 División, ante el Comisario Inspector del Ejército de Levante y con motivo de la ofensiva enemiga iniciada el día 5 de los corrientes [febrero]», AGMAv., 2588, 8, pp. 6-7.

[40] Peter Kemp, *op. cit.*, p. 119.

[41] «Informe Pedro López Calle, Comisario de la 42 División, ante el Comisario Inspector del Ejército de Levante y con motivo de la ofensiva enemiga iniciada el día 5 de los corrientes [febrero]», AGMAv., 2588, 8, p. 5.

[42] Un extremo que confirmaba la entrevista con Primitiva Gorbe Herrero, *cit.*

[43] Testimonio referido por el hijo de Segundo, Antonio Alegre Ibáñez (1955), 3 de abril de 2017. Merece la pena señalar que la carencia de cartografía adecuada, así como de una lectura correcta de esta, no es algo extraño, de hecho lo primero le ocurrió bastante a menudo a la Wehrmacht en el Frente Oriental durante la Segunda Guerra Mundial, dificultando sus operaciones. Sin embargo, en el caso que nos ocupa es más grave teniendo en cuenta que el conflicto se desarrollaba en territorio peninsular.

[44] Entrevista con Primitiva Gorbe Herrero, *cit.*

[45] Testimonio referido por Antonio Alegre Ibáñez.

[46] Entrevista con Primitiva Gorbe Herrero, *cit.*

[47] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, pp. 212-213.

[48] Entrevista con Primitiva Gorbe Herrero, *cit.*

[49] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, pp. 213-214.

[50] *Ibid.*, pp. 221-222.

[51] Entrevista con Primitiva Gorbe Herrero, *cit.*

[52] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, pp. 142-143. Justo en el lugar donde impactó el avión, en la confluencia de la carretera de Sagunto con la Cuesta del Carrajete, hubo durante años un monolito con el nombre y la fecha de nacimiento y muerte del aviador, un lugar conocido por los turolenses como *la tumba del alemán*.

[53] Entrevista con Gregorio Ibáñez Argente, *cit.*

[54] «Informe Pedro López Calle, Comisario de la 42 División, ante el Comisario Inspector del Ejército de Levante y con motivo de la ofensiva enemiga iniciada el día 5 de los corrientes [febrero]», AGMAv., 2588, 8, pp. 10-11.

[55] Jeremías Hernández Charchena, *op. cit.*, pp. 75-76.

[56] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, pp. 72-74. Sobre las numerosas requisas en zona republicana durante la batalla de Teruel véase Pedro Corral, *op. cit.*, p. 100.

[57] «Instrucciones para el empleo de la caballería», AGMAv., 1235, 13, pp. 3-4.

10. LA CALMA QUE PRECEDE A LA TEMPESTAD: UN INTERLUDIO DE LA BATALLA A MEDIADOS DE FEBRERO DE 1938

Los días inmediatamente posteriores a la exitosa batalla del Alfambra fueron de balance para el ejército sublevado, algo que vino propiciado por el parón en las operaciones y, también, por una ingente recogida de fuentes capturadas al enemigo que permitían valorar su moral y el impacto de los últimos acontecimientos tanto en el frente como en la retaguardia. Desde el gran número de prisioneros interrogados hasta las cartas personales, pasando por la prensa y la documentación oficial, ofrecían valiosas informaciones sobre la situación en la España republicana. Así quedó reflejado en un exhaustivo informe general elaborado por la sección de inteligencia del EdN el 11 de febrero de 1938, cuatro días después de que las fuerzas sublevadas alcanzaran la línea del río Alfambra. Una de las cosas que reflejaba el documento en cuestión era la influencia creciente de los comunistas y de la propia Unión Soviética en el EP, algo que de algún modo reforzaba los clichés del bando sublevado y las representaciones del enemigo que predominaban en su particular cultura de guerra. Según destacaba el informe, un tanto exagerado en los términos, cualquier decisión dentro del EP estaba condicionada al acuerdo de los asesores soviéticos y los comisarios, si bien en los últimos meses se habían dado movimientos muy importantes para limitar su ascendiente.

Al mismo tiempo, se destacaba algo que ya hemos constatado a lo largo de estas páginas: la falta de personal profesional a la cabeza de las unidades, desde las más grandes hasta el nivel de los batallones, donde solo la mitad serían militares de carrera. En cualquier caso, a pesar del peso de la política dentro del EP y de los privilegios económicos de que disfrutaban los mandos, tal y como apunta el informe, parece que eran bastante realistas y no tenían mucha fe en la victoria final. Esto era algo que «tratan de disimular frente a los milicianos», sabedores de que la única baza que podía jugar el bando

gubernamental era ganar tiempo suficiente como para que el conflicto español acabara enmarcado en el escenario de una guerra internacional, algo que por aquel entonces ya parecía prefigurarse en el horizonte. Además, el informe ofrecía una imagen bastante tétrica —quizás exagerada a aquellas alturas de la guerra— de la situación en el seno del EP. En este sentido, afirmaba que los oficiales profesionales que combatían en sus filas lo hacían en muchas ocasiones no tanto por sus convicciones políticas como por el miedo a que sus familiares en zona gubernamental fueran represaliados o pudieran tener problemas con las autoridades. Por eso apuntaba a la posible doblez de estos hombres, incapaces de anteponer sus intereses personales al propio destino de la patria, ya que en su decisión pudo tener mucho que ver «quizás el buen sueldo que los marxistas tuvieron cuidado de asignarlos [sic]». En cualquier caso, dentro de la mentalidad hegemónica en el bando sublevado no debe sorprendernos cualquier intento de deslegitimar y desacreditar las decisiones adoptadas por muchos de sus colegas dentro del ejército al apoyar al régimen republicano frente al golpe de Estado. En cualquier caso, hoy es bien sabido por la historiografía española que ninguno de los dos ejércitos en liza se caracterizaba precisamente por el monolitismo político de sus hombres, algo que sin duda podía tener su reflejo entre los mandos del EP, aunque desde luego no era tan acusado por lo que respecta a los mandos rebeldes.

Por su lado, la tropa tampoco tenía la moral muy boyante, aunque los estados de ánimo tendentes a la depresión son casi consustanciales a la guerra por las mismas condiciones de vida que impone la vida en el frente. De todas formas, no hay duda de que existen factores que contribuyen en mayor medida a acentuar la ausencia de un espíritu combativo, sobre todo cuando la tropa constata de forma permanente la absoluta situación de inferioridad material de sus propias fuerzas frente al enemigo. Tal era el caso del EP, bien ejemplificado por el dominio del aire incontestable de las fuerzas sublevadas, que dejaba prácticamente indefensos a los combatientes. De hecho, los bombardeos contra ciudades y pueblos de la retaguardia ya se habían convertido en un motivo de preocupación central para aquellos que lejos de sus casas temían por la seguridad de los suyos, hasta el punto de que les

resultaban deprimentes los permisos al contemplar los efectos de las bombas. Durante su permiso en Valencia, y tras la visita rutinaria de los bombarderos Savoia-Marchetti de la AL sobre la ciudad, el brigadista estadounidense James Neugass confesaba en su diario:

Me han entrado ganas de estar en el frente. Ni una sola de las veinte personas que acaban de desenterrar de una casa destrizada ha muerto por las bombas. Preferiría estar en el frente, donde no hay edificios de seis y siete plantas dispuestos a desplomarse para matar a todos los que están dentro, debajo y al lado.

Nuestros aviones no están en el frente ni sobre las ciudades. ¿Dónde están?[1]

Así pues, los que conocían la realidad del frente y la retaguardia empezaban a ser capaces de ver que el rayo de esperanza de finales de diciembre y primeros de enero en Teruel no había sido más que un espejismo. Eso parece corroborar la documentación capturada por los rebeldes: los combatientes ya no tenían clara la posibilidad de una victoria final. Este problema se había visto agravado por el agotamiento de los hombres situados en primera línea, algo común a ambos ejércitos, por las dificultades para hacer llegar los suministros. Esto afectaba por igual al bando sublevado, que con la vuelta de las nevadas el día 13 volvió a ver cómo se dislocaba su sistema de abastecimiento ante lo impracticable del terreno. Jeremías Hernández recuerda su apatía y la de sus compañeros el día 14: «El día, cruel; no nos levantamos ni a tomar café, y éramos siete [...]; de comida, patatas fritas, 6 rajadas para cada uno, y Pires tira el atún por lo poco que le dieron, así que nos quedamos con más hambre que un gitano, ¡gracias a un cacho de queso que tenía yo!». [2] Por su parte, el tanquista republicano José Magaña recuerda que ellos por su mayor movilidad tenían un acceso más constante a la retaguardia y, por tanto, a los víveres. Por eso mismo, era habitual que hicieran acopio de «fiambre, que muchas veces lo repartíamos con la infantería» durante los últimos días de la batalla de Teruel, «pues los que eran veteranos en la guerra y nos conocían venían hacia nosotros y nos decían si les podíamos dar alguna cosa». [3]

Así pues, como en cualquier guerra total, el factor material era determinante a la hora de producir un clima de desaliento general. Ya no solo

se trataba de las dificultades con que llegaban los suministros, sino también del cansancio que provocaba en los combatientes una alimentación escasa y apenas variada, basada sobre todo en conservas, tal y como imponía el esfuerzo bélico. El brigadista estadounidense James Neugass reconocía el día 3 de febrero en su diario que «desde que llegué a España me he tenido que hacer tres agujeros más en el cinturón».[4] Esto era extensible a los civiles y variaba mucho dependiendo de la riqueza del entorno en que vivían o de si este era rural o urbano. Sin lugar a dudas, esta circunstancia ha contribuido a dar a cualquier guerra ese color gris y monótono que queda reflejado en las memorias y los testimonios de los supervivientes, y que más tarde ha tratado de reflejar la cultura de masas en la literatura o el cine con más o menos acierto. En el caso concreto que nos ocupa se habla fundamentalmente de «arroz, garbanzos, carne congelada o de mulo o bacalao», todos ellos productos baratos, de fácil conservación, elaboración y más o menos accesibles. El pan, un pilar fundamental de esa alimentación, tampoco se caracterizaba por su densidad nutricional, con un peso muy importante de las harinas de arroz, algo que no nos sorprende si pensamos que los principales centros productores peninsulares se encontraban en el Delta del Ebro y la Albufera valenciana, ambas en zona republicana. Por lo demás, también se acusaba sobremedida entre las filas republicanas la escasez del tabaco, hasta el punto de que «los prisioneros recogen con verdadera ansiedad los restos que arrojaban al suelo nuestros soldados». Como ya he señalado en otros pasajes de la obra, el mando sublevado tenía muy clara la importancia de mantener a las tropas abastecidas de forma constante con vino, café y tabaco para mantener alto su espíritu combativo.[5] La falta de estos suministros, que favorecían los momentos de ocio o esparcimiento en el frente, hacía que la guerra pareciera dilatarse aún más en el tiempo. De ahí que tratara de compensar el EP estas carencias con el trabajo en el ámbito de la propaganda, que no obstante parece que también fue descuidada en el curso de la batalla de Teruel a causa de las propias necesidades y el ritmo frenético impuesto por los combates.

En el intento constante por desacreditar al EP —y a sus inspiradores políticos, los comisarios, elevados a las formas más puras de maldad y

manipulación— se hablaba de que «unos lo atribuyen a desidia o desgana de los comisarios y otros a falta de condiciones por la poca cultura y preparación de algunos».[6] Estas imágenes contrastan con el estereotipo del comunismo meticuloso, frío y calculador, que lleva hasta las últimas consecuencias el cumplimiento de sus tareas de subversión y adoctrinamiento sobre las masas. Así pues, queda patente la dimensión política del informe en cuestión, que se contradice jugando con percepciones contrapuestas, siempre dirigidas a deslegitimar al enemigo. Por eso, aunque a ojos de las autoridades rebeldes el comunista —arquetipo del *rojo* en todas sus acepciones— pudiera ser caracterizado por la ignorancia y cierta tendencia a la molicie, siempre tenía a mano el terror y la coacción como formas agresivas de encuadrar a la tropa y de forzar la movilización social y económica. Para el apoyo de estas políticas contaban con informadores infiltrados dentro de cada unidad, que proveían de forma constante análisis de la situación interna. Partiendo de esta base no es extraño que el servicio de información del EdN concluyera que era fácil provocar un desmoronamiento de la resistencia republicana, dada la falta de convicción y moral con que combatían sus soldados, más empujados por la coerción que por los valores políticos. A sus ojos, «el miliciano [...] es propicio a la desmoralización al primer golpe de nuestras armas o de nuestra maniobra». Sin embargo, he tratado de explicar hasta qué punto pueden matizarse estas afirmaciones teniendo en cuenta la superioridad material abrumadora del bando sublevado y, sobre todo, cuán contaminados podían llegar a estar los juicios de los mandos de ambos bandos por los estereotipos que circulaban en las dos sociedades enfrentadas. En cualquier caso, el autor del informe acababa el epígrafe dedicado a la tropa enemiga señalando una cuestión muy relevante y significativa, más aún en el marco de una guerra total: la poca uniformidad en el vestuario del EP y la falta de equipo adecuado para el invierno, siendo así que muchos continuaban «con los trajes traídos de sus casas», lo cual pone en cuestión el mito de que las tropas republicanas estaban mejor equipadas para el frío de Teruel gracias a la industria textil concentrada en Cataluña.

No es de extrañar que el mismo informe atribuyera la resistencia y aguante de la sociedad bajo el control del gobierno a la coacción ejercida por

las fuerzas represivas, que contendrían cualquier atisbo de oposición interna. Por tanto, dentro de las dinámicas propias de la guerra total y de la más absoluta autocomplacencia, una y otra vez vemos los intentos de desacreditar y negar cualquier legitimidad al gobierno o a las organizaciones político-sindicales de la zona republicana, a ojos de los rebeldes sostenidas única y exclusivamente sobre el terror. Lo que está fuera de toda duda es que la situación material de la retaguardia era desesperada, hasta el punto de que primaban por encima de todo las ganas de poner fin a la guerra, «gane quien gane». En cualquier caso, entre las motivaciones para resistir jugaban muchos factores, bastantes de ellos basados en las propias inercias bélicas e intracomunitarias o en un cierto sentido cultural de la fatalidad. La lealtad familiar, social y política para con los que combatían en el frente por un lado y a los que permanecían en la retaguardia por el otro eran un sostén fundamental, como en toda guerra, pero no menos el miedo al enemigo azuzado por la propaganda, por los rumores e historias que circulaban por toda España y por las propias experiencias personales bajo las bombas y las balas.^[7]

Recién acabada la ofensiva del Alfambra y las operaciones de *limpieza* de la bolsa de Sierra Palomera, el día 11 de febrero tuvo lugar el Eid al Adha o la Fiesta del Sacrificio del cordero, un momento importante para los miles de combatientes musulmanes desplegados en el frente de Teruel. Luis de Armiñán asistió a la improvisada celebración de dicha festividad en los corrales de Alfambra, pueblo de unos 1.500 habitantes que se encontraba prácticamente deshabitado tras haber sido evacuado, de modo que los soldados campaban a sus anchas por sus casas y sus calles. Así pues, este señalado acto litúrgico del Islam se convirtió en una excusa para celebrar el reciente triunfo y reunir a los combatientes musulmanes y cristianos del ejército sublevado, que intentaban combatir la vuelta del frío traído por el cierzo al calor de las hogueras y envueltos en los capotes y las mantas. Al fin y al cabo, la convivencia a lo largo de la guerra había sido cotidiana, por mucho que los soldados de cada credo combatieran integrados en unidades propias. Por tanto, este acto festivo compartido concuerda con el testimonio del veterano de guerra El Aiche Ben Jomse Bouchibi, quien recordaba que

«en general, los españoles nos trataron muy bien y los mandos fueron buenos con nosotros. Españoles y marroquíes dormíamos y comíamos juntos en el frente. Hice buenos amigos en España, pero [...], ya no he vuelto a verlos». Algo parecido podemos entrever en los recuerdos de Ben Abseian Laarbi Messari, quien afirmaba que sobre todo «después de la guerra sí tuvimos muy buena relación con los soldados y nos sentíamos parte del ejército español», pero al igual que su antiguo camarada no volvió a verlos tras la independencia de Marruecos en 1956.[8] En cualquier caso, el relato de Luis de Armiñán se caracteriza por un costumbrismo vulgar y condescendiente rayano en el racismo al describir a los grupos de regulares que iban con un carnero para cada cinco hombres: «La algarabía mora brota en los corrales. Están tumbados sobre mantas, al abrigo de las tapias, y charlan todos a un tiempo. [...]. Me sonrío un negrillo, como si presintiera en mi carne blanca la que esperan sus dientes, afilados por la gula». A sus ojos, el *moro* aparecía dibujado como el buen salvaje, un ser escandaloso, simple y bobalición.[9]

A pesar de ser días de relativa calma las desgracias no cesaban, muchas veces en forma de accidentes causados por la torpeza e incluso por la falta de sentido común de algunos combatientes. Tal fue el caso de los artilleros Antonio Ortiz Morales y Juan Barcia Gamero, que durante la inspección de una granada abandonada cerca de su batería, emplazada cerca de Caudé, no tuvieron mejor idea que prender fuego a la mecha, provocando la explosión del fulminante. Aunque la bomba de mano estaba descargada aún se llevó por delante los dedos pulgar e índice de la mano derecha del primero de los artilleros, provocando a ambos pequeñas heridas en ambas piernas.[10] Otra desgracia de este tipo, en este caso más grave, tuvo lugar tres días antes, el 11 de febrero, cuando un combatiente de la posición de Jeremías Hernández pisó sin querer una granada que explotó y «le hizo polvo las piernas; inmediatamente fue llevado de la posición».[11] Como explicaré en el último apartado del libro, este fue un drama muy corriente durante y tras la batalla de Teruel, una vez que las poblaciones evacuadas pudieron regresar a sus lugares de origen y entraron en contacto de diversas maneras con la chatarra generada por la guerra.

A las dificultades que habían de enfrentar los combatientes hubo que

sumar el frío, que como decía volvió a hacer acto de presencia en toda su crudeza una vez más. Esto provocó una paralización de las operaciones en toda la línea del frente, exceptuando la nueva maniobra de distracción del EP en la zona de Vivel del Río el 14 de febrero, unos 80 kilómetros al norte de Teruel (véase mapa 4). Todo ello, sumado a los cielos cubiertos de aquellos días, hacía que los aviones no pudieran despegar.[\[12\]](#) De hecho, los días 13, 14 y 15 de febrero trajeron la nieve de vuelta al escenario de guerra, con un marcado descenso de las temperaturas a partir de ese último día, dejando las mínimas en una media inferior a -7° y las medias del día en torno a -1° . Esta situación comportaba terribles sufrimientos para los soldados, como siempre carentes de unas infraestructuras adecuadas, haciéndose las noches insoportables a pesar del abrigo de las parideras y las fogatas. Tanto era así que Luis de Armiñán apenas ocultaba el embrutecimiento al que eran sometidos los combatientes en sus condiciones de vida diarias.[\[13\]](#) Así pues, el problema del frío volvió a causar estragos entre los días 12 y 18 de febrero, causando 1.979 bajas por enfermedad, si bien es cierto que la cifra resulta modesta en comparación con los números totales que arroja el mes de enero.[\[14\]](#)

De hecho, tal y como ha destacado Vicente Aupí en su trabajo de referencia para el estudio de la guerra invernal, un factor clave para explicar los múltiples casos de congelación y las muertes a causa del frío en toda la batalla de Teruel fue el fenómeno de la inversión térmica. El hecho de que muy a menudo los combatientes se vieran obligados a dormir apretados los unos a los otros, ya fuera al raso o en edificios que proveían poco cobijo, hacía que quedaran sometidos a temperaturas que a ras de suelo eran entre tres y ocho grados más bajas de las que se dan a un metro y medio de altura. Así se explican los múltiples casos de congelaciones en los pies, más allá de la miseria del calzado y la humedad a la que estarían expuestos de forma constante en muchos casos.[\[15\]](#) Además, por lo que se refiere al descanso, hay que tener en cuenta que el cuerpo tiende a bajar su temperatura durante las primeras fases del sueño, lo cual favorecía las muertes a causa del frío. Pero eso no es todo, porque aquí encontramos también una explicación más de la falta de descanso que acusaban los hombres en primera línea, ya que al

entrar en fase REM el cuerpo se adapta a la temperatura ambiente. Antes de la llegada de la ola de frío de la segunda mitad de febrero, durante la noche del 5 al 6 de febrero Peter Kemp afirmaba que «varias veces me levanté y di unos pasos, para entrar en calor y activar la circulación de la sangre; después volví a echarme, esperando dormir algo. Debí hacerlo [...]. Al ponerme en pie observé que la parte delantera de mi cazadora estaba blanca y rígida por la escarcha, que también tenía en la nariz, cejas y pestañas».[16]

Otro de los problemas más habituales a los que se enfrenta el combatiente en la guerra es la casi total falta de medios y momentos para la higiene y el aseo personal, algo que afectaba sobremanera a la moral y que podía ser causa de enfermedades como el tifus o la disentería.[17] Desde luego, la batalla de Teruel no fue una excepción en este sentido, agravada por lo inhóspito de muchos de los parajes en los que ambos ejércitos se vieron obligados a combatir, la enorme dispersión de los núcleos habitados y el frío omnipresente. La vida en las trincheras, el hacinamiento en las viviendas, los corrales, las parideras o las majadas, la convivencia constante con los desperdicios, las secreciones y las deyecciones producidas a diario por dos ejércitos de masas hacían muy complicado contener plagas que se convertían en auténticos azotes para los hombres, como los piojos. Por aquel entonces Villaba Baja ya había caído en manos rebeldes, pero una experiencia narrada por Primitiva Gorbe durante la ocupación republicana resulta muy útil para ilustrar algunas de estas cuestiones que, sin duda, también se daban en la otra zona. Esta recuerda que en el pueblo se habilitaron refugios en las cuevas naturales que había junto a la vía de tren nonata de Teruel-Alcañiz, que discurría entre la población y las montañas que la protegen por el oeste. Su padre, que pasaba el día pastoreando a las ovejas en los montes de los alrededores, les insistía a ella y a sus hermanas para que no hicieran caso a su madre, que no debía de ser partidaria de abandonar su casa, y acudieran a dichas cuevas con todos los vecinos en caso de ataques de la aviación. De hecho, recuerda que fue un día y al ver las condiciones de vida en que estaban se preguntó: «¿Pero y aquí están todas estas mujeres? Allí, nada, todos en las cuevas, que al cabo del tiempo recogieron más *piejos* que había en el mundo». Como ocurría en muchos otros casos, Gorbe prefería

permanecer en su casa, situada a las afueras del pueblo en dirección a Teruel. En muchos casos, los portadores de estos insectos solían ser los soldados, que al bajar al pueblo desde las trincheras infestaban todo y a todos.

Por eso mismo, una de las labores habituales de Gorbe durante la guerra en un pueblo de la retaguardia contigua al frente era lavar la ropa de los militares, tal y como ocurría en todos los lugares donde había desplegadas tropas. Como pequeña muestra de las estrategias de supervivencia de los civiles en la guerra, recuerda que con el poco jabón que le daban se las ingeniaba para hacer también la colada de su propia familia. También era habitual que acudiera a limpiar a las casas donde se concentraba mayor número de combatientes, que por lo general eran las mejores del pueblo.[\[18\]](#) En el caso particular de la Legión merece la pena señalar que era habitual la presencia de mujeres integradas en las diferentes banderas, las cuales eran denominadas *legionarias* e incluso iban vestidas con el característico uniforme del cuerpo. Llevaban a cabo tareas de cocina, lavado, zurcido, limpieza e incluso enfermería, como ocurría en el caso de una mujer de unos treinta años que prestaba servicios junto al médico de la 53 Compañía de la 14.^a Bandera. A Kemp y a sus compañeros les sorprendía su valentía, «moviéndose tranquila y eficientemente entre los heridos, aplicando torniquetes y vendajes, dando tabletas de morfina y bromeando con su voz ronca» durante el dramático episodio de fuego amigo que vivieron la mañana del 5 de febrero.[\[19\]](#)

Conscientes del grave problema que representaba para la capacidad de combate de sus hombres y unidades, ya que «atentan a la vida del soldado tanto como las balas», los ejércitos emitieron directivas para tratar de poner coto al problema de los piojos, que por un lado anidaban en el cuero cabelludo y por otro en la ropa. Esto explica el rapado de los reclutas, más allá de su dimensión de rito de paso en la conversión del ciudadano en soldado y en la desposesión de la individualidad. No obstante, combatir el piojo que habitaba en la vestimenta del combatiente era la tarea más difícil, porque además era el que podía dar lugar a más graves problemas. No por nada, un documento del Ejército del Sur (EdS) recordaba la virulencia con que se había manifestado la *fiebre de las trincheras*, provocada precisamente

por el piojo de la ropa. Esta solía producirse al infectarse una herida cutánea con las heces de los piojos, y aunque muy raramente provocaba la muerte de los pacientes, era muy molesta y dejaba fuera de combate al afectado durante una semana. Entre 1914 y 1918 se convirtió en un problema recurrente, afectando a 200.000 soldados británicos, mientras que en el caso alemán había sido la causa de hasta el 20 por ciento de las bajas sufridas durante la Gran Guerra. Lo mismo cabía decir del tifus exantemático, que se transmitía de forma muy similar y que solo en Serbia afectó a unos 300.000 hombres durante ese mismo conflicto. El rascado de las picaduras, casi inevitable por lo molestas que llegaban a resultar, hacía que se produjeran heridas en la piel por donde se inoculaban las heces de los piojos infectados. En este caso, los periodos de recuperación eran de unos tres meses, y las complicaciones derivadas de la enfermedad podían llegar a ser mucho mayores, hasta llevar al paciente a la muerte.

No es difícil imaginar las medidas individuales que se proponían para combatir los piojos: baños con jabón, haciendo hincapié en las zonas con más pelo y aplicando sobre ellas aceite y petróleo o pomadas especiales. En el caso de las tropas de infantería, las más afectadas por sus míseras condiciones de vida al ocupar refugios y trincheras con muy malas condiciones de habitabilidad, dicha operación debía llevarse a cabo al mismo tiempo, para evitar que los desinfectados volvieran a infectarse. De nada servía esto si no se aplicaba un tratamiento adecuado sobre las ropas y los lugares donde habitaban los combatientes. Así pues, se proponían diversos métodos para sanear el equipo, muchos de ellos de difícil ejecución por requerir productos y medios que pocas veces estaban disponibles en primera línea.[\[20\]](#) Los que se encontraban acantonados en pueblos o cerca de masías habitadas podían recurrir a la población civil para realizar este tipo de tareas como el lavado de la ropa, de hecho ya hemos visto el testimonio de Primitiva Gorbe.[\[21\]](#) Otra cosa muy diferente ocurría con aquellos que vivían apartados de la civilización durante muchos días, a veces sin relevo y sin apenas dejar de combatir, algo común en la batalla de Teruel. Por lo que respecta a las viviendas, refugios, cuevas y trincheras las soluciones que se proponían iban desde dejarlas desocupadas por más de dos semanas, con lo cual desaparecían

los parásitos, hasta el fumigado con agentes químicos. Sin embargo, nada de esto era fácil en las condiciones de extrema necesidad propias de la guerra, donde a duras penas se podía prescindir siquiera por unas horas de cualquier techo, más en entornos como el de los alrededores de Teruel, donde estos escaseaban. Todo lo dicho explica, entre muchas otras cosas, el alto número de bajas por enfermedad, porque además, como el informe del EdS indicaba, muchas «heridas curarían rápidamente y sin complicaciones si asentasen siempre sobre una piel limpia». Así pues, la falta de higiene, general y muy acusada, podía y solía tener consecuencias muy graves, más aún en organismos inmunodeprimidos por sus propias condiciones de vida, la mala alimentación y la tensión constante a la que estaban sometidos los hombres en periodos de combate.[\[22\]](#)

Tampoco la falta de mudas limpias y de recambio era algo extraño, lo cual además contribuía a agravar el problema de las infecciones, los piojos y las epidemias. Aunque existían regulaciones para reponer el vestuario de los combatientes cada cierto tiempo, que a menudo se incumplían por falta de recursos, corrupción y problemas de distribución, las condiciones de frío siberiano que se vivieron en la batalla de Teruel creaban necesidades extraordinarias de las que dependía «la salud de las tropas». Por ejemplo, podía darse el caso de que los soldados perdieran parte de su equipo en el curso de algún operativo, que este les fuera robado o que no pudieran llevarlo consigo durante los repliegues, algo que los dejaba en una situación de exposición tal que podía llegar a costarles la vida, sobre todo durante las heladas nocturnas. Así pues, cuando ya hacía dos meses que se combatía al sur de Aragón en mitad del invierno más crudo del siglo, se decidió crear un almacén del EdN en Caminreal para intentar cubrir las necesidades de emergencia de hasta 8.000 hombres. Desde luego, en la mayor parte de los casos en que habría sido útil, la medida llegaba tarde. En cualquier caso, otra de las cosas que se pretendía situando el centro de distribución en dicha población era ponerlo lejos del alcance de los cuarteles generales de los CCEE, radicados en Cella, Santa Eulalia y Calamocha, ante el temor de que hicieran uso discrecional de sus recursos. Calzoncillos, camisas, gorros, jerséis, pantalones, pañuelos, toallas, bandoleras, correajes, cazadoras,

prendas de abrigo diversas, botas, calcetines, pasamontañas y mantas eran algunos de los efectos que se concentrarían a partir de entonces en Caminreal, y en la mayor parte de los casos casi todo había de ser solicitado todavía. Cabe preguntarse qué habían hecho hasta entonces los combatientes necesitados puntualmente de alguno de estos recursos. Para muchos faltos de manta, capote o botas la única esperanza era hacerse con las de algún enemigo muerto o prisionero, o bien robárselas a algún compañero, condenándolos casi con toda probabilidad a un destino terrible.[\[23\]](#)

El 17 de febrero de 1938, día en que comenzó la ofensiva final de los rebeldes sobre Teruel, el servicio de información del CTV señalaba la enseñanza más importante que había dejado la batalla que estaba a punto de terminar: «Ha puesto de relieve los medios con que dispone el Ejército rojo, principalmente en la instrucción de la tropa, demostrando que estos medios eran inferiores a los de los nacionales, especialmente la artillería y la aviación». No hay duda de que esta conclusión se ponía sobre la mesa para subrayar que las fuerzas del EP habían sido llevadas al límite y que se conocían sus carencias y debilidades de tal manera que resultaba inmejorable la oportunidad para llevar a cabo una ofensiva decisiva. La batalla de Teruel, señalaba el informe, había roto «el equilibrio, con perjuicio para los rojos, existente [en los primeros compases] entre los dos ejércitos». Además, los servicios de inteligencia eran claros y honestos al señalar que el enemigo había combatido en clara inferioridad de recursos, hasta el punto que el «material llegado del extranjero [...] no bastaba para cubrir estas deficiencias», aunque sí que se reconocía algo señalado en ciertos medios informativos republicanos: el importante grado de motorización del EP. A las mencionadas limitaciones añadía otras, algunas de las cuales ya han sido mencionadas a través de diversas fuentes: los problemas de encuadramiento por la deficiencia y escasez de mandos intermedios competentes, auténtica columna vertebral de cualquier ejército; una artillería incapacitada para tener un papel decisivo en la batalla por su relativa escasez, su total heterogeneidad, la falta de municiones y el pobre adiestramiento de las dotaciones; el uso poco adecuado de los blindados; y, por último, la baja moral de una retaguardia tan agotada por las privaciones y los bombardeos

aéreos que era muy dependiente de los éxitos y descabros en el frente.[\[24\]](#)

[\[1\]](#) James Neugass, *op. cit.*, p. 287.

[\[2\]](#) Jeremías Hernández Carchena, *op. cit.*, p. 77.

[\[3\]](#) José Magaña Expósit, *op. cit.*, p. 78.

[\[4\]](#) James Neugass, *op. cit.*, p. 268.

[\[5\]](#) Algo también señalado por Francisco J. Leira Castiñeira, *La consolidación social del franquismo...*, *op. cit.*, p. 104.

[\[6\]](#) Sobre el papel y la importancia de los comisarios y los capellanes en ambos ejércitos véase James Matthews, «Comisarios y capellanes en la Guerra Civil española, 1936-1939», *Ayer*, 94 (2014), pp. 175-199, si bien el tema sigue requiriendo de una investigación exhaustiva y más concluyente.

[\[7\]](#) En los párrafos anteriores sigo «Impresión de conjunto sobre la situación del ejército rojo y retaguardia enemiga. Ejército del Norte, 2.ª Sección-Información. Caminreal, 11 de febrero de 1938», AGMAv., 1222, 51, pp. 1-4.

[\[8\]](#) «El Aiche Ben Jomse Bouchibi...», *op. cit.*, p. 220 y «Ben Abseian Laarbi Messari...», *op. cit.*, p. 164.

[\[9\]](#) Luis de Armiñán, *op. cit.*, pp. 129-131.

[\[10\]](#) «Regimiento de Costa n.º 1, 22 Batería Artillería, 14 de febrero de 1938», AGMAv., 1212, 3, p. 2.

[\[11\]](#) Jeremías Hernández Carchena, *op. cit.*, p. 76.

[\[12\]](#) Los combates implicaron al batallón de brigadistas canadienses Mackenzie-Papineau y a la 15.ª BI compuesta por británicos y estadounidenses, frente a los cuales fueron desplegadas la 14.ª y la 16.ª banderas de la Legión. Por eso mismo, disponemos del relato sobre los hechos acontecidos allí entre el 15 y el 28 de febrero en Peter Kemp, *op. cit.*, pp. 121-127. El británico se quejaba de que la orden de recuperar las posiciones perdidas de Segura de los Baños, al noroeste de Vivel del Río, no estaba fundada sobre un conocimiento real de la situación ni contaba con los medios adecuados para tener éxito, además de que el terreno abierto y el camuflaje de las posiciones enemigas favorecía a los defensores. De hecho, parece que la 14.ª Bandera, donde combatía Kemp, sufrió el día 16 la friolera de 117 bajas entre muertos y heridos. Véase Antonio Martínez de la Casa (coord.), *op. cit.*, pp. 214-215. Para una visión entre el frente y la retaguardia desde el otro lado véase James Neugass, *op. cit.*, pp. 289-347.

[\[13\]](#) Luis de Armiñán, *op. cit.*, p. 137.

[\[14\]](#) «Relación numérica de las bajas (H.E.M.)...», AGMAv., 1212, 2, pp. 2-4.

[\[15\]](#) Véase Vicente Aupí, *op. cit.*, p. 92 (temperaturas de febrero) y 124 (fenómeno de inversión térmica).

[\[16\]](#) Peter Kemp, *op. cit.*, p. 118.

[\[17\]](#) Entre los días 2 y 4 de febrero se declaró una epidemia en el hospital de campaña de La Puebla de Valverde que fue controlada rápidamente. James Neugass, *op. cit.*, pp. 262-271.

[\[18\]](#) Entrevista con Primitiva Gorbe Herrero realizada el 9 de noviembre de 2017.

[\[19\]](#) Peter Kemp, *op. cit.*, pp. 114, 116 y 117.

[\[20\]](#) Cuando faltaban los medios y la infraestructura adecuados los combatientes desarrollaban sus propias estrategias para combatir esta plaga. Un recurso habitual era introducir en agua las prendas afectadas, dejando un pequeño trozo fuera hacia el cual acudían todos los parásitos, que después eran quemados con un mechero.

[\[21\]](#) Entrevista con Primitiva Gorbe Herrera, *cit.*

[\[22\]](#) Para los tres últimos párrafos sigo «Ejército del Norte. Servicios. Sanidad: “El peligro del

piojo en las fuerzas armadas y su exterminio”», AGMAv., 1247, 37, pp. 3-6.

[23] «Ejército del Norte. Servicios. Vestuario y equipo: Informe sobre envío de prendas para almacenes de E. en Caminreal», AGMAv., 1247, 39, pp. 5-6. En aquel momento, las existencias con que se contaban se reducían a lo más básico: 13.429 pares de botas, 11.530 calcetines, 7.252 cazadoras, 12.390 pasamontañas y 4.000 mantas cuyo envío se acababa de confirmar.

[24] «Movilización, Instrucción y Reclutamiento. Información. Información. Información del enemigo. Influencia de la Batalla de Teruel en la situación del Ejército Rojo», AGMAv., 1946, 3, pp. 5-6.

11. EL GOLPE FINAL Y LA RECONQUISTA DE TERUEL. DEL 17 AL 22 DE FEBRERO DE 1938

Por lo que respecta al ejército sublevado fueron los últimos días de la batalla de Teruel los que supusieron un mayor número de bajas en el conjunto de los combates, variando entre los 10.400 y los 13.000 hombres. Así pues, los números hablan a las claras de lo encarnizado de la lucha y los desesperados intentos de las unidades republicanas por evitar el cierre de la pinza sublevada sobre la capital. De entre las grandes unidades del ejército rebelde fue el CEG el que se llevó la peor parte en el último tramo de las operaciones, llevando a cabo las más comprometidas y, por tanto, recibiendo el grueso de los contraataques del EP. De hecho, fueron las divisiones 150.^a y 84.^a las más afectadas.[\[1\]](#) Ambas unidades estaban situadas en la parte central del flanco izquierdo del dispositivo de cinco divisiones que debía envolver la ciudad de Teruel por el norte y el este, todo ello para conectar con las unidades del CEC al sur. Desde Villalba Baja hasta la confluencia del río Alfambra con el Río Seco, tres kilómetros al norte de la capital, su misión era cruzar el cauce del primero, atravesar la intrincada orografía de Sierra Gorda y pivotar hacia el sur tras alcanzar la carretera de Corbalán para avanzar más allá de la carretera de Sagunto.

El parte de operaciones de la 83.^a División nos permite observar que esta operó de forma conjunta con la 150.^a, coordinadas ambas por Martín Alonso, jefe de la primera. Situadas en el centro mismo del operativo rebelde al norte de la ciudad, ambas serían vitales en el cierre de la pinza sobre Teruel, que quedó prácticamente sellado cuatro días más tarde. Al norte, su despliegue fue flanqueado y protegido por las divisiones 84.^a y 13.^a, que partían de posiciones más favorables, aunque hubieron de superar un relieve muy escabroso. Más al sur, la 1.^a División de Navarra, comandada por García-Valiño cubría la penetración por el sur, encomendada con la toma de las estribaciones montañosas que envuelven el casco urbano por el noreste y el este. Sea como fuere, la dureza del invierno se seguía dejando sentir una vez

más, con un mínimo de casi -10° la madrugada del 17, forzando además un retraso en el lanzamiento de las operaciones «a causa de la densa niebla existente». Tanto es así que la masiva preparación artillera, donde intervinieron las piezas del EdN, el CEG y las propias divisiones, no pudo dar inicio hasta las once de la mañana, y habría de extenderse a lo largo de toda la jornada. Los primeros tanteos de la vanguardia de la 83.^a División, encabezada por la Mehal-la, se habían encontrado con una enconada resistencia por parte de un EP bien atrincherado, quedando frenados en la llamada Estación de Ojos Negros, al norte de Los Baños. Y ello a pesar de que las unidades republicanas encargadas de resistir el último embate habían participado ya en uno u otro momento de la batalla de Teruel y arrastraban consigo un terrible desgaste que hacía mella en su potencial combativo.

La propia aviación rebelde hubo de emplearse a fondo batiendo las posiciones republicanas. Jeremías Sánchez recogía en su diario que «nuestra aviación no se quitó del aire en todo el día».[2] Sin embargo, más al norte las divisiones 84.^a y 13.^a sí que habían conseguido cruzar el río y penetrar de forma decidida en el dispositivo enemigo (véase mapa 4). Luis de Armiñán, siempre en contacto con los soldados y el territorio a lo largo de la batalla, dio buena cuenta del obstáculo formidable que planteaba el cauce y su entorno, sobre todo porque en muchas partes del valle, entre Villalba Baja y Los Baños, al otro lado del río se levantaban montañas muy escarpadas y pedregosas que habrían de ser remontadas en el curso del avance.[3] Eso evidentemente contribuía a encoger el ánimo de los combatientes, que solo tenían que levantar la vista para ver lo que les esperaba. También García-Valiño dejó constancia en sus memorias de guerra del obstáculo real que planteaba el cauce para las unidades asaltantes, al menos en su posición, que era en la confluencia del Alfambra con el Río Seco, ello a pesar del caudal escaso que portaba el primero:

El cauce por el que discurre el río es muy amplio, casi todo él seco, cubierto de cascajo y grandes piedras de aluvión, que hacían muy difícil el paso de la infantería y, sobre todo, del ganado. Algunos matorros de adelfas, troncos de árboles tronchados y un enjambre de raíces a flor de tierra dificultaban igualmente el paso de los carros.

Sin embargo, más allá de los graves problemas de movilidad que planteaba este obstáculo natural, la principal dificultad que surgía ante los asaltantes era la consistencia y calidad de las fortificaciones en las que se protegía el enemigo:

La orilla enemiga [...], alta y cortada, dominaba en todo su desarrollo a la derecha, que se extiende en suaves colinas hasta el río. En aquella el enemigo había fortificado con una densidad de obras muy grande y acumulado muchas ametralladoras, cuyos fuegos batían a la perfección la desolada margen *por donde forzosamente habían de pasar las tropas atacantes*. El cauce estaba completamente batido con fuegos de enfilada muy bien estudiados. A partir de aquí la fortificación se extendía en profundidad varios kilómetros [sic].[\[4\]](#)

Como vemos, García-Valiño se amparaba en la inevitabilidad de los hechos y en el sentido del deber para enviar a sus hombres a una muerte segura, mostrándose sin más alternativas que las de ordenarles cruzar el río a pesar de ser un suicidio. Desde luego podía haber esperado al avance de la 83.^a División, un poco más al norte, algo que habría facilitado el asalto de sus tropas al verse hostigados los defensores con fuego desde el flanco. Sin embargo, no era este el estilo de García-Valiño, tal y como demostraría los días 17 y 18 de febrero. De hecho, en la primera jornada de ofensiva dio orden de cruzar el río a pecho descubierto a las tropas de la 2.^a Agrupación, integrada por la 5.^a Bandera de la Legión y dos tabores de regulares. Su objetivo era tomar la cota 962, un kilómetro al sur de la confluencia entre el Alfambra y la rambla del Río Seco. Tan despejado era el terreno que habían de recorrer, en su gran mayoría huertas, y tan bien cubierto estaba el perímetro por las ametralladoras enemigas que el número de bajas de la jornada fue altísimo. Así pues, los supervivientes tuvieron que agazaparse tras cualquier mínimo obstáculo que pudieran encontrar, aferrándose a la tierra durante horas hasta la llegada de la noche. Y es que cualquier intento de retirada suponía una muerte garantizada y un descrédito de consecuencias incalculables ante el temperamental comandante de la división. No obstante, la oscuridad no trajo consigo la orden de volver a las posiciones de partida, sino la de permanecer allí a la espera del día para proseguir con el ataque.[\[5\]](#)

Por su parte, la 83.^a y la 150.^a divisiones, que debían operar de forma

escalonada, antecediendo la primera a la segunda en su avance, tan solo pudieron cruzar el río Alfambra al amparo de la oscuridad, hacia el final de la tarde, encontrando puntos de paso desde el sur de Tortajada hasta la zona situada al norte del puente del tren minero. A las muchas incomodidades de aquellos asaltos, como los calambres en las extremidades, las palpitaciones, el sudor helado, la boca seca o las sensaciones de desvanecimiento, había que añadir una no menos importante y significativa, señalada por Luis de Armiñán tras su paso por el frente: por aquellas fechas casi todos los soldados seguían adelante afectados por fuertes congestiones y trancazos a causa del frío extremo y las malas condiciones de vida. Así pues, «la nariz, que gotea tristemente»; el mal de cabeza; los estornudos y las toses formaban parte de la miseria cotidiana de los soldados.[6] De hecho, desde su posición en el mencionado pueblo, Jeremías Sánchez dejaba constancia en su diario del efecto sobrecogedor y el miedo que causaban «el tiroteo y bombas de mano» en plena noche, algo a lo que estaban poco acostumbrados los combatientes en la guerra civil.[7] Sin embargo, el progreso de la Mehal-la de Gomara en vanguardia había conseguido introducir una cuña suficientemente grande en el dispositivo enemigo como para que los esfuerzos republicanos se concentraran en tratar de reducir a la avanzadilla por medio de cuatro contraataques lanzados a lo largo de la madrugada. Esto propició una reducción de la presión defensiva sobre la orilla del río, permitiendo el cruce de las unidades de la 1.^a Brigada de la 83.^a División, al mando del coronel Mohamed Ben Mizzian (1897-1975), así como del conjunto de la 150.^a División, más al norte.

A la salida del sol una espesa niebla envolvía una vez más el teatro de operaciones, forzando hasta el mediodía el retraso de la preparación artillera que debía preceder al avance de las tropas de la 83.^a División sobre las lomas que separaban los lechos del Alfambra y la rambla del Río Seco. Así pues, para evitar más demoras la infantería fue lanzada contra las posiciones enemigas, amparada por el fuego de cobertura de las baterías y el apoyo constante de la aviación, de tal manera que al final de la jornada las fuerzas rebeldes habían conseguido cortar la carretera de Corbalán en varios puntos. De noreste a suroeste, y en una línea imaginaria de cuatro kilómetros, la 84.^a

División había tomado los altos de El Tocón y El Chopo, este último a 1.277 metros, mientras que la 83.^a tenía bajo su control la cota 1077, ambas sobre la mencionada vía de comunicación; entre ellas, la 150.^a había conseguido acompañar los progresos y consolidar las conquistas, poniendo bajo control sublevado toda Sierra Gorda. Al final de ese día 18 de febrero se constataba que la resistencia republicana había disminuido de forma muy notable, y los informes eran tan optimistas como para señalar que «nuestras tropas han podido realizar avances superiores a los previstos».[8] Sin embargo, ese día Jeremías Hernández se mostraba apesadumbrado por el altísimo número de bajas, que veía descender por las laderas de las montañas situadas al norte, al este y al sur de Tortajada: «Un día triste, operando por las alturas de Teruel; un día triste, los rojos los meten entre nosotros; no quiero hablar».[9] Al fin y al cabo, había sido un día de combates encarnizados que se habían saldado con 1.000 bajas para las fuerzas republicanas.

Una de las unidades enviadas por el Estado Mayor del EP para intentar contener el avance rebelde fue la 25.^a División, muy maltrecha por el primer mes de combates en torno a la capital hasta su retirada a primeros de enero. Su misión era contraatacar contra el flanco izquierdo de la 13.^a División sublevada, en su avance de cobertura desde Villalba Baja hasta la carretera de Corbalán y contra la 84.^a División en sus posiciones recién conquistadas del Alto de la Torana, pero apenas pudo entrar en acción debido a la aplastante superioridad aérea del enemigo. Sin embargo, lo que más me interesa destacar es que la noche antes de su proyectada entrada en acción se vivieron momentos de gran tensión entre los mandos de la unidad y el CE al que estaba adscrita, lo cual constituye una buena prueba de que las divisiones políticas seguían jugando un papel importante en el seno del EP. Contra el criterio de García Vivancos, su comandante, Saturnino Carod (1903-1988), comisario anarquista de la unidad, se negaba a enviar a los hombres de la 25.^a División a combatir en aquellas condiciones, carentes de armas y equipo adecuados. Así pues, cuando se les ordenó presentarse en el cuartel general del XX CE, al mando del comunista Francisco Galán (1902-1971), se accedió a conceder todo lo necesario bajo condición de que Carod aceptara un carnet del PCE.[10] La idea era que presionara a la jefatura de la CNT para que se

uniera a los comunistas como organización sindical del partido, alegando que solo a través de esa unidad política podría ganarse la guerra. El comisario recordaba así la acalorada discusión:

En un cobertizo trasero había armas suficientes para volver a equipar a los hombres. Entre ellas había ametralladoras Maxim, cosa que nosotros nunca habíamos tenido. «Haré que los hombres bajen de los camiones y recojan las armas». «Eso será solo cuando aceptes el carnet del partido» [...]. Les canté las cuarenta. Uno de ellos me rodeó los hombros con el brazo y dijo: «Cálmate, Carod, no hace falta ponerse así. Los camaradas no te han planteado la cuestión correctamente. Vosotros los españoles sois todos iguales. No te preocupes, que todo se arreglará» [...]. Hasta más tarde no supe cuál era su verdadero nombre: Togliatti, el líder comunista italiano.

Desbordado por la situación, Carod amenazó con marcharse a buscar armas y pertrechos en otro CE, e incluso se puso en contacto con el general Hernández Saravia, comandante del EdL, del cual dependía el XX CE. Francisco Galán, que al contrario que sus asesores y gente de confianza se daba cuenta de la gravedad de la situación, acabó dialogando con Carod y le ofreció la posibilidad de salvar los impedimentos surtiéndose en un depósito militar cercano, donde había medios para toda la división. Sin embargo, cuando hizo las llamadas necesarias para autorizar la entrega de armas y pertrechos descubrió que ya había sido capturado por el enemigo en su avance sobre Valdecebro y la rambla de la Baronía de Escriche.^[11] De hecho, en el extranjero se hacían eco de este problema, tal y como revela el artículo del *Frankfurter Zeitung* del 6 de febrero de 1938, donde se afirmaba de modo ilustrativo que «todavía ocurre a veces que la artillería no puede ser salvo en algunos casos llevada al frente debido a que el grupo que posee los cañones no se entiende con el de los proyectiles».^[12] En cualquier caso, los objetivos asignados a la 117.^a BM de la 25.^a División eran tan surrealistas como imposibles, debido al potencial ofensivo del enemigo y a las condiciones en que se encontraba la propia unidad. La idea era ni más ni menos que la mañana del día 19 de febrero contraatacara el flanco izquierdo del dispositivo enemigo para recuperar toda Sierra Gorda y la margen izquierda del Alfambra hasta Villalba Baja, lo cual suponía un avance de entre 10 y 15 kilómetros y poner en fuga a cuatro divisiones del ejército

sublevado. De no ser posible esto último se ordenaba encarecidamente conservar las posiciones estratégicas de El Chopo y el Alto de la Torana, que al final de ese día 18 ya estaban firmemente en manos golpistas. Así pues, esto aún hace más comprensible el enfado y la rabia de Carod y refleja el caos imperante entre las filas republicanas en aquellos últimos compases de la batalla.[\[13\]](#)

El teniente del EP Enrique Genovés (1916-?), estuvo al mando de una de las compañías de la 125.ª BM de la 28.ª División, que también participó en los frustrados contraataques contra el Alto de la Torana, justo al sur de donde operaba la 25.ª División de García Vivancos y Carod. Antes de recibir la orden de partir para Teruel se encontraban acantonados en Fonz, entre Monzón y Barbastro, donde todo el mundo, civiles y combatientes, era consciente de la gravedad de lo que estaba ocurriendo en torno a Teruel, donde los combates debían de estar siendo extremadamente duros y sangrientos. Por eso mismo, Genovés recuerda que el labrador que lo alojaba allí, Antonio Esplugas, le dio un abrazo y le dijo: «Dios te guarde», sabedor de que quizás nunca volvería. El caso es que el día 19 de febrero, cuando entraron en acción desde la rambla de la Hoz, entre el Alto de la Torana y el Alto del Carrascal, todo estaba prácticamente decidido por la desmoralización de las tropas republicanas, su falta de reservas y la aplastante superioridad de los rebeldes:

En Teruel no conseguimos nada. [...]. Fue un desastre, porque nosotros atacábamos en un punto que tenía cierta pendiente, pero a nuestra derecha atacaba un batallón de la 126.ª Brigada [también de la 28.ª División], y su terreno era como la palma de la mano [la carretera de Corbalán en dirección Teruel]. El mando de esa brigada era terriblemente entusiasta, ingenuo e ignorante. Se lanzaron por aquel llano sin ninguna protección y los cazaron como les dio la gana, hasta el punto de que esa noche el resto del batallón tuvo un conato de rebelión, porque murió mucha gente. Sin embargo, nosotros solo tuvimos un herido.[\[14\]](#)

Por su parte, García-Valiño seguía empeñado en tomar la cota 962 costara lo que costara, ya que la 83.ª División se encontraba casi tres kilómetros al noreste de dicha posición y podía batirla desde allí. Esto hizo que la mencionada unidad se viera obligada a desplegar efectivos en todo su flanco

derecho para proteger su avance y las cotas conquistadas a lo largo del día 18. La mañana de dicha jornada se había hecho saber que la cota 1013, un kilómetro al este del punto de partida de la 1.^a División de Navarra y casi un kilómetro y medio al noreste de la 962, había sido tomada. Esto hacía pensar que el asalto sobre esta última estaba dentro de las posibilidades de la unidad, dado que desde allí se hacía fuego cruzado en toda la zona por la que debían progresar las tropas al mando de García-Valiño. A pesar de todo, pronto comprobaron que el terreno seguía estando intensamente batido, hasta el punto de que los regulares parece que no hicieron ni el más mínimo intento de lanzarse al asalto, a pesar de las amenazas. Esto llevó al teniente coronel Rafael Tejero, mando de la 2.^a Agrupación, a encabezar el ataque al frente de sus subordinados con el fin de dar ejemplo a la tropa. Sin embargo, pronto se encontraron bajo una lluvia de fuego cruzado, también procedente de la cota 1013, que destrozó a casi toda la compañía, incluido el propio Tejero. Por un error en la transmisión de información, un rumor, la tranquilidad de la posición o las propias ansias de García-Valiño por avanzar, casi 200 de sus hombres habían caído bajo las balas. Al parecer, se sucedieron los cruces de acusaciones entre el comandante de la 1.^a División de Navarra y el del CEG, Aranda, que alegaba referirse a otra cota, una buena prueba del alto coste que podía llegar a tener un error en las lecturas cartográficas o en la interpretación de la información. Sea como fuere, la muerte de Tejero, que era un hombre querido entre sus tropas, levantó suspicacias en los combatientes, que en algunos casos vieron detrás la mano negra de García-Valiño. Así se lo confesó a Pompeyo García el veterano navarro de la unidad Eusebio Burguete:

Tejero era el único que le cantaba las cuarenta a García-Valiño, tanto cara a cara como por teléfono. Y era mejor que él. No sé qué pensar: da lo mismo que el tiro que lo mató viniera del enemigo que de un traidor convenido. Hay formas sutiles en la guerra de apartar al subordinado que molesta: es muy fácil prometerle un ascenso y encomendarle una misión imposible de cumplir. Tejero le había recordado más de una vez a Valiño que una bomba se compra con dinero, pero una persona cuesta mucho esfuerzo, y tiene madre...[\[15\]](#)

Nada de ello había sido óbice para que las vanguardias de la 83.^a División

prosiguieran con las operaciones a partir del mediodía, acompañadas siempre por el apoyo de la aviación y la cobertura artillera. Sin embargo, la tarde del 19 destacamentos de la unidad redujeron la resistencia en la cota 1013, lo cual permitió que las tropas de la 1.^a División de Navarra pudieran rebasar la cota 962 por los flancos y tomarla, llegando al Cerro de Santa Bárbara al final de la tarde. Así pues, el episodio de Rafael Tejero forma parte de los mitos y los rumores propios de la guerra y de los pequeños microcosmos culturales de cada unidad. Por su parte, antes de las dos de la tarde la 83.^a División había tomado las estratégicas cotas de más de 1.120 metros situadas sobre La Calera y, también, el Horno de la Cal, desde ahí y a dos kilómetros la artillería tenía a tiro Valdecebro al sureste y el Mansueto al sur. Animados por el éxito y a la vista de la desbandada republicana, incapaz de sobreponerse a la superioridad aérea, el fuego de las baterías enemigas y la determinación de su infantería, las tropas de Ben Mizzian prosiguieron su descenso en dirección a las lomas de El Enebral, al este de Mansueto, que tomarían a media tarde sin combate. Una hora después, y relevando de forma constante a las diferentes unidades que iban en vanguardia de la 83.^a División, caía esta imponente posición de 1.151 metros, «a pesar de lo abrupto del terreno» y «haciendo prisioneros a la mayor parte de las fuerzas enemigas que lo guarnecían». Ese día los casos de indisciplina y desertión entre las filas del EP habían aumentado de forma exponencial, algo que a duras penas podía ser contenido por los mandos, que trataban de restablecer el orden con amenazas y medidas drásticas. De hecho, lo dramático de los combates en primera línea contrasta con la vida tranquila de los artilleros rebeldes, acentuada desde primeros de febrero por la casi total ausencia de oposición de los cañones y la aviación enemigas. De hecho, ese día 19 se saldó en el diario de Jeremías Hernández dando cuenta de un grave conflicto con otros compañeros porque había roto una de las dos botellas que habían conseguido mientras intentaba abrirla, lo cual no deja de ser buena prueba del alto grado de dependencia de muchos combatientes respecto al alcohol.[\[16\]](#)

El día 20 consumaría el fin de la esperanza republicana, con el cierre casi definitivo del cerco sobre Teruel. De hecho, a primera hora del día las tropas de la 83.^a División al mando de Ben Mizzian confluyeron con elementos de

García-Valiño en el Cerro de Santa Bárbara, que domina toda la ciudad. Por su parte, otros efectivos de la 2.^a Media Brigada al mando del teniente coronel Guillermo Quintana descendieron hacia el suroeste para cortar la carretera de Sagunto, encontrando en su avance fuerte resistencia enemiga desde todos los flancos. Sin embargo, a lo largo de la tarde consiguieron controlar las principales cotas a uno y otro lado de dicha vía de comunicación, poco antes de la bajada que desciende hasta el desvío de la Fuente Cerrada. Los desesperados intentos republicanos de abrir el sello de los sublevados se tradujeron en contraataques acompañados por tanques, que poco pudieron hacer dado el dominio estratégico del terreno por parte del enemigo. A última hora del día los Regulares de Ceuta de la 83.^a División habían llegado a la confluencia del Camino de los Tejares con la carretera de Sagunto, justo donde se encuentra actualmente el Hotel Civera.

Peter Kemp, que estaba 80 kilómetros al norte de la capital del sur de Aragón, recuerda ver cada día «grandes formaciones de bombarderos enemigos, escoltados por cazas, que volaban sobre nosotros en dirección a Teruel, pero a nosotros jamás nos molestaron».[17] De hecho, el día 21 tuvo lugar uno de los combates aéreos más célebres de toda la guerra, donde, al igual que ocurría a ras de suelo, los aviadores republicanos se batieron a la desesperada tratando de dar protección a sus tropas y de contener la absoluta superioridad de los rebeldes en el cielo. Uno de los implicados en aquel lance, donde confluyeron más de un centenar de aparatos de ambos bandos, fue el sargento y piloto de caza republicano Francesc Viñals (1914-?). Él pilotaba uno de los 19 Polikarpov I-15 en misión de vigilancia sobre la zona de combate al sureste de Teruel, entre Valdecebro y La Aldehuela, justo donde se estaba produciendo el cierre de la pinza rebelde sobre la ciudad. Allí se toparon con una formación de bombarderos rebeldes escoltados por cazas biplanos Fiat C.R.32 o Chirris, uno de los cuales estaba pilotado por el mítico aviador Carlos de Haya Martínez (1902-1938), que a la postre era el cuñado de García Morato y que formaba parte del grupo de caza italiano Asso di Bastoni.[18] Durante el combate, tres de los aviadores republicanos, Conrad Suazo, Josep Mora y el propio Viñals, derribaron cada uno de ellos un caza, momento en que este último decidió tomar altura para intentar interceptar a

algún caza despistado por la vorágine de los combates. Su testimonio nos da una idea de la fugacidad, la angustia y lo imprevisible de la lucha en el aire:

Tenía la sensación de que tenía a alguien detrás, pero miraba y no veía a nadie. Por si acaso decidí girarme hacia la izquierda para ver mejor. En ese momento, un Chirri me entró desde las seis [es decir, por la cola, desde atrás] y me embistió. Perdí el colimador, la portezuela de entrada a la cabina y alguna parte más del aparato. Después del choque, y durante unas décimas de segundo, el Chirri se quedó quieto delante de mi Chato, y yo, instintivamente, abrí fuego y lo alcancé. Debí de herir al piloto porque no lo vi salir de la barrena en la que entró.[\[19\]](#)

A continuación, dado el mal estado en que se encontraba su caza, Viñals se vio obligado a realizar un aterrizaje de emergencia en un campo de cultivo cercano de Formiche Alto, muy pocos kilómetros al sureste. El piloto del Fiat que se había llevado por delante el estabilizador de cola y parte de la carlinga o cabina del Chato del piloto catalán era De Haya, a quien se le había prohibido volar aquel 21. Según cuenta la familia, el día anterior había marchado de urgencia a Bilbao para dar el último adiós a su madre y asistir a su entierro. Así pues, el 21 de febrero había regresado en coche y sin dormir hasta su base en el aeródromo de Bello a unos 90 kilómetros al noroeste de Teruel en línea recta, ya cerca del límite provincial con Zaragoza. Sin embargo, contraviniendo las órdenes y en lo que podríamos considerar un acto de inconsciencia, decidió salir en misión con sus compañeros italianos, con el consabido y fatal final. Por eso mismo, el episodio nos revela una vez más que la guerra aérea no solo depende de la fortuna, sino también y en muy buena medida del propio estado físico y psíquico del aviador. En cuanto a Viñals fue conducido a Sarrión, y al día siguiente, con ayuda de «un mecánico local» que «improvisó algunos arreglos [...] logró poner en marcha el motor». Para volver a poner en el aire el aparato el alcalde de Formiche Alto consiguió la ayuda de algunos de sus convecinos, de forma que gracias a ellos y a unos bueyes pudieron situarlo en uno de los extremos del sembrado, para poder alcanzar las revoluciones necesarias para despegar.[\[20\]](#)

En este sentido, las operaciones de los días 21 y 22 consistieron en consolidar los éxitos de las operaciones de los días anteriores y en recoger los frutos. Sin embargo, aquello no era un mero trámite y el goteo de bajas no

cesaba, ya que no era extraño que las diferentes unidades implicadas en la operación se encontraran con puntos fortificados, tal y como le ocurrió a Félix Ureña y sus compañeros. La jornada del 21, el 10.º Batallón del Regimiento de Infantería Burgos n.º 31, al cual pertenecía, cruzó el río Alfambra en su curso bajo, justo entre el puente del ferrocarril de Zaragoza y la unión con el Guadalaviar. Todo se dio sin grandes complicaciones hasta que a media tarde llegaron al Convento de los Franciscanos en dos filas, por la carretera de Zaragoza y la vía férrea, hasta la boca de la calle San Francisco. Allí recibieron una inesperada lluvia de metralla «por armas de repetición y automáticas» de uno de los últimos focos que debían resistir en la zona que les reportó un herido. En cualquier caso, a primeras horas de la mañana entraron en la plaza del Torico sin más novedad.[\[21\]](#) Como solía ser común en el caso de muchos combatientes alfabetizados, Félix Ureña aprovechó su condición de maestro para ser destinado a tareas de intendencia y logística, así que pocas veces se vio obligado a coger el fusil. Las mismas creencias religiosas que a unos les habían dado fuerzas para matar, a otros como al propio Ureña les impedían hacerlo, lo cual es buena prueba de las múltiples formas de entender la religiosidad que también podían darse entre las filas de un ejército de masas como el sublevado. De hecho, solía contarles a sus hijos que en caso de necesidad «disparaba hacia el cielo para no dar a nadie», porque «eso de matar... son palabras mayores», un modus operandi que al parecer no era extraño en el frente.[\[22\]](#)

De hecho, la jornada del 22 de febrero otras unidades de la 83.^a colaboraron con la 81.^a División en la toma al asalto de la plaza de toros y el Ensanche, al otro lado del Viaducto, lo cual se sumó el control de toda la vega del Turia en su giro y descenso hacia el sur, cogiendo por la espalda a las últimas fuerzas republicanas que se oponían al avance del grueso del CEC. Aunque aún no lo sabían, eran las fuerzas de El Campesino las que, derrotadas y desmoralizadas, se abrieron paso a través de la vega del Turia en un intento por alcanzar las líneas republicanas, dejando tras de sí infinidad de muertos, heridos y prisioneros. De hecho, la propia 83.^a División empleó la madrugada del día 22 en aplastar a los últimos defensores de la capital con los que se topó, culminando en su caso con la entrada en la ciudad de los

Regulares de Ceuta y el 3.er Batallón de Mérida. Por lo que respecta a esta unidad, sus operaciones de finales de febrero en torno a Teruel no tuvieron un alto coste en vidas humanas, lo cual prueba que dicha unidad no estuvo en los sectores más expuestos. Entre tropa y suboficiales se lamentaba la muerte de 32 hombres, a los cuales había que sumar las de dos oficiales intermedios, que por lo general era el personal más sensible desde el punto de vista militar, por la dificultad a la hora de sustituirlo por individuos con experiencia y aptitudes de mando. Sin embargo, los heridos eran muchos más, contabilizándose hasta 204 entre los primeros y 18 entre los segundos. De hecho, las bajas se concentraban de forma muy clara entre las tropas al mando de Ben Mizzian, siendo casi el doble que las de Guillermo Quintana, por haber estado las primeras en vanguardia. También los animales de tiro, durante el traslado de municiones y víveres a primera línea, sufrieron los rigores de la guerra, ya fuera por sobreesfuerzo o por heridas de metralla, dando como resultado la muerte de cinco caballos y 13 mulos, así como decenas de heridos. Sin embargo, lo que quizás revelaba con mayor claridad el esfuerzo realizado y la cantidad de medios puestos en liza era el enorme gasto en obuses, granadas y cartuchos, consumiéndose en apenas seis días de combate 6.500 proyectiles de 75 mm y 5.500 de calibres superiores a los 100 mm. Se trata de unas cifras fabulosas, que dan cuenta del tremendo poderío artillero y la potencia de fuego alcanzada por el ejército sublevado en los prolegómenos de la batalla de Teruel. Lo mismo constatamos al observar el número de cartuchos de 7 mm consumidos, que alcanzarían los 650.000, y que se situarían entre uno y dos centenares en los cartuchos de 7,92, 6,5 y 8,03; o al atender al consumo de granadas de mano hasta casi las 6.000.

Todo esto nos da un reflejo bastante claro del modo dominante de hacer la guerra durante el conflicto del 36-39, a pesar de los cambios y evoluciones experimentados al calor de su propio devenir, que consistiría en fuertes preparaciones y coberturas artilleras acompañadas por las pasadas de la aviación y seguidas por un asalto frontal de las posiciones enemigas por parte de la infantería. Así lo prueba el alto consumo de granadas y de cartuchos; en este último caso, y haciendo una estimación a grosso modo, a razón de unos 150 por combatiente, descontando al personal de servicios y a las tropas de

reserva. También el número de enemigos muertos, 427, y prisioneros, 671, dan buena cuenta de la naturaleza de los combates de aquellos últimos días, siendo el número de bajas mortales casi trece veces mayor.[\[23\]](#) Además de probar una clara superioridad de las armas rebeldes en lo que a potencia de fuego se refiere, las abultadas cifras revelan que las tropas republicanas debieron de encontrarse muy a menudo en desbandada tras ofrecer una primera resistencia, algo que parecen certificar los partes de operaciones. No por nada, las retiradas son las situaciones en las que un ejército corre mayores riesgos de desastre y disolución, por la pérdida de la disciplina, la incapacidad para responder a los ataques y el aumento de la exposición que comportan, algo que quedó bien probado una vez más en los compases finales de la batalla de Teruel. Sin embargo, el antiguo teniente republicano José Lacunza, que reconocía la magnitud del desastre en aquellos últimos días, subrayaba algo crucial desde su experiencia como mando intermedio que compartía los infortunios de las tropas:

Hubo muchas bajas. Me quedé como único oficial de la compañía, con dos sargentos, porque el resto había tenido que ser evacuado. Me quedé casi solo. Yo era teniente y lo pasé muy mal. Perdíamos, y era difícil mandar en esta situación. El mando consiste en pedir sacrificios, y no estábamos en condiciones de exigir demasiado. A veces no teníamos ni comida, no nos llegaba el suministro. [...]. Dentro de la mochila, llevaba siempre un bote de leche condensada, y un día que no teníamos absolutamente nada para comer, tomé aquel bote y me escondí para poder comer sin que nadie me viera. ¡Qué hambre teníamos![\[24\]](#)

Así pues, como vemos, los propios mandos se sentían deslegitimados para seguir exigiendo esfuerzos y sacrificios a sus hombres, tal debía ser el miedo, el cansancio, la desesperación y la situación de exposición en que se encontraban. En aquellas condiciones, intentar cualquier tipo de resistencia hubiera sido un suicidio, sobre todo después de tantos desvelos y dada la abrumadora superioridad de las fuerzas rebeldes. El caso es que durante aquellos últimos días de la batalla los partes que informaban del transporte de prisioneros republicanos alcanzaron números fabulosos, al menos dentro de las proporciones de la guerra civil, lo cual pone de manifiesto la magnitud de la debacle del EP. El día 17 de febrero se informaba de la salida de 149

prisioneros hacia el campo de concentración de Orduña, instalado en el colegio jesuita, mientras que otro grupo que reunía a 71 prisioneros marcharía en la misma dirección hacia el campo de Murgía, donde serían puestos a disposición de las autoridades civiles. Al día siguiente partían 268 prisioneros desde Daroca, cien kilómetros al noroeste de la capital del sur de Aragón, con destino al campo de concentración de Miranda de Ebro. El día 19 fueron 104 los transportados a Orduña. Tres días más tarde fueron fusionados dos grandes grupos en su camino hacia este centro de concentración vizcaíno, sumando un total de 894 prisioneros. También el 23, jornada posterior a la reconquista de Teruel, partieron tres grupos: uno de 800 prisioneros destinado al campo de concentración de Estella, un segundo de 550 prisioneros dirigidos al campo de Murgía y un último grupo de 462 que sería encaminado al campo de Orduña.[\[25\]](#) En muchos casos, como Estella, Orduña o Murgía, se trataba de puntos de concentración de prisioneros surgidos durante la llamada Campaña del Norte, entre abril y octubre de 1937. En principio no tendrían por qué haberse convertido en campos de concentración, pero fruto de las dificultades logísticas de trasladar a los cautivos y clasificarlos se convirtieron en instalaciones permanentes. Otra cosa era el campo de concentración de Miranda de Ebro, que dada su posición estratégica, acabó siendo uno de los más paradigmáticos y de más larga duración.

El total de prisioneros capturados en las últimas semanas de la batalla de Teruel había sido de 7.712, a los cuales cabe sumar otros 268 cogidos en el curso del ataque republicano en el sector de Vivel del Río, ochenta kilómetros al norte de la capital provincial. El conjunto de las operaciones en dicho teatro —es decir, desde mediados de diciembre— arrojaba un balance total de 10.105 cautivos, al menos según queda reflejado por la documentación militar.[\[26\]](#) En previsión de ello y de las próximas ofensivas se habían llevado a cabo ampliaciones de los campos de concentración por medio de barracas desmontables. Sin embargo, las expectativas se vieron muy pronto superadas por la realidad, y más aún todavía con el comienzo de la ofensiva de Aragón a principios de marzo.[\[27\]](#) El reto logístico planteado por tamaño traslado exigía un gran esfuerzo de coordinación. Desde el teatro

de operaciones turolense hasta Miranda, los prisioneros eran transportados en ferrocarril con escoltas compuestas por un oficial intermedio, generalmente alféreces o suboficiales de confianza que tenían a su cargo un grupo de entre ocho y diez falangistas. Casi con toda probabilidad, estos últimos pertenecían a las milicias de segunda línea, los militantes que se sumaron al partido radicalizados por la victoria del Frente Popular, el golpe de Estado y los acontecimientos de las semanas siguientes, quizás también deseosos de labrarse un futuro político en el nuevo régimen. Estos nuevos falangistas, que debían hacer méritos para acreditarse y no ser tildados de oportunistas, debían ser vistos por eso mismo como elementos de confianza, caracterizados por su particular celo, de ahí que se pensara en ellos como guardianes adecuados en la escolta de prisioneros. Por último, el hecho de que se pusiera a su mando a un militar respondía a las jerarquías imperantes dentro del propio régimen, donde debía quedar claro que el ejército era la principal argamasa sobre la cual se sustentaba la nueva coalición gobernante. Así pues, el 23 de febrero se solicitó desde el EdN al comandante de la VI Región Militar que pusiera sobre aviso a las autoridades del campo de Miranda de Ebro para estar en posición de distribuir «pan y rancho frío todo el día» 24 con el fin de alimentar a los últimos prisioneros llegados de Teruel, quienes seguramente apenas habrían probado bocado desde su captura días antes. Desde allí, nudo estratégico de comunicaciones, se pondrían en camino los contingentes asignados a los diferentes campos del espacio vasco-navarro.

[\[28\]](#)

Jeremías Hernández, que la noche del 20 al 21 de febrero fue trasladado con su pieza al Cerro de Santa Bárbara, asistió desde allí a la reconquista de Teruel por las fuerzas sublevadas. El 22 su diario recogía que el día era bueno, y que a las cinco de la madrugada comenzaron a repicar las campanas de las iglesias de la capital conmemorando el éxito de las operaciones, quizás también para infundir ánimo en las tropas que seguían luchando a las afueras. De hecho, la guerra seguía, como quedó bien probado con la incursión de 35 aviones de las fuerzas aéreas republicanas que fueron recibidos por los tiros de la artillería antiaérea. Al día siguiente, cuando por fin pudo bajar a Teruel, quedó sobrecogido ante el escenario de ruinas en que había quedado

convertida la ciudad: «Da miedo el verlo, está todo por el suelo de los cañonazos y de la aviación, y con muchos muertos». Al mismo tiempo, tras contemplar la ejecución de 60 guardias de asalto pudo constatar que durante el barrido que se llevó a cabo de las viviendas y ruinas de la capital en busca de enemigos muchas veces no se tomaban prisioneros.[29]

En una guerra total nunca hay que darse por seguro, porque la desgracia puede sobrevenir en cualquier momento. La experiencia del excombatiente gallego Leandro Pérez (1916), zapador del ejército sublevado y miembro del Movimiento, da testimonio de esta cruda realidad. Este hombre, que hizo casi toda la batalla de Teruel en primera línea abriendo trincheras para la infantería de avanzada y minando caminos y otros puntos de paso, se jugaba la vida cada día, hasta tal punto que al final de la guerra solo quedaron 23 de los 180 hombres que componían inicialmente su compañía. Él mismo reconocía que «no me acuerdo mucho de la guerra, porque si lo hiciera me volvería loco. El horror y el miedo no se olvidan fácilmente». Sin embargo, fue en días posteriores a la reentrada de las tropas rebeldes en la plaza cuando presencié la muerte más inesperada de todas. Se encontraba paseando por las calles de la ciudad devastada con otros cinco compañeros y, «de pronto, se oyó un disparo y uno de mis compañeros cayó muerto al instante. ¡Había francotiradores apostados en las ventanas!».

Debía de tratarse de algún lobo solitario de la 46.^a División del EP que, quizás por encontrarse herido, no había podido acompañar a sus compañeros en su espectacular fuga a través del dispositivo sublevado en torno a la ciudad. Quizás, temeroso de caer en manos del enemigo y ser fusilado, decidió llevarse consigo a un pobre desgraciado antes de morir. La escena narrada por Pérez a continuación da cuenta del terrible rastro de devastación, miseria y muerte que había dejado tras de sí la guerra en la ciudad, que tardaría una década entera en recuperar algo de la normalidad previa al conflicto: «Tuvimos que llevar a ese hombre al cementerio. La visión era horrible: montañas de cadáveres con perros alrededor comiendo carne, la gente sin enterrar...».[30] Muchos de ellos debían de ser los cuerpos sin vida de los soldados republicanos y sublevados caídos en los últimos combates por la capital, así como también civiles recuperados de entre los escombros. Su

destino a partir de entonces sería yacer en las fosas comunes anónimas del camposanto de la capital.

James Neugass, que había pasado los últimos días de la batalla de Teruel entre Obón y Muniesa, ocupado en la evacuación de los heridos de las operaciones en el saliente de Vivel del Río, no supo nada del desastre de aquellos días hasta el mismo 22 de febrero, cuando se encontraba en Cedrillas. Abatido tras semanas de tanto estrés y sinsabores, todo en el pueblo le devolvía un aire decadente y de muerte prematura. Y aunque no sabía exactamente lo que había ocurrido podía intuirlo, se lamentaba, porque sabía que lo que había ocurrido durante la batalla de Teruel iba a ser decisivo en el devenir de la guerra: «Algo ha salido mal, muy mal. Todavía no sé lo que es, pero creo que debe de ser Teruel. Crías a un niño y después, a los diez años, se muere. Toda la energía, el dinero y el amor desperdiciados». De algún modo, en sus palabras no solo parecía intuirse que el desastre ya se había consumado antes de la pérdida de la capital del sur de Aragón, sino que además todos los esfuerzos habían resultado inútiles.^[31] En cualquier caso, su testimonio resulta tanto más interesante por cuanto nos habla de la desinformación del combatiente, reducido a la contemplación de su pequeño microcosmos, al cumplimiento de sus tareas y sometido a los rumores. También Goebbels se hacía eco de la victoria sublevada, aunque lamentaba que no hubiera propiciado un derrumbamiento completo del frente republicano, por mucho que se equivocara al señalar el día 24 de febrero que no se esperaba una gran ofensiva antes de abril.^[32] Más optimista era el ministro de Asuntos Exteriores italiano, Galeazzo Ciano (1903-1944), quien recogía en su entrada del día 22: «En España las cosas van bien. Teruel ha sido tomada de nuevo y las tropas avanzan. Berti cree posible llegar al mar y pide a Franco que se haga uso de nuestras divisiones».^[33] De hecho, en apenas dos semanas las fuerzas rebeldes desencadenarían una ofensiva general en todo el frente de Aragón, desde los Pirineos hasta las Cuencas Mineras, dejando al margen los escenarios de la batalla de Teruel. A mediados de abril las tropas de la 4.^a División de Navarra alcanzaron el mar Mediterráneo a la altura de Vinaroz.

[1] «Relación numérica de las bajas (H.E.M.)...», AGMAv., 1212, 2, pp. 2-4 y AGMAv., 1212, 4,

pp. 8-16.

[2] Jeremías Hernández Carchena, *op. cit.*, p. 78.

[3] Luis de Armiñán, *op. cit.*, p. 163.

[4] Rafael García-Valiño, *op. cit.*, pp. 208-209. La cursiva es mía.

[5] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, p. 238.

[6] Luis de Armiñán, *op. cit.*, p. 87.

[7] Jeremías Hernández Carchena, *op. cit.*, p. 78.

[8] «Cuartel General del Generalísimo. Información General. Información. Fuerzas Legionarias Italianas: Información facilitada por el Servicio de estas fuerzas (Enero, Febrero y Marzo 1.938)», AGMAv., 2445, 6, p. 20.

[9] Jeremías Hernández Carchena, *op. cit.*, p. 78.

[10] Francisco era hermano del héroe republicano Fermín Galán, fusilado tras la fallida Sublevación de Jaca de diciembre de 1930.

[11] Ronald Fraser, *op. cit.*, pp. 614-615.

[12] «Movilización, Instrucción y Reclutamiento. Información. Información. Información del enemigo. Influencia de la Batalla de Teruel en la situación del Ejército Rojo», AGMAv., 1946, 3, p. 19.

[13] «25 División. Cuartel General. 18-2-38», AGMAv., 2588, 7, p. 11.

[14] «Enrique Genovés. Valencia, 1916», en Sofía Moro, *op. cit.*, pp. 173-174. Acabada la guerra estuvo en prisión nueve meses, de donde pasó a un batallón disciplinario de soldados trabajadores, en el que estaría dos años y medio. Muchos años después recordaba la guerra como una experiencia formativa y un rito de paso hacia la edad adulta, una codificación que como él llevaron a cabo muchos otros jóvenes (pp. 166 y 177).

[15] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, pp. 239-240.

[16] Jeremías Hernández Carchena, *op. cit.*, p. 78.

[17] Peter Kemp, *op. cit.*, p. 126.

[18] De Haya era un pionero de la navegación nocturna, había sido jefe de operaciones en el frente sur durante los primeros compases de la guerra y salvador del Santuario de la Virgen de la Cabeza (Andújar) gracias al abastecimiento de los asediados desde el aire. Antes había tomado parte en las campañas de Marruecos, primero como intendente y más tarde como aviador, en la segunda mitad de los años veinte. Así pues, aparte de por su pericia en la guerra aérea, se entiende su celebridad en el bando franquista por haber contribuido de forma decisiva a uno de los principales mitos de la Cruzada. No por nada, poco después de su muerte sus restos fueron trasladados y sepultados en el mencionado santuario.

[19] «Francisco Viñals. Barcelona, 1914», en Sofía Moro, *op. cit.*, p. 308.

[20] Véase también *Ibid.*, pp. 306-309 y David Gesalí y David Íñiguez (ed.), *La guerra aèria a Catalunya (1936-1939)*, Rafael Dalmau, Barcelona, 2012, pp. 286-288. Años después, a petición del director del colegio de La Salle donde trabajaba Silvano Soriano, se encargó de acompañar a la hija de Carlos de Haya y a su esposo con su furgoneta al lugar donde se estrelló el avión. Entrevista con Silvano Soriano Larrea, *cit.*

[21] Félix Urueña Antón, *op. cit.*

[22] En correo electrónico con Isabel Urueña Cuadrado, 24 de mayo de 2016. El conflicto que se producía en muchos soldados al poner en una balanza sus acciones y convicciones queda bien reflejado por la investigación de Francisco J. Leira Castiñeira, «Movilización militar y experiencia de guerra civil. Las actitudes de los soldados del ejército sublevado», en Lourenzo Fernández Prieto y Aurora Artiaga Rego (eds.), *Otras miradas sobre golpe, guerra y dictadura. Historia para un pasado*

incómodo, Catarata, Madrid, 2014, pp. 171-174. Menciona casos en los que los combatientes tiraban al aire para no hacerlo contra el enemigo en su trabajo *La consolidación social del franquismo...*, *op. cit.*, p. 131.

[23] El botín era menor, pero igualmente importante, contabilizando un tanque, 20 ametralladoras, 16 fusiles ametralladores, 400 fusiles, dos morteros y numerosas municiones, entre otras cosas. Para los seis párrafos anteriores véase «Cuerpo de Ejército de Galicia. Partes de Operaciones. De las realizadas por la 83 División, los días 17 al 22 de febrero en el Frente de Teruel». AGMAv., 1339, 118, pp. 1-5.

[24] «José Lacunza Benito. Peñalba, Huesca, 1916», Sofía Moro, *op. cit.*, pp. 294-295. La leche condensada parece que era habitual entre los soldados republicanos como una especie de recurso de emergencia, pues aparece de forma habitual en testimonios. Dada su concentración en azúcar producía un pico de insulina que permitía resistir un poco más en situaciones límite, como las retiradas forzosas.

[25] «Ejército del Norte. Información. Prisioneros: De Alfambra y Teruel evacuados a retaguardia», AGMAv., 1222, 53, pp. 1-12.

[26] Las cifras totales en *Ibid.*, p. 15.

[27] Véase Javier Rodrigo, *Cautivos...*, *op. cit.*, pp. 28, 40, 85-86.

[28] «Ejército del Norte. Información. Prisioneros: De Alfambra y Teruel evacuados a retaguardia», AGMAv., 1222, 53, pp. 1-12.

[29] Jeremías Hernández Carchena, *op. cit.*, pp. 79-80.

[30] «Leandro Pérez. Noya, La Coruña, 1916», Sofía Moro, *op. cit.*, pp. 44-47. Pérez recuerda que «la única conclusión que saco de esta guerra es que hay que evitarlas a toda costa. Yo, que fui del Movimiento y que luché convencido, hoy pienso que si hubiéramos sabido que en España era posible vivir como se vive ahora, que hay elecciones o huelgas y que no pasa nada... ¡Si yo hubiera sabido que la democracia era esto!» (p. 47).

[31] James Neugass, *op. cit.*, p. 337.

[32] Joseph Goebbels, *op. cit.*, pp. 164-165 y 174-175.

[33] Galeazzo Ciano: *Diarios, 1937-1943*, Barcelona, Crítica, 2004, p. 95.

12. REGIÓN DEVASTADA: TERUEL Y SUS PUEBLOS EN LA POSGUERRA. 1939-1953

El día 31 de mayo de 1940 Carmen Polo (1900-1988) visitó la devastada ciudad de Teruel. Apenas tres meses antes se habían celebrado los fastos del segundo aniversario de la *liberación* de la plaza a manos de las fuerzas de *la verdadera España*, culminando con un concurrido desfile militar que atravesó la plaza del Torico, en el corazón de la ciudad. De hecho, el 23 de febrero de ese año el diario *ABC de Sevilla* había dedicado su portada a la reconquista de Teruel con un espectacular montaje que combinaba en la parte inferior la foto que aparece como portada de este libro, tomada en el Paseo del Óvalo, y en la parte superior una instantánea del Seminario devastado tras la resistencia de sus defensores. De forma simbólica, poniendo a los libertadores de la ciudad frente al símbolo de la *ciudad mártir*, se celebraba a los miles de anónimos excombatientes que habían contribuido a *reintegrar Teruel al cuerpo de la patria*. En su caso, la visita de la esposa del Caudillo tenía fines protocolarios, pues debía imponer la medalla y pasadores de Sanidad Militar a las enfermeras que habían prestado sus servicios durante el asedio de la capital entre diciembre de 1937 y enero de 1938. Con su presencia, Polo debía contribuir a reforzar el poder del nuevo régimen en la ciudad, y con ello el mismo relato de la *Cruzada*, sobre el que se fundaba su misma legitimidad, todo lo cual pasaba por el reconocimiento a aquellas que habían contribuido con sus desvelos a la victoria y, por tanto, a la salvación de España. Este tipo de actos también eran una forma de demostrar la generosidad de Franco, presentado como alguien que nunca olvidaba a los suyos y que para demostrarlo no dudaba en enviar a su esposa en su representación, a pesar de las incomodidades de transitar por los caminos y carreteras de un país devastado. Y así sería como el día 29 de mayo Carmen Polo salvaría el trayecto que separaba Zaragoza y Teruel en un vehículo del ejército, acompañada en este caso por Mercedes Milá.^[1] De hecho, esta última ya se había encargado varios meses antes de señalar al encargado el

protocolo a seguir para la organización de la recepción y los actos en torno a la visita, con el fin de evitar cualquier posible confusión y malentendido: «Estando ella presente [Carmen Polo] las demás no somos más que su acompañamiento», advertía.^[2]

Al parecer, las jóvenes estaban eufóricas ante la próxima visita de la esposa del jefe de Estado, tal y como le hacía saber por carta una veterana del cerco, Dolores Torán, a María Teresa Santa Cruz, encargada de gestionar las condecoraciones y carnets de enfermeras de todas aquellas a las que habiendo tomado parte en la batalla carecieran de él o lo hubieran perdido entre las ruinas o a su paso por el presidio. Torán reconocía la importancia que tenían para ellas todos los reconocimientos y atenciones recibidas durante aquellos días del otoño de 1939, cuando se preparaba la visita de Polo junto a Milá y la ceremonia de imposición de las medallas: «Con lo que dices en tu carta a Rosita, de la imposición de medallas por la mujer de Franco, estamos locas, ¡eso sí que sería postín!, nos alegraríamos en el alma llegase a realizarse». En clara referencia al tiempo en el cautiverio, reconocía que «por eso mismo que nos hemos visto privadas de ellas [atenciones] tanto tiempo, ahora sabemos mejor lo que valen. Dios os lo pagará, y nosotras no nos olvidaremos nunca».^[3] He aquí pues una pequeña muestra de la importancia que podían llegar a tener los actos protocolarios de reconocimiento al valor en el reforzamiento del mito de la Cruzada y en la construcción de las bases sociales sobre las que se sostendría el nuevo régimen durante décadas, una política que por supuesto incluía a las mujeres en su papel subsidiario. De este modo, las jóvenes sentían que las nuevas autoridades tenían en cuenta sus sufrimientos y sus esfuerzos, al tiempo que les compensaban por ellos. Recibir una medalla de manos de la propia Carmen Polo no solo era un evidente motivo de orgullo a sus ojos, sino que además reforzaba su posición como personas destacadas en el seno de la comunidad local.

En total fueron 35 las agraciadas con la Medalla de Sanidad Militar. Merece la pena destacar que entre ellas también se encontraba una monja, de nombre Pilar López, ya que como hemos visto fueron muchas las religiosas que participaron en las labores de enfermería. El día 9 de octubre de 1939 Mercedes Milá insistía en que no solo las enfermeras del propio cuerpo de

sanidad, sino también las «Hermanas de la Caridad» debían ser reconocidas y recompensadas con la Cruz Roja del Mérito Militar «por su brillante comportamiento».[4] El propio director del Hospital Militar había insistido muchos días antes para que las monjas y sus superiores tomaran parte en los actos, pues consideraba que «igualaron y tal vez aventajaron en sacrificios y en servicios a cuantas señoritas van a ser condecoradas, y como ellas, son elemento civil, sufrieron prisión y seguramente fueron tratadas más duramente por la canalla roja, por su cualidad de religiosas».[5] En unas pocas palabras quedaba condensado el relato de la Cruzada y el *martirio* sobre el que se sustentaba y legitimaba la nueva España, así como también su esencia católica, encarnada en este caso por el papel protagonista de aquellas monjas.[6] Por su parte, a otras 22 mujeres que habían servido como enfermeras durante el asedio, pero cuya contribución no se consideraba tan extraordinaria, se les dio la oportunidad de adquirir la medalla. He aquí una curiosa fuente de financiación del régimen, que abría la puerta a la compra del reconocimiento al valor cuando este no había sido tanto como para compensarlo a costa de las arcas del Estado.[7] Rosa López Pomar, que debía ser la encargada del personal femenino en el Hospital de Teruel, transmitía las razones del entusiasmo de las enfermeras ante la posibilidad de adquirir la Medalla de Sanidad Militar, que no atribuía a la «vanidad», sino al «orgullo de haber podido hacer algo por nuestra España querida» y al deseo de mostrarlo ante el mundo. Eran días de orgullo para los vencedores, aunque conviene destacar la contención y sumisión constante de la que hacían alarde estas mujeres al dar cuenta de sus propios méritos, buena prueba de hasta qué punto habían asumido su lugar y papel en el nuevo orden.

Poco sabemos de la impresión que debió causarles la contemplación de la ciudad devastada por la guerra, que estaba muy lejos de haber recuperado cualquier atisbo de normalidad. Por mucho que Federico García Sanchiz insistiera en ello tras su paso por Teruel en 1939, la ciudad estaba lejos de tener los 16.000 habitantes que le atribuía, número de vecinos que acogía antes de la guerra. De hecho, el arquitecto encargado del Plan Parcial de Reforma Interior (PPRI) de Teruel en 1940, Alejandro Allánegui, reconocía que por aquel entonces las cifras de población debían rondar los 8.000

habitantes, es decir, la mitad.[8] Por el contrario, García Sanchiz sí que reconocía que dada la escasez que había de viviendas que se encontraran en condiciones, era habitual que varias familias se alojaran en un mismo piso o casa, tal y como sería común también en la segunda posguerra mundial en países devastados como Alemania.[9] La realidad es que este cronista lo tenía muy difícil para ocultar la realidad de las circunstancias en que vivían los civiles que habían regresado a la ciudad, al menos sin resultar insultante para los lectores turolenses. Y aunque la vuelta a la normalidad era poco menos que una utopía para muchos de los vecinos, para otros no era tan difícil si tenemos en cuenta la abundancia del aperitivo que comparten García Sanchiz y el alcalde: «Nos refugiamos en la terraza de un café improvisado [...], un apetitoso repertorio de aceitunas, gambas, escabeche, jamón [...]. Adviértase el placer con que se demuestra la normalidad».[10]

El caso es que no debía de estar muy entusiasmada Carmen Polo ante la perspectiva del viaje, más si tenemos en cuenta que este ya debería haberse producido en el otoño de 1939.[11] Y eso que las autoridades de la ciudad le habían preparado un recibimiento con todos los honores. Además de la escolta de la Guardia Civil, se preveía que tanto el alcalde como el gobernador civil, que había sido el designado para alojar a Polo en el propio edificio del Gobierno Civil, salieran a recibir a las invitadas de honor al mismo límite provincial. A la entrada de la ciudad aguardaría una concurrencia compuesta por otras autoridades, que incluían al director del Hospital Militar y a un grupo de muchachas seleccionadas entre las mejores familias, las cuales lucirían el traje regional, para dar ese toque de color folclórico y costumbrista al acto. Mientras tanto, toda la comitiva sería acompañada por las asociaciones juveniles de la Falange turolense. No obstante, el plato fuerte vendría a continuación, con una misa oficiada sobre las *martirizadas* ruinas del Seminario, recinto sagrado y evocador como ningún otro de la *barbarie roja* y testigo de la *resistencia heroica* de los defensores de Dios y España. Para cobrar conciencia de la magnitud del desastre se invitaba al cortejo a realizar una visita por la ciudad devastada, que sin duda debía de contrastar con los arcos triunfales y otros decorados improvisados en las calles.[12] Para finalizar se proponía una «comida íntima

y muy sencilla» en el propio hospital, es de suponer que acorde con las estrecheces que atravesaban las clases populares del país. Y si aún quedaba tiempo para algo más, se ofrecía la posibilidad de realizar una visita a los principales escenarios de los combates por los alrededores de Teruel, seguramente para explicar las hazañas de los soldados de España y la crueldad y sinrazón del *Ejército Rojo*.^[13] En medio de este autobombo constante no es de extrañar que alguien pudiera acabar sumido en la autocomplacencia, prisionero de su propio discurso y, por tanto, convencido de su propia razón. Sin embargo, tan apretada era la agenda de la esposa del Caudillo que hubo de pasar más de medio año para que se personara en la capital del sur de Aragón.

Sí que sabemos lo que sintieron los habitantes de Villalba Baja cuando regresaron a su pueblo a lo largo del año 1938, meses después de haber concluido la batalla de Teruel y de que la guerra se desplazara hacia Levante. La familia Gorbe Herrera debió de ser de las primeras en volver, porque la primera iniciativa del padre fue montar una pequeña tienda de ultramarinos donde acudían a comprar los combatientes de la zona: «Así, los que quedaban de militares, y entonces había moros y había de todo, pues mi padre con aquella miaja de *tienducha* nos fuimos aguantando». Sin embargo, lo peor de todo fue el saqueo sistemático de cualquier cosa de valor y la destrucción a la que fueron sometidas las casas del pueblo por parte de las tropas de ocupación. Estas arramblaron con todo, incluidas las puertas, las ventanas y las vigas de las techumbres, con lo que hacían hogueras para poder combatir los rigores de un invierno que se recrudeció pocos días después de la toma de Villalba Baja. En este sentido, los que decidían ir volviendo al pueblo se encontraban en una situación de exposición terrible que habían de combatir improvisando con los pocos medios a su alcance. Según recuerda Primitiva Gorbe:

En mi casa, nada, no quedó ni los azoques de madera: puertas y todas cosas se las llevaron y quemaron todo. Las puertas grandes de la cochera, que aún están, le dijeron a mi padre cuando volvimos: «Las puertas de tu cochera no las han quemado porque se las han *llevau* para hacerle un parapeto al capitán o al que fuera y están allí». Con que mi padre fueron a *recogelas*, las pusieron y aún están ahí.

Lo peor de todo es que «en vez de hacer fuego en la cocina lo hicieron en la habitación, en la sala: cuando volvimos estaban todos los ladrillos quemados. No quedaron más que las paredes».[14] Sensaciones y recuerdos muy similares transmitía otra vecina en testimonio a Pompeyo García:

Quando volvimos al pueblo se parecía muy poco al que habíamos dejado atrás, no ya por las viviendas afectadas por la metralla, con los muros castigados y los tejados hundidos, sino sobre todo por cómo estaban las casas por dentro, que se notaba que habían trasegado por ellas a sus anchas, sin respetar nada. Eso sin contar las cosas que faltaban.[15]

Primitiva Gorbe recuerda que su madre se quedó deshecha, «agachaba la cabeza, pobrecica, y a llorar»; mientras tanto, su padre, que al parecer era bastante bromista, tuvo que improvisar el primer mobiliario con unas piedras y trató de quitar hierro al asunto diciendo: «Mira, nos hemos casado hace poco a disgusto de los padres y no nos han *dau* nada. Tenemos que *sentanos* en una piedra». Apesadumbrada por lo ocurrido, Gorbe me invitaba a pensar en lo que suponía volver a casa, «que tengas todo esto lleno y que vuelvas y no tengas nada...».[16] Sin embargo, el propio Pompeyo García señalaba en su obra que, a pesar de todo, los villalbenses al hablar con él preferían olvidar aquellos sinsabores para recordar que el suyo había sido uno de los únicos pueblos que, aun habiendo estado en primera línea y en manos de ambos bandos, no registró ni una muerte por venganza. Esa misma vecina señalaba que nada de lo ocurrido en los alrededores ni los rumores que corrían por toda la comarca «nos influyó como vecinos: siempre hubo mucho respeto entre todos».[17] El testimonio de Primitiva Gorbe coincide parcialmente con el de su paisana al recordar que acabada la guerra «el pueblo seguía unido y bien». Sin embargo nos aporta un matiz interesante. Y es que, al parecer, poco después de ocupar la población las autoridades sublevadas aparecieron con una lista de «diez o doce» nombres identificados como rojos, a los cuales se les ordenó «que se prepararan bocadillo y que fueran bien vestidos y que salieran donde está ahora el cementerio allí en Villalba. ¿*Pa* qué? Pues *pa fusilalos*». Fue la intervención providencial del facultativo del pueblo, don Julio, un hombre que dio la cara por los señalados afirmando que «respondía él de todos», hasta el punto que «si no hubiera sido por el médico aquel día

los matan a todos.[18]

El recuerdo y las sensaciones que tuvo Gregorio Ibáñez a su regreso a Cuevas Labradas no distaba mucho de lo referido por Gorbe para el caso de Villalba Baja: «Aquí no había nada: ni una gallina, ni un cerdo, ni un mulo... Absolutamente nada... Lo único que había pues muchas casas hundidas porque como habíamos estado entre los dos fuegos». Así pues, «había que buscar algo por donde fuera, porque no había ni un bocado de pan». También en este caso afirma que los paisanos solían decir «que los nacionales aún eran peor. Los que habían *estau* habían hecho algo, pero los que venían detrás la acabaron de joder». Como en el caso de Villalba Baja, las políticas de ocupación se basaron en el saqueo y la destrucción sistemáticas del pueblo, seguramente por la sensación de impunidad que generó la ausencia de los paisanos, que se encontraban evacuados lejos de sus hogares en la mayor parte los casos: «No quedaron en muchas casas ni puertas, [las querían] *pa* quemar». De hecho, costó mucho reactivar la vida económica del pueblo, sobre todo por la falta de animales de tiro para trabajar el campo, que había dado lugar a una situación catastrófica en todos los lugares por donde había pasado la guerra. Cuando por fin empezaron a repartirse con cuentagotas algunos de los mulos que habían sobrevivido a las requisas y los esfuerzos bélicos, los labradores se vieron forzados a autogestionarse para sacar adelante el trabajo, compartiendo los pocos animales disponibles para las labores agrícolas.[19] Lo mismo le ocurrió a los Gracia Doñate, que al llegar a su casa vieron estupefactos que «allí no había más que las cuatro paredes», tal había sido el alcance de los saqueos, si bien es cierto que al menos las casas del barrio del Arrabal no habían quedado muy afectadas por los bombardeos.[20]

Mucho peor fue la situación que se encontraron de vuelta a Teruel Jaurés y sus familiares, que nada más acabar la guerra y consumada la victoria de los sublevados fueron devueltos a su lugar de origen. Así pues, a pesar de que su casa se encontraba en buen estado, surgieron dos problemas: la vivienda donde habían vivido antes de la guerra, el número 3 de la plaza de la Merced, no era de su propiedad, sino arrendada, y además en aquel momento estaba ocupada por un guardia civil de Teruel que «dijo que allí no entraba nadie».

Al parecer, durante los años previos a la guerra los Sánchez Pérez habían hecho una amplia reforma de la vivienda, de manera que contaba con muchas más comodidades de lo que era común por entonces en la mayor parte de la capital, sobre todo en barrios populares como el Arrabal y el Carrel. Por eso mismo no es de extrañar que ya durante las sucesivas ocupaciones republicana y sublevada la casa fuera escogida por las tropas como un lugar preferente para alojarse, así que por sus propias comodidades fue más respetada y no sufrió tantos desperfectos. Al contrario de lo que había ocurrido en muchas otras viviendas, donde los soldados habían desmontado y quemado toda la madera como combustible para calentarse, «ni faltaba una puerta, ni faltaba una ventana». Aún tardarían un año las nuevas autoridades en restituirles los derechos sobre su antiguo hogar, pero mientras tanto tuvieron que vivir de alquiler en un piso de la Ronda, entre el Torreón de Ambeles y la calle homónima que sube a la plaza de la Judería, una zona que no había quedado muy perjudicada por los combates y los bombardeos. De hecho, encontrar un nuevo hogar fue posible gracias a los contactos de su tía, que había vivido en la mencionada plaza y conocía al vecindario. Por tanto, como en muchos otros casos los lazos intercomunitarios que sobrevivieron a la guerra fueron el salvavidas de muchas familias señaladas durante la posguerra.[21]

Por supuesto, el estraperlo era constante a mayor o menor nivel, dada la corrupción de las autoridades y la miseria total en que vivía la población, que experimentó graves dificultades para volver a poner en marcha las economías familiares y, por supuesto, locales. En este caso, al mismo tiempo que podía hacer las cosas muy difíciles, el reducido tamaño de Teruel también ayudaba a la hora de conseguir asistencia y favores, por ejemplo de los labradores, que a través de vínculos de amistad solían vender patatas y otras cosas fuera del mercado regulado, a pesar del peligro que podía entrañar para ellos. Sin embargo, no solo escaseaba la moneda, sino también el género.[22] «Hasta que se fue aquello arreglando un poco, poco a poco, hubo casas que pasaron muchas penurias y mucha hambre», apunta Gregorio Ibáñez. Por ejemplo en la molienda se trató de evitar a toda costa las cotas impuestas por el estado sobre la producción agraria para garantizar el abastecimiento del país. De

hecho, el molinero del pueblo era conocido como un hombre «valiente» que se enfrentaba de forma abierta a las regulaciones del régimen, hasta el punto que la Guardia Civil solía precintarle las muelas para que no pudiera trabajar fuera de los horarios y regulaciones establecidas, mientras que él volvía a retirar una y otra vez los precintos para reanudar el trabajo. Así pues, en general Gregorio Ibáñez recuerda que en la posguerra «se ocultaban cosas» porque tal era la situación de necesidad que a veces era la única manera de sobrevivir. Para ello había que evitar constantemente el acoso de la Guardia Civil y los agentes de la Fiscalía de Tasas, ante la que había declarar las cantidades de trigo cosechadas para llevar al Servicio Nacional el porcentaje que se hubiera estipulado a un precio bajo.^[23] En este caso, la odisea y los trabajos casi hercúleos que habían de hacer muchas familias para poder proveerse de harina saltándose las tasas impuestas por el Estado sobre el producto obligaban al padre de Joaquina Atienza a llevar su trigo hasta Tormón, desde donde lo traía de vuelta ya en forma de harina. Para llegar allí tenía que recorrer nada más y nada menos que treinta kilómetros en dirección sur a través de los escabrosos caminos de la sierra, cuando las distancias ni mucho menos eran como ahora:

S'iban d'aquí de noche con el trigo, que fijate tú Tormón a lo que está, pero a nosotros nos paicía que s'iban al fin del mundo, porque s'iban con un carro y tapau, para cuando vinieran, traían a los cuatro o cinco días que venían, pues traían harina pa hacer pan. Y pan que hemos hecho en casa. Hacía mi padre la leña y luego ahí hacíamos pan asau, nos hacían unas tortas, que eso me acuerdo, y comer ahí.

De hecho, en uno de aquellos viajes clandestinos, básicos para garantizar el sostén de la familia, el padre de Joaquina Atienza y sus acompañantes fueron interceptados por las autoridades, que les requisaron el fruto de la molienda de su propio trigo. Aunque la cosa no debió de pasar a mayores, perdieron el fruto de su trabajo por no haber realizado la molienda en el molino del pueblo y, por tanto, al no haber pagado las tasas correspondientes. Por si fuera poco, durante estos trayectos por la montaña era frecuente encontrarse con los guerrilleros antifranquistas, de los cuales «también se hablaba mucho» en la posguerra, tal y como recuerda Joaquina Atienza:

«Teníamos pánico», una sensación acentuada por los rumores, por la propaganda y por la realidad de algunos sucesos aislados. Sin embargo, un alto porcentaje de los partisanos que componían la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón (AGLA), que era como se conocía a los grupos de resistentes que operaban en las serranías situadas a caballo entre las provincias de Cuenca, Teruel, Valencia y Castellón, procedían de pueblos turolenses, huyendo en muchos casos de la represión y de la falta de medios de subsistencia.^[24] El caso es que en una ocasión, yendo Joaquina con su padre camino de un terreno llamado Los Frontones, al sur del pueblo y a mitad de camino del macizo de Carbonera, tuvieron un encuentro inesperado con varios maquis:

Así al alto de arriba había una paridera y salen dos con una chaqueta así de cuero, y dice mi padre: «Muchacha, no hables, tú digan lo que digan tú cállate...». Y llegamos arriba y mi padre: «Buenas», «buenas, ¿D'ande vienen?, ¿de Gea?». «Sí, de Gea». «¿Y qué?». «Nada, nada, bien». «Pero ¿qué s'habla?, ¿qué s'habla por Gea?». Dice mi padre: «Ah, pues nada, no s'habla nada, porque sabe usted que te metes en casa». Y entonces sería frío porque recuerdo que estaban así *tapaus*. Y había dos en la boca de la paridera, y dos que subieron arriba [al alto]. Y dijeron: «Entonces, ¿saben algo?». Y dice mi padre: «Ah, no sé, no sé nada». «¿Y dónde van?». «Ahí vamos». «Hala, pues nada».

Poco después Joaquina Atienza recuerda que en el pueblo se rumoreaba que había maquis por la zona, tantos debían ser los vecinos que se habían topado con ellos. Al fin y al cabo, Gea de Albarracín estaba solo 15 kilómetros al norte de Bezas, en cuyos pinares se encontraba uno de los principales campamentos de los partisanos de la llamada AGLA. En cualquier caso, lo más interesante del testimonio, que nos pone ante un encuentro casi trivial —más allá del terror y la incertidumbre que pudieran sentir Joaquina y su padre—, es el aislamiento, la indefensión y la situación de exposición que debió de caracterizar la vida de estos hombres la mayor parte del tiempo. Desde luego, el desarrollo y el resultado de este encuentro estuvieron muy alejados de los arquetipos propagandísticos del régimen, donde los guerrilleros eran representados como bandoleros sanguinarios carentes de compasión, y como este episodio debió de haber decenas de ellos repartidos por toda la serranía. Sin embargo, también la Guardia Civil, punta

de lanza en la lucha contrainsurgente, causaba una profunda impresión en Joaquina Atienza: «Yo les tenía pánico, por lo que se hablaba de ellos. Cuando los veía con aquellas capas que llevaban, aquel tricornio... Es que entonces eran muy autoritarios, no les podías contestar ni les podías decir nada». A ello se añadían los aires de grandeza de sus esposas en el pueblo, que reivindicaban y hacían valer sus supuestos privilegios como parte representativa de la comunidad de los vencedores, sobre todo «*pa* buscar el pan mejor, *pa* ir al horno y eso», ello a pesar de que sus maridos y sus familias también enfrentaban una vida mísera y difícil en la sierra.[\[25\]](#)

Sin embargo, como pasó en toda España, en los pueblos muy pronto se comenzó a vivir mejor que en la capital, por eso no tardaron en empezar a llegar carromatos de todos los alrededores que se reunían junto a Los Arcos, en el antiguo frontón, donde las caballerías podían reponerse en un abrevadero. Allí traían víveres que vendían o trocaban por materiales de construcción para poder reconstruir las casas en los pueblos devastados por la guerra; si el nuevo Estado a duras penas podía impulsar la recuperación urbanística de Teruel, declarada ciudad adoptada por el Caudillo por su alto grado de devastación y su poder simbólico, no digamos el estado de abandono en que se encontraban las poblaciones de los alrededores. En este último caso los vecinos tuvieron que hacérselo todo. Gregorio Ibáñez fue uno de los muchos que bajaban de los pueblos a la capital, en este caso con su padre, sobre todo cuando se empezaron a sembrar y recoger patatas, que cargaban en el carro y bajaban para allá, y de vuelta para casa se llevaban teja y ladrillo de las fábricas de San Julián. De hecho, recuerda que por lo general su padre se juntaba con otros hombres venidos de los pueblos y entraban dentro de la ciudad, seguramente para saludar a otros conocidos y tomar unos vinos tras completar las transacciones. En ese momento la función de los muchachos que acompañaban a sus progenitores era muy sencilla, tal y como le decía su padre: «“Tú, eh, pero atento, eh, no nos jodan la alforja”, porque a lo mejor iban *zagalotes* pues que tenían hambre en casa, y si podían agarrar una alforja y se llevaban un pan y lo que había, pues se lo llevaban. Y para eso nos llevaban también: allí a cuidar el carro».[\[26\]](#) En el caso de la familia Gracia Doñate, desde luego la situación no mejoró tras su vuelta a Teruel,

hasta el punto que, como muchos otros, durante los primeros quince o treinta días Tomás se vio obligado a ir al Auxilio Social, que estaba en la actual calle Tomás Nogués, para ver si allí le podían dar un plato de rancho.[\[27\]](#)

Y es que, a pesar de que la Dirección General de Seguridad (DGS) señalaba de forma regular en sus informes de principios de los cuarenta que la situación del racionamiento en la provincia de Teruel era «buena» o «normal», el hambre era un problema lacerante en la capital, que a duras penas se salvaba gracias al entorno rural que la circundaba. Así lo demuestra una estadística escalofriante recogida por la Sección Femenina a finales de diciembre de 1943, según la cual en España fallecían cada año 142 menores de un año por cada mil nacidos vivos, o lo que es lo mismo, algo más de un 14 por ciento.[\[28\]](#) Por no hablar ya de los problemas de malnutrición infantil asociados a una dieta escasa y poco variada en nutrientes, que derivarían en múltiples casos de raquitismo, de anemia o, simplemente, en una tendencia a enfermar de forma más asidua. Aún con todo, en febrero de 1943 incluso se afirmaba la satisfacción por la «absoluta regularidad» con que tenía lugar la distribución de racionamientos, algo que se achacaba a «la labor del gobernador civil», que «ha trabajado con ahínco para que esta provincia no carezca de artículos alimenticios». La necesidad de destacar la labor del recién nombrado Francisco Labadie Otermin (1917-2001) hace pensar que, efectivamente, la situación no debía de ser tan favorable en términos alimentarios como señalaban los informes anteriores.[\[29\]](#) Y en cualquier caso, el buen funcionamiento del racionamiento tampoco era garantía de una cantidad suficiente y adecuada.[\[30\]](#)

De hecho, la vida en el Teruel de la posguerra se fue encareciendo de forma muy notable y mes a mes con respecto a los precios previos a la guerra, hasta el punto que el coste global en alimentación, vestimenta, vivienda, gastos del hogar y otros gastos generales estaba dos puntos por encima de la media española. La situación era ligeramente mejor en las otras capitales aragonesas, Huesca y Zaragoza, también en las vecinas Cuenca y Castellón, no así en Valencia, seguramente por su condición de gran ciudad y, por tanto, por los problemas de abastecimiento que ello acarrearía. Si vamos a cifras más exactas, entre julio de 1936 y septiembre de 1942 el

incremento en el precio de los alimentos había sido de un 207,7 por ciento; en lo que se refiere a la vestimenta de un 187,9 por ciento; en gastos de vivienda el incremento era uno de los más espectaculares de todas las capitales peninsulares, siendo el segundo más alto por detrás de Las Palmas, con un 58,8 por ciento, algo que sin duda tenía que ver con el grado de devastación experimentado por la ciudad durante la guerra; los gastos de la casa, como la luz y el agua, se habían incrementado un 83,5 por ciento, muy por debajo de la media, posiblemente por los parones en los suministros que habían implicado las destrucciones; y, finalmente, en gastos generales también quedaba por debajo de la media peninsular, aunque también experimentara un incremento del 25,1 por ciento.^[31] Se mire por donde se mire, la conclusión es clara y lógica: la guerra no solo se llevó consigo la vida de decenas de miles de personas, sino que tuvo consecuencias desastrosas para los supervivientes y sus descendientes, especialmente de las clases populares y, más aún, de los vencidos. Como bien le dijo el excombatiente republicano Cirilo Esparza a Pompeyo García, la posguerra no es sino la prolongación de la guerra, al menos en lo que se refiere a la lucha por la supervivencia y, en el caso español, a la resistencia antifascista o a la persecución política de aquellos considerados desafectos o enemigos del nuevo régimen.^[32] De ahí el sentido y necesidad de este último capítulo.

En nada de esto fue Teruel una excepción. Y es que, como bien es sabido, la historia de sus serranías está asociada a la del maquis, y aunque no es objeto de esta obra dar cuenta de dicho fenómeno, no está de más recordarlo y señalar un curioso episodio seguido muy de cerca por la DGS, sobre todo por su relación con la capital, que ha servido como centro de todo este relato. Según parece, durante el último mes de la guerra los militantes de los partidos y sindicatos de izquierdas habían recibido órdenes muy claras de la II y III Internacional para que «todo aquel que siendo afiliado a ambos partidos no fuera destacado y conocido como tal —es decir, no estuviera fichado por las autoridades— al igual que los que estuvieran exentos de probada responsabilidad, permanecieran en España e intervinieran de una manera activa en las organizaciones sindicales y políticas de Falange». Se trataba de aprovechar el caos generado por el aluvión de nuevas solicitudes

de ingreso en el Movimiento durante los primeros meses de la posguerra para infiltrarse en sus estructuras, «procurando por todos los medios adueñarse de los puestos de dirección», y llevar a cabo las órdenes de las citadas organizaciones obreras. Esto había llevado a la creación de una organización obrera conjunta dentro de la cárcel de Zaragoza donde tomaba parte Feliciano Garcés Marín, histórico militante socialista de Teruel. De hecho, este había llegado a ser presidente e inspector de la Federación de Trabajadores de la Enseñanza; miembro del comité revolucionario de Vilel durante el levantamiento revolucionario de 1934, que había tomado como sede el cuartel de la Guardia Civil de dicha población; y, además, comisario inspector de logística del EP en la retaguardia levantina. Al parecer, la mencionada organización había conseguido tender tales redes que no solo controlaban toda la vida en la prisión, sino que conseguían romper regímenes de incomunicación, introducir ayuda alimentaria y económica desde el exterior, hacerse con documentación falsa y prensa, realizar propaganda entre los presos, adiestrar cuadros políticos y organizar fugas.

El caso es que el 20 de diciembre de 1942 había tenido lugar una evasión de varios reclusos de la cárcel de Teruel, entre los cuales se encontraba Antonio Ros López, conocido como *El Rullo*, quien estaba a cargo del Servicio de Información y Propaganda en Valencia durante la guerra. Gracias al soplo de un preso de Zaragoza, Feliciano Garcés Marín, que había compartido presidio con el tal Ros López, se sabía que este había conseguido enterrar en los alrededores de Villastar un millón doscientas mil pesetas en moneda del nuevo régimen, cantidad que se encontraba dentro de una caja de municiones de fusil con documentación relevante. Según las informaciones de las que se disponía, la caja había sido depositada a la izquierda del Camino del Muerto, junto al muro de unas viñas propiedad del propio Ros López. Sin embargo, nada de ello había podido hallarse, a pesar de que se llevaron a cabo excavaciones durante tres días. En aquel momento también se desconocía el paradero del fugitivo, cuya detención resultaba perentoria para localizar una documentación y un dinero que tenían una importancia vital para la lucha contrainsurgente impulsada por el régimen. Por eso mismo se proporcionaba información sobre los posibles enlaces que podía emplear para

comunicarse con sus superiores e intentar salir de España. Sin embargo, lo que me interesa destacar es que dichos fondos debían de estar sirviendo para financiar la infiltración de militantes de izquierda en los aparatos del Movimiento, al mismo tiempo que debía de estar al servicio de los que combatían al nuevo régimen al amparo de los montes. Al fin y al cabo, Villastar y Rubiales, ya en la primeras estribaciones de la Sierra de Albarracín, distaban entre sí apenas 15 kilómetros, los cuales podían recorrerse a través de la montaña.[33]

Sin embargo, volviendo a las dificultades de las clases populares en la posguerra, Primitiva Gorbe siempre dice que a pesar del racionamiento de la posguerra no recuerda que se pasara hambre en su familia.[34] Por su parte, la madre de Joaquina Atienza se metió al horno y allí cobraba en especie: uno de cada veinte panes que vendía eran para ella, a lo cual se unía el pan de racionamiento, «que te lo comías y te escocía la lengua». Mientras tanto, su padre se dedicó a la resina junto a otros parientes y amigos, una materia prima que estaba bien pagada porque tenía muchos usos industriales, hasta el punto de que fue el sostén de muchas familias de la sierra durante años. En este caso, los viajes de ida y vuelta hasta Teruel, situado a unos 24 kilómetros de distancia, duraban dos días y se hacían con un par de machos que acarreaban el material en cubas hasta la resinera que estaba junto a la ermita del Carmen, donde está la actual prisión provincial. Joaquina Atienza recuerda que ella y sus hermanas solían esperar con ansia el regreso de su padre, porque les traía almendras garrapiñadas de la capital, que compraba en un pequeño comercio del Óvalo llamado Las Sardinas.[35] Sin embargo, el testimonio de Tomás Gracia Doñate es una buena muestra de que la vida en las ciudades solía ser más difícil, por mucho que Teruel fuera un enclave más del entorno rural que rodeaba a la capital. Pero en su caso la familia no se dedicaba al trabajo en el campo, al contrario que la mayor parte de sus vecinos del Arrabal. De hecho, sí que recuerda que los labradores del barrio tampoco pasaron estrecheces, pues «criaban sus pollos, sus gallinas y sus cerdos, tenían comida, y judías, patatas y de todo». Sin embargo, en los casos en los que se dependía de un sueldo «no había más que las cuatro paredes». Es por eso por lo que la palabra que define su experiencia de la posguerra es

«miseria». Aun con todo, familias como la suya ponían en práctica múltiples estrategias de supervivencia para salir adelante, siendo habitual el recurso al trueque o al intercambio de servicios diversos. Sin ir más lejos, su padre, que no era fumador, mandaba a Tomás Gracia al estanco a recoger su asignación racionada de tabaco picado, un cuarterón; a continuación lo enviaba al vecino de enfrente, que al parecer era un fumador empedernido: «“¡Muchacho!, ves al Tío Pape y que te lo cambie por una botella de vino, un kilo de patatas...”. Llegaba: “¡Tío Cristóbal!”. Hala, él te lo cambiaba. Y aquello ayudaba a la casa aquel día o dos días».[36]

En cualquier caso, la alimentación también era de supervivencia, y solía girar en torno a la patata, base de casi todos los guisos, que se acompañaba con col, remolacha asada, cardos de olla o collejas, las cuales eran similares a la borraja y se recogían entre los cereales. En este sentido, el consumo de proteínas era muy escaso, «cuatro sardinas y cuatro verdeles, y nada más». Por supuesto, con la economía completamente dislocada y la pobreza imperante, las clases populares no solían tener acceso al aceite de oliva. Así pues, el aporte de grasas procedía de unas tajadas de tocino de unos «cuatro dedos de grueso» que solían entregarse mensualmente en el racionamiento. Estas se ponían al fuego en la sartén, quedando la corteza y la grasa animal, que se rociaba sobre los guisos de verduras.[37] Pasados los años Jaurés Sánchez decía del hambre que «salías a la calle y había montones de hambre, cogías *tol* que te daba la gana: estaba abundante».[38] Por supuesto, de fruta ni hablar, salvo de forma muy excepcional. Para familias como la de Tomás Gracia la rutina variaba como mucho en las fechas navideñas, si acaso podían permitirse comprar un pollo o un conejo, pero en general no se celebraban más festividades.[39] En la memoria de Joaquina Atienza quedó muy marcada, quizás condicionada también por lo que oía en las tertulias alrededor del hogar, la terrible cesura que representó la guerra y la larga posguerra en el ámbito de las condiciones materiales. Tanto fue así que ahí se acabaron las reuniones familiares en torno a las fiestas señaladas, como la Navidad o la fiesta de San Bernardo, patrón local, donde solían matar un conejo o un pollo y hacían una gran paella con caracoles, cebolla y judías: «A partir de la guerra ya no se hizo. Toda esa alegría y toda esa unión que había,

y eso, salíamos a la calle por la noche. Ya no. Tenían mucho miedo y ya no». Esto nos da una idea de hasta qué punto el estigma de la represión tras perder a un ser querido, en este caso uno de los abuelos, podía llegar a condicionar los hábitos y las costumbres de individuos y familias enteras, algo que incluso afectó a los más pequeños: «Ya no nos dejaban así *inos* por ahí que jugábamos pues, yo qué sé, a cosas de muchachos y nos íbamos *paquí y pallá*. A partir de eso ya no: jugábamos a otras cosas en el barrio, pero otra cosa no». En su caso sí que tiene el recuerdo de ir a pescar cangrejos al río con su padre, «y luego mi madre los hacía con patatas, con arroz o con lo que tuviera». Pero al igual que en Teruel, también en Gea de Albarracín era muy común el trueque: sobre todo huevos y piezas del cerdo por aceite, arroz, especias.[\[40\]](#)

El cuadro general que recuerda Tomás Gracia, como decía, es de miseria, quedando impactado por una epidemia de tuberculosis que se llevó por delante a muchos muchachos, entre ellos dos amigos de su hermano. Lo mismo refiere Joaquina Atienza para el caso de Gea de Albarracín, lo cual nos da una idea de lo generalizado del problema. Por supuesto, esta epidemia debió de gestarse ya durante la guerra, pues suele manifestarse a los dos años del contagio, muy favorecida por el hacinamiento, una falta de higiene adecuada y la mala alimentación, que en este último caso empeoró en los años posteriores al conflicto. A partir de ahí era fácil que se propagara mediante el contagio por el contacto con otros enfermos, tal y como ocurrió de forma habitual en toda la península. En casa de Tomás Gracia recuerda que ayudó mucho la limpieza de su madre, que se esforzaba por hervir la ropa regularmente para matar los piojos.[\[41\]](#) No obstante, tampoco resultaba fácil mantener una higiene adecuada. Por ejemplo, Joaquina Atienza cuenta que el jabón con el que se lavaban estaba hecho con sebo, y recuerda que su padre se quejaba a causa del olor que desprendían por ello. Además, el vestuario solía ser muy sufrido, hasta el punto de que no recuerda ver a su padre y su hermano cambiarse de pantalón en largas temporadas, porque no disponían de otras mudas. En cualquier caso, cuando se hacía la colada lo que se empleaba como desinfectante era la ceniza, en sustitución de la lejía, lo cual además propiciaba un aprovechamiento y reciclaje intensivo de los recursos

disponibles.^[42] Pero lo peor era el calzado. Por ejemplo, Tomás Gracia y su hermano solían llevar alpargatas de esparto, que se echaban a perder con facilidad en contacto con el agua de la lluvia o la nieve, de tal forma que los muchachos se veían obligados a andar medio descalzos, con lo que ello comportaba para su salud en los crudos inviernos turolenses.

Tal era la pobreza reinante que Tomás Gracia, como muchos otros muchachos de su edad, antes de cumplir los catorce años —y frente a las imposiciones de la legislación del régimen— tuvo que ponerse a trabajar para poder aportar a la economía familiar, viendo cortada cualquier posibilidad de progresión por medio del estudio. Además, los sueldos que cobraban los aprendices apenas llegaban a las 11 pesetas.^[43] Tampoco fue mucho mejor la primera experiencia laboral remunerada de Joaquina Atienza, que en plenos años cuarenta fue enviada a trabajar para los Toranes de Teruel a la llamada Masada Alta, situada al norte de Gea de Albarracín. Durante esos días dormía en una paridera en condiciones de mucho frío e insalubridad, bregando de sol a sol durante días con una legona, una herramienta similar a una azada, cavando y recogiendo la remolacha, y aclarándola en surcos inacabables. Lo peor de todo es que «te estafaban *to* lo que querían, te pagaban cuando querían» y siempre encontraban excusas para recortar los honorarios que debían abonarse por las horas de trabajo: «Hoy que has perdido no sé cuántas, hoy porque no sé cuántas, hoy pues si ha llovido pues han perdido una hora».^[44] Dadas las necesidades acuciantes que enfrentaba su familia, Jaurés Sánchez tampoco tardó en ponerse a trabajar, y con apenas doce años entró de aprendiz en una carpintería de la Ronda de Ambeles. Sin embargo, poco después la legislación laboral del nuevo régimen prohibió el trabajo de los menores de catorce, con lo cual habría de esperar hasta el año 42 para entrar a trabajar nuevamente, esta vez de aprendiz de pintor. En su caso sí que recuerda tener buena relación con su patrón, aunque tuvo que sufrir episodios desagradables al acudir a trabajar a casas de algunos particulares donde era recibido con frialdad. Por eso no resulta extraño que dentro del clima de denuncias, presiones sociales y marginación, amparado y alentado por la propia dictadura, hubiera varios particulares que «a los dos o tres días» de su contratación ya fueron a pedirle explicaciones al patrón de

Jaurés, a ver «si sabía a quién le daba el trabajo».[45]

El primer oficio de Tomás Gracia fue como ayudante de un herrero del barrio del Arrabal, donde coincidió con otro muchacho, Manolo *El Tordillo*. El patrón era excombatiente del EP, donde había trabajado como armero y herrando animales, y al acabar la guerra había sido empleado por la Dirección General de Regiones Devastadas (DGRD), hasta que decidió establecerse por su cuenta. De hecho, la labor de Tomás Gracia, en unas condiciones laborales muy difíciles «y a medio comer», consistía en manejar durante ocho o nueve horas el mallo, un martillo pesado de mango largo que servía para machacar metales. No por casualidad, se dedicaba al reciclaje del material de guerra — sobre todo bombas y proyectiles— recogido en los antiguos campos de batalla por los chatarreros de la ciudad y los pueblos de toda la comarca. Así pues, con un cortafrío o tajadera cortaban la chapa de las bombas en tiras para hacer las vertederas de los arados, y el mismo proceso seguían con los proyectiles, que se utilizaban para fabricar los barrones, una pieza encorvada que servía para encajar el timón al resto del aladro. El trabajo se hacía con herramientas muy rudimentarias y con pocos recursos, de manera que al terminar con el mallo Tomás Gracia pasaba a la fragua de mano, que costaba mucho de calentar por la falta de combustible, y después a trabajar el metal sobre el yunque. Tales eran las condiciones de explotación y el nivel de exigencia al que eran sometidos que su compañero de trabajo un día abandonó ante los gritos del jefe, tras lo cual acudió el padre del muchacho a pedir explicaciones al ver a su hijo lloroso: «“¿Qué pasa con este muchacho?”. “Ah, que ha cogido, ha tirado el mallo y se ha ido”. “Pues usted ya no lo explota más”, le dijo su padre». Sin otra posibilidad a su alcance, Tomás Gracia aún siguió allí dos o tres años más. De hecho, su salvación llegó un día que haciendo un encargo para su patrón en el taller de Lucas *Cagazul* en el Tozal, donde su habilidad soldando tras unas pocas indicaciones hizo que este le invitara a trabajar con él. En ese momento volvió a su taller y le dijo al patrón: «“Oiga, me prepare la cuenta que el lunes me voy”, a lo cual, airado, contestó el otro: “¡Me cago en la hostia!, ¡yo os *escagazo* y luego os vais!”. Y, ya te digo, allí nos explotó y nos esclavizó, allí perdimos un palmo de altura, por lo menos [risas]. Y si no perdimos la

vida por poco... [más risas]». [46]

Así pues, por paradójico que sea, la misma guerra que había destruido la vida de miles de turolenses acabó por proveer durante unos años una forma de sustento y de complementar las economías familiares mediante la recogida de chatarra, poniendo además solución a un grave problema que hoy en día se denomina contaminación por armas. Y es que los deshechos dejados por el conflicto no solo eran una amenaza constante para las comunidades locales, por las lesiones que provocaban en muchos niños, chatarreros o trabajadores del campo cuyos animales o arados topaban con algún proyectil semienterrado y sin detonar, sino que además favorecían la degradación del suelo, la contaminación del agua y la muerte de mucha fauna del terreno. [47] Sin embargo, la recogida del material bélico abandonado no estaba exenta de riesgos, tal y como señala Tomás Gracia al recordar la muerte de tres chatarreros del barrio del Arrabal. El problema es que muchas bombas caían sin explotar, y dados los precios altísimos a los que se cobraba tanto la cinta de metal que envolvía la espoleta como esta misma, muchos no dudaban en jugarse la vida para hacerse con dichas piezas. Esta última iba atornillada, era de metal y pesaba aproximadamente un kilo, con lo cual había que cortar la cinta con un cortafríos y desenroscar la espoleta, una operación extremadamente compleja, para la que se requería tanta habilidad como suerte. En muchos casos, durante la manipulación del artefacto este podía estallar y «hacía mixtos» a los chatarreros. Tomás Gracia recuerda un caso concreto ocurrido entre las actuales calles de San Cosme y San Damián, donde se encuentran hoy las casas bajas del barrio de San León. Allí acudió junto a otros muchachos para ver lo ocurrido y acabar encontrándose con un espectáculo dantesco, pues al hombre «lo esparció *palli*, lo deshizo». Otro caso sonado fue el de Pedro *El Gitano*, más tarde conocido también como *El Tuerto*, quien vivía junto a su familia en un pajar de la Bajada de la Merced. Un día, manejando con su hermano una bomba de gran calibre, esta explotó, hasta el punto que la onda expansiva proyectó a este último hasta el tejado, acabando con su vida, mientras que al tal Pedro lo dejó tuerto. [48]

Sea como fuere, la chapa que recubría las bombas no era el mejor material posible con el que fabricar los utensilios señalados por Tomás Gracia, pero

tal y como recuerda «de hierro no había nada»: ese era un material estratégico monopolizado en la ciudad por la DGRS, a cargo de las obras de reconstrucción del casco urbano. Sin embargo, la corrupción era un fenómeno que estaba a la orden del día en la autarquía impuesta por el nuevo régimen, y en este punto eran fundamentales las relaciones personales. El propio Tomás Gracia solía ser enviado por su jefe con un carrito al parque de la DGRD, que estaba entre la calle Mártires de Teruel y San Vicente de Paúl, pegado a la Escuela Normal, y de allí se traía un rollo de varillas de hierro robadas por el encargado, que se llevaba bien con aquel herrero, y de este modo se sacaba un sobresueldo. Tanto la falta de materiales como los sueldos miserables que se cobraban hacían que cada cual se buscara la vida como pudiera.[49]

El caso es que este oscuro legado en forma de armamento, minas, obuses, cartuchos y granadas se encontraba esparcido en cantidades ingentes por montañas, solares llenos de escombros y campos de cultivo, lo cual, como decía, planteaba un grave problema de seguridad. Gregorio Ibáñez lo recuerda claramente: «Había bombas en cualquier parte, eh, sin explotar. De estas de mano... Unas les decían de la piña, otras de *lafiti*, otros morteros y proyectiles. Bueno, pero de eso había en cualquier parte».[50] Desde luego, no hubo esfuerzos organizados por parte de las autoridades para retirar esta basura bélica, que en muchos casos constituía una trampa mortal, sobre todo para muchos de esos civiles convertidos en improvisados chatarrereros que subían a los montes a recoger todo lo que encontraban para complementar sus exiguos ingresos. El propio Jaurés Sánchez se dedicó puntualmente a la recogida de residuos generados por la guerra, «porque había que sacar la peseta por donde se pudiera». Incluso los había que vivían exclusivamente de la chatarra, recorriendo zonas como El Mansueto, La Muela, El Muletón, Cerro Gordo, el Alto de Celadas, Santa Bárbara o la zona de Sierra Gorda para recogerlo todo y llevarlo a las chatarrerías; pero no solo metralla, bombas o balas, sino cualquier objeto de metal que apareciera entre los escombros.[51]

Por eso mismo, la guerra civil y la posguerra españolas constituyen un caso paradigmático, donde abundaron las desgracias y los accidentes de niños

que, inconscientes de las posibles consecuencias, se servían del armamento sin detonar en sus juegos. En muchos casos, los muchachos no hacían sino imitar aquello que se les enseñaba a admirar en las escuelas, y muchas veces en sus propias casas: la gloriosa contribución de los combatientes de la *Cruzada* a la historia de España. Por ejemplo, Primitiva Gorbe narra el caso de un muchacho, de nombre Otilio, que perdió una mano junto a otros tres o cuatro muchachos en la carretera del pueblo jugando con fulminantes.[\[52\]](#) Por su parte, Gregorio Ibáñez recuerda unos cuantos casos en Cuevas Labradas, uno de los cuales implicó a varios mozos, entre los cuales había un tío suyo que perdió todos los dedos de una mano, hiriendo levemente a otros dos amigos que iban con él; también un tocayo suyo, de la misma quinta, perdió una mano entera «*toquitiando* cosas como yo». De hecho, reconocía que «yo estoy aquí porque estoy, pero bombas en la mano... ¡bueno!». Así pues, como decía, la búsqueda de restos y material de guerra abandonado formaba parte de sus juegos de los críos del pueblo, así como su manipulación y accionamiento cuando era posible, dentro de la inconsciencia propia de la niñez y la adolescencia. Ibáñez recuerda que siendo críos no tenían fuerza para retirar la anilla de las bombas de mano, así que lo que hacían era marcharse a un pajar al otro lado de la rambla para desenroscarlas y dejar el fulminante al descubierto, que golpeaban para intentar hacerlas explotar: «No explotó porque no explotó». También cuenta un episodio en el que subieron al cerro de Santa Quiteria (1.121 m), poco más de un kilómetro al oeste del pueblo, a donde fueron cargados con balas sin explotar que habían ido recogiendo durante varios días. Una vez allí las metieron dentro de un bote, encendieron una hoguera al lado y se escondieron: «Hizo “¡pam!”, hace así un poco de ruido y dijimos, “ah, pues ya ha *explotau*”. Salimos todos, explotó entonces y nos puso todo de ceniza... Explotaron muchas».[\[53\]](#)

Incluso hay muchos turolenses que han atesorado obuses, proyectiles y granadas de mano durante décadas como recuerdos, muchas veces sin desactivar, lo cual ha dado lugar a terribles desgracias, como la que ocurrió hace escasamente cuatro años y medio en el barrio turolense de San León. Ese 18 de septiembre de 2013 dos vecinos estaban ayudando a una mujer de

la calle Miguel Ibáñez con la limpieza de su garaje, que atesoraba en su interior restos de la guerra civil coleccionados durante años por el hermano de la anciana propietaria, que al parecer no tenía noticia de ello. Durante las labores, una granada italiana del tipo Breda M35 explotó, provocando la amputación de ambas manos y la pérdida de un ojo a uno de ellos y graves heridas en el caso del otro. No hay duda de que este joven y su padre puede considerarse las últimas víctimas indirectas de la batalla de Teruel, que vino a sumarse a una larga nómina que se extiende a lo largo de las décadas desde finales de los años treinta del siglo pasado hasta ese infausto día.[\[54\]](#) Sirva esta pequeña mención como homenaje a los dos afectados, uno de los cuales ha tenido que pasar por un duro tratamiento y proceso de rehabilitación para restablecerse de las heridas.

Sin embargo, los campos de la provincia de Teruel no solo quedaron sembrados de metralla y armamento abandonado de toda clase, sino también de muertos. Quiriendo enseñarle a labrar, el padre de Gregorio Ibáñez se llevó consigo a su hijo a un bancal que trabajaba en el Tollo de las Cabras, junto al viejo camino que une Cuevas Labradas y Celadas pasando por el norte de La Losilla. Ya llegados al campo lo llamó junto a un pozo natural donde se almacenada agua y le dijo: «Ven y verás, ven, ven y verás cuántos tíos aquí muertos». Como en tantas otras ocasiones, y sin el más mínimo reparo, las brechas naturales del terreno fueron utilizadas como fosas comunes improvisadas, para evitar epidemias y las pesadas labores de cavar enterramientos para tan gran número de muertes. Ya no solo se trataba de ser prácticos, sino que la propia gestión de los cadáveres del enemigo, pero también de los propios, y la manera de tratar la muerte, masiva, anónima y al margen de prejuicios religiosos o morales, es una de las manifestaciones más evidentes de la guerra total. Así queda probado en este caso. De hecho, en toda aquella zona había combatido la 13.^a División rebelde contra los últimos focos de resistencia republicana de la margen derecha del Alfambra durante la ofensiva homónima, de modo que los cadáveres lanzados en el Tollo de las Cabras (Los Tollos) tienen su origen en los embates del 7 de febrero, y posiblemente muchos de ellos fueran de soldados republicanos.[\[55\]](#) Desde luego no se trata de un caso único: todos los pueblos que habían albergado

hospitales militares, como Gea de Albarracín, albergan o albergaban en su término grandes fosas comunes.[56] En ellas se depositaron los restos de centenares de caídos en combate o muertos por las enfermedades y accidentes propios del servicio, muy a menudo a centenares de kilómetros de sus lugares de origen y casi siempre en el más absoluto anonimato, otro de los rasgos característicos de la guerra total. De hecho, Joaquina Atienza recuerda que hace un par de décadas, durante las obras de acondicionamiento del entorno de la ermita de San Roque, aparecieron cantidad de restos humanos, justo detrás de esta hermosa construcción situada en la parte oriental del pueblo, que es donde se encontraba el antiguo cementerio del pueblo: «Salían las manos, los brazos, ¡oh!, y muchísimos cadáveres».[57]

Dada la escasez de población civil en la ciudad por el grado de devastación, Primitiva Gorbe bajó a servir a Teruel, donde ella y una prima viuda de Peralejos eran enviadas junto a otras muchachas a limpiar al hospital y a las casas de las autoridades y de las familias más pudientes. Una de las anécdotas más curiosas que recuerda es un buen reflejo de las relaciones jerárquicas imperantes dentro del franquismo, del temor que inspiraban las autoridades del nuevo régimen y de las realidades paralelas en que vivían estas y las clases populares. Resulta que Gorbe estaba limpiando en el dormitorio de un chalet del Ensanche donde había una mesita de noche con una mancha. Por mucho que se esmeró no consiguió eliminarla, y al ver que la joven desistía el dueño de la casa le dijo: «Dale, dale, que no se ha ido esa mancha», a lo que Gorbe le contestó con sorna: «Le dé, le dé, a ver si se va». Total que cuando ya se marchaba de allí junto a sus compañeras, estas se mostraron preocupadas por Gorbe, sabedoras de que aquel al que había contestado con tanto brío era el gobernador y comandante de la Guardia Civil, Antonio Reparaz Araujo.[58] Sin embargo, esta no pareció mostrar mayor preocupación, pues les contestó: «¿Y a mí qué me importa que era el gobernador? Así ha visto que no salía la mancha». Sin embargo, como muchos otros Gorbe sentía temor, siendo buena muestra de ello que no tiene un recuerdo muy claro de la realidad y el paisaje de la ciudad: «No ves que ya con el miedo y el *deso* que tenías no ibas así por las calles más que *ande* te mandaban ir o te llevaban o cosas de esas. Ibas y se ha terminado». Por tanto,

fue una época donde Gorbe, su prima y sus compañeras tuvieron pocas alegrías y divertimento, a pesar de su juventud. Simplemente iban y volvían del trabajo a la casa de La Nevera donde estaban alojadas.[59]

Otro episodio que refleja las jerarquías imperantes en el nuevo régimen tuvo lugar durante las labores de acondicionamiento del hospital. Las paredes del edificio habían sido pintadas con cal viva, sobre todo por su poder desinfectante frente a los microorganismos, algo necesario ante el riesgo de epidemias existente en la ciudad. Sin embargo, debió de ser empleada en tal cantidad y con tan poco esmero que «los suelos estaban imposibles». Las muchachas, obligadas a fregarlos arrodilladas, se quedaron con las manos literalmente deshechas, irritadas por el efecto lesivo de dicha sustancia sobre la piel, que además también tiene consecuencias sobre las vías respiratorias y la vista. Primitiva Gorbe recordaba que «a mí se me agujerearon las manos, los dedos», y un día una monja le preguntó por qué fregaba con la mano izquierda. Al enseñarle los dedos se llevó tal susto la mujer que hizo todas las gestiones necesarias para que desde entonces ninguna de las muchachas volviera a limpiar allí. Desde entonces, esa tarea quedó a cargo de los miembros de los BBTT de la ciudad, convertidos en la posguerra en Batallones de Redención de Penas por el Trabajo (BRPT), que por cada día de faena redimían uno de prisión, si bien esta política estuvo sometida a cambios a lo largo de la posguerra con sistemas de incentivos y premios por el valor del trabajo realizado y otras cuestiones.[60] Lo que está claro es que a ojos de las autoridades su vida e integridad tenían mucho menos valor que las de aquellas muchachas. Por supuesto, dentro del sistema de dominación social impuesto por el franquismo los vencidos estaban por debajo de las mujeres, al menos de aquellas que no tenían antecedentes políticos o que no habían subvertido la feminidad normativa.[61] Por aquel entonces, estos trabajadores forzosos se repartían entre el Convento de los Capuchinos, situado un kilómetro al noroeste de la ciudad, junto al curso bajo del Alfambra y la vía del tren; el Convento de los Franciscanos, bajo la calle de San Francisco; y la plaza de toros. Desde estos emplazamientos salían a trabajar cada día a las obras de desescombros y reconstrucción de la capital, en conjunto con otros obreros que lo hacían en régimen de libertad. Fruto de sus

trabajos, entre otras cosas, se ensanchó la actual Ronda de Ambeles, entonces 18 de Julio, ya que buena parte de los cascotes del casco fueron abocados por la ladera que daba al barrio de San Julián.[62]

Ese proceso de desescombro de la capital, cuyo tejido urbano había quedado totalmente devastado en un tercio y gravemente afectado en otro tercio, quedó a cargo de los BBTT radicados en la ciudad, aunque por supuesto y como digo también colaboraron los particulares, que eran los primeros interesados en restablecer la normalidad.[63] Tomás Gracia Doñate recuerda perfectamente un suceso escalofriante que tuvo lugar en el centro de la capital y que nos habla de los abusos recurrentes y las muertes extrajudiciales, que continuaron contra los vencidos aún en la posguerra. En este caso bajaba una columna de 30 o 40 presos por la calle Nueva hacia el paseo del Óvalo e iban escoltados por cuatro guardias civiles armados, cuando de pronto uno de los penados se salió de la fila y entró en el estanco del Óvalo: «A lo mejor se quiso escapar, o el hombre fue a comprar tabaco, eso es lo que no sé yo. Total que lo vio el guardia civil, me cago en la hostia, lo cogió con el fusil y le pegó un *talabacazo* en la cabeza al hombre aquel que cayó seco oye». A pesar de la dureza y amargura que rodeó a la experiencia, los hubo que una vez cumplidas sus penas se quedaron a vivir en Teruel y se casaron con mujeres de la ciudad, donde rehicieron sus vidas, algunos dedicándose a la construcción, lo cual es una prueba de que era imposible mantener a los presos completamente aislados del resto de la población.[64]

Mientras tanto, en los casos en que sus casas habían quedado dañadas o destruidas, cada familia se las apañó como pudo para volver a levantar un hogar digno donde vivir. Al fin y al cabo, la prioridad de las autoridades en la reconstrucción eran los edificios públicos que servían como expresión y sede del nuevo poder. Por eso mismo, Gregorio Ibáñez se preguntaba a sí mismo «cuántos tabiques habrá con aljezones, tabiques que eran de yeso, aún *po* que haya en esta casa alguno, porque yo también he sido muy aprovechado para aprovechar todo que se podía».[65] Por supuesto, este fue un método empleado de forma muy habitual en las reconstrucciones impulsadas por los vecinos a nivel particular en todas las regiones devastadas de la provincia de

Teruel, incluida la capital. En lo referido al arreglo y reconstrucción de las viviendas particulares, Jaurés Sánchez afirma que «cada uno [se arreglaba] la suya como podía». Así pues, puede decirse que los trabajos de la DGRD se restringieron en gran medida al desescombro, el saneamiento de la trama urbana, la recuperación de infraestructuras o la construcción de edificios gubernamentales, religiosos y emblemáticos, tal y como queda probado en el PPRI de Teruel, pero no facilitó la vida de los particulares salvo por el hecho de que hizo transitables las calles del centro.[66] Aquí, como decimos, fueron los propios vecinos los que se sacaron las castañas del fuego, y aunque había cooperación puntual, Jaurés Sánchez reconoce que «cada uno se las arreglaba como podía, porque todos estaban necesitados de todo».[67] Por lo demás, la mayor parte de los pueblos, sobre todo los más implicados en la batalla, ya no se recuperarían del tremendo varapalo económico y social que supuso la guerra civil, la posguerra y la dictadura, un punto de inflexión histórico que, unido más tarde a otras causas, propició su definitivo declive y que parece abocarlos en muchos casos a la extinción.[68] Esto es lo que nos permite intuir el testimonio de Joaquina Atienza, quien hace referencia a los vecinos que escaparon en dirección a la zona leal al gobierno electo temiendo la violencia golpista, muchos de los cuales acabarían exiliándose en Francia. Además, afirma, «quedó el pueblo muy dividido, muy *amargau*, familias muy amargadas, que han vivido amargadas toda la vida, y muchas casas hundidas» que se echaron a perder por la marcha de sus habitantes. Así pues, «mucho mal», algo que ella misma atribuía a la cercanía del pueblo con el frente y a la dureza de los combates por Teruel.[69]

Acabada la guerra, la sensación que causaba la contemplación de la capital era sobrecogedora, tal y como evoca Joaquina Atienza. A principios de los cuarenta su padre bajó a toda la familia a las Ferias de San Fernando, que se celebraban entre finales de mayo y primeros de junio: «Todo estaba muy hundido, con mucha pena, muchos escombros por la calle, daba sensación de viejo».[70] Allí se alojaron durante una noche con unos amigos de su madre que vivían bajo Los Arcos, en el barrio del Carrel. Jaurés Sánchez también recuerda que la sensación que causaba la ciudad era «desoladora, no había de nada». Sin embargo, el paisaje ruinoso dio lugar a

un aprovechamiento intensivo de los escasos recursos que podían extraerse de entre los escombros, lo cual les aseguró un buen suministro de leña procedente de las vigas, las puertas o las ventanas de las casas y edificios derruidos. Al menos «frío no pasamos». Y a pesar de la situación en la que se encontraba Teruel, Jaurés no tiene la sensación de que la población superviviente tardara mucho en volver, aunque hoy en día sabemos que los censos fueron sistemáticamente falseados por las autoridades para dar una sensación de normalidad y que los niveles de población de preguerra no se recuperaron hasta 1950. En cualquier caso, su conclusión es que «se pasó mal, los que éramos de una manera y los que éramos de otra, aquí había una escasez de todo».[71]

Por supuesto, la ocupación republicana dio lugar a represalias y venganzas tras la intensa violencia y represión que habían sufrido muchos turolenses entre julio de 1936 y diciembre de 1937. Uno de los casos que recuerda Tomás Gracia era el de *Los Pelanches*, que vivían en la manzana comprendida entre la calle Cuervo y Mesón de Játiva, detrás del actual Archivo Provincial, que entonces era el edificio de las llamadas Escuelas Graduadas. Al parecer fueron ejecutados justo enfrente y enterrados al borde de la propia carretera, según decía «porque eran de derechas, por ir a misa». Gracia recuerda ver cómo la Guardia Civil se llevó a tres hombres esposados hasta allí —*El Perullo* y *El Jardinero* son los nombres que recuerda—, al parecer los más significados en la represión republicana, todo ello con el fin de que identificaran el lugar del enterramiento: «Cavaron, y efectivamente allí salieron el tío Pelanchas y la tía Pelanchas, el matrimonio. Luego de allí marcharon a San Julián», donde está la Rambla del Chepa, «y allí sacaron otros dos o tres de los que habían fusilado en la zona roja».[72] He aquí una prueba clara y fehaciente de que el nuevo régimen apenas tardó un año en iniciar las diligencias para aclarar las circunstancias en que habían tenido lugar los crímenes y asesinatos de la violencia revolucionaria, con la apertura de la llamada Causa General en abril de 1940. Tampoco se demoraron a la hora de poner en marcha sus propias políticas de la memoria, con la identificación de las fosas y el desenterramiento de los muertos de la violencia revolucionaria y la represión gubernamental y su integración dentro del relato legitimador de

la dictadura. Por supuesto, todo ello pasaba por darles una inhumación digna y acorde con la moral católica imperante. Sin embargo, como bien es sabido, eso solo ocurrió en el caso de unas víctimas, mientras que el resto quedaron condenadas a yacer en cunetas y en el recuerdo de los familiares, amigos y vecinos supervivientes, en muchos casos hasta hoy.

Durante los primeros años de la posguerra, la presión social, económica y política que pesaba sobre los vencidos o sospechosos de desafección también tenía su correlato en las relaciones entre los más pequeños.^[73] Joaquina Atienza recuerda que «siempre había rencillas», hasta el punto de que los jóvenes reproducían los patrones de comportamiento y marcos de referencia de los adultos. Por ejemplo, cuando jugaban en la calle los muchachos y muchachas que habían sufrido la pérdida de algún familiar a manos de la violencia o la represión (o que simplemente no gozaban del favor de la comunidad de vencedores) eran marginados e incluso insultados por rojos: «Alguno a veces sí, decíamos, “con ese no te juntes, porque son así o porque son así, pues aquella no te juntes, porque su abuelo no sé cuántas”. Es lo que se oía en casa. Y tú, aunque eras pequeña, pues te dabas cuenta de las cosas: había muchas rencillas y muchas discusiones. Se juntaba la gente, hacían corros».^[74] Episodios de este tipo fueron sufridos por los hermanos Volney y Jaurés Sánchez, marcados por el pasado político de su familia y el estigma del vencido: «A nosotros se nos insultaba. No toda gente, ni yo voy a decir que toda gente era mala, pero había gente que se metía con nosotros, nos insultaba y no teníamos ningún derecho. Bueno, y si te decían solo *rojos* no era nada: lo peor es que te insultaban mucho más». Sin embargo, no tiene ningún problema en reconocer que no tuvo demasiados problemas con los chicos de su edad, aunque «también había algunos influenciados por sus padres». De hecho, más adelante tuvo muy buenos amigos que pertenecían al Frente de Juventudes.^[75] Tampoco fueron fáciles las cosas para muchas mujeres, carentes en la posguerra de un relato autónomo e independiente al margen de los hombres. Más bien al contrario, los embarazos indeseados condenaron a muchas jóvenes a ser madres solteras de por vida. Por si esto fuera poco, solían ser víctimas de las maledicencias de una parte sustancial de las comunidades locales que, a causa de la moral y las percepciones

dominantes, a la hora de enjuiciar lo ocurrido no solían poner por delante las posibles circunstancias en que habían tenido lugar aquellos embarazos.[\[76\]](#)

En aquella situación, una de las peores desgracias que podía ocurrirle a una familia humilde de clase popular era que enfermara el cabeza de familia, uno de los dos sostenes básicos de la economía doméstica, en un momento en que toda ayuda era poca. Los Soriano Larrea consiguieron levantar un poco la cabeza en los primeros momentos de la posguerra gracias a la ganadería, hasta el punto de reunir unas 150 ovejas. De hecho, Silvano, el pequeño de los hermanos, como el resto de hombres de la familia, se dedicaba al pastoreo, algo que complementaba trabajando como agostero en la recogida de cereales. Sin embargo, la mala suerte se cebó con ellos cuando el padre se vio afectado por una larga y penosa enfermedad, como tantos otros en aquella amarga posguerra. Para más inri, los dos hermanos de Silvano, que apenas tenía catorce años, se encontraban haciendo el servicio militar en el Protectorado, otra experiencia poco estudiada que supuso un gran quebranto para muchas familias necesitadas de toda la fuerza de trabajo posible. Sin embargo, la llamada mili no solo pretendía ser eso que muchos militares llamaban la *escuela de la nación*, sino también, y sobre todo, un instrumento de control social. Sacaba a los jóvenes de su entorno en los años de mayores inquietudes, movilidad e idealismo y, por tanto, en el momento en que potencialmente podían causar más problemas al régimen, más aún aquellos que estaban marcados por ciertas experiencias familiares. El caso es que Silvano se vio en una pésima situación: «Mi padre en la cama [durante cuatro años], había que pagar los medicamentos, eh, ojito, eh, y la iguala del practicante y la iguala del médico, había que pagar las inyecciones en la farmacia, mis hermanos en la mili, mi madre padecía del corazón». Así pues, de pronto un muchacho que apenas había entrado en la adolescencia se encontró con que tenía que sacar adelante la economía familiar, siendo la única salida «sobrevivir, solamente. La casa tampoco era nuestra, y mala». Y para acabar de rematar la jugada, mediados los cuarenta volvieron sus hermanos y fue reclamado para hacer el servicio militar en Marruecos, donde pasó dos años durante los cuales fallecieron sus padres.

Sin embargo, una de las cosas que caracterizaron a la generación que

creció en medio de la guerra fue su capacidad para hacer de la necesidad virtud. Tal fue el caso del propio Silvano Soriano, que aprovechó el servicio militar para hacerse con una formación que hasta entonces había estado fuera de su alcance por las estrecheces familiares y las condiciones impuestas por el conflicto y la posguerra. Ya antes de marchar al servicio militar consiguió sacar los estudios primarios en la escuela para adultos de Cella, a la que acudía de las 20 a las 22 horas tras estabular a las ovejas. Sin embargo, al ser destinado a Regulares se hizo un sitio en intendencia, donde aprovechó para educarse en ámbitos como el de la nutrición, las matemáticas, la contabilidad y la gestión de recursos, lo cual le sería muy útil años después para obtener un buen puesto de trabajo en el colegio de La Salle de Teruel, a cargo de la gestión de la cocina. Pero aún hay más, al volver del permiso que se le concedió con motivo de la muerte de su madre se le ofreció la oportunidad de cruzar a Melilla para hacer unos cursos de artificiero entre los años 1947 y 1948, donde también ahondó en sus conocimientos sobre materias como las matemáticas, la física y la química: «¡Es que tenía ganas de estudiar!», recuerda.[\[77\]](#)

Por muy diversas circunstancias, no todo el mundo pudo sobreponerse a las experiencias de la guerra y a la vida de la posguerra. Como le dijo el excombatiente republicano Cirilo Esparza a Pompeyo García, decir paz en el año 1939 «es solo una manera de hablar. La paz, al menos al principio, no fue la misma para todos».[\[78\]](#) En este sentido, los suicidios fueron algo bastante común durante los primeros años cuarenta, aunque no dispongamos de datos estadísticos al tratarse de una realidad incómoda que pone al desnudo gran parte de los problemas sociales, políticos, económicos y culturales de cualquier régimen político, y más aún en el caso de uno como el franquista. Tomás Gracia afirma que «*suicidase* entonces se suicidaban muchos», pero aclara que «no quiere decir que fuese por causa de la guerra. Entonces se tiraban algunos *pol* viaducto, otros se ahorcaban... Se ahorcaban muchos». Con todo el respeto que merece el testimonio, la coincidencia de este repunte en los suicidios es cuanto menos sospechosa y significativa, y lo es tanto más si tenemos en cuenta que pueden seguirse bastantes casos recogidos en la documentación judicial del periodo por todos los pueblos cercanos al frente.

[79] Es más, Tomás Gracia añade de forma muy reveladora que «entonces era la manía que se pilló de que se suicidaban muchos, pero mayormente eran ahorcados, pero claro, las causas tampoco...».[80]

Joaquina Atienza también dejaba constancia de «cuatro o cinco» ahorcamientos en el caso de Gea de Albarracín. Recuerda con exactitud a una chica joven, de nombre Gregoria; a una mujer mayor; al tío Pepillo y al tío Tomás. El primer suceso parece que estuvo relacionado con alguno de los enredos que debieron de ser usuales en los tiempos de la ocupación, el cual implicó a un soldado, Manolo, del cual se decía que más tarde vivió cerca de allí en Villaspesa o Villastar. Aunque Joaquina Atienza no conoce las circunstancias exactas, sí que nos aporta algunas claves para entender lo que pudo ocurrir: se trataba de una familia bien avenida y de moral conservadora, con lo cual el suicidio pudo tener como causas desde un embarazo no deseado, hasta la deshonra de la muchacha, de acuerdo con los cánones de la época, pasando quizás por un noviazgo no consentido por los padres. Sea como fuere, y tal y como solía ser habitual cuando ocurrían este tipo de sucesos en comunidades pequeñas, no tardó en correrse la voz y los vecinos se arremolinaron en la puerta del corral. La propia Joaquina Atienza se encontraba allí y se acuerda con pena de la muchacha: «Fuimos corriendo y estaba así de espaldas en un cuarto, todavía colgada». Sin embargo, como digo, muchas fueron las causas que empujaron a decenas de personas a quitarse la vida: la orfandad, las violaciones, los embarazos indeseados en un régimen ultracatólico, el hambre, las enfermedades, la persecución, el acoso, el miedo, los insultos en la calle, la pérdida de seres queridos por asesinato, hambre o enfermedad, la depresión y el trauma, la desesperación al no poder garantizar la supervivencia de la familia, etc.

Desde luego, la guerra civil y la posguerra fueron la mejor prueba de que las desgracias nunca llegan solas. Buena muestra de ello es el caso de la familia de Gea de Albarracín que perdió a su abuela asesinada por combatientes delante de una de sus nietas, en este caso de muy corta edad, mientras ambas caminaban por el pueblo. La pequeña tenía una hermana mayor que según Joaquina Atienza debió de quedar muy impresionada por la muerte de su abuela, lo cual le debió causar tal depresión que unida a una

mala alimentación pudo acabar con su vida a muy temprana edad por un paro cardiaco. De hecho, recuerda que siendo una niña ella ya veía que «eran una familia que no tenían así mucha salud, estaban así más como deprimidos, yo ahora me acuerdo poco, pero luego ya cuando ya hemos sido más mayores sí. Decíamos: “fíjate, no tienen así alegría...”». De hecho, otro caso referido por Joaquina Atienza es el de la tía Casimira, que perdió a su hijo en el frente y a su marido fusilado, y que «nunca más salió de su casa, yo jamás la vi que se quitará el pañuelo de la cabeza».[81] Se trata de dos buenos ejemplos de cuán alargada puede llegar a ser la sombra de la guerra y de la violencia que la acompañó, de las múltiples dimensiones que tuvo el sufrimiento humano y del amplio abanico de víctimas generadas de forma directa o indirecta por la batalla de Teruel.[82]

[1] «Servicios auxiliares femeninos», AGMAv., 46761, 2, pp. 67 y 130.

[2] «Servicios auxiliares femeninos», AGMAv., 42069, 1, p. 20.

[3] *Ibid.*, pp. 38-38v.

[4] «Servicios auxiliares femeninos», AGMAv., 46761, 2, p. 69. En total fueron 28 Hermanas de la Caridad, de entre las cuales dos figuran como caídas. «Servicios auxiliares femeninos», AGMAv., 42069, 1, pp. 12-13 y 32 bis.

[5] *Ibid.*, p. 22v.

[6] Los entresijos, la construcción y las variadas dimensiones de dicho relato en Xosé Manoel Núñez Seixas, *op. cit.*, pp. 184-291 y Javier Rodrigo, *Cruzada, Paz, Memoria. La guerra civil en sus relatos*, Comares, Granada, 2013, pp. 9-77.

[7] «Servicios auxiliares femeninos», AGMAv., 42069, 1, p. 10.

[8] AHPTE, 21309/8, I.-A. Teruel.

[9] Este era un problema común a toda la España de posguerra, más acuciante en zonas devastadas, pero véase por ejemplo el caso de Granada en Claudio Hernández Burgos, *Franquismo a ras de suelo. Zonas grises, apoyos sociales y actitudes durante la dictadura (1936-1976)*, EUG, Granada, 2013, pp. 165-169.

[10] Federico García Sanchiz, *op. cit.*, pp. 144-146.

[11] «Servicios auxiliares femeninos», AGMAv., 42069, 1, p. 34 y 35.

[12] La mencionada Rosa López Pomar se mostraba esperanzada de que Mercedes Milá y Carmen Polo sabrían «sentir afecto a estas ruinas que tanto nos recuerdan», una buena muestra del vínculo afectivo que esta veterana del cerco —y seguramente muchas otras— mantenía con el paisaje devastado de la ciudad. «Servicios auxiliares femeninos», AGMAv., 42069, 1, p. 26v.

[13] *Ibid.*, pp. 19-19v.

[14] Entrevista con Primitiva Gorbe Herrera, *cit.*

[15] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, p. 222.

[16] Entrevista con Primitiva Gorbe Herrera, *cit.*

[17] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, pp. 221-222.

[18] Entrevista con Primitiva Gorbe Herrera, *cit.*

[19] Entrevista con Gregorio Ibáñez Argente, *cit.*

[20] Entrevista con Tomás Gracia Doñate, *cit.*

[21] Entrevista con Jaurés Sánchez Pérez, *cit.*

[22] *Ibid.*

[23] Entrevista con Gregorio Ibáñez Argente, *cit.*

[24] Un fenómeno destacado en la reciente investigación de Raül González Devís, *Tragèdies silenciades. Repressió franquista i maquis a les comarques del nord del País Valencià*, Universitat Jaume I-Universitat Rovira i Virgili, Castellón, 2015.

[25] Entrevista con Joaquina Atienza Molinos, *cit.*

[26] Entrevista con Gregorio Ibáñez Argente, *cit.*

[27] Entrevista con Tomás Gracia Doñate, *cit.* Las políticas de protección social basadas en la caridad, mal organizadas e insuficientes, fueron una constante en toda la España de posguerra, como muestra para el caso de Almería Óscar Rodríguez Barreira, *Misérias del poder. Los poderes locales y el nuevo Estado franquista 1936-1951*, PUV, Valencia, 2013, pp. 121-150.

[28] «Campaña contra la mortalidad infantil. 2-10-1943», AGA, Educación, 21/677, p. 211.

[29] A pesar de sus cargos políticos, Labadie Otemin se alistó en la División Azul y combatió en la batalla de Krasny Bor en febrero de 1943. De hecho, también lo hizo en la guerra civil, tras permanecer en la clandestinidad en su Santander natal hasta la toma de la ciudad por los rebeldes. Sobre el papel jugado en la gestión provincial de los asuntos, aunque mucho más dentro de los conflictos de poder dentro del régimen véase Ángela Cenarro Lagunas: *Cruzados y camisas azules...*, *op. cit.*, pp. 82, 88, 113, 116, 155 y 179.

[30] «58. 1942, diciembre 30. Informe de la D. G. S.», en *Documentos Inéditos para la historia del G, Generalísimo Franco. Tomo III*, FNFF, Madrid, 1993. «15. 1943, enero 31. Informe de la D.G.S. sobre la situación nacional», «18. 1943, febrero 10. Informe de la D.G.S. sobre la situación interna de España» y «19. 1943, febrero 20. Informe de la D.G.S. sobre la situación interna», en *Documentos Inéditos para la historia del G, Generalísimo Franco. Tomo IV*, FNFF, Madrid, 1993.

[31] «Ministerio de Trabajo. Dirección General de Estadística. Sección 4.^a. Laboratorio. Septiembre de 1942», AGA, Presidencia, 51/18952.

[32] Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, p. 275.

[33] Para los dos últimos párrafos sigo «14. 1942, febrero 4. Informe de la DGS sobre información interior», en *Documentos Inéditos para la historia del G, Generalísimo Franco. Tomo III*, FNFF, Madrid, 1993.

[34] Entrevista con Primitiva Gorbe Herrera, *cit.*

[35] Entrevista con Joaquina Atienza Molinos, *cit.*

[36] Entrevista con Tomás Gracia Doñate, *cit.*

[37] Estas tajadas de tocino de cuatro dedos de grosor también aparecen en el testimonio de Joaquina Atienza Molinos, *cit.*

[38] Entrevista con Jaurés Sánchez Pérez, *cit.*

[39] Entrevista con Tomás Gracia Doñate, *cit.*

[40] Entrevista con Joaquina Atienza Molinos, *cit.*

[41] Entrevista con Tomás Gracia Doñate, *cit.*

[42] Entrevista con Joaquina Atienza Molinos, *cit.* El proceso que se seguía para ello era colar la ceniza para desechar los restos que no estaban completamente calcinados, más tarde se ponía en una cantidad varias veces mayor de agua caliente dentro de un barreño y se cubría con un trapo uno o dos días removiendo la mezcla de vez en cuando. Por último, esta se filtraba a través de un tejido poroso. Se trata de una solución que se utilizaba para la limpieza de todo tipo de enseres y superficies.

[43] Entrevista con Tomás Gracia Doñate, *cit.*

[44] Entrevista con Joaquina Atienza Molinos, *cit.*

[45] Entrevista con Jaurés Sánchez Pérez, *cit.* Para el caso de Aragón, ha insistido en la importancia de las denuncias como elemento clave en la construcción de los apoyos sociales del franquismo Estefanía Langarita Gracia, *El revés atroz de la medalla. Complicidades, apoyos sociales y construcción de la dictadura franquista en el Aragón de posguerra (1939-1945)*, Universidad de Zaragoza, Tesis Doctoral inédita, 2016. Una visión desde el caso andaluz en Francisco Cobo Romero y Teresa María Ortega López, *Franquismo y posguerra en Andalucía oriental: represión, castigo a los vencidos y apoyos sociales al régimen*, Publicaciones de la Universidad de Granada, Granada, 2005.

[46] Entrevista con Tomás Gracia Doñate, *cit.* La expresión *yo os escagazo y luego os vais* mostraba el resentimiento del patrón al pensar que después de enseñar a los muchachos todos se le iban.

[47] En la actualidad, el Comité Internacional de la Cruz Roja está trabajando para visibilizar este problema en áreas de conflicto y posguerra por medio de una campaña llamada «Contaminación por armas. Devastación del medio ambiente y sufrimiento de la población».

[48] Entrevista con Tomás Gracia Doñate, *cit.* También cita la muerte de otro chatarrero conocido como *El Bonacho*.

[49] *Ibid.*

[50] Entrevista con Gregorio Ibáñez Argente, *cit.* Cuando dice *lafiti* se refiere a las granadas de mano Lafitte, un modelo de 1921 que ya era reglamentario en el ejército español en 1936 y que fue el más utilizado por los sublevados durante la guerra.

[51] Entrevista con Jaurés Sánchez Pérez, *cit.*

[52] Entrevista con Primitiva Gorbe Herrera, *cit.*

[53] Entrevista con Gregorio Ibáñez Argente, *cit.* La propia documentación contenida en el AHPTTE, dentro de la sección de Audiencias Judiciales, prueba hasta qué punto fueron comunes los accidentes de todo tipo, algunos de ellos provocados, con el armamento abandonado.

[54] Los medios de comunicación locales, regionales y estatales se hicieron amplio eco de este triste suceso, que al parecer tuvo como traducción un aumento de las llamadas de vecinos de toda la provincia para la recogida de explosivos y armamento por parte de la Guardia Civil y la Policía Nacional.

[55] Entrevista con Gregorio Ibáñez Argente, *cit.*

[56] El hospital de campaña se instaló en la llamada Casa Grande, que es el número 22 de la calle Mayor del pueblo.

[57] Entrevista con Joaquina Atienza Molinos, *cit.* Durante las obras se habilitó un emplazamiento en el nuevo cementerio para los restos que aparecieron en las excavaciones.

[58] Sobre el papel de esta figura en la posguerra turolense véase Ángela Cenarro Lagunas, *Cruzadas y camisas azules...*, *op. cit.*, pp. 111-112.

[59] Entrevista con Primitiva Gorbe Herrera, *cit.*

[60] Véase Domingo Rodríguez Teijeiro, «El sistema franquista de Redención de Penas por el Trabajo en la segunda mitad de los años 40: de los presos políticos a los comunes», *Revista de Historia de las Prisiones*, 2 (2016), pp. 185-205.

[61] Entrevista con Primitiva Gorbe Herrera, *cit.*

[62] Entrevista con Jaurés Sánchez Pérez, *cit.*

[63] Las cifras sobre el grado de destrucción de la ciudad en Francisco Fornier, «La reconstrucción de Teruel», *Reconstrucción*, 4 (agosto-septiembre 1940), p. 10, donde deja muy claro que «ninguna casa se salvó sin un rasguño».

[64] Entrevista con Tomás Gracia Doñate (1929), realizada el 2 de noviembre de 2017.

[65] Entrevista con Gregorio Ibáñez Argente, *cit.* Algezón o aljezones es un aragonesismo, también empleado en Murcia, que denomina los pedazos grandes de yeso que se recuperan de entre los escombros para volver a utilizarlos en la construcción de tabiques y otras cosas después de amasarlos y volverlos a cocer.

[66] Al respecto se puede consultar David Alegre Lorenz, *Destruir para construir la eternidad. Un nuevo marco interpretativo para la comprensión del fascismo en España (1936-1953)*, Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra, 2012. Se trata de mi tesina, donde abordo algunos aspectos esenciales del proyecto seguido para la reconstrucción de Teruel.

[67] Entrevista con Jaurés Sánchez Pérez, *cit.*

[68] Esta es la conclusión de los estudios histórico-geográficos de dos buenos conocedores de esta tierra como Luis del Romero Renau y Antonio Varela Lozano, *Territorios abandonados. Paisajes y pueblos olvidados de Teruel*, Rolde, Zaragoza, 2013, p. 177. Los autores hablaban de la batalla de Teruel y la guerra civil como «paradigma de una contienda que cambiaría para siempre la historia de estas tierras», una visión con la que coincido.

[69] Entrevista con Joaquina Atienza Molinos, *cit.*

[70] *Ibid.*

[71] Entrevista con Jaurés Sánchez Pérez, *cit.*

[72] Entrevista con Tomás Gracia Doñate, *cit.*

[73] Aunque no tiene cabida en este libro, por ser otros sus objetos de estudio, para una visión global de las políticas represivas del régimen franquista en materia económica en el caso aragonés disponemos del estudio colectivo de Julián Casanova y Ángela Cenarro (eds.), *Pagar las culpas. La represión económica en Aragón (1936-1939)*, Crítica, Barcelona, 2014.

[74] Entrevista con Joaquina Atienza Molinos, *cit.*

[75] Entrevista con Jaurés Sánchez Pérez, *cit.*

[76] Entrevista con Joaquina Atienza Molinos, *cit.*

[77] Entrevista con Silvano Soriano Larrea, *cit.*

[78] *Cit.* en Pompeyo García Sánchez, *op. cit.*, p. 274.

[79] Una vez más, la sección de Audiencias Judiciales del AHPTE alberga bastantes expedientes sobre suicidios, que en algunos casos hasta podrían ser muertes extrajudiciales falseadas, una documentación de la que no puedo dar cumplida cuenta aquí pero que pienso trabajar en el futuro.

[80] Entrevista con Tomás Gracia Doñate, *cit.* Parece que es cierto el supuesto mito popular turolense que habla de una mujer que se lanzó por el viaducto y sobrevivió a la caída de treinta metros. La afortunada era la hermana de *Los Zapateros* del Arrabal. Cayó en el huerto entre unas ramas y tan solo se rompió una pierna, además de que vivió muchos años más.

[81] Entrevista con Joaquina Atienza Molinos, *cit.*

[82] Aquí hago mío el afortunado concepto de Conxita Mir, quien hablaba de los «efectos no contables de la represión», una realidad que puede hacerse extensible a los causados de forma directa o indirecta por la guerra durante décadas. Véase Conxita MIR (ed.), «La represión bajo el franquismo», *Ayer*, 43 (2001), pp. 11-35.

Conclusiones. LA BATALLA DE TERUEL COMO PARADIGMA DE LA GUERRA TOTAL

Estas páginas han tenido como eje central el análisis de la evolución que experimentaron las concepciones y formas de hacer la guerra a lo largo del conflicto fratricida del 36-39. Como hemos visto, los prolegómenos de la guerra en el verano y el otoño de 1936, que se caracterizaron por la lucha entre columnas y partidas armadas irregulares, las ejecuciones extrajudiciales y múltiples formas de violencia, son mucho más similares en la forma a lo que han sido la mayor parte de las guerras civiles de la contemporaneidad. De hecho, la particularidad de la guerra civil española residió en su conversión en un conflicto convencional con unos frentes y unas retaguardias bien definidas, con dos contendientes que disponían de sendos ejércitos de masas y de una potencia de fuego considerable. En este último punto fue decisivo el apoyo material y financiero recibido por ambos bandos a lo largo de la guerra, más aún en un país pobre que no habría podido sostener por sí solo un conflicto moderno. Sin embargo, la consolidación, el control y la movilización de las retaguardias, que fueron decisivos en la delineación y afianzamiento de los frentes de guerra, solo se explican por la vasta inversión en violencia realizada por los actores autóctonos sobre el terreno. En ambos casos, la eliminación del enemigo se convirtió en un instrumento de poder y transformación político-social, un paraguas bajo el cual encontraron cabida multitud de autores y motivaciones, no siempre de carácter político, y que además resulta fundamental para entender el propio devenir de la guerra en el frente. A lo largo del capítulo 1, Teruel y las comarcas de su entorno nos han servido como una atalaya privilegiada desde la cual contemplar el modo en que tuvieron lugar dichos procesos, así como la forma en que fueron experimentados por los combatientes de ambos ejércitos y por los civiles.

La propia documentación militar nos permite observar el tremendo salto cualitativo y cuantitativo que sufrió la guerra desde finales de 1936, algo que vino propiciado en buena medida por el éxito de la República en la creación

del EP. Tanto en el bando rebelde como en el gubernamental constatamos una firme voluntad por conseguir un empleo más eficiente del armamento y los efectivos humanos a su disposición. No obstante, existieron en todo momento graves impedimentos para ello, tanto sobre el terreno como en las altas esferas, sobre todo por la carencia de personal cualificado, la falta de una experiencia previa de la guerra moderna y la ausencia de conocimientos técnicos, tácticos y estratégicos avanzados. Nada de ello era óbice para que en ambos bandos existiera la firme voluntad y el deseo de encontrar una rápida conclusión para el conflicto, por supuesto siempre que fuera favorable a sus propios intereses políticos. El planteamiento teórico de la ofensiva de Teruel por parte de Vicente Rojo, analizado en el capítulo 2, y su posterior ejecución, que analizo en el capítulo 3, es una buena muestra de las dificultades para aplicar las visiones modernas de la guerra de las que era abanderado y referente en España. Sin embargo, el estudio del conflicto en toda su extensión y complejidad nos revela el solapamiento de diversas formas de hacer la guerra, con la persistencia de partidas armadas y saboteadores, y la gran movilidad entre ambas retaguardias, cobrando un papel fundamental la llamada guerra secreta o de espionaje.

Fruto de la ofensiva republicana, todo el saliente en el que se encontraba la ciudad de Teruel se convirtió en un objetivo militar que debía ser tomado a cualquier precio. En este sentido, la lucha por la capital y las medidas implementadas por el EP para la rendición de los reductos insurgentes se acabó convirtiendo en un paradigma de la guerra total, al destinar a su toma toda la potencia de fuego y los medios destructivos disponibles, también con el fin de reducir al máximo las bajas. Como hemos visto en el capítulo 3, la renuncia de los sitiados a aceptar la oferta republicana del día 18 de diciembre para evacuar a la población civil garantizando sus vidas convirtió la capital en una tumba para centenares de personas, al quedar borrada la distinción entre paisanos y combatientes. Por supuesto, la voluntad de resistencia de los sitiados, a pesar de su situación desesperada, respondía a los códigos de conducta militar dominantes entre los mandos, a su propia sed de gloria y a la esperanza de un pronto rescate desde el exterior. Sin embargo, ni estos factores ni la coerción bastan por sí solos para explicar la cohesión de

las tropas encargadas de la defensa y la determinación de muchos civiles para acompañarlos en su destino. En este sentido, hay que pensar en la imagen del enemigo y en las historias de terror procedentes del otro lado de la línea del frente desde finales de julio de 1936, a veces deformadas, pero siempre cultivadas y difundidas de forma intensiva en la ciudad y los territorios colindantes bajo control insurgente, tal y como he apuntado en el capítulo 1. Como en todo conflicto, la transmisión de rumores e informaciones falsas junto a otras veraces formó parte del día a día, y tuvo una importancia decisiva a la hora de condicionar el comportamiento de los sujetos sobre el terreno. Por lo tanto, la batalla por Teruel tuvo desde el comienzo los rasgos propios de la guerra total, una hipótesis que se refuerza al constatar que si los escenarios de combate no eran un lugar seguro para los civiles tampoco lo fueron los de la retaguardia. Así queda probado por los ataques aéreos contra poblaciones e infraestructuras vitales, o por el ametrallamiento de las columnas de refugiados.

Desde un punto de vista estrictamente militar, lo que pone de relieve el análisis de los combates al sur de Aragón es que los ejércitos de masas, como los dos que se enfrentaron en torno a Teruel, no son ni mucho menos maquinarias exactas y eficientes. De hecho, su funcionamiento dependía de una gran variedad de factores, algunos de ellos imprevisibles y fuera de su alcance, como la variabilidad del clima o la respuesta de los hombres y las pequeñas unidades sobre el terreno ante el propio desarrollo de las operaciones. Por ejemplo, los acontecimientos que rodearon la contraofensiva rebelde del 29 de diciembre de 1937 y la desbandada republicana del día 31 pusieron sobre la mesa dos cuestiones clave: la importancia de contar con la iniciativa y de evitar una retirada desordenada frente a los embates del enemigo, sobre todo por el riesgo que podía entrañar para el mantenimiento de unas comunicaciones adecuadas, sistema nervioso central de cualquier ejército moderno. Por eso mismo, otra de las cuestiones que más atención ha recibido a lo largo de este trabajo ha sido el análisis de los tremendos retos logísticos y materiales que había tras el despliegue y abastecimiento de dos ejércitos de aquellas dimensiones en un territorio pobre, carente de infraestructuras adecuadas y con un poblamiento disperso, como era el de los

alrededores de Teruel y las comarcas de su entorno. Doy cuenta de este problema en varios de los capítulos de la obra, como por ejemplo el 4, donde se ponen de manifiesto tres cuestiones que afectan de lleno a la población civil: su papel fundamental en el esfuerzo de guerra, al ser requeridos sus servicios por parte de ambos ejércitos desde el principio de la batalla en el cumplimiento de las más variadas tareas; la obligación de compartir sus viviendas con la tropa en muchos casos, dada la falta manifiesta de acantonamientos adecuados; y, finalmente, la situación de exposición en que quedaban los paisanos por las constantes requisas efectuadas por las tropas ocupantes en ambas retaguardias. De hecho, los civiles desarrollaron sus propias estrategias de supervivencia, tal y como analizo en distintos momentos del trabajo. No obstante, los problemas mencionados se agravaron conforme la de Teruel devino una batalla decisiva, fruto de la decisión de Franco de dar respuesta al desafío republicano, que a su vez se enmarca dentro de las políticas de prestigio encaminadas a la construcción de su poder carismático. De este modo se puso en marcha el desplazamiento constante de nuevas reservas y refuerzos por parte de ambos bandos para sostener el pulso planteado por el contendiente. Tal importancia alcanzó la batalla de Teruel y el éxito inicial de la ofensiva del EP que acabó forzando cambios de equilibrios en el seno de la coalición republicana, en este caso a favor de los partidarios de continuar con la guerra frente a los que abogaban por un armisticio.

Los combates de Teruel comenzaron a cobrar la dimensión de una batalla de desgaste gracias a una cadena de decisiones erradas por parte del mando sublevado, que impidieron la entrada en la ciudad la tarde-noche del 31 de diciembre. A ello cabe unir los inconvenientes del clima que, si bien afectaron por igual a ambos contendientes, en este caso hicieron posible que el EP se rehiciera frente a unas fuerzas insurgentes confiadas de su triunfo y paralizadas por el temporal del último día del año. Así pues, un exceso de confianza por parte del bando sublevado hizo posible que las luchas por la estratégica posición de La Muela, iniciadas el 1 de enero con el contraataque republicano, fueran la primera manifestación de una batalla de desgaste que apenas acababa de comenzar, y que se extenderían en aquel sector durante

casi dos semanas. Allí se revelaron en toda su crudeza las terribles consecuencias humanas de una confrontación librada en condiciones de frío polar y sin equipos adecuados para ello en ninguno de los dos casos. Por eso mismo, la obra presta especial atención al tremendo reto logístico de lidiar con números tan fabulosos de heridos y enfermos, cuestión que se aborda en diversos capítulos, como el 5. Incluso en los reflujos de los combates, como el que se experimentó a mediados de enero, no hay lugar para la calma, persiste la actividad y abundan las amenazas. Tampoco hay que olvidar las miserables condiciones de vida de los combatientes, especialmente de los sitiados, cuyas guarniciones se rendirían los días 7 y 8 de enero, y que convivieron durante días con el olor de sus propias deyecciones y los cadáveres en descomposición.

En varios pasajes del libro propongo entender los límites de la maquinaria bélica sublevada a través del arma de artillería, sometida a un grado de exigencia y desgaste constante por el modo de hacer la guerra imperante en ese bando, muy dependiente de las preparaciones artilleras previas a los asaltos de la infantería. Al fin y al cabo, la experiencia de una guerra total era algo completamente nuevo para los militares al mando, con lo cual tuvieron que aprender sobre la marcha mediante el principio de prueba y error. Este desconocimiento de las manifestaciones más avanzadas del oficio comportó tremendos sufrimientos para los combatientes de infantería, sobre todo por los problemas para coordinar las diferentes armas que tomaban parte en el campo de batalla, como la aviación, los blindados o la artillería. Por lo tanto, las visiones científicas de la guerra, que formaban parte del espíritu y los discursos dominantes entre muchos militares de la época, chocaban constantemente con la realidad en Teruel, como ya había pasado antes en los campos de batalla de la Gran Guerra. Por eso resulta fundamental analizar la experiencia de guerra a través de la percepción de los propios combatientes, que son los que cargaron con el peso del conflicto sobre sus hombros. La deformación del enemigo, las visiones alucinatorias de la realidad, el miedo y la impotencia fueron una constante en periodos de combate, fruto de la tensión, el agotamiento de la lucha y la convivencia cotidiana con la muerte. Sin embargo, el arquetipo de masculinidad fue explotado de forma constante

y eficaz para hacer competir a los hombres de diferentes unidades por el reconocimiento en el cumplimiento de sus objetivos, sobre todo en el caso de algunos mandos como García-Valiño. Tanto es así que las percepciones del valor y la virilidad de muchos excombatientes estuvieron permeadas por su experiencia de guerra hasta el final de sus días, ya que en la mayoría de los casos fue parte de su proceso formativo.

Buena prueba de la evolución constante y las exigencias crecientes en el modo de hacer la guerra durante el conflicto del 36-39 la encontramos en la batalla de Teruel, donde los batallones de trabajadores aparecen como un recurso estratégico de primer orden para el esfuerzo bélico. La importancia sin precedentes que acabaron cobrando entre diciembre del 37 y febrero del 38 es buena prueba del número de efectivos desplegados en el frente de operaciones, pero también de la consolidación de la batalla como guerra de posiciones, mucho más estática durante la primera mitad de enero. Esta política, abordada en el capítulo 6, formó parte de las medidas para dar salida al problema del número cada vez mayor de prisioneros tomados en el curso de un conflicto fratricida donde todo y todos los que hubieran tenido algo que ver con el enemigo eran sospechosos y, por tanto, debían ser clasificados, puestos a prueba y/o regenerados. Al fin y al cabo, la propia expansión del ejército sublevado y el devenir de la guerra estuvieron íntimamente asociados de principio a fin a los procesos de depuración y politización de los combatientes y las retaguardias. Así se nutrieron estos BBTT que se convirtieron en motivo de enconada competencia entre diferentes mandos y unidades, dada la escasez creciente de recursos humanos y mano de obra en una situación donde las necesidades nunca dejaban de incrementarse. Esto también tenía su traducción en el ámbito material, siendo buena muestra las órdenes terminantes emitidas por el CGG para impulsar a las divisiones a crear grupos destinados a la recuperación de material de guerra utilizado que fuera susceptible de ser reciclado, como los cartuchos de fusil.

Fue entre los días 17 y 28 de enero, durante los ataques y contraataques contra las alturas al noreste de Teruel, como el Alto de las Celadas, El Muletón o Las Pedrizas, y en el sector de Sierra Palomera, frente a Singra, donde la batalla de desgaste en curso alcanzó su máxima expresión. Esto nos

permite adentrarnos una vez más en el papel que jugó el miedo en la experiencia de guerra de los combatientes. De hecho, en el capítulo 7 analizo el papel real de las tropas marroquíes que combatieron integradas dentro del ejército sublevado en las unidades de regulares y mehal-las, empujadas a la muerte como tropas de choque. El análisis de su contribución al esfuerzo de guerra sublevado permite cuestionar parcialmente el mito que se construyó en torno a su modo brutal de actuar a lo largo del conflicto. En este caso, por mucho que siempre hay algo de verdad tras la leyenda, primaron las percepciones racistas sobre los voluntarios norteafricanos, así como su criminalización, seguramente como forma de exculpar o desviar la atención de los desmanes cometidos por combatientes de origen peninsular, pero también como arma de guerra para atemorizar al enemigo. Sin embargo, queda patente que los gritos que lanzaban al asaltar las posiciones republicanas no solo pueden ser un constructo cultural fabricado a posteriori, sino una forma de canalizar su propio miedo al ser enviados a atacar a pecho descubierto bajo las balas.

Lo que está fuera del ámbito de las hipótesis es que los combates por El Muletón congregaron el interés de los teóricos militares y los estados mayores de todo el mundo occidental, sobre todo por el ingente despliegue de armamento moderno que hubo tras ellos. En este caso, los profesionales de la guerra extrajeron las enseñanzas táctico-estratégicas de la batalla, cada uno a su modo, constatando los tremendos estragos causados por la concentración masiva del fuego de artillería y de la aviación sobre el frente y la retaguardia enemiga, tal y como sería común en la Segunda Guerra Mundial. Fue durante aquellos días de la segunda mitad de enero, como analizo en los capítulos 7 y 8, cuando la iniciativa pasó a manos de los sublevados de forma definitiva e irreversible, fruto sobre todo de su abrumador dominio de los cielos, quedando decidida la suerte de la batalla. Sin embargo, hemos podido ver cómo la incapacidad de las fuerzas sublevadas para recuperar Teruel y socorrer a los sitiados durante la contraofensiva de finales de diciembre hizo mella entre las filas insurgentes, sobre todo porque rompía con la narrativa del Caudillo invicto y su ejército siempre victorioso. Tanto es así que ya durante aquellos decisivos días de la segunda mitad de enero se iniciaron una

investigación, un proceso y una campaña de difamación que acabaron convirtiendo al coronel Rey d'Harcourt en el chivo expiatorio por la pérdida de Teruel. Sus impulsores fueron los defensores que consiguieron escapar del cerco los días 7 y 8 de enero, deseosos de limpiar su nombre, y el propio general Varela, responsable de las vanguardias que llegaron junto a la capital el día 31, preocupado por su prestigio. Las inconsistencias de las acusaciones, algunas de ellas delirantes, hicieron que los combates por Teruel, siendo los más decisivos de la guerra —lo cual no es sinónimo de vistosidad, sino más bien de muerte y miseria masiva—, quedaran relegados a un segundo plano o al olvido en la sucesión de gestas heroicas que articularían el relato legitimador de la Cruzada.

Sea como fuere, la ofensiva del Alfabra, que difícilmente puede denominarse batalla teniendo en cuenta la superioridad abrumadora de los sublevados y la ausencia de combates entre fuerzas en igualdad de condiciones, reveló la situación precaria en que se encontraba todo el dispositivo republicano al norte de Celadas, sobre todo tras el tremendo desgaste del EP en los combates de la segunda mitad de enero. Las operaciones de los días que van del 5 al 7 de febrero, 10 si las hacemos extensivas a la reducción y captura de las últimas bolsas de fuerzas republicanas dispersas por el Altiplano y Sierra Palomera, ponen de manifiesto hasta qué punto la batalla de Teruel había experimentado un vuelco total. Con todo, una vez más, el tremendo despliegue de medios que comportó la preparación del dispositivo ofensivo insurgente dio lugar a una serie de retos y tensiones que son analizados en el capítulo 9, junto a las vicisitudes de las operaciones. La práctica ausencia de combates, exceptuando algunos conatos de resistencia en la parte sur, hace que se pongan más de relieve los habituales fallos de cualquier maquinaria de guerra, con el episodio masivo de fuego amigo por parte de la aviación contra las fuerzas de la 5.^a División de Navarra. A ello cabe añadir la debacle republicana, que acabó con la huida desesperada de varias de sus unidades ante unas fuerzas muy superiores en número y en medios que realizaron una ambiciosa maniobra envolvente. De hecho, algunos pudieron abrirse paso a tiros hasta la retaguardia republicana, dejándose muchos compañeros por el

camino. No por nada, lo extraño de los conatos de resistencia hizo que en casos como el de Villalba Baja, donde la ocupación tuvo lugar la tarde del día 7, estuviera presidida por las requisas y las amenazas de algunos combatientes contra los civiles, fruto de la ansiedad de los combates en torno al pueblo.

Así pues, la parte dedicada a la batalla de Teruel concluye con los capítulos 10 y 11 dando cuenta del definitivo hundimiento de la moral republicana, fruto de la inferioridad de medios y la exposición total a la que se vieron sometidos desde mediados de enero hasta el final de la batalla a finales de febrero. Sin embargo, aprovecho para analizar algunos episodios significativos que pueden servirnos para acercarnos a las claves de la convivencia en el frente, a la variada gama de actitudes en combate y, por supuesto, al efecto devastador y las particularidades del frío, con la nueva ola polar que se ensañó sobre Teruel a mediados de febrero. De este modo, aporto una visión sobre los múltiples factores que contribuían a hacer más difícil la vida de los combatientes y a poner en riesgo su integridad, como las enfermedades y las epidemias, que también afectaban a los civiles, o los efectos del armamento moderno sobre el organismo. Finalmente, también pongo de manifiesto una dimensión poco atendida por los estudios de la guerra, como es la contribución decisiva de los animales de tiro en dos ejércitos esencialmente hipomóviles, así como la explotación, el maltrato y la muerte masiva que sufrieron de forma constante durante toda la guerra. No obstante, sin olvidar las torturas a las que fueron sometidos, hemos visto que estos procedían de las requisas sistemáticas practicadas contra la población civil, que comportaron un grave desastre económico para economías familiares muy dependientes de los animales para las labores del campo. He aquí pues un factor más que contribuyó a dislocar la economía española durante mucho tiempo.

Por eso mismo consideraba ineludible concluir esta pieza de la batalla de Teruel con un capítulo final dedicado a la alargada sombra de la guerra sobre los territorios por los que pasó, porque la vida acabó para los muertos, pero se tornó extremadamente difícil para los que permanecieron con vida. Tanto es así que podemos decir sin miedo a equivocarnos que en múltiples aspectos la

posguerra fue una continuación de la guerra, al menos en lo que respecta a la lucha diaria por la supervivencia o a la resistencia antifascista refugiada en las sierras durante años. En muchos casos, las penurias vividas durante la guerra incluso se intensificaron, tal y como hemos visto en el caso del hambre y las epidemias. De hecho, la vuelta a casa de muchos refugiados de los pueblos y la capital estuvo presidida por la indefensión al encontrarse sus hogares destruidos por los combates o saqueados a manos de las tropas ocupantes, que habían arramblado con todo aquello de valor que hubiera quedado atrás y con toda la madera que pudieron quemar para calentarse. Sin poder contar para nada con las autoridades, que más bien ponían trabas y dificultades, los vecinos tuvieron que arreglárselas por su cuenta para reimpulsar la reconstrucción de sus hogares y reactivar las economías locales, lo cual hizo que desarrollaran múltiples estrategias de supervivencia, analizadas a lo largo del capítulo 12.

En cualquier caso, la visión del periodo está dominada por el hambre y el desabastecimiento, sobre todo en la capital, donde el coste de vida sufrió una de las subidas más altas de toda España con respecto a los niveles anteriores a la guerra. De hecho, la vida de las clases populares contrasta con la de las nuevas autoridades, que consolidaron e impusieron nuevas jerarquías en todos los aspectos de la vida social y económica. Esto se tradujo en la explotación laboral, siendo habitual el trabajo infantil, la ausencia de cualquier tipo de protección y los abusos contra los trabajadores. Por eso mismo, dada la miseria y el hambre dominantes, la recogida de chatarra de guerra se convirtió en una forma de complementar las magras economías familiares, con los graves riesgos que comportaba, hasta el punto de que costó decenas de accidentes, algunos de ellos mortales, en los alrededores de Teruel y las comarcas colindantes. De este modo, gracias a la iniciativa privada y a la necesidad, consiguió ponerse solución al grave problema de la contaminación de guerra, que hacía peligrar de forma constante la integridad de los vecinos de los pueblos y la capital, sobre todo por la afición de los muchachos a jugar con los restos que encontraban por el monte. Más allá de eso, la muerte siempre estuvo presente en la posguerra, ya fuera en forma de largas convalecencias debidas a las penurias o por medio de los suicidios, que

parece que experimentaron un repunte en aquellos años. En muchos casos tal era el clima de acoso y marginación al que fueron sometidos muchos turolenses, así como la incapacidad para ver la luz al final del túnel.^[1] La propia tierra de Teruel estaba y está sembrada de cadáveres de hombres procedentes de toda España, pero también de diversos puntos del globo. Muchos de ellos fueron arrojados en pozos y hondonadas naturales del terreno, convertidas en anónimas fosas comunes, y otros tantos fueron sepultados en zanjas de los cementerios municipales donde se alojaron los hospitales militares.

Para acabar, creo que merece la pena concluir con una reflexión al calor de los debates locales y del ochenta aniversario de la batalla de Teruel, porque ha quedado patente que un buen conocimiento de esta y de todo lo que la rodeó puede contribuir a construir y promover una visión crítica de la guerra y la violencia armada. Desde este punto de vista, el potencial inherente al considerable y valioso patrimonio bélico que alberga la provincia de Teruel es indudable, más aún en una sociedad democrática y en un momento en que el turismo parece que se ha consolidado como motor de la economía española. Gracias a este, existe la posibilidad real de dotar a Teruel y a su entorno de una nueva oferta turístico-cultural de calidad, sobre todo dado el evidente interés público que suscita todo lo referente al mundo militar y de la guerra. Poca duda cabe de que un plan coherente, conjunto y ambicioso de señalización, contextualización, adecentamiento y reconstrucción del patrimonio bélico; la creación de diferentes rutas de la batalla usando motivos diversos, como la presencia en la batalla de figuras de gran renombre internacional como el fotógrafo Robert Capa o el Premio Nobel de Literatura Ernest Hemingway; o la puesta en valor de este pasado con la construcción y puesta en marcha de un centro museístico para la interpretación de la batalla de Teruel podrían situar a la ciudad a la cabeza de una iniciativa puntera en España. A buen seguro, este tipo de proyectos permitirían generar puestos de trabajo permanentes y ayudarían a situar a la capital del sur de Aragón en el mapa mundial de este modelo de turismo siempre floreciente. No hay duda de que una política decidida en este sentido redundaría en beneficio de su ya de por sí rico patrimonio histórico-artístico, así como también del de su entorno

próximo, además de que ayudaría a promover una memoria colectiva de la guerra civil acorde con los valores emancipadores que deberían caracterizar a cualquier democracia. Ello sin olvidar los beneficios educativos y pedagógicos que podría reportar tanto a la sociedad como a la capital y sus pueblos al atraer visitas guiadas para escolares, que podrían recibir una visión compleja de todo lo que hay detrás de cualquier conflicto armado; y lo que es mejor: en contacto con el terreno. No es casual que desde hace tiempo se estén impulsando con gran éxito proyectos de este tipo en Francia, como L'Historial de la Grande Guerre, de Péronne-Thiepval, o el Musée de la Grande Guerre, en el Pays de Meaux, ambos situados en ciudades de provincias de tamaño similar al de Teruel, o el Museo Storico Italiano della Guerra de Roveretto, en Italia. Además, bajo el paraguas de iniciativas como estas podría impulsarse la capital del sur de Aragón como un punto de acogida y encuentro para la realización de actividades culturales, congresos e iniciativas científicas de ámbito estatal e internacional relacionadas con los estudios de la guerra, algo que siempre contribuye al renombre y prestigio de una ciudad. Por eso resulta muy difícil de entender la reticencia de ciertas formaciones políticas a la hora de impulsar proyectos de este tipo, que redundarían en beneficio de todos y todas las turolenses y que abrirían un amplio abanico de posibilidades tanto para la capital como para los pueblos del entorno.

[1] Sobre las diferentes formas de marginación y algunos de los colectivos que la sufrieron es muy relevante el dossier de Óscar Rodríguez Barreira (coord.), *Franquismo desde los márgenes: campesinos, mujeres, delatores, menores...*, Espai/Temps, Edicions de la Universitat de Lleida, Lleida, 2013.

Abreviaturas

5CE.- 5.º Cuerpo de Ejército
AGA.- Archivo General de la Administración
AGLA.- Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón
AGMAv.- Archivo General Militar de Ávila
AHPTE.- Archivo Histórico Provincial de Teruel
AL.- Aviazione Legionaria
BAH.- Brigada Aérea Española
BI y BBII.- Brigada Internacional o Brigadas Internacionales
BM y BBMM.- Brigada Mixta y brigadas mixtas
BT y BBTT.- Batallón de Trabajadores y batallones de trabajadores
CE.- Cuerpo de Ejército
CEC.- Cuerpo de Ejército de Castilla
CEG.- Cuerpo de Ejército de Galicia
CEM.- Cuerpo de Ejército de Marruecos
CEN.- Cuerpo de Ejército de Navarra
CETN.- Cuerpo de Ejército del Turia Norte
CETS.- Cuerpo de Ejército del Turia Sur
CGG.- Cuartel General del Generalísimo
CTV.- Corpo Truppe Volontarie
DGRD.- Dirección General de Regiones Devastadas
DGS.- Dirección General de Seguridad
EdE.- Ejército del Este
EdL.- Ejército de Levante
EdM.- Ejército de Maniobra
EdN.- Ejército del Norte
EdS.- Ejército del Sur
EP.- Ejército Popular
FET.- Falange Española Tradicionalista y de las JONS
LC.- Legión Cóndor

PSOE.- Partido Socialista Obrero Español

RL.- Regimiento Ligero

RP.- Regimiento Pesado

SIM.- Servicio de Información Militar

SIPM.- Servicio de Información y Policía Militar

UGT.- Unión General de Trabajadores

Fuentes y bibliografía consultadas

Archivos

Archivo General de la Administración.
Archivo General Militar de Ávila.
Archivo Histórico Provincial de Teruel.
Centro Documental de la Memoria Histórica.

Bibliotecas

Biblioteca Nacional de Catalunya.
Biblioteca Nacional de Madrid.

Entrevistas

Joaquina Atienza Molinos (1932), realizada por el autor el 16 de octubre de 2017.
Primitiva Gorbe Herrero (1918), realizada por el autor el 9 de noviembre de 2017.
Tomás Gracia Doñate (1929), realizada por el autor el 2 de noviembre de 2017.
Gregorio Ibáñez Argente (1931), realizada por el autor el 9 de noviembre de 2017.
Jaurés Sánchez Pérez (1928), realizada por el autor el 9 de noviembre de 2017.
Silvano Soriano Larrea (1926), realizada por el autor el 2 de noviembre de 2017.

Memorias y diarios

- ARMIÑÁN, Luis de, *Bajo el cielo de Levante. La ruta del Cuerpo de Ejército de Galicia*, Ediciones Españolas, Madrid, 1939.
- CALDEERS, Pere, *Unitats de xoc*, La Magrana, Barcelona, 2010 [1938].
- CARRASCO CANALES, José, *Memorias de un artillero*, G. del Toro, Madrid, 1973.
- CIANO, Galeazzo, *Diarios, 1937-1943*, Crítica, Barcelona, 2004.
- G. VILLACAMPA, Carlos, *Cerco de Teruel según relato del P. Gil (Franciscano)*, El Noticiero, Zaragoza, 1938.
- GARCÍA SANCHIZ, Federico, *Te Deum Laudamus. La batalla de Teruel. Segundo aniversario, visitando Peñíscola y Albarracín*, Editorial Española, San Sebastián, 1939.
- GARCÍA-VALIÑO, Rafael, *Guerra de Liberación Española (1938-1939). Campañas de Aragón y Maestrazgo. Batalla de Teruel. Batalla del Ebro*, Imp. Biosca, Madrid, 1949.
- GOEBBELS, Joseph, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels. Im Auftrag des Instituts für Zeitgeschichte und mit Unterstützung des Staatlichen Archivdienstes Rußlands. Teil I: Aufzeichnungen 1923-1941. Band 5: Dezember 1937- Juli 1938*, K. G. Saur, Múnich, 2000.
- HERNÁNDEZ CARCHENA, Jeremías, *¡Maldita guerra! (Diario de un soldado en el frente de Teruel, 1937-1938)* [edición de Ricardo Hernández García y José Cubero Garrote], Quinto Color, Madrid, 2015.
- KEMP, Peter, *Legionario en España*, Luis de Caralt, Barcelona, 1959.
- MAGAÑA EXPÓSITO, José, *Hombres de acero (Al servicio de la libertad)*, Arráez Editores, Mojácar, 2003.
- MARTÍNEZ BARRADO, José Antonio, *Cómo se creó una bandera de Falange*, Tip. La Académica, Zaragoza, 1939.
- MONTENEGRO, Carlos, *Tres meses con las fuerzas de choque [División Campesino]*, Espuela de Plata, Sevilla, 2006.
- MORO, Sofía, «Ben Abseian Laarbi Messari. Tetuán, Marruecos, 1920», «El Aiche Ben Jomse Bouchibi. La Kabila, Marruecos, 1920», «Moisés Broggi i Vallés. Barcelona, 1908», «José Manuel Cárdenas. León, 1919»,

«José Ramón Calparsoro. Tolosa, Guipúzcoa, 1908», «Sabino Fernández Campo. Oviedo, 1918», «José Ferrero Delgado. Anteiglesia de Berriatua, Vizcaya, 1914», «Theo Francos. Fontihoyuelo, Valladolid, 1914», «Enrique Genovés. Valencia, 1916», «José Lacunza Benito. Peñalba, Huesca, 1916», «Leandro Pérez. Noya, La Coruña, 1916» y «Francisco Viñals. Barcelona, 1914»; en *Ellos y nosotros*, Blume, Barcelona, 2006.

NEUGASS James, *La guerra es bella. Diario de un brigadista americano en la guerra civil española*, Papel de liar, Barcelona, 2010 [2008].

TORRES, Marc, *Mis tres años de prisionero. Hechos y anécdotas del frente de Teruel, 1936-39*, J. Mari Montañana, Valencia, 1982.

URUEÑA ANTÓN, Félix, *Diario de guerra de Félix Urueña Antón (abril de 1937 a marzo de 1939)*, documento inédito transcrito por Isabel y Lourdes Urueña Cuadrado.

Fuentes secundarias

Documentos Inéditos para la historia del G, Generalísimo Franco. Tomo III, Madrid, FNFF, 1993.

Documentos Inéditos para la historia del G, Generalísimo Franco. Tomo IV, Madrid, FNFF, 1993.

* * *

AL TUMA, Ali, *Guns, Culture and Moors: Moroccan Troops in the Spanish Civil War (1936-1939)*, Routledge, Londres, 2018.

ALCALDE, Ángel, *Los excombatientes franquistas. La cultura de guerra del fascismo español y la Delegación Nacional de Excombatientes (1936-1965)*, PUZ, Zaragoza, 2014.

ALDECOA CALVO, Serafín, «La Segunda República y la Guerra Civil (1931-1939)», en Emilio BENEDICTO GIMENO (coord.), *Historia de Monreal del Campo*, Centro de Estudios del Jiloca, Calamocha, 2006.

—, «Ángel Sánchez Batea, la tragedia vital de un líder socialista turolense»,

- Turia*, 90 (2009).
- , *Los orígenes de las sociedades obreras socialistas (UGT y PSOE) en la ciudad de Teruel (1900-1931)*, Fundación Bernardo Aladrén, Zaragoza, 2010.
- , *La Segunda República en tierras del Jiloca (1931-1936)*, Centro de Estudios del Jiloca, Calamocha, 2010.
- , «Los sacados del Seminario de Teruel a través del testimonio de Ildefonso Manuel Gil», *I Congreso de Víctimas del Franquismo*, 2012 [consultado online].
- , «Virgilio Aguado, el comandante golpista», *Diario de Teruel*, 15 de junio de 2014.
- ALEGRE LORENZ, David, «The New Fascist Man in 1930s Spain», en Matthew FELDMAN, Jorge DAGNINO, y Paul STOCKER (eds.), *Destruir para construir la eternidad. Un nuevo marco interpretativo para la comprensión del fascismo en España (1936-1953)*, Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra, 2012.
- , *The 'New Man' in Radical Right Ideology and Practice, 1919-45*, Bloomsbury, Londres, 2018.
- ALONSO IBARRA, Miguel, «Combatir, ocupar, fusilar. La evolución de la violencia bélica de los sublevados en la Guerra Civil Española (1936-1939)», en Javier RODRIGO, Miguel ALONSO IBARRA y David ALEGRE LORENZ (eds.), *Europa desgarrada: Guerra, ocupación y violencia (1914-1950)*, PUZ, Zaragoza, 2018, en prensas.
- ALPERT Michael, *The Republican Army in the Spanish Civil War, 1936-1939*, Cambridge University Press, Cambridge, 2013 [2007].
- ÁLVAREZ, Santiago, *Negrín, personalidad histórica. Biografía*, Ediciones de la Torre, Madrid, 1994.
- ÁLVAREZ BERASTEGI, Amaia, «Justicia transicional a la inversa. Depuraciones de la Administración de Justicia en Navarra: 1936-1945», *I Congreso Internacional Territorios de la Memoria El Franquismo a Debate*, Valladolid, 2017.
- ARCO BLANCO, Miguel Ángel del, «“Morir de hambre”: autarquía, escasez y enfermedad en la España del primer franquismo», *Pasado y memoria*, 5

- (2006), pp. 241-258.
- , *Hambre de siglos: mundo rural y apoyos sociales del franquismo en Andalucía oriental, 1936-1951*, Comares, Granada, 2006.
- AUPÍ, Vicente, *El General Invierno y la batalla de Teruel. El impacto de los crudos temporales de frío y nieve de 1937-38 en el episodio central de la Guerra Civil Española*, Perruca, Teruel, 2015.
- BLANCO ESCOLÁ, Carlos, *La incompetencia militar de Franco*, Alianza, Madrid, 2000.
- BOLORINOS ALLARD, Elisabeth, «The Crescent and the Dagger: Representations of the Moorish Other during the Spanish Civil War», *Bulletin of Spanish Studies*, 93:6 (2016), pp. 965-988.
- BUNK Brian D., *Ghosts of Passion: Martyrdom, Gender, and the Origins of the Spanish Civil War*, Duke University Press, Durham y Londres, 2007.
- BUTLER, Simon, *The War Horses: The Tragic Fate of a Million Horses Sacrificed in the First World War*, Halsgrove, Wellington, 2011.
- CASANOVA, Julián y CENARRO, Ángela (eds.), *Pagar las culpas. La represión económica en Aragón (1936-1939)*, Crítica, Barcelona, 2014.
- CASAS DE LA VEGA, Rafael, *Las milicias nacionales. Volumen Primero*, Editora Nacional, Madrid, 1977.
- , *Las milicias nacionales. Volumen Segundo*, Editora Nacional, Madrid, 1977.
- CASTILLO CAÑIZ, Assumpta, «El forastero en la guerra civil española. Las dinámicas intra y extracomunitarias de la violencia en la retaguardia republicana», *Revista Universitaria de Historia Militar*, 3: 6 (2015), pp. 12-27.
- CASTILLO RODRÍGUEZ, Susana, *Memoria, educación e historia: el caso de los niños españoles evacuados a la Unión Soviética durante la Guerra Civil Española*, Tesis Doctoral Inédita, Universidad Complutense de Madrid, 1999.
- CAZORLA, Antonio, *Franco. Biografía del mito*, Alianza, Madrid, 2015.
- CENARRO LAGUNAS, Ángela, *El fin de la esperanza: Fascismo y guerra civil en la provincia de Teruel (1936-1939)*, IET, Teruel, 1996.
- , *Cruzados y camisas azules. Los orígenes del franquismo en Aragón*,

1936-1945, PUZ, Zaragoza, 1997.

COBO ROMERO, Francisco y ORTEGA LÓPEZ, Teresa María, *Franquismo y posguerra en Andalucía oriental: represión, castigo a los vencidos y apoyos sociales al régimen*, Publicaciones de la Universidad de Granada, Granada, 2005.

CORRAL, Pedro, *Si me quieres escribir. Gloria y castigo de la 84.ª Brigada Mixta del Ejército Popular*, Debate, Barcelona, 2004.

DOMBROWSKI RISER, Nicole, *France Under Fire: German Invasion, Civilian Flight, and Family Survival during World War II*, CUP, Nueva York, 2012.

EGEA BRUNO, Pedro María, «Joaquín Pérez Salas: entre la defensa del orden republicano y la contrarrevolución (1936-1939)», *Espacio, tiempo y forma. Serie V Historia Contemporánea*, 27 (2015).

ELLIS, John, *The Sharp End: The Fighting Man in World War II*, Scribner, Nueva York, 1980.

ENGEL, Carlos, *Historia de las divisiones del ejército nacional, 1936-1939*, Almena, Madrid, 2010.

FERNÁNDEZ CLEMENTE, Eloy, *El coronel Rey d'Harcourt y la rendición de Teruel. Historia y fin de una leyenda negra*, IET, Teruel, 1992.

FERNÁNDEZ SORIA, Manuel, «La asistencia a la infancia en la Guerra Civil. Las colonias escolares», *Historia de la Educación: Revista Interuniversitaria*, 6 (1987), pp. 83-128.

FORNIER, Francisco, «La reconstrucción de Teruel», *Reconstrucción*, 4 (agosto-septiembre 1940).

FRASER, Ronald, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*, Crítica, Barcelona, 2007 [1979].

FUSSELL, Paul, *Tiempo de guerra. Conciencia y engaño en la Segunda Guerra Mundial*, Turner, Madrid, 2003 [1989].

GALLEGRO, Ferran, *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*, Crítica, Barcelona, 2014.

GARCÍA CRUZ, José Fernando, «Las fuerzas militares nativas procedentes de Marruecos. Trascendencia política de su aplicación en las operaciones militares durante la Guerra Civil española», *Hispania Nova*, 2 (2001-

2002).

- GARCÍA SÁNCHEZ, Pompeyo, *Crónica humana de la batalla de Teruel. Hechos y testimonios de 71 días de la Guerra Civil*, Perruca, Teruel, 2001 [1997].
- GESALÍ, David e ÍÑIGUEZ, David (eds.), *La guerra aèria a Catalunya (1936-1939)*, Rafael Dalmau, Barcelona, 2012.
- GIL ANDRÉS, Carlos, *Lejos del frente. La guerra civil en La Rioja*, Crítica, Barcelona, 2006.
- GIRONA RUBIO, Manuel, *Una miliciana en la Columna de Hierro. María «la Jabalina»*, PUV, Valencia, 2007.
- GONZÁLEZ DEVÍS, Raül, *Tragèdies silenciades. Repressió franquista i maquis a les comarques del nord del País Valencià*, Universitat Jaume I-Universitat Rovira i Virgili, Castellón, 2015.
- GUERRERO MARTÍN, Alberto: «La Colección Bibliográfica Militar y el debate sobre la mecanización y la motorización (1928-1936)», *Revista Universitaria de Historia Militar*, 3:6 (2014), pp. 174-188.
- HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio, *Franquismo a ras de suelo. Zonas grises, apoyos sociales y actitudes durante la dictadura (1936-1976)*, EUG, Granada, 2013.
- ÍÑIGUEZ, Miguel, *Esbozo de una enciclopedia histórica del anarquismo español*, Fundación Anselmo Lorenzo, Madrid, 2001.
- JOLY, Maud, «The Practices of War, Terror and Imagination: Moor Troops and Rapes during the Spanish Civil War», en Raphaëlle BRANCHE y Fabrice VIRGIL (eds.), *Rape in Wartime*, Palgrave MacMillan, Basingstoke, 2012, pp. 103-114.
- KEEGAN, John, *El rostro de la batalla*, Turner, Madrid, 2013 [1976].
- KNOX, MacGregor, «The Prussian idea of freedom and the “career open to talent”: Battlefield initiative and social ascent from Prussian reform to Nazi revolution, 1807-1944», en *Ibid.: Common Destiny: Dictatorship, Foreign Policy, and War in Fascist Italy and Nazi Germany*, CUP, Nueva York, 2009 [2000], pp. 186-226.
- KORB, Alexander, *Im Schatten des Weltkrieges. Massengewalt der Ustaša gegen Serben, Juden und Roma in Kroatien, 1941-45*, Hamburger Edition, Hamburgo, 2013.

- LANGARITA GRACIA, Estefanía, *El revés atroz de la medalla. Complicidades, apoyos sociales y construcción de la dictadura franquista en el Aragón de posguerra (1939-1945)*, Tesis Doctoral inédita, Universidad de Zaragoza, 2016.
- LEDESMA, José Luis, *Los días de llamas de la revolución: violencia y política en la retaguardia republicana de Zaragoza durante la guerra civil*, IFC, Zaragoza, 2003.
- LEIRA CASTIÑEIRA, Francisco J., *La consolidación social del franquismo. La influencia de la guerra en los «soldados de Franco»*, Universidade de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, 2013.
- , «Movilización militar y experiencia de guerra civil. Las actitudes de los soldados del ejército sublevado», en LOURENZO FERNÁNDEZ PRIETO y AURORA ARTIAGA REGO (eds.), *Otras miradas sobre golpe, guerra y dictadura. Historia para un pasado incómodo*, Catarata, Madrid, 2014.
- , «Los «soldados de Franco»: experiencias, memorias e identidades complejas», en JAVIER RODRIGO, MIGUEL ALONSO IBARRA y DAVID ALEGRE LORENZ (eds.), *Europa desgarrada: Guerra, ocupación y violencia (1914-1950)*, PUZ, Zaragoza, 2018, en prensa.
- MADARIAGA, María Rosa de, «The Intervention of Moroccan Troops in the Spanish Civil War: A Reconsideration», *European History Quarterly*, 22 (1992), pp. 67-97.
- MALDONADO, José María, *Alcañiz, 1938. El bombardeo olvidado*, IFC, Zaragoza, 2003.
- MARÍ CLERIGUÉS, Juan Bautista, «La Guardia Civil en el Alzamiento Nacional: la Columna de Puebla de Valverde», *Revista de Estudios Históricos de la Guardia Civil*, 2 (1968), pp. 107-126.
- , «La Guardia Civil en el Alzamiento Nacional: la Columna de Puebla de Valverde», *Revista de Estudios Históricos de la Guardia Civil*, 3 (1969), pp. 99-118.
- MARTÍNEZ BANDE, José Manuel, *La batalla de Teruel*, Editorial San Martín, Madrid, 1990.
- , «Comisarios y capellanes en la Guerra Civil española, 1936-1939», *Ayer*, 94 (2014), pp. 175-199.

- MATTHEWS, James, *Soldados a la fuerza. Reclutamiento obligatorio durante la guerra civil, 1936-1939*, Alianza, Madrid, 2012.
- MARTÍNEZ DE LA CASA, Antonio (coord.), *La Legión Española (50 años de historia). Desde 1936 hasta nuestros días*, Madrid, 1973.
- MASARAH REVUELTA, Elena, «Las otras mujeres de la contrarrevolución. La militancia católica femenina en Aragón durante la posguerra», en Alejandro IBARRA AGUIRREGABIRIA, *No es país para jóvenes*, Instituto Valentín Foronda, Vitoria, 2012.
- MIR, Conxita (ed.), «La represión bajo el franquismo», *Ayer*, 43 (2001), pp. 11-35.
- NERÍN, Gustau, *La guerra que vino de África*, Crítica, Barcelona, 2005.
- NÚÑEZ, Jesús, «Centenario del General Ollate (1902-2002)», *Guardia Civil*, abril 2002, pp. 80-84.
- NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manoel, *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Marcial Pons, Madrid, 2006.
- PARDO SANZ, Rosa María, «Hispanoamérica en la política nacionalista, 1936-1939», *Espacio, tiempo, forma. Serie V, Historia Contemporánea*, 5 (1992), pp. 211-238.
- PAVLAKOVIĆ, Vjeran, *The Battle for Spain is Ours: Croatia and the Spanish Civil War, 1936-1939*, Srednja Europa, Zagreb, 2014.
- PEIRÓ ARROYO, Antonio, *¡Evacuad Teruel! La odisea de 12.000 turolenses durante la Guerra Civil*, Comuniter, Zaragoza, 2014.
- PIZARROSO QUINTERO, Alejandro, «La Guerra Civil española, un hito en la historia de la propaganda», *El Argonauta Español*, 2 (2005), disponible online en <https://argonauta.revues.org/1195> [consultado por última vez el 16 de agosto de 2017].
- PRESTON Paul, *El Holocausto español. Odio y exterminio en la Guerra Civil y después*, DeBolsillo, Barcelona, 2013 [2011].
- , *La Guerra Civil Española. Reacción, revolución y venganza*, DeBolsillo, Barcelona, 2015 [1986].
- PUELL DE LA VILLA, Fernando, «Nuevos enfoques y aportaciones al estudio militar de la Guerra Civil», *Studia historica. Historia contemporánea*, 32

(2014), pp. 95-110.

PURSEIGLE, Pierre, «“A Wave on to Our Shores”: The Exile and Resettlement of Refugees from the Western Front, 1914-1918», *Contemporary European History*, 16:4 (2007), pp. 427-444.

RAMÓN SOLANS, FRANCISCO JAVIER, *La Virgen del Pilar dice... Usos políticos y nacionales de un culto mariano en la España contemporánea*, PUZ, Zaragoza, 2014.

RODRIGO, JAVIER, *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista, 1936-1947*, Crítica, Barcelona, 2005.

—, «Presentación. Retaguardia: un espacio de transformación», *Ayer*, 76 (2009), pp. 13-36.

—, *Cruzada, Paz, Memoria. La guerra civil en sus relatos*, Granada, Comares, 2013.

—, *La guerra fascista. Italia en la Guerra Civil española, 1936-1939*, Alianza, Madrid, 2016.

—, «Sobre las ruinas del mundo. Guerra civil y guerra total en Europa (1918-1949)», en JAVIER RODRIGO, MIGUEL ALONSO IBARRA y DAVID ALEGRE LORENZ (eds.), *Europa desgarrada: Guerra, ocupación y violencia (1914-1950)*, PUZ, Zaragoza, 2018, en prensa.

RODRÍGUEZ BARREIRA, ÓSCAR, *Miserias del poder. Los poderes locales y el nuevo Estado franquista 1936-1951*, PUV, Valencia, 2013.

RODRÍGUEZ TEJEIRO, DOMINGO, «El sistema franquista de Redención de Penas por el Trabajo en la segunda mitad de los años 40: de los presos políticos a los comunes», *Revista de Historia de las Prisiones*, 2 (2016), pp. 185-205.

ROMERO RENAÚ, LUIS del y VARELA LOZANO, ANTONIO, *Territorios abandonados. Paisajes y pueblos olvidados de Teruel*, Rolde, Zaragoza, 2013.

RUBIO TERRADO, PASCUAL, «Evolución de la estructura demográfica de la provincia de Teruel durante el siglo XX», *Geographicalia*, 26 (1989), pp. 247-256.

RUTHERFORD, JEFF, *La guerra de la infantería alemana, 1941-1944. Combate y genocidio en el Frente del Este*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2017.

- SAMPEDRO RAMO, Vicent, «Fueron los primeros: la ejecución de Loreto Apellániz y la brigada del SIM en Valencia el 3 de julio de 1939», en Gabriel SANSANO, Isabel MARCILLAS PIQUER y Juan-Boris RUIZ-NÚÑEZ (eds.), *Història i poètiques de la memòria. La violència política en la representació del franquisme. V Trobada de la Comissió de la Veritat*, Publicacions de la Universitat d'Alacant, Alicante, 2016.
- SAZ, Ismael, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Marcial Pons, Madrid, 2003.
- SILVA AMADOR, Lorenzo, *Sereno en el peligro. La aventura histórica de la Guardia Civil*, Edaf, Madrid, 2011 [libro electrónico].
- SCHÜLER-SPRINGORUM, Stefanie, *La Legión Cóndor en la Guerra civil española, 1936-1939*, Alianza, Madrid, 2014.
- THOMAS, Hugh, *La Guerra Civil española*, Ruedo Ibérico, París, 1976 [1962].
- TOOZE, Adam, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Penguin, Londres, 2007 [2006].
- TUÑÓN DE LARA, Manuel, *La batalla de Teruel*, IET, Teruel, 1986.
- VICENTE MARCO, Blas y MALLECH SANZ, Carlos, *¡Liberad Teruel! Diciembre 1937-febrero 1938*. Documentos inéditos sobre la Batalla de Teruel en la Guerra Civil Española del Archivo Municipal de Cádiz (Fondo Varela), Dobleuve Comunicación, Teruel, 2016.